

## El Papiro de Saqqara



**Pauline Gedge**

A Bella, con cariño y profundo aprecio.

#### Reconocimientos

Los versos con que comienza cada capítulo han sido tomados ya de *Egyptian Religious Poetry*, de Margaret Murray (Connecticut, Greenwood Press, 1980), ya de *Life Under the Pharaohs*, de Leonard Cottrell (Londres, Pan Books, 1955).

#### Familiares más cercanos de Khaemuast

KHAEMUAST: Príncipe. Cuarto hijo varón (tercero de los sobrevivientes) del faraón Ramsés II, gran sacerdote de Ptah, sacerdote de On, mago y médico. Treinta y siete años de edad.

NUBNOFRET: Princesa. Esposa de Khaemuast. Treinta y cinco años.

HORI: Príncipe. Segundo hijo varón de Khaemuast. Sacerdote de Ptah. Diecinueve años.

SHERITRA: Princesa. Hija de Khaemuast. Quince años. Su nombre significa "pequeño sol".

#### Otros familiares de Khaemuast

RAMSÉS II: Faraón del Egipto Superior e Inferior. Padre de Khaemuast. Sesenta y cuatro años.

ASTNOFERT: Esposa real de Ramsés y reina. Khaemuast es su segundo hijo varón. Cincuenta y nueve años.

RAMSÉS: Príncipe de la corona y heredero aparente. Primer hijo varón de Astnofert y hermano mayor de Khaemuast. Cuarenta y tres años.

SI-MONTU: Príncipe. Hermano mayor de Khaemuast. Cuarenta y dos años. Descalificado como posible heredero del trono por estar casado con Ben-Anath, hija de un capitán de la marina Siria. Dirige en Menfis un viñedo de su padre.

MERENPTAH: Otro de los hijos de Astnofert, hermano menor de Khaemuast. Treinta y un años.

BINT-ANATH: Reina, junto con su madre Astnofert. Hermana menor de Khaemuast. Treinta y seis años.

MERITAMÓN: Hija de Nefertari, primera esposa de Ramsés II. Reina de menor importancia. Veinticinco años.

#### Amigos

SISENET: Noble de Coptos, radicado en Menfis. Cuarenta y cinco años.

TBUBUI: Mujer noble de Coptos. Treinta y cinco años.

HARMIN: Hijo de Tsubui. Dieciocho años.

#### Sirvientes

AMEK: Capitán de la guardia de Khaemuast.

IB: Mayordomo de Khaemuast.

KA5A: Sirviente personal de Khaemuast.

PENBUY: Escriba de Khaemuast.

SUNERO: Agente de Khaemuast en Ninsu, en el Fayum.

UENNUFER: Gran sacerdote de Abidos y amigo de Khaemuast.

ANTEF: Servidor y confidente de Hori.

WERNURO: Servidora de Nubnofret.

BAKMUT: Servidora y compañera de Sheritra.

ASHAHEBSED: Escanciador y viejo amigo de Ramsés II.

AMUNMOSE: Jefe de guardianes de la Puerta del Harén de Ramsés II en Menfis.

#### Glosario de dioses egipcios

AMÓN o AMÓN-RÉ: Centro de adoración en Tebas, Alto Egipto. Apodado "Rey de los dioses". Se creía que todos los faraones de la decimotava dinastía descendían de él.

APIS: Toro sagrado, adorado a la vez como símbolo del sol y esencia de Ptah.

ATÓN: Dios solar predinástico de On.

BAST: Diosa gata que representaba el aspecto benéfico y alimentador del sol.

HORUS: Dios halcón. Hijo de Osiris. Cada faraón incorporaba su nombre a su título.

Hu: Lengua de Ptah, que todo lo creó hablando. Era la fuerza motivadora de la creación.

ISIS: Esposa de Osiris. Cuando Osiris fue asesinado por Set, ella reunió los fragmentos de su cuerpo y lo reconstituyó por arte de magia.

MAÂT El concepto de la estricta justicia, la verdad y el orden. Se simbolizaba por medio de una diosa ataviada con una pluma.

MUT: Esposa de Amón. Diosa buitres a la que se asociaba con las mujeres de la realeza.

NUT: Diosa del cielo.

OSIRIS: Antiguo dios de la fertilidad, adorado universalmente en Egipto, en especial entre el vulgo. Rey del país de los muertos.

PTAH: Creador del mundo.

RE: Dios del sol en su fuerza.

SET: Dios de las tormentas y la turbulencia. Asesino de Osiris. En ciertos períodos de la historia egipcia se convirtió en la personificación del mal. Durante el reinado de Ramsés II, Set alcanzó gran prominencia.

SHU: Dios del aire, que separa la tierra del cielo.

THOT: Dios de la medicina, la magia y las matemáticas. Patrono de los escribas e inventor de la escritura. Medidor del tiempo.

## CAPITULO 1

Salve, ¡oh dioses del Templo del alma!,  
que pesan cielo y tierra en las balanzas,  
que brindan ofrendas fúnebres.

Khaemuast recibió el aire frío de la tumba con una agradable sensación. Entró tímidamente en el sepulcro, consciente de que su pie era como siempre el primero que hollaba la arena gris del suelo desde que los deudos, fallecidos también mucho tiempo atrás, habían retrocedido por los peldaños hacia la salida, seguidos por los barrenderos, para volverse con alivio hacia el sol ardiente y el caliente viento desértico, muchos siglos antes. "En este caso", musitó Khaemuast, mientras andaba con cautela por el estrecho pasillo, "la tumba se selló hace más de quince hentis. Mil años. Soy la primera persona viva que respira este aire en un milenio".

–¡Ib! –llamó, con aspereza–. Trae las antorchas. ¿En qué estás soñando ahí arriba?

El mayordomo, con una respetuosa disculpa, se apresuró a acercarse, resbalando y levantando una lluvia de afilados pedruscos que golpeó a Khaemuast en los tobillos, desnudos y polvorientos. Detrás, los esclavos se adelantaron, con obvia renuncia, portando las humeantes antorchas.

–¿Estás bien, padre? –La leve voz de tenor de Hori levantó ecos entre los muros opacos–. ¿Hará falta que apuntalemos algo?

Khaemuast echó un rápido vistazo a su alrededor y gritó que no. Su entusiasmo inicial se estaba conviniendo rápidamente en un desencanto que le era familiar. Después de todo, sus pies no eran los primeros que hollaban el suelo sagrado del lugar de descanso de aquel antiguo príncipe. Al salir del breve corredor, irguió la espalda y vio, a la vacilante luz de las antorchas, las claras y penosas evidencias del expolio. Las cajas que habían contenido las posesiones terrenas del muerto estaban desparramadas desordenadamente y vacías. Faltaban los frascos llenos de aceites preciosos y vinos de la mejor cosecha de su tiempo; sus únicos vestigios eran algunos trozos de lacre quebradizo y un tapón roto. Los muebles yacían caídos casi a los pies de Khaemuast: un banquillo de diseño simple; una silla de madera tallada cuyas patas representaban unos patos estrangulados, de ojos ciegos y cuellos flácidos, que sostenían un asiento curvado y un respaldo en donde se arrodillaba sonriente Hu, la Lengua de Ptah; dos mesas bajas, a las que se habían arrancado las delicadas incrustaciones, y una cama cuyas dos mitades melladas habían sido empujadas contra una pared. Sólo los seis shawabtis, inmóviles y siniestros, permanecían intactos en sus nichos, en las paredes. Eran tan altos como un hombre, tallados en madera y pintados de negro; aún aguardaban el encantamiento que los devolvería a la vida para servir a sus amos en el mundo siguiente. La obra entera era sencilla, de líneas limpias y agradables, elegante sin dejar de ser fuerte. Khaemuast pensó en su propia casa, atestada de aquellos ornamentos refulgentes y toscos que él tanto despreciaba, pero que su esposa admiraba por ser la última moda en cuestión de mobiliario; suspiró.

–Penbuy –dijo a su escriba, que ahora se mantenía discretamente a su lado, con la paleta y la caja de plumas en la mano–, puedes comenzar a registrar lo que haya en los muros. Por favor, sé tan exacto como sea posible y cuida de no completar cualquier jeroglífico que falte con lo que tú imaginas. ¿Dónde está el esclavo de los espejos?

"Esto es siempre como arrear un ganado terco", pensó, en tanto se volvía para estudiar el gran sarcófago de granito, con su cubierta torcida. "Los esclavos temen a las tumbas; incluso mis sirvientes, aunque no se atrevan a protestar, se cargan de amuletos y murmuran plegarias desde que se rompen los sellos hasta que dejamos las ofrendas aplacadoras de comida. Bueno, hoy no tienen por qué preocuparse." Sus pensamientos volaban mientras leía inclinado las inscripciones del ataúd, a la luz de una antorcha sostenida por un esclavo. "Cada tercio de este día es favorable, para ellos al menos. Un día favorable para mí sería aquel en que encontrara una tumba intacta y atestada de pergaminos." Sonriendo para sus adentros, se incorporó.

–Ib, trae a los carpinteros y haz que reparen los muebles y los coloquen en el lugar correcto. Haz traer también frascos de aceite fresco y perfume. Aquí no hay nada de interés, deberíamos estar camino de casa hacia el anoecer.

Su mayordomo le hizo una reverencia y esperó a que el príncipe le precediera por el sofocante pasillo y el breve tramo de escaleras. Khaemuast salió, parpadeando, junto al montón de escombros que sus excavadores habían arrojado en sus esfuerzos por descubrir la puerta de la sepultura. Aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la cegadora blancura solar del mediodía. El cielo era un deslumbrante azul, sobre el amarillo puro de un desierto impertérrito e infinito que se encontraba a su izquierda y reverberaba a sus ojos.

A su derecha, la llanura de Saqqara mostraba las columnas desnudas, los muros derruidos y la mampostería caída de una ciudad de los muertos que había quedado en ruinas mucho antes, en las honduras del tiempo, y ahora poseía una solitaria y solemne belleza; todas las piedras, bien trabajadas, eran de un pálido color amarillento, y sus bordes afilados y sus largas y prolongadas líneas hicieron pensar a Khaemuast en alguna extraña vegetación inorgánica del desierto, tan severa y poco reconfortante como la arena misma. La pirámide roma y escalonada del faraón Unas dominaba la desolación. Khaemuast la había inspeccionado algunos años antes. Le habría gustado restaurarla, alisar sus empinados flancos armónicamente y revestir con blanca piedra caliza la cara simétrica. Pero el proyecto exigía mucho dinero, demasiados esclavos y campesinos reclutados, y mucho oro para proporcionar pan, cerveza y hortalizas a los trabajadores. Mas aun así, erosionada como estaba, imponía con su presencia. En su minuciosa investigación del monumento al Gran Faraón, Khaemuast no había podido hallar ningún nombre tallado en la superficie; por eso proporcionó a Unas poder y vida renovados gracias a las manos de sus propios maestros artesanos. Naturalmente, había añadido la inscripción: "Su Majestad ha ordenado que se proclame que el jefe de los maestros artistas, el setem–sacerdote Khaemuast, ha inscrito el nombre de Unas, Rey del Egipto Superior e Inferior, pues no se lo halló en la faz de

la pirámide, ya que el setem–sacerdote príncipe Khaemuast amaba mucho restaurar los monumentos de los reyes del Alto y Bajo Egipto". Su Majestad, reflexionó Khaemuast mientras empezaba a sudar por el calor y su portador de dosel corría a protegerle, no se había opuesto a la extraña obsesión de su cuarto hijo varón, siempre que se brindara el debido crédito a él, Ramsés II, User–Maát–Ré, en cuestiones de autorización y debido reconocimiento a sí mismo, El Que Hizo que Todo Existiera. Khaemuast sintió, agradecido, que la sombra del dosel se extendía a su alrededor. Se dirigió con su sirviente hacia las carpas rojas y las alfombras donde sus guardaespaldas se incorporaron para hacerle una reverencia e instalaron su silla a la sombra. Le esperaba allí cerveza y ensalada fresca. Se dejó caer bajo los aleros de su tienda y bebió un largo sorbo de aquella cerveza oscura y agradable, mientras observaba a su hijo Hori desaparecer en el mismo oscuro agujero del cual él acababa de salir. Por fin Hori reapareció para supervisar a la fila de sirvientes que ya llevaban herramientas en los brazos y jarras de arcilla en los hombros.

Khaemuast sabía, sin necesidad de mirar, que su nutrido cortejo fijaba también los ojos en Hori. Era, sin lugar a dudas, el miembro más hermoso de su familia: alto y muy erguido, tenía un andar desenvuelto y gracioso, y su porte altivo conseguía no caer en lo arrogante ni en lo altanero. Sus ojos grandes, de pestañas negras, reflejaban una cualidad traslúcida, de modo que el entusiasmo, o cualquier otra emoción fuerte los hacía centellear. Sobre los pómulos altos se tensaba una delicada piel parda, que solía presentar bajo los ojos imponentes unos huecos violáceos de aparente vulnerabilidad. En reposo, el rostro de Hori era juvenil, contemplativo, pero al sonreír se partía en unos profundos surcos de placer intenso que le apartaban de sus diecinueve años y tornaban súbitamente su edad indefinible. Tenía unas manos grandes y hábiles, pero también ingenuamente atractivas. Le agradaba todo lo mecánico. De pequeño, había enloquecido a sus niñeras y preceptores con sus preguntas y su malhadada costumbre de desarmar cuanto aparato tuviera a mano. Khaemuast consideraba una gran suerte que Hori se hubiera aficionado también al estudio de las tumbas y monumentos antiguos; y, asimismo, aunque en menor grado, al desciframiento de las inscripciones en piedra o de los preciosos pergaminos que su padre coleccionaba. Era el asistente perfecto: ansioso de aprender, capaz de organizar, y siempre dispuesto a asumir muchas de las tareas pesadas que hubieran correspondido a su padre en sus exploraciones.

Pero no era por eso que el joven atraía los ojos de todos los presentes. Hori permanecía felizmente ignorante del fuerte magnetismo sexual que desprendía, al que nadie era inmune. Khaemuast había observado sus efectos una y otra vez, con silenciosa e irónica apreciación, teñida de pena. "Pobre Sheritra", pensó por milésima vez, apurando la cerveza y aspirando el embriagador y húmedo frescor de la ensalada. "Oh, mi pobre y poco agraciada hijita, siempre tras la sombra de tu hermano, siempre pasada por alto. ¿Cómo puedes amarle tanto, tan sin reservas, sin celos ni dolor?" La respuesta, también familiar, surgió inmediatamente: "Porque los dioses han puesto en ti un corazón puro y generoso, así como han concedido a Hori la falta de egocentrismo que le salva de la excesiva vanidad de los hombres inferiores, tal vez igualmente hermosos".

Los sirvientes salían en ese momento de la tumba en busca de otra carga. Hori volvió a hundirse en la oscuridad. En lo alto, dos halcones pendían inmóviles en el aire feroz y sin aromas. Khaemuast se adormeció.

Varias horas después, despertó en su jergón, dentro de su tienda. Kasa, su sirviente personal, vertió agua sobre él y le secó con pequeños toques. Después, salió a ver el resultado de los trabajos de sus servidores. El montículo de tierra, arena y escombros que habían hecho junto a la tumba había mermado y los hombres devolvían con palas los restos a su sitio. Hori, en cuclillas a la sombra de una roca, conversaba despreocupadamente con Antef, su servidor y amigo; sus voces eran claras, pero ininteligibles. Ib y Kasa se consultaban respecto al pergamino que enumeraba los presentes que colocar alrededor del príncipe difunto. Penbuy, al ver que su amo apartaba la solapa de la tienda, acudió rápidamente con un fajo de papiro bajo el brazo. Le ofrecieron más cerveza y un plato de tortas de miel, pero Khaemuast las desechó con un gesto.

–Decid a Ib que estaré listo para hacer la ofrenda de alimentos para el ka de este príncipe en cuanto haya echado una última mirada al interior –indicó.

Seguido por Penbuy, que caminaba respetuosamente tras sus sandalias, caminó hacia la entrada ya pequeña, bajo un cielo que se bronceaba suavemente. La luz roja empezaba a desplegar estandartes en la arena, y el desierto tomaba un color rosa tras él, albergando sombras cada vez más densas. Los trabajadores se inclinaron a su llegada, pero Khaemuast no les prestó atención.

–Ven tú también –indicó a su escriba, por encima del hombro–, por si deseo hacer algún comentario en el último momento.

Pasó a duras penas por la puerta medio cerrada y avanzó a lo largo del corredor. Le seguía la última luz del sol, arrojando unas largas y llameantes lenguas coloreadas, de una cualidad tan densa que Khaemuast sintió deseos de recogerlas y acariciarlas. Sin embargo, no penetraban hasta el ataúd en sí, en la parte de dentro del pequeño cuarto atestado. Penbuy se detuvo en un sitio donde había aún luz para su paleta. Khaemuast cruzó la línea casi palpable que dividía los dedos del crepúsculo de la tiniebla eterna del silencio y miró a su alrededor. Los esclavos habían hecho un buen trabajo. La banqueta, la silla, las mesas y la cama estaban nuevamente en la posición que habían ocupado durante generaciones y había unas jarras nuevas contra los muros. Los shawabtis habían sido lavados y el suelo, barrido de los desechos abandonados por los ladrones desconocidos.

Khaemuast, con un gesto aprobador, avanzó hacia el ataúd e insertó un dedo en la abertura que dejaba la tapa torcida. Tuvo la impresión de que el aire era más frío dentro que en el resto de la tumba y apartó el dedo deprisa, raspando con los anillos el duro granito.

"¿Me observas?", pensó. "¿Acaso tus antiguos ojos tratan vanamente de atravesar la densa oscuridad que hay sobre ti para buscarme?" Deslizó lentamente la mano sobre la fina capa de polvo que se había acumulado a lo largo de

los siglos, cayendo invisible y suavemente desde el cielo raso para quedar así, intacta hasta aquel momento. Ninguno de sus sirvientes se atrevía a lavar un sarcófago y en esta ocasión él había olvidado hacerlo personalmente. "¿Cómo será", continuaron sus pensamientos, "verse reducido a piel seca y marchita, a huesos vendados que yacen inmóviles en la oscuridad, observado por los ojos ciegos de mis propios shawabts, sin escuchar nada, sin ver nada?"

Khaemuast permaneció concentrado en sus pensamientos, tratando de absorber la atmósfera de pathos y otredad mezclados, lo inasible de un pasado que siempre le atraía susurrándole cosas de épocas más simples y grandiosas, mientras los últimos rayos del sol pasaban del rojo a un escarlata mohíno y empezaban a ralearse. En realidad, no sabía qué buscaba en sus vagabundeos por los mudos escombros del pasado. Tal vez fuera el significado del aliento en su propio cuerpo, del latir de su corazón: un significado que podía trascender las revelaciones de los dioses, aunque los amaba y los reverenciaba. Era la necesidad de saciar la sed sin nombre que le poseía desde la niñez y que, en su juventud, había conjurado en él lágrimas de alguna fuente misteriosa que hablaba de soledad y destierro. "Pero no me siento solitario ni infeliz, desde luego" se dijo, mientras Penbuy tosía cortésmente como advertencia. Las sombras de la tumba empezaban a serpentear hacia él con un mensaje: salir. "Amo a mi familia, a mi faraón a mi bello y bendito Egipto. Soy rico, he triunfado y tengo una vida plena. No es eso...nunca ha sido eso..." Se volvió bruscamente, antes de que una oleada de depresión le abrumase.

–Muy bien, Penbuy. Que sellen la tumba –ordenó, ásperamente–. No me gusta el olor de este aire. ¿Y a ti?

Penbuy negó con la cabeza y corrió por el pasillo, mientras el príncipe le seguía con más lentitud. Toda la empresa le había dejado un gusto agrio en la boca, una sensación de futilidad. "Es sólo conocimiento muerto el que adquiero de los pergaminos y las pinturas de las tumbas", se dijo al salir al exterior. Pasó junto a los esclavos prosternados y oyó a sus espaldas otra vez el crujido de las palas en la tierra. "Viejas plegarias, antiguos hechizos, detalles olvidados para redondear mi historia de la nobleza egipcia; pero nada que pueda darme el secreto de la vida, el poder sobre todo. ¿Dónde está el Pergamino de Thot? ¿Qué oscuro nicho polvoriento oculta ese tesoro?"

El sol ya había desaparecido. En el cielo suave y aterciopelado comenzaban a cosquillear algunas estrellas. La cháchara y las risas de su cortejo se aceleraron bajo el súbito florecer de unas nuevas antorchas. De pronto, Khaemuast sintió deseos de partir hizo una seña a Ib y marchó hacia el interior de su tienda. Una lámpara de aceite parpadeaba ya junto al catre, arrojando un cordial fulgor amarillo. Se olía a perfume fresco Ib se adelantó para hacerle una reverencia.

–Di a Hori que se vista –indicó Khaemuast– y tráeme mi atuendo de gran sacerdote. Los acólitos pueden llenar los incensarios y prepararse. ¿Han bendecido ya las ofrendas de comida?

–Si –asintió Ib–. El príncipe Hori se ha encargado de las plegarias. ¿Quieres, Alteza, lavarte otra vez antes de vestirte?

Khaemuast sacudió la cabeza, súbitamente cansado.

–No, envíame un acólito y haré la purificación ritual. Con eso basta.

Aguardó en silencio hasta que apareció Kasa portando con reverencia el voluminoso atuendo de gran sacerdote, a rayas negras y amarillas, sobre los brazos extendidos; mantuvo la vista baja mientras un acólito ofrecía al príncipe un aguamanil lleno de agua perfumada y le ayudaba a desvestirse. Khaemuast inició con solemnidad el ritual del lavado, murmurando las plegarias adecuadas a las que el muchacho respondía. Las volutas del agridulce humo de incienso empezaron a rizarse entre las solapas de la tienda.

Por fin Khaemuast estuvo preparado. El acólito le hizo una reverencia y, después de recoger el aguamanil, se retiró. El príncipe alargó los brazos para que Kasa le deslizara la larga túnica por la cabeza y ambos salieron. Fuera les esperaba Hori, en su papel de sacerdote de Ptah, sujetando el largo incensario del que brotaban unas volutas grises. En unos platos de oro se veían las ofrendas de comida aplacadoras para el ka del príncipe cuya tumba habían perturbado cortésmente.

Se formó la pequeña procesión que avanzó con majestuosa gracia hasta la entrada de la tumba, ya invisible. Los esclavos permanecían de bruce. Khaemuast se adelantó y, tomando el incienso de manos de su hijo, inició los ruegos por la preservación del muerto, implorando al ka que no castigara a quienes se habían atrevido a contemplar un sagrado sitio de descanso. La oscuridad era ya completa. Khaemuast observaba sus propios dedos, largos y enojados, centelleando a la luz de las antorchas, dignificando las antiguas palabras con ademanes de respeto y apaciguamiento. Había celebrado cien veces la misma ceremonia, sin que los muertos se mostraran ofendidos por su entrometimiento ni siquiera una vez. Por el contrario, estaba convencido de que sus cuidadosas restauraciones y sus ofrendas acarrearán bendiciones para él y sus seres queridos, otorgadas por los kas de los príncipes muertos mucho tiempo antes y bastante olvidados.

La ceremonia acabó pronto y las palabras finales cayeron inexpresivamente en la cálida oscuridad. Khaemuast se arrodilló junto a Hori para que le quitaran la túnica y luego se levantó. Kasa le ciñó la faldilla blanca a la cintura, todavía musculosa, y le puso sobre el pecho su pectoral favorito, de lapislázuli y jaspé. Sentía los ojos irritados por la fatiga.

–¿Vienes a casa? –preguntó a Hori, cuando Kasa hubo salido para llamar a los portadores de la litera. El muchacho meneó la cabeza.

–No, a menos que me necesites para que ayude a Penbuy a archivar nuestros hallazgos de hoy, padre –replicó–. La noche es tan agradable que Antef y yo vamos a salir de pesca.

–Lleva un guardaespaldas –aconsejó Khaemuast, automáticamente. Y Hori se volvió con una sonrisa.

El trayecto hasta la ciudad de Menfis era largo: desde la alta meseta de Saqqara, se descendía por los majestuosos palmares y se cruzaba el canal de drenado, ahora poco más que una lisa cinta de oscuridad más intensa donde se reflejaron momentáneamente las luces de la escolta principesca. Khaemuast, que se mecía en su litera

acolchada, tras las cortinas adornadas con borlas, se volvió a contemplar la suave noche, reflexionando, como hacía con frecuencia, sobre las peculiares características de aquella gran ciudad, su favorita. Menfis era, en Egipto, una de las poblaciones habitadas ininterrumpidamente desde más antiguo y también la más sagrada. Allí se adoraba desde hacía dos mil años al dios Ptah, creador del universo. Allí habían pasado sus sagradas vidas innumerables reyes y por eso un aura de gracia y dignidad impregnaba todas las calles.

Aún se podía ver el centro antiguo de la ciudad, el Blanco Muro de Menes, que en otros tiempos había cercado toda la población y que ahora era sólo un diminuto oasis de calma, que ricos y pobres de todo el país acudían a contemplar. Observar el paisaje era un pasatiempo nacional, lo hacía todo el que pudiera costeárselo. Khaemuast sonrió para sus adentros con cierta sorna, en tanto sus cargadores entraban en las plantaciones de palmeras y el cielo se borraba tras una selva de rígidas frondas plumosas que susurraban agradablemente en la penumbra. La historia se había pues—

to de moda; no la historia que él estudiaba con tan dedicada decisión, sino los relatos de conquistas y personalidades, milagros y tragedias de los reyes de antaño. Los guías pululaban por los mercados de Menfis, ansiosos de esquilmar a nobles rurales y mercaderes ricos a cambio de emocionantes narraciones de un pasado espurio amenizadas con jugosos escándalos palaciegos de cien, de mil años atrás, de realidad muy dudosa. Había quienes recogían trozos de piedra para grabar sus nombres, y a veces también sus comentarios, en el Muro Blanco, el patio exterior del templo de Ptah y hasta los portones de los templos de reyes en el antiguo distrito de Ankhtawy.

Khaemuast había comenzado a emplear a corpulentos hurrianos para patrullar los monumentos de la ciudad, con órdenes de castigar levemente a los infractores que atraparan y su padre, el augusto Ramsés, no había puesto objeciones. "Probablemente porque no le importa mucho", supuso Khaemuast. Las palmeras empezaban a escasear y el negro cielo nocturno volvía a alzarse sobre él. "Está demasiado ocupado construyendo sus monolitos para la posteridad y expropiando las obras de sus antepasados para atribuir las a su propia gloria donde es más conveniente."

"Querido padre", pensó Khaemuast riendo para sus adentros. "Implacable, arrogante y falso, pero también lleno de señorial generosidad cuando así te conviene. Has sido más que generoso conmigo. Me gustaría saber cuántas quejas has recibido de los nobles extranjeros que desfiguran nuestras maravillas. Tres cuartos de la población de Menfis son extranjeros enamorados de nuestra fuerte economía y nuestra jerarquía suprema. Desearía que no los amaras tanto."

Sintió que los pies descalzos de sus portadores se movían sobre una superficie dura y la noche empezó a aclararse con el resplandor anaranjado de la ciudad. Estaban detrás del silencioso distrito de Ankhtawy, donde los templos se agazapaban amortajados en una penumbra que sólo aliviaba, ocasionalmente, la diminuta mota de una antorcha, sostenida para alumbrar a algún sacerdote que se encaminaba a sus tareas nocturnas o volvía de ellas. Más allá de los altos y oscuros pilares estaba el distrito de Ptah, dominado por la imponente Casa del dios; más allá todavía, el Noble Distrito del faraón, con dos canales que corrían hacia el Nilo y con su palacio, en algunas épocas descuidado y en otras épocas reconstruido por sucesivos faraones desde tiempos inmemoriales; en el presente, resplandecía, restaurado y ampliado por Ramsés. Sus tumultuosos muelles y depósitos se entremezclaban con las casuchas de los más pobres.

Vislumbró fugazmente la alta y ahora gris ciudadela del Muro Blanco, a la derecha de Khaemuast, antes de que los portadores emergieran de sus sombras y salieran al distrito Norte—de—las—Murallas, donde él y otros muchos nobles tenían sus fincas. Componía una ciudad en sí misma, alejada del ruido y el hedor del distrito sur, donde los extranjeros (canaanitas, hurrianos, keftius, khatti y otros bárbaros) practicaban sus cultos en los altares de Baal y Astarté, y trabajaban en sus ruidosos y toscos negocios con Egipto.

Khaemuast visitaba con frecuencia a los nobles extranjeros en sus propias fincas, que imitaban las propiedades elegantes y apacibles de Norte—de—las—Murallas. Su padre le confiaba muchos de los asuntos de gobierno, sobre todo allí, en Menfis, donde había decidido vivir. Como era el médico más reverenciado del país, los semitas lo consultaban a menudo, pero él no les tenía simpatía. Los consideraba arroyos contaminados que invadían las corrientes claras y límpidas de su sociedad, llevando consigo la corrupción de dioses extraños para menguar la reverencia debida a las fieles y poderosas deidades egipcias, aportando el veneno de las culturas exóticas, la moral degradada y los tratos comerciales baratos. Baal y Astarté estaban de moda en la Corte y los nombres semíticos abundaban incluso en los hogares egipcios puros de todos los estratos sociales. Los casamientos entre razas distintas eran corrientes y el faraón tenía como mejor y más querido amigo a un semita silencioso y delgado de nombre Ashahebsed. Khaemuast, cortesano nato, estaba habituado a disimular sus sentimientos y lo hacía con facilidad. Había tratado muchas veces a aquel hombre, que ahora prefería hacerse llamar Ramsés—Ashahebsed, y se limitaba a insultarle sutilmente negándose a llamarle con el prenombre de Ramsés salvo en los documentos escritos.

El templo de Neith iba quedando lentamente atrás. Sus portadores aminoraron el paso, obviamente cansados. La luz de las antorchas se había vuelto más intensa, pues los habitantes del Norte—de—las—Murallas podían permitirse el gasto de emplear a portadores de luces para patrullar las calles. Khaemuast reacomodó sus almohadones, atento a las voces de la guardia y la respuesta de sus soldados. De vez en cuando, Ramose, su heraldo, lanzaba una advertencia y Khaemuast veía entonces a los transeúntes prosternándose en las calles polvorientas, y tocando el suelo con la frente hasta que la litera pasaba. Pero había poca gente. Casi todos estaban en su casa, comiendo o preparándose para visitar a los amigos, pues la vida nocturna de la ciudad aún no había comenzado.

Por fin Khaemuast oyó la voz del portero de su casa y el chirrido del portón al abrirse. Los guardaespaldas saludaron desde sus puestos, delante de la alta muralla de ladrillos, y el portón se cerró tras él.

—Dejadme aquí —ordenó—. Quiero caminar.



Bajaron la litera obedientemente y descendió, llamando por señas a Ramose y sus soldados. Empezó a andar por el sendero que rodeaba el jardín trasero y se cruzaba con otros senderos: uno conducía a los arbustos y los estanques para peces, ahora reducidos a unas manchas casi invisibles a la izquierda; otro llevaba a las cocinas, graneros y chozas de los sirvientes; y otro, por fin, se dirigía a la casa donde vivían las concubinas de Khaemuast, pequeña, pero agradablemente amueblada. No había muchas mujeres allí y él tampoco las visitaba con frecuencia ni solía llamarlas a su diván. Nubnofret, su esposa, dirigía la vida de ellas como dirigía la casa familiar: con rígida eficiencia, y Khaemuast prefería dejar las cosas así. El sendero circulaba ahora a la sombra del muro de la casa y giraba en la esquina hacia el frente, desviándose bajo las blancas columnas de la entrada, en las que se alzaban unas aves pintadas de rojo y azul intenso con frondas de palmera y hierbas del río en los afilados picos. Cruzaba luego los bien nutridos prados de Khaemuast y, por entre los sicomoros, llegaba a los peldaños blancos que bajaban al río, de aguas calmas y rápidas. El príncipe se detuvo en el cruce, mirando hacia el Nilo y aspirando el aire. Akhet estaba terminando; el río, aún crecido, era un torrente pardo y azul de fecundidad, pero había vuelto a sus riberas tras la inundación anual; los campesinos comenzaban a arrojar la simiente al suelo saturado. Las frondosas palmeras que bordeaban los canales de drenado, las acacias y los sicomoros, todos centelleaban con el brillo de las hojas nuevas, de color verde claro, y en los jardines de Khaemuast comenzaban a abrirse unos vívidos racimos de flores, con un abandono que asaltaba la vista y colmaba de placer el olfato. Khaemuast no llegaba a verlas, pero le rodeaba su perfume.

Contempló la primera luz de la luna nueva, que chispeaba, inquieta, en el río, ora astillas de plata, ora oscuridad, mientras la brisa nocturna agitaba la maleza sofocada de las riberas y levantaba los ramajes. Los peldaños que bajaban al río eran una invitación desierta y envidió a Hori, que en ese momento debía de estar recostado en el fondo de su esquife, con Antef a su lado y los sedales de pescar atados al bote, charlando mientras contemplaban las estrellas. La fuente tintineaba como música en la oscuridad y los monos suspiraban y resoplaban en su sitio favorito, bajo el cuenco de piedra que aún retenía el calor del día.

—Esta noche me gustaría abandonarme a la deriva por el río —comentó Khaemuast a su paciente cortejo—, pero supongo que es preciso ver qué ha ocurrido en mi ausencia.

Se dijo que una hora en el río tampoco le haría ningún bien. Estaba inexplicablemente cansado. Le dolían los pulmones por haber inhalado el aire viejo y el polvo de la tumba, y sentía también un dolor apagado en las caderas. Un masaje y una buena noche de sueño en su diván le sentarían bien.

—Ramose —ordenó a su heraldo—, di a mi esposa que he regresado y que estoy en mis habitaciones. Si la litera de Penbuy ya ha llegado, revisaré cualquier carta del Delta que se haya entregado en mi ausencia. Di a Ib que quiero comer inmediatamente. Kasa puede esperar a que yo termine con Penbuy y luego me dará un masaje. ¿Amek?

El capitán de su guardia se aproximó con una reverencia.

—Esta noche no voy a salir. Puedes despedir a estos soldados. —Y sin esperar respuesta, atravesó las bellas columnas y entró.

El salón de recepciones, destinado a saludar y entretener a los invitados, era amplio y fresco. El suelo estaba cubierto por unos simples mosaicos blancos y negros, y de las paredes escayoladas colgaban unas pinturas en las que aparecía él con su familia, cazando aves en los pantanos, pescando o descansando en el jardín, bajo los toldos. Cuando se construyó la casa, él insistió en que se usaran los tradicionales colores de la antigüedad: blanco, negro, amarillo, azul y rojo; los pocos muebles instalados allí para los huéspedes eran de un diseño igualmente sencillo, realizados con cedro del Líbano e incrustaciones de oro, marfil y lapislázuli.

En lo relativo a aquel salón había logrado acallar las protestas de su esposa. Ella no quería dar a los huéspedes la impresión de que Khaemuast, poderoso príncipe y gran sacerdote, hijo del faraón y virtual gobernante no oficial de Egipto, tenía mal gusto. Pero por una vez la había derrotado, tras una violenta discusión.

—Soy un hijo real de Egipto —gritó Khaemuast al final, de un modo muy inusual en él—, y Egipto ha liderado al mundo durante hentis incontables en todos los aspectos de la moda, el gobierno y la diplomacia. Mis sirvientes son egipcios puros y mi familia es custodiada por tropas egipcias, no por mercenarios extranjeros. ¡Mi casa es un santuario egipcio, no un burdel semita!

—Tu casa es un mausoleo egipcio —le respondió Nubnofret fríamente sin dejarse amedrentar por el asombroso arrebato de su marido—, y no me gusta que se me conozca como la esposa de Khaemuast, la Momia. La impresión que damos a los dignatarios extranjeros es extraña, quizá hasta insultante.

Se subió la túnica hasta los anchos hombros y se llevó una mano a las grandes flores de oro y esmalte amarillo que adornaban su cuello.

—¡Y a mí no me gusta que se vea a mi esposa exhibiendo la cloaca políglota en que se ha convertido Egipto! —contraatacó Khaemuast—. ¡Mírate, Nubnofret! Eres una princesa de la más noble sangre, pero te pavoneas con tantos frunces y volantes que pareces una de esas amapolas que todo el mundo ha dado en cultivar en su jardín, sólo porque provienen de Siria. ¡Y ese color! ¡Púrpura! ¡Una abominación!

—Tú —señaló Nubnofret, malintencionadamente— eres un sapo viejo y croador. Me vestiré como se me antoje. Alguien tiene que mantener las apariencias. Y antes de que me digas que por ser de la familia real estamos por encima de esas insignificancias, permíteme recordarte que soy yo quien debe recibir a las esposas de los khatti, los sirios y los libios, mientras tú haces negocios con sus maridos. Egipto es una potencia internacional, no un rincón de provincias. Estas esposas salen de mi casa convencidas de que tú eres una fuerza que debe ser reconocida.

—Eso ya lo saben —espetó Khaemuast, ya más tranquilo—. No pueden hacer nada sin sentir mi aliento en sus espaldas.

—Y tú no puedes hacer nada sin mi estupenda organización.



Como de costumbre, Nubnofret pronunció la última palabra. Salió de la habitación, moviendo majestuosamente sus amplias caderas e irguiendo sus magníficos pechos. Khaemuast escuchó, entre frustrado y divertido, el susurro de su túnica, llena de tableados, y el repiqueteo de sus sandalias doradas. Era una mujer formidable, cariñosa y la más terca que había conocido nunca, pensó mientras salía de la penumbra del salón de recepciones y giraba por el pasillo de la derecha en dirección a sus habitaciones. Aceptó en silencio lo relativo a la decoración del salón, pero se vengó con el resto de la casa, de modo que algunas veces Khaemuast tenía la sensación de vivir en una tienda. Las habitaciones estaban repletas de tesoros, objetos de decoración y cosas extrañas e inútiles provenientes de todas las partes del mundo; estaban dispuestas con buen gusto, desde luego, pues Nubnofret se había criado en una de las mejores casas, pero producían claustrofobia en su esposo, que soñaba con los apacibles espacios interiores y el enjoyado vacío del pasado.

Sólo su despacho privado escapó a la coacción de su esposa. Lo colmaba su propio desorden, aunque Penbuy mantenía escrupulosamente ordenada la biblioteca contigua en la que se guardaban los pergaminos. Aquí Khaemuast podía escapar y sentirse en paz.

Cruzó a grandes pasos ante las puertas cerradas de su dormitorio, donde un sirviente soñoliento permanecía en cuclillas en su banqueta, y entró en su despacho. Allí relumbraban varias lámparas de fino alabastro de color miel. Le esperaba su silla, apartada del escritorio. Cuando iba a sentarse con un audible suspiro de alivio, Ib llamó a la puerta y entró haciendo una reverencia. Depositó una bandeja en la mesa y levantó el paño de hilo para descubrir un humeante trozo de ganso relleno, pescado frito, pepinos frescos y una redoma de vino, sellada por el propio viñador de Khaemuast en su viñedo de las afueras de Menfis. El príncipe le despidió con un ademán y comió con apetito. Cuando estaba terminando, le anunció a Penbuy. Con un vuelco en el corazón, Khaemuast vio que el escriba dejaba varios pergaminos sobre el escritorio.

–No me lo digas –gruñó–: las negociaciones matrimoniales se han interrumpido otra vez.

Penbuy se las compuso para asentir en medio de una reverencia. Se apresuró a sentarse en el suelo, cruzó las piernas y se colocó la paleta sobre las rodillas.

–Mucho me temo que sí, príncipe. ¿Te leo los pergaminos mientras acabas de comer?

Khaemuast le respondió lanzándole uno y volvió a su pila de tortas calientes.

–Comienza –ordenó.

Penbuy desenrolló el pergamino.

–"Del Poderoso Toro de Maát, Hijo de Set, User–Maát–Ré, Setep–en–Ré Ramsés, saludos a Khaemuast, su hijo favorito. Se requiere cuanto antes tu presencia en el palacio de Pi–Ramsés. El asunto del tributo de los khatti, incluido el despacho de la novia khatti para el Poderoso Toro, necesita tu atención inmediata como consecuencia de una carta de nuestro enviado Huy, que en este momento está en la corte de Hattusil. Ven pronto al norte con las alas de Shu." –Penbuy levantó la vista–. Tiene el sello real –agregó, dejando que el pergamino se enrollara con un leve susurro. Lo dejó a un lado y tomó su pluma–. ¿Quieres responder, príncipe?

Khaemuast hundió los dedos en el cuenco de agua y se reclinó en el asiento, cruzando los brazos. La guerra entre los khatti y Egipto había terminado hacía ya veintiocho años; el tratado oficial databa de doce años atrás. La última batalla, librada en Kadesh, estuvo a punto de ser el fin de Egipto como nación independiente a consecuencia de una serie de desastres menores, pero acumulados: espías mal informados, divisiones militares mal localizadas y comandantes ineptos. Pero Ramsés insistía aún en retratarla en todos sus monumentos y sus templos, flagrantemente, como un brillante éxito de Egipto y el golpe demoledor para los khatti. En realidad, los khatti habían tendido una inteligente emboscada al ejército egipcio en todo su poderío, obligándolo casi a la huida. La batalla había sido un jaque mate en el que ninguno de los bandos avanzó un centímetro.

Catorce años después, ya serenados los ánimos, se firmó y selló el Gran Tratado, para exhibirlo en Karnak. Incluso así, Ramsés insistía en considerar a Kadesh una victoria egipcia y una derrota khatti ; el tratado, a su modo de ver, era un acto de desesperada sumisión por parte de Muwattali.

Ahora Hattusil, el hijo de Muwattali, ofrecía a Ramsés una de sus hijas para cimentar unas relaciones amistosas entre las dos grandes potencias. Pero el altanero Ramsés, nunca dispuesto a admitir nada parecido siquiera a la debilidad por parte de un gobernante que era también un dios, interpretaba ese gesto como de apaciguamiento y sumisión. Por su parte, los khatti habían sufrido en tiempos recientes una sequía desastrosa que los había debilitado y temían que Egipto aprovechara esa situación momentánea para despojarlos de sus campiñas. Por lo tanto, ansiaban sujetar a Ramsés a los términos del tratado por medio de un matrimonio diplomático. Peor aún, según pensaba Khaemuast mientras empezaba a elaborar mentalmente la respuesta a su padre, Hattusil, en su prisa por abrir los brazos a su real hermano, había prometido a Ramsés una asombrosa dote de oro, plata, muchos metales en bruto, caballos sin límite, ganado, cabras y ovejas por decenas de millares. Tanto el príncipe como la burlona corte egipcia tenían la impresión de que Hattusil estaba dispuesto a trasladar toda Khatti a Egipto junto con su hermosa hija. Ramsés lo había aprobado. Era un tributo por la derrota de su padre en Kadesh.

–¿Príncipe? –pronunció Penbuy, suavemente.

Khaemuast volvió a la realidad y se disculpó.

–Perdona, Penbuy. Puedes comenzar. Los saludos habituales, no puedo perder el tiempo en enumerar correctamente todos los títulos de mi padre. Luego: "Con respecto a la llamada de mi gracioso Señor, estaré en Pi–Ramsés con toda celeridad, para colaborar en la resolución de las proyectadas nupcias de Su Majestad. Si Su Majestad desea dejar los intercambios oficiales de mutua confianza y las negociaciones por la dote en manos de éste, su indigno

hijo, en vez de continuar calentando el caldo con sus sagradas pero indudablemente conflictivas opiniones, tal vez podamos servir pronto una aceptable sopa. Mi amor y reverencia van hacia el Hijo de Set con este pergamino".  
 –Khaemuast se recostó en su silla–. Dáselo a Ramose para que lo entregue a un mensajero, preferiblemente a uno que sea lento e inepto.

Penbuy sonrió fríamente, raspando aún el papiro con su pluma.

–En verdad, príncipe, ¿te parece necesario ser tan... tan...?

–¿Directo? –concluyó Khaemuast por él–. No se te paga por criticar el tono de mis cartas, descarado. Sólo por escribirlas y utilizar la ortografía correcta. Dámela para que la selle.

Penbuy se levantó con una rígida reverencia y puso el pergamino en el escritorio. Apenas Khaemuast retiró su anillo del lacre, la puerta se abrió sin previo aviso y Nubnofret entró en la habitación. Penbuy se inclinó hasta el suelo inmediatamente y ella, sin prestarle atención, se acercó a su esposo y le dio un beso indiferente en la mejilla. Wernuro, su servidora personal, permanecía mansamente atrás, con la cabeza inclinada. Khaemuast se levantó disimulando una sonrisa; por centésima vez, pensó que Nubnofret sabía mantener firmemente en su sitio a todos los que trabajaban para ella.

–Veo que ya has comido –comentó su esposa.

Vestía una de las túnicas sueltas e informales que gustaba usar por las noches, cuando no había invitados. Los voluminosos pliegues de hilo escarlata caían alrededor de sus amplias curvas, atados a un costado con un cinturón y unas borlas de oro. De su lóbulo derecho pendía una pesada ankh de jaspe rojo y oro, que se meció suavemente contra su rostro exquisitamente pintado cuando levantó la vista hacia Khaemuast. Se había quitado la peluca y su cabello castaño rojizo, que le llegaba al mentón, formaba un marco perfecto a su ancha boca pintada de naranja y sus párpados empolvados de verde.

Tenía treinta y cinco años y conservaba una belleza madura pese a las finas arrugas que (Khaemuast lo sabía) empezaban a abrirse en abanico por sus sienes, bajo el kohol negro, y los leves surcos que rodeaban aquellos labios tentadores. Pero ella habría descartado aquella voluptuosidad, de haber tenido conciencia de poseerla. Nubnofret, enérgica, eficiente y llena de sentido común, navegaba por entre los arrecifes y los bajíos de las cuentas domésticas, el adiestramiento de los sirvientes, la atención a las visitas de su esposo y la crianza de sus hijos, con la consumada facilidad de la mujer adicta al deber. Era intensamente leal a Khaemuast, por lo cual él le estaba agradecido. Sabía que aunque su esposa necesitaba tenerle bailando sin peligro la danza que ella componía, le amaba mucho, pese a su aguda lengua. Llevaban veintiún años de un matrimonio seguro y reconfortante.

–¿Tuviste buena suerte hoy, Khaemuast?

Él meneó la cabeza, sabiendo que preguntaba por cortesía y no por interés. Su afición le parecía denigrante para un príncipe de la realeza.

–En absoluto –replicó tocándose la mejilla que ella le había besado; estaba húmeda por la alheña recién aplicada–. La tumba era antigua, pero estaba dañada por el agua y la incursión de los ladrones. Es imposible saber cuándo ocurrieron esos desastres. Penbuy examinó un par de pergaminos, que a estas horas deben de estar archivados en la biblioteca, pero mi reserva de conocimientos sigue siendo la misma.

–Lo siento –repuso ella, con sincera pena. Su mirada bajó a los rollos que Khaemuast sostenía en la mano–. ¿Hay un mensaje del Delta? ¿Problemas en el paraíso matrimonial? –Los dos se sonrieron–. Tal vez debiéramos mudarnos a Pi–Ramsés hasta que se consumaran los planes del faraón. Casi has gastado nuestra barcaza con tanto ir y venir.

Khaemuast sintió una súbita ternura hacia ella. No le había pasado desapercibido el matiz de nostalgia de su voz, apenas discernible.

–Te gustaría, ¿verdad? –observó con gentileza–. ¿Por qué no llevas a Hori y a Sheritra al norte, durante uno o dos meses? Mi padre no necesita de mí constantemente, Nubnofret. Por el momento, los asuntos de Egipto son pura rutina, aparte de las negociaciones matrimoniales, y estoy en libertad de continuar algunos de los proyectos que he iniciado en Saqqara.

Señaló su silla. Nubnofret se dejó caer en ella y empezó a picotear los restos de la comida. Él reconoció la expresión de tozudez en su cara.

–Mis arquitectos y yo estamos trabajando en unos planos nuevos para el cementerio de los toros de Apis –prosiguió– y tengo dos restauraciones en marcha: una, en la pirámide de Osiris Sahuré y la otra, en el templo solar de Neuser–Ré. Yo...

Ella levantó una mano, con un trozo de ganso ya frío; hizo un ademán y se lo introdujo en la boca.

–Hace tiempo que he dejado de sentirme ofendida por tu insistencia en anteponer las piedras muertas a tu familia viva –dijo con serenidad–. Si tú no quieres ir a Pi–Ramsés, aquí nos quedaremos todos. Sabes que te sentirías muy solo si te dejáramos al cuidado de los sirvientes.

Era cierto. Khaemuast se sentó en la esquina de la mesa y cruzó los brazos.

–En ese caso, haz que los sirvientes empaqueten unas cuantas cosas y ven mañana conmigo. Mi padre necesita otro diplomático para deshacer todos los problemas que indudablemente ha causado. No dejará también de pedirme que le examine y le recete algo, y a cualquier otra persona que, según su imaginación, pueda requerir de mis servicios. Además, me gustaría visitar a mi madre.

Nubnofret masticaba pensativamente.

–Muy bien –decidió al fin–. Hori también querrá venir, pero Sheritra preferirá no mezclarse con la corte. ¿Qué vamos a hacer con ella, Khaemuast?

–Sólo es tímida –respondió él–. Ya se le pasará. Debemos darle tiempo y tratarla con dulzura.

–¡Con dulzura! –resopló Nubnofret–. Ya la mimáis demasiado, tanto Hori como tú. En este mismo instante te está esperando para darte las buenas noches, pero le he dicho que no debe contar contigo esta noche.

Se lamió los dedos y chasqueó con ellos. Wernuro cobró vida inmediatamente y se aproximó a la mesa; sumergió en el cuenco de agua el paño de hilo que cubría el plato y empezó a limpiar cuidadosamente la mano grasienta de su ama.

–¿Por qué?

–Porque han traído un mensaje del harén que el faraón tiene aquí. Una de las concubinas está enferma y solicita que acudas. –Se levantó de la silla y se acercó a la puerta–. Buenas noches, esposo mío.

–Buenas noches, Nubnofret. Que duermas bien.

Ante una seca palabra de la mujer, la puerta se abrió. Los esclavos porteros se inclinaron ante ella, que salió seguida por Wernuro, y Khaemuast quedó a solas.

Contra su voluntad, abandonó el despacho y entró en su biblioteca. Se detuvo junto a un gran arcón y sacó una llave del cinturón para abrirlo. Al levantar la tapa, un agradable olor a hierbas secas inundó el cuarto. Khaemuast volvió al despacho con una cajita y llamó a Kasa y a Penbuy.

–Ramose –recordó al jefe de heraldos, que había acudido a su llamada–, envía mis disculpas a Amek, si ya se ha retirado a sus barracas, pero necesito inmediatamente dos guardaespaldas. Debo ir a la ciudad.

Una hora después le hacían entrar en el harén de Menfis, entre deferentes reverencias. Era una casa grande y bien amueblada, con ventiladas habitaciones para las muchas mujeres que habían provocado el capricho de Ramsés, quien con frecuencia las compraba sólo para olvidarse luego de ellas. En general, llevaban una vida indolente, con todas sus necesidades atendidas y nada que hacer, aparte de chismorrear, pelear entre si, cuidar sus estupendos cuerpos y comparar impresiones sobre su distante dueño. Empero, algunas de ellas atendían negocios propios en Menfis y las tierras de cultivo circundantes. Se les permitía salir del harén, debidamente acompañadas, y podían administrar sus propias fincas o sus pequeñas industrias. Algunas supervisaban el hilado del lino; otras poseían viñedos o granjas; y unas pocas prosperaban traficando con artículos exóticos por caravana y por mar.

Khaemuast no se interesaba en absoluto por ellas, exceptuando el estudio de sus enfermedades. Había escrito un tratado sobre las enfermedades especiales de las mujeres que constituía una especie de libro de texto para los otros médicos, pero las mujeres, como vehículos de placer, le dejaban impávido. Las pasiones del pasado y de la mente le resultaban mucho más embriagadoras.

Saludó al guardián de la puerta del harén con más brusquedad de la que pretendía y el hombre se prosternó inmediatamente, apretando la frente contra las sandalias del príncipe en el antiquísimo gesto de suprema sumisión, mientras se disculpaba profusamente por haberle molestado. Khaemuast, impaciente, le indicó que se levantara.

–El faraón no quería que cualquier aprendiz examinara a una de sus mujeres –observó, mientras caminaban por un pasillo donde se alineaban, a intervalos regulares, unas elegantes puertas de madera de intrincado diseño, todas firmemente cerradas–. ¿Quién es mi paciente?

El guardián se detuvo ante la última puerta y Khaemuast esperó, seguido por Penbuy y Kasa. Los dos soldados de Amek se habían separado para apostarse en los dos extremos del largo corredor.

–Es una joven danzarina hurriana. El Poderoso Toro la vio bailar hace un año y la invitó a instalarse aquí. Es pequeña y callada, muy hermosa; ha estado enseñando algunos pasos de baile a las otras mujeres. –Abrió la puerta sin llamar y dio un paso atrás, respetuosamente–. Eso las mantiene entretenidas y les proporciona un poco de ejercicio. En su mayoría son muy holgazanas.

Khaemuast le despidió y entró en el cuarto. Era pequeño y cómodo, y estaba provisto de un buen diván, algunas sillas y almohadones esparcidos, un altar cerrado, unos cuantos arcones que contenían, sin duda, las vistosas ropas de la bailarina, y una puerta que, obviamente, conducía a los jardines comunes. Junto al diván, una esclava sentada en un banquillo narraba un cuento en alguna lengua extranjera (hurriana, probablemente) con una aguda voz de sonsonete. La pequeña paciente escuchaba arrobada bajo sus sábanas de hilo. Sus ojos negros reflejaban la luz de la lámpara de aceite que tenía a su lado. Al acercarse Khaemuast, dirigió una seca palabra a la muchacha y trató de levantarse, pero el príncipe la aquietó con un gesto.

–No se necesitan formalidades en el cuarto de los enfermos, a menos que sea para rogar a los dioses –dijo con amabilidad, mientras la esclava se retiraba a un rincón. Penbuy y Kasa ocuparon sus puestos–. Ahora, dime qué te ocurre.

La joven le miró con fijeza un instante, como si no le hubiera comprendido. Khaemuast se preguntó hasta qué punto dominaría el egipcio, pero al fin, echando una mirada de soslayo a los acompañantes, ella apartó las sábanas. Su cuerpo delicado estaba cubierto de un sarpullido intensamente rojo, desde el cuello hasta la exquisita curva de los tobillos. Después de observar con atención, Khaemuast se relajó con una mezcla de alivio y desilusión: alivio, por no verse forzado a pasar mucho tiempo en el harén a aquellas horas; desilusión, porque el caso no tenía nada de extraño o interesante. Llamó con un ademán al guardián de la puerta.

–¿Alguna de las otras mujeres ha presentado este sarpullido?

El hombre negó con la cabeza.

–No, Alteza.

Así pues, la dolencia no era contagiosa.

–¿Qué me dices de su dieta? ¿Come lo mismo que las otras?

–Muchas de las mujeres se hacen preparar la comida por separado, tal como les gusta –explicó el guardián, bien dispuesto–. Esta muchacha come de las cocinas del harén. Y te aseguro, Alteza, que los alimentos son muy frescos y de la mejor calidad.

Khaemuast indicó a Penbuy que no era necesario tomar notas.

–Por supuesto –asintió, con más aspereza de la que sentía. De pronto, no tenía deseos de calmar con tacto la preocupación del hombre–. El tratamiento es sencillo. Prepara un bálsamo con partes iguales de chufa, cebolla, incienso y jugo de dátiles silvestres. Haz que la esclava le unte la piel con él dos veces al día; en una semana desaparecerán el escozor y la inflamación. De lo contrario, mándame llamar. –Iba a salir cuando sintió que una mano le tiraba de la faldilla. Bajó la vista.

–¿No necesito también un hechizo, gran príncipe? –inquirió la bailarina, con fuerte acento–. ¿No practicarás ninguna magia conmigo?

Khaemuast observó con una sonrisa aquellos ojos negros y vivaces. Luego se sentó en el diván y tomó entre los suyos aquellos dedos finos.

–No, querida mía, no es necesario –le aseguró–. No hay evidencias de una enfermedad producida por el demonio. Probablemente has tomado demasiado sol o has estado nadando en agua sucia; hasta es posible que hayas rozado una planta que a tu cuerpo no le gusta. No te preocupes. La receta que he dado a tu guardián fue encontrada hace muchos años entre los remedios garantizados del templo de Osiris, en Abidos, y no puede fallar.

A manera de respuesta, ella presionó sus labios contra su mano. La impresión del contacto le cogió por sorpresa. Khaemuast se levantó precipitadamente.

–Cuida de que la unten de inmediato para que pueda dormir –fue su última orden, antes de salir al pasillo. Cruzó rápidamente las puertas y los jardines para subir a su litera, con la mente fija en la necesidad de darse el masaje postergado y dormir profundamente.

Despedidos ya Penbuy y los soldados, cuando estuvo tras las puertas cerradas y custodiadas de su propia habitación interior, permitió que Kasa le quitara la peluca negra, cuyas puntas le cubrían los hombros, desenroscara sus pendientes de turquesa favoritos y librara sus brazos y dedos de anillos y brazaletes. La faldilla fue retirada y puesta a un lado. Con un amplio suspiro de cansancio y placer, Khaemuast se tendió en el diván, boca abajo, entre las blandas almohadas, y sintió gotear el aceite de oliva, caliente y perfumado, del cuenco de Kasa sobre su espalda. Cerró los ojos. Durante un rato se entregó al placer que le producían las fuertes manos de Kasa, que masajearan sus músculos, agarrados por las tensiones del día. Por fin el sirviente dijo:

–Con tu perdón, príncipe, no se te nota bien ni a la vista ni al tacto. Tu piel, esta noche, tiene la consistencia del queso de cabra. Los músculos se están poniendo flácidos y feos. ¿Puedo recomendarte algo?

Khaemuast rió entre dientes con la boca sepultada entre los almohadones.

–¿Que el médico acepte sus propios consejos? –observó–. Recomienda lo que quieras, amigo mío, y yo te diré si tengo tiempo o deseos de obedecer. Como ya sabes, tengo treinta y siete años. Nubnofret también me importuna con respecto a mi envejecimiento. Pero en verdad, mientras el cuerpo me permita cumplir con mis funciones y no impida mis placeres, prefiero no molestarlo.

Los dedos tiesos de Kasa se le hundieron súbitamente en los músculos. El príncipe percibió su desaprobación.

–Para escurrirse por tumbas viejas y trepar pirámides hace falta un estado físico que estás perdiendo con celeridad, Alteza –objetó el sirviente, sentencioso–. Porque te amo, te lo ruego: ordena a Amek que te haga practicar la lucha, el tiro de arco y la natación. Tú bien sabes, Alteza, que estás descuidando una buena constitución.

Khaemuast iba a responder bruscamente cuando, de pronto, su mente se llenó con la imagen de la pequeña bailarina enferma. No había observado conscientemente su cuerpo, limitándose sólo a su dolencia, pero en ese momento recordó su vientre plano y tenso, las suaves líneas de sus músculos bajo la piel de las piernas y la leve curva de las caderas, donde no se acumulaba la grasa. La visión le hizo sentir viejo y melancólico, vagamente vacío. "Estoy cansado", se dijo.

–Gracias, Kasa –logró pronunciar–. Guarda el aceite, quítame la pintura de la cara y las manos, y trae la lámpara nocturna. Por favor, di a Ib que mañana no debe molestarme con ruidos al preparar el equipaje.

Y se sometió a los expertos cuidados de su sirviente personal. Por fin la puerta se cerró, dejándole a solas con el familiar parpadeo de la diminuta llama, aprisionada en su jarra de alabastro, y las densas sombras del cuarto, que se movían con lentitud. Empujó los almohadones para que cayeran al suelo y alargó la mano hacia el cabezal de ébano (Shu sosteniendo el cielo) para ponérselo bajo el cuello. Nuevamente cerró los ojos y se dejó llevar, aún apesado por la curiosa tristeza que le producía, al recuerdo de la pequeña concubina de su padre y su cuerpo perfecto. "¿Por qué me preocupa esto?", se preguntó difusamente. "¿Qué había en esa muchacha, vista un momento tan brevemente, que ha podido abrir en mí este torrente de reflexiones?"

De pronto lo supo y se despertó por completo. Por supuesto. Le había hecho pensar en la primera mujer de su vida: una niña, en realidad, de trece años apenas, dueña de unas piernas largas y ágiles, del inicio de dos pechos firmes que, por entonces, eran sólo unos pezones oscuros; se endurecieron de manera sorprendente bajo su lengua curiosa. Volvía a degustaría ahora, como si la hubiera poseído sólo una hora antes. Había sido una entre las muchas esclavas que los sirvientes más augustos del faraón empleaban para diversas tareas fáciles. Khaemuast, que por entonces tenía sólo quince años, había entrado en el salón de recepciones para cenar con trescientos invitados de su padre. Recordaba

el picante olor de los conos perfumados que se fundían, el aroma de las flores de loto, amontonadas por doquier, y el estruendo de las risas, que se sobreponía a los cortesés arpegios de los músicos.

La muchacha se aproximó a él con una reverencia, para deslizar una guirnalda de azulinas por su cabeza. Cuando se puso de puntillas para hacerlo, Khaemuast sintió que sus pechos desnudos le rozaban el torso y su aliento cálido, sin perfume, le envolvía la cara. Luego ella se apartó y repitió su reverencia. Más tarde, algo ebrio y arrebatado por el calor de la noche, la buena comida y las atenciones especiales de su padre, la vio pasearse entre los invitados, repartiendo los pequeños obsequios dorados que llevaba en una bandeja. Entonces se acercó a ella, le quitó la bandeja para entregársela a un muchacho que pasaba y se la llevó al jardín, impaciente.

La noche era cerrada y muy negra, como los ojos de la niña, como el triángulo de vello áspero que sus dedos torpes exploraron desesperadamente por debajo de la fina faldilla. Copularon detrás de una mata, casi a la vista de un soldado que montaba guardia. Luego ella rió infantilmente y, tras reacomodarse la ropa, escapó corriendo.

Khaemuast recordó que no habían cruzado una sola palabra. Con la mirada fija en las sombras silenciosas del cielo raso, gimió con suavidad al desvanecerse el recuerdo. Sin duda ella no ignoraba quién era él, y él nada sabía ni le importaba de ella. Sólo perseguía la sensación, aquella noche, y ahora el cerebro le devolvía el movimiento de sus músculos bajo las manos, la boca, el sabor levemente agrio de su lengua contra la suya, sus ojos negrísimo, cargados de pasión, fijos en los suyos antes de que él cediera a la lascivia.

La había olvidado hasta entonces. Había poseído a otras muchachas: junto al río, en el atardecer; en el calor de las aplastantes tardes de verano, tras los graneros; en sus propias habitaciones, siguiendo un impulso repentino. A los dieciséis se casó con Nubnofret y cuatro años después le nombraron gran sacerdote de Ptah en Menfis. Así empezó la obra de su vida. A partir de entonces los mensajes urgentes de los sentidos se tornaron más débiles, menos frecuentes, fueron superados por pasiones más fuertes.

"Tristeza por lo que ya no es, sí, lo comprendo", pensó, mientras se preparaba una vez más para dormir. "Pero ¿y el vacío, y la pérdida? ¿Por qué? El único hoyo que ansío colmar es el que guarda el Pergamino de Thot. Y si los dioses lo permiten, lo hallaré y tendré el poder que va con él. Pobre pequeña bailarina hurriana, ¿cuántas veces ha despertado mi padre el deseo en ese delicioso cuerpo tuyo? ¿Sientes hambre de él día tras día o giras y giras para alejar el fuego?"

Se deslizó en la inconsciencia y los recuerdos no le siguieron.

## CAPÍTULO 2

¡Cuán bienamado es él, nuestro victorioso gobernante!

¡Cuán grande es nuestro Rey entre los dioses!

¡Qué afortunado es, el Señor que está al mando!

A la mañana siguiente, despertó tarde. Ib, siguiendo sus órdenes, había mantenido lejos de su puerta el ajetreo del inminente viaje, de modo que pudo consumir su habitual desayuno ligero de fruta, pan y cerveza, y caminar hasta la casa de los baños sin que nadie le molestara. El resentimiento empezó a invadirle cuando bajó del pedestal de piedra, con los brazos extendidos para que Kasa pudiera secarle. No quería ir al norte, no quería pisar con primoroso cuidado en el frágil laberinto de las negociaciones, ni quería ver, en realidad, a su padre; pero se dijo que su madre, cuando menos, le saludaría con efusividad. Y buscaría tiempo para visitar las estupendas bibliotecas de Ramsés.

De regreso a sus habitaciones, se sentó para que su cosmetólogo, bajo la mirada atenta de Kasa, le pintara la planta de los pies y la palma de las manos con alheña. Mientras la tintura anaranjada se secaba, escuchó a Penbuy, que le daba los mensajes del día. Eran pocos. Había llegado una carta del capataz que cuidaba su ganado en el Delta, anunciándole que había veinte nuevos terneros, nacidos y registrados. Sin embargo, el pergamino que le hizo la boca agua fue un rollo grande que Penbuy depositó con aire reverente sobre la mesa, junto a su diván.

—Los planos para el cementerio de los sucesivos toros de Apis están terminados y aguardan tu aprobación, príncipe —dijo el escriba, sonriendo ante el obvio deleite de Khaemuast.

Pero su amo, después de deslizar una mano sobre los papiros calientes, los dejó tristemente sin leer. Sería un premio al que aspirar cuando volviera a casa.

La alheña estaba seca y el cosmetólogo empezó a deslizar el negro kohol alrededor de los ojos de Khaemuast, mientras su joyero abría la caja que contenía sus collares. Khaemuast cogió un espejo de cobre y estudió con expresión crítica el trabajo del hombre, forzando los ojos para divisar los contornos de su cara. Su imagen le resultó reconfortante. "Tal vez esté un poco flácido", pensó. "Ahora que he tenido tiempo de pensarlo voy a seguir el consejo de Kasa. Pero todavía soy un hombre apuesto." Acarició pensativamente con un dedo la línea de su mandíbula tensa y su cosmetólogo lanzó una exclamación de fastidio. "Mi nariz se parece a la de mi padre: es fina y recta. Nubnofret aún la elogia. Mi boca es un poco rígida, quizá, pero plena, gracias a mi madre. Los ojos, claros y bellos. Si, todavía puedo atraer a cualquier mujer de la corte..."

Divertido y perplejo, dejó el espejo con un golpe seco. "Qué pensamientos tan extraños", se dijo, sonriendo interiormente. "Khaemuast, poderoso príncipe de Egipto, el mozo que hay en ti dama hoy por tu atención. Hace mucho tiempo que no oyes su voz."

Pero olvidó su yo juvenil, al acercarse a su joyero. Eligió unos brazaletes de electro, un pectoral de plata preciosa y cristales azules y varios anillos de oro. Cuando el hombre le estaba poniendo el último de los anillos, Ramose, su heraldo, anunció sonoramente desde la puerta:

—La princesa Sheritra.

Khaemuast se volvió con una sonrisa hacia su hija, que entraba apresuradamente.

—Anoche te eché de menos, padre —dijo Sheritra, dándole un abrazo rápido y desgarrado. Ruborizada, se puso después las manos a la espalda—. Mi madre me dijo que probablemente no podrías venir a darme las buenas noches, pero aun así te esperé levantada un rato. ¿Cómo está la concubina?

Khaemuast le devolvió el abrazo, disimulando la leve punzada de consternación que experimentaba siempre que la veía después de algún tiempo. Aquel tesoro suyo de quince años era toda huesos torpes y sin gracia. Las piernas resultaban demasiado largas para su pequeña estructura y con frecuencia tropezaba con sus propios pies. De niña, los sirvientes habían reído afectuosamente sus cabriolas inconscientes, pero ya no lo hacían, por cariño hacia ella. Los huesos de las descarnadas caderas asomaban penosamente, puntiagudos, bajo las ceñidas tónicas que usaba por terquedad, a pesar de que Nubnofret había intentado cien veces convencerla de que adoptara plisados y frunces más modernos y favorecedores. Era como si, conociendo sus muchas deficiencias físicas, hubiera decidido por puro orgullo no intentar competir en el mundo de las vanidades femeninas, por considerar que era indigno de ella.

Nubnofret vivía indicándole continuamente que se irguiera, pues sus hombros se curvaban sobre el pecho, casi tan plano como el estómago. Ella se esforzaba por caminar con más apostura y gracia para evitar los dardos de su madre, con frecuencia venenosos, pero de nada servía. Su cara era un agradable óvalo de boca expresiva y generosa, con los ojos grandes y brillantes, pero la nariz ramésida se había desbocado y se imponía sobre los otros rasgos del rostro.

Una muchacha más descarada y desenvuelta hubiera podido convertir esas desventajas en triunfos, pero Sheritra era tímida, sensible y reservada. Quienes la conocían bien (su padre, Hori, su servidora y compañera Bakmut, los otros miembros de la servidumbre y unos pocos amigos de toda la vida) la amaban por su inteligencia y generosidad, su bondad y su gentileza. "Pero, ¡OH, Amón!", pensó Khaemuast, ocultando su consternación para besarla en la frente, bajo el espeso cabello castaño y ondulado, "se ruboriza por todo, mi dulce inadaptada. ¿Dónde está el príncipe que se la lleve?"

—No sé cómo está la muchacha hoy —respondió—, pero no he tenido noticias del guardián de la puerta. Por lo tanto, presumo que estará mejor. ¿Has decidido acompañarme a visitar a tu abuelo e investigar en los mercados de Pi-Ramsés?

Sheritra meneó la cabeza una sola vez, en una áspera negativa.

–No lo creo, padre. Bakmut y yo disfrutaremos teniendo la casa para nosotras solas. Dormiré hasta muy tarde, haré que me lean todos mis pergaminos favoritos mientras como, y nadaré y hurgaré con los jardineros entre las flores.

Hablaba demasiado deprimida, apartando la vista. Khaemuast la tomó de la barbilla para mirarla a los ojos castaños, ansiosos.

–No te haría daño pasar unas cuantas horas en la corte –dijo, suavemente–. Si te enfrentaras a quienes temes, tu timidez empezaría a desaparecer, querida mía. Pronto tu madre empezará a hacer algo más que mencionar un compromiso matrimonial para ti. Cuando menos, deberías saber cómo son los jóvenes de sangre noble antes de que se te propongan sus nombres.

Ella se desprendió de sus dedos calientes.

–No es necesario –replicó sin alterarse–. Sabes que tendrás que pagar una dote más grande de la acostumbrada para deshacerte de mi, príncipe, y me es en absoluto indiferente casarme o no. Como nadie va a amarme, poco me importa en qué lecho acabe.

Su dolorosa franqueza era inquietante.

–Hori viene con nosotros –insistió su padre, tratando aún de persuadirla. No quería zarpar dejando atrás aquella herida.

–¡Por supuesto! –sonrió ella–. Las mujeres se lo comerán con los ojos, pero él no se dará cuenta. Los mozos susurrarán a su espalda sin que él les preste la menor atención. Él y Antef recorrerán los mercados en busca de maravillosos inventos extranjeros que desarmar. Después de conversar con el abuelo, que le idolatra, desaparecerá en la Casa de la Vid, como tú desaparecerás en la Casa de los Libros, y sólo saldréis para comprarme un regalo muy caro.

Le chispeaban los ojos, pero tras aquel brillo Khaemuast advirtió el desencanto sobre sí misma que leía en ellos con tanta frecuencia. Le dio otro beso.

–Lo siento, Pequeño Sol –se disculpó–. No quiero empujarte a nada que te incomode.

Ella hizo una mueca.

–Mi madre se encarga de empujarme por los dos. Que lo pases estupendamente en la mágica ciudad del faraón, padre. Creo que Hori ya está a bordo del Amón–es–Señor; harías bien en darte prisa.

Irguió la espalda y abandonó la habitación, mientras Khaemuast, con el corazón dolorido, abría su altar en honor de Thot, llenaba el incensario e iniciaba sus plegarias matinales.

Su flotilla se alejó de los peldaños del río una hora después del mediodía. El Amón–es–Señor llevaba a Khaemuast, Nubnofret y Hori; delante iban los guardaespaldas; atrás, los sirvientes domésticos. En el palacio de Ramsés, el Grande en Victorias, había siempre unas habitaciones dispuestas para Khaemuast y esclavos palaciegos para su servicio, pero él prefería ser atendido por su propio personal.

El día era cálido y despejado. Khaemuast permaneció en cubierta, reclinado contra la barandilla, contemplando con pena los palmerales, el fondo de arena amarilla y las nítidas siluetas de las pirámides de Saqqara, que se perdían de vista. Nubnofret ya se había acomodado bajo un toldo añadido a la pequeña cabina, que ocupaba el centro del barco; estaba recostada en una montaña de almohadones, con una taza de agua en una mano y un abanico en la otra. Hori, de pie junto a su padre, con el codo apoyado contra el de Khaemuast y las manos cruzadas, comentó:

–Menfis tiene un bello paisaje, ¿verdad? A veces lamento que el abuelo haya trasladado al norte la capital del país. Comprendo la ventaja estratégica de asentar el gobierno cerca de nuestra frontera oriental, junto a un río que desagua en el Gran Verdor, para facilitar el comercio, pero Menfis posee la dignidad y la belleza de los gobernantes de antaño.

Khaemuast mantenía los ojos fijos en el ribazo, donde se deslizaba la verde confusión de la primavera. Más allá de la vida fecunda y brillante del terraplén, con su sofocante vegetación fluvial, sus pájaros cantores y rápidos, sus atareados insectos y, ocasionalmente, algún cocodrilo soñoliento de inmensa sonrisa, existía un rico suelo negro en donde los fellahin luchaban, hundidos hasta las rodillas, para sembrar la semilla fresca. Los canales de drenado estaban aún llenos de un agua mansa que reflejaba el intenso azul del cielo y se manchaba con la sombra de las altas palmeras. Las aldeas, cuando la ciudad se perdió de vista, eran adormecidas entelequias de barro y cal, salidas de un grato sueño; reverberaban en el calor de la tarde casi siempre desiertas, a no ser por dos o tres asnos que se espantaban ociosamente las moscas con el rabo y algún niño que corría tras una bandada de gansos blancos o se arrodillaba en el polvo, desnudo.

–Detestaría ver el Nilo atestado, desde el Delta a Menfis, con los barcos y los botes de mercaderes y diplomáticos –respondió a Hori–. La misma Menfis se tornaría cada vez más sucia, ruidosa y extensa, como era la Tebas imperial en los días de los últimos thotmésidas. No, Hori. Deja que Menfis sea una ciudad de paz con la que nutra mi visión.

Los dos intercambiaron una sonrisa. Durante el resto de la tarde navegaron alegre hogar de Ré, la ciudad de On, donde Khaemuast solía officiar como sacerdote. Por fin viraron hacia el brazo oriental del Nilo.

Más allá de On, el río dejaba de ser una única fuerza poderosa y se desviaba en tres grandes cintas y dos o tres afluentes menores, hacia el Gran Verdor. El arroyo del oeste bordeaba el desierto. En su punto más septentrional regaba los viñedos más famosos de Egipto, donde se fermentaba el codiciado Buen Vino del Río Occidental. Las bodegas de Khaemuast guardaban en su interior una buena provisión de él y, aunque sus compatriotas solían dejarse seducir por los vinos exóticos que llegaban de lugares como Keftiu o Alashia, con un gran coste, él se mantenía fiel al botín rojo oscuro del Delta.



Por su centro fluía el gran río, pasando Buto, la más antigua de las capitales, ahora reducida a un templo y una pequeña población; luego, Tjeb–nuter y, por fin, la desembocadura en el Gran Verdor. Khaemuast y sus barcos tomaron rumbo nordeste, hacia las Aguas de Ré, que los llevarían a su destino.

Para pasar la noche, amarraron las embarcaciones junto al Canal de Agua dulce, que había sido abierto hacia el este para que se uniera a los Lagos amargos. El sabor seco del desierto era ya apenas una brisa ocasional, sobrecogida por los olores más ricos y densos de las tierras cultivables del Delta. Los bancos de papiro se sacudían entre sí y susurraban, y sus tallos de color verde oscuro, sus plumas amarillentas, iban perdiendo color sin cesar a medida que Ra descendía por Occidente. Hasta ellos llegó el aroma delicioso de las huertas florecidas, que no quedaban a la vista. Por doquier se enmarañaba la vegetación, ora cultivada, ora silvestre.

Durante todo el día siguiente navegaron por entre la asombrosa variedad de plantas y pájaros que poblaba el Delta. A mediodía se detuvieron para comer el pescado fresco que acababa de pescar Hori. Luego continuaron deslizándose perezosamente, mientras Ré pasaba del blanco al oro, al rosado, al rojo. Cuando la noche cayó una vez más, las Aguas de Ré se habían convertido en las Aguas de Avaris, el templo levantado en Bubastis en honor de la diosa gata Bast había quedado atrás y el río comenzaba a poblarse.

Esa noche no durmieron bien. Continuamente se cruzaban con otros navíos, cuyas voces de alerta alteraban con regularidad el sereno Nilo. Khaemuast pasó algunas horas inquieto, sumido en unos sueños vívidos y decididamente desagradables, hasta que le despertaron los gritos de otra pregunta y otra respuesta brusca. Le dolía un poco la cabeza. Llamó a Kasa con suavidad, para no despertar a Nubnofret. Una vez lavado y vestido, dio órdenes de reanudar el viaje antes de que el sol llevara una hora encima del horizonte.

Justo antes de mediodía, la ciudad de Pi–Ramsés apareció a la vista por la derecha. Primero, las feas chozas de los más pobres, que ahora habitaban el emplazamiento de la Avaris original y parecían arracimarse en torno de los pilones pardos y las altas murallas del templo de Set. Luego, un montón de escombros. Khaemuast sabía que eran los restos de una ciudad de la Duodécima Dinastía. Hori y Nubnofret observaban una caravana de asnos que avanzaba trabajosamente por la orilla del río. Bestias, mercaderes y carreteros estaban polvorientos, la arena se adhería a las coloreadas mantas que cubrían la carga. "Mercancías del Sinaí", suputo el príncipe; "quizá oro de las minas de mi padre, que vienen para servir a nuevos embellecimientos de Pi–Ramsés".

Se volvió hacia las ruinas, que pasaban ya rápidamente. Allí estaba el gran canal que su padre había hecho excavar alrededor de la ciudad, congestionado ya por barcas de toda forma y tamaño. Los capitanes blasfemaban y discutían por un sitio. Khaemuast hizo una seña algo melancólica a su esposa y a su hijo, que se retiraron al anonimato de la cabina. Hubo una pausa. El príncipe sabía que su capitán estaba izando la enseña imperial azul y blanca. Al cabo de un momento la algarabía exterior se apaciguó y el barco volvió a avanzar. Los plebeyos cedían paso al gran hijo del faraón y Khaemuast navegó por las Aguas de Avaris en un espacio de respeto y reverencia. Nubnofret chasqueaba la lengua.

–Cada vez que hacemos este viaje están más violentos y vociferantes –comentó–. Ramsés debería hacer patrullar este cruce por los medjay, que saben organizar el tráfico. Hori, levanta un poco la cortina. Quiero ver qué está pasando.

Hori obedeció y Khaemuast esbozó una sonrisa interior. Nubnofret siempre quería ver lo que ocurría.

El capitán lanzó un grito, profiriendo una seca orden a los remeros, y el Amón–es–Señor inició su lento viraje a la derecha. Pronto las ruinas y el templo de Set se perdieron de vista y fueron reemplazadas por unos desgarrados árboles que amparaban a los habitantes de la ciudad deseosos de sombra y conversación. A la izquierda no había vegetación alguna, sólo una cacofónica y desagradable confusión de talleres, depósitos, graneros y almacenes, hervideros de vida diurna. Más allá, como Khaemuast sabía, estaban las cristalerías que daban fama a Pi–Ramsés. Junto al canal, otras partes de la ciudad. La zona siguiente era más tranquila, y estaba compuesta por modestas casas de comerciantes pintadas de blanco y pequeñas fincas de nobles menores, rodeadas de jardines y huertas. Los manzanos se hallaban en plena floración y su perfume envolvió al grupo en una niebla embriagadora, casi palpable; los pétalos claros se mecían en la centelleante superficie del agua, formando felpudos blancos contra la ribera.

El canal se había ensanchado formando un vasto estanque y la embarcación navegaba ya por un puerto atestado de barcazas de todo tamaño y descripción, en proceso de carga y descarga. Los marineros se reunían en los muelles a apostar, y los chiquillos se llamaban entre sí o se arrojaban al agua revuelta, en busca de las baratijas que arrojaban los ociosos.

Pero pronto aquella confusión empezó a desvanecerse. El Amón–es–Señor aminoró la marcha al aproximarse al lago de la Residencia, los dominios privados del faraón, y los soldados que custodiaban su entrada interrogaron a los hombres de Khaemuast. Un momento después atravesaron por el estrecho camino que dejaban los botes armados de vigilancia y pasaron la muralla del sur, que protegía la intimidad de Ramsés. Bajo la sombra de unas huertas vibrantes, llegaron a los relucientes peldaños de mármol contra los que se mecía la barcaza del faraón. Había otros tres navíos amarrados a los postes blancos y azules. El capitán de Khaemuast impartió una serie de órdenes y el Amón–es–Señor chocó discretamente contra su lugar en el embarcadero. Nubnofret dejó escapar un suspiro de alivio. El ruido de la ciudad era ahora un zumbido apagado y sólo el cantar lírico de las aves perturbaba la sagrada paz.

–Espero que nos esperen las literas –comentó, levantándose con su acostumbrada gracia.

Se recogió las vestimentas e inclinó la cabeza para salir de la cabina. Hori y Khaemuast la siguieron. Los otros dos barcos estaban ya amarrados y los guardias del príncipe, distribuidos por los peldaños del amarradero, se mantenían en posición de firmes. Al pie de la escalinata los esperaba una pequeña delegación, cuyos miembros se prosternaron en el suelo mientras la familia caminaba por la rampa que había sido colocada. Seti, visir del Sur, hombre de gran elegancia y dignidad, se inclinó profundamente, rozando la piedra caliente con los extremos plisados de su faldilla blanca que le llegaba a las pantorrillas.

–Bienvenido, una vez más, a la Casa de Ramsés, el Grande en Victorias, Alteza –sonrió.

Llevaba su bastón de mando de oro y terminado en papiro. En las muñecas, al incorporarse, tintinearón los brazaletes de oro; sus manos fuertes, minuciosamente cuida ojos, pardos y serenos, y le devolvió la sonrisa.

–Me alegro de volver a verte, Seti –replicó. Mientras Hori y Nubnofret recibían el renovado homenaje del cortejo del visir, compuesto por escribas, heraldos y mensajeros. A sus espaldas, se estaba recogiendo ya la rampa–. Confío en que el Rey de Reyes esté bien.

Seti inclinó su cabeza, llena de rizos negros.

–Tu padre está bien y ansioso de verte. Tus habitaciones han sido barridas y acondicionadas, príncipe. No dudo de que estarás cansado después del viaje. –Hizo un gesto y tres literas se adelantaron, en un torbellino de actividad–. El faraón ha dedicado las primeras horas de mañana a discutir contigo su contrato matrimonial; no necesita que estés presente en la cena de esta noche, aunque estés en libertad de comer con él si así gustas, por supuesto. Si no lo deseas y si no estás muy fatigado, te ruego que evalúes la estimación de impuestos para el año venidero que acaba de ingresar y los porcentajes que deben ser distribuidos entre Amón y Seti.

Khaemuast asintió, secretamente irritado. Su padre había puesto en sus manos casi todo el peso del gobierno. ¿Por qué no le permitía hacerse cargo de ello, simplemente, en vez de tratar de orientarle sutilmente hacia ciertos aspectos, como al niño a quien se enseña disciplina? Hizo una seña para que bajaran su litera y se dejó caer en los almohadones de seda.

–Muy bien –dijo, mientras sus portadores le levantaban–, una hora después de cenar envíame a Suti, a Paser, el sumo sacerdote de Amón, y a Piay. No te molestes esta noche cenaré a solas con él. –Dio una orden seca a Ib, que esperaba en silencio, junto al resto de los sirvientes–. Sirve el almuerzo cuanto antes y prepáralo tú mismo –pidió–. Luego descansaré.

Seti se apartó con el resto de la muchedumbre y los guardias rodearon las tres literas, precedidos por Ramose, que empezó a gritar la advertencia:

–Se acerca el gran príncipe Khaemuast de Menfis. ¡De bruces todos!

Khaemuast se reclinó en la litera y trató de calmar su fastidio por las manipulaciones de su padre, su egoísta deseo de encontrarse otra vez en su despacho de Menfis y su impaciencia ante todo lo que le desviaba de sus preocupaciones académicas, en lento crecimiento. "Me estoy convirtiendo en un viejo irascible", se dijo. Oía los ruidos de los pies en marcha y el súbito ladrido de un comandante tras la muralla norte del recinto, donde estaban las inmensas barracas militares y los patios de adiestramiento, que se extendían hasta el lago de la Residencia. "En otros tiempos, las exigencias del palacio y el templo eran importantes para mí, anteponeía alegremente mi deber para don mi padre a todo lo demás; ahora, me parecen irritantes y sólo quiero que me dejen trabajar en mi legado a Egipto: mi cripta para los sagrados toros de Apis y mis restauraciones, sin interferencias de ese viejo astuto. ¿Por qué?" Se movió, inquieto, mirando sin ver a los grupos de cortesanos ociosos vestidos con transparentes paños blancos, que se postraban a su paso como ramas floridas dobladas por el viento, a la sombra de las arboledas que crecían ante la gran Casa del faraón. No halló respuesta para su pregunta, que sólo sirvió para intensificar su humor nervioso. La palabra "envejecer" se revolvía en su mente, con sarcasmo. Se habían detenido. Nubnofret le miraba desde fuera.

–Khaemuast, ¿ya te has dormido? –preguntó.

Parpadeó al ver su hermosa cara, exquisitamente pintada. De pronto, cobró conciencia de la hendidura que separaba sus pechos pesados, vestidos de amarillo. Bajó de su litera con un gruñido, con Nubnofret a su lado y Hori atrás, y comenzó a ascender los amplios peldaños. Casi de inmediato, llegaron a la fresca y agradable penumbra, que arrojaban las columnas coronadas de palmas, que se perdían a gran altura.

El palacio de Ramsés, complejo y desconcertante como una ciudad en sí mismo, había sido construido por el padre, Seti I, y ampliado por el hijo hasta alcanzar su actual estado de abrumadora opulencia. La fachada, bajo las imponentes columnas, era de mosaicos de turquesa entrecruzados con lapislázuli, de modo tal que formaban una relumbrante red de azul oscuro y claro. Los suelos y los muros estaban cubiertos con azulejos vidriados, que formaban intrincadas representaciones de la vida animal y vegetal del Delta, o de un deslumbrante yeso blanco salpicado de colores intensos. Las puertas, que requerían dos hombres para abrirse o cerrarse, despedían un persistente aroma de costoso cedro del Líbano que se hacía presente en los cientos de habitaciones, y tenían incrustaciones de electro y plata o chapa de oro batido.

Había flores por doquier, esparcidas bajo los pies, arracimadas en las paredes, en forma de guirnalda en las columnas y en las personas por igual, como en una eterna primavera. Cualquiera podía perderse durante días enteros en aquella refulgente vastedad, y Ramsés ponía cuidado en proporcionar esclavos solamente para guiar y orientara los visitantes y huéspedes por los interminables salones. Sus bibliotecas (la Casa de la Vida, donde se guardaban mapas, pesos y medidas oficiales, cartas del cielo y claves para los sueños, lugar donde se efectuaba todo el trabajo científico, y la Casa de los Libros, que contenía todos los archivos) eran famosas en el mundo entero y hervían siempre de eruditos

de todas las nacionalidades. Sus festines eran igualmente célebres por la exótica abundancia de la comida, la habilidad de los músicos y la gracia y belleza de los danzarines.

En el centro residía Ramsés, Rey de Reyes, Hijo de Amón, Hijo de Set, cuyas riquezas superaban los sueños de casi todos sus súbditos, omnipotente y altanero, Dios Viviente del único país del mundo que realmente importaba. Khaemuast, que marchaba tras la resonante voz de Ramose, se sintió impulsado una vez más a una renuente admiración hacia aquella casa. Sabía orientarse muy bien, pues había crecido en ella; ya no le parecía un mágico milagro, como cuando era niño, pues no ignoraba el peso piramidal de la minuciosa organización que conservaba sus flores frescas, su comida abundante y sus sirvientes siempre a mano, pero la concepción en sí misma de todo no dejaba nunca de maravillarle.

Por fin Ramose se detuvo ante dos altas puertas de plata, flanqueadas por dioses sentados que llegaban casi a la viga. Amón, emplumado, contemplaba serenamente el corredor pulido. A la izquierda, un Set de granito fulminaba con la vista al grupo, levantando agresivamente su nariz larga y aguileña. Khaemuast hizo una seña y las puertas giraron hacia dentro sobre un amplio suelo de turquesa sembrado de columnas, que lanzaba un suave resplandor azul en el interior. La familia entró y las puertas se cerraron con deferencia. Nubnofret entró en actividad de inmediato.

–Voy a refrescarme y luego iré a presentar mis respetos a la emperatriz y a la principal esposa real –dijo a Khaemuast–. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme. Espero que no me hayan perfumado el agua con esa esencia tan fuerte que usaron la última vez. No soporto su olor, se lo dije, pero sin duda lo habrán olvidado...

Besó en el cuello a su esposo sin dejar de hablar y desapareció con su cortejo hacia sus propias habitaciones. Kasa e Ib, ya presentes, esperaban.

–¿Qué vas a hacer tú? –preguntó Khaemuast a Hori.

El joven sonrió, rompiendo su cara en las grietas que aceleraban el corazón de todas las mujeres de la tierra, y entornó sus ojos traslúcidos, rodeados de kohol.

–Iré a los establos para inspeccionar los caballos –respondió a su padre–. Después, Antef y yo veremos con quién compartir algunas tazas de vino. ¿Puedo cenar esta noche con el abuelo?

–Por supuesto. Pero si te emborrachas, cuida de que al menos dos de mis soldados te acompañen a tus apartamentos. Hasta luego, Hori.

Observó un momento a su hijo, mientras salía al corredor; el suelo de color turquesa teñía con un suave resplandor sus fuertes piernas oscuras y la faldilla blanca. Luego, se volvió hacia Ib.

–¿Está preparada la comida?

El hombre asintió.

–Vamos, pues, comeré algo antes de dormir.

Las puertas se abrieron de par en par y entró en el lugar que había sido su segundo hogar durante más años de los que deseaba recordar. Primero había un cuarto pequeño y funcional, dedicado a los negocios y las recepciones de trabajo. En otros tiempos, cuando era mucho más joven y decididamente más frívolo, había sido un cuarto para el entretenimiento, pero ahora exudaba la severa atmósfera del trabajo y estaba escrupulosamente limpio. Más allá, se hallaba la alcoba para dormir, donde había un enorme diván con patas de león, unos incensarios de oro ante el altar de Amón, una mesa con cubierta de marfil y unas sillas con incrustaciones de ébano. El aroma de la comida humeante se mezclaba placenteramente con un leve perfume a cera de abejas fresca.

A Khaemuast le agradaba aquella habitación, exceptuando el hecho de que las voces levantaban unos leves ecos entre las paredes, dándole la sensación de dormir en un templo. "Pero todo Pi–Ramsés es un templo", pensó, mientras se dejaba caer al suelo en un almohadón, para que Ib le arrimara una mesilla. "Un templo a la divinidad de mi padre, un estallido de alabanza incesante a sus hazañas militares y su infalibilidad." El pan todavía estaba caliente, recién salido de las enormes cocinas del faraón.

–Todo ha sido probado –comentó Ib.

Khaemuast comió con gusto. Después, se tendió en el blando colchón de su diván, se cubrió hasta la barbilla con la suave sábana y se quedó dormido sin más reflexiones.

Cuatro horas después, recién lavado y vestido con la túnica larga de los visires, dio la bienvenida al tesorero en jefe del reino, el sumo sacerdote de Amón y jefe de todos los escribas del templo. Escuchó con paciencia las monótonas cifras relativas a la distribución de impuestos entre los dioses, tanto extranjeros como locales. No pasó mucho tiempo sin que los funcionarios se trabaran en discusiones sobre qué templos merecían las mayores asignaciones. Khaemuast suspiró interiormente, lanzó una mirada subrepticia a la clepsidra y se dispuso a arbitrar sus exigencias con tanto tacto como pudiera. La tarea era importante, pues un leve desprecio a un dios extranjero podía provocar un incidente diplomático. Hizo lo posible por dedicar a ello toda su atención, pero le alivió mucho que sus decisiones fueran, finalmente, aceptadas. Tras algunos momentos dedicados a la conversación y a beber el vino, pudo despedir a los hombres. Al entrar a su alcoba tomó algunos granos de incienso, encendió el carbón del incensario alto y derramó la mirra en aquella brillante negrura. De inmediato, surgió una voluta de humo áspero, dulce y gris. Khaemuast abrió las puertas del altar, se postró ante la benigna sonrisa de Amón y así, tendido sobre el mosaico fresco, comenzó a orar.

Al principio sus palabras eran sólo la formal letanía vespertina que pronunciaba todas las noches en la lejana Tebas, donde Amón se erguía en el centro del templo de Karnak, gobernando aquella ciudad como llevaba siglos haciendo. Pero no pasó mucho tiempo sin que la solemne cadencia del rito cediera paso a unas cuantas súplicas personales, vacilantes, y luego al silencio. Khaemuast permaneció con los ojos apretados, consciente de la sólida

resistencia del suelo contra sus rodillas, sus muslos y sus codos, respirando una fina película de polvo y el olor de la cera de las abejas.

"Algo malo me ocurre, Amón", pensó a medias, rezó a medias. "No sé lo que es. En verdad, la agitación del descontento y de algo más, algo extraño y alarmante, es tan débil en los profundos rincones de mi ka que me pregunto si no estaré equivocado. Se trata acaso del principio de una enfermedad? ¿Necesito una purga, una semana de ayuno, un elixir? ¿Es por falta del ejercicio debido?"

Permaneció inmóvil, hurgando en sí mismo. Un renuente disgusto hacia su padre, el palacio, la exhibicionista arrogancia de Pi-Ramsés, aquellos ministros importantes que se pasaban el tiempo moviendo papeles, comenzó a extenderse en él como el feroz sarpullido en el cuerpo de la pequeña bailarina, y él lo dejó crecer.

"Soy el mago y el médico más grande de Egipto", pensó otra vez, amargamente, "pero me mantienen abrumado de respeto sólo porque yo, a mi vez, tengo en estas manos las riendas del gobierno: estas manos que excavan, que buscan, que de buen grado cederían los limitados y tontos detalles de la administración, a cambio de sostener siquiera por una vez el Pergamino de Thot, la llave de todo el poder y toda la vida. A veces pienso que hasta cedería mi ka por la oportunidad de poseer los dos hechizos que contiene el pergamino, según se dice. Uno brinda el poder de la resurrección física al que lo pronuncia legítimamente; el otro otorga la capacidad de comprender el lenguaje de cuanto ser vive bajo el sol. Yo mando sobre todos los habitantes del reino, salvo mi padre, pero no mando sobre las aves, los animales... ni los muertos. Estoy envejeciendo, mis costumbres se fijan cada vez más y tengo miedo. Me estoy quedando sin tiempo, mientras en algún lugar, muy abajo en la tierra, están las palabras que me convertirían en el hombre más poderoso de cuantos Egipto ha conocido".

Se incorporó con un gemido, cruzó las piernas y fijó la vista en las doradas sandalias de Amón. "En otros tiempos, la búsqueda era como un juego, el ideal de un joven lleno de entusiasmo y preñado de grandes posibilidades. Jugué alegremente con eso mientras aprendía la medicina, formaba una familia y trabajaba con mi padre, seguro de ser el hombre más favorecido del mundo, seguro de que el pergamino caería en mi regazo como regalo de los admirados dioses. Después, inicié mis grandes obras de restauración y exploración y entonces el juego se convirtió en la causa última de todo cuanto hacia, en un pulso oscuro y constante de esperanza en mengua, en una creciente frustración que, gradualmente, dejó de ser un juego. Durante diecisiete años lo he buscado. He avanzado mucho en conocimientos, pero no lo he hallado."

Empezaba a dolerle la espalda. Se puso de pie, desperzándose, y se agachó para cerrar el altar. "Thot, dios de la sabiduría que adoro", pensó, furioso, "¿por qué me niegas esto? Soy el único hombre digno de poseerlo, pero tú me lo ocultas como si yo fuera un ignorante campesino que pudiera dañarlo".

El cuarto le pareció frío. Se acercó a la clepsidra para contemplar el lento goteo y notó que ya era tarde. Con todo, estaba inquieto. Tomó bruscamente un manto de lana y salió, ordenando a los guardias apostados junto a su puerta que le siguieran. Se dirigió por los largos pasillos del palacio silencioso hacia la Casa de los Libros. El bibliotecario dormitaba junto a las enormes puertas dobles, le reconoció al despertar, le hizo una reverencia y le dejó pasar.

Khaemuast vagó durante dos horas por entre las hileras de rollos pulcramente catalogados, sacando uno de aquí, otro de allá e intercambiando algunas palabras con los pocos eruditos que preferían el estudio al sueño. Pero aquella noche el contacto con el papiro viejo no le tranquilizó como de costumbre, su contenido le parecía tan seco y carente de vida como la atmósfera misma de la biblioteca.

Se retiró bruscamente, decidido a intentar dormir, pues sabía que la jornada siguiente sería pesada. Pero se detuvo a la puerta de sus habitaciones. La voz de Hori surgía algo más allá, tras una rendija de luz amarilla, y Antef le respondía. Siguiendo un impulso, Khaemuast giró hacia la izquierda y se aproximó a las habitaciones de su esposa. El guardia apostado ante su puerta le saludó y llamó por él. Al fin apareció Wernuro, legañoso y despeinado, haciéndole una reverencia.

—¿Está tu ama aún despierta? —preguntó Khaemuast, secamente.

—No, Alteza —respondió la mujer, disimulando un bostezo—. La princesa se retiró hace más de una hora.

Khaemuast vaciló una vez más, y luego entró en la sala de recepción de Nubnofret. Sólo una lámpara ardía en la mesa del rincón, pero bastó para mostrarle la profusión de almohadones, cajas de cosméticos, flores marchitas y tazas de vino abandonadas, muestra de que había pasado una agradable velada con sus amigos. Por una vez y contra su costumbre, había permitido a los sirvientes, sin duda exhaustos, recoger los restos del desorden a la mañana siguiente.

—Gracias, Wernuro —dijo—. Duerme aquí fuera. Yo te despertaré cuando me vaya.

Wernuro hizo un gesto de obediencia, pero él se dirigía ya hacia la puerta más alejada, que la servidora había dejado entornada. Más allá, en un cuarto más amplio, yacía Nubnofret, envuelta en las sábanas de su diván. Khaemuast observó el lento subir y bajar de su respiración. El aire estaba perfumado por las flores de manzano que alguien había puesto en una mesa, a su lado, y aquel aroma le produjo un efecto extraño. Se acercó suavemente al diván para sentarse en el borde, recordando todos los viajes de primavera que había hecho a la ciudad del faraón y, con ello, la cascada de antiguas emociones durante mucho tiempo dormidas, su niñez y su juventud, transcurridas en el palacio.

—Nubnofret —susurró—, ¿estás despierta?

La respuesta fue un murmullo. Nubnofret se dio la vuelta y la sábana se le deslizó hasta la cintura. La túnica de dormir era muy fina y la mirada de Khaemuast se fijó en los pechos grandes, ya flácidos, de areolas oscuras y pezones permanentemente erectos. Le llegó su calor y el olor de su cuerpo. Estremecido, se ciñó el manto a los hombros. El cabello de su esposa, surcado ya por algunas vetas grises, se amontonaba sobre las almohadas. Su cara, en reposo, era suave y serena.

Khaemuast recordó los primeros días de su matrimonio, los tiempos en que hacían el amor con frecuencia, a veces más para conocerse que por pasión; pero habían sido buenos. "Ninguno de los dos podía calificarse de espontáneo", caviló, "pero a veces se apoderaba de nosotros cierta alegría traviesa que nos hacía buscarnos como niños deseosos de jugar. ¿Lo recuerda ella? ¿Desearía acaso que volviéramos a estar así de unidos? ¿O, por el contrario, disfruta de sus muchos deberes y considera aquellos días como parte de una juventud felizmente acabada? Ella sabe que rara vez molesto a mis concubinas. ¿Alguna vez, en su diván de casa, languidece por mi cuerpo? Todavía hacemos el amor, pero siempre formalmente, como para rascarnos un escozor ocasional.

Oh, Nubnofret, madura y severa, ¿adónde se ha ido el tiempo?"

Su impulso se había desvanecido. Al levantarse él, Nubnofret se movió y murmuró algo; él se giró para mirarla, pero continuaba dormida. Mandó a Wernuro volver a su rincón y retornó a sus habitaciones.

A la mañana siguiente se hizo vestir, adornar con joyas y pintar con cuidado. Acompañado por Amek, Ramose e Ib, se encaminó a visitar a su madre. Astnofert conservaba aún el título de emperatriz, que le había sido otorgado a la muerte de la gloriosa Nefertari, favorita de Ramsés durante veinte años. Nefertari era hermana de Ramsés por ambas ramas y, por lo tanto, tía de Khaemuast; Astnofert, en cambio, era sólo medio hermana. Tenía ya cincuenta y nueve años, y había dejado de acompañar a su esposo como reina, pues estaba reducida al lecho. Ramsés había desposado también a la hija que había tenido con ella, Bint-Anath, hermana menor de Khaemuast, que era principal esposa real desde hacía diez años y a los treinta y seis revelaba un extraño parecido con la difunta Nefertari. Otra reina, Merietamón, hija de Nefertari, compartía también la cama de su padre, pero todo el afecto de Ramsés era para Bint-Anath. Khaemuast detestaba aquel nombre semita, pero tenía cariño a su hermana, pues era despierta e inteligente, aparte de ridículamente hermosa. No se veían con frecuencia ni intercambiaban cartas, pero sus pocas entrevistas eran siempre afectuosas.

Khaemuast la buscó con la vista mientras caminaba tranquilamente por el palacio, acompañado por su cortejo y precedido por Ramose, que iba anunciando su presencia, en dirección a las habitaciones de las mujeres, donde Astnofert yacía en un solitario esplendor. Divisó por un momento a Merietamón, que pasaba caminando con su altanero perfil, rodeada de guardias y cortesanas parlanchinas, pero no vio a su hermana. A la entrada de la zona de las mujeres dejó a Amek y Ramose para entrar sólo con Ib.

Las habitaciones de su madre no estaban muy apartadas en el harén. Las puertas acostumbradas, que las separaban del largo pasillo, se abrían a cuatro espléndidos aposentos de magnífico tamaño y lujoso mobiliario. La cuarta habitación, más pequeña e íntima que las otras, conducía directamente a una galería cubierta y, más allá, a los jardines del harén. A Astnofert le gustaba que la llevaran durante el día a un diván instalado allí, para poder contemplar los movimientos del viento entre los árboles y la actividad de las mujeres, que llenaban la hierba con sus pasatiempos, chismorreando para pasar los días, a veces tediosos, o celebrando fiestas en las que corría el alcohol, en el atemporal calor de las noches de verano. Allí la encontró Khaemuast: una dama delgada, de cabello gris, incorporada sobre sus almohadas, con la cara amarilla y sin pintar vuelta hacia los intensos rayos del sol. En un rincón del cuarto, una arpista tocaba una plañidera melódica. Cuando Khaemuast se aproximó, una sirvienta comenzó a reunir los conos y los carretes del tablero en que había estado jugando con la emperatriz y Astnofert giró la cabeza para saludarle. Pese a su debilidad física, el gesto mostraba aún toda la gracia y la majestuosidad que habían hecho de ella una belleza famosa en los días de su juventud. Sonrió con dificultad y Khaemuast se inclinó para besarle la mano marchita y los labios.

—Bien, Khaemuast—dijo ella, pronunciando las palabras con dureza en su esfuerzo por hacerlo con corrección—, me han dicho que Ramsés te ha convocado para que le saques de las espinas de otra maleza conyugal. Parece disfrutar con los pinchazos, ¿no es así?

Otra criada había acercado silenciosamente una silla para el príncipe, que se dejó caer en ella, mientras se inclinaba hacia delante para inspeccionar las facciones de su madre. No le pasó desapercibido el temblor de sus dedos ni la creciente opacidad de sus ojos.

—Creo que se mete en problemas para divertirse después con los juegos diplomáticos, madre—replicó, riendo entre dientes—. ¿Cómo estás? ¿Tienes dolores?

—No, pero deberías hablar con mi médico sobre la pasta de amapola que me recetaste para calmarlos.—La mujer despidió a la servidora con un leve ademán de la mano y ésta se retiró llevándose el tablero. Luego Astnofert se volvió hacia su hijo—. Ese condenado brebaje ya no me apaga las punzadas como antes. Temo que el médico haya perdido la receta que le diste.

Khaemuast consideró la posibilidad de mentirle, pero cambió de idea de inmediato. Su madre agonizaba lentamente y lo sabía.

—No es la receta lo que falla, ni tampoco tu médico—respondió con serenidad—. Cuando se toma amapola día tras día, comienza a perder su eficacia; mejor dicho, el cuerpo se habitúa a ella y necesita más cantidad para obtener el mismo resultado.

Ella asintió, con los ojos nublados, pero alertas, fijos en él.

—Gran parte de lo que proviene de Siria es una abominación para mí, como bien sabes, emperatriz, pero la amapola es una gran bendición. Si la tuya fuera una dolencia pasajera, si estuvieras bajo el efecto de una maldición que yo pudiera quitar poco a poco, me negaría a permitir que siguieras tomándola...—Aquí vaciló, pero aquellos ojos grisáceos, cuya parte blanca estaba oscurecida por la enfermedad, no parpadearon. Continuó—. Pero estás agonizando, madre. Ordenaré inmediatamente al médico que te dé tanta amapola como desees.

–Gracias –replicó ella, con la boca torcida en una semisonrisa–. Tú y yo siempre hemos sido francos el uno con el otro, querido mío. Bien, ahora que hemos terminado con el tema de mi salud, cuéntame por qué se te ve tan ojeroso.

Él la miró fijamente, con inseguridad. Fuera se oyó el súbito estallido de unas agudas risas femeninas y un grupo de jóvenes concubinas pasó ante ellos, llevando a tres monos recién bañados que intentaban vanamente sentarse para atusarse el pelaje. Mientras Khaemuast tomaba aliento para responder a su madre, dos mirlos penetraron en el cuarto trinando y describieron un círculo antes de volar de nuevo hacia los árboles, en unas bandas de color iridiscente. De repente, el príncipe sintió un violento deseode ser uno de ellos, de volar libremente y sin trabas hacia el vasto cielo caliente, lejos de aquella habitación donde la muerte reptaba, invisible, hacia la mujer que le había dado la vida.

–En realidad, no lo sé –dijo, por fin–. La familia está bien.

–Sí. Nubnofret pasó anoche a entretenerme un rato.

–...y mis fincas prosperan. Mi padre no pretende de mi más que lo de costumbre...

Ella rió. Fue un sonido seco y torturado, pero lleno de humor.

–¡Y eso significa, desde luego, que lo espera todo!

–¡Aun así! –Khaemuast esbozó una sonrisa y luego volvió a la seriedad–. Pero...

No pudo terminar. Por fin, intentó encogerse de hombros.

–Dedícate a buscar un esposo para la pequeña Sheritra –le aconsejó ella–. Necesitas una tarea nueva y tienes ésa debajo de la nariz.

Él no mordió el anzuelo. Estaba de acuerdo con su madre en todo, salvo en lo relativo a su hija, tema en el que ella se aliaba enfáticamente con Nubnofret.

–En realidad, tengo un proyecto nuevo que me espera en casa, en la planicie de Saqqara –comentó él, melancólico–, si es que alguna vez me permiten dedicarme a eso. ¿Has visto a mi padre, últimamente?

Ella no insistió en el asunto de Sheritra.

–Viene a visitarme una vez a la semana –respondió–. Y conversamos sobre temas triviales. Me ha dicho que ya está terminada la estela erigida en las canteras de Silsileh, en la que aparece con nosotros: tú, yo, Bint–Anath y Ramsés como heredero. Me gustaría poder asistir a la inauguración.

"Puedes estar seguro de que mi querido hermano Ramsés no dejará de asistir", estuvo a punto de decir Khaemuast, agriamente. Pero no lo hizo. De los pocos placeres que aún estaban al alcance de su madre, el mayor era ver a uno de sus hijos varones ocupar el futuro trono de Egipto, en vez de un vástago de Nefertari.

–¿Está en la corte mi hermano Merenptah? –preguntó.

–No, no lo creo. Está de viaje por el sur, vigilando alguno de sus proyectos de construcción. Probablemente te visite cuando pase por Menfis, de regreso.

–Supongo que sí.

Quedaba poco que decir. Khaemuast, tras algunos minutos de conversación ociosa, se levantó para darle el beso de despedida. La mano de su madre estaba fría y correosa. La apreté por un momento entre las suyas y, de pronto, sintió ansias de sentir el sol caliente contra la piel, de elevar la cara al cielo y cerrar los ojos contra la cegadora gloria de Ré.

Al salir del harén tomó un atajo en dirección al jardín privado de la familia. Estaba desierto. Se aproximaba el mediodía y las sombras, bajo los sicomoros, eran leves y breves. La superficie del estanque para los peces tenía la quietud del cristal, y el agua golpeaba monótonamente los cuencos de las fuentes. Khaemuast sumergió los dedos en su fluir centelleante y descubrió que estaba sedoso y tibio. Sentía fuego del sol, quemándole poco a poco a través del lino rayado de su tocado, y lo acogía con placer. Tenía la convicción, curiosa e ilógica, de haber sido perdonado, de ser un prisionero al que ya no ejecutarían o un niño a quien dejaban salir fuera a jugar. Sus sentidos estaban abiertos a cada dulce ataque del entorno. Sin embargo, tenía la impresión también de estar sucio y contaminado, tras haber respirado el aliento seco y levemente ofensivo de su madre, al conservar en los dedos su contacto helado. Se agachó para hundir las dos manos en la cascada de la fuente y se inclinó hasta que el agua le lamió casi hasta los hombros. "La amo", se dijo, "no es eso. No quiero morir con el conocimiento de que todos los sueños resultan ser ilusiones". Empero, aunque permaneció allí mucho tiempo, contemplando sus manos distorsionadas por el agua en movimiento, no logró sentirse nuevamente limpio.

Tomó un almuerzo ligero, con Hori y Nubnofret. Hori, que había dormido hasta tarde, iba a ir a la Casa de la Vida con Antef y después visitaría en litera los mercados de la ciudad; Nubnofret había recibido una invitación de la Esposa Real Merietamén para navegar durante la tarde con ella por alguno de los tributarios menores del Nilo. Khaemuast escuchó aquellos planes sin prestar mucha atención, su mente estaba ya ocupada por el inminente encuentro con su padre. Comió poco, hizo que Kasa le cambiara las ropas y partió, con su escolta, rumbo al despacho privado del faraón.

Cuanto más se acercaba al corazón del poder, dentro del palacio, más atestados veía los pasillos y las salas de espera. Hubo de aminorar el paso a menudo, mientras Ramose alzaba la voz un poco más para que funcionarios menores y nobles, esclavos, sirvientes y extranjeros se arrojaran al suelo en señal de reverencia. Al fin, se halló ante el oasis de paz en que Ramsés atendía sus negocios, tras el vasto salón del trono, donde se sentaba a recibir la adulación de ciudadanos y embajadores por Khaemuast aguardó a que el jefe de heraldos le anunciara. Le hicieron pasar inmediatamente. Caminó hacia el enorme y desordenado escritorio, tras el cual su padre ya se estaba poniendo de pie, tomando nota mentalmente de los presentes. Allí estaba Tehuti–Emheb, el escriba real, hombre de pocas palabras, pero de personalidad poderosa, que conocía como nadie la mente de su señor y el verdadero estado de salud de Egipto. Se

encontraba ya arrodillado, con la paleta sobre el mosaico de lapislázuli azul oscuro, salpicado de oro. Urhi–Teshub, el embajador de Khatti, que enmarcaba su imponente rostro con un sombrero cónico y su negra barba rizada, se había inclinado apenas al blanco rayo de sol que caía desde la alta ventana. Ashahebsed, también tendido en tierra, sonreía fríamente.

Con un gesto mudo, Khaemuast indicó a todos que se levantaran. Se acercó a Ramsés y se prosternó para besar los pies enojados y los largos dedos airosamente ofrecidos. Luego se incorporó y abrazó a su padre. Los sirvientes, hasta entonces inmóviles alrededor de los muros, surgieron súbitamente a la vida y por un momento el escritorio quedó rodeado por un torbellino de silenciosa actividad. Abrieron el vino y lo escanciaron después de que Ashahebsed lo probara, una prístina pila de servilletas apareció en el borde de la mesa y acercaron discretamente el agua perfumada, rosada y caliente, que servía para lavarse los dedos, colocándola lejos de los pergaminos amontonados ante el faraón, junto a varios platos de diversas exquisiteces que llenaron la nariz de Khaemuast de aroma de cardamomo y canela. Los sirvientes se retiraron después, doblados en dos, sin que Ramsés les prestara atención.

–No tienes buen aspecto, Khaemuast –comentó su padre, con su voz lacónica y cultivada–. El médico detesta siempre probar sus recetas, ¿no es así? Bebe un poco de vino y despierta tu ingenio, príncipe. Me alegro de verte.

¿Había reproche en aquella voz meliflua? Khaemuast miró afectuosamente aquellos ojos claros y brillantes, rodeados de denso kohol. El faraón Lucía unos largos pendientes de jaspe y oro, que se bamboleaban contra su fino cuello, tocando casi los hombros adornados de oro. La cobra y el buitre del reinado supremo se alzaban sobre su frente, en la banda de oro que mantenía en su sitio el casco de lino rojo; la nariz, enojosamente aguileña, y los labios, delicadamente finos, dieron a Khaemuast la renovada impresión de que su padre se parecía a Horus, el poderoso dios halcón. Estaba exquisitamente acicalado, desde las manos enojadas y teñidas con alheña hasta las bien recortadas uñas de los pies. Al verle tomar asiento, acomodando la amplia túnica a su alrededor y reposando las manos sobre el escritorio, Khaemuast admiró, divertido, sus calculados movimientos.

Ramsés era vanidoso y dado a las manipulaciones, pero poseía también, pese a sus sesenta y cuatro años, un indudable magnetismo.

–Aunque anoche no cenaste conmigo –prosiguió el faraón, cruzando los dedos uno a uno–, sé que pudiste completar la pequeña tarea que te encomendé. Sutekh volverá a recibir este año lo que le corresponde. Ordenaré que se le haga una ofrenda en tu nombre, para que contemple sólo tus hechos y no los sediciosos pensamientos que sin duda llenaban tu corazón cuando sellaste la orden de su asignación.

Khaemuast se echó a reír y los funcionarios rieron también, cortés y brevemente.

–Esta noche cenaré contigo, Poderoso Toro –prometió, hundiéndose en la silla que Ramsés le señalaba–. En cuanto al Poderoso Set, no tiene motivos para descargar su enojo contra mí. ¿Acaso no nos comunicamos cuando hago mis hechizos?

Ramsés inclinó la cabeza, haciendo centellear al hacerlo los ojos de cristal de la cobra.

–Desde luego. Y, ahora, pongamos manos a la obra.

Urhi–Teshub se removió detrás de Khaemuast y dio un paso adelante, carraspeando. Tehuti–Emheb hizo repiquetear sus plumas.

–¿Qué dificultades hay con las últimas negociaciones, padre? –preguntó el príncipe.

El faraón puso los ojos en blanco. Luego, clavó una gélida mirada en el infortunado embajador khatti e hizo una señal a su escriba. Khaemuast se volvió.

–Hattusil, rey de los khatti, solicita ahora que la dote de la princesa sea entregada a su llegada y no con anterioridad –explicó Tehuti–Emheb–. Su Majestad sufre de grandes dolores en los pies y, por lo tanto, la recogida de la dote es lenta. La sequía de su tierra ha interferido aún más en sus buenas intenciones.

–Buenas intenciones –interrumpió Ramsés, con sarcasmo–. Primero me promete la dote más grande que se ha pagado nunca, en su anhelo de aliarse con la Casa más poderosa del mundo. Después, pasan los meses sin que yo vea nada y, por fin, recibo una carta de la reina Pudukhepa, no de Hattusil en persona, fijos, diciéndome sin la menor disculpa que se ha incendiado una parte del palacio –aquí resopló delicadamente–, por lo que se demora el primer pago.

–Majestad –protestó Urhi–Teshub–, yo mismo estaba presente cuando estalló el incendio. ¡La destrucción fue terrible! Mi Reina se vio en grandes aprietos, dado que mi Rey estaba lejos, para celebrar ceremonias para los dioses, pero no por ello dejó de escribirte. ¡Egipto no fue olvidado!

Su acento era gutural y su expresión, dolida.

–Tal vez no –contraatacó Ramsés–, pero el incendio ha sido un motivo muy conveniente para cambiar las condiciones del acuerdo. Ahora, mi querido hermano khatti se queja de que le duelen los pies, como si él debiera salir en persona de su ciudadela para perseguir a cada una de las cabras y a cada uno de los caballos de la dote. ¿No hay visires en su tierra? ¿No hay mayordomos competentes? ¿Acaso su esposa debe Ocuparse de todo?

Obviamente, el embajador khatti estaba acostumbrado a aquellas punzantes diatribas. Aguardé con serenidad, hundiendo las manos en su túnica de brocado, hasta que Ramsés hubo terminado, para hablar.

–¿Acaso Su Majestad duda de la honradez de su hermano? ¿Por Ventura lanza críticas contra el rey que ha respetado el Tratado de Kadesh firmada por su padre, pese a las presiones que recibe de Kadashman–Enlil, el rey de Babilonia, para que firme un nuevo tratado con él?

–Kadashman–Enlil es una comadreja escurridiza –murmuró Ramsés–, a pesar de nuestras renovadas relaciones diplomáticas. Y estoy enterado, Urhi–Teshub, de que lo que hace tu rey es reñir con el babilonio. –Mordió una torta de miel y almendras y masticó pensativamente; luego, sacudió con elegancia los dedos en el cuenco de agua–. ¿Por qué he



de confiar en Hattusil? –preguntó, gruñendo–. Ha rechazado mi solicitud de revisar el tratado y darme una porción mayor de Siria, y luego me entero de que él mismo reclama esa parte que yo deseaba.

–La porción correspondió a Khatti desde el principio, ¡OH Divino! –respondió tu padre, el Osiris Seti, en términos muy claros...

Khaemuast suspiró para sus adentros. Urhi–Teshub había cometido un error al mencionar a Seti. El padre de Ramsés era una espina dolorosa para él. Había sido hombre de buen gusto y clara visión, sus monumentos y su obra más importante, el templo de Osiris en Abidos, desplegaban un arte de tan fina belleza que uno quedaba sin aliento al verlos. Y peor aún, Seti había triunfado en sus guerras, mientras que Ramsés, pese a sus protestas, había fracasado con bastante ignominia. Khaemuast escuchó las discusiones de ambos, sorbiendo pensativamente su vino. Cuando estuvo preparado, intervino en la conversación, poniendo cuidado de interrumpir al embajador y no a su padre.

–No veo la utilidad de todo esto –dijo, con firmeza–. Estamos aquí para llevar a victorioso fin las negociaciones matrimoniales. Con todo respeto, Urhi–Teshub, si quieres discutir la validez de antiguos tratados, puedes buscar otro momento.

El embajador se inclinó con una sonrisa, obviamente aliviado. Khaemuast volvió su atención a Ramsés, que jugaba con su vino caprichosamente, aunque no sin gracia.

–Nuestro embajador, Huy, está en Hattusas –le recordó–. Envía un mensaje diciendo que estamos dispuestos a recibir la dote al mismo tiempo que a la princesa, siempre que Huy se encargue personalmente de comprobar que todos los regalos estén completos en el momento de la partida. No se puede culpar a Hattusil de incendios y enfermedades, sólo de la demora.

–Se jacta demasiado y durante mucho tiempo –comentó Ramsés–. Sugiero que pidamos un cinco por ciento de incremento en la suma pagada, para compensar estos retrasos. Después de todo, ese tributo se nos debe, sin ninguna duda. –Echó una astuta mirada de soslayo a su hijo–. No estoy seguro de que la princesa valga la pena de imponer estas tensiones a mi real corazón. Tal vez decida interrumpirlas y casarme, en cambio, con otra Babilonia.

–Hattusil podría hacer lo mismo si le dirigimos unas presiones innecesarias –objetó Khaemuast–. Como bien sabes, padre, se trata de una dote, no de tributos. Concede al Rey khatti el beneficio de la duda, pero deja en claro que debe cumplimentar debida mente su parte. No desearás parecer codicioso y tacaño, ¿verdad?

–Quiero lo que se me debe –resumió Ramsés, enfáticamente. Se reclinó en el asiento, con los hombros curvados por el peso del oro y la plata, dejando flojamente los enjovados brazos sobre los soportes de la silla, tallados en forma de lomo de león–. Oh, muy bien. Tehuti–Emheb, escribe esa maldita carta para Huy y otra a Hattusil, expresándole mi disgusto por la demora y mi sospecha de que, simplemente, es demasiado pobre para justificar su jactancia, pero dile que aguardaré magnánimamente los frutos de estas negociaciones tan fatigosas.

–Su Majestad ha hablado apresuradamente –dijo Khaemuast al escriba, con lenta deliberación–. Suprime lo de las sospechas de Su Majestad.

El hombre asintió y se inclinó sobre su paleta. Ramsés rió entre dientes.

–La reunión ha terminado –pronunció–. Afuera, todos vosotros. Tú te quedas, Khaemuast.

El embajador hizo una reverencia y todos, incluido el escriba, retrocedieron de espaldas por el largo salón hasta salir por las puertas. Ramsés no aguardó a que desaparecieran para levantarse, haciendo una seña a su hijo.

–Manda venir a tu mayordomo con tu bolsa de medicinas –ordenó–. Hazte cargo, Ashahebsed. Pasa al cuarto interior y examínate, Khaemuast. A veces me duele el pecho cuando respiro, y en ocasiones me quedo sin aliento. También necesito una poción para la fatiga.

Sin esperar el acuerdo de su hijo, se puso en marcha, seguido de Khaemuast. El estado de su padre era irreversible, pero nunca se había atrevido a decírselo a pesar de que sabía que el faraón prescindiría alegremente de sus palabras. Estaba convencido de que viviría eternamente.

## CAPÍTULO 3

Alabado sea Thot...  
 la luna, bella al alzarse...  
 Él, que tamiza las pruebas,  
 y levanta las malas acciones contra quien las cometió,  
 el que juzga a todos los hombres.

La tarde estaba ya muy avanzada cuando Khaemuast acabó de examinar a su padre y, sin hallar cambios en su estado, le prescribió un elixir inocuo para su fatiga. Él también se sentía cansado, más por la tensión de las negociaciones que por la actividad física. Su horóscopo, que, como era mago, realizaba para él y el resto de su familia al comienzo de cada mes, le advertía que el último tercio del día iba a ser portentoso, ya por afortunado, ya por una horrible mala suerte, según fuesen sus propios actos. La ambivalencia de la predicción le fastidiaba, pensó al recordarla cuando volvía a sus aposentos dispuesto a dormir hasta la hora de la cena. Solía disfrutar en los grandes banquetes del faraón, pues invariablemente incluían a invitados de todo el mundo, entre los cuales había otros eruditos, magos y médicos con los cuales podía conversar y discutir. Pero aquella noche, el extraño pronunciamiento de su horóscopo acecharía tras cualquier contacto agradable que pudiera establecer.

Las habitaciones privadas de su familia estaban desiertas. Khaemuast no se molestó en llamar a Kasa para que le desvistiera. Se quitó las ropas, tomó un largo sorbo de agua de la jarra grande que nunca faltaba en el aireado corredor y se dejó caer con alivio en su diván.

Una hora después del atardecer, tras ser anunciados, entró con Nubnofret, Hori y todo su cortejo en el más grande de los salones de recepción de Ramsés. El golpe del bastón del heraldo contra el suelo hizo enmudecer todas las conversaciones hasta que los títulos completos de Khaemuast fueron enumerados, pero el bullicio se reanudó en cuanto él y sus acompañantes entraron en el salón. Khaemuast tuvo la sensación de estar vadeando en ruido.

Había allí cientos de personas vistosamente ataviadas, formando grupos o paseándose, con las tazas de vino en la mano, conversando y riendo. Sus voces resonaban contra los pilares de papiro y el techo espolvoreado de estrellas plateadas, en poderosas ondas de sonido.

Una esclava joven, con una cinta azul y blanca alrededor de la cintura por toda vestimenta, se acercó a hacerles una reverencia y deslizó alrededor de sus cabezas unas guirnaldas de lotos rosados y acianos azules. Otra les ofreció unos conos de cera perfumada para atarlos a las pelucas. Khaemuast se agachó de buen humor para dejar que las suaves manos de la muchacha lucharan con la cinta mientras investigaba con la mirada a la multitud.

Bint-Anath se aproximaba a ellos, vestida con una túnica escarlata llena de pliegues que caía hasta el suelo. Sus delgados hombros asomaban bajo un voluminoso manto de frunces blancos y los largos bucles negros de su peluca relucían ya con la cera fundida. La esclava se alejó y Khaemuast se inclinó ante la Esposa Principal de Egipto.

–Saludos, hermano –exclamó Bint-Anath, afectuosamente–. Me quedaría a conversar contigo, pero en realidad es con Nubnofret con quien deseo charlar. Hace mucho tiempo que no la veo, discúlpame.

Era como una diosa, como la misma Ator. Se movía con ligereza entre el círculo de reverencias que los huéspedes formaban, seguida por dos enormes guardias de imponente estatura y por un cortejo de mujeres exquisitamente vestidas y pintadas.

–Cada vez que te veo estás más hermosa, Bint-Anath –comenté Khaemuast, con gravedad–. Te disculpo, claro. En cambio, puedes escribirme una carta.

Ella le dedicó una deslumbrante sonrisa y se volvió hacia Nubnofret. Las mujeres que la acompañaban ya no charlaban entre sí, sino que desviaban unas miradas furtivas hacia Hori; apartaban la vista y volvían a fijarla en el incomparable rostro del joven, en su cuerpo oscuro y musculoso. Él les sonrió con simpatía y Khaemuast, al sorprender una mirada de Antef, le guiñó un ojo. Una de las muchachas, más audaz que las otras, se acercó al grupo familiar y, tras hacer una reverencia a Khaemuast, habló directamente a Hori.

–Puesto que hace sólo dos días que estás en Pi-Ramsés, quizá te falte una compañera para cenar, príncipe –sugirió–. Soy Nefert-khay, hija de May, el arquitecto del faraón. Sería agradable para mí entretenerte mientras comes y quizá cantar después para ti.

Khaemuast notó divertido que la rápida valoración inicial de Hori se convertía en un lento interés, según iba apreciando los pechos altos y la fina cintura de Nefert-khay bajo la túnica amarilla, sus oscuros ojos rodeados de kohl y su boca húmeda. El joven inclinó la cabeza.

–Si eres hija de May, también debes disfrutar del privilegio de cenar en la primera fila, junto al estrado –comenté–. Conduceme allí, Nefert-khay, y nos dispondremos a comer en cuanto anuncien al faraón. Tengo apetito.

Se alejaron, abriéndose paso con facilidad por entre la multitud, y Khaemuast los siguió con la vista. Antef se había esfumado discretamente, pero el príncipe comprendió que, si bien Hori podía cenar alegremente con la muchacha, embriagarse con ella, besarla, llenarla de halagos y quizás hasta ensayar algunas caricias más urgentes en la intimidad de los amplios jardines, terminaría su velada holgazaneando junto al río o en sus habitaciones, en compañía de Antef.

Khaemuast sabía que a su hijo no le atraían los hombres, aunque alguno pudiera sentirse atraído por él. Contemplaba con gusto y aprecio a las jóvenes que se apiñaban y a su alrededor, pero sus emociones no participaban de ello ni, por lo tanto, su cuerpo. Éste, para Hori, no podía operar sin aquéllas.

Khaemuast sintió una cierta piedad por la atrevida hija de May. Luego, se dedicó a buscar su mesa en el estrado, donde ya empezaban a reunirse los miembros de la familia más cercana de Ramsés. Mientras se acomodaba en los almohadones dispuestos para ello, intercambié unas corteses palabras con su hermano Ramsés, el príncipe heredero, que ya estaba exaltado por el alcohol, y con Merietamón, Segunda Esposa y Reina. Luego, el bastón del jefe de heraldos golpeó el suelo con tres resonantes toques y los cientos de voces se acallaron.

–Exaltador de Tebas, Hijo de Set, Hijo de Amén, Hijo de Temu, Hijo de Ptah–Tenen, Vivificador de las Dos Tierras, Poderoso de la Doble Fuerza, Valiente Guerrero, Aplastante de los Viles Asiáticos... –La voz del heraldo continuaba. Khaemuast sonrió, algo sombrío–. Señor de los Festivales, Rey de Reyes, Toro de príncipes...

Khaemuast dejó de escuchar. Todas las frentes estaban apoyadas en el suelo, incluida la suya, sepultada en los almohadones en que se había acomodado un momento antes. Por fin el heraldo guardó silencio y oyó junto a su oreja el seco palmoteo de las sandalias de su padre en el estrado, seguido por el paso más ligero de su hermana. Bint–Anath se instaló a su lado con un movimiento contorsionado y un suspiro, Ramsés indicó a los presentes que se levantaran y Khaemuast, de nuevo en sus almohadones, se acercó la mesita.

El faraón estaba resplandeciente con su casco a rayas blancas y azules, coronado por la cobra y el buitre dorados, sus ojos agudos, densamente pintados con kohol y los párpados, brillantes de verde. Un anillo centelleaba en cada dedo y en su pecho cóncavo tintineaban ankhs y Ojos de Horus. Se inclinó por delante de su hija–esposa y habló a Khaemuast.

–He bebido algo de la poción que me has recetado, Khaemuast –dijo–. Es repugnante y no creo que me haya hecho bien, a menos que sea ella la que me ha abierto el apetito esta noche.

Al pie del estrado, el encargado de los símbolos de su divina realeza colocaba en sus soportes el cayado, el mayal y la cimitarra; un grupo de guardias shardanas se alineaba entre el estrado y la muchedumbre. A una señal de Ashahebsed, que permanecía discretamente de pie tras la mesa real, los sirvientes, cargados de comida, empezaron a brotar de entre las sombras. A los aromas mezclados de cera perfumada, flores y esencias se añadió un olor que hacía la boca agua. Ashahebsed empezó a servir a Ramsés.

–Esperas milagros de cuantos te rodeamos, incluido yo –respondió Khaemuast, acalorado–. Concede una oportunidad a la medicina, padre. También podrías hacer la prueba de acostarte temprano.

Ashahebsed empezó a probar la comida, mientras Ramsés esperaba con impaciencia.

–Estoy tan ocupado en la cama como fuera de ella –dijo, ladinamente–. Las mujeres me están matando, Khaemuast. Son tantas... ¡Y todas exigen satisfacción! ¿Qué puedo hacer yo?

–Dejar de adquirir tantas –interrumpió Bint–Anath, riendo–. Presta atención a Suti cuando te dice que tus harenes están vaciando todos los días el tesoro real. Eso tal vez te disuada de más compras y contratos.

–Hummm –se limitó a responder.

Ramsés empezó a comer sin pausa, aunque con graciosa elegancia.

Khaemuast tenía también ante sí un plato lleno y comió y bebió apreciando la excelencia de los cocineros de su padre. Vio que Nubnofret estaba cerca del estrado, sentada entre la nobleza con algunas de sus amigas, no lejos del sitio en donde se habían instalado Hori y Nefert–khay. La muchacha apoyaba sus manos en el hombro desnudo de su hijo y le mordisqueaba la oreja mientras él comía. Con una punzada de dolor, Khaemuast pensó en su Sheritra. ¿Qué estaría haciendo en aquellos momentos? ¿Pronunciando sus plegarias, caminando por el jardín iluminado con las antorchas, en la nada exigente compañía de Bakmut? Tal vez se hubiera sentado en su cuarto, apoyando el mentón sobre las rodillas, preguntándose qué haría su padre y castigándose por la timidez que le impedía arrojarse de lleno a la vida. Le habría gustado verla allí, con los ojos encendidos por el vino y el entusiasmo, los dedos apoyados en el hombro de algún joven noble y la boca apretada contra un oído amoroso. Su hermano Ramsés, encorvado sobre su plato, tarareaba para sí una melodía desafinada. Khaemuast se concentró en los placeres de la velada.

Varias horas después, ahito de ganso relleno, ensalada de pepinos y pasteles diversos, algo ebrio, se encontró cerca de las puertas que daban al norte del salón, conversando con su amigo Uennufer, sumo sacerdote de Osiris en Abidos. El ruido no cedía y la multitud se había vuelto más bulliciosa si cabía cuando se vaciaron las jarras de vino y empezaron los entretenimientos. Aquí y allá estallaban gritos y fragmentos de música, cuando los invitados expresaban su aprobación a los tragafuegos, los malabaristas y acróbatas, y las sinuosas bailarinas desnudas que rozaban el suelo con sus cabelleras y hacían repiquetear sus castañuelas doradas en una tentadora invitación, al ritmo de sus caderas brillantes de sudor.

Khaemuast y Uennufer se habían retirado a un sitio relativamente tranquilo, donde podían conversar sin que nadie los molestara y disfrutar del viento nocturno, que penetraba por las dobles puertas, abiertas al oscuro jardín. El faraón se había retirado un rato antes. De Hori no había señales y Nubnofret se había acercado antes, para decir a Khaemuast que pasaría casi toda la noche en las habitaciones de Bint–Anath. Después de darle un beso distraído, él volvió su atención a sus discusiones con Uennufer, referidas a los orígenes del festival de heb–sed, y pronto ambos olvidaron por completo el bullicio que los rodeaba.

Khaemuast se hallaba profundamente concentrado en un argumento contundente, con la cara próxima a la de Uennufer y la taza de vino extendida para que el esclavo más próximo la llenara, cuando sintió un contacto en el hombro. No hizo caso, pensando que alguien le había empujado, pero se repitió nuevamente. Ya irritado, volvió la cabeza.

Ante él se había detenido un anciano. Tosía con el cortés esfuerzo por dominarse que Khaemuast había llegado a reconocer en quienes padecían una enfermedad crónica de los pulmones. Estaba levemente encorvado y la mano que había importunado al príncipe apretaba otra vez un amuleto de Thot que pendía sobre el pecho arrugado. No llevaba

ningún otro adorno. Tenía la cabeza rasurada y descubierta, al igual que los pies, amarillentos. Sus facciones arrugadas y la hinchazón enfermiza de éstas habrían podido hacerle parecer feo, de no ser por sus ojos. Eran vivaces y se clavaban en Khaemuast con una mirada fija. El hombre vestía una anticuada faldilla, ceñida a los muslos, sobre la cual le caía el vientre; llevaba un pergamino enroscado, metido en la cintura.

Khaemuast sostuvo su mirada con una impaciencia que no tardó en convertirse en desconcierto. Aquellos ojos le resultaban familiares. "¿Otro sacerdote?", se preguntó. "¿De On, de Menfis? En ese caso, ¿por qué viste tan pobremente? Podría pasar por un campesino. ¿Uno de esos sirvientes míos que me son útiles, pero a los que rara vez veo? ¿Y qué hace aquí, en Pi-Ramsés? ¿Cómo ha logrado que le permitieran entrar? Si es uno de esos sirvientes en los que nunca reparo, tendré que recomendar a Nubnofret que le retire; el pobre parece tener ya un pie en la Sala del Juicio." Reprimió un impulso de abrazar al desconocido, al que siguió un súbito escalofrío parecido a la repugnancia. Uennufer aguardaba en silencio ante la abstracción de su amigo y sorbía su vino, con la vista perdida en la desaliñada muchedumbre, sin prestar la menor atención al solicitante..., pues Khaemuast estaba seguro de que el hombre venía a pedirle algún favor. "Un remedio, supongo", pensó.

Bajo la serena mirada del desconocido empezó a recobrar la sobriedad. Sin embargo, no podía apartar la vista de él y gradualmente distinguió algo en las profundidades de sus sentimientos: un terror que acechaba, rápidamente disimulado. Por fin, el hombre habló:

–¿Príncipe Khaemuast?

La pregunta era una formalidad, sin duda. Aquel hombre conocía perfectamente su identidad. Consiguió esbozar un ademán afirmativo.

–A esta hora no puedo examinarte ni atenderte –manifestó, sorprendido de descubrirse susurrando–. Pide una cita a mi heraldo.

–No quiero que me examines, príncipe –respondió el desconocido–. Me estoy muriendo y me queda poco tiempo. He venido a pedirte un favor.

¿Un favor? Khaemuast notó que aquellos labios gruesos temblaban.

–Pide, pues –le instó.

–Se trata de un asunto muy serio –prosiguió el anciano–. Te ruego que no lo tomes a la ligera. El destino de mi ka pende en la balanza.

Conque se trataba de magia. Khaemuast se relajó. El viejo quería llevarse algún hechizo, cantado o escrito. Pero mientras lo pensaba, el hombre meneó la cabeza.

–No, príncipe –corrigió, con voz ronda–. Se trata de esto.

Bajó la vista, la luz de las antorchas resbaló sobre su cráneo desnudo, y manoseó el rollo que sujetaba en la cintura. Se lo ofreció con cuidado. Khaemuast, despierto ya su interés, lo tomó para hacerlo girar entre sus prácticas manos. Obviamente, era muy antiguo. El papiro tenía una quebradiza fragilidad que dio una súbita suavidad a sus dedos. Era bastante corto, quizá sólo de tres vueltas, pero curiosamente pesado.

Alrededor de ellos se arremolinaba la fiesta. Los músicos tocaban una potente armonía de arpa, laúd y tambores, cuyo ritmo hacía vibrar los mosaicos del suelo. Los invitados bailaban y reían. Pero sobre los dos hombres, que permanecían de pie en la penumbra filtrada por las puertas abiertas, se cernía un aura de atemporalidad.

–¿Qué es? –preguntó Khaemuast.

El viejo volvió a toser.

–Es algo muy peligroso, príncipe –respondió–. Peligro para mi ka, peligro para ti. Tú amas la sabiduría, eres un hombre grande y respetado, devoto de Thot, dios de todos los conocimientos. Te ruego que realices una tarea que, por mi arrogancia y mi estupidez, no me está permitido cumplir. –Sus ojos se habían puesto muy oscuros y Khaemuast percibió en ellos una súplica casi dolorosa–. Se me acaba el tiempo –instó el anciano–. Destruye por mi este rollo, y en el siguiente mundo me postraré ante el poderoso Thot un millar de millares de veces por un millar de millares de años, pidiendo por ti. ¡Pkir favor, Khaemuast! ¡Quémallo! ¡Quémallo por el bien de los dos! No puedo decir más.

Khaemuast apartó la vista de aquella cara atormentada y contempló el pergamino enrollado que tenía entre las manos. Cuando volvió a alzar los ojos, el hombre había desaparecido. Molesto, pero también extrañamente enfebrecido, le buscó entre la gente con la vista, sin vislumbrar siquiera el cráneo desnudo y pecoso, y el pecho hundido. Luego cobró conciencia de la presencia de Uennufer, junto a él.

–¿Qué haces, Khaemuast? –preguntó el sacerdote, con fastidio–. ¿Estás demasiado ebrio para continuar la discusión?

Pero Khaemuast murmuró una rápida disculpa y se alejó. Atravesó las puertas, ante el sorprendido saludo de los guardias, y salió a la oscuridad del prado, blanda de rocío.

El bullicio de la fiesta fue desapareciendo poco a poco. Por fin se encontró recorriendo el oscuro sendero gris que giraba hacia atrás, a lo largo del muro norte del palacio, hasta el sitio desde donde podría llegar a sus habitaciones con celeridad. Caminaba sujetando con cautela el pergamino, temeroso de que pudiera deshacerse si apretaba el puño.

"¡Qué tontería!", pensó. "Un viejo moribundo quiere llamar la atención unos momentos antes de desaparecer. Y representa conmigo una tonta comedia, sabiendo que, pese a la sagrada sangre que llevo en las venas, soy el más accesible de mi familia. El pergamino ha de contener, seguramente, la lista de sus sirvientes y la suma que les paga. ¿Una broma? ¿Una broma de Hori? No. ¿De Uennufer, quizá? No, por supuesto. ¿Acaso es una especie de prueba preparada por mi padre para mí?"

Consideró aquella posibilidad unos segundos, con la mirada perdida en el borroso sendero que recorrían sus pies. Ramsés acostumbraba a poner a prueba la lealtad de sus subordinados en ocasiones inesperadas y de extrañas

maneras. Lo hacía periódicamente desde que despidiera a la plana mayor del ejército, tras la derrota de Kadesh. Sin embargo, Khaemuast nunca había sido objeto de aquellas pruebas, ni tampoco los otros miembros de la familia.

"¿Y cómo podríamos saberlo?", se preguntó, doblando la esquina en dirección al fuerte resplandor de diez o doce antorchas que iluminaban el acceso a la puerta este. "¿Y si nos hubiera sometido a prueba repetidas veces, sin que nosotros cayéramos en la cuenta de algo tan calculado? Pero si lo de esta noche es una prueba para mí, ¿de qué tipo es, para qué? ¿Debo quemar el pergamino sin leerlo, demostrando así que antepongo la lealtad a mi rey a mi amor por el conocimiento? Supongamos que lo leo antes de quemarlo. Nadie sabría si lo he desenrollado o no."

Echó un vistazo a sus espaldas, pero en los jardines reinaba una perfumada oscuridad, los arbustos eran unas manchas desiguales contra la mole de la muralla y los árboles de negros brazos parecían impenetrables. "No", pensó, sintiéndose ridículo. "Mi padre no me habría hecho seguir y observar. Estoy pensando cosas absurdas. Pero de lo contrario... ¿qué?"

Se estaba acercando a las primeras antorchas. Aminoró el paso y acabó por detenerse. Se encontraba directamente debajo de una tea. Le habría bastado levantar la mano para tocar las llamas anaranjadas que bailaban y se estremecían en el aire nocturno. Tomó el pergamino con la punta de los dedos y lo acercó a la luz, con la confusa idea de que era posible leerlo sin desenrollarlo. Pero se mantuvo opaco, desde luego, palideciendo sólo un poco al fulgor de la antorcha. Khaemuast lo levantó un poco más. "Esto es demencial", se dijo. "Todo este episodio huele a locura." Sintió el calor de la antorcha sobre la cara y la mano, temblorosa. El papiro empezó a ennegrecerse imperceptiblemente, lo sentía tirar hacia dentro y rizarse. "Es muy antiguo", pensó. "Existe alguna posibilidad de que sea de verdad valioso."

Se apresuró a apartarlo del fuego y le echó un vistazo. Una esquina se había chamuscado. Una diminuta porción se desprendió bajo sus ojos y cayó al suelo. "Muy afortunado o de una terrible mala suerte, dependiendo de mis actos de esta noche", recordó, pensando en su horóscopo. Pero, ¿qué acto iba a traerle la buena suerte: quemarlo o guardarlo? Pues sólo de una cosa estaba seguro: ése era el momento al que se refería el horóscopo; de un modo u otro, las consecuencias serían graves.

Permaneció indeciso durante mucho tiempo, acordándose del viejo, de sus ojos suplicantes, y sus palabras urgentes. Quería deshacerse de la carga que habían echado sobre él, pero al mismo tiempo se decía que su buen juicio había sido alterado por el vino y lo tardío de la hora, que estaba convirtiendo un encuentro sin importancia en algo portentoso y fatídico. Gimiendo por lo bajo, guardó el pergamino bajo los voluminosos pliegues de su túnica y se alejó lentamente del círculo de antorchas. Cruzó las sombras densas y llegó a la entrada del palacio, donde dos guardias le hicieron

una reverencia. Les dio las buenas noches y pronto estuvo en las habitaciones de la familia. Ib y Kasa se apresuraron a acercarse a él.

—¿Dónde has estado, Alteza? —preguntó Ib, impaciente, con el alivio escrito en la cara—. Te vimos conversando con el sumo sacerdote y un momento después habías desaparecido. Amek corrió a buscarte, supongo que todavía está haciéndolo. Dificulta nuestro trabajo.

—No soy prisionero de mis sirvientes, Ib —replicó Khaemuast, enojado—. He venido cruzando el jardín y he entrado por el portón del este. Mis guardaespaldas deben estar siempre atentos a cada uno de mis movimientos.

"Esto no es justo", pensó, al ver enojecer a Ib. Pero, de pronto, se sintió tan exhausto que apenas pudo mantenerse en pie.

—Kasa, trae agua caliente y quitame la alheña de las manos y los pies —ordenó—. Y date prisa, por favor. Quiero acostarme. ¿Estoy solo aquí?

Kasa le hizo una breve reverencia y salió. Fue Ib quien respondió:

—Ni la princesa ni el príncipe Hori han regresado. Tampoco los miembros de su personal.

"Es un suave y adecuado reproche", reconoció Khaemuast con una íntima sonrisa. Y apoyó una mano en el hombro de Ib.

—Gracias —dijo—. Puedes retirarte, Ib.

El hombre se inclinó al salir y Khaemuast se dirigió a su dormitorio.

En los cuatro rincones de la habitación había jarrones con flores frescas. Dos lámparas ardían encendidas, una en un alto soporte dorado, en medio de la habitación, y la más pequeña junto al diván, cuyas sábanas habían sido invitadoramente abiertas. El cuarto murmuraba un descanso tranquilo, sin alteraciones. Khaemuast se dejó caer en la silla con un suspiro y buscó a tientas el pergamino. No estaba allí. Se registró el cinturón, tanteó los frunces de la túnica, inspeccionó el suelo, pero no había señales de él. Kasa llamó con un golpecito y entró, seguido por un muchacho que llevaba un recipiente lleno de agua humeante. Khaemuast se levantó.

—¿Alguno de vosotros ha visto un pergamino en el suelo, junto a la puerta o en el pasillo? —preguntó.

El muchacho, con los ojos bajos, negó con la cabeza y, después de depositar apresuradamente el cuenco en su soporte, retrocedió hasta la salida. Kasa también meneó la cabeza.

—No, Alteza —respondió.

—Bueno, ve a buscar —le espetó el príncipe, ya evaporada su fatiga—. Busca con cuidado.

Pocos momentos después volvió su sirviente personal.

—No hay rastros de ningún pergamino.

Khaemuast volvió a calzarse las sandalias que acababa de quitarse un momento antes.

—Acompáñame —ordenó.

Y salió apresuradamente al pasillo, inspeccionando el suelo con la vista mientras caminaban. No había nada. Abandonó las habitaciones, seguido por Kasa, y desanduvo su trayecto con suma atención. Pero los pasillos del faraón, deslumbrantes y ya dossier tos, permanecían impolutos bajo la leve luz de las antorchas, casi consumidas.

Khaemuast salió al sendero. Los mismos guardias que le habían recibido se inclinaban sobre las espaldas, somnolientos, y ambos se irguieron apresuradamente al verle.

–¿Alguno de vosotros recuerda haber visto un rollo en mi cinturón cuando pasé por aquí, hace un rato? – preguntó, con voz perentoria.

Los dos lo negaron.

–Pero ¿habría reparado en él? – insistió. ¿Estáis seguros?

El más alto de los dos alzó la voz.

–Se nos enseña a ser observadores, príncipe. Nadie entra en el palacio llevando encima algo sospechoso. No recelaríamos de ti, por supuesto, pero nuestra vista recorre automáticamente a todo el que entra. Puedo asegurarte que cuando recibiste nuestro saludo no llevabas ningún pergamino.

Khaemuast, irritado, se dijo que era cierto. Los shardanas eran de vista rápida y detenían a cualquiera de quien sólo sospecharan que podía ocultar un arma. Después de darles las gracias con un gesto de la cabeza, tomó una antorcha del dintel y, casi doblado en dos, revisó cada centímetro del breve camino recorrido entre el jardín y las puertas. No había nada. Se arrodilló para inspeccionar la piedra, en busca del diminuto trozo de papiro chamuscado que se había desprendido con el calor de la antorcha, pero no se veía. Murmurando juramentos examinó el césped que había a cada lado del camino, separando cuidadosamente las briznas ante la obvia extrañeza de Kasa, pero tampoco halló nada.

Por fin, se dirigió de nuevo a sus habitaciones, con el corazón acelerado.

–Despierta a Ramose –ordenó a Kasa–, y tráele sin demora.

El sirviente abrió la boca para protestar, pero la cerró otra vez y salió en silencio. Khaemuast empezó a pasearse por la habitación. "No es posible", pensó. "No me crucé con nadie. Lo sujeté en mi cinturón, di cinco pasos hacia la puerta y vine directamente aquí. No es posible." El miedo comenzaba a filtrarse en su interior, pero luchó por dominarlo. "Peligro", había dicho el anciano. "Para mí. Para ti", dijo. "¿He fracasado? ¿O, por el contrario, he aprobado algún examen misterioso?" Apoyó una mano contra el pecho y sintió la marcha frenética de su corazón. Tenía la espalda cubierta de sudor y lo sentía gotear hasta la faldilla.

Cuando Ramose se inclinó ante él, soñoliento y algo desaliñado, estuvo a punto de correr hacia él.

–He perdido un pergamino muy valioso –dijo–. Está en algún rincón del palacio, quizá en los jardines. Daré tres piezas de oro a quien lo encuentre. Divulga la noticia, heraldo; comienza ahora. Dila a quienquiera que esté aún vagando por el palacio.

El sueño se había desvanecido de los ojos de Ramose. Hizo una reverencia en señal de entendimiento y salió precipitadamente, acomodándose los ropajes al caminar. La puerta que acababa de cerrarse tras él se abrió nuevamente y dio paso a Nubnofret. La precedía un olor a vino rancio y a capullos de loto aplastados.

–¿Qué es lo que ocurre, Khaemuast? –inquirió–. He estado a punto de chocar con Ramose, que salía disparado. ¿Estás enfermo? –Se acercó para mirarle mejor y exclamó: ¡Si que pareces enfermo! Oh, querido mío, estás pálido. Siéntate.

Él se dejó empujar hasta su silla y sintió la mano fresca de su esposa rozándole la frente.

–Tienes fiebre, Khaemuast –dictaminó–. Es obvio que detestas Pi–Ramsés. Y la ciudad te detesta a ti, pues sus demonios siempre te enferman un poco. Llamaré a un sacerdote. Necesitas un hechizo que los aleje.

Khaemuast la sujetó por un brazo. Las fiebres eran, en verdad, asunto de magia, puesto que las provocaba la posesión de los demonios, pero estaba seguro de haber producido él mismo esa enfermedad, ningún poder maligno habitaba su cuerpo. "¿O sí?", vaciló súbitamente, confuso. "¿Fue errónea mi decisión de conservar el pergamino, concediéndole así el poder de transformarse silenciosamente y penetrar en mí? ¿Acaso albergo ahora algún mal, algo destructivo?"

Nubnofret esperaba, con el brazo aún quieto entre sus dedos, con expresión interrogante. Él se estremeció y luego se puso a temblar incontrolablemente.

–Me asustas, Khaemuast. –La voz de su esposa le llegaba como desde muy lejos–. Suéltame, por favor.

Él se dominó, murmuró una disculpa con los labios rígidos y retiró la mano. Nubnofret se frotó el brazo.

–¡Kasa! –llamó–. Acuéstale. ¡Mira cómo está!

Kasa acudió corriendo y, después de echar una mirada a su ama, ayudó al príncipe a acostarse en el diván.

–Pero nada de sacerdotes –murmuró Khaemuast. Se tendió en el diván, todavía temblando, y recogió las rodillas–. Lo siento, Nubnofret. Ve a acostarte y no te preocupes. Sólo necesito dormir unas cuantas horas. He perdido un pergamino valioso, eso es todo.

Su esposa se relajó visiblemente.

–En ese caso, comprendo –pronunció, desdeñosamente–. Otros hombres pueden ponerse así por la pérdida de un hijo, pero tú, querido hermano mío, sudas y te estremeces por unos trozos de papiro.

–Lo sé –respondió él, apretando los dientes para dominar su temblor–. Soy un tonto. Buenas noches, Nubnofret.

–Buenas noches, príncipe.

Y la mujer salió de la habitación sin decir otra palabra.

–¿Necesitas algo, Alteza? –preguntó Kasa, vacilando.

Khaemuast apartó la mejilla de la almohada para mirar el rostro preocupado de su sirviente, pero el esfuerzo fue casi excesivo. Se había adueñado de él una gran pesadez, y los párpados le caían como por propia decisión.

–No –logró susurrar–. No me despiertes temprano, Kasa.

El criado le hizo una reverencia y se retiró en silencio. Al menos eso pensó Khaemuast. Si Ptah hubiera decretado que el mundo acabara en ese instante, el príncipe no habría podido abrir los ojos. Oyó la pausa que hacía Kasa para inclinarse, el leve sonido de sus pasos en el suelo y el cortés chasquido de la puerta al cerrarse. Pero aquellos ruidos le llegaban como desde lejos, desde el otro extremo de la ciudad, desde otro mundo. Cayó en el sueño como quien pierde pie y se desliza por un foso oscuro e inmediatamente empezó a soñar.

Era mediodía, un mediodía de canícula. El calor intenso, inmisericorde, le secaba las fosas nasales y le dejaba casi ciego. Iba caminando con la cabeza gacha, por una ruta de polvo blanco que reflejaba hacia él el mordisco cruel del sol. Un poco más adelante, marchaba una mujer. Él sólo veía sus tobillos desnudos, cubiertos del polvo fino que su paso levantaba en pequeñas bocanadas y el rítmico aparecer y desaparecer de sus fuertes pantorrillas oscuras, a medida que la túnica de hilo escarlata que la cubría se movía con su andar.

Durante un rato, pese a su creciente cansancio y al sudor que le corría incesantemente hasta los ojos, le bastó contemplar el modo lento, casi implacable, con que los músculos de la mujer se tensaban y relajaban, los dedos de aquellos pies se encogían, se extendían y levantaban por fin pequeños remolinos de polvo. Pero pronto se apoderó de él la necesidad de ver el resto de ella. Trató de alzar la cabeza y descubrió que no podía. Hizo un esfuerzo, contrayendo los músculos del cuello, pero su mirada permanecía fija en el camino, que se deslizaba cuidadosamente bajo aquel paso lleno de gracia.

Comenzó a desear que se detuviera. El calor le hacía jadear y empezaba a tropezar por la fatiga. La llamó, pero sus palabras fueron sólo ínfimas volutas de aire abrasador en los labios. "¡Detente!", pensó con desesperación. "¡Detente, por favor!" Pero el paso de la mujer no variaba. Pese a la sensación de compulsión hipnótica que crecía en él, intentó volverse hacia el césped que (lo sabía vagamente) bordeaba el camino en ambos lados y donde los árboles arrojaban una sombra por la cual hubiera dado la vida. Pero sus piernas continuaban marchando, marchando, atraídas por la inconsciente seguridad de la mujer.

Por fin Khaemuast despertó, con la primera y vacilante luz del alba y el temprano coro de los pájaros. Su habitación estaba como amortajada, serena. La lámpara se había apagado mucho tiempo antes y se percibía el olor leve y rancio de la mecha agotada, mezclado con el hedor de su propio cuerpo. La pesadilla le había dejado temblando y las sábanas estaban pegajosas. "Una alucinación por la fiebre", se dijo, forcejeando para incorporarse. "Sólo eso." Tendió la mano hacia la mesilla y palpó el contorno de su diván, las líneas de su cara, con la inconsciente necesidad de convencerse de que ya estaba despierto, en un mundo de sustancia y cordura. Al hacerlo notó que tenía el pene hinchado y totalmente erecto; desbordaba una especie de excitación sexual que no sentía desde hacía años.

Permaneció quieto, calmando su respiración y su mente. Por fin llamó en voz baja a Kasa para pedirle el baño matinal y el desayuno. El palacio se agitaba ya a su alrededor, aunque de un modo lejano. En sus habitaciones reinaba siempre un silencio relativo.

Mientras Kasa le ataba las sandalias, entró Ramose. Khaemuast le dio permiso para hablar, con el corazón súbitamente acelerado, pero el heraldo no tenía noticias.

–Mis ayudantes informan que nadie, entre los avisados, ha visto ni oído hablar del pergamino, Alteza – admitió–. Pero continuaremos divulgando tu solicitud y la promesa de una recompensa. Lo siento.

–No es culpa tuya, Ramose.

Khaemuast le despidió con una seña al tiempo que mandaba llamar a Amek. Mientras esperaba a su guardaespaldas no pudo resistir la tentación de inspeccionar rápidamente el suelo, la sala de recepción y la entrada de sus habitaciones, pero no halló nada. Amek apareció con una reverenda.

–Saca mi litera –ordenó Khaemuast–. Quiero ir esta mañana en persona a la Casa de Ré para recitar mis plegarias junto a los otros sacerdotes.

No sabía qué deseaba decir ni por qué experimentaba aquel fuerte impulso de verse en el templo, de respirar el incienso y el ambiente de poder y paz, pero sabía que si cambiaba de idea acabaría por lamentarlo.

Dedicó sus últimos días de estancia en Pi–Ramsés a conversar con los visires del norte y el sur, varios embajadores extranjeros y administradores de templo, y también departió con su padre. Visitó a su madre una vez más y dio un paseo vespertino, convenientemente custodiado, por los coloridos mercados de la ciudad, en busca del regalo perfecto para Sheritra. También cazó en los pantanos con el embajador khatti, que parecía haber calmado sus ánimos.

Nubnofret, como siempre, había olvidado su ira. Khaemuast vio rara vez a su esposa y a su hijo hasta el día en que se embarcaron para regresar a Menfis, a su hogar. Por su parte, se sentía recobrado del extraño ataque que había sufrido aquella noche, al perder el pergamino. Para fastidio suyo, no había sido recuperado y ya no pensaba que fuera posible recobrarlo. Muy en el fondo, crecía en él el convencimiento de que había sido obra de los espíritus. Por algún motivo habían disuelto por un instante la barrera que los separaba de los seres vivos y él había sido el punto en el que la muralla había temblado. El anciano era un gran mago en la comunicación con los poderes invisibles o un espíritu en sí mismo, y su rollo, un objeto de humo y aire que se había evaporado en la nada al llegar el alba.

Las advertencias de su horóscopo, el vívido recuerdo del pergamino, con su borde rizado y ennegrecido por el calor de la antorcha, y la urgente súplica del anciano, quedaron relegados al fondo de su mente. Volvería al hogar a estudiar los planos del cementerio para los toros de Apis, volvería a sus excavaciones en Saqqara y recobraría el fuerte sentido de sí mismo. Sólo el sueño continuaba preocupándole de verdad. No olvidaba ninguno de sus detalles. Durante



mucho tiempo, los pies descalzos de una mujer en el polvo bastaban para provocarle una inadvertida punzada de fatiga y lujuria.

Él y su familia volvieron a casa cargados de objetos para las casas y regalos para Sheritra y los amigos de Menfis. El río había descendido aún más durante su ausencia, y ahora corría con turgente lentitud. El viaje de regreso requirió más tiempo, a pesar de la brisa que soplaba sin pausa desde el norte, pues tenían la corriente en contra y se veían obligados a usar los remos. Khaemuast, impaciente como siempre por ver el sereno bosque de palmeras contra el fondo de pirámides y desierto que anunciaba la presencia de su ciudad, permanecía sentado bajo un toldo, en la cubierta del ¡Amón-es-Señor con el pensamiento concentrado ya en su próximo proyecto. Nubnofret dormitaba, tendida en la intimidad de la cabina, con la cara cubierta por unas cremas nutritivas destinadas a facilitar la adaptación del cutis al seco aire del desierto. Otras veces, jugaba a juegos de tablero con Wernuro. Hori y Antef sembraban la cubierta soleada de rompecabezas y juguetes para desarmar que habían recogido en los mercados. "Sin lugar a dudas", pensó Khaemuast, mientras los remos levantaban salpicaduras en el agua y el toldo flameaba al viento, "somos la familia más bendita, compenetrada y afortunada de Egipto".

## CAPÍTULO 4

La muerte llama a todos a sí,  
y ellos se acercan con el corazón trémulo,  
y están aterrorizados por miedo a ella.

Poco después del desayuno amarraron ante los peldaños de la finca de Khaemuast. Los sirvientes se diseminaron inmediatamente, dirigiéndose cada uno a sus tareas. Sheritra acudió corriendo a recibirlos al oír el alboroto, y se abrazaron intercambiando cariñosos saludos antes de dirigirse al jardín. Los barcos ya estaban siendo descargados, y más tarde serían sacados del agua para inspeccionarlos y efectuar las reparaciones necesarias. Khaemuast se dejó caer en la hierba junto a Sheritra, a la sombra de los sicomoros, con una exclamación de placer. Su fuente goteaba aún cristal en el cuenco de piedra. Sus monos, tras contemplar su llegada con altanero aburrimiento, habían vuelto a holgazanear junto al sendero. Su vieja y cómoda casa volvía a darle la bienvenida con sus muros bañados por el sol y sus flores ordenadas. Dentro se adivinaba una frenética actividad. En un momento, Ib le preguntaría si deseaba que le sirvieran el almuerzo en el jardín o en su pequeño comedor. Y Penbuy, recién lavado, le estaría esperando en su despacho. Contemplé a su hija, que recibía sus regalos con exclamaciones, su feo rostro arrebatado de entusiasmo. Por una vez, Nubnofret no la agobió con amonestaciones y consejos, y dejó que se encorvara sobre las brillantes joyas, la cascada de lienzos y los adornos que llenaban su regazo.

Al fin apareció Ib, aproximándose con paso digno y sin prisa desde la parte trasera de la casa. Venía acompañado por Penbuy y, a pesar de la distancia que los separaba, Khaemuast observó que a duras penas contenía una emoción violenta. Nubnofret, que no solía dejarse alterar por esas cosas, levantó también la vista. Hori se puso de pie.

–Alteza, ¿comerá la familia aquí o en el comedor? –preguntó Ib.

Khaemuast no respondió, apenas oía la pregunta. Toda su atención estaba fija en Penbuy, el escriba, que temblaba con los ojos centelleantes.

–¡Habla! –ordenó Khaemuast.

Penbuy no necesitó más invitación.

–¡Han encontrado otra tumba en la planicie de Saqqara, Alteza! –barbotó–. Los trabajadores habían comenzado a despejar el templo solar de Osiris Neuser–Ré, a fin de prepararlo para cumplir tus órdenes de restauración y de improviso apareció una roca de gran tamaño. El capataz ha tardado tres días en hacerla retirar y ¡OH!, debajo de ella había un tramo de escaleras.

Khaemuast sonrió pese a la aceleración de su pulso, no era habitual que Penbuy perdiera su aplomo de aquel modo.

–¿Han despejado los escalones? –preguntó.

–Si, y al pie...

El escriba hizo una pausa efectista.

–¡Dilo de una vez, Penbuy! –exclamó Hori–. Te escuchamos. Con toda la atención. ¡Somos tus cautivos!

–Al pie hay una puerta sellada –concluyó Penbuy, triunfalmente.

–Es demasiado pedir que los sellos sean los originales –observó Hori. Pero su voz sonaba a pregunta. Miró a Khaemuast, que se levantaba.

–¿Qué opinas tú? –preguntó éste a su escriba.

Penbuy se encogió de hombros, retornando ya su acostumbrado decoro.

–Los sellos parecen originales –respondió–, pero otras veces hemos encontrado también falsificaciones muy hábiles, príncipe. Lo siento, me he dejado atrapar por la emoción del momento. Tu capataz de obras opina que en verdad hemos encontrado una tumba intacta.

Nubnofret suspiró ostentosamente.

–Será mejor que envuelvas la comida del príncipe y se la entregues a los sirvientes que van a acompañarle, Ib –dijo.

Khaemuast le echó una mirada agradecida y llena de humor.

–Lo siento, querida hermana –se disculpó–. Hoy debo, cuando menos, inspeccionar el hallazgo. Ib, haz que traigan las literas. ¿Vienes conmigo, Hori?

El joven asintió.

–Pero te lo ruego, padre, ¡no hagamos incursiones hoy! ¡Ni siquiera he tenido tiempo de lavarme!

–Eso depende de lo que encontremos. –Khaemuast ya estaba preocupado y hablaba con aire distraído. Una nueva tumba, nuevas inscripciones, nuevos conocimientos, nuevos pergaminos... "No te ilusiones", se dijo, severamente. "Las posibilidades de que haya algo nuevo son muy pocas. Mi horóscopo dice que el último tercio de este día será muy malo y se refiere también al resto de mi familia. Por eso dudo de que este descubrimiento aporte algo valioso."

De pronto se apoderó de él el deseo de ordenar a Penbuy: "Haz que vuelvan a cubrir la entrada con tierra y arena. Mi proyecto más urgente es trabajar para Osiris Neuser Ré, a quien le debo su restauración". Pero ganaron su curiosidad y su entusiasmo creciente. Neuser–Ré podía esperar. Llevaba cientos de hentis esperando, sin duda tendría paciencia uno o dos días más. Amek se acercaba ya, seguido por los portadores de literas, que llevaban sus cargas plegadas.

–¿Hay algún asunto urgente en mi escritorio? –preguntó Khaemuast.

Penbuy negó con la cabeza.

–Bien. Te compensaré por esto de algún modo, Sheritra –prosiguió, volviéndose hacia su hija.

Pero ella, muy sonriente, se acercó a la cara la gasa azul que él le había regalado.

–Ya estoy acostumbrada –rió–. Que te diviertas, padre. Que encuentres algo maravilloso.

Algo maravilloso. De pronto, Khaemuast desbordaba de expectación juvenil. Besó la fría mejilla de Nubnofret, llamó a Hori con un gesto y subió a su litera. Pronto se halló balanceándose en dirección al templo de Neith, en el distrito de Ankh-tawy. El estómago le gruñía de hambre y los lienzos que se había puesto aquella mañana, en el barco, estaban caídos y pegajosos por el sudor. Pero no importaba. Una vez más se iniciaba la cacería.

Cuando descendió de la litera en la revuelta planicie de Saqqara, que se horneaba bajo el sol de la tarde, estaba además sediento. Los sirvientes trabajaron apresuradamente, unos levantaron la pequeña tienda que usaba siempre y otros encendieron una fogata para cocinar. El sufrido Ib estaba ya dando indicaciones para preparar la mesa de campamento, a fin de servir el retrasado almuerzo. Hori se acercó a su padre, pisando trabajosamente sobre la arena.

–¡Fiu! –exclamó–. ¡Saqqara es un horno en cualquier estación del año! Por favor, padre, domina tu lujuria una hora y ten piedad de mi. Antes que nada necesito comer, pero también quiero estar contigo cuando examines los sellos. Supongo que eso es la entrada.

Señaló la calurosa extensión de escombros sobre la que yacía el destrozado templo de Osiris Neuser-Ré. Junto a él, sobresaliendo apenas de la muralla exterior, resquebrajada y rota, se veía un gigantesco canto rodado y un desordenado montón de arena oscura y piedras. Khaemuast se volvió de mala gana hacia la tienda y la mesa, colocada ya a la sombra de un flameante toldo y cargada de comida. Ib esperaba tras su silla, cruzado de brazos.

Khaemuast y Hori comieron con apetito, conversando tranquilamente, pero al fin el diálogo murió. El joven cayó en un humor distraído. Seguía con un cuchillo los pliegues del mantel con el mentón apoyado en la mano y los ojos bajos. El regocijo de Khaemuast se evaporó poco a poco y fue reemplazado por una creciente intranquilidad. Se reclinó en la silla, con la vista atraída por aquel agujero en el suelo del desierto, momentáneamente abandonado. Parecía llamarle y lanzarle una advertencia, todo al mismo tiempo. Apartó de su mente aquellas sensaciones y se volvió para acabar la cerveza y enjuagarse los dedos. Pero pronto su mirada volvió a aquel ominoso tajo en la soleada realidad del desierto y, a su pesar, imaginó que era un portal hacia el mundo inferior, desde el cual soplaban un viento frío.

En ocasiones había experimentado una supersticiosa ansiedad al abrir una tumba. A los muertos no les gustaba que se los molestara. Pero él siempre dejaba junto a los sarcófagos las debidas ofrendas para el ka del difunto, hacia reparar las pertenencias rotas y renovar las provisiones y veía reponer la tierra sobre aquellos lugares de descanso con satisfacción, sabiendo que los Osiris le estaban agradecidos.

Pero esto era diferente. El miedo corría hacia él, deslizándose invisiblemente sobre la reverberante arena amarilla, como la misma Epap, la serpiente demoníaca. Una vez más, sintió la tentación de ordenar que cubrieran la tumba. Pero se levantó, dio un golpecito a Hori en el hombro y abandonó la agradable sombra del toldo.

Con Hori a su lado, seguido por Ib y Penbuy, pronto llegó a los peldaños. Los notó calientes bajo sus sandalias, aunque en algunos sitios la piedra se mantenía todavía muy oscura y manchada por la humedad de los siglos. Eran cinco. Khaemuast se detuvo ante una pequeña puerta de roca, cuadrada y lisa, que en otros tiempos había estado cubierta de yeso blanco. A su izquierda se vela una soga parda, ya medio podrida, que se anudaba intrincadamente a unos ganchos metálicos profundamente incrustados en la puerta y la piedra circundante. El grueso nudo estaba cubierto por una bola de lodo y cera, ya seco y casi deshecho. Khaemuast se inclinó un poco más, sintiendo el aliento ligero de Hori sobre el cuello. El joven silbó.

–¡El chacal y nueve cautivos! –exclamó–. Si la tumba hubiera sido profanada y vuelta a sellar, padre, la impresión sería una tosca imitación del signo de la Casa de los Muertos, quizá hasta un simple emplasto de barro. Y mira esa cuerda, tan antigua que bastaría rozarla para que se deshiciera.

Khaemuast asintió. Su mirada recorría atentamente la puerta. No había señal alguna de que alguien la hubiera forzado para entrar, aunque el yeso se había desprendido en varios lugares y en otros presentaba un pálido color pardo. Desde luego, que la puerta estuviese intacta no significaba que la tumba no hubiera sido asaltada. Los ladrones siempre habían sido ingeniosos en sus esfuerzos por llegar a los tesoros sepultados junto a los nobles. De pronto, Khaemuast descubrió que deseaba que el interior no estuviera intacto, que hombres más débiles y tercos que él hubieran atraído sobre sí, allá dentro, el aguijón de la ira, que hubieran desangrado los antiguos hechizos destinados a proteger a quien yacía en la oscuridad, detrás de aquella puerta misteriosa.

–Tengo miedo, príncipe –dijo Ib–. Este lugar no me gusta. Hasta ahora nunca habíamos encontrado un sello intacto. No deberíamos cargar con la culpa del primer pecado.

Khaemuast replicó, sin dejar de estudiar la áspera superficie que tenía ante sí:

–Nosotros no somos ladrones ni profanadores. Nunca he cometido sacrilegio contra los muertos a quienes estudio. Sabes que volveremos a sellar la puerta, dejando muchas ofrendas para el ka, y que pagaremos a los sacerdotes para que oren por el propietario. Siempre lo hacemos. –Se volvió para encararse con su mayordomo. Los ojos de Ib estaban entre sombras y su expresión era adusta–. Nunca te he visto así, Ib. ¿Qué ocurre?

Entonces vio que no sólo Ib se encontraba así. Penbuy apretaba la paleta contra su pecho desnudo, mordiéndose el labio.

–Esta vez no es como las otras, Alteza –balbuceó Ib–. Anoche, cuando volvíamos en el barco, soñé que bebía cerveza caliente. Es un presagio terrible. El sufrimiento va a caer sobre nosotros.

Khaemuast deseaba decirle que no fuera tonto, pero aquel sueño era en verdad algo a tomar en serio. Las palabras de Ib habían desatado nuevamente el miedo en él, pero intentó que su expresión no lo demostrara.

—Perdóname, príncipe —intervino Penbuy—, pero yo también tengo mis dudas respecto a esta tumba. Hoy, cuando quise cumplir mis devociones matinales a Thot, mi patrono, el incienso no se encendió. Lo reemplacé por granos frescos, pensando que los viejos podían estar contaminados, pero no hubo forma de prenderles fuego. Después, me atacó un temblor que no me permitió moverme durante un rato. —Se adelantó con una expresión tensa—. ¡Pasa por alto esta tumba, te lo ruego! ¡Habrán otras!

La intranquilidad de Khaemuast iba en aumento.

—¿Hori? —consultó.

Su hijo sonrió.

—Yo he dormido bien y he rezado mis plegarias en paz —respondió—. No es mi intención restar importancia a estos presagios, amigos míos, pero sólo ha transcurrido la mitad del día; bien puede ser que no guarden ninguna relación con esta tumba. ¿Abandonarías un hallazgo como éste? —agregó, presionando a su padre—. ¡No me digas que tú también has recibido advertencias!

La mente de Khaemuast se llenó lentamente de la imagen del anciano, el pergamino en sus dedos trémulos, el fuego de la antorcha que ennegrecía, reseca... "Advertencias, no", pensó, "pero si una premonición, un estremecimiento de aprensión en mi ka".

—No —dijo, pausadamente—, y no voy a rehusar este regalo de los dioses, por supuesto. Soy un hombre honrado y hago el bien en Egipto. Ofreceré al ka de quien habite esta tumba muchos objetos preciosos a cambio de lo que podamos ver. —Se irguió para tocar la sogá y unos trozos diminutos le cayeron entre los dedos como cascajo fino—. Ib, llama a mi maestro albañil y haz que cincelen esta puerta.

Tiró de la cuerda con fuerza y ésta se partió. El sello se quebró en dos, con un pequeño ruido, y cayó en el polvo, a sus pies. Él retrocedió un paso, sobresaltado. Ib retrocedió por los escalones tras una reverencia silenciosa. Hori acercó la nariz a la piedra caliente, para examinar la grieta que se abría entre la puerta y la roca. Khaemuast y Penbuy se sentaron Juntos en un peldaño, a esperar al maestro albañil y sus aprendices.

—No es común encontrar una puerta, en vez de un simple agujero relleno de escombros —comentó el escriba.

Pero su amo no respondió, luchaba contra su propio temor. Cuando llegó el albañil con sus ayudantes, los otros se refugiaron bajo sus sombrillas. Desde donde estaba sentado, casi atontado por el calor de la tarde, Khaemuast veía la línea oscura que los cinceles iban haciendo en el contorno de la puerta. Una hora después, el albañil se acercó y se arrodilló ante él, cubiertos de polvo blanco el pecho brillante y desnudo, y las toscas piernas y manos.

—Alteza, la puerta está lista para ser forzada —dijo—. ¿Deseas que la abra?

Khaemuast asintió y el hombre se fue. Pronto se oyó el crujir de las palancas en la piedra. Hori fue a sentarse en cuclillas ante su padre y juntos observaron en silencio aquel enorme cuadrado que salía poco a poco, revelando un vacío negro cada vez más amplio. Al fin, Hori se movió.

—Aquí viene —dijo, en voz baja, y Khaemuast se puso tenso.

Una fina voluta de aire empezó a brotar de la abertura, elevándose en el cielo límpido. Era de un tono gris muy leve. Khaemuast, al ver estremecerse el horizonte a través de ella, imaginó que su olor llegaba hasta él, húmedo, insoportablemente rancio, con un dejo de osario casi imperceptible. El olor le era conocido, pues había atacado sus fosas nasales en muchas ocasiones similares, pero esta vez creyó descubrir en aquel torrente incesante una virulencia especial.

—¡Mira! —exclamó Hori, señalando hacia allí—. ¡Parece elevarse en espiral!

Era cierto, la bocanada formaba extrañas siluetas al llegar a su cenit. Khaemuast pensó que, de no haberse disipado con tanta celeridad, habría podido distinguir algunas imágenes. El momento pasó. La columna de aire fétido se alejó y él abandonó su silla, con Hori pisándole los talones.

—Ten cuidado con las trampas, padre —señaló el muchacho.

Khaemuast asintió bruscamente. A veces las tumbas contenían fosos astutamente disimulados, que se hundían en línea recta en la roca, o puertas falsas destinadas a atraer a los desprevenidos a oscuros pozos.

Khaemuast vaciló ante la escalera, luego aspiró hondo y se lanzó por la grieta que los albañiles habían logrado abrir. Los sirvientes, provistos de antorchas, se apresuraron a seguirle. El príncipe se detuvo ante el breve pasillo para darles tiempo a iluminar el interior. Era obvio que lo hacían a desgana. "Pero siempre es así", pensó, en los pocos segundos que el grupo tardó en abrirse en abanico. "Y a mi me ocurre lo mismo, esta vez." Las llamas anaranjadas vacilaron, despidiendo cintas de sombras que corrieron por los rincones. Penbuy hizo repiquetear su paleta al extraer un estilo. Horijadeaba un poco. Khaemuast tomó a su hijo del brazo sin darse cuenta de lo que hacía, y juntos se adentraron en la tumba.

Aunque había salido el aire viejo, el olor a humedad y putrefacción aún era muy fuerte. Penbuy empezó a toser y Hori arrugó la nariz. Khaemuast prescindió de él. La antecámara, aunque pequeña, estaba exquisitamente decorada y escrupulosamente limpia. Permanecía intacta. Con un arrebato de intenso entusiasmo, Khaemuast reparó en los arcones pulcramente apilados, los muebles bien distribuidos y sin mácula, y las sólidas jarras de arcilla con su precioso contenido de aceite, vino y perfume, todavía selladas. Seis shawabtis de rostro severo, de pie en sus nichos, aguardaban a que sus amos los llamaran para trabajar en los sembrados o el telar, y a su alrededor, las paredes refulgían de vida. Sobre la escayola blanca se habían pintado unas vividas escenas.

Khaemuast caminó lentamente, maravillado por la delicadeza y la fuerza que habían alcanzado los artistas difuntos. Aquí se veía al muerto con su esposa, sentados ante una comida, con unos capullos de loto rosados en una

mano y unas tazas de vino en la otra, con las cabezas juntas y sonriéndose. Un hombre joven, obviamente el hijo, vestido con una corta faldilla blanca y con varios collares enredados contra su pecho rojo, ofrecía un trozo de fruta a un mandril erguido a sus pies. Había imágenes de mandriles por doquier: retozando en el jardín, donde la pequeña familia descansaba junto al estanque de los peces; corriendo detrás del hombre, que perseguía a un león por el desierto; sentados, con las colas enroscadas en torno a sus ancas peludas, mientras los tres humanos navegaban a remo por un fértil pantano verde, en busca de patos. Incluso había un mandril dormido a los pies del diván, sobre el que caía un sol débil enviando sus primeros rayos a despertar a los dos durmientes. Entre los frisos y los placeres de la existencia terrena de aquella familia, se veían jeroglíficos negros que exhortaban a los dioses a recibir en el paraíso a sus adoradores, otorgándoles todas las bendiciones y las recompensas de la vida siguiente, y les rogaban que custodiaran la tumba. Hori dijo algo a Penbuy, mientras el escriba empezaba a copiar las inscripciones que tenía a la vista, y luego se acercó a su padre.

–¿No notas algo extraño en todas estas pinturas? –comentó.

Khaemuast le miró.

–¿Los mandriles?

Hori negó con la cabeza.

–No me refiero a los mandriles, aunque en verdad son extraordinarios. El hombre que yace en la otra cámara debe de haber sido muy devoto de Thot. No, me refiero al agua. Mira bien.

Khaemuast lo hizo y se sintió intrigado. Dondequiera que aparecían el hombre, su esposa y su hijo, tenían los pies sumergidos en agua. A veces se ondulaba en unas pequeñas olas blancas. Otras veces fluía sobre varios peces diferentes; en una figura llenaba cuencos en los que aquellos personajes estaban sumergidos hasta los tobillos; todo lo que hacían, lo hacían metidos en agua.

–Estas personas deben haber amado apasionadamente el Nilo, puesto que decoraron su tumba con tantas bendiciones tuyas –susurró. El comentario corrió con un pequeño eco por la habitación–. Y hay algo más, Hori. Creo que este hombre era médico, como yo. Mira. –Señaló varios instrumentos quirúrgicos que aparecían pintados junto a un largo panel de jeroglíficos–. Esa inscripción es una receta para la indomitable plaga de AAA y aquello un catálogo de hechizos para dominar a los demonios de las enfermedades.

Vagaron juntos observando los muros, mientras Penbuy los seguía con más lentitud, haciendo trabajar su estilo. De pronto, Khaemuast se detuvo con un grito de satisfacción. En un nicho alto, justo frente a la puerta entornada que conducía a la cámara mortuoria, se erguían dos estatuas. La mujer era alta y agraciada, y sus ojos sonreían a los de Khaemuast bajo la peluca de granito, corta y anticuada, y la cinta azul pintada en torno a su cabeza. Un brazo le pendía al costado y con el otro abrazaba la cintura de su esposo, un hombre delgado y también sonriente, de cara cuadrada y expresión mansa, vestido sólo con una faldilla corta y unas sandalias. Extendía una pierna como para dar un paso y en una mano sostenía un rollo de piedra. Como en el resto de la tumba, el trabajo artístico era de una calidad que Khaemuast rara vez había visto. Los ojos de las estatuas relumbraban oscuramente. Las joyas que rodeaban el cuello de la mujer habían sido destacadas en azul y rojo, y las borlas de su vestido brillaban con pintura dorada. Khaemuast se inclinó hacia el plinto y al cabo de un momento dijo:

–Bueno, hemos hallado a una princesa y, presumiblemente, a un príncipe, aunque no logro leer su nombre.

Donde debería hallarse está raspada la piedra.

Los dedos de Hori rozaron el sitio dañado.

–Esto no es obra de vándalos –dijo al fin–. Creo que el plinto fue dañado cuando lo instalaron aquí y los obreros no tuvieron tiempo de repararlo. –Se incorporó–. De cualquier modo, su nombre estará en el ataúd.

–Estoy de acuerdo –afirmó Khaemuast–. La princesa tiene un nombre llamativo: Ahura. Muy poco corriente. Bien, Hori, ¿podemos fechar este hallazgo?

El muchacho soltó la risa. Su carcajada rebotó contra los muros y las sombras parecieron estremecerse con su potencia. Uno de los sirvientes gritó de miedo. Khaemuast, olvidando su momentánea concentración, deseó cerrarle la boca con una mano.

–¿Por qué me lo preguntas? –rió Hori–. Apenas puedo ayudarte, oh, sabio. Creo que fechar será casi imposible. Los muebles son severos y sencillos. Pueden corresponder a la época de las Grandes Pirámides, pero el decorado se parece mucho a los embellecimientos que se hacían durante el reinado de mi bisabuelo Seti. Los sarcófagos pueden darnos más datos.

Khaemuast no quería pasar a la otra habitación y tampoco los sirvientes, que permanecían en silencio, formando un apretado grupo. Penbuy estaba absorto en su trabajo.

–La estatua del príncipe tiene un pergamino en la mano –comentó Khaemuast a su hijo. Parece el símbolo de la autoridad faraónica. Eso es muy extraño, e incluso podría ser considerado blasfemo, puesto que sólo los reyes pueden ser representados con el símbolo del poder seglar.

Pero Hori, con un sencillo ademán de asentimiento, hizo señas a los sirvientes para que entraran en la cámara funeraria. Ellos se resistían, con los ojos dilatados, pálidos a la luz de las antorchas que portaban. Khaemuast se acercó a ellos, preguntándose si su expresión delataría también aquella tensión nerviosa.

–Todo está bien –les dijo, con amabilidad–. ¿Acaso no soy el mago más grande de Egipto? ¿No es mi poder mayor que los poderes de los muertos? Dadme una antorcha.

Arrebató una de una mano temblorosa y, haciendo un violento esfuerzo, pasó al otro cuarto.

La antorcha estuvo a punto de escapársele de las manos y tuvo que sofocar un grito. Exactamente frente a él, enorme, tal como la llama lo revelaba, se erguía Thot en persona, con el pico de ibis curvado hacia Khaemuast y sus sabios ojos de pájaro centelleando. En la mano derecha sostenía un estilo y en la izquierda, una paleta de escriba. La estatua entera, de tamaño natural, resplandecía como dotada de vida. A medida que su pulso volvía a la normalidad, cayó en la cuenta de que estaba revestida de oro.

–Thot –susurró.

Y se adelantó hacia el dios para prosternarse y besar sus brillantes pies. Detrás de él, Hori hizo lo mismo, sobrecogido. Los sirvientes permanecían de pie a la entrada, momentáneamente olvidado su miedo.

Khaemuast se levantó después estremeciéndose. Entonces vio las cubiertas de los ataúdes. Estaban apoyadas contra la pared encalada, a cada lado del dios, y eran dos grandes losas de cuarcita maciza, pálidamente pulida. El príncipe las miró estúpidamente.

–¡Pero esto no es posible! –barbotó–. Aquí no ha entrado ningún ladrón. ¿Porqué quiso el príncipe yacer descubierto?

–Tal vez no esté ahí siquiera.

La voz de Hori había caído sin matices sobre el diminuto recinto y padre e hijo se volvieron al unísono. Al hacerlo, Khaemuast experimentó una oleada del miedo que había empezado a acecharle en el momento en que vio el montón de arena húmeda dejado por sus trabajadores y la ominosa abertura. Se le humedecieron las manos y tuvo que sujetar mejor la antorcha.

–No –susurró–. Está aquí. Aquí están los dos.

Los sarcófagos yacían el uno junto al otro sobre sus bases de piedra. La luz de las antorchas jugaba sobre ellos, formando densas sombras en el interior. Hori había perdido su buen humor y se acercó discretamente a su padre. Khaemuast tuvo que hacer una vez más un esfuerzo de voluntad para avanzar.

"¿Qué me pasa?", pensó, enojado. "He contemplado a los muertos más de cien veces. Después de todo, soy sacerdote y médico. No, es la magia malévol que percibo aquí lo que me está congelando así la sangre. ¿Por qué, en el nombre de Amón, están abiertos estos ataúdes?"

El primer cadáver vendado yacía con el brazo derecho al costado y el izquierdo cruzado sobre el pecho. Era una mujer: la princesa Ahura. Khaemuast la contempló durante largo rato. Bajo aquellos vendajes polvorientos, ahora pardos por las sales de embalsamamiento que habían sorbido la humedad del cuerpo, se advertían las formas de muchos amuletos. Los contó mentalmente: algunos habrían sido puestos sobre la misma piel, pero reconoció la Hebilla de la Faja de Isis, que protegía al difunto de cualquier abominación; en el cuello, el Amuleto de Tet, la columna de Osiris que daba al cadáver el poder de reconstituirse en cuerpo y espíritu en el mundo siguiente. Debajo de aquellos bultos familiares yacía un enorme Amuleto del Cuello, una placa de oro y turquesa que cubría el pecho marchito y centelleaba provocativamente. Khaemuast se estremeció. El Amuleto del Cuello otorgaba a quien lo usaba el poder de liberarse de los vendajes funerarios que le mantenían cautivo.

–Es hermoso –susurró Hori, a su lado.

Su padre asintió, apretando los labios, y pasó tímidamente al segundo ataúd. Algunos de sus temores se evaporaban ante los misterios que habían encontrado. El príncipe yacía con ambos brazos a los costados, en la posición masculina, y estaba vendado con tanta sencillez como su esposa. Su Amuleto del Cuello hacia juego con el de ella: oro y turquesa. Al principio, Khaemuast no vio el objeto que tenía en la mano derecha, pero luego se inclinó un poco más y lanzó una exclamación de sorpresa.

–¡Hori! Aquí hay un pergamino –dijo.

Se acercó al borde del sarcófago y lo tocó con suavidad. Se resistía a sus dedos y estaba bastante seco. Lo empujó con más fuerza y la mano del cadáver se estremeció

–No está en el puño del príncipe –observó Hori–. Ha sido bien vendado.

–No. Creo que el rollo ha sido cosido a él. Mira cómo se mueve la mano cuando tiro de él.

Se incorporaron y se miraron fijamente.

–Qué dilema –murmuró Hori–. Una cosa es retirar pergaminos de una tumba y reponerlos después, y otra... ¿Estás dispuesto a cortarlo de esa mano, padre? Nunca hemos quitado nada de un ataúd, sólo de las cajas que estaban en las antecámaras.

–Lo sé –espetó Khaemuast, malhumorado. La familiar ansiedad empezaba a despertarse ya. Echó otra mirada al rollo de papiro y a la mano que se curvaba a su alrededor–. Si los ataúdes tuvieran los decorados y las inscripciones de los hechizos de rigor, quizá hubiéramos hallado alguna explicación, pero están completamente desnudos. Ni siquiera tienen los Ojos que permiten a los cadáveres mirar hacia la habitación. ¿Qué podía ser tan importante para que el príncipe se lo hiciera coser?

–Esto es serio. –Penbuy se había acercado por detrás y contemplaba el ataúd, con la paleta bajo el brazo–. Las inscripciones no me revelan nada, ni sobre los mandriles ni sobre el agua que aparece por doquier. ¿Y dónde está el joven príncipe, Alteza? ¿Murió acaso en otro sitio y, por lo tanto, fue sepultado en otro lugar? –Hizo una pausa y, como no recibió respuesta, prosiguió–: Te someto humildemente mis dudas, príncipe. Cierra esta tumba y deja a los muertos en paz. No cojas ese pergamino. No me gusta este aire.

Khaemuast sabía que su escriba no se refería al olor a moho. Tampoco a él le agradaba el aire, pero bajo su malestar y su inquietud le apremiaba la ansiedad. Un precioso pergamino, tan precioso que el príncipe había dado órdenes de que le sepultaran con él. Un gran misterio entre otros menores. En sus excavaciones había encontrado muchos rollos, habitualmente abandonados por los ladrones, pues sólo tenían valor para un erudito. Eran las

narraciones o poemas que los difuntos habían preferido envidia y de los que deseaban seguir disfrutando a los pies de Osiris. A veces eran orgullosas lecciones, dominadas en la juventud y amorosamente preservadas. Otras veces, referencias jactanciosas: listas de objetos valiosos acumulados por algún noble, los presentes que había entregado a algún faraón en la celebración del Año Nuevo o el número de esclavos que había traído de sus campañas militares.

Pero esto... Khaemuast acarició pensativamente el pergamino. Aquello pertenecía al reino de lo urgente, lo sagrado, algo de vital importancia para el príncipe cuyos quebradizos huesos lo agarraban tan posesivamente. "Al menos, me merezco echarle un vistazo", pensó Khaemuast, en un arrebatado de rebelión contra su innata virtud. "Honro a los muertos con mis restauraciones. Que este muerto me honre a mí, por una vez, en mi búsqueda de conocimientos."

—El templo de Osiris Neuser—Ré espera tu experta mano—intervino Penbuy, esperanzado—. Sin duda no deseas enfadarle, Alteza.

Khaemuast no prestó atención a la torpe súplica de su escriba.

—Hori, dame un cuchillo—ordenó.

Se produjo un susurro entre los sirvientes apretados a la puerta. Hori sacó una corta hoja de cobre de su cinturón y la entregó a su padre. Khaemuast se agachó. Vaciló por un momento, con la vista fija en el rostro del príncipe, pensando en los amuletos que él mismo llevaba: el Ojo de Horus para la felicidad y el vigor, que le colgaba del pecho, y el Amuleto de la Hebilla de Isis, que pendía entre sus omóplatos para protegerle de los ataques demoniacos por la espalda. Al fin, conteniendo el aliento, alargó la mano hacia el interior del ataúd y, tomando el rollo con cuidado, tiró de él hasta

ver las puntadas que lo adherían a la mano. La hoja de cobre era muy afilada. Khaemuast cortó uno a uno los hilos, maravillándose de que se conservaran tan fuertes. La mano se movía, tiesa. Penbuy había retrocedido, pero Hori observaba con atención la actuación de su padre.

Con un suspiro de satisfacción, Khaemuast retiró su presa. No era muy gruesa. Se la entregó a Penbuy.

—Envuélvelo cuidadosamente en un lino y llévalo tú mismo a casa, Penbuy. No lo entregues a ninguno de tus ayudantes. Ponlo en mi escritorio, en el despacho, y di a quien custodie hoy la puerta que nadie debe acercarse a él. Cuando lo haya leído, podrás copiarlo y después volveré a ponerlo en su sitio.

"A menos que sea muy valioso", añadió mentalmente, "en ese caso, lo guardaré para colocarlo en mi biblioteca, o quizá lo done a la Casa de los Libros de Pi—Ramsés." De cualquier modo, ese príncipe ya no lo necesitaba.

—No estoy de acuerdo—manifestó Penbuy, sinceramente, cogiendo el rollo con disgusto.

Khaemuast se volvió en redondo.

—¡Tu aprobación o desaprobación nada me importan!—exclamó, con frialdad—. Eres sólo mi sirviente. Recuerda eso, Penbuy, si no quieres perder tu puesto en mi casa.

Penbuy palideció y abandonó el cuarto con una reverencia sin pronunciar una palabra más. Hori tenía una expresión solemne.

—Has sido un poco duro con él, ¿no te parece, padre?—protestó.

Khaemuast le fulminó con la mirada.

—Eso no es asunto tuyo, Hori—fue cuanto dijo.

Sintieron una fuerte impresión al salir a la roja inundación del crepúsculo. Al pie de la escalera, Khaemuast y Hori aspiraron a bocanadas el puro aire del desierto con agradecimiento. La brisa vespertina se movía, cálida y reconfortante, sacudiéndoles las mugrientas faldillas y secándoles el sudor frío del cuerpo. Hori habló por los dos cuando exclamó:

—¡Qué bella es la vida! Todavía no estoy dispuesto a yacer en mi tumba, padre, en la fría oscuridad. ¡Egipto es demasiado hermoso!

—Nadie está dispuesto nunca—respondió Khaemuast, lentamente. Se sentía mareado, desconcertado, como si hubiera pasado un siglo entero y no una sola tarde en el interior de aquella tumba—. Terminemos la comida y la cerveza que haya, Hori, mientras recogen las tiendas. Después nos marcharemos a casa, a hacer las paces con tu madre y con Sheritra. —Se alejaron de las sombras que se acumulaban en el agujero abierto a sus espaldas—. ¡Ib! —llamó el príncipe a su sirviente—. Deja que tu ayudante se encargue de organizar esto. Tú ve a casa y di a Atiiek que quiero que dos soldados custodien este lugar. Me quedaré aquí hasta que lleguen.

Hori le miró con curiosidad.

—¿Dos soldados, padre?—preguntó, mientras se dejaban caer en las sillas, al lado de la mesa—. De ordinario no te molestas en poner soldados, te basta con un par de trabajadores.

—Pero esa tumba permanece todavía intacta—señaló su padre—. No hemos examinado los arcones ni las cajas. ¿Quién sabe qué riquezas pueden contener? Las dejaremos ahí, pero si corre la noticia de nuestro hallazgo, habrá muchos desaprensivos que intentarán entrar para robar. Es mejor que los hombres de Amek monten guardia con espadas y puñales.

Pero no eran los ladrones los que le hacían temer. No, en absoluto. Bebió la cerveza puesta ante él, contemplando las sombras de la noche escurrirse por el desierto, y rogó que los hombres de Amek se dieran prisa.

Ya había caído la noche cuando él y Hori descendieron de sus literas para entrar en la casa. Khaemuast lo hizo con gran alivio. El parloteo y los pasos ligeros de sus sirvientes, el aroma de la cena, el suave parpadeo de las lámparas que se iban encendiendo, todo venía a devolverle una sensación de seguridad y normalidad. Hori se alejó hacia sus habitaciones. Cuando Khaemuast entraba en su comedor privado, donde ya le esperaba Nubnofret, entraron también Sheritra y Bakmut. La criada se retiró hacia el muro, esperando la ocasión de servir a su ama. Sheritra abrazó a su padre.



–Vuelves a tiempo para contarme un cuento –dijo–. Esta noche lo harás, ¿no? ¡Qué sucio estás!

Khaemuast, de buen humor, le devolvió el abrazo y, tras dar un beso a Nubnofret, se acercó a su mesa baja y pidió agua para lavarse las manos.

–No he tenido tiempo de cambiarme la ropa –se disculpó ante su esposa–. No quería retrasar la cena haciéndolo.

Ella no parecía enojada.

–He tenido mucho que hacer mientras no estabas –se limitó a decir–. ¿Has encontrado algo interesante, Khaemuast?

Hori entró en ese momento y Khaemuast indicó por señas que se sirviera la comida. Se entabló una conversación generalizada. Los músicos de la familia, arpista y ejecutante de laúd y tambor, acompañaban los vaivenes de la charla. En realidad, Nubnofret no deseaba una respuesta a su pregunta y para Khaemuast fue un alivio que no insistiera en ello. Temía que Hori pudiera revelar algo de lo que su padre había hecho, pero los dos jóvenes, cuyas mesas se tocaban, estaban enzarzados en una discusión sobre asuntos suyos.

El príncipe se sentía hambriento, pero descubrió que no podía comer. A medida que se acentuaba la noche, un viento dulce empezó a soplar por las ventanas, cuyas esterillas de lino aún estaban levantadas. Los pensamientos de Khaemuast giraban alrededor del pergamino, que en ese momento le esperaba en su escritorio. Con un esfuerzo, trató de concentrarse en las palabras de Nubnofret.

–Mientras estabas ausente, ha venido tu hermano Si–Montu –decía, extendiendo sus amplios brazos sobre la mesa cogiendo con sus manos enojadas una taza de vino–. Fue una desilusión para él saber que no estabas. Le serví cerveza con tortas de miel y luego se fue.

Khaemuast contuvo un suspiro. Sabía que ella no sentía aprecio por Si–Montu, pues le consideraba vocinglero y tosco; pero lo que verdaderamente criticaba era que se hubiera casado con una mujer inferior a él.

–¿Qué deseaba? –preguntó, con suavidad–. Espero que le hayas recibido cordialmente, Nubnofret.

Hubo un pequeño silencio. Nubnofret se quitó los anillos y los examinó un momento antes de volver a ponérselos, con ademanes deliberadamente lentos. Hori pidió más pan.

–No soy grosera, Khaemuast –reprochó ella–. Tu hermano quería pasar la tarde contigo, bebiendo en el jardín. Eso era todo.

Khaemuast sintió un extraño impulso de rebeldía.

–Aunque se haya casado con la hija de un capitán de la marina siria, eliminándose así de la línea de sucesión al trono –manifestó, sin alzar la voz–, es un hombre bueno y honrado, al que yo estimo. Habría disfrutado con su compañía.

–Me gusta tío Si–Montu –interrumpió la voz ligera de Sheritra, con un tono desafiante poco habitual en ella. Miraba directamente a su madre, ruborizada y manoseando sus lienzos–. Cuando viene me trae siempre algo curioso y me habla como si yo fuera una persona más o menos inteligente. Ben–Anath es hermosa y tan tímida como yo. La historia de sus amores y de ese casamiento contra la voluntad del abuelo me parece una maravilla.

–Bueno, querida mía, si quieres que alguien se enamore de ti, tendrás que hacer algo tú misma –replicó Nubnofret, con crueldad, pero interpretando correctamente los anhelos de su hija–. A los hombres no les atraen las mujeres feas, por muy inteligentes que sean.

Sheritra, más ruborizada aún, buscó la mano de Hori y bajó la vista. Khaemuast efectuó una señal y los sirvientes comenzaron a retirar los restos de la comida.

–Cuando te retires envíame a Bakmut –dijo a su hija–; iré a tu cuarto para conversar contigo. ¿Por qué no vas con Hori a dar un paseo por el jardín?

–Gracias, padre –replicó la jovencita. Al levantarse, sin soltar la mano de Hori, se volvió hacia Nubnofret–. Perdona que te haya disgustado otra vez, madre –dijo, tensa–. Si lo prefieres, mañana comeré sola en mi cuarto, para no perturbar tu digestión.

Y desapareció con Hori, antes de que su madre pudiera hacer ningún comentario. Khaemuast sonrió para sus adentros, pese a la solidaridad que sentía. En Sheritra había una vena de terquedad, se las había arreglado para decir la última palabra. De cualquier modo, debía reprender a Nubnofret.

–Si no puedes aceptar a Sheritra tal como es –dijo, fríamente–, quizá la envíe un tiempo a nuestra finca de Ninsu. La haces sufrir más de lo que puede admitir. En el Fayum estará cerca del harén del faraón, donde sin duda habrá mujeres más comprensivas que su propia madre. Sunero es un buen empleado y su familia se sentirá encantada de alojar a Sheritra durante un tiempo.

Nubnofret encorvó los hombros.

–Lo siento, hermano mío –dijo–. Algo en ella provoca mi ira, por mucho que me esfuerce en disimularlo. Quiero que sea hermosa, que tenga muchos pretendientes..... –Descargó las palmas de las manos contra la mesa y se levantó, acomodando alrededor de su cuerpo sus vaporosos lienzos amarillos–. Aunque Si–Montu no me guste por sus modales toscos, estoy de acuerdo con mi hija, su romance con Ben–Anath hace palpar también mi corazón. ¿Pero por qué no puedo reconocer nunca que estamos de acuerdo?

Vacilaba. Khaemuast tuvo la impresión de que deseaba arrodillarse y abrazarle, pero ella se limitó a sonreír vagamente. Luego chasqueó los dedos para llamar la atención de una joven criada, que acababa de dejar caer algunos mendrugos, y salió de la habitación.

Khaemuast permaneció un rato más en su asiento, sin notar que los músicos habían dejado de tocar y esperaban que los despidiera. "No examinaré ese pergamino mientras no haya visitado a Sheritra", pensó. "No quiero iniciar una investigación que será penosa, sin duda, para que me interrumpan enseguida. Tal vez lo mejor sea dar un paseo alrededor de la fuente y echar un vistazo a los mensajes que me han enviado desde el Delta. Ya no tiene sentido que me bañe." Se levantó. El arpista emitió una tos discreta y Khaemuast, sobresaltado, los autorizó a irse. Luego cruzó el salón de recepciones para salir al jardín, pero sus pies, por alguna razón, le llevaron a la puerta lateral, al pasillo que corría por detrás de las habitaciones principales en dirección a los dormitorios. Desde allí pasó a sus propias habitaciones.

El rollo era lo único que ocupaba la lustrosa superficie del escritorio, a una segura distancia de la lámpara de alabastro con la que Khaemuast solía iluminar su trabajo nocturno. Penbuy era atento y minucioso. A una palabra suya, el guardia cerró la puerta y Khaemuast quedó a solas con su trabajo.

Se acercó al escritorio con los brazos cruzados y se detuvo. Luego empezó a pasearse alrededor, sin apartar la vista de aquel delicado objeto, envuelto en un límpido hilo blanco. ¿Se desenrollaría con facilidad o se quebraría cuando él tratara de aplanarlo? Le escocían los dedos y, sin embargo, experimentaba cierta renuencia, como si rechazara lo que podía suceder en el momento de sentarse y tocarlo. La noche era serena. Alguna carcajada llegaba de vez en cuando hasta él, muy leve, desde el jardín de su vecino, que presumiblemente tenía invitados. Una minúscula impureza en el aceite de la lámpara más grande, instalada con su pie en el rincón opuesto, hizo que la llama crepitara antes de volver a estabilizarse. "Si continúo esperando, estaré aquí hasta el amanecer", se dijo Khaemuast, irritado. "¡Siéntate, tonto!" Pero tardó algunos segundos más, combatiendo el temor a llevarse una desilusión si el contenido del rollo resultaba algo frívolo y superficial y combatiendo el temor a otra cosa, algo innombrable. Por fin apartó la silla y retiró la envoltura protectora que había dispuesto Penbuy.

Una vez más, le impresionó el prístino aspecto del rollo. No presentaba marcas del paso del tiempo o del polvo. Obviamente, había sido manejado con una cautela ejemplar, tanto por el príncipe mismo como por sus embalsamadores. Khaemuast tocó con la misma reverencia y lo abrió poco a poco. El pergamino cedió con docilidad sin dar muestras de resquebrajarse. En realidad, Khaemuast llegó al final inesperadamente y lo soltó. Lo vio enrollarse solo otra vez conteniendo la respiración, temeroso de que su error pudiera acarrearle la pérdida de su contenido. Pero el pergamino hizo otra cosa que susurrar en el escritorio y permanecer inmóvil.

"¡Qué breve!", pensó Khaemuast. "¡Y qué negra se mantiene la escritura!" Aproximó la lámpara un poco más. "Necesitaré a Penbuy y una paleta para que anote mi lectura. Mañana le haré venir. Esta noche sólo quiero leerlo."

Empezó a desenrollarlo otra vez, con ambas manos bajo los caracteres renegridos y pronto quedó desconcertado. Los jeroglíficos no se parecían a nada que él hubiera visto antes. Parecían ser antecedentes primitivos de la actual escritura egipcia, pero tan antiguos que su vaga familiaridad resultaba engañosa. El texto se dividía en mitades. Después de estudiar la primera, se levantó para traer de su biblioteca una pateta, estilo y tinta y con gran atención copió los caracteres uno a uno, anotando abajo su posible significado. La tarea era trabajosa y se fue concentrando en ella hasta perder la conciencia del cuarto, su gesto adusto e incluso la existencia de su cuerpo, llevaba mucho tiempo sin enfrentarse a un desafío como aquél y el entusiasmo corría por su cuerpo como un buen vino.

Alguien golpeó a la puerta, pero él no lo oyó. Cuando se repitió la llamada, gritó sin levantar la cabeza:

– ¡Vete!

Bakmut abrió con una reverencia.

–Te pido mil disculpas, príncipe –dijo–, pero la princesa está ya acostada y ruega que vayas a darle las buenas noches.

Khaemuast echó un vistazo sorprendido a la clepsidra que tenía junto a su asiento. Mostraba que habían pasado dos horas desde que había iniciado el trabajo.

–Ahora no puedo, Bakmut –replicó–. Estaré allí dentro de media hora. Di a Sheritra que me espere.

Bakmut hizo otra reverencia y se retiró. La puerta se cerró con un chasquido, pero Khaemuast no lo percibió. Ya había bajado la cabeza.

Pronto tuvo varias frases resueltas, pero su significado se le escapaba todavía. Un jeroglífico podía representar la sílaba de una palabra o una palabra en sí, y hasta un concepto entero reducido a ese símbolo; en cuanto a los signos en sí, aunque superficialmente reconocibles, resultaban ambiguos. Jugó con combinaciones, cubriendo papiro puesto en su paleta con su propia escritura, fina y firme, pero, tras haber agotado todas las posibilidades, seguía sin tener idea de lo que se hallaba ante su vista.

Empezó a susurrar las palabras, señalándolas mientras tanto con el extremo estilo, pensando que podía tratarse de asirio antiguo, a juzgar por el sentido que encontraba. Lo que sí tenían era una cadencia familiar, desconcertante. Empezó otra vez, esta vez casi canturreándolas. Decididamente, las frases poseían un ritmo. Había hecho todo lo posible en la primera parte del rollo, hasta el sitio en que se veía un espacio en blanco, antes de que la fina inscripción negra volviera a comenzar.

Dejó de canturrear y se le ocurrió de pronto que el ritmo le resultaba familiar porque las palabras eran partes constitutivas de un hechizo; como los magos sabían, los encantamientos tienen, al ser pronunciados, una cadencia especial de la que la poesía carece. "He estado cantando un hechizo de algún tipo", pensó, reclinándose en el asiento con un escalofrío de aprensión. "Ha sido una estupidez por mi parte dar voz y, por tanto poder a algo que no comprendo. No tengo ni idea de lo que acaba de surgir de mi boca."

Aguardó un momento hasta dominarse por completo, recorriendo con la vista la habitación silenciosa. La pequeña lámpara de su escritorio parpadeaba, con el aceite ya casi agotado. La más grande emitía aún hacia arriba una

llama estable, pero no lo haría mucho tiempo si no la espabilaba. El profundo y apacible silencio de la noche se había vuelto más denso en toda la casa. Khaemuast consultó la clepsidra una vez más y quedó espantado: faltaban tres horas para el amanecer.

Envolvió apresuradamente el pergamino en el paño limpio y salió deprisa, apretando el paso para llegar a las habitaciones de Sheritra. La puerta estaba entreabierta y dentro ardía todavía una lámpara, arrojando una pálida luz al corredor. Khaemuast abrió del todo la puerta. Bakmut se había quedado dormida esperándole, en un almohadón colocado junto al umbral. Pasó por su lado para entrar en el cuarto interior. Sheritra dormía acurrucada entre un montón de sábanas desordenadas, respirando pausadamente. El rollo que había estado leyendo mientras le esperaba yacía en el suelo.

Khaemuast la observó, avergonzado. "Es la segunda vez que te fallo, mi Pequeño Sol", pensó, con tristeza. "Pese a toda mi cháchara, no soy mucho mejor que tu madre. Lo lamento mucho."

Volvió a su despacho. El pergamino estaba aún donde lo había dejado: un inocuo cilindro amarillento entre los restos de sus intentos de traducción. Nada en el cuarto había cambiado. "Bueno, cualesquiera que hayan sido los hechizos que he entonado inadvertidamente, no han tenido efecto en mí ni en mi entorno", se dijo con alivio.

"Probablemente se tratará sólo de una receta para aliviar el constipado, cosida a la mano de un hombre que padeció ese trastorno durante toda su vida y temía seguir sufriendolo en el mundo venidero, si no llevaba consigo esa preciosa panacea." Khaemuast sonrió para sí, pero el mudo chiste no alteró la sensación depresiva y culpable que le colgaba como un peso del corazón. "Soy el más grande historiador de Egipto", pensó, más sereno. "Si no soy capaz de traducir ese rollo, no habrá nadie que pueda. De nada serviría mostrarlo a ninguno de mis colegas, pues ninguno tiene más conocimientos que yo. Además. . ."

Recogió el pergamino para llevarlo a la biblioteca, cogiendo también la lámpara. "Además, querían saber dónde lo conseguí. Penbuy estaba en lo cierto: soy un ladrón, aunque bienintencionado. Haré que lo copie cuanto antes para volver a coserlo a los dedos del príncipe y postergaré la traducción de la otra mitad hasta que la copia haya sido hecha. Estoy demasiado exhausto y frustrado como para intentarlo ahora." "¿Y demasiado temeroso?", se burló su mente, mientras él cerraba el arcón donde había guardado el rollo. "Has tenido suerte. ¡Cantar un hechizo que no comprendías! La otra mitad podría llamar a un demonio o provocar una muerte en la familia, si volvieras a cometer una estupidez semejante."

Necesitaba desesperadamente dormir, pero le quedaba todavía algo por hacer antes de tenderse en su diván para buscar refugio en la inconsciencia. El encantamiento que había entonado le asediaba por lo desconocido de sus consecuencias, necesitaba protegerse de cualquier daño que hubiera podido hacer. Cerró con llave la puerta de la biblioteca a su espalda y abrió el arcón donde guardaba sus medicinas. Estaba lleno de cajas y frascos cuidadosamente rotulados. Tomó una caja y sacó de ella un escarabajo seco. Los escarabajos oscuros eran útiles para ciertas enfermedades comunes, por lo que tenía docenas de ellos guardados allí, pero para su objetivo de aquella noche necesitaba el iridiscente escarabajo dorado que reflejaba la luz en la palma de su mano.

Cogió un cuchillo para retirar, con suavidad, la cabeza y las alas, y luego depositó el cuerpo en una pequeña urna de cobre. Con torpeza, pues de ordinario contaba con un ayudante para aquellas tareas, encendió un trozo de carbón en la parrilla portátil y cubrió el cadáver disecado con un poco de agua de la jarra que Ib mantenía siempre llena. Cuando rompió a hervir, sacó de otro arcón un pequeño frasco sellado y rompió con disgusto su duro lacre rojo, pues el aceite de la serpiente apnent era carísimo y muy difícil de conseguir.

Depositó en una taza de alabastro las alas y la cabeza, y luego, murmurando los encantamientos requeridos, los cubrió con el aceite. El agua ya estaba hirviendo. Durante unos instantes, observó el cuerpo del insecto, casi sin peso, agitarse en el agua. Luego, lo retiró con un par de pinzas, mientras sus labios recitaban la continuación del hechizo, y lo depositó en un baño de aceite de oliva. Con cuidado, volcó el agua sobre el carbón, que siseó despidiendo vapor. Por la mañana completaría el hechizo para alejar cualquier brujería o encantamiento maligno, combinando los dos aceites con su contenido, para beber la mezcla resultante. Su ansiedad era tal que hubiera deseado hacerlo de inmediato, pero las partes del escarabajo debían macerarse durante un determinado número de horas antes de ser ingeridas, a fin de que proporcionasen la protección necesaria.

Para entonces Khaemuast estaba tan fatigado que, al echar la llave a los arcones y la puerta de la biblioteca, se sentía como flotando. Llegó a sus habitaciones casi tambaleándose. Todo estaba oscuro. El esclavo de la noche debía de estar tendido dentro, junto a la puerta, sobre una esterilla de paja. Sin molestarse en despertarle, buscó a tientas su diván, se quitó la faldilla y las sandalias y se derrumbó entre las sábanas, que olían vagamente al agua de loto con que las enjuagaban. Se durmió de inmediato. Por la mañana, después de las abluciones, las plegarias y el desayuno, tomado en la bendita intimidad de sus habitaciones, volvió a la biblioteca. Allí tomó más carbón para encender nuevamente una pequeña fogata y, continuando de memoria el encantamiento iniciado la noche anterior, vertió el cuerpo del escarabajo, con su baño de aceite, en la taza que contenía la cabeza y las alas. Ya no se sentía perseguido ni temeroso. Luego puso la taza sobre las brasas y aguardó a que los aceites hirvieran. Sabía que, para que el hechizo alcanzara su máximo poder de protección, debía abstenerse de mantener relaciones sexuales durante siete días. La práctica de la magia requería frecuentemente sacrificios de aquel tipo, que resultaban molestos para muchos de sus colegas. Pero una semana sin sexo importaba muy poco a Khaemuast.

Los aceites hervían ya y despedían al aire el aroma levemente amargo de la serpiente apnent. Utilizó las pinzas para retirar la taza y la dejó en el antepecho de una ventana, para que se enfriara un poco, mientras las brasas se consumían. El preparado debía ser bebido muy caliente; era preciso vigilarlo para que no perdiera demasiado calor.

Después de entonar en voz alta el resto del hechizo, tomó la taza y bebió deprisa, dejando que el cuerpo del escarabajo, ya pesado, se le deslizara con el aceite por la garganta. "Ya he deshecho mi tontería de anoche", pensó, con el corazón aligerado. Volvió a su despacho para recoger la pila de papiros en los que había estado trabajando. "Penbuy puede encargarse de archivar estos garabatos con su copia del rollo, pero no cederé en mis intentos de traducirlo. Hasta ahora no me ha derrotado ningún escrito antiguo y éste no será la excepción."

—¡Penbuy! —llamó, sabiendo que su escriba estaría ya aguardando ante la puerta para llevar a cabo la tarea del día—. Puedes pasar. ¿Qué cartas han llegado del Delta?

Cuando hubo terminado de dictar las respuestas necesarias, Khaemuast recordó que debía disculparse con su hija y fue a buscarla. La encontró en la pequeña antecámara que conducía a la entrada trasera de la casa, observando a la serpiente doméstica, que estaba bebiendo la leche que le dejaban siempre allí. Le saludó con una sonrisa.

—Creo que está agradecida —comentó—. Cuando acaba, hace una pausa y mira a su alrededor, a ver si hay alguien cerca. De lo contrario, se limita a alejarse. Lo sé porque a veces me escondo para observarla.

Khaemuast la besó en la suave frente.

—Quiero disculparme por lo de anoche, Sheritra —dijo, contrito—. Me dejé absorber tanto por cierto trabajo que me olvidé completamente de ti. No soy el mejor de los padres, ¿verdad?

—Te perdono —dijo ella, con burlona solemnidad, apuntándole con un dedo—, pero para purgar esto tendrás que leerme esta noche el doble de tiempo. Oh, padre —prosiguió—, ya no soy una niña que tiene rabietas o llora hasta quedar dormida cuando la descuidan. Lo comprendo perfectamente.

"Pero a veces lloras hasta quedarte dormida", pensó él, mirándola, mientras la muchacha volvía su atención a la serpiente, que permanecía inmóvil, con el hocico sumergido en la espuma blanca. "Me lo dijo Bakmut, en uno de sus informes sobre ti. Lloras por tu propia ineptitud, enojada contigo misma. Yo también te comprendo perfectamente."

—Hoy he pensado hacer una pequeña aventura —propuso—. Tengo intenciones de escapar algunas horas y volver justo a tiempo para devorar el primer plato de la cena. ¿Quieres acompañarme?

Ella le sonrió con aire cómplice.

—Mamá quiere que le toque mis lecciones de laúd —respondió—. Si no me encuentra, mañana me dirá unas cuantas cosas. —Ahuecó los labios—. Pero ya estoy acostumbrada a eso. Me encantaría acompañarte, padre.

—Bien. Te esperaré después de la siesta, en la parte trasera del jardín.

Ella hizo un gesto afirmativo y se sentó en cuclillas, pues la serpiente acababa de levantar la cabeza y la contemplaba perezosamente, con su fija mirada negra, sin parpadeos. Khaemuast las dejó.

Poco después de la siesta, él y Sheritra subieron a sus literas en el portón del jardín y, acompañados por Amek y cuatro soldados, partieron hacia el emplazamiento de la tumba. Mientras atravesaban meciéndose los distritos del norte de la ciudad, hablaron de asuntos sin importancia, contentos con su mutua compañía, riendo a veces con aire culpable. Khaemuast se dijo que Sheritra estaba casi bonita con sus tintineantes brazaletes de coralina que ceñían la carne morena y joven de sus brazos y con las trenzas negras de su peluca que se movían contra su grácil cuello.

En poco tiempo alcanzaron la sombra gris de los datileros, cuyas diminutas frutas verdes apenas empezaban a aparecer. Luego Saqqara se abrió ante ellos, por encima de, la breve colina que aislaba a las ruinas de modo tan sublime.

Cuando descendieron junto a la tumba, Hori los vio y agitó la mano con un saludo. Khaemuast ordenó a los portadores de las literas que se refugiaron a la sombra de las sombrillas mientras él y sus hijos descendían los peldaños para entrar en la agradable penumbra de la primera cámara. Penbuy, concluidas sus tareas en el despacho, se dedicaba a copiar las inscripciones. Los artistas de Khaemuast habían instalado allí sus caballetes para reproducir las bellas pinturas que cubrían casi la totalidad de los muros. Algunos de ellos estaban sentados en el suelo arenoso ante los arcones abiertos, tomando nota de su contenido. A la puerta permanecían pacientemente tres hombres, con unos espejos de cobre inclinados en ángulo para captar la luz del sol y dirigirla hacia dentro.

Sheritra contuvo el aliento.

—¡Esto es precioso! —exclamó—. ¡Qué detalles! El abuelo debería venir a verlos.

—No haría sino recordar la torpeza de sus propios artistas —señaló Hori, acertadamente—. Pero le enviarás copias de estos trabajos, ¿verdad, padre? —Como siempre. —Khaemuast cogió a Sheritra por el codo—. ¿Quieres ver a los muertos, querida?

Sheritra no se anduvo con remilgos. Asintió de buena gana y, flanqueada por su padre y Hori, agachó la cabeza para atravesar el bajo dintel de la puerta interior.

En el interior la luz era más suave y difusa. Los dos sarcófagos eran un bulto entrevisto y Thot, una presencia oscura y autoritaria. Los tres se acercaron a los cadáveres. Sheritra, sin decir nada, se inclinó sobre cada uno de ellos para mirarlos.

—Ella es la princesa Ahura —explicó Khaemuast—. No conocemos el nombre del príncipe. Su hijo no está aquí, obviamente. Tal vez cuando hayamos terminado los trabajos poseamos más información.

—Pobrecillos —dijo Sheritra, con suavidad—. Indudablemente, ha de ser maravilloso sentirse bajo el sicomoro sagrado, con los benditos muertos en el reino de Osiris, pero por mi parte, padre, me alegro mucho de que podamos subir pronto a nuestras literas para volver a casa y disfrutar del estupendo banquete de mamá.

—¡Qué glotona eres, Sheritra! —bromeó Hori.

Ella respondió con aire ligero. Khaemuast escuchaba su parloteo sin prestar mucha atención, recorriendo con la vista cuidadosamente los cadáveres. Todo estaba igual. Hasta las hebras que habían ligado el rollo a la mano del

príncipe se rizaban como él recordaba haberlas visto el día anterior. Sintió que cierto alivio le recorría como el agua caliente, sin poder explicarlo. Se sintió feliz, joven, henchido de alegría.

—¿Cuánto falta para que termine el trabajo y podamos volver a sellar la tumba? —preguntó a Hori.

El joven reflexionó.

—No puedo asegurarlo —respondió—. Todo depende de los artistas, desde luego. Como no es necesario efectuar reparaciones, podríamos acabar muy pronto.

—Creo que deberíamos poner las tapas en los ataúdes —comentó Khaemuast, lentamente—. No es correcto que estos dos cuerpos yaczan así, expuestos al polvo; además, si alguna vez entran ladrones, las cubiertas impedirán que asalten las momias en busca de los amuletos preciosos.

Hori le miró con curiosidad. Khaemuast se preguntó si su rostro o su voz delataban algo extraño.

—Muy bien —acordó Hori—. Nos arriesgaremos considerando que no sabemos por qué no los cubrieron desde el principio. Pero como nuestras intenciones son puras, indudablemente nos absolverán de cualquier castigo por parte de los muertos.

La alegría de Khaemuast empezaba a desaparecer.

—Te dejaremos con tu trabajo —dijo al muchacho—. Recuerda a Amek que es preciso mantener esta tumba custodiada hasta que la cerremos, ¿quieres, Hori? Y asegúrate de que los fellahin reciban abundante cerveza y hortalizas. Son los que tienen el trabajo más duro. —Volvió a la luz más potente de la antecámara, y luego a la bendita luz viva del sol directo, que lanzaba sus rayos sobre los escalones de salida—. Sheritra —llamó por encima del hombro—, todavía es demasiado temprano para volver a casa. ¿Te gustaría dar un paseo por la ciudad? Podemos ver qué baratijas nuevas hay en los mercados.

—Ya que pecamos, pequemos a fondo —decidió ella.

Y caminaron juntos hacia las literas.

Después de girar hacia el norte para rodear los templos de los reyes, en el distrito de Ankh-Tawy, Khaemuast ordenó a los portadores que viraran hacia el sur, atajando camino por el borde de los suburbios, donde vivía el vulgo, y cruzando el canal que, alimentado por el Nilo, unía el templo de Hathor, al sur, con el de Ptah, al norte. Como el príncipe no se había molestado en incluir a Ramose en su cortejo, era el corpulento Amek quien advertía a la multitud, cada vez más densa, de la necesidad de abrir paso y rendir homenaje al hijo del faraón.

Pronto el ruido y la agitación del distrito de Peru-nefer comenzó a llegar hasta ellos. Las callejuelas estrechas de la Menfis costera se entrecruzaban entre sí, bordeadas de casas y tiendas de dos y tres plantas, delante de las cuales los mercaderes voceaban sus artículos en unos puestos con toldos. Pese a lo apretado de la muchedumbre, el rebuznar de asnos y los chillidos de los niños desnudos, que se revolcaban entre el polvo y la basura, Amek logró abrir un espacio reverente alrededor de sus reales amos.

Sheritra vio algo que le llamó la atención y su padre ordenó que detuvieran las literas. La vio bajar a la calle, con los ropajes desarreglados y olvidando las sandalias en el fondo del vehículo. Sheritra corrió a un puesto lleno de jarrones y extrañas cajas talladas, sin duda provenientes de Alashiua, a juzgar por las curiosas bestias marinas que en ellas se representaban. Pero una vez allí la timidez se apoderó de ella y la obligó a detenerse con los brazos cruzados y la vista fija en la mercancía. Khaemuast hizo un gesto a Amek para que se acercara a ella con discreción y le preguntase qué era lo que le interesaba. Mientras ella lo explicaba en un susurro y Amek regateaba, el príncipe contempló el río, que aparecía por un instante entre el gentío y volvía a desaparecer con el movimiento de éste.

Se estaba divirtiendo. Nubnofret se hubiera horrorizado de haber sabido que su hija se hallaba en un lugar público, entre el polvo y el estiércol, dedicada a comprar 'objetos insultantemente baratos, mientras tres hombres se tambaleaban junto a ella, ebrios, recién salidos de la invitadora fresca de una taberna.

Pronto Sheritra regresó, ciñendo entre los brazos un jarrón de un feo color verde pálido. Su rostro lucía una amplia sonrisa.

—Es horrible —dijo, sofocada—, pero me gusta. Haré que Bakmut lo llene de capullos de flores. ¿Adónde vamos ahora?

Khaemuast ordenó que las literas se encaminaran hacia la casa por la ruta del río, pero lo hizo con cierta pena. La tarde que habían pasado merecía las duras recriminaciones que Nubnofret haría llover sin duda sobre sus cabezas. El camino que corría junto al ribazo era mucho más ancho que las calles de la ciudad, por lo que podían circular en paralelo. Aún había mucha gente, pero todos se movían con rapidez y se podía avanzar más deprisa.

Apenas habían cruzado el puente del canal que conducía al embarcadero del templo de Ptah, cuando Khaemuast, que observaba perezosamente a los transeúntes, se incorporó en su asiento. Una mujer caminaba alejándose de él, levantando pequeñas nubes de polvo con sus pies descalzos. Era alta y de espalda ágil, y se movía con un balanceo de caderas que obligaba a los demás a abrirla paso. Khaemuast no podía ver su rostro. Llevaba erguida la cabeza, en la que relucía su cabello negro, y andaba sin mirar a derecha ni a izquierda. Sus brazos se mecían con desenvoltura a los lados, rozando los muslos vestidos de blanco, y en las muñecas lucían brazaletes de plata retorcida que semejabán serpientes.

—¡Fíjate en esa mujer! —le señaló Sheritra—. Qué presencia tiene, ¿verdad, padre? Su andar es casi arrogante, aunque su vestido es muy anticuado y no lleva sandalias.

—Sí, la veo —respondió Khaemuast, apretando las manos en el regazo y estirando el cuello para no perderla de vista.

En verdad, su vestido era anticuado. Seguía los contornos del cuerpo en unas curvas blancas, ciñendo la cintura desde los omóplatos hasta los flexibles tobillos. Khaemuast recorrió su cuerpo entero con la vista, reparando en

las nalgas firmes que se apretaban y se aflojaban bajo el lienzo, una y otra vez. La mujer había abierto una costura al costado del ajustado atuendo, para poder alargar el paso, y una larga pierna oscura aparecía, se estiraba perezosamente y volvía a desaparecer, sólo para volver a llenarle la vista.

–¿Crees que es peluca o su pelo natural? –preguntó Sheritra–. De cualquier modo, ya nadie usa esos peinados. A mamá no le gustaría nada.

"No, no le gustaría", pensó Khaemuast, con un nudo en la garganta. "Ese andar tiene una ferocidad controlada que despertaría en Nubnofret un inmediato antagonismo." Y gritó a sus portadores:

–¡Más deprisa! Quiero alcanzar a esa persona. Amek, adelántate corriendo y deténla.

Se preguntaba cómo era posible que la gente no la mirase con más atención. Amek forcejeó para abrirse paso entre la muchedumbre, mientras los portadores apretaban el paso, pero Khaemuast comprendió, con un vuelco en el estómago, que su capitán no podría alcanzarla. En el momento en que cobraba conciencia de que se estaba clavando las uñas en la palma de las manos, ella desapareció, tragada por la multitud.

Amek volvió a la litera.

–Lo siento, príncipe. Pese a la gracia de su andar, devora las distancias. O sea que también Amek la había observado. El amo se encogió de hombros.

–No importa –respondió–. Era sólo un capricho pasajero. Tenemos que volver a casa.

Sheritra le contemplaba, pensativa. El observó las marcas blancas que se había hecho en las manos y miró también a su hija.

–He sido más curioso que circunspecto –reconoció.

La muchacha le sonrió, reconfortándole:

–No hay culpa alguna en apreciar la belleza. Yo también me di cuenta de que era adorable.

Por una vez, la falta de autoestima que revelaba la voz de su hija no hizo sino fastidiar a Khaemuast, que gruñó. Luego dio una orden en voz alta y cerró las cortinas de su litera. Cuando llegó al portón de su casa y oyó la voz de alto de su guardián, aún tenía los ojos cerrados. En él iba creciendo una sensación de pérdida.

## CAPÍTULO 5

Oh, hombre, que cediste a tus pasiones,  
 ¿Cuál es tu estado?  
 Él grita, su voz llega a los cielos.  
 ¡Oh, luna, acúsalo de sus crímenes!

Mientras caminaba sigilosamente por la casa con Sheritra, Khaemuast oyó a sus sirvientes conversar y encender las lámparas del jardín.

–Estamos muy sucios y hedemos a feria –susurró Sheritra–. ¿Vamos a presenta nos así, pero a tiempo, o nos retrasamos y nos aseamos?

–Nos lavamos –respondió Khaemuast, con firmeza–. Para tu madre, el retraso no es un delito tan grave como la suciedad. Pero date prisa, Sheritra.

Se separaron. En las habitaciones del amo, Kasa aguardaba con los brazos cargado de toallas y lienzos limpios, y las joyas adecuadas distribuidas en el diván.

–La princesa está furiosa –dijo, en respuesta a la brusca pregunta de Khaemuast–Ha preguntado adónde habías ido. La princesa Sheritra no ha tocado hoy su laúd.

Khaemuast se dirigió a la casa de los baños, seguido por él.

–Lo sé –replicó–. Estas pequeñas escapadas mías no valen la pena, Kasa. La ira de Nubnofret es terrible cuando se desata. Lávame deprisa.

Poco tiempo después, salió de la creciente penumbra de la casa al cálido esplendor del atardecer en el jardín. Su hija estaba ya sentada allí, abrazándose las rodillas, recogidas bajo la sencilla túnica azul, con los brazos cubiertos de brazaletes de lapislázuli. Llevaba una diadema también de lapislázuli sobre la frente. No se había pintado la cara y estaba conversando con Hori, que descansaba en la hierba, a su lado, con el pelo húmedo por el baño. Khaemuast se aproximó a ellos bajo la luz suave del crepúsculo y ocupó la silla que le ofrecía un sirviente con reverencia. Apenas tuvo tiempo de saludar su hijo antes de que apareciera Nubnofret entre las columnas, seguida por un sirviente que llevaba una bandeja de bocadillos. Khaemuast tomó un diente de ajo macerado en miel, consciente de la helada expresión con que Nubnofret se dejaba caer graciosamente en la silla vecina. Sheritra estaba haciendo un animado relato de la jornada a Hori.

–¡Y vimos a una mujer extraordinaria! –contó–. ¿Verdad, padre? Algo arrogante pero desenvuelta... No sé si me entiendes.

Nubnofret clavó en su esposo una mirada interrogante y demasiado aguda. De pronto, Khaemuast se descubrió poco dispuesto a analizar a la criatura que había visto caminar delante de él, alta, ágil y con gran magnetismo, que le había dejado en la mente una diminuta herida que sangraba como el arañazo de un gato.

–No era nada vulgar, desde luego –reconoció–. ¿Cuánto va a tardar la cena, Nubnofret?

–Sólo unos pocos minutos –replicó su esposa, obviamente molesta–, pero me sorprende que después de llegar tarde quieras precipitarte sobre la comida.

Durante un rato más, la familia compartió los comentarios en el jardín, que se oscurecía rápidamente, a la vez que las luces de la casa empezaban a arrojar pálidos rayos sobre las flores aterciopeladas. Los cristalinos movimientos de la fuente se convirtieron en una cascada gris. Los peces del estanque ornamental, en el extremo opuesto, salieron a la superficie, saltando en pequeños remolinos contra los mosquitos que formaban enjambres encima de ellos; los monos se acercaron y se sentaron en cuclillas junto al grupo, extendiendo las peludas manos con los ojos fijos en la bandeja.

Por fin, Nubnofret cedió e hizo una seña a Ib, el mayordomo principal. Luego se levantó y los otros la imitaron.

"Me pregunto qué estará haciendo esa mujer esta noche." El pensamiento se presentó sin previo aviso en la mente de Khaemuast, mientras subía los pocos y anchos escalones que había entre las columnas y se encaminaba hacia los deliciosos aromas que procedían del comedor, donde los músicos habían comenzado ya a tocar. "¿Tendrá esposo? ¿Caminarán juntos por su jardín, disfrutando de la brisa nocturna? ¿Vive con sus padres, quizá, en un inescrutable retiro, despreciando a los hombres? Tal vez en este mismo instante esté sola en sus habitaciones, mientras la familia agasaja a algún pretendiente anhelante que jamás tendrá el privilegio de tocarla. No, no es una jovencita", prosiguieron sus pensamientos, mientras se acomodaba en el montón de almohadones. "Han pasado muchos pretendientes sin interesaría. Es una plebeya que conoce su valía, mayor que la de todos, y espera a que se presente un príncipe."

Nubnofret se estaba acomodando a su lado y, por un momento, Khaemuast sintió el azote de su lengua.

–Estoy acostumbrada a que me abandones en cuanta ocasión te parezca aburrida o innecesaria para las buenas relaciones de gobierno –le siseó–, pero no voy a permitir que me desautorices ante Sheritra ni que la alientes a descuidar sus tareas en esta casa. No permitiré que le presentes la falta de disciplina como algo aceptable.

Al mirar aquellos ojos feroces, él quiso explicarle que su intención había sido tratar de compensar a Sheritra por haberle fallado la noche anterior, pero no pudo hacer el esfuerzo necesario. Por el momento, no podía.

–Lo siento de verdad, Nubnofret –dijo, en voz baja–. Tienes razón, no voy a discutir contigo.

Ella acabó de sentarse, parpadeando y con una expresión más blanda. Obviamente, esperaba una réplica dura. Su esposo la besó suavemente en la mejilla, y ella de pronto le cogió la cara entre las manos y presionó con su boca plena la de él.

–Me distraes –dijo, con voz gutural–, pero, de cualquier modo, te amo.

Sabía a vino con miel. Su lengua había tocado la suya. Pese a sus intenciones de y dedicar el resto de la velada a su familia, Khaemuast descubrió que sus pensamientos no podían evitar girar en torno a la misteriosa mujer, aunque su boca hablara de cosas sin importancia. Veía elevarse sus talones y la tensión de sus pantorrillas al caminar. Veía su vestido blanco frotando la parte exterior de los muslos. "Esto es ridículo", se dijo. "Egipto está lleno de mujeres hermosas, provenientes de todos los países. Las veo cada vez que salgo de casa, entro en un templo o cruzo el palacio de Pi-Ramsés. ¿Por qué ésta?" No encontró la respuesta. Por fin, la apartó de su mente con la energía adquirida en muchos años de disciplina. Hizo que le llenaran la taza por cuarta vez, notando que esa noche Nubnofret seguía su ritmo y se esforzó por participar en la alegre conversación de sus hijos. Pero el vino era mejor, rico y fresco. Acabó por caer en el silencio, dejando que el alcohol le llevara a donde quisiera.

Más tarde, mientras se deslizaba rápidamente hacia el sueño, comprendió que había bebido más vino del conveniente. Embriagarse era un agradable pasatiempo que todo el mundo se permitía, pero Khaemuast sabía que a sus treinta y siete años ya no estaba en edad de funcionar bien al día siguiente si bebía demasiado durante la noche. "También a Nubnofret le dolerá mañana la cabeza", pensó, algo molesto consigo mismo, cerrando los ojos y cubriéndose los hombros con las sábanas. "Bebía por remordimientos, y ella por irritación, supongo. Sólo se debería beber por alegría." Ése fue su último pensamiento coherente.

Soñó y en el sueño se vio sentado en la hierba de una huerta, en el Delta, bajo el peso de plomo de un sol en su cenit; pero no había en eso incomodidad, sino una sensación de tremendo bienestar. "Bien", pensó en su sueño, cerrando los ojos y volviendo la cara hacia arriba. "Esto es un presagio de grandes placeres venideros." A su alrededor, los árboles estaban cargados de frutas maduras. De vez en cuando se oía el golpe blando de una manzana al caer a tierra. Durante un rato permaneció así, sumergido en el placer, sin preguntarse (pues se trataba de un sueño) por qué era tan potente el perfume de las flores en temporada de cosecha.

Luego adquirió conciencia de otra cosa. Su pene empezaba a agitarse henchido bajo la sencilla faldilla de hilo y alcanzaba al final toda su dureza. "Otro buen presagio", se dijo alegremente el yo del sueño, abriendo los ojos. "Mis posesiones se multiplicarán." A través del fuerte resplandor creyó ver un destello de movimiento en la sombra, allí donde se erguían los árboles, polvorientos e inmóviles. Un lienzo blanco, la sospecha de una pierna morena con el pie en punta, una mano que se deslizaba alrededor de un tronco y unos dedos largos y gráciles que acariciaban la corteza. "Estoy tan duro como esa madera", susurró, "y lleno de savia, lleno de savia...". Se sentía mareado por el placer y el nerviosismo de la erección; sus ojos seguían a aquellos dedos que acariciaban, presionaban, exploraban... Despertó con las rodillas recogidas y las dos manos rodeando el pene. Exudaba sudor por todas partes, y las sábanas yacían en el suelo en un montón arrugado.

Aturdido, con un desagradable vuelco en la cabeza, se levantó tambaleándose. "Maldito vino", pensó, tomando un puñado de tela para ceñírselo a la cintura. Avanzó a tientas hasta la puerta y salió al pasillo. No tenía ni idea de la hora que era, pero parecía muy tarde. En la casa reinaba el silencio. Tropezando ligeramente, llegó a las habitaciones de Nubnofret y pasó por encima del cuerpo de su guardia, que roncaba. Wernuro también dormía profundamente sobre su esterilla, con las piernas abiertas, junto a la puerta. Khaemuast la esquivó y fue directamente al dormitorio de su esposa.

También ella roncaba suavemente, con la túnica de dormir abierta hasta la cintura y las sábanas arrugadas a la altura de las rodillas. "Ésta no es Nubnofret", se dijo vagamente, al inclinarse hacia ella. "No es mi pulcra esposa, sino Nubnofret, mi esposa ebria." Las palabras aumentaron la urgencia sexual que le había empujado hasta allí. Se acostó torpemente en el diván, junto a ella, y apartó el fino lienzo de su túnica para cerrar los labios sobre su pezón. Se endureció de inmediato y ella gimió y empujó contra su boca. Descruzó las piernas y abrió los muslos.

—¿Khaemuast? —murmuró.

—Si —susurró él—. ¿Estás despierta? ¿Quieres recibirme, Nubnofret?

Ella le cogió la mano a modo de respuesta y se la puso entre las piernas, levantando la cabeza a la vez para aceptar su beso. Su cuerpo olía al denso perfume que prefería y su carne era cálida y flexible. Le hizo el amor en el aturdimiento de su sueño y su necesidad hasta que la oyó gritar al alcanzar su propio clímax, momentos antes de estallar él en el suyo propio. Se dejó caer sobre ella, estremecido y húmedo. Pero ella seguía gritando.

—¿Nubnofret? —gruñó, desorientado.

—Es Sheritra —dijo ella, apartándole con brusquedad.

Y se deslizó por debajo de su cuerpo, buscando al mismo tiempo su túnica. Khaemuast, mareado, luchó por atarse una vez más la sábana a la cintura y los dos salieron apresuradamente al corredor.

Wernuro y el guarda habían despertado. La mujer se esforzaba, soñolienta, por encender una lámpara. Nubnofret los rozó al pasar rápidamente junto a ellos. Khaemuast tenía los ojos fijos en su cabello rojizo y revuelto, que le caía sobre la espalda, y en el rápido pisar de sus pies descalzos bajo la túnica blanca y flotante. "Pies descalzos", pensó, súbitamente confuso. "Pies descalzos, sol, manzanar. Mi sueño." Como si recibiera un mazazo, supo entonces que la mujer que acechaba tras el árbol cargado de fruta de su sueño era la misma que él y Sheritra habían perseguido por la tarde.

Y que acababa de anular por completo el hechizo protector de la mañana al hacer el amor con Nubnofret. "¿Cómo ha ocurrido esto?", se preguntó, horrorizado. "¡Justamente a mí! Semejante falta de autocontrol es imperdonable. Estoy desprotegido, todos estamos indefensos."

Nubnofret giró hacia las habitaciones de Sheritra en el momento en que Bakmut salía de ellas. La sirvienta le hizo una reverencia.

—¿Qué pasa? —preguntó su ama, ásperamente.



–Una pesadilla, creo –respondió la muchacha–. Voy en busca de un poco de vino para calmar a la princesa. Ya está completamente despierta.

Sin esperar, Khaemuast pasó junto a las dos mujeres para acercarse al diván de Sheritra. Su hija estaba incorporada en él, muy pálida, y se abrazaba las rodillas con su gesto característico. Al verle, le tendió los brazos y él se dejó caer en el diván, para dejarle esconder la cara en su hombro.

–¿Qué pasa, Pequeño Sol? –preguntó, consoladoramente–. Todo está bien. Estoy aquí.

–En realidad, no lo sé –replicó Sheritra, con voz trémula, aunque intentando dominarla–. Nunca tengo pesadillas, padre, como bien sabes. Pero esta noche, hace un momento... –Se estremeció y levantó la cabeza–. Era algo horrible. Ni persona ni animal: un sentimiento, algo que crecía detrás de mí, sin ojos ni oídos, pero observándome como una presa, algo malévolos y dispuesto a devorarme.

Nubnofret también se había sentado y cogía la mano a su hija.

–Bakmut vendrá en un momento con el vino –dijo, reconfortándola–. Beberás un poco y volverás a dormir. Ha sido sólo un sueño, querida. Ya ves, tu padre y yo estamos aquí. Estás rodeada de todas tus cosas, sana y salva. ¿Oyes ese búho que anda de cacería? Estás en casa, en tu propia cama, y todo está bien.

Mientras le hablaba, acariciaba su mano pálida, sonriéndoles a los dos. Khaemuast se sintió invadido de ternura hacia ella y le rodeó los hombros con el brazo libre.

–Siento haberos afligido –dijo Sheritra–. Hoy me porté mal, madre, y éste puede ser el castigo de mi conciencia.

Por esta vez, Nubnofret no se aprovechó del momento.

–No lo creo –dijo–. Aquí está Bakmut, bebe el vino. Nos quedaremos contigo hasta que vuelvas a conciliar el sueño.

Las feas facciones de Sheritra se relajaron. Tomó la taza para beber el vino á grandes tragos y luego se hundió en la almohada.

–Cuéntame un cuento, papá –pidió, soñolienta.

Khaemuast comenzó a hacerlo, después de lanzar una mirada divertida a su esposa. Pero apenas pronunció unas pocas frases cuando la respiración de Sheritra se tomó regular y sus ojos se inmovilizaron bajo sus párpados exangües. Salió al corredor con Nubnofret, dejando que Bakmut cerrara la puerta tras ellos.

–Solíamos hacer esto cuando los niños eran muy pequeños –recordó ella, mientras caminaban por el pasillo–. Sheritra estaba tan asustada que casi he vuelto a sentirme joven.

Le sonrió con melancolía, entre una maraña de cabello en desorden.

–¿Te sientes vieja, Nubnofret? –preguntó él, sobresaltado–. Pero si nunca...

–¿Nunca hablo de mis años? –completó ella–. Eso no significa que no los sienta, Khaemuast. No soy, en realidad, el ama friamente organizada de una casa real, lo sabes bien.

Khaemuast buscó en su cara un gesto de acusación, pero no lo halló. Sólo encontró una mirada vacilante, como la de una jovencita que deseara un beso pero temiera tomar la iniciativa. Aún había amor en sus ojos, hinchados por el sueño.

–¿Te quedarás conmigo esta noche? –suplicó–. Hace mucho tiempo que no siento el calor de tu cuerpo junto al mío.

Él buscó una vez más la recriminación, sin hallarla.

–A mí también me gustaría –aseguró, pensando para sus adentros: "El encantamiento ya está destruido. ¿Qué podría haber de malo?". Sin embargo, mientras yacía de lado bajo las sábanas de su esposa, con el cuerpo de ella ceñido al suyo, vio otra vez a la mujer de la calle. Y, de pronto, la casa oscura, a su alrededor y por encima de él pareció estar colmada de presagios como los que Sheritra había tenido en su pesadilla. Se quedó dormido con una plegaria en los labios.

A la mañana siguiente, le dolía fuertemente la cabeza y sentía una enorme fatiga. Tanto él como el resto de la familia, en completo silencio y tranquilos, se reunieron brevemente en el fresco salón de recepciones antes de separarse para cumplir las tareas de la jornada.

–Iré a revisar esos planos para las sepulturas de Apis que he descuidado tanto tiempo –dijo Khaemuast–; y luego pasaré un rato en el templo de Ptah.

La respuesta de Nubnofret fue enarcar las cejas. Le besó en el cuello y se fue. Khaemuast notó, divertido, que Sheritra la seguía con aire responsable.

–Y yo pasaré el día en la tumba –anunció Hori–. Pero esta noche estoy invitado a una fiesta en el distrito de los extranjeros. Nos veremos a la hora de cenar, padre.

Siguió con la vista el paso fácil y las piernas de músculos perfectos de su hijo y se volvió con un suspiro. ¿Cómo era ser joven y apuesto, rico y codiciado? Sin duda el horóscopo de Hori, día tras día, tenía todos los tercios llenos de suerte, mientras que el suyo se tornaba cada vez más ambiguo.

Cuando llegó a su despacho, Penbuy depositó frente a él en el escritorio una carga de correspondencia oficial y se sentó en el suelo, dispuesto a escribir lo que se le dictara. Khaemuast lanzó una mirada melancólica al primaveral rayo de sol que se volcaba en el suelo desde las altas ventanas y abrió la primera carta con un gesto rebelde. "Después de que haya presentado a Ptah una ofrenda especial, suplicándole que brinde su benéfica protección a esta casa, daré un paseo por el río", se prometió. "Pensaré sólo en el viento contra mi piel y en los pájaros de los matorrales."

Una vez atendida la correspondencia hizo venir a su arquitecto, con quien pasó un par de horas revisando los planos para los toros de Apis. El trabajo del arquitecto había sido muy satisfactorio y Khaemuast dio órdenes de iniciar

las excavaciones antes de retirarse a sus habitaciones para tomar un ligero almuerzo, lavarse con cuidado y cambiarse de ropa. Después, en compañía de Amek e Ib, subió a su barcaza y se dejó llevar a remo por el breve trayecto hasta el canal por el que descendía el bote sagrado de Ptah desde su templo, durante las festividades.

Dejó la barcaza en ese punto y Khaemuast caminó por el canal, bajo los sagrados sicomoros de Ptah, hasta los peldaños del embarcadero del dios. Allí continuó por el ardiente pavimento de granito, pasó por los dos grandes pilones y llegó al patio exterior, seguido por su pequeño cortejo de sirvientes.

El patio estaba reconfortantemente lleno de fieles. El incienso se elevaba por encima de las columnas del patio interior, en una nube apenas visible, y desde allí se oía el murmullo de los cantantes y el repiqueteo de sus sistros.

Khaemuast se quitó las sandalias y se las entregó a Ib. Llevaba su collar favorito, de turquesas y con un Ojo de Horus contrapuesto, como ofrenda para el dios a quien dedicaba todo su tiempo durante tres meses de cada año. Con la joya apoyada contra su pecho desnudo, caminó hacia el patio interior cuidando de no empujar a los plebeyos que oraban de pie, con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Amek e Ib se habían retirado a la sombra del muro.

Khaemuast cruzó al patio interior, donde sólo estaban los sacerdotes y los músicos. La adoración a Ptah se prolongaba durante todo el día, desde que se abría el santuario para alimentar y vestir al dios, al amanecer, hasta que caía el sol. A esa hora se cerraba bajo llave el pequeño y oscuro secreto de su hogar. Khaemuast se detuvo un momento, atrapado por el rito de los cánticos y las alabanzas de los bailarines, hasta que halló espacio e inició sus prosternaciones.

Tanto el patio interior como el exterior carecían de techo por lo que el sol caía a plomo sobre Khaemuast, que se incorporaba y se tendía boca abajo sobre el suelo arenoso sucesivamente. Rezó primero las palabras tradicionales, ensalzando al sonriente dios que había creado todas las cosas; luego se puso de pie y suplicó a Ptah que recordara que él, Khaemuast, era un honrado y fiel servidor que por su propia estupidez necesitaba la vigilancia del dios sobre su casa. Oró largamente y con concentración, pero no se sintió reconfortado. Por el contrario, poco a poco empezó a sentir que había cometido un error, que debía haber rezado en otro sitio, aunque el dios aceptara su presente. "Es a Thot a quien sirves en las empresas más caras a tu corazón", le llegó al pensamiento. "Es a Thot a quien has ofendido con tus ansias de más y más conocimientos, pues sólo los dioses pueden poseer el poder. ¿Temes descubrir tu alma de este modo ante Thot, tal como lo haces ante Ptah? Porque Thot es más comprensivo, pero menos dado a perdonar. Sus servidores son los únicos que conocen el éxtasis y el terror de su sabiduría."

Acabó por capitular. Se aproximó al santuario cerrado, entregó ceremoniosamente su regalo al sacerdote de turno y volvió a abrirse paso hacia las grandes puertas que daban al patio exterior, por entre los danzarines que se mecían y cantaban. Estaba a punto de atravesar la parte de sombras que arrojaba la puerta cuando la vio.

Había estado de pie tras un grupo de rogantes peticionarios y en ese momento se volvía hacia los pilones. Khaemuast captó fugazmente su cara: segura de sí y reservada, con la nariz recta y unos grandes ojos negros pintados de kohl bajo un flequillo reluciente. Luego ella le volvió la espalda y se alejó, con ese paso indolente, pero decidido. Llevaba un vestido amarillo, del mismo estilo anticuado y ceñido que acentuaba todas sus curvas, pero sobre él flotaba un manto transparente ribeteado de oro que le llegaba a los tobillos.

Khaemuast lo vio flotar tras sus sandalias. Un momento después, echó a correr tras ella. La muchedumbre se había vuelto más densa y tuvo la sensación de que todos los que paseaban bajo el aire sofocante habían decidido, súbitamente, interponerse entre él y su presa con un malicioso propósito.

—¡Fuera de mi camino!

Avanzaba a codazos y empujones, sin diferenciar entre quienes rezaban y quienes se limitaban a contemplar, maravillados, el imponente edificio de Ptah.

—¡Fuera de mi camino!

Se alzó un murmullo indignado. Los guardias del templo, que se apostaban a intervalos en torno a los muros, empezaron a adelantarse.

—¿No la ves? —gritó Khaemuast a Ib y a Amek, que se acercaban corriendo hacia el punto de disturbio—. Tú, Amek, la viste ayer. ¡Corre tras ella, corre!

Los guardias, que le habían reconocido, se detuvieron sin decidirse y Khaemuast atravesó corriendo los pilones para salir al amplio patio que daba a los escalones del embarcadero. Miró arriba y abajo, pero no había señales de ella. Corrió hasta el borde del patio y miró por toda la parte sur, el espacio estaba desierto. También el lado norte. El canal se ondulaba tranquilamente, azul y sereno en el calor tórrido de la tarde, rodeado de árboles. Con una ira que rara vez experimentaba, Khaemuast comprendió que su presa, ignorante de la conmoción provocada, se había perdido caminando a la sombra de los árboles, rumbo a... ¿Adónde, adónde? Ib y Amek le alcanzaron, jadeando desconcertados. Khaemuast se aferró ceñudamente a su mal genio, aun sabiendo que no era culpa de ellos.

—¿La has visto? —preguntó a Amek.

El sirviente le miró como si le creyera loco.

—Si, Alteza —respondió—. Pero no nos ha sido posible alcanzarla. Tú estabas más cerca de ella que nosotros.

—Está bien. —Khaemuast cerró los ojos con una mueca de dolor—. Está bien. Quiero que vayas a casa y reúnas a todos los soldados de los que puedas prescindir. Vístelos de paisanos, descríbeles a esa mujer y díles que revisen toda Menfis en su busca, pero con discreción. Nadie de la familia debe enterarse de esto, ¿entendido?

Ellos asintieron, aún confusos. A él no le importaba. Fuera como fuese, estaba decidido a tener frente a sí a la criatura que había invadido sus sueños. "Es como si alguien hubiera echado un filtro en mi vino", se dijo, "o como si hubieran conjurado un hechizo compulsivo sobre mí sin que yo lo supiera. Me siento drogado con ella; cada aparición

se traduce inmediatamente en una sed de más, como el jugo de amapolas para quienes sufren. ¿Acaso algún compañero mago está probando sus fuerzas contra mí para hacerme una broma?"

Sus sirvientes le miraban, indecisos. Él les volvió la espalda para caminar a lo largo del canal, casi corriendo, inspeccionando con la vista las acogedoras sombras de los árboles y la hierba cortada a su derecha. Pero sabía que ella no estaba allí. Su barcaza se mecía aún apaciblemente, allí donde el canal se encontraba con el Nilo. Su capitán conversaba con el timonel de cuclillas junto a la rampa. Los dos se levantaron y le hicieron una reverencia al verle llegar.

Él agradeció apenas el gesto y se embarcó apresuradamente.

—¡A casa! —ordenó—. ¡Rápido!

Ellos obedecieron de inmediato. En el breve trayecto que había hasta su embarcadero, permaneció sentado en la cabina pequeña y sin aire, tenso, intentando dominar la febril impaciencia que se había apoderado de él. Ya no recordaba su proyecto de pasar el resto de la tarde en el río. Sólo deseaba pasar el rato como pudiera hasta que comenzaran a llegar sus sirvientes, trayéndole noticias.

Al desembarcar fue directamente a su despacho. Allí estaba Penbuy, con uno de sus aprendices, pasando a limpio las anotaciones que habían tomado en la tumba. Khaemuast les pidió que fuesen a trabajar a otra parte. Penbuy le miró con curiosidad, pero obedeció, por supuesto, y la puerta se cerró discretamente tras él. Khaemuast empezó a pasearse por la habitación grande y silenciosa. Tenía diez o doce cosas que hacer y sabía que en ellas encontraría una curativa distracción, pero por una vez carecía de la facultad para decidir lo más adecuado. "No dudo de que la hallaré, tarde o temprano", pensó, mientras seguía recorriendo la habitación con los brazos cruzados. "Si es necesario, recurriré a la policía de Menfis. Y tampoco dudo de que, cuando la encuentre, ella acabará por desilusionarme. Siempre ocurre lo mismo con los sueños que se convierten en realidad. Es posible que sea muy simple: una plebeya inculta y sin inteligencia, tosca y gritona, o una zorra malcriada, proveniente de una familia más o menos noble: una mujer con pretensiones sociales, estridente y de mal gusto."

Se paseó hasta cansarse y entonces abandonó el despacho para salir al jardín. Se tendió a la sombra en una esterilla de lino, con un almohadón bajo la cabeza, y trató de adormecerse. En alguna parte, cerca del embarcadero, su jardinero hablaba con el aprendiz mientras atendía los arbustos que bordeaban el camino. Los monos, a poca distancia de él, resoplaban y balbuceaban con desgana en aquella prolongada quietud previa al crepúsculo que parecía no tener fin. Los pájaros se sumergían en la fuente y volvían a salir, refrescados, sacudiendo las alas entre delirantes gorgoros.

Al cabo de un rato, Khaemuast oyó que alguien se aproximaba y se incorporó inmediatamente poniendo en alerta todos los sentidos, pero era sólo Sheritra. La muchacha se dejó caer a su lado, con la piel salpicada de agua y la larga cabellera enroscada en una cola sobre los hombros. Bakmut, que la había seguido, permanecía a cierta distancia.

—Mi madre me ha encomendado esta mañana tantas tareas como se le ha ocurrido —explicó Sheritra, ocupada en escurrir el agua de su cabellera—, pero al fin tuvo que dejarme salir, de modo que me fui a nadar. Decididamente, la primavera ha terminado, ¿verdad, padre? Los días comienzan a resultar incómodos y por doquier se ve la siembra brotada. ¿Qué haces aquí fuera?

Khaemuast se incorporó sobre un codo y observó el agua correr en finos hilillos por el cuello de su hija, hasta su diminuto seno. No pensaba decirlo, pero lo hizo:

—He visto otra vez a esa mujer, en el templo de Ptah.

Sheritra no necesitaba preguntar a qué mujer se refería. Sus diestros dedos continuaron deslizándose por el cabello mojado.

—¿Hablaste con ella?

—No. —Khaemuast empezó a arrancar descuidadamente unas briznas de hierba—. Cuando reparé en ella, salía ya del patio exterior. Yo iba acompañado por Amek e Ib, pero ninguno pudo alcanzarla. He mandado buscarla y aguardo las noticias.

Sheritra llamó a Bakmut, que se adelantó con un peine. Cuando la niña lo cogió, la sirvienta volvió a retirarse hasta donde no pudiera oír la conversación. Sheritra comenzó a peinar sus gruesas guedejas. Algunos cabellos se habían secado ya y el viento los rizaba alrededor de su cara. Sin apartar la vista de los pájaros que se bañaban, preguntó:

—¿Por qué estás tan empeñado en buscarla?

Khaemuast creyó sentir un leve movimiento en el dorso de la mano y bajó la vista. No había nada allí, pero el recuerdo de la pequeña bailarina afectada de sarpullido volvió a su mente, sin que nadie lo convocara, junto a la súbita impresión de su boca sobre su piel, en una señal de gratitud.

—No lo sé —confesó—. Es la verdad, Sheritra. Sólo sé que necesito mirarla a los ojos y oír su voz para recuperar la paz.

Sheritra asintió con aire sabio y se dedicó a enjugar con la mano las gotas de agua que se iban secando sobre su pierna.

—Espero que te desilusione —dijo, inesperadamente. Su padre vio que el rubor florecía en su cuello y otorgaba un color rojizo a sus mejillas morenas.

—¿Por qué? —preguntó, aunque lo sabía y se maravillaba de la percepción de la muchacha.

—Porque si no te desilusiona, si se parece a la imagen que tienes de ella, el interés que despierta en ti irá en aumento.

A Khaemuast le intrigó la intensidad de su tono.

—Aunque así fuera —objetó—, ¿qué tendría ello de malo? Hay muchos hombres que tienen concubinas y familias muy felices. ¿Qué amenaza presientes, Pequeño Sol?

Ella no respondió con una actitud infantil a aquel intento de halagarla con el significado de su nombre, a aquel énfasis deliberadamente provocativo. Se volvió de pronto para mirarle a los ojos y, aunque estaba intensamente ruborizada, dijo:

–Tú no eres un hombre emotivo, querido padre. Eres siempre sereno, siempre justo, siempre bondadoso. No te imagino enamorado de otra mujer que no sea mamá, aunque de vez en cuando adquieras alguna concubina. –Después bajó la vista–. Lo haces sólo por gozar de alguna variedad, no para ser desleal a mi madre, en tu corazón. Esta mujer... –Tragó saliva y se obligó a continuar–. Esta mujer llena ya todos tus pensamientos. Me doy cuenta de ello y no me gusta.

Él sintió deseos de reír ante aquella descripción de él y aquel modo de apreciar la situación. Todas las niñas veían en sus padres a dioses benévolos, alrededor de los cuales giraba la familia en la justicia de Maát, y les consideraban seres llenos de pureza y sobrecogedora sabiduría. En la imagen que Sheritra tenía de él había algo de aquella actitud. Pero lo que temía era otra cosa, algo que una mujer madura habría podido percibir: la amenaza de una abrumadora tormenta de arena que podía barrer toda la justicia y la bondad, liberando el deseo de abandono que percibía en su interior, acechante. "¿Existe en mí esa temeridad sin que yo mismo lo sepa?", se preguntó mientras sonreía a su hija con gentileza. No tenía respuestas, tampoco sabía lo que era "estar enamorado".

–Ella es un misterio, a eso se reduce todo –replicó al cabo de un momento–. Como los pergaminos de las tumbas o las inscripciones que deben ser descifradas. Una vez que la haya descifrado y me desencante de ella, como suele ocurrir con tantas inscripciones antiguas, me sentiré en paz. Ya ves, Sheritra, no hay por qué inquietarse.

Ella le sonrió, había desaparecido su solemnidad.

–No lo había pensado de ese modo –reconoció–. Bueno. En ese caso, padre, goza de tu aventura y cuéntame cómo se desarrolla. Debo confesar que yo también estoy algo intrigada. –Recogió su peine y se levantó, envuelta en su toalla–. Una serpiente nueva ha tomado la costumbre de filtrarse por la puerta trasera –prosiguió– y estoy tratando de hacer que se sienta a gusto. La nuestra está enroscada en un fresco rincón del salón de recepciones, pero debo conseguir que la otra salga de su escondrijo, sin duda debajo de alguna piedra del jardín. Muchas serpientes domésticas traen buena suerte, ¿verdad?

Él asintió. La siguió con la vista mientras cruzaba el jardín, con las piernas flacas como las de una cigüeña y los hombros encorvados. Bakmut la siguió y el jardín volvió a quedar desierto.

Khaemuast se levantó y hundió la cabeza en la fresca agua de la fuente. Luego dio una vuelta a la casa, saludando a los sirvientes con quienes se cruzaba, pero no se vió con ánimos de hacer su tardía excursión por el río ni de volver a sus habitaciones. Se sentó en la esterilla, aturdido, la cabeza le zumbaba por la necesidad de dormir y se sentía asustado de sí mismo.

Por fin, cuando el sol se ponía en el oeste y la luz del jardín empezaba a suavizarse, Ib se acercó a él, sucio y cansado. Le hizo una somera reverencia, con la boca rodeada de polvo gris y la nariz manchada de la arena que se le adhería al sudor. Khaemuast le ordenó sentarse. Ib se dejó caer en la hierba, agradecido.

–Que Nubnofret no te vea en ese estado –recomendó su amo–. ¿Qué noticias traes?

El sirviente sacudió la cabeza y el corazón de Khaemuast dio un vuelco.

–Muy pocas, príncipe –admitió el mayordomo–. Treinta hombres hemos revisado durante toda la tarde las calles y lugares públicos de la ciudad. Mucha gente ha visto a esa mujer, pero nadie ha cruzado una palabra con ella. –Se quitó la arrugada faldilla y se frotó la cara con ella–. Y nadie tiene idea de dónde vive.

Khaemuast caviló un momento y al fin dijo:

–Gracias, Ib. Tómate el tiempo que necesites para lavarte. Luego organizarás a los treinta hombres en grupos de cinco. Distribúyelos en turnos de cuatro horas cada uno, alternados. Mañana empezarán a buscar otra vez. Tarde o temprano, alguno de ellos la verá o averiguará algo.

Al percibir la desaprobación de Ib, le envió nuevamente a casa, pero él continuó sentado allí. "He malgastado un día casi entero", pensó, horrorizado. "Me he quedado aquí sentado como un demente. ¿Qué otra respuesta esperaba de Ib? ¿Algo así como Sí, príncipe, la hemos hallado y te espera en el salón de recepciones?"

Khaemuast se levantó y marchó tras Ib con paso silencioso. El mayordomo no estaba a la vista. Entonces, llamó a Kasa y se dirigió a la casa de baños, donde pasó media hora siendo frotado por el sirviente, sintiendo con delicia cómo le refrescaba con agua de loto. Por fin, vestido ya con ropa limpia, fue al encuentro de su esposa.

La encontró en sus habitaciones con la cosmetóloga, que estaba renovando su maquillaje tras la siesta. Se mostró muy complacida al verle entrar, como si eso no la sorprendiera, y se dio la vuelta en su banqueta. El kohl brillaba en sus ojos magníficos y los párpados habían sido cubiertos de pintura verde y los labios, de alheña fresca. Lucía un manto suelto, abierto en la parte delantera y recogido sobre las rodillas. Por primera vez desde hacía años, sus generosas curvas llamaron la atención de Khaemuast.

–¡Qué ocasión tan extraña para que vengas a buscarme! –exclamó ella, sonriente–. ¿Ocurre algo, Khaemuast?

Él se sentó en el borde del desordenado diván.

–Nada en absoluto –dijo–. ¿Estás ocupada, Nubnofret? ¿No te gustaría dar una vuelta en la barcaza antes de cenar? Podríamos ir hasta Perunefer, sentados en la cubierta, contemplar la puesta de sol y jugar un poco al sennet.

–En realidad, no debería ir –reconoció ella, vacilando–. En uno de los graneros del patio trasero han entrado ratones y han destrozado el cereal, vamos a estar escasos de pan. Y va a venir nuestro capataz para llevar un pedido de cereales al granero grande. También debo supervisar la distribución de estiércol de gacela para ahuyentar a los ratones.

Khaemuast notó que se excusaba con pena.

–¿Para qué tenemos un mayordomo de cocina? –objetó–. Deja que se encargue él del asunto. Los has adiestrado bien a todos; Nubnofret, acompáñame.

Ella reflexionó un momento y luego aceptó.

–Tienes razón. Dame un momento para vestirme, querido, y me reuniré contigo en el embarcadero.

En realidad, Khaemuast no deseaba navegar con ella. Lo que quería era buscar un sitio íntimo y aislado para permanecer allí hasta que Ib viniera a decirle que habían hallado a la mujer. Pero conocía la peligrosa irracionalidad de aquel deseo y lo combatió con decisión. El río se ponía muy hermoso cuando Ré descendía a la boca de Nut, Nubnofret se sentiría feliz. La idea de hacer feliz a Nubnofret le produjo una devoradora sensación de culpa. La saludó con una sonrisa y abandonó apresuradamente sus habitaciones.

Durante las semanas siguientes, Khaemuast se dedicó a sus tareas con ceñuda y férrea determinación, mientras sus servidores seguían recorriendo las calles de Menfis. El príncipe se obligó a inspeccionar las excavaciones para las sepulturas de Apis apenas comenzadas en el desierto, y cuidó el dragado de varios canales en su finca. No había noticias de las espinosas negociaciones matrimoniales entre el faraón y los khatti, lo cual era un alivio. Lo último que Khaemuast deseaba era verse obligado a acudir a una llamada de su padre, cuando toda su atención se concentraba en los informes que sus soldados le presentaban todas las noches.

No dormía bien. Soñaba con fuertes vientos que agitaban la superficie del desierto, hasta levantar aullantes torbellinos de arena; con inundaciones del Nilo que cubrían la totalidad de Egipto, lamiendo y devorando inexorablemente kilómetro tras kilómetro; con que las fogatas de sus propias cocinas se extendían, cada vez más grandes, hasta ascender por encima de toda la ciudad, hambrientas y furiosas, iluminándola con un fatal resplandor anaranjado.

Cuando llegó el momento de trazar su horóscopo y el de su familia para el mes entrante, ejecutó la tarea con temor, aplicando a los detalles una atención más minuciosa que de costumbre. El pronóstico para él era muy malo. "Según estos resultados", se dijo, "debería acostarme en mi diván y no moverme hasta que acabe el mes de Ator. No veo muerte ni un accidente físico, pero sí mala suerte. Sólo eso." Rió entre dientes, sin ningún humor. Para Nubnofret, los signos del mes eran más o menos los de siempre, sólo leves estremecimientos en un fluir parejo que rara vez se alteraba. El horóscopo de Hori, siempre tan afortunado, delataba un leve descenso de la suerte en el número de días positivos y el de Sheritra era casi tan malo como el de su padre.

Cuando acabó el trabajo, que le llevó un día entero, lo escondió apresuradamente en un cajón y se recostó en el asiento, con una cierta desesperación. "Podría enviar a Sheritra a Ninsu, a casa de Sunero, si ella aceptara", pensó. "En realidad, Nubnofret y yo hemos considerado la posibilidad. Pero, ¿no sería eso ponerla en un sitio donde su suerte fuera peor? ¿O retenerla en casa precipitará los desastres que he visto? No hay respuestas. Hemos sobrevivido a enfermedades, muertes dinásticas e intrigas reales", pensó otra vez, mientras se levantaba para abandonar el despacho. "Todas habían sido anunciadas previamente como días desafortunados, la sorpresa estuvo en los hechos en sí. Sobrellevaremos este mes como todo lo demás.~ Pero cuando recorría el pasillo para salir a la luz del día, ya mortecina, comprendió que su confianza era falsa. Había algo extraño en el aire y lo reconocía con gran desconfianza.

Sentía una curiosa renuncia a visitar la tumba de Saqqara. Penbuy seguía trabajando allí, con sus otros escribas y sus artistas, y Hori pasaba varias horas diarias dirigiendo sus esfuerzos. Pero Khaemuast se mantenía lejos. Quería ver aquella tumba cerrada y sellada. Quería entregar a Penbuy el pergamino, tan ávidamente separado de los dedos de la momia, para que el escriba lo copiara y pudiera devolver el original. Pero el rollo le inspiraba un desagrado tan grande que lo dejaba esperar donde el escriba lo había guardado. Tarde o temprano, tendría que continuar el trabajo de descifrar aquel enigmático texto o devolverlo a su lugar de origen, pero por el momento no tenía necesidad de decidir entre una cosa u otra. Todos los días Hori ponía ante él las escenas complejas y los jeroglíficos fielmente reproducidos, ansioso de analizarlos con él, pero Khaemuast buscaba excusas para no prestarles atención.

–Son bellos, pero no ofrecen una especial información –decía a su hijo–. Podemos estudiarlos una vez que hayamos cerrado la tumba; de momento, debo dedicar toda mi atención a los toros de Apis.

Era mentira y Hori lo sabía. Al ver así a su hijo, encaramado en el borde del escritorio balanceando un pie, estuvo a punto de ordenar: "Déjame en paz, Hori". Pues Ib se había presentado apenas una hora antes, moviendo otra vez la cabeza negativamente. Pero se contuvo.

–Di a Penbuy que lo archive. Buscaré algún rato de ocio, mañana o pasado, para estudiarlos.

Hori le echó una mirada penetrante, pero bajó del escritorio y salió.

Khaemuast permaneció sentado, con los ojos vacíos y perdidos en la nada. "¿Cuándo empezó todo esto?", pensó. Pero no estaba siquiera seguro de qué era "esto". Se preparó mentalmente para otra cena familiar, para otra velada en el frescor del jardín o escuchando las observaciones de Nubnofret, que no eran desagradables. Luego sobrevendría la bendita inconsciencia, seguida de otra larga serie de horas calurosas, que debía llenar con algo para no enloquecer. Una obsesión. Sí, era aproximadamente eso. "Que venga, pues, el momento del encuentro; que me haga trizas con una furiosa desilusión." Y luego: "Oh, Thot, por favor... Por favor, Ptah, por favor, Ator, diosa de la belleza, ¡devolved a mi vida su antigua cordura!".

Transcurrida una semana del mes de Ator, Khaemuast empezó a perder las esperanzas de hallar a la mujer. Aunque de mala gana, retiró a sus soldados de la búsqueda y, con alivio, descubrió que admitir el fracaso le aportaba las primeras sugerencias de paz. Su mente empezó a calmarse. Volvió a sus estudios, a sus pocos y seleccionados pacientes, y a sus deberes con un poco de sincero interés. El horóscopo seguía preocupándole, pero decidió que, en su estado de inquietud, no lo debía haber trazado concretamente.

En el tercer día de la segunda semana de Ator partió para conferenciar con Si-Montu sobre la prometida vendimia de los viñedos reales que su hermano administraba a las afueras de Menfis. El faraón había mandado pedir las cifras que se esperaba obtener y Si-Montu, a su vez, había enviado mensaje a Khaemuast, preocupado por la aparición del añublo en algunas viñas. Por otra parte, le alegraba mucho tener una excusa para pasar una calurosa tarde bebiendo cerveza y charlando de naderías. Khaemuast recibió con agrado la invitación y partió en su barcaza, llevando consigo a Kasa, Amek y dos guardaespaldas, para que lo llevaran a remo más allá de los límites septentrionales de la ciudad, donde prosperaban los viñedos de su padre, mimados como niños malcriados tras los altos muros que los protegían.

Sentado en la cubierta de la barcaza, bajo el pequeño toldo, disfrutaba de la brisa matinal que en muy pocas horas se convertiría en el chamuscador aliento de Ré, cuya potencia e intensidad aumentaban al avanzar el verano. A medida que viajaba hacia el norte y se alejaba de la industria y los mercados de Menfis, los ribazos aparecían cuidadosamente cultivados. A una finca seguía otra; cada tramo de blancos peldaños de embarcadero, con sus barcazas y sus esquifes amarrados, daba paso a prados, arbustos, árboles, un muro y, más allá, otro tramo de peldaños lamidos por el agua. La ruta fluvial corría por detrás de aquellos campos privados, encerrando el suburbio Norte de las Murallas, para volver luego a serpentear junto al Nilo, justo antes de cruzar el canal más septentrional. Los viñedos de Ramsés, que rodeaban la invitadora casa de Si-Montu, crecían al otro lado del canal y eran alimentados por unas acequias que atravesaban el camino.

Khaemuast vio pasar la última finca bien cuidada. Tras un enmarañado matorral del río el camino volvió a aparecer, más atestado que nunca, de asnos cargados, campesinos descalzos y literas transportadas por esclavos polvorientos. No le molestó el retorno del bullicio. Aquel día se sentía relajado y optimista. El aire olía a humedad y le refrescaba el sudor de la frente, bajo su casco de hilo a rayas blancas y negras. El Nilo, de un azul centelleante, abofeteaba suave y rítmicamente su embarcación. El capitán marcaba el ritmo a los remeros con una voz de sonsonete que parecía fundirse con el ruido de la ribera, el chillar de los pájaros que sobrevolaban en busca de comida y el palmeteo de los pies de Kasa, que se acercaba desde la cabina para ofrecerle agua fresca perfumada con menta y dátiles secos. Amek permanecía en la proa, recorriendo con la vista la ribera en un lento círculo, mientras el otro navío cortaba el agua y los fellahin manejaban los shadufs que vertían la húmeda vida en los sembrados de la otra orilla.

En el momento en que Khaemuast se llevaba la dorada taza a los labios y daba las gracias a Kasa, su mirada captó el brillo de un destello escarlata entre la leonina confusión de animales y cuerpos que poblaban el camino. Su mano se quedó petrificada y su boca, seca. Luego le llenó una furia como nunca había conocido, que electrizó sus miembros e inundó sus pulmones. Ella iba abriéndose paso por entre la multitud, con aquella gracia desenvuelta que él había llegado a conocer tan bien, que con tanta frecuencia le tentaba desde su maldita imaginación. Llevaba una cinta blanca rodeándole la frente y aleteando sobre su recta espalda. El sol arrancaba destellos al simple círculo de plata de su collar y jugaba con los brazaletes, también de plata, que entrechocaban entre sí en las muñecas y el antebrazo. Khaemuast se puso de pie para mirarla, el horrendo enojo palpitando en todo su cuerpo. La vio levantar una mano lánguida para apartarse de la mejilla un mechón de pelo negro que sacudía el viento. Tenía la palma teñida de un naranja intenso. "Maldita zorra", pensó, temblando, con semanas enteras de angustia e inquieta compulsión agitándose en su cerebro: la cara de Ib, cada noche, frustrante; los silencios de Sheritra, la desilusión de Hori y hasta el agotamiento de sus servidores, que él conocía sin ver, todo se mezclaba ahora para formar aquel enorme impulso violento. ¡Zorra, zorra, oh, zorra!

—¡Capitán! —gritó—. ¡Desviate inmediatamente hacia el ribazo! ¡Amek! —La taza se le había escapado de las manos y vislumbró vagamente que Kasa se agachaba para recogerla, mientras Amek se acercaba a grandes pasos—. En cuanto el barco toque tierra, quiero que detengas a esa mujer.

Señaló con el dedo. Amek siguió con la vista la dirección de su brazo trémulo e hizo un gesto de asentimiento. La mujer caminaba hacia ellos en dirección a la ciudad, tenían tiempo de sobra para interceptarla. "Esta vez", pensó Khaemuast ferozmente, apretando los dientes, "esta vez no te escaparás".

—Cuando la hayas detenido, pregúntale cuánto vale.

Amek arqueó sus negras cejas.

—¿Cuánto vale, príncipe?

—Cuánto vale, sí. Quiero pasar una noche con ella. Quiero saber cuánto cobra.

El capitán de su custodia le hizo una reverencia y, sin una palabra más, se quitó las sandalias preparándose para saltar al agua fangosa en cuanto la barcaza tocara fondo. Khaemuast retrocedió hasta situarse bajo el toldo, apenas consciente de lo que había dicho. Sus estremecimientos se iban calmando, pero su ira seguía allí, como una brasa que calentaba regularmente su sangre, curvando sus dedos en garras.

La barcaza chocó contra el ribazo y Amek, sin esperar a que dejara de balancearse, se dejó caer desde la borda, hundiéndose hasta las rodillas en el limo y mojándose hasta el mentón. La mujer estaba casi a la misma altura, sin saber, sin ver. "Date prisa", pensó Khaemuast. Con una enorme tensión, vio a su hombre sacar del cieno sus fuertes piernas de soldado, una tras otra, y aferrarse a los matorrales de la orilla para ayudarse a salir. Tras tambalearse un poco, corrió al camino. "Ahora", le instó la caótica mente de Khaemuast. "¡Ahora, Amek!" El guardia se abrió paso con implacables empujones y un segundo antes de que la mujer le dejara atrás, se plantó ante ella con los pies separados, desenvainando su corta espada.

Ella se detuvo lentamente, con una rodilla medio doblada bajo el vestido ajustado, que tenía el color de alguna ave exótica. Mantenía las manos relajadas. Khaemuast, cuya ira iba pareja a su ansiedad, tuvo tiempo de admirar su aplomo, al parecer inmovible. Vio que Amek hablaba, apoyándose la espada contra la pierna salpicada de lodo. Suponía que la mujer echaría un vistazo hacia la barcaza al escuchar la propuesta, pero ella no movió siquiera su

orgullosa cabeza. Sus labios se entreabrieron, replicó brevemente e hizo ademán de dar un paso al lado, pero Amek volvió a cerrarle el camino, hablando apresuradamente. Ahora, la mujer levantó la barbilla y movió la boca con rapidez, enérgicamente. Amek se inclinó hacia delante y ella hizo lo mismo. Se fulminaron mutuamente con la mirada y, por fin, bruscamente, el soldado envainó su espada y la mujer se mezcló con el torrente de viajeros, dejando atrás a Khaemuast y a su barcaza. Se perdió de vista con enfurecedora serenidad. El príncipe descubrió que no podía tragar saliva. Más aún, apenas podía respirar.

El capitán de la barcaza había extendido la rampa. Khaemuast, apretando todavía los puños con fuerza, vio que Amek la recorría a grandes pasos y se plantaba en cubierta, a la sombra del toldo, para hacerle una reverencia. Su amo luchó por recobrar el aliento y la voz.

—¿Y bien? —graznó, cuando pudo recuperar el habla. Amek hizo una mueca. El lodo seco se le estaba desprendiendo en escamas de las piernas, se limpió una mancha de la mejilla.

—Transmití tu encargo —dijo—. Le hice la pregunta con mucho tacto, Alteza.

—¡Sin duda! —espetó Khaemuast, impaciente—. Te conozco, Amek. ¿Qué ha dicho ella?

El hombre parecía incómodo y apartó la vista.

—Ha dicho: "Responde a ese hombre presuntuoso, tu amo, que soy de la nobleza, no una mujer cualquiera. No estoy en venta".

A Khaemuast se le llenó súbitamente la boca de saliva.

—La has presionado. ¡Lo he visto!

—Sí, príncipe. La presioné. —Amek sacudió la cabeza—. Y ella se limitó a repetir: "Soy de la nobleza, no una mujer cualquiera. Di eso a tu grosero y arrogante amo". Grosero y arrogante. Khaemuast c~ó una sarta de maldiciones dando vueltas en su cabeza.

—Al menos ¿trataste de averiguar dónde vive?

Amek asintió.

—Le dije que mi amo era un hombre muy rico y poderoso, que la ha estado buscando mucho tiempo. Pensaba que ella se sentiría halagada y suavizaría su actitud. Pero mis palabras no cambiaron nada. Al contrario, me sonrió con bastante frialdad. "Ni el oro puede comprarme ni el poder me asusta", dijo. No quise sobrepasar tus instrucciones arrojándola, Alteza. Tuve que dejarla marchar.

Khaemuast levantó el puño y golpeó a Amek en la mandíbula. El guardia, desprevenido, cayó al suelo y quedó así un momento, aturdido. Luego movió la cabeza y se tocó la boca.

"¡Arrestaría!", gritaba la mente de Khaemuast. "Debiste arrestarla, golpearla, traerla a bordo a rastras y arrojarla a mis pies." De pronto, la realidad se derrumbó sobre él, y le hizo arrodillarse, horrorizado por lo que había hecho.

—¡Amek! —exclamó, afligido, ayudándole a incorporarse—. Lo siento, no era mi intención pegarte. Por Amón, yo no...

El hombre logró esbozar una débil sonrisa.

—He visto su rostro —dijo—. No culpo a mi príncipe por golpearme. Es muy hermosa. Soy yo quien debe disculparse, he fallado a mi príncipe.

"Sí, has visto su rostro", pensó Khaemuast, dolido hasta el corazón. "Has sentido su aliento en la cara, has reparado en el movimiento de sus párpados, el de sus pechos, cuando tomaba aliento para contestarte con tanto desdén. Quisiera pegarte otra vez."

—No —dijo, brevemente—. No, no has fallado.

Se volvió bruscamente sobre sus talones y desapareció en la cabina, cerrando furiosamente las cortinas a sus espaldas.

No había dado más instrucciones al capitán de la barcaza. Permaneció sentado en las tinieblas de la cabina, teñida de azul, con las rodillas recogidas y apretando los ojos, meciéndose para calmar la humillación y el enojo que ahora se dirigía a sí mismo. "Nunca antes había golpeado a un miembro de mi personal", pensaba, atormentado. "He reprendido, he gritado. En muchas ocasiones he estado a punto de perder los estribos, pero nunca había golpeado. ¡Y a Amek! Un hombre de tan silenciosa lealtad y eficiencia, un hombre que me ha escudado y protegido durante muchos años." Se mordió los labios, sintiendo que la barcaza se desprendía del lodo con una leve sacudida. El capitán gritó un orden.

"De nada servirá volver a disculparme", continuaba pensando Khaemuast. "El daño ya está hecho. Jamás podré borrar este momento de furia demencial. ¿Y contra qué?" Recostó la cabeza contra la mampara de la cabina, de cedro fragante, y abrió los ojos "Contra una mujer. Una mujer que se me ha escapado. Amek cumplió con su deber, y luego rechazó a faltar una ley de Mañit obligándola a presentarse ante mi."

Oyó el golpe vacilante de Kasa en la pared de fuera y se dominó.

—¡Pasa!

El hombre apartó la cortina y entró con una reverencia.

—Por falta de otras órdenes, el capitán continúa el curso hacia el embarcadero de mi señor Si-Montu, Alteza —dijo—. ¿Deseas algo?

Khaemuast dominó un impulso de estallar en risas histéricas. "Deseo ese enfurecedor espejismo de mujer. Deseo borrar esta última hora. Deseo el bálsamo de mi alma, que yo creía completamente seguro."

—Tráeme agua —dijo— y dátiles.

Había estado a punto de ordenar que la embarcación volviera a la casa, pero de pronto le pareció irresistible la idea de contar todo a los oídos de su hermano favorito. Bebió el agua que Kasa le servía y mordisqueó unos cuantos dátiles, cavilando. Ben-Anath saludó a su cuñado con el afectuoso abrazo de costumbre y le instaló en el jardín, a la sombra de un gigantesco sicomoro. Después de asignarle un sirviente, se disculpó por verse obligada a dejarle momentáneamente solo y, con una reverencia, entró nuevamente en la casa. Para Khaemuast fue un alivio. Ben-Anath era una compañía agradable, pero en su estado de ánimo no se sentía capaz de mantener una conversación familiar cortés. Pidió cerveza al criado e intentó beberla a pequeños sorbos, aunque habría querido hacerlo a grandes tragos y pedir más. Esa tarde, calurosa y frustrante, sólo deseaba emborracharse. Pero necesitaba todavía más hablar con Si-Montu.

Por fin llegó su hermano, cruzando el prado a grandes pasos. Era obvio que había estado trabajando en los viñedos y acababa de tomarse un descanso para lavarse y cambiarse la faldilla. Exceptuando la banda de lienzo blanco que rodeaba su gruesa cintura, estaba desnudo. Su cuerpo moreno era macizo y formidable, no por manejar el arco, practicar lucha o conducir carruajes, sino porque sudaba junto a sus labradores. Su presencia fue un enorme consuelo para Khaemuast, que se levantó para besarle en la mejilla húmeda y barbuda. Si-Montu le indicó por señas que volviera a ocupar los almohadones esparcidos en la esterilla de juncos y se sentó a su lado.

—¿Cómo es esto? —recriminó—. ¿Bebes cerveza en medio del mejor viñedo de Egipto? Las uvas se marchitarán de disgusto, Khaemuast. ¿Cómo estás? ¡Trae una jarra de la cosecha del quinto año! —gritó al sirviente.

Luego clavó en su hermano una mirada intensa, demasiado penetrante. "Si-Montu puede tener aspecto de campesino y gritar como los marineros", reflexionó Khaemuast, "pero no es una cosa ni otra. Es un príncipe, educado para la realeza de esta tierra. Son demasiados los que lo olvidan".

—Si hoy comienzo a beber vino, no lo voy a dejar, Si-Montu —confesó—. En cuanto a cómo estoy, ocupémonos primero de los asuntos del faraón. Luego quiero hablar contigo.

Su hermano asintió con un gesto ecuánime. Khaemuast siempre había agradecido a Si-Montu aquella pronta aceptación suya, aquella renuncia a entrometerse.

—Muy bien —sonrió éste—. Podemos atender en poco tiempo el asunto de nuestro padre. Este año la cosecha de uvas será enorme, siempre que pueda dominar el añublo desde el principio. La fruta se está dando muy bien, en racimos muy pequeños pero apretados. Sin embargo, las hojas y algunas de las viñas se están poniendo negras. Podrías echar un vistazo, ya que eres médico, y tal vez recetar algo con lo que yo pudiera intentar detenerlo. ¡Ah!

Hizo una seña al criado, que había aparecido con una bandeja, una jarra sellada y polvorienta, y dos tazas de alabastro. El sirviente le ofreció la jarra para que él mismo inspeccionara el sello, luego lo rompió y escanció el vino. Khaemuast contempló aquel líquido denso y oscuro, súbitamente inundado de luz, que caía en las tazas. Si-Montu levantó un dedo admonitorio.

—Ahora, una sola taza. Luego inspeccionarás las viñas y enviarás a nuestro padre la factura por tus servicios. Luego, otra taza. O la jarra entera, si así lo deseas. —Sonrió. Khaemuast, a su pesar, le devolvió la sonrisa—. Si lo prefieres así, haré que se lleven el vino después de que hayas bebido dos tazas. —Entregó la bebida a su hermano y levantó su taza—. ¡Por Egipto! ¡Que gobierne durante mucho tiempo sobre las únicas zonas del mundo que importan de verdad!

Khaemuast brindó también. El vino se le deslizó por la garganta, áspero, dulce y fresco. Una gran cosecha, en verdad. No tardó mucho tiempo en esparcir su noble calor por las venas del príncipe, quien por primera vez en aquel día se relajó y conversó con su hermano de familiares, enemigos, asuntos extranjeros (de los que Si-Montu sabía poco y se ocupaba menos) y sus diversas propiedades agrícolas.

Por fin Si-Montu se levantó. Recorrieron juntos muy cuidadosamente el viñedo. Khaemuast notó, con agrio humor, que su hermano no se había molestado en pedir un dosel. Caminaron los dos bajo el calor aplastante, tocando las hojas y analizando el problema. Khaemuast hizo algunas sugerencias con las que su hermano estuvo de acuerdo. Nadie sabía más que él sobre el cuidado y el cultivo de las uvas, pero aun así el médico podía ayudar.

Luego volvieron al jardín para tomar una segunda taza de vino. En cuanto estuvieron sentados, Si-Montu le invitó:

—Bien. Por tu aspecto, se diría que acabas de salir a espada limpia del Mundo inferior, matando a la Gran Serpiente para conseguirlo. ¿Qué te ocurre?

Khaemuast le contó todo. La herida, una vez abierta, manó copiosamente. Cuando al fin guardó silencio, el sol empezaba ya a ponerse. Durante todo aquel tiempo, Si-Montu le había observado sin hacer comentarios, emitiendo sólo algún gruñido ocasional. Cuando la voz de Khaemuast enmudeció, él yació su taza y volvió a llenar las dos. Luego, se tironeó distraídamente la barba.

Ben-Anath apareció en el vano de la puerta y se encogió de hombros. Si-Montu levantó dos dedos y su mujer, con una sonrisa, volvió a desaparecer a la sombra de la casa, débil aún, pero creciente. Khaemuast envidiaba aquella comunicación perfecta entre ellos.

—Cuando me enamoré de Ben-Anath —ofreció Si-Montu—, toda la corte intentó convencerme de que había enloquecido. Nuestro padre me hablaba durante horas enteras. Nuestra madre arrojaba a mis pies a cuantas mujeres deseables podía convencer, con halagos o amenazas. Por fin, se me eliminó de la línea de sucesión al trono. ¿Y crees que eso me importó? —Se echó a reír—. Ni un ápice. Ni por un momento. Todas mis energías eran para cortejar a mi mujer.

Khaemuast sonrió para sus adentros. La energía de Si-Montu era considerable; concentrada en una sola cosa, llegaba a ser casi irresistible.



—Ella era sólo la hija de un capitán sirio, pero ¡dioses, qué altanera! Le preocupaba la posibilidad de que yo me resistiera, porque mi decisión de desposarla me había despojado de casi todos los privilegios reales. Pero jamás he lamentado esa decisión. —Clavó en su hermano una mirada súbitamente seria—. ¿Tú amas así a Nubnofret?

—Bien sabes que no —respondió Khaemuast, sinceramente—. La amo hasta donde soy capaz de amar...

—Hasta donde ves el amor —interrumpió Si-Montu—, es decir, sólo hasta donde no ofrece peligros. ¿Y quién puede determinar cuál de nosotros es más feliz o más sabio? Considéralo con sensatez, Khaemuast. Tienes una esposa amante y una feliz familia. Estás desesperado y febril, quizá por primera vez en tu vida, por dormir con una mujer que no dejas de ver en las calles. Bueno, ¿y qué? Khaemuast le acercó la taza para que se la llenara. Si-Montu vaciló, pero él le hizo un gesto seco. El hermano, con un suspiro, la llenó hasta los bordes y continuó hablando:

—Muchos hombres han padecido ese mismo mal. Se llama lujuria, mi libresco hermano. Lujuria, eso es todo. Te atormentas por eso como si representara la destrucción de todo, incluido de ti mismo, pero no es así, desde luego. Tienes dos opciones. —Se limpió algunas gotas del líquido rojo en el bigote. Sus dedos romos y encallecidos se movían con aire pensativo—. Puedes continuar buscándola... y sabes que tarde o temprano la hallarás, ¿verdad? Entonces, podrás ofrecerle toda una serie de cosas gratas, hasta encontrar la llave que abra las puertas de su virtud, momento en el que podrás hartarte de ella. De lo contrario, puedes apartarla de ti cada vez que se filtra en tus órganos vitales; dentro de seis meses no lograrás explicarte por qué te creaste tantos problemas. —Miró de soslayo a Khaemuast—. Desde luego, también podrías pasar la vida preguntándote qué te perdiste, pero eso no está en tu temperamento, querido hermano.

"En otros tiempos no estaba en mi temperamento", pensó Khaemuast, "pero estoy cambiando. No me gusta y tal vez no pueda hacértelo comprender, Si-Montu, pero no creo que pueda dominarlo más".

—¿Y qué harías tú? —preguntó en voz alta.

—Yo se lo diría a Ben-Anath —fue la rápida respuesta—. Y ella me respondería: "Raquíico hijo de un faraón disecado, si no soy suficiente mujer para ti, ve y hártate en las calles. Y cuando vengas a mi arrastrándote, dispuesto a admitir que no hay en el mundo mujer como yo, te dejaré dormir en las cocinas, entre las pequeñas esclavas que, por entonces, te habrás habituado a tratar como a iguales". Pero ocurre —concluyó Si-Montu, con sencillez— que aún no deseo a ninguna otra mujer como deseo a mi esposa. ¿Quieres mi consejo?

Khaemuast asintió con la cabeza, mudo.

—Deja de perseguir a ese fantasma, empieza a dar a Nubnofret lo que le corresponde por bella y por docilísima esposa... y cierra esa tumba.

Khaemuast parpadeó. Pese a los suaves vapores de vino que flotaban placenteramente en su cerebro, acusó el impacto. Si-Montu le miraba con fijeza.

—¿La tumba? Te he contado las preocupaciones que me causa, pero no tiene nada que ver con mi dilema actual.

—¿No? —preguntó Si-Montu—. Yo no estoy tan seguro. Tratas a los muertos con mucha arrogancia. Tu búsqueda de conocimientos, Khaemuast, es cortés, pero también es implacable. Te crees a salvo porque restauras y haces ofrendas, pero ¿nunca se te ha ocurrido pensar que los muertos pueden desear sólo estar en paz? ¿O que cuanto tomas no es, en verdad, igual a lo que crees dar? No me siento tranquilo con respecto a esa última empresa tuya. Ciérrala.

Khaemuast sintió que el miedo le apretaba el corazón. Si-Montu, con su habitual facilidad para acertar inconscientemente en el origen de los problemas, acababa de expresar sus propios temores con una lucidez de la que él mismo carecía.

—No creo que haya ninguna relación —replicó, pronunciando las palabras con cuidado, porque se estaba embriagando y porque no decía la verdad.

Si-Montu se encogió de hombros.

—Probablemente tengas razón —aceptó, indiferente—. Ya es hora de cenar. Te quedarás, por supuesto. Esta noche no tengo huéspedes aburridos, a diferencia de lo que ocurre en tu casa, donde me veo obligado a pasar las comidas bostezando.

Se levantaron para caminar hacia la casa, en el crepúsculo. Khaemuast se sentía ,mucho mejor, pero había en él una simiente de rebeldía. Si-Montu no tenía derecho a acusarle de algún modo de violación... Si-Montu, que nada sabía de la historia ni de lo precioso de las cosas raras; Si-Montu, que nunca había desempeñado un papel de sacerdote. Él, Khaemuast, no violaba. En cuanto a la mujer...

Entró en el comedor de su hermano ante la sonrisa de Ben-Anath y ocupó su lugar en la mesita que le habían preparado. En cuanto a la mujer, la hallaría, tal como su hermano había dicho. Fuera o no lujuria, ella creaba en él un sentimiento que nunca había experimentado antes y que estaba decidido a explorar. No tenía intención alguna de revelar nada a Nubnofret. Ella no lo comprendería. ¿Y los dioses?

Por fin sucumbió a los incitadores efectos del vino. Si los dioses hubieran decidido castigarle o demostrarle que sus estudios les parecían insultantes, lo habrían hecho mucho tiempo antes. ¿Acaso no los trataba él como a amigos? Levantó la taza, pidiendo más vino, y cayó sobre el primer plato de la excelente cena que habían preparado los cocineros de Ben-Anath. Un arpista empezó a tocar. Khaemuast disfrutaba de la velada, disfrutaba plenamente por primera vez en varios meses.

A la mañana siguiente, se despertó tarde, en el cuarto de huéspedes de Si-Montu, recordando vagamente lo ocurrido la noche anterior. El sirviente enviado por su hermano para bañarle, vestirle y llevarle la comida le dijo que durante la cena habían despachado un mensaje a su esposa y que sus hombres estaban bien atendidos.

Khaemuast buscó a Ben-Anath y le agradeció su hospitalidad. Luego reunió a su servicio y emprendió el regreso. Si-Montu estaba ya en los viñedos. "No recuerdo desde cuándo no bebía tan libremente", se dijo el príncipe, reclinándose contra la cabina de la barcaza. "Pero el vino de Si-Montu es muy bueno, desde luego. No me duele la cabeza, sólo tengo una sensación de flotar y una leve falta de equilibrio."

Entonces, lo recordó. También había bebido mucho, aunque no tanto como la noche anterior, durante el banquete en el palacio de su padre, aquella velada en que le había lio aboradado el anciano del pergamino. Ése si que era un asunto raro. Sus pensamientos continuaron su curso, mientras los remeros pujaban contra la corriente, levantando chorros de agua refulgente a la luz del sol. "Perdí el pergamino. ¡Qué pena!, me siento culpable por tanto descuido. Bueno, ése es un asunto terminado y cerrado. No debo beber otra vez en exceso."

Mientras reflexionaba, no apartaba los ojos de la ribera. Los mantuvo allí hasta que el camino de la costa viró bruscamente hacia el oeste y dio paso a las fincas de los nobles. Pero aquel día no hubo ningún flamear de lienzos escarlatas que aceleraran su corazón. Amek mantenía su estólida posición en la proa. Khaemuast no habría podido decir si anhelaba verla o si temía que apareciera, como por arte de magia, haciéndole perder una vez más su dominio de sí mismo. Al final, aparecieron a la vista los peldaños de su embarcadero. Uno de los guardias de Amek estaba allí, junto al poste de amarre. El príncipe se había ahorrado otro encuentro.

Después de desembarcar fue inmediatamente en busca de su esposa. Nubnofret se encontraba en sus habitaciones, dictando una carta para una de sus amigas de la corte. Cuando Khaemuast entró, alzó la vista con una sonrisa.

—¿Ha sido grata la borrachera, querido hermano? —preguntó—. Se te ve descansado.

—Fue grata, sí —admitió Khaemuast, devolviendo con un gesto la reverencia del escriba de su esposa—. No era mi intención pasar la noche fuera de casa, Nubnofret. Si he ocasionado problemas aquí, te pido disculpas.

—En absoluto.

Ella se levantó, se acercó a él y le rozó la mejilla con una afilada uña suavemente. Luego, le besó en el pecho desnudo. Su boca era blanda. Khaemuast no percibió reproche alguno en su actitud ni en su cálida mirada. Para entonces, debía ya circular entre los sirvientes la anécdota de la asombrosa falta de control con que había pegado a Amek. A todos los sirvientes les gustaba chismorrear, pero era mérito de Nubnofret que no se atrevieran a comentar los asuntos familiares con el personal de otras casas. Por primera vez se preguntó si su esposa permitiría que Wernuro le transmitiera aquellos rumores. Entonces, adquirió conciencia de su desesperación. "No puedo pretender que mis actos permanezcan ocultos al resto de la familia", pensó, mientras devolvía la sonrisa a su esposa. "¡Oh, cuánto cansa, cuánto consume la mente el engaño!"

—No ha llegado nada de importancia desde el Delta. Al menos, eso me dice Penbuy —informó Nubnofret—. Y no se han presentado huéspedes inesperados. Pero no olvides que May se hospedaré aquí la semana entrante, cuando retorne de las canteras de Asuán. Ahora, debes disculparme, Khaemuast. He de acabar mi dictado. Hoy tengo mucho que hacer.

Sus brillantes ojos negros revelaban que se apresuraría a concluir sus tareas para estar a disposición de su esposo en cuanto fuera posible. En realidad, él había olvidado al jefe de arquitectos de su padre. El corazón le dio un vuelco, en otros tiempos habría recibido con mucho agrado a un hombre tan culto y distinguido, pero ahora sólo deseaba que desaparecieran todos: su padre, sus hermanos, sus contactos con el gobierno, a fin de quedar a solas y poder concentrarse en... Se volvió bruscamente.

—Avisame cuando estés desocupada —replicó—. Podemos ir a nadar más tarde.

Y escapó a su despacho. Allí vio que Hori había dejado el trabajo del día anterior sobre el escritorio, pulcramente apilado. Lo revisó con energía.

"Basta de tonterías", pensó. "Cuanto antes estudie esto, antes se podrá cerrar la tumba. Ya he malgastado demasiado tiempo, demasiado esfuerzo, que habría debido dedicar a la obra de mis propios arquitectos."

Pero antes de sentarse, llamó a Ib.

—Reanuda las partidas de búsqueda —ordenó—. Quiero a esa mujer y no me importa lo que cueste.

## CAPÍTULO 6

Ven, que tienes ante ti canciones y música.

Deja atrás todos tus cuidados;

piensa sólo en el goce hasta que llegue el día

en que debas bajar

a la tierra que ama el silencio.

El mes de Ator se deslizó sin alteraciones y se inició el de Khoiak. May resultó un huésped entretenido, como siempre, y dejó regalos para todos antes de alejarse en su barcaza dorada, adornada con flores. Khaemuast trazó los horóscopos para el mes entrante y no halló cambios con respecto al anterior. Sin embargo, en esta ocasión ejecutó la tarea con una extraña objetividad y repasó los resultados con algo parecido a la indiferencia. Que fuera lo que fuese. Los egipcios eran, en general, un pueblo animoso y optimista, como él bien sabía, pero no restaban importancia a los dedos del destino que a veces agitaba su vida. Con el paso del tiempo, Khaemuast se sentía cada vez más apesadado por la mano implacable del destino. Encontraba en aquel conocimiento un consuelo casi perverso. Mientras atendía a sus pacientes y cumplía sus otras tareas, recibía con ecuanimidad los informes de Ib y Amek, invariablemente negativos. Un día más, un mes más, un año más no importaban. Estaba seguro de que ella acabaría por venir a él. Y la esperaba.

Los días de Khoiak se tornaban cada vez más calurosos. Los cereales habían alcanzado una buena altura en los pequeños sembrados, aunque todavía estaban verdes. Hori pasaba ahora la mayor parte de su tiempo en el frescor de la tumba, cuyos misterios le importunaban; Sheritra nadaba, leía o permanecía encerrada en su mundo. El culto a los dioses continuaba, ya en la casa, ya en los templos, donde la familia se prosternaba al mismo tiempo ante Ptah, Ré o Neith. Khaemuast sabía que dentro de poco le volverían a convocar al palacio, pues el embajador Huy debía de estar ya a punto de regresar a Egipto, pero apartaba de su mente las fastidiosas y divertidas negociaciones de su padre. Se acercaba el verano, temporada de calor abotargante, de horas interminables en las que la realidad parecía adquirir dimensiones diferentes, mientras la eternidad del aire ardiente y la luz blanca parecían fundir el Egipto mortal con el inmortal paraíso de Osiris.

Un día en que Khaemuast se hallaba acabando de dictar a Penbuy algunas notas sobre el reinado de Osiris Thotmés I, Ib entró en el despacho con una reverencia. Ya habían almorzado y se aproximaba rápidamente la hora de la siesta. Khaemuast lanzó una mirada de fastidio a su sirviente, presintiendo que le esperaba otra tarea. Quería tenderse en su diván y dormir, bajo el suave susurro de los abanicos.

—¿Qué ocurre? —le espetó.

Penbuy estaba recogiendo sus estilos, la tinta y los rollos, con los ojos pesados por la necesidad de dormir en aquellas horas calurosas. A una señal de Khaemuast, abandonó la habitación.

—Con tu perdón, príncipe —dijo Ib—, hay aquí un joven que requiere un momento de tu tiempo. Su madre necesita atención médica.

—¿Qué joven? —preguntó Khaemuast, irritado—. La ciudad está llena de médicos capaces. ¿No le has dicho que sólo atiendo a la nobleza, aparte de algunos casos que puedan resultarme de interés especial?

—Lo he hecho —respondió Ib—. Dice que su madre es de la nobleza, en efecto, y no una mujer cualquiera. Te agradecería que le concedieras una consulta personal y dice que su tío te pagará bien por la molestia.

Khaemuast dio un respingo, pero se recuperó en seguida.

—No me interesa el oro —gruñó—. Ya tengo de sobra. ¿Qué aqueja a esa mujer?

—Al parecer, se clavó en el pie una gran astilla de madera. Le han quitado la astilla, pero el pie está infectado.

—En ese caso no necesito ir personalmente. Puedo prescribirle inmediatamente un remedio —decidió, aliviado—. Haz pasar al muchacho.

Ib se retiró. Tras un rato de espera, una sombra cruzó la puerta abierta. Khaemuast alzó la vista. Un joven, que aparentaba tener la edad de Hori, le efectuaba una profunda reverencia con los brazos extendidos. El príncipe advirtió de inmediato que tenía las manos finas y bien cuidadas, las palmas teñidas con alheña, las uñas recortadas, y la piel era suave. Calzaba unas sandalias de cuero con cordones de oro y el lienzo de su faldilla correspondía al décimo o undécimo grado de transparencia. Cuando irguió la espalda en toda su estatura, sus ojos se fijaron en los de Khaemuast sin sumisión ni orgullo, pero sí con expectación. El dueño de la casa notó que no llevaba peluca. Su pelo natural le caía, negro y completamente lacio, hasta los hombros cuadrados. Una gruesa banda de oro rodeaba su cuello y sobre el pecho, delgado pero de hermosos músculos, pendía una gran ankh, símbolo de la vida. En comparación con su cabello, los ojos parecían grises. Seguían la apreciación que de él hacia Khaemuast con atención, pero sin comprometerse. Había algo casi familiar en él, quizá en su pose erguida o en la natural curva hacia arriba que la boca asumía en las comisuras. El príncipe decidió que nunca había visto un ejemplar tan perfecto de joven virilidad, aparte de Hori.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El muchacho inclinó la cabeza y su cabello negro cayó hacia adelante, brillando vagamente.

—Me llamo Harmin —respondió, con voz tan serena y firme como sus ojos.

—El mayordomo me ha hablado de la dolencia de tu madre. También me ha dicho que tu familia es de la nobleza. Yo creía conocer, aunque sólo fuera de vista, a todas las familias nobles de Egipto, pero nunca te he visto ni he oído tu nombre. ¿A qué se debe eso?

El joven sonrió, con una sonrisa conquistadora y afable, que a Khaemuast le costó no devolver.

–Mi familia tiene unas modestas propiedades en Coptos, al norte de la bendita Tebas –explicó–. Somos de un antiguo linaje, nuestra estirpe se remonta a los tiempos del príncipe Sekenenra. Aunque pertenecemos a la nobleza menor y nunca ocupamos altos cargos, estamos orgullosos de nuestra sangre. Es pura, no ha habido corrientes extranjeras que se mezclaran con ella. En los tiempos en que revivió el comercio con Punt, después de que la gran reina Hatshepsut redescubriera esa tierra, mi antepasado era capataz de sus caravanas a lo largo de toda la ruta, entre Coptos y el Mar de Oriente.

Khaemuast parpadeó. Pocos historiadores, y mucho menos los ciudadanos egipcios comunes, sabían de aquella fabulosa reina que, según decían, había gobernado como rey, construyendo un templo mortuorio de insuperable belleza en la ribera occidental de Tebas. Quienes habían estudiado el lugar se inclinaban por adjudicarlo al faraón guerrero Thotmés III, pero Khaemuast siempre había estado en desacuerdo con aquella versión. Eso despertaba su interés, pero se limitó a decir:

–Si tu familia vive en Menfis desde hace algún tiempo, yo debería haberos oído nombrar.

La sonrisa de Harmin se ensanchó.

–Mi madre, mi tío y yo nos instalamos aquí hace unos dos meses. En Coptos hay ya muy poco que hacer, Alteza, y tenemos un buen capataz que se encarga de nuestra pequeña finca en aquella zona.

Khaemuast no estaba satisfecho del todo, pero seguir haciendo preguntas hubiera sido faltar a los buenos modales. De cualquier modo, estaba convencido de que aquel joven había recibido una crianza noble.

–No necesito examinar a tu madre –objetó con amabilidad–. Le prescribiré un remedio.

Harmin dio un rápido paso adelante.

–Perdóname, príncipe, pero le hemos aplicado el ave per–baibait con miel. Eso hizo que la astilla saliera. Luego tratamos la herida con un emplasto de excremento humano triturado con levadura de cerveza dulce, aceite de sefet y miel, pero la infección progresa.

–Eso significa que habéis consultado con otro médico.

Harmin puso cara de sorpresa.

–Pues no. Mi madre es bastante versada en remedios, pero en esta ocasión no logra curarse. Para ella sería un gran honor que le examinaras el pie.

"Tal vez sería mejor que lo hiciera", pensó Khaemuast, con desgana. El emplasto aplicado era de uso común en heridas abiertas, pero no tenía mucha fe en él. Con frecuencia parecía empeorar el mal. Suspirando para sus adentros, despidió al joven.

–Iré –dijo–. Haz el favor de esperar en el salón exterior.

Harmin no le dio las gracias, ni siquiera demostró satisfacción. Después de hacerle otra reverencia, giró sobre sus talones y desapareció, haciendo susurrar suavemente las sandalias en los mosaicos con su paso lento y desenvuelto.

Khaemuast pasó a su biblioteca, abrió la caja donde guardaba sus medicamentos y extrajo de ella un saco de cuero lleno de vendajes y otras cosas que solía necesitar para sus pacientes. Le zumbaba la cabeza, exigiéndole que la apoyara en una almohada, y le ardían los ojos. Se apresuró a echar la llave a la caja y salió tras Harmin. Ib estaba sentado en su banquillo del corredor.

–¿Te acompaño, príncipe? –preguntó, levantándose.

–No –respondió Khaemuast–. Por esta vez no te necesito, Ib, pero me llevaré a Amek.

En el vestíbulo no había señales de Harmin. Khaemuast le encontró esperando a la sombra de las coloridas columnas frontales. Permanecía inmóvil, con los brazos a los costados y la cabeza apenas inclinada, escuchando un sonido que flotaba por encima de los densos arbustos que separaban el sendero pavimentado de los jardines de atrás.

Khaemuast se detuvo, asombrado. Era la voz de Sheritra, alta y pura, la que llenaba el aire caliente. La niña rara vez cantaba, como no fueran estribillos infantiles, pero en aquel momento entonaba una antigua canción de amor que atravesó el corazón de su padre: "Tu amor, lo deseo, como manteca y miel. Me perteneces, como el mejor unguento a los miembros del noble, como el lienzo más fino a los miembros de un dios, como el incienso al Señor de Todo...".

Harmin se volvió un poco.

–Es una voz muy bella –comentó.

–Si, en efecto –respondió Khaemuast, brevemente. Sheritra se habría azorado y sofocado de haber sabido que tenía público. Sacudió la cabeza para indicar a Harmin que le siguiera y echó a andar hacia el río–. ¿Por dónde has venido? –preguntó–. ¿Dónde está tu casa?

–Más allá de los suburbios del norte –respondió el muchacho, que caminaba ya a su lado–. Tomé un esquife para cruzar el río y luego he hecho el trayecto caminando, Alteza. La mañana era muy bella.

No se hablaron más. Khaemuast invitó al joven a subir a su barcaza. Amek los siguió con un soldado y el capitán dio la orden de zarpar. A esa hora había poco tránsito en el Nilo. Todos los que podían descansar estaban durmiendo y los embarcaderos de los nobles permanecían desiertos. El príncipe había supuesto, por algún motivo, que su paciente viviría en una de aquellas fincas, aunque conocía personalmente a la mayoría de sus habitantes. Pero Harmin no dio señal alguna de que hubiera llegado el momento de girar hacia la ribera.

Apareció el camino del río, casi libre de viajeros. Quienes se veían obligados a transitar por allí guardaban silencio por el calor. La barcaza se deslizaba junto al cami no como una mota de polvo que cayera con un rayo de sol. La superficie del agua estaba vidriosa, casi inmóvil.

Dejaron atrás el canal con su puente, cerca del cual Khaemuast había entrevisto aquel maldito destello escarlata, pero la ruta estaba allí desierta. En su lado occidental, rodeadas por unos altos campos de cereales, se alzaban unos cuantos hogares respetables, pulcros en su modestia. Después, sólo había sembrados que se curvaban por el calor

y el agua, vertida rítmicamente en los finos canales de irrigación que los alimentaban, mientras los fellahin bajaban los cántaros hacia el Nilo, en el extremo de unas largas pértigas, para izarlos con sogas hasta las acequias que se entrecruzaban en los campos.

Khaemuast pensó en su hija, en los secretos y dolorosos rincones de su alma. "Si alguien merece ser amada, ese alguien es ella", pensó, entristecido. "Sin duda estaba sola en el jardín, pues ni siquiera a Bakmut le permite oír su canto."

En ese momento, Harmin se movió para señalar:

–Por favor, príncipe, di a tu capitán que empiece a acercarse a la ribera. Esos peldaños, allí.

Estaba indicando la orilla del este, no la occidental, donde había pocas viviendas y la vegetación se aferraba a una miserable banda de tierra, antes de que el desierto se apoderara de todo. Khaemuast nunca había prestado mucha atención a aquella parte, pero en verdad había un tramo de peldaños muy estrechos, que subían desde el río hasta un pequeño palmar. Más allá se divisaba la mancha de un muro blanco. Gritó una orden y la barcaza inició un cuidadoso giro.

La casa estaba aislada. Debía de haber unos ochocientos metros entre ella y las viviendas de barro que habitaban los capataces de aquellos aristocráticos terratenientes, en ambas direcciones. Unas palmeras se extendían a lo largo del ribazo, y se podía pasar fácilmente por alto el grupo de casas, a menos que se estuviera buscándolo.

Los escalones del embarcadero tenían un solo poste de amarre, con la pintura blanca descascarillada. La barcaza lo rozó y un marinero bajó de un salto para asegurar las cuerdas. Khaemuast se levantó, haciendo una seña a Amek, e invitó a Harmin a precederle. El joven, sin decir una palabra más, abrió la marcha por los peldaños y se adentró en un camino de tierra que serpenteaba alegremente a la sombra moteada de las palmeras, cuyos troncos altos y lisos despedían un dulce olor. Arriba susurraban las frondas rígidas.

La casa anidaba en un pequeño claro. Khaemuast observó de inmediato que había sido edificada con ladrillos de barro y parecía fundirse con el ambiente en una perfecta armonía. En algunas partes se había desprendido la escayola pintada de blanco. Cinco o seis obreros se ocupaban de reparar el revoque y el encalado. Harmin se disculpó:

–La casa estuvo abandonada y sin atención hasta que la ocupamos. El barro es buen material para construir una casa, pero necesita un mantenimiento constante.

"No conozco a ningún noble que se atreva a vivir en una casa de barro, como los campesinos", pensó Khaemuast. "En esta época, ya no. Si algún amigo o pariente mío hubiera comprado esta propiedad, habría hecho derribar inmediatamente la construcción y encargado cedro del Líbano, piedra caliza y granito de Asuán, y oro de Nubia, para edificar algo que consideraran adecuado. Aquí hay un misterio."

Pero al acercarse a la entrada le agradó lo que veía. Indudablemente, los ladrillos de barro mantenían el ambiente fresco, pues una leve brisa de aire fresco le saludó desde el pequeño salón de recepciones.

Harmin se volvió con una reverenda.

–Bienvenido, gran príncipe –dijo. Dio una palmada y apareció un sirviente, descalzo y vestido sólo con un taparrabos–. ¿Querías tomar algo de vino o cerveza, y quizá unas tortas, antes de ver a mi madre?

Khaemuast estaba examinando rápidamente el salón, en él una abertura cuadrada y sin puerta daba al pasillo, y el suelo era de grandes mosaicos sencillos. Como si sobre él cayera un bálsamo curativo, advirtió el cómodo silencio que reinaba allí. A aquella habitación no llegaba el constante rumor de la vida que bullía en la ribera oeste. No había vecinos que perturbaran aquella bendita paz con música o risas. Ni siquiera el leve rumor de las palmeras parecía penetrar hasta allí. Sintió que se relajaba, la tensión desapareció de su estómago y de sus hombros. Su observación no había pasado desapercibida a Harmin, que señaló el cuarto con un gesto.

–Como ves, respetamos las costumbres antiguas –comentó– y a nadie pedimos disculpas por hacerlo, príncipe.

Era como si hubiese leído los pensamientos de Khaemuast. Los muros eran blancos, pero mostraban escenas del Nilo, animales del desierto y representaciones de los dioses, todo pintado con esmero. Cada escena estaba separada de las otras por un datilero pintado entre el suelo y el cielo raso, teñido de azul. Había almohadones amontonados en los rincones y tres sillas de aromático cedro, de patas finas y delicadas, con adornos de oro; en una mesa larga y baja, del mismo diseño, se veía un simple frasco de alabastro con un ungüento para untar a los huéspedes y un jarrón de arcilla, lleno de unas prietas flores primaverales. A cada lado de la abertura interior se erguían dos incensarios, severos en su sencillez y, junto a ellos, en sendos nichos, residían Amón y Thot, cuyos cuerpos de oro brillaban ligeramente en aquella agradable y fresca penumbra. No había exceso de adornos ni cosas importadas allí. Hasta el aire, que olía vagamente a flores de loto y mirra, parecía completamente egipcio. Khaemuast lo aspiró profundamente.

–No, Harmin, gracias –sonrió–. Veré primero a tu madre Amek, acompáñame hasta su alcoba. Harás guardia ante esa puerta.

Vio que Harmin miraba de reojo la mole de Amek antes de encaminarse hacia la parte trasera. Khaemuast le siguió, llevando su saco en la mano. "En esta casa podría vivir eternamente", pensó, mientras se extendía en él aquella sensación de bienestar. "¡Qué obra podría hacer! ¡Qué sueños soñaría! Aunque podría ser peligroso. ¡Oh, sí! Poco a poco iría descartando mis deberes para con mi padre, para con mi Egipto, y me hundiría en el pasado como una flor arrojada al seno del Nilo. ¿Qué clase de gente es ésta?"

El pasillo era estrecho, oscuro y muy sencillo. Pero en el otro extremo, el fulgor de la tarde cortaba la oscuridad con unos rayos como puñales. El príncipe distinguió un pequeño rectángulo de césped, algunos parterres de abigarrados colores y un estanque sofocado de cerúleas flores de loto, rosadas y blancas, sobre las que zumbaban las abejas. Harmin giró bruscamente hacia la izquierda y se hizo a un lado, con una reverencia.

–El príncipe Khaemuast, madre –anunció–. Alteza, he aquí a Tsubui, mi madre.

Khaemuast entró en la habitación con las habituales palabras tranquilizadoras a flor de labios. Se había herido el pie o sea que no podría levantarse para hacerle una reverencia, como había intentado la pequeña bailarina. "Qué extraño", pensó, "qué extraño que la recuerde justamente ahora". Cuando iba a hablar para decir a la mujer que no tratara de moverse, oyó que Amek ahogaba una rápida exclamación a sus espaldas. Fue un sonido muy breve, que se perdió en un segundo, pero Khaemuast se detuvo instintivamente, sintiendo que la sangre le abandonaba el rostro. Los muros blancos de aquella agradable habitación oscilaron y tuvo que esforzarse para no perder el dominio de sí mismo. Cobró conciencia de la reconfortante presencia de Amek a su espalda, de los ojos grises de Harmin clavados en él, sin duda desconcertados, y de sus propios dedos, que aferraban el saco como si fuera a morir por dejarlo caer. Luego se recuperó y consiguió poder avanzar.

–Te saludo, Tsubui –dijo, maravillado de poder hablar con tanta cordura.

La mujer estaba sentada en un gran sillón, junto a un diván cubierto con unas relucientes sábanas. Mantenía la pierna apoyada en unos almohadones sobre un banquillo. Los brazos desnudos, lánguidos, descansaban sobre los soportes de madera del sillón y unos pesados anillos de plata lanzaron unos guiños desde sus dedos finos. Ella le sonreía por encima de un lienzo revuelto (Khaemuast no podía distinguir si era una sábana o un manto), curvando su boca teñida de alheña. Sus ojos negros, pintados de kohl, le observaban sin vacilar. "Negros, negros", pensó él, aturcido, "y su pelo, negro como la noche, negro como hollín contra esas exquisitas clavículas, negro como la furia que conjuró en mí aquella vez, en la ruta de Menfis, con su paso escarlata por entre la muchedumbre. La he hallado. ¡No me extraña que mis servidores no pudieran, puesto que vivía en la ribera del este!".

Se acercó a ella con cautela, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer temblar su imagen y desvanecerla. "No la he hallado yo. El destino la ha buscado por mí y me ha lanzado a su costa, como podría vomitar a un marinero medio ahogado en una playa de arena. ¿Me reconoce? ¿A Amek? ¿A Amek sí, sin duda!" Vio que la mirada serena de la mujer pasaba del capitán de su guardia a él. Su sonrisa se ensanchó y Khaemuast experimentó un súbito terror al oír su voz.

–Te saludo, príncipe. Bienvenido a mi hogar –dijo ella–. En verdad es un honor que hayas querido venir a examinarme personalmente y te pido disculpas por los inconvenientes que pueda haberte causado.

Su voz era culta y bien modulada, una voz habituada a dar órdenes, saludar a invitados y entretener a los visitantes. Khaemuast se preguntó cómo sonaría con el tono gutural de la pasión. Dejó su saco y se inclinó hacia su pie, apretando los dientes. Tenía que responder. Notaba en ella un leve acento, y también en su hijo, ahora que lo pensaba, pero no era el acento de los extranjeros que él conocía.

–No ha habido ningún inconveniente –dijo–. Harmin me ha narrado tus esfuerzos por curarte sola. Siendo así, no podía dejar de venir en tu ayuda.

Empezó a deshacer los vendajes del pie, dominando con un gran esfuerzo el temblor de sus manos. "Dentro de un instante tocaré su carne", pensaba. "¡Dominate, médico! ¡Es una paciente!" Sus pulmones se llenaron con el perfume de Tsubui, una leve sugerencia almizclada de mirra, mezclada con algo más, que no llegó a identificar. Mantuvo los ojos fijos en su tarea.

Por fin, las vendas cayeron al suelo y Khaemuast se esforzó por no vacilar. Con mucha suavidad, presionó la carne hinchada y púrpura, alrededor de un bulto que no parecía infectado. Estaba seco, pero todavía no había cerrado, era cierto. La piel de la mujer estaba fresca, casi fría.

–Aquí no hay infección –anunció, mirándola desde su posición, en cuclillas ¿No sientes ardor en la ingle?

–No, en absoluto. Tal vez Harmin haya mostrado demasiado celo en sus esfuerzos por convencerte de que acudieras, Alteza. Lo siento. Se trata de que la herida no cierra, en realidad.

Se echó el pelo detrás de las pequeñas orejas, con las dos manos. Khaemuast vio entonces que lucía un par de pesados pendientes de plata y turquesa, con forma de dos ankhs de las que pendían unos diminutos escarabajos. Al reparar en ellos recordó sus trabajos para evitar el hechizo de aquel pergamino sin sentido y la noche pasada en el lecho de Nubnofret, anulando así su protección sin pensarlo dos veces.

–¿Cuánto tiempo hace que estás así? –preguntó.

Ella se encogió de hombros y el lienzo se deslizó por sus pechos, descubriendo la tentadora sombra de un seno.

–Unas dos semanas. Me baño el pie dos veces al día y me hago aplicar un emplasto de leche, miel e incienso molido, a fin de que seque, pero ya ves... –Señaló la pierna con un gesto y Khaemuast sintió que le rozaba el casco–. Mi tratamiento no es eficaz.

El estado de aquella carne intrigaba a Khaemuast. Tenía el color de un tejido ya muerto.

–Creo que tendré que hacer una sutura con aguja e hilo –dijo por fin, levantándose–. Te dolerá, Tsubui, pero puedo darte una infusión de amapola para aliviar el dolor.

–Muy bien –dijo ella, casi con indiferencia–. Esto es culpa mía, por supuesto, por andar tanto descalza.

"Talones descalzos", pensó Khaemuast, otra vez. "Nubnofret caminando delante de mí por el corredor, la noche en que Sheritra tuvo una pesadilla. Tú, Tsubui, descaída, vestida con tu anticuada túnica blanca, provocativa... ¡Estoy seguro de que has reconocido a Amek!"

Había llevado consigo todo lo necesario. Pidió fuego y cuando se lo trajeron, en un diminuto brasero, preparó la infusión de amapola. Tsubui le observó trabajar en silencio, en la extraña y envolvente quietud de aquella casa extraordinaria.

Cuando el brebaje estuvo preparado, se lo tendió. Ella lo bebió con aire obediente. Mientras esperaban a que surtiera efecto, el príncipe seleccionó aguja e hilo. Harmin se había ido un rato antes, dejando que Amek ocupara su

puesto junto a la puerta. Khaemuast percibió su resentimiento, aunque el hombre no se movía. Aquélla era la mujer por culpa de la cual su amo le había pegado.

Se forzó a concentrarse en su tarea, cosiendo la herida pulcramente y con cuidado, sin que Tbusui hiciera una sola mueca o emitiera una queja. Cuando apartó la vista de su trabajo, encontró los ojos de la mujer fijos en él. No estaban enturbiados por la amapola, sino atentos y expresando algo que a él le pareció humor, aunque no podía ser, desde luego. Envolvió finalmente el pie con lienzo limpio y le indicó que continuara aplicándose el emplasto.

–Volveré dentro de algunos días, para ver cómo sigue –dijo.

Ella asintió, muy serena.

–Tengo una gran resistencia al dolor –repuso– y también, por desgracia, a la amapola. Y, ahora, príncipe, ¿tomarás vino conmigo?

Ante su gesto afirmativo, dio una sola palmada y un sirviente entró sigilosamente en el cuarto. Mientras ella le ordenaba que acercara una silla y abriera una jarra de vino, Khaemuast observó la alcoba por primera vez.

Era pequeña y fresca, y carecía de adornos en los muros. Una mesa con una lámpara encima flanqueaba el diván, que, a diferencia del resto, era alto y estaba cubierto de adornos dorados; en él se amontonaban los almohadones y las sábanas revueltas. Khaemuast apartó la vista. Diez o doce preguntas empezaban a dar vueltas en su cabeza. "¿Está tu marido aquí? ¿Qué haces en Menfis? ¿Sabes que fui yo quien envié a Amek a buscarte? ¿Acaso me enviaste tú a Harmin, a tu vez? ¿Por qué?" Llegaron el vino y la silla. Se acomodó con agradecimiento y tomó su taza, preguntándose cómo plantear aquellas preguntas. Pero ella se anticipó.

–Tengo que hacerte una confesión, príncipe –dijo–. Reconocí a tu guardaespaldas en cuanto entré en la habitación y comprendí, entonces, quién había sido el que me hizo por su mediación una proposición tan descarada.

Khaemuast enrojeció y se obligó a enfrentarse a su sonrisa, ahora burlona, descarada. Se sentía como un niño regañado.

–La rechacé, naturalmente –continuó ella, más seria–, y no volví a pensar en eso, aunque en aquel momento me sentí halagada. Después, me lastimé el pie y tú eres el mejor médico de Egipto. –Se encogió de hombros, como si admitiera una tontería bochornosa–. Sólo recordé el incidente cuando vi entrar a tu hombre. Disculpa mi grosería.

Khaemuast protestó de inmediato.

–¡Tu grosería! Soy yo quien debe disculparse. Nunca había hecho algo tan impulsivo, pero te lo explicaré. Te había visto en el mercado y en el templo de Ptah, y te había hecho buscar, pero nadie había podido hallarte. Mis intenciones...

Ella alzó una mano, interrumpiéndole.

–Las intenciones de un hijo del faraón, del príncipe más poderoso de esta tierra, están más allá de todo reproche –concluyó por él–. Me han dicho que no sólo estudias la historia, Alteza, sino que admiras los antiguos códigos morales. Si el guardia te hubiera identificado, me habría vuelto a saludarte. Yo también soy una caprichosa aficionada al pasado de Egipto y me habría gustado conversar contigo sobre ciertos temas. En estas circunstancias, sólo puedo agradecerte que hayas sido tan tolerante hoy.

Se mostraba graciosa y algo avergonzada, y matizaba su innegable magnetismo con la atractiva necesidad de ser perdonada y comprendida. Khaemuast hubiera querido reconfortarla acariciándole las manos, que ella mantenía cruzadas sobre la falda.

–Me gustaría compensarte por mi falta de sensibilidad –dijo–. Te invito a cenar con mi familia, dentro de dos semanas. Adepta, por favor. Trae a Harmin y a tu esposo, por supuesto.

Ella entornó los ojos con una sonrisa, aunque sus labios seguían inmóviles.

–Soy viuda –explicó. Khaemuast se contuvo para no tragar saliva–. Mi esposo murió hace algunos años. Harmin y yo vivimos con mi hermano Sisenet. Ha ido a la ciudad, pero ya debe de haber regresado. ¿Te gustaría conocerle, Alteza?

Él hizo un gesto afirmativo y Tbusui miró hacia la puerta.

–Busca a tu tío, Harmin –pidió.

Khaemuast cayó entonces en la cuenta de que el hermoso joven había vuelto a entrar en algún momento, sin hacer ruido. Permanecía junto a la puerta, con los brazos cruzados y los pies separados, en la posición de los guardias. Le incomodó un poco no saber desde cuándo estaba allí y qué había escuchado.

Harmin salió de inmediato. El príncipe bebió un sorbo de vino, comentó su excelente calidad y Tbusui sonrió.

–Tienes un paladar muy fino, Alteza –observó–. Es Buen Vino del Río del Oeste, del quinto año.

–¿Del reinado de mi padre?

Ella vaciló antes de responder.

–Sí.

Eso significaba que el vino era de una cosecha de hacia veintiocho años. Tbusui o su hermano debían de haber pagado una pequeña fortuna en oro por él, a menos que lo tuvieran almacenado en algún sitio desde el quinto año de Ramsés. Ésa era la explicación más factible. El Buen Vino seguía siendo el mejor y más popular entre los nobles, probablemente hasta en la lejana Coptos. Lo saboreó con atención.

Harmin no tardó mucho en regresar, acompañado por un hombre bajo y enjuto, de cara delgada, que poseía la misma gracia de movimientos que su hermana. A diferencia de su sobrino, Sisenet tenía la cabeza rasurada y usaba una peluca sencilla, de la que colgaba una cinta blanca.

Khaemuast esperó su reverencia con la nítida impresión de haberlo visto antes. No se trataba del parecido con Tbusui, que tenía los mismos ojos oscuros e idéntico rictus simpático en la boca. Observó a Sisenet, que se aproximaba

con el cuerpo doblado y los brazos extendidos en el tradicional gesto de sumisión y respeto, y pensó que aquella sensación de reconocimiento procedía de una ocasión muy diferente. Luego la descartó. Pidió al hombre que se irguiera y se enfrentó a su cauta mirada. Su actitud, aunque cordial, expresaba una reserva levemente suspicaz que parecía acompañarle constantemente. Khaemuast fue el primero en hablar, como correspondía a su rango.

–Me complace conocerte, Sisenet. Admiro mucho tu casa y envidio su singular sosiego. Siéntate, por favor. El hombre se sentó frente a él y Tbubui, con las piernas cruzadas, y sonrió con lentitud.

–Gracias, Alteza. Nosotros preferimos la intimidad a la excitación de la ciudad, aunque a veces tomamos el esquite para cruzar el río. ¿Puedo preguntarte cómo marcha la herida de mi hermana?

Conversaron un rato, hasta que Khaemuast terminó su vino y se levantó para retirarse. Sisenet hizo inmediatamente lo mismo.

–Os espero a todos para cenar, dentro de dos semanas –repitió el príncipe–, pero antes vendré a examinar tu herida, Tbubui. Gracias por vuestra hospitalidad.

Harmin le acompañó hasta los escalones del embarcadero, caminando junto a él entre las palmeras, ya en penumbras, y le dio afablemente las buenas noches.

Khaemuast se asombró de ver cuánto tiempo había pasado desde que había subido aquellos peldaños. El sol se había puesto ya detrás de Menfis y delineaba en un claro relieve las pirámides que se apretaban en la alta planicie de Saqqara. La superficie del Nilo había perdido profundidad y reflejaba ahora un cielo azul oscuro, casi negro. En casa estarían preparando ya la cena.

–Que los marineros enciendan las antorchas –ordenó a Amek. Y se reclinó contra la barandilla de la cubierta, mientras la barcaza se alejaba del embarcadero en dirección a la ribera occidental. Se sentía muy cansado de pronto, tanto mental como físicamente, como si hubiera corrido veinte kilómetros bajo un sol ardiente, en la sofocante arena del desierto, o como si hubiera pasado la tarde leyendo un pergamino largo y especialmente difícil.

"La he encontrado", se dijo. Pero estaba demasiado exhausto para experimentar el triunfo que hubiera debido acompañar a aquel pensamiento. "No me desilusiona. No es vulgar y chillona, ni arrogante y fría; es una mujer noble, inteligente y cortés.

En cierto sentido, me recuerda a Sheritra."

Volvió a su memoria la voz de su hija, quejosa y atractiva; pero ahora parecía dar cuerpo a un curioso salvajismo, como si la muchacha, al cantar, hubiera estado contorsionándose y retorciéndose en una danza de cortesana. Khaemuast apoyó todo su peso contra la barandilla dorada, deseando poder acostarse.

Entró en el comedor dispuesto a disculparse, pero Nubnofret le señaló su mesa con un ademán imperioso. Ella y sus hijos habían comido ya los dos primeros platos y estaban empezando el tercero, mientras el arpista de Khaemuast tocaba su instrumento. Su esposa dejó el pescado que tenía en las manos y se mojó los dedos en el cuenco de agua.

–No seas tonto, querido –espetó–. Ib me ha dicho que habías salido para ver a un paciente. Se te ve terriblemente cansado. Siéntate y come.

Atacado súbitamente de un apetito devorador, tiró de la mesa hasta apoyarla contra sus rodillas, apartó la guirnalda de flores que le habían preparado y pidió por señas que le sirvieran.

–¿Y bien? –instó Nubnofret, mientras él atacaba la ensalada–. ¿Era interesante el caso?

–Ya rara vez lo son, ¿verdad, padre? –intervino Hori–. Creo que has examinado todas las enfermedades y todas las variedades de accidente posibles en Egipto.

–Es cierto –admitió Khaemuast–. No, Nubnofret, el caso no era interesante, sólo un pie herido. Pero sí me ha interesado la familia. –Se concentró en la comida, masticando y manejando su escudilla para no mirarla–. El hombre, su hermana y su hijo se han instalado aquí hace poco, procedentes de Coptos, nada menos. Es obvio que son de noble cuna. En realidad, pueden establecer su linaje hasta los tiempos de Osiris Hatshepsut. La hermana se interesa por la historia. Los he invitado a cenar con nosotros dentro de un par de semanas.

De pronto, cayó en la cuenta de que Tbubui había estado conversando con él y con su hermano sin dar la más leve señal del dolor que debía de sentir tras la sutura. Había sonreído, y hasta reído, con el pie inmóvil sobre el banquillo, envuelto en lienzo limpio. Debía de tener muy poca sensibilidad, como había dicho, o sabía disimular muy bien, conociendo que los buenos modales exigían agasajar plenamente a un huésped de su linaje. "¡Qué tonto he sido!", pensó, contrito. "Debí retirarme de inmediato en vez de quedarme a beber vino, por fino que fuera, y entablar conversaciones corteses. Me correspondía despedirme a mí, no a ellos pedirme que me fuera."

–¿A cenar? –repitió Nubnofret–. Eso es extraño en ti, Khaemuast. Tienen que haberte impresionado mucho para que les dispenses ese honor.

Por fin, él se sintió capaz de levantar la vista.

–En efecto.

–En ese caso, avisame con tres días de anticipación. ¡Siéntate derecha, Sheritra! Tienes la espalda encorvada como los monos.

La muchacha obedeció automáticamente con los ojos fijos en su padre y Khaemuast sintió su penetrante mirada antes de que ella volviera a bajarla a su plato.

Hori empezó a hablar de los planos para la construcción de su tumba. Había comenzado a diseñarla a edad temprana, como correspondía a todo egipcio. Al cabo de un rato, Nubnofret cambió de tema y habló de la restauración de las cocinas. Su esposo participó en la conversación con desenvoltura y la comida terminó en un agradable ambiente. Luego Nubnofret se disculpó y Hori fue en busca de Antef. Sheritra, que casi no había hablado, se removió en sus



almohadones, sin dar señales de retirarse. Los sirvientes recogieron su mesa y la de Khaemuast. Al observar su actitud abstraída, él hizo señas al arpista para que continuara tocando.

–¿Has tenido un día agradable? –preguntó él.

–Desde luego, padre –respondió la muchacha–. Pero hoy me he sentido especialmente perezosa. Bakmut fue a la ciudad a hacer algunos recados y yo me quedé dormida en el jardín. Luego fui a nadar. ¿A quién has atendido hoy?

Khaemuast maldijo interiormente aquella pregunta. Durante un fugaz momento empezó a inventar una mentira, pero luego la desechó.

–Creo que puedes adivinarlo –respondió, sereno.

Ella descruzó las piernas y se acomodó los lienzos. Luego, se dedicó a jugar con su pendiente de oro, haciéndolo girar y girar, inclinando la cabeza a un lado.

–¿De veras? –exclamó–. ¡Qué extraordinario! La mujer que buscas, puesta a tus pies como un inesperado presente.

La forma en que hablaba hizo a Khaemuast sentirse incómodo y culpable.

–Ha sido extraño, verdaderamente –respondió, molesto.

–¿Y te ha desilusionado? –Ella no podía disimular su esperanza.

–En absoluto –contestó el padre, ceñudo–. Es encantadora, graciosa, y de buena cuna.

–Y viene a cenar. –Sheritra soltó su pendiente–. ¿Te parece prudente? –Ante la falta de respuesta, estalló–:

¡Oh, padre, preferiría que no lo hicieras! ¡De veras!

De nada iba a servir fingir que no entendía lo que la muchacha quería decir. Khaemuast comprendió que hacerlo sería insultante. Aquella carita tan poco agraciada estaba enrojecida y sus ojos brillaban afligidos.

–No creo que tengas motivos para temer nada –dijo despacio, con amabilidad–. No te niego, Sheritra, que esa mujer me atrae casi irresistiblemente, pero entre un deseo y su satisfacción hay muchas decisiones, muchas elecciones. Siempre he hecho lo correcto a los ojos de los dioses y dentro de los límites de Maát. Es de suponer que esta vez también lo haré.

No comprendió, ni por un momento, que estaba mintiendo al decir ambas cosas.

–¿Está casada? –preguntó la niña, algo más serena, aunque todavía muy sonrojada.

–Es viuda. –A Khaemuast le resultaba muy difícil sostener su mirada–. Bien sabes que yo podría ofrecerte un contrato de matrimonio si así lo deseara, queridísima, e instalarla en esta finca con su hijo, en habitaciones aparte; pero no creo que ese tipo de mujer se resigne al puesto de segunda esposa. Pase lo que pase, el bienestar de tu madre es lo que más me interesa.

–¿Tan fuertes son tus sentimientos hacia ella?

Él se irritó inmediatamente.

–¡La he visto cuatro veces y he hablado con ella en una sola ocasión! ¿Cómo voy a saberlo?

Ella apartó la vista. Sus manos se movían inquietas.

–Te he alterado, padre –dijo–. Perdona.

Khaemuast guardó silencio. Al fin ella se levantó, sacudió la cabellera hacia atrás y se retiró con tanta dignidad como pudo. La música del arpa continuaba aleteando a la luz de las lámparas.

El príncipe avisó a Nubnofret con tres días de anticipación. Cuando los invitados llegaron, él esperaba ya desde hacía rato en el embarcadero, con Ib y Amek. Se preguntó si desembarcarían con vacilación o si subirían los peldaños con la renuncia de las personas momentáneamente intimidadas, pero cuando la pequeña embarcación quedó amarrada, tras recibir la voz de alto de su guardia, ellos se acercaron a él sin rastro alguno de timidez. Sisenet llevaba un sencillo atuendo de faldilla y sandalias de cuero, pero lucía sobre el pecho varios hilos de oro, de los que pendían unas anks y unos diminutos mandriles en cuclillas. En los brazos lucía varios brazaletes de oro y en cada dedo índice, un anillo con un escarabajo de oro y malaquita. Estaba cuidadosamente maquillado. Harmin vestía de manera similar, con una diadema de oro ciñendo su frente alta y sujetándole el cabello, negro y brillante, por encima de las orejas, de la cual colgaba una sola ankh de oro que descansaba sobre su frente. Sus ojos grises, delineados con kohl, destacaban de un modo llamativo.

Pero fue Tsubui quien atrajo la mirada de Khaemuast. Ella también vestía de blanco. Él se había preguntado si la mujer adoptaría un atuendo más a la moda para aquella ocasión, con frunces y cientos de plisados, bordes intrincados y alhajas recargadas, y sintió un alivio irracional al ver el ceñido vestido de hilo que envolvía su esbelto cuerpo desde los tobillos hasta los pechos. También lucía una diadema, como Harmin, pero la suya era ancha y de plata, aunque la ankh de la frente era igualmente sencilla. De su cuello colgaba un collar de plata con un colgante de jaspé rojo que descendía hasta su seno. Un corselete flojo, hecho con redcilla de plata, y una borla roja que se bamboleaba entre sus rodillas ocultas eran las únicas concesiones a la formalidad. Khaemuast se alegró de ver que calzaba unas sandalias blancas. Ella siguió la dirección de su mirada y se echó a reír. Sus dientes perfectos, algo felinos, brillaron contra sus labios teñidos de alheña y su piel oscura.

–Si, príncipe, he aprendido la lección –sonrió–. Pero estoy segura de que la olvidaré en cuanto la herida haya cicatrizado por completo. No soporto las prendas demasiado ajustadas.

Khaemuast la imaginó retorciéndose para quitarse aquel estrecho vestido, con los pechos balanceándose libres, mientras se agachaba para quitárselo por los pies, y luego girando desnuda hacia él, con una rodilla doblada, como la había visto hablar con Amek en el camino polvoriento.

–Veo que ya no llevas los vendajes –comentó–. ¿Duele aún?

Ella negó con la cabeza. Todos echaron a andar por el sendero pavimentado que rodeaba la casa y conducía al jardín.

–La planta está algo sensible, pero eso es todo –dijo ella–. Tienes buena mano, Alteza. Y ahora que recuerdo... –Hizo una seña y el sirviente que los acompañaba se adelantó y entregó un frasco a Khaemuast–. Buen Vino del Río Occidental, año primero. Es mi contribución por tu tiempo y tu trabajo.

Khaemuast le dio las gracias, procurando no mostrarse muy efusivo y entregó la botella a Ib. El grupo había abandonado ya el sendero y caminaba sobre el suave césped en dirección a la familia, que les aguardaba. Nubnofret los esperaba de pie, con Hori y Sheritra detrás de ella. Los visitantes les hicieron una inmediata reverencia a la que Nubnofret respondió pidiéndoles que se levantaran, luego Khaemuast hizo las presentaciones y les indicó sus asientos. Hori trabó conversación enseguida con Harmin, y los dos hablaban hundidos en la esterilla de juncos y los almohadones, sentados frente a frente, rodeándose las rodillas con los brazos. Sheritra, como de costumbre, buscó refugio tras la silla de Khaemuast, quien esperaba que Nubnofret comenzara a hablar con Tsubui, mientras el atento Ib y sus subordinados les ofrecían el vino y los bocadillos. En efecto, su esposa se encaminó hacia la mujer, pero Sisenet la retuvo antes de que pudiera empezar a hablar.

–Alteza, quizá el príncipe te ha dicho que mi hermana y yo nos hemos instalado aquí hace sólo dos meses –comenzó–. Desde entonces, hemos tenido muchos problemas para hallar una servidumbre adecuada. Dejamos a muchos de nuestros sirvientes en Coptos, para que mantuvieran aquella finca, y hemos intentado sustituirlos, pero los criados de Menfis parecen traidores e ineptos. ¿Puedes darnos algún consejo?

Khaemuast vio que los grandes ojos de Nubnofret, pintados de verde, se iluminaban, y que se apartaba de Tsubui para encararse con Sisenet.

–Tienes razón –dijo, despidiendo a Ib. Nubnofret siempre mantenía la cabeza despejada cuando había criados presentes–. Los plebeyos de esta zona, si no están enseñados, tienden a la pereza y la mentira. Puedo proporcionarte la dirección de una pareja que se encarga de contratar criados para enseñarlos un poco, y se hacen responsables de la conducta de esos servidores hasta que se integran del todo a la rutina de la casa. No trabajan barato, desde luego, pero...

Khaemuast sintió que una mano se posaba en su brazo y de inmediato se retiraba. Fue un breve contacto, pero agradable.

–Algunos de nuestros criados nos abandonaron sin aviso –comentó Tsubui, mientras él se inclinaba para escucharla–. Creo que el silencio los abrumaba, pese a los buenos salarios que ofrecíamos. Tal vez convenga más tener esclavos.

Él observó cómo bebía un lento y largo sorbo de vino y cómo le caía el cabello hacia atrás al mover la garganta. Sintió que Sheritra le observaba fijamente a su espalda. –A mi no me gusta que los esclavos sirvan directamente en la casa –replicó–, aunque he comprado algunos para las cocinas y los establos. La lealtad parece ir de la mano con la dignidad.

–Filosofía anticuada, pero cierta –sonrió Tsubui–. Sin embargo, el faraón no está de acuerdo contigo, pues permite que se multiplique la población de esclavos. Asusta el número de forasteros que están al servicio de los egipcios y de otros nobles extranjeros.

–¿Por qué te asusta? –preguntó Khaemuast, intrigado, notando que Sheritra se había acercado un poco más para oír mejor.

–Porque algún día los esclavos pueden notar que superan en número a los libres.

Entonces quizá hagan algo para arrancarnos esa libertad –respondió Tsubui, simplemente. Su expresión era seria y serena, como la de un estudioso de la naturaleza humana que analizara el tema con otro estudioso. Su mirada era directa.

–Sería tonto desear eso –objetó Khaemuast, mientras pensaba: "No es así como se conversa con una mujer. Las mujeres gobiernan la casa y otros asuntos prácticos, pero no juegan con teorías". No se imaginaba hablando así con Nubnofret. Con Sheritra, en cambio...

A su lado apareció una mano que tomó un apetitoso pastel del plato y se retiró. Osea que la niña estaba lo bastante tranquila como para comer algo. Era una buena señal, una señal sorprendente.

–Tenemos un ejército poderoso, rápido y bien armado –prosiguió–. No hay alzamiento de esclavos, por numerosos que sean, que pueda resistir a los soldados de mi padre.

–El ejército mismo contiene miles de mercenarios extranjeros.

Khaemuast se volvió a mirar, sobresaltado. Era la voz de Sheritra quien hablaba.

–Imagínate, padre, si decidieran que deben lealtad a los lazos de la sangre y no al oro del abuelo.

–Tienes razón, Sheritra –replicó Tsubui, haciendo un gesto afirmativo hacia la muchacha–, y no dudo de que tu padre estará de acuerdo con nosotros. Egipto necesita purificarse.

Él estaba de acuerdo, en efecto, y sólo había replicado por discutir, pero ahora se descubrió al margen de la conversación. Sheritra, olvidada su timidez por algún motivo que sólo ella conocía, replicaba a la invitada sin rastro de reserva y Tsubui, a su vez, le dedicaba toda su atención. La mayoría de la gente no se tomaba la molestia de hacer participar a Sheritra en una conversación. Tras intercambiar las amabilidades de cortesía, dedicaban su mente y su rostro al encantador Hori y al resto de la familia, mientras Sheritra se retiraba a los rincones, sin comer nada ni beber mucho, hasta que escapaba en cuanto le era posible.

Pero Tsubui había conseguido atraerla y tranquilizarla sin ostentación, artimaña en la que habían fracasado muchos huéspedes bienintencionados. Khaemuast cayó en la cuenta de que estaba profundamente sumido en sus propios pensamientos y reaccionó al oír a Tsubui decir:

–¡Pero piensa, princesa, en los gastos que acarrearía esa política! ¿Qué faraón podría permitírselos? ¡Ni siquiera Ramsés, el Señor de Todo!

Khaemuast parpadeó. Sheritra estaba ahora al lado de Tsubui y se limpiaba unas migas de la boca, muy ruborizada. Pero no era por timidez, sino por satisfacción, aunque su interlocutora se mostraba en desacuerdo con ella, y eso era algo que la muchacha solía tomarse a pecho con demasiada frecuencia.

–¿Por qué no?–objetó su hija, con acaloramiento–. ¡Puede comenzar aplicando un impuesto a cada uno! Bien saben los dioses, Tsubui, que muchos fellahin egipcios, pobres como ratas, recibirían de buen grado la oportunidad de...

Khaemuast dejó vagar la vista. Harmin conversaba ahora con Nubnofret. Estaba de pie, con una mano en su delgada cadera, e inclinaba la cabeza hacia ella gesticulando con la otra mano con la que sostenía la taza de vino. Ella le miraba con atención, absorta, quizá con admiración. Sisenet permanecía sentado en silencio y clavaba los ojos en la fuente con una expresión hermética.

A desgana, Khaemuast comprendió que debía abandonar a Tsubui para cumplir sus deberes de anfitrión con su hermano. Se volvió a tiempo de verla cruzar una de sus largas piernas encima de la otra. La falda abierta cayó hacia atrás y dejó al descubierto una deslumbrante porción de muslo oscuro. Aunque la mujer siguió atenta los comentarios de Sheritra, el príncipe comprendió que aquel movimiento había estado destinado a él y que Tsubui era muy consciente de que la contemplaba.

La cena fue alegre y bulliciosa. A solicitud de Khaemuast, Nubnofret había exigido que se presentaran todos los músicos que estaban al servicio del príncipe, junto con los cantantes y las jóvenes bailarinas. Por lo general, a él le agradaba cenar en una relativa tranquilidad, sobre todo si los huéspedes venían por asuntos oficiales del faraón, y conversaba con ellos seriamente después del sexto plato, pero en aquella ocasión deseaba entretenimientos. Había flores primaverales por todas partes, embriagadoras en su madurez, y el incienso llenaba el aire de una azulada neblina. Las bailarinas serpenteaban alrededor de las mesitas, haciendo repiquetear sus castañuelas y sacudiendo sus espesas cabelleras, mientras la armonía de los cantantes colmaba los oídos de los presentes.

Khaemuast había tenido la precaución de instalar a Sheritra cerca de él y de las puertas, de manera que contara con su protección y pudiera retirarse silenciosamente cuando deseara. Pero descubrió que era Tsubui quien ocupaba aquel sitio, una Tsubui sonriente, hechicera, que bromeaba, se tocaba el pie herido con fingida alarma y mantenía una fluida conversación fascinante, que no sólo le incluía a él, sino también a Nubnofret. Hori y Sisenet tenían las cabezas juntas por encima del vino y discutían algo en una voz baja e inaudible.

Harmin se sentó junto a Sheritra, sin que a ella pareciera molestarle. De vez en cuando, la tocaba en el hombro o en el brazo y una vez Khaemuast le vio poner una flor de loto blanca tras la oreja de la muchacha, respondiendo con una sonrisa a su risa ahogada. "¿Qué nos pasa a todos esta noche?", se preguntó, encantado. "Es como si un espíritu de temeridad y buen humor hubiera invadido la casa, de modo que en cualquier momento pudieran sucedernos cosas asombrosas, pero buenas."

El grupo no se separó hasta el amanecer. Aunque la cortesía exigía que se permitiera la marcha de los invitados, la familia se reunió en los peldaños del embarcadero, bajo las sombras grisáceas, fugazmente frías, como para apurar las últimas gotas de su compañía. Khaemuast contemplaba aquellos rostros apenas iluminados y se sorprendió de ver que Sheritra estaba aún entre ellos. Le sobresaltó también la expresión de ansiedad casi hambrienta que mostraban todos ellos. Nadie se había embriagado, pero todos continuaban llenos de entusiasmo, pese al cansancio. Las antorchas que habían ardido durante toda la noche en la barcaza de los invitados, esperando el momento de la partida, se habían consumido. Tsubui, Sisenet y Harmin hicieron las reverencias de rigor y subieron a bordo. La familia siguió con la vista la embarcación, que se perdía de vista sobre el río inmóvil y oleoso. Nubnofret suspiró.

–Hoy va a hacer calor –dijo–. Bueno, Khaemuast, ha sido una compañía excelente. Me gustaría volver a invitarlos, pese a que tienen acento provinciano y gustos muy extraños, lo cual es poco decir.

Que su esposa repitiera una invitación sin más motivos que el deseo de ver nuevamente a sus huéspedes equivalía a una gran alabanza y Khaemuast se sintió absurdamente halagado. Pero no estaba de acuerdo respecto a que su acento fuera provinciano. Había recorrido Egipto por asuntos oficiales con mucha más frecuencia que su esposa; si hubiera escuchado antes aquel modo de hablar, hubiera podido reconocerlo.

–Son personas interesantes –aportó Sheritra, añadiendo bastante a regañadientes–: Creo que les he gustado de verdad, no me dirigían la palabra sólo por cortesía.

Nadie se atrevió a hacer ningún comentario, por temor a que ella lo malinterpretara y estropear así su velada.

–Sisenet ha leído mucho –comentó Hori–. Es una pena que no pudieras dedicarle más tiempo, padre. Le hablé de la tumba y de los problemas que tenemos para interpretar las escenas de los muros y se ofreció a tratar de ayudarnos. ¿Te molesta?

Khaemuast quedó pensativo. Se sentía algo culpable por haber conversado tan poco con el hombre, pero había percibido que Sisenet era de pocas palabras y de silencios voluntarios.

–Sólo me molestará si es un simple aficionado en busca de emociones –replicó–. Pero si lo fuera, tú te habrías dado cuenta. Tal vez pueda añadir algo a nuestras teorías.

Nubnofret dio un prodigioso bostezo.

–¡Qué joven tan encantador es Harmin! –dijo, parpadeando como un búho a la luz, cada vez más potente.

Khaemuast, a pesar de su cansancio, pudo ver casi las maquinaciones que se ponían en marcha tras aquellos enormes ojos sombreados. "¡Oh, no digas nada todavía!", suplicó en silencio. "Yo también he visto que Sheritra le

respondía, pero una palabra equivocada ahora despertará su desdén y lo romperá todo." Sin embargo, Nubnofret no continuó. Después de otro bostezo, dio a todos los buenos días y se alejó.. Sheritra cruzó una mirada con su padre.

–Todos han sido encantadores –dijo, dirigiéndole un velado mensaje–. La verdad es que me han gustado.

Khaemuast rodeó sus delgados hombros con un brazo, sintiendo súbitamente un profundo amor, ferozmente protector.

–Vamos a dormir un poco –se limitó a decir.

Y juntos, todavía abrazados, entraron en la casa.

## CAPITULO 7

Estoy en ti como en un jardín  
que he plantado con flores  
y toda clase de hierbas perfumadas.

Khaemuast pasó los días siguientes buscando alguna excusa para visitar otra vez a Tbubui. Su pie había cicatrizado bien; tampoco los encontraría en ninguna de las reuniones sociales y religiosas a las que asistía como representante del faraón en Menfis. Aunque fueran de la nobleza, su sangre no era lo bastante azul como para ocupar cargos de importancia y, además, no parecían gustar de la vida de la corte ni del laberinto de la administración gubernamental. En Egipto había muchas familias que vivían así, manteniéndose discretamente gracias a sus propiedades, pagando sus impuestos y enviando el obligatorio presente al Horus Viviente el día de Año Nuevo, inmersos en la sencilla vida de las aldeas y las preocupaciones mundanas de su pueblo.

"Pero esas personas no suelen ser tan eruditas", pensó Khaemuast en más de una ocasión, al retomar de mala gana su rutina diaria. "La tierra con la que mantienen una relación tan estrecha se les adhiere a los pies. ¿Por qué éstos parecen tan distintos? ¿Qué los ha traído desde la remota Coptos a Menfis? Si se aburrían, ¿por qué no fueron directamente a Pi-Ramsés? Si Tbubui tiene ambiciones para Harmin, ésa habría sido la decisión lógica, pues se trata de una mujer audaz y culta, que no tendría dificultades en sobresalir. Le preguntaré si quiere que recomiende al joven ante mi padre, tal vez pueda conseguirle un cargo en la corte, donde pueda demostrar su capacidad y progresar por su cuenta. Sólo necesita ese primer empuje. Pero es demasiado pronto", comprendió. No quería mostrar aires de superioridad protectora y tampoco era deseable que Tbubui interpretara aquello como un intento de congraciarse con ella. "Lo cual sería la verdad, probablemente", reflexionó, con melancolía.

Fue Hori quien resolvió su dilema. Pasada una semana del mes de Tibi, esperó a que su padre hubiera terminado de despachar la correspondencia del día y entró en su despacho para encaramarse en el borde de la mesa, como era su costumbre.

—Hoy he recibido una carta de tu abuela —le dijo Khaemuast—. Sus palabras son alegres, pero su escritura se encargó de añadir una nota al pie del pergamino. Dice que su salud se deteriora rápidamente.

Hori frunció el ceño.

—Lo lamento. ¿Piensas viajar al norte?

—No, todavía no. Está bien atendida y no creo que la situación sea crítica todavía.

Khaemuast contemplaba la perspectiva de pasar otras semanas en el Delta con el horror de una liebre atrapada. Por el momento, nada deseaba tanto como cultivar la amistad de Sisenet y su hermana sin interrupciones. El pensamiento se presentó unido a los remordimientos, pero se consoló a sí mismo diciéndose que, si el estado de su madre hubiera sido peligroso, el escriba habría requerido su presencia de una manera más explícita.

—Son muchos los que se refieren a ella con mucho respeto —suspiró Hori, hablando en voz baja—. En sus tiempos debió de representar todo lo bueno y bello. Envejecer es muy triste, ¿verdad, padre?

Khaemuast paseó la vista por los músculos perfectos del muslo que se apoyaba en la madera brillante del escritorio, por el vientre plano y tenso, por los hombros rectos y la espalda erguida que tenía ante sí. Hori sonreía vagamente, con sus traslúcidos ojos bordeados por las largas pestañas negras y con unos atractivos pliegues junto a la sensual curva de la boca.

—Sólo es triste cuando has malgastado los años anteriores —comentó él, con sequedad—, y dudo mucho que Astnofert crea haber malgastado su vida. Hablando de eso, Hori, tienes diecinueve años cumplidos y no te falta mucho para los veinte. Eres un príncipe de sangre real. ¿No te parece que es hora de que comiences a buscar esposa?

Hori perdió la sonrisa y sus cejas oscuras y plumosas se elevaron en un gesto de sorpresa.

—¡Pero si estoy buscando, padre! —protestó—. Las jóvenes me aburren y las maduras son poco atractivas. ¿Qué puedo hacer?

—Deja que tu madre y yo busquemos a una muchacha noble para ti; luego, formarás tu propio harén. Hablo en serio, Hori. Para un príncipe, casarse es un deber.

Hori resopló.

—Sí, lo sé. Pero cuando veo lo felices que sois tú y mamá, cuando pienso en cómo languidecen tus pocas concubinas, casi sin que te ocupes de ellas, me aferro a la esperanza de encontrar yo también a alguien que sepa compartir mi vida, en vez de limitarse a administrar mi casa. En ese aspecto me has dado un mal ejemplo, padre.

Khaemuast se obligó a sonreír, dominando los remordimientos que le amenazaban.

—Quizá Nubnofret y yo no estemos tan unidos como tú parece pensar —sugirió, serenamente.

—En otros tiempos, lo estuvisteis —interrumpió Hori, levantando la voz—. ¡Y fíjate en tío Si-Montu con Ben-Anath! Eso es lo que quiero, padre, y estoy dispuesto a esperar otros diez años para conseguirlo, si es necesario.

—Muy bien. —Khaemuast no tenía ganas de discutir—. Por lo que veo, parece que tendré que mantenerte durante el resto de tu vida. —Hori sonrió con aire encantador y bajó del escritorio—. ¿A qué has venido?

—¡Ah, sí! —El muchacho se dejó caer, con ingenua gracia, en la silla desocupada que había frente al escritorio—. He recibido un mensaje de Sisenet en el que me asegura que su ofrecimiento de ayudarnos en la tumba no fue simple cortesía y quiere saber cuándo estaríamos dispuestos a recibirle allí. Me pareció mejor consultarte otra vez, sólo para estar seguro.

—Invítale para mañana, a media mañana —dijo Khaemuast, apresuradamente—.

Yo también iré. Aunque él no pueda revelarnos gran cosa, podemos invitarle a comer.

–Muy bien. Tengo muchos deseos de verle. Se me ocurre que podríamos invitarlos a los tres. Tsubui también parece muy instruida. –Hori apartó la vista de la de su padre–. ¿Has preparado nuestros horóscopos para Tibi?

Khaemuast le miró con curiosidad.

–No –respondió, lentamente–. No sé por qué, pero este mes detesto la idea de hacerlo. Los dos meses anteriores fueron catastróficos para mí y también para vosotros, aunque en menor medida. Sin embargo, ha transcurrido el tiempo sin grandes incidentes. Comienzo a preguntarme si no estaré cometiendo algún error fundamental en mi método.

–Yo no diría exactamente que el tiempo pasó sin grandes incidentes –caviló Hori encaminándose ya hacia la puerta. De pronto se volvió, inmóvil y con las manos a la espalda–. Padre...

–¿Sí?

Al cabo de un momento el joven sacudió la cabeza.

–Oh, nada. Preguntaré a mamá si no hay inconveniente en que los traigamos mañana a almorzar. Hasta es posible que ellos nos inviten a nosotros.

–Es posible.

Pero Khaemuast hablaba con el vano de la puerta, Hori se había ido ya.

Khaemuast llevaba varias semanas sin visitar la tumba, pero ésta no había cambiado mucho. Se detuvo a la sombra de su dosel, al pie de la escalera, entre dos montones de escombros secos, con Penbuy a sus espaldas. Sus invitados venían hacia ellos por la movediza planicie de Saqqara. Mientras observaba las sandalias de Tsubui, hundiéndose y elevándose, y escupiendo arena al caminar, se preguntó fugazmente si el calor y las piedras no estarían causándole dolor y, en cualquier caso, por qué Sisenet no había pedido literas para el trayecto. Un momento después, sus pensamientos se desvanecieron, arrebataados por el rítmico balanceo de las caderas de la mujer bajo el vestido blanco y por la mirada de sus ojos perfilados cuando ella contemplaba el lugar.

Los tres se inclinaron ante él en una reverencia, mientras los portadores del dosel corrían a cubrirlos, siguiendo las instrucciones de Khaemuast. Las pupilas de Tsubui se dilataron en la sombra y el príncipe lo observó con extrañeza. El blanco de sus ojos era casi azul en su pureza.

Hori acudió hacia ellos corriendo desde la sombría entrada, con una bienvenida en los labios, puesto que la invitación había partido de él. Su padre le notó algo agitado, pero bastante contento.

Tras algunos momentos de una conversación superficial, Khaemuast los hizo al intenso frescor del breve pasillo. Hizo una señal a Hori, autorizándole a que acompañara a Sisenet al interior, pero Tsubui fue también tras él. Khaemuast la siguió con la vista, olvidando de inmediato dónde se hallaba. Todo su ser estaba atento a las dulces y tentadoras curvas de la mujer, el subir y bajar de sus talones, la limpia curva que trazaba su cuello cuando alzaba la vista para estudiar las pinturas.

Se detuvo ante las dos estatuas y las contempló durante largo rato. Luego, se inclinó hacia adelante y las acarició, moviendo con suavidad sus ligeros dedos por cada surco.

–¡Con cuánta pasión amamos la vida los egipcios! –comentó–. Queremos aferrarnos a cada viento cálido del desierto, a cada aroma de nuestros jardines, a cada contacto con los que adoramos. Al construir nuestras tumbas y preservar el cuerpo, a fin de que los dioses puedan resucitarnos, gastamos nuestro oro como si fuera agua arrojada a la garganta reseca por el calor del verano. Escribimos hechizos, ejecutamos ritos. Sin embargo, ¿quién puede decir qué significa la muerte? ¿Quién ha retornado de ese lugar oscuro? ¿Crees que alguien volverá algún día, príncipe? ¿O quizá alguien lo ha hecho ya, sin que lo sepamos? –Se acercó a él–. Dicen que el fabuloso Pergami–no de Thot tiene el poder de levantar a los muertos –prosiguió, mirándole con atención–. ¿Crees que se hallará algún día?

–No lo sé –respondió Khaemuast, incómodo–. Si existe, estará protegido por los potentes hechizos de Thot. Ella se acercó un poco más.

–Todos los magos sueñan con encontrarlo –dijo, con suavidad–, si en verdad está oculto en alguna parte. Pero son pocos los que podrían dominarlo, si lo hallaran. ¿Lo deseas tú, gran príncipe, como los otros? ¿Tienes la esperanza de tropezar con él cada vez que abres una tumba?

¿Había acaso algo de mofa en su voz? Muchos nobles pensaban que aquella búsqueda del Pergamino era una broma ingenua. Sería una amarga desilusión para él descubrir que ella también pensaba así. A juzgar por su expresión, algo la divertía en secreto.

–Sí, lo deseo –respondió, con franqueza–. Ahora, ¿quieres pasar a la cámara mortuoria?

Ella asintió, todavía sonriente. Hori y Sisenet estaban ya allí. Sus voces llegaban desde más allá de las antorchas, como descarnadas. Khaemuast puso con autoridad una mano sobre el brazo de la mujer y la acompañó al cuarto en donde se encontraban los dos ataúdes. Una vez más, la vio liberarse de su mano para avanzar e inclinarse sobre el sarcófago del desconocido.

–En la mano de este hombre hay unas hebras cortadas –comentó por fin, apartándose–. Le han robado algo. Miraba directamente a Khaemuast, que asintió.

–Tienes razón –replicó–. El cadáver tenía un pergamino cosido a él y yo lo cogí. Lo he tratado con mucho cuidado, como a todos mis hallazgos. Una vez que la copia esté hecha, lo devolveremos a este ataúd. Confío en que sirva para aumentar los conocimientos que tenemos de los antiguos.

Ella pareció a punto de decir algo, pero obviamente cambió de idea. Hori y Sisenet se dedicaban a dar unos golpes en los muros.

–¡Aquí! Aquí está –anunció el muchacho.

Su compañero aplicó el oído al yeso.

–Golpea una vez más –pidió. Hori lo hizo y Sisenet irguió la espalda.

–Se diría que hay otra cámara aquí atrás –observó–. ¿No se te ha ocurrido que este muro puede ser falso?

Khaemuast se puso tenso al ver asentir a Hori.

–Sí, en efecto –reconoció el muchacho, vacilando–, pero para explorarlo habría que derribar estas escenas ornamentales, y eso sería verdadero vandalismo. –Lanzó una mirada al príncipe–. En todo caso, no soy yo quien debe tomar esa decisión, sino mi padre quien debe asumir el riesgo.

"Bajo ninguna circunstancia derribaremos esa pared", pensó Khaemuast. "No sé por qué, pero esta tumba me inspira miedo. Algo en mi ka la rehuye."

–Lo discutiremos después –contestó, enérgicamente–. Sisenet, mi hijo me dice que tú también eres un instruido historiador. Me gustaría saber cómo explicas toda el agua que hay representada en esta tumba. Las inscripciones son escasas y estamos desconcertados.

Sisenet sonrió vagamente, mirando primero a su hermana y luego a Khaemuast. Luego se encogió de hombros, con ingenua y aristocrática gracia, y enarcó sus negras cejas.

–Sólo puedo arriesgar una suposición –dijo–. O bien esta familia era muy aficionada a pasar el tiempo libre pescando, cazando patos y remando, por lo cual quiso preservar esos placeres y sus proezas con la línea y el punzón, o bien... –carraspeó– o bien el agua representaba para ellos algún cataclismo terrible, quizá una maldición cumplida, y se sintieron obligados a registrar eso en las representaciones de su vida cotidiana. –Meneó la cabeza–. Temo que no puedo ser de mucha ayuda. Tampoco sé por qué las tapas de los sarcófagos fueron puestas contra la pared.

–No hay modo de saberlo –reconoció Hori, pesadamente.

Khaemuast se dominó. Había estado observando a Sisenet mientras éste hablaba y una vez más le había asaltado la vieja sensación de familiaridad. En aquel ambiente era más fuerte, como si Sisenet se fundiera de modo natural con aquel antiguo sitio. Su reserva se identificaba de alguna manera con aquel pesado silencio que ningún sonido, ninguna actividad, podía disipar y su aire de autoridad algo arrogante parecía formar parte de la fría dignidad de los muertos. El acertijo fastidiaba a Khaemuast hasta que, al recibir una inexpresiva mirada de Sisenet, recordó súbitamente la estatua de Thot que dominaba la sombría cámara. "Claro", pensó, con alivio. La mirada fija y serena del dios, su expresión de secreta sabiduría y de dictamen implacable, se reflejaban en la imperturbable calma de Sisenet. Sonrió.

–Se hace tarde y Nubnofret nos espera para servirnos el almuerzo –dijo–. Acompañadnos, os lo ruego. Salgamos de este mohoso lugar.

Ellos aceptaron la invitación. Fuera, les aguardaban las literas cubiertas, bajo un ardoroso sol. Los portadores dormitaban apoyando la espalda a la relativa frescura de la enorme roca que antes bloqueaba la entrada a la tumba. Hori propuso inmediatamente a Sisenet que compartiese su litera y obligó al renuente Khaemuast a ofrecer la suya a Ttubui y Harmin, que habían permanecido en la cámara sin pronunciar una palabra durante todo aquel tiempo. Khaemuast hubiera preferido hacer el trayecto hasta Menfis con la larga pierna de Ttubui descansando contra la suya. Recabó para él la litera de Ib.

–¿Por qué no vinisteis en literas? –preguntó a Ttubui, mientras ésta se acomodaba en los almohadones junto a su hijo.

Ella se incorporó sobre un codo, y le sonrió.

–Preferimos caminar, en lo posible –replicó, entrecerrando sus ojos perfilados para protegerlos de la luz–. Caminar es un constante deleite, príncipe. Aquí no hace tanto calor como en Coptos, que además es una tierra yerma. Vinimos paseando y disfrutamos de los olores del río y el movimiento de las sombras. Dejamos nuestro esquiife amarrado en los muelles de Peru–nefer. –¿Habéis caminado desde allí? –interrogó Khaemuast, incrédulo. Ella asintió–. Mandaré a un sirviente que haga traer el esquiife hasta nuestro embarcadero –ofreció, dando un paso atrás para hacer una seña a los portadores.

Dedicó el trayecto a revivir sus momentos junto a Ttubui, en la tumba, y a cavilar sobre las palabras de Sisenet con respecto al agua. Cualquiera de ambas explicaciones era satisfactoria, reflexionó, con los ojos perdidos en las cerradas cortinas del vehículo. "Pero prefiero la última. Esa tumba no es un apacible lugar de descanso. Allí duerme algo horrible que bien podría creer que fuera la fatalidad de una familia."

Fue entonces cuando recordó el comentario de Sisenet sobre las tapas de los ataúdes. Se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño. "¿Cómo pudo saber que, cuando Hori y yo entramos en el cuarto interior, estaban apoyadas contra la pared? Sin duda Hori se lo habrá dicho. Aun así, se lo preguntaré", decidió mientras la litera se bamboleaba entre el ruido de la ciudad.

El almuerzo transcurrió en un agradable ambiente. Terminada la comida, Khaemuast permaneció sentado, ceñido a su obsesión como si fuera un manto invisible. Fingía dormir, pero sus ojos entornados seguían todos los movimientos de Ttubui, quien, para desencanto suyo, apenas le dirigía la palabra. Dividía su atención entre Nubnofret y Hori, que se había tendido a sus pies, en el césped, y conversaba con rapidez y seriedad al dirigirse a la primera y reía encantadoramente con el otro. Khaemuast, vagamente molesto, se dijo que nunca había visto tan animado y entretenido a su hijo.

Sisenet permanecía algo aparte, rodeando con las dos manos la taza de vino y observando a los monos que parloteaban y hacían cabriolas junto al estanque. Se veía satisfecho en aquella reservada serenidad que el príncipe comenzaba a reconocer como característica distintiva en él. Un rato antes, mientras se servía la comida, Khaemuast se

las había arreglado para preguntarle cómo sabía lo de las tapas de los sarcófagos. Por un momento pareció desconcertado, pero luego respondió:

–No lo recuerdo, príncipe. Hori debió de contármelo en nuestra cena anterior. Él y yo conversamos largamente sobre la tumba.

Khaemuast no había quedado satisfecho. Conversó con él unos minutos más, pero Sisenet no parecía muy dispuesto a sostener el diálogo y se concentró en el vino, por lo que su anfitrión dedicó toda su atención, aunque clandestina, a Tsubui.

Sheritra había salido corriendo a saludar a los huéspedes, sin rastros de la timidez que era su maldición. Respondió a todas las preguntas con libertad y comió con apetito. Ahora se hallaba sentada junto a Harmin sobre un montón de almohadones, bajo uno de los sicomoros, sumergidos ambos en la intensa sombra del árbol. Khaemuast apreció durante un momento la clásica hermosura del joven: su cabello negro, brillante y lacio, y sus largos dedos enjorjados. Luego pensó: "Muy bien, muy bien. Me sorprendería, porque Harmin, una vez se haga conocer, podría elegir entre todas las bellezas de Menfis. Pero tal vez sea un ave tan rara como Hori, capaz de comprender las cualidades ocultas de mi hija. Debo investigar el linaje de esta familia". Volvió su furtiva mirada hacia Tsubui y al cabo se levantó.

–Tengo entendido que te interesa la medicina, Tsubui –dijo.

Ella le dirigió una mirada perezosa, obviamente soñolienta por el calor.

–Sí, príncipe, supongo que Harmin te lo ha dicho.

–¿Te gustaría ver mis remedios?

Ella respondió levantándose. Nubnofret les lanzó una mirada, pero Khaemuast leyó en su distraída expresión que aquello no le interesaba y echó a andar hacia la casa.

–¿Atiendes tú misma a tu servidumbre? –preguntó a Tsubui, mientras pasaban a la agradable penumbra del salón y se dirigían al despacho de Khaemuast–. ¿O tienes un médico en tu casa?

–Prefiero atenderlos yo misma –respondió ella, siguiéndola. El príncipe hubiera jurado que sentía su cálido aliento entre los omóplatos desnudos–. De ese modo aprendo sin cesar. ¡A ellos parece no molestarles mis errores!

Paseó la mirada por el ordenado cuarto, colmado a aquella hora de la profunda quietud de la tarde. Khaemuast abrió la puerta de la biblioteca, le hizo señas de que le siguiera y después la cerró detrás de ella. Sin pausa alguna, abrió el arcón que contenía sus hierbas y filtros, sin extrañarse de quebrar sus reglas, habitualmente rígidas, en cuanto a vigilar qué manos los tocaban. De inmediato, Tsubui mostró una activa curiosidad. Los examinó con atención y le hizo muchas preguntas sobre su precio y su empleo. La mujer atrayente y seductora había desaparecido, reemplazada por otra cuya inteligencia y concentración le enardecían de un modo nuevo.

Él se esforzó por responder racionalmente, obligando a su voz a obedecerle, pero se estremecía al ver aquellas manos, pesadas por los anillos, acariciando sus pechos y sus jarros, y al ver su cabellera caer hacia los arcones. Al devolverle la colección de remedios, los dedos de Tsubui rozaron los suyos casualmente. Estaban fríos, aunque el sudor se acumulaba en el hueco del cuello y entre los pechos de la mujer, donde la piel brillaba de humedad.

Por fin, él cerró los arcones y se levantó, con intención de acompañarla fuera. Ella tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, y se masajeaba con una mano el dorso del cuello.

–Hay mucho silencio aquí –murmuró–. Casi tanto como en mi casa. Este cuarto tiene una atmósfera que borra el mundo exterior, como si no existiera.

Khaemuast perdió el control. Deslizó una mano tras el cuello de Tsubui y la obligó a retroceder hasta el muro. Bajó su boca hacia la de ella y una punzada de placer como no había experimentado nunca le atravesó el abdomen, arrancándole un gemido. Captaba de un modo sobrenatural el suave interior de aquellos labios y la fría resistencia de los dientes, hasta que se abrieron. Sentía el aliento de la mujer en su boca. Luego todo acabó. Se apartó, trémulo y respirando con dificultad. Ella se llevó una mano a la cara y le rozó ligeramente el pene al hacerlo.

–¿Cuál es tu mal, príncipe? –preguntó en voz queda con los párpados repentinamente pesados–. ¿A qué viene esto?

"Mi mal eres tú", hubiera querido balbucear él. "Estoy enfermo por ti, como un jovencito hambriento de amor. No me basta tu boca, Tsubui. Necesito tenerte toda, mi lengua en los valles que imagino tan dolorosamente y no puedo ver, mi mano midiendo la textura, la temperatura de tu piel, mi cuerpo dejando de obedecer a la mente y, por una vez, atento sólo a su impulsiva necesidad. Por una vez..." No le pidió perdón.

–Te he buscado durante mucho tiempo –dijo, con voz ronda–. Mis sirvientes quedaban exhaustos. Yo me veía privado del sueño y mi comida era como la arena, seca y sin sabor. Este beso ha sido la compensación de todo aquello.

–¿Y ha sido compensación suficiente, príncipe? –preguntó ella, con una sonrisa levemente burlona–. ¿O exigirás una recompensa completa? No será fácil. No, no lo será, porque soy de cuna noble y no una mujer vulgar.

De inmediato, un impulso violento se mezcló a la lujuria. Quería magullarle los labios con los dientes y sobarle los pechos hasta hacerla gritar. Detestó aquella constante seguridad durante un momento cegador, y las palabras del deseo se le murieron en la lengua. Con un gesto cortante, la hizo salir de la habitación.

Los invitados se marcharon al anochecer, aunque Nubnofret los había invitado a cenar con ellos.

–Por desgracia, tenemos otro compromiso –explicó Sisenet–, pero os agradecemos tan ilimitada amabilidad. – Y agregó, volviéndose hacia Hori–: Recuerda enviarme noticias sobre ese muro de la tumba. Estoy muy interesado. En realidad, todo el día ha sido intrigante para mí. Me he entretenido muchísimo así, vivo en presencia de los muertos.

Se despidieron y empezaron a ascender por la sombreada rampa, al pie de los escalones del embarcadero. El esquife aguardaba inmóvil en el pulido espejo, manchado de rojo, en que el Nilo se convertía a aquella hora.



De pronto, Tbubui tropezó y resbaló con un grito hacia el borde de la rampa, alargando los brazos hacia una barandilla que no existía. Khaemuast saltó hacia delante, pero antes de que pudiera alcanzarla Harmin la había sujetado.

–¿Estás bien? –preguntó el príncipe, corriendo hacia ella.

La mujer asintió. Temblaba de los pies a la cabeza y tenía la cara pálida como la tiza. Harmin le rodeó los hombros con un brazo y la hizo abordar el esquife, aunque con un paso inseguro. Sisenet los siguió sin decir una palabra. La diminuta embarcación soltó amarras y se alejó, y Khaemuast volvió a reunirse con su familia.

–No se ha hecho daño –respondió a la muda pregunta que Nubnofret le hacía con las cejas.

–Su reacción ha sido bastante exagerada, después de todo, hubiera sido sólo una caída en el barro –comentó Nubnofret.

Hori sacudió la cabeza.

–En realidad, no –dijo–. Su esposo murió ahogado y desde entonces tiene un miedo mortal al agua. Al parecer, él cayó de una balsa durante una excursión, allá en Coptos. Había bebido demasiado y el Nilo estaba en plena crecida. Recobraron su cuerpo cuatro días después, varios kilómetros, aguas abajo.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó su padre, con una voz de áspero resentimiento.

–Me lo dijo ella –respondió Hori, con sencillez– porque se lo pregunté.

Sheritra se estremeció.

–¡Qué horrible! –exclamó–. ¡Pobre Tbubui!

Khaemuast lh cogió suavemente por la muñeca.

–Conque mañana irás a la ciudad con Harmin –dijo. El joven le había llevado aparte para pedirle serenamente su autorización, que él otorgó con gusto–. Debes llevar a Amek y a un soldado, desde luego –insistió ante su hija–. Y estarás en casa a tiempo para la cena.

–¡Por supuesto! –replicó ella, impaciente–. No alborotes tanto, papá. Ahora voy a cambiarme de ropa para cenar.

Y se separó de ellos para ir a casa, llamando a gritos a Bakmut. Hori se había alejado ya en compañía de Antef, que había salido a su encuentro desde el jardín trasero. Khaemuast y Nubnofret intercambiaron una mirada.

–La niña se va a enamorar de verdad –comentó Khaemuast, lentamente–. No sé qué le ha dicho ese joven, pero ya se la nota cambiada.

–Yo también lo veo –reconoció Nubnofret–. Pero tengo mucho miedo por ella, esposo mío. ¿Qué atractivo puede encontrarle él? Es nuevo en Menfis y ella es la primera muchacha que conoce. La abandonará en cuanto su vida social se torne más variada y Sheritra es demasiado sensible para resistir un rechazo tan aplastante.

–Como de costumbre, mole haces justicia –respondió Khaemuast, enojado, como si su esposa hubiera atacado a la misma Tbubui–. ¿Te parece imposible que Harmin sepa apreciar en Sheritra todas las cualidades que no están a la vista? ¿Y por qué presumes enseguida que él no hace sino entretenerse para abandonarla después? Cuando menos, hagámonos ambos el cumplido de ser optimistas.

–¡Siempre has sido ciego a los defectos de todo el mundo, salvo a los míos! –le espetó Nubnofret, con acidez.

Y giró sobre los talones para alejarse por el prado ya en sombras con la túnica flotando tras ella como un fantasma.

Cuando se sentaron todos para la última comida del día, el enojo de su esposa se había reducido a una rígida formalidad. Khaemuast se dedicó deliberadamente a hacer la sonreír y acabó por conseguirlo. Bebieron las últimas tazas de vino sentados en los peldaños del embarcadero, que aún conservaban el calor del día, rodilla contra rodilla, observando el correr apenas perceptible del agua quieta. Al final, Nubnofret apoyó la cabeza en su hombro.

Él la dejó reposar allí durante un rato, aspirando el aroma de su tumultuosa cabellera, con la mano de ella abandonada en la suya, hasta que se despertó en él un manso deseo.

–Ven –susurró.

Y la condujo a los enmarañados arbustos que flanqueaban los peldaños para hacerle el amor. Pero al hacerlo empezó a nacer en él, por debajo de su impulso sexual, cierto desagrado hacia su esposa. Le repugnaban aquellos pechos grandes y blandos, sus caderas amplias y dóciles, la anchura de su boca generosa, ahora entreabierta de placer. No había en Nubnofret nada duro, escueto, enérgico. Cuando Khaemuast se apartó de ella, cayendo entre los pastos y las ramitas secas que se le clavaron en la espalda, comprendió que hubiera preferido hacer el amor con Tbubui.

Sheritra intentó no echar a correr cuando Harmin le sonrió desde la proa de su barcaza, a manera de saludo. Durante un fugaz momento deseó con todo su corazón alzar sus defensas y estar sana y salva en su cuarto charlando con Bakmut, lejos de aquella súbita complicación, de aquel enorme riesgo. Pero a aquella cobardía siguió pronto una sensación de alegre temeridad, nueva en ella. Irguió los hombros y caminó hacia él con toda la gracia que supo reunir, seguida por Amek y su soldado. Harmin le hizo una reverencia mientras ella subía la rampa y le daba los buenos días. De ese modo, le dejaba en libertad de hablar.

–Buenos días, princesa –respondió él con gravedad, ordenando con una seña que recogieran la rampa.

Amek y el soldado se instalaron en los dos extremos de la embarcación y Harmin condujo a Sheritra hacia la cabina.

La barcaza de su familia no era tan grande ni tan suntuosa como la de Khaemuast, pero estaba adornada con unos estandartes hechos de paño de oro, en los que se habían pintado en negro los Ojos de Horus. Las cortinas, recogidas hacia atrás, eran también de paño dorado, con unas borlas de plata. Sheritra ocupó el banquillo tapizado que

Harmin le indicaba y le observó con disimulo mientras él acercaba unos almohadones y se sentaba en el suelo. Luego el joven se volvió para ofrecerle agua fresca y unas tajadas de carne fría, marinada con ajo y vino.

Su atuendo era tan sencillo como su barcaza, una simple faldilla blanca le ceñía los muslos largos y calzaba unas sencillas sandalias de cuero; pero su cinturón tenía incrustaciones de turquesa, así como los gruesos brazaletes de plata y el pectoral de finos eslabones que reposaba contra su pecho moreno. Entre sus flexibles omóplatos pendía un amuleto compuesto por una hilera de diminutos mandriles de oro, símbolos de Thot, que protegían a quien los usaba de ciertos hechizos destinados a atacar a la víctima por la espalda.

–He visto al Nilo reflejar los colores exactos de tus turquesas –comentó Sheritra, vacilante, sometiéndose con timidez al rito de aceptar el alimento y la bebida–. Son muy antiguas, ¿verdad? En la actualidad, las piedras de que se disponen son inferiores. Son completamente azules, no de ese antiguo azul verdoso que mi padre considera tan atractivo.

Harmin se sentó en cuclillas entre los almohadones, sonriéndole con sus ojos, brillantes bajo el kohol.

–Tienes razón. Son propiedad de mi familia desde hace muchos hentis y tienen un valor supremo. Las legaré a mi hijo mayor.

Sheritra sintió que le ardían las mejillas.

–Pensaba que hoy íbamos a pasear –dijo, apresuradamente–, aunque navegar por el Nilo es un gran placer.

Tomó un sorbo de agua y el fuego de su cara empezó a ceder.

–Pasearemos, desde luego. Tal vez cuando acabe el día me supliques que te traiga a la barcaza –bromeó Harmin–. Pero he decidido ahorrarte el polvo y el calor de la carretera costera de Menfis. Además, si las ferias son aburridas o están demasiado atestadas, podremos volver a bordo en cuestión de minutos. ¡Mira! Ya hemos cruzado el canal que tonduce al palacio de Thotmés I. Supongo que has estado muchas veces allí, cuando tu abuelo se aloja en Menfis.

–Pues si –dijo Sheritra. Y casi sin darse cuenta empezó a hablar sobre Ramsés y su corte, sobre los contactos políticos de su padre y su vida de princesa–. No es tan maravillosa como puedas creer –comentó, con melancolía–. Mi rutina diaria y mi educación fueron mucho más rígidas que las de cualquier hija de noble. Ahora que ha acabado la tortura y podría considerarme libre, me enfrento a la perspectiva de que, un día de éstos, me prometan en matrimonio a algún erpa–ha hereditario para preservar la dinastía familiar de Ramsés. No me molesta que me casen, por supuesto, pero si la certidumbre de que no seré amada por mi futuro esposo. ¿Como podría amarme, si parezco hija de campesinos, no princesa?

Había ido elevando gradualmente la voz, cada vez más agitada, sin darse cuenta. Harmin alzó una mano en señal de protesta y ella reaccionó entonces, comprendiendo lo que había dicho, y se llevó las manos a la cara.

–¡Oh, Harmin! –exclamó–. Lo siento mucho. No sé por qué hablo de estas cosas contigo.

–Yo silo sé –replicó él, sosegado–. En mi hay algo que despertó tu confianza desde el principio, ¿no es así, Pequeño Sol?

–Sólo mi padre me llama así –observó ella, con voz débil.

–¿Te molesta que yo también lo haga?

Ella negó con la cabeza, muda.

–Bien. Pues tengo la sensación de que te conozco desde la infancia. Me siento tan cómodo en tu compañía como tú conmigo. Soy tu amigo, Sheritra, y no hay sitio en el que me gustara más estar hoy que a tu lado, con el sol castigando el agua y la multitud pateando la arena en la ribera.

Ella guardó silencio y desvió ostensiblemente la mirada hacia las cosas que él describía, pero sus pensamientos jugaban con sus palabras. Hasta entonces sólo había confiado en un hombre: su padre, y eso porque él se había ganado su respeto. Los rostros masculinos que aparecían y desaparecían en su vida sólo obtenían de ella un tímido desdén por su superficialidad, su incapacidad de apreciar la inteligencia y el desprecio, no del todo disimulado, que les despertaba su fealdad. Sabía que estaba peligrosamente cerca de experimentar por Harmin un sentimiento tan fuerte que devoraría su vida entera y cambiaría su ser. Le respetaba ya por su sinceridad, por la autenticidad con que desechaba su aspecto exterior, como si no tuviera importancia, por el modo en que tocaba en ella acordes que hasta entonces sólo habían vibrado para Khaemuast.

Pero amigo... ¿A qué se refería él al nombrarse amigo? ¿Acaso le interesaba sólo compartir su mente? "Bueno, es cuanto puedes esperar", se dijo, con tristeza. Pero las siguientes palabras de Harmin aceleraron su corazón.

–Tu piel es traslúcida como las perlas –susurró él. Sheritra se volvió bruscamente y encontró sus ojos negros clavados en ella–. Tus ojos están llenos de vida, princesa; se llenan de vitalidad cuando dejas que tu ka brille por ellos. No te ocultes más, por favor.

"Me rindo", pensó ella, atacada por el pánico. "En este mismo instante me abandona el juicio. Pero ¡oh, Harmin! ¡Por Ator, mantente firme en la cuerda! Estoy dando a luz al ser que he protegido ferozmente toda mi vida. Aún está medio ciego e indefenso bajo tu extraña mirada."

–Gracias, Harmin –respondió, con voz firme. De pronto, le dedicó una luminosa sonrisa–. No seguiré ocultándome a ti. Nada me importa el resto de Egipto.

Él rió y empezó a devorar la carne fría, que ensartaba con una diminuta daga de plata. De vez en cuando acercaba unos bocados a la boca de Sheritra y ella, hambrienta, no se cansaba de comer.

Amarraron en los muelles del sur, en los alrededores del distrito extranjero. En vez de cruzar caminando Perunefer hasta el centro de la ciudad, Harmin la condujo hacia el sur. Sheritra sintió un estremecimiento de preocupación. Nunca se había sumergido en aquella vida bulliciosa, y mucho menos a pie; la presencia de Amek y su hombre, delante

y atrás, le pareció reconfortante. Pero Harmin, que la guiaba sutilmente con algún contacto en el codo y una alentadora sonrisa, no permitía que nadie la empujara y pronto su miedo se evaporó.

En su deambular por las ruidosas calles, atestadas de asnos, ella empezó a florecer bajo el manto del anonimato y enseguida empezó a lanzar exclamaciones ante la cascada de personas de distintas nacionalidades que fluía a su alrededor. Hurrianos, canaanitas, sirios, semitas, moradores del Gran Verdor, todos estallaban en una desconcertante minada de idiomas en sus oídos. Los puestos de la feria gruñían bajo telas de todas las calidades, vistosas joyas, miniaturas de los dioses de todas las naciones, en todo tipo de madera o piedra, y centenares de artículos domésticos.

Ella y Harmin vagabundearon entre todos los puestos, toqueteando los objetos, riendo, regateando por diversión, hasta que Sheritra notó súbitamente que el tránsito humano había mermado. La calle estaba ahora a la vista; era un corto trecho de deslumbrante blancura, que acababa en un muro de barro y un portón abierto.

–¿Qué es eso? –preguntó, con curiosidad.

Harmin limpió un mancha de polvo de su sien.

–Es un altar en honor de Astarté, la diosa canaanita. ¿Te gustaría entrar? Sheritra le miró fijamente.

–¿Está permitido?

Harmin sonrió.

–Por supuesto. No es un templo, sino un altar. Podemos observar a los adoradores sin obligación de orar también. Creo que Astarté tiene un gran templo imponente en Pi–Ramsés, con muchos sacerdotes y sacerdotisas, pero aquí cuenta sólo con un personal reducido y unos ritos diarios bastante simples.

Mientras le daba esas explicaciones, Harmin la hacía pasar. Atravesaron juntos el portón abierto y se encontraron en un recogido patio exterior, sin pavimentar, separado del patio interior, aún más diminuto, por un muro de barro que llegaba a la cintura.

Los dos patios estaban atestados de gente que rezaba o cantaba, pero al aproximarse Sheritra al centro del altar, el alegre bullicio se fue apagando. En el respetuoso espacio que rodeaba a la estatua de la diosa, una sacerdotisa solitaria danzaba haciendo repiquetear sus castañuelas y los adornos de su cabellera. Estaba desnuda y se movía sinuosamente, con los ojos cerrados, los muslos flexionados y la espalda en arco. Un poco más allá, estaba Astarté. Sheritra la observó con curiosidad, atraída y repelida al mismo tiempo por los pechos plenos y altos, la descarada curva del vientre de piedra y la gran separación de las impúdicas piernas de la figura, que parecían invitar a quien se atreviera a detenerse entre ellas. Miró a Harmin, suponiendo que tendría la vista fija en la bailarina, pero no era así: la observaba a ella.

–Astarté brinda el placer del sexo orgiástico –explicó él–. Pero también es la diosa de todas las formas del amor puro.

–¡Pues nadie lo diría, a juzgar por su aspecto! –respondió la muchacha, agriamente–. Me recuerda a las ramerías que infestan el distrito de Peru–nefer. Nuestra Ator también es la diosa del amor, pero con más cortesía y más humanidad.

–Estoy de acuerdo –respondió Harmin–. En realidad, Astarté no tiene lugar en Egipto. Sirve a razas más rudas y bárbaras y por eso sus altares se arraciman en los barrios extranjeros de todas las ciudades. Aun así, puede ser más antigua que Ator.

–Mi abuelo tiene mucha simpatía a los dioses extranjeros –le contó Sheritra, mientras abandonaban el recinto sagrado–. Como es pelirrojo y ese rasgo pertenece a la familia, y porque venimos de la provincia del dios Set, Ramsés ha hecho de él su principal protector. Es egipcio, por supuesto, pero el abuelo adora también a su equivalente canaanita, Baal, y visita regularmente los templos extranjeros. A mi modo de ver, eso está mal.

–Yo opino lo mismo –concordó Harmin–. Comparto tus puntos de vista y los de tu padre en cuanto a que la libre entrada de tantos extranjeros, tanto hombres como dioses, está degradando lentamente Egipto. Pronto el mismo Set será confundido con Baal y Ator, con Astarté. Que Egipto se cuide entonces, pues su caída estará cerca.

Impulsivamente, Sheritra dio un paso adelante y le besó en la mejilla. Amek tosió discretamente detrás de ella.

–Te doy las gracias por este día, uno de los más maravillosos que he vivido nunca –dijo ella, con fervor.

Cuando Harmin salió de la cervecería, con una jarra y cuatro tazas, Sheritra había encontrado ya un pequeño rincón de fatigada hierba, a la sombra de un muro. Amek y el soldado le agradecieron con una reverencia la bebida y la tomaron apresuradamente, de pie. Pero Harmin fue a reunirse con Sheritra en el suelo y pasaron allí mucho rato conversando y bebiendo. La cerveza era fuerte y muy oscura, a diferencia de la variedad, más clara, que se servía todos los días en la mesa de su padre. Pronto sintió ella que la cabeza le daba vueltas, pero en realidad la bebida era muy agradable.

Por fin, Harmin devolvió la jarra y las tazas, la ayudó a levantarse y volvieron a la barcaza, donde los marineros dormitaban. El sol lamía ya el horizonte, filtrando una luz anaranjada por entre las motas de polvo que pendían en el aire, que teñían de oro la piel de Sheritra y anidaban en su pelo. Ascendió la rampa y se dejó caer en el montón de almohadones de la cabina, emitiendo un suspiro de satisfacción. Le dolían gratamente las piernas y comenzaba a tener apetito. Pronto Harmin se reunió con ella y la embarcación, ya sin amarras, viró hacia el norte. Sheritra volvió a suspirar. "Me siento casi hermosa", pensó, feliz. "Me siento despreocupada, frívola, llena de risas." Se volvió hacia Harmin, que se estaba sacudiendo el polvo de la faldilla y miraba con melancolía sus pies mugrientos.

–¡Ha sido maravilloso! –exclamó.

Él asintió, riendo un poco ante aquel entusiasmo tan poco habitual en ella, pero la muchacha no se ofendió.

–Hoy hemos hecho lo que yo escogí –dijo él–. Mañana debo atender varias tareas en casa, pero pasado mañana decidirás tú adónde iremos.

Ella abrió mucho los ojos.

–¿Quieres pasar otro día conmigo?

–No seas tonta, princesa –la amonestó él, con una leve nota de desaprobación–. Si no quisiera volver a verte, no lo habría sugerido. ¿Volverá la suspicaz Sheritra de antaño? Ella se sintió regañada, pero no insultada.

–No, Harmin –replicó, suavemente–. No creo que me estés tratando con hipocresía. Muy bien. –Dobló remilgadamente las manos y contempló con aire pensativo el agua, empapada de crepúsculo–. ¡Ya sé! –exclamó por fin–. Usaremos la barcaza de papá, con Amek y Bakmut, y navegaremos hacia el sur, más allá de la ciudad, hasta el primer sitio discreto que encontremos. Pasaremos el día allí, nadando y cazando ranas. Después, comeremos sentados en la ribera y más tarde cazaremos patos en los pantanos. ¿Sí?

Él echó un vistazo a su manchada faldilla.

–Cielos, no –dijo, con tristeza–. No sé nadar, Alteza. Al igual que mi madre, tengo miedo al agua. No me molesta navegar por ella, pero no hay poder en la tierra que me obligue a sumergirme. –Levantó la cara y Sheritra vio que su expresión era sombría–. Pero disfrutaría viéndote nadar; en cuanto a las ranas y los patos... bueno, con eso puedo entenderme.

Ella alargó la mano y acarició su cabello caliente y lacio.

–Lo siento –susurró–. Entonces, pensaré otra cosa. Será una sorpresa. No sabrás adónde iremos hasta que vaya a buscarte. ¿De acuerdo?

Él asintió. Parecía aún atrapado por un sombrío pensamiento, pero al fin sonrió.

–Tengo que hacerte una confesión, Sheritra –dijo, en voz baja–. Espero que no te ofendas.

Ella se enfrentó a su mirada serena y oscura. Había olvidado su timidez, ya no recordaba que su cara, la misma que él estaba escrutando tan de cerca, era desagradable para la mayoría de los hombres y, por lo tanto, algo de que avergonzarse.

–No lo sabrás mientras no me pruebes –dijo. Y se ruborizó, al comprender la involuntaria doble intención de sus palabras. Pero él pasó por alto el significado más vulgar, o quizá no reparó en él. Con un leve gesto, le cogió la mano y deslizó suavemente el pulgar por su palma abierta.

–El día en que fui a suplicar a tu padre que atendiera a mi madre, mientras le esperaba a la puerta, te oí cantar. Sheritra dejó escapar una leve exclamación y trató de liberar sus dedos, pero él los retuvo.

–No, no me rehúyas –prosiguió–. Nunca había oído una voz tan excelsa. Mi intención era bajar al embarcadero, pero me detuve allí, sin poder moverme. ¡Qué dulzura me colmaba, Sheritra! Allí estuve hasta que tu padre me encontró, preguntándome si la belleza de la cantante estaría a la par de su voz.

–Pues ahora sabes que no es así –replicó Sheritra, cortante.

Pese a sus secas palabras, estudiaba la expresión del muchacho con una oculta desesperación, buscando un destello de falsedad, la diminuta y bien conocida vacilación del engaño. Pero no la halló. Las cejas de Harmin descendieron, ceñudas.

–¿Por qué eres tan injusta contigo misma? –preguntó–. ¿Y cómo sabes qué es lo que yo considero hermoso? Debes saber, niña tonta, que yo había imaginado a esa cantante como una mujer de fuego y carácter. Eso es belleza, para mí. Y tú posees ambas cosas bajo ese tímido exterior, ¿no es así?

Ella le miró con extrañeza. "Oh, si, si", pensó. "Fuego y carácter tengo, Harmin, pero estoy muy lejos de traicionarme ante ti, pues tengo demasiado..."

–Tienes demasiado orgullo para mostrarte como eres ante nadie, salvo ante tu familia, ¿verdad? –sonrió Harmin–. Temes ser rechazada y que desprecien tus dones. ¿Quieres cantarme otra vez aquella canción?

–¡Pides mucho!

–Sé exactamente lo que te estoy pidiendo –insistió él–. Coraje. Y ahora, ¿cantarás?

A modo de respuesta, ella irguió la espalda y se obligó a no enrojecer. Sus primeras notas fueron vacilantes y se le quebró la voz, pero pronto recobró la confianza. Los antiguos y sensuales versos corrieron por encima del río, claros y seguros: "Tu amor lo deseo, como a manteca y miel. Me perteneces...". Cantaba sólo la parte femenina de la canción, omitiendo la respuesta del amante. Se llevó un sobresalto cuando Harmim intervino con suavidad:

–Mi compañía será para todos los días, satisfactoria hasta en la vejez. Estaré contigo todos los días, para que pueda darte mi amor por siempre."

Ambos guardaron silencio. Luego, Harmin abandonó el banquillo y se sentó en el almohadón que había puesto junto a ella. Le cogió el rostro entre sus manos calientes y la besó tiernamente en la boca, el primer impulso de Sheritra fue ceder al pánico, forcejear, apartarse. Pero los labios del joven no eran una amenaza, sabían a polvo y cerveza y no aumentaban su presión. Por eso ella al fin se relajó y apoyó las manos sobre aquellos hombros suaves para responder al beso. Cuando se apartaron, ella vio sus ojos, somnolientos de deseo.

–Pequeño Sol –murmuró–, ansío que llegue pasado mañana. Mi horóscopo dice que este mes va a ser extraordinario. ¡Y heme aquí, a tu lado!

Sheritra sonrió, temblorosa, temerosa de que volviera a besarla. Pero comenzaba a reconocer en Harmin una intuición casi inexplicable en relación con lo que ella necesitaba. Él se puso de pie y volvió a sentarse en el banquillo, donde la entretuvo explicándole relatos de su vida en Coptos. Cuando llegaron al embarcadero, le dio las gracias por su compañía con desenvoltura y, tras dejarla al cuidado de Amek, desapareció en la cabina, cerrando las cortinas tras él. Sheritra tuvo tiempo de bañarse y vestir su túnica más femenina antes de presentarse a cenar, con el mentón erguido.



## CAPITULO 8

Soy fuerte como Thot,  
soy tan poderoso como Atón,  
camino con mis piernas,

hablo con mi boca a fin de buscar a mi enemigo.

Él me ha sido dado y no me será quitado.

Aquella misma mañana Hori durmió hasta mucho más tarde de lo acostumbrado. Había planeado levantarse con Ré y reunirse con Antef en el río para pescar un poco antes de ir a la tumba. Su servidor personal le despertó como le había indicado una hora antes del alba, pero antes de que el hombre hubiera salido del cuarto, Hori había vuelto a caer ya en un pozo de inconsciencia sin fondo, del que emergió cuatro horas después, malhumorado y molesto.

Desayunó en la cama, intentando tragar el pan, la manteca y la fruta fresca tras haber llamado al arpista para que calmara su agitación. Cuando se detuvo en la piedra elevada de la casa de baños para que le lavaran con agua perfumada, se sentía casi normal. Casi. Si su padre hubiera trazado los horóscopos, habría podido consultar el suyo para planificar un día que comenzaba innegablemente mal. Tal como estaban las cosas, sólo podía adoptar algunas sensatas precauciones.

"Hoy no practicaré el tiro con arco", pensó, mientras el sirviente le envolvía una faldilla a la cintura y le presentaba las joyas para que eligiera. "Es preferible que me mantenga lejos de cualquier instrumento afilado. Tampoco saldré en el carruaje con Antef. Dedicaré el día a dictar algunas cartas y a revisar los últimos trabajos hechos en la tumba. Después, pasaré el resto de la tarde conversando con Sheritra en el jardín." Señaló con aire distraído un pectoral de plata y cornalina y un par de sencillos brazaletes de plata, adornados con escarabajos, que el criado le ensartó por las manos.

"Ojalá pudiera recordar lo que he soñado", continuó pensando, "de ese modo podría hacerlo interpretar y tal vez salvar el día. ¡Oh, bueno!, últimamente he descuidado mis plegarias. Antef, si es que me ha perdonado, puede abrir mi altar y prosternarse a mi lado antes que nada". Pero a una pregunta suya, su criado informó de que Antef había ido a la ciudad para atender algunas tareas que requerían su atención, y tardaría varias horas en volver.

Hori renunció a la idea de orar de inmediato. Se sentó junto al diván y durante un rato dictó varias cartas para algunos amigos del Delta, su abuela enferma y varios sacerdotes de Ptah, colegas suyos que cumplían su servicio activo al dios en el gran templo de Pi-Ramsés. Luego inspeccionó someramente la obra de los artistas que copiaban las escenas de la tumba, pero se irritó con sólo pensar en el sepulcro. "¿Qué me pasa?", se preguntó por centésima vez. "Buscaré a mi padre para estudiar con él la teoría de Sisenet; veremos si quiere derribar ese muro."

Pero Khaemuast estaba encerrado con un paciente e Ib aconsejó a Hori que no le aguardara. La oculta sensación de frustración y desasosiego que hervía bajo la habitual serenidad del joven se convirtió en un torrente de fastidio. Ordenó que le sacaran un esquife y unos remos y, rechazando la escolta armada, corrió por los peldaños del embarcadero y se arrojó a la embarcación, dispuesto a remar río abajo.

El día era muy caluroso. El verano avanzaba con el inexorable paso que todos temían y Hori maldecía por lo bajo, inclinado sobre los remos. Pronto el sudor le cubrió los ojos e hizo resbalar sus manos en la madera. El río se iba secando lentamente. Su nivel ya había descendido de un modo apreciable con respecto al del mes anterior y el agua comenzaba a adquirir la textura densa y oleosa de la bajamar. Aunque fluía de mala gana en la dirección que Hori llevaba, el muchacho forzaba todos sus músculos, tratando de combatir su malhumor con el ejercicio.

Cuando se detuvo un momento, para enjugarse la cara y apartarse el pelo, que se le pegaba a las mejillas, le sorprendió comprobar que ya estaba dejando atrás los suburbios del norte. "¿Qué hago ahora?", se preguntó. "¿Vuelvo a casa?" Pero decidió continuar un poco más y volvió a remar, aunque le dolían los hombros y sus piernas protestaban. "A mi padre no le gustará que haya salido sin llevar un soldado o a Antef, por lo menos", se dijo. "Es una tontería. Pero debería enarbolar los colores reales en el esquife para que esos malditos fellahin que pululan por el río no me griten cuando estorbo su paso. Si me acerco a la orilla oriental, el tránsito será más ligero."

Viró en aquella dirección, remando con gesto ceñudo. Acababa de tomar la decisión de volver a casa y pedir una buena cantidad de cerveza para beberla en el jardín, cuando miró automáticamente hacia atrás y vio a Tbusui en un esquife. La mujer salió de la pequeñísima cabina y desembarcó. El mal humor de Hori desapareció de inmediato. Ella podría animarle con su conversación. Manióbró deprisa hacia el ribazo y puso los remos dentro del bote, mientras llamaba:

—¡Tbusui! Soy yo, Hori, ¡el hijo de Khaemuast! ¿Vives aquí?

Ante su grito ella se detuvo y se volvió, al parecer nada sorprendida por la llamada. El esquife de Hori se pegó a los estrechos peldaños del embarcadero y él se incorporó a su lado. Tbusui lucía una túnica corta y suelta que le dejaba un hombro y un pecho al descubierto. Hacia muchos años que aquella moda había caído en desuso, pero una mirada subrepticia reveló a Hori que el pecho desnudo quedaba oculto por una capa de gasa blanca que llegaba hasta la cintura. Iba descalza y las ajorcas que llevaba en los tobillos tintinearón cuando retrocedió y le saludó con una sonrisa.

—¡Pero si es el joven Hori! —exclamó—. ¿Qué haces aquí, remando con este calor? ¡Estás cubierto de espuma! Ven a la casa y te haré lavar por un sirviente.

Él sonrió ampliamente. Se sentía tonto e irracionalmente fastidiado porque le llamara "joven", algo que le situaba en una total desventaja.

—Gracias —contestó—, pero puedo virar con mi esquife y volver a casa. Remo con frecuencia, a fin de fortalecer mis brazos para el arco y mis piernas para el carruaje.

Ella deslizó una apreciativa mirada por sus muslos y sus piernas, empapados de sudor.

–Por lo visto, el ejercicio es muy eficaz –comentó secamente–. Pero entra y hazme compañía una o dos horas. Mi hermano pasa el día fuera y Harmin está recorriendo la ciudad con Sheritra.

"Claro, es cierto. Lo había olvidado", pensó Hori. "Estaré solo con ella. No sé por qué, pero no creo que a mi padre le gustara esto. De cualquier modo, me atrae mucho la perspectiva de lavarme y tomar algún refrigerio en este abominable día. Por otra parte, ella me entretendrá." Le hizo una reverencia en señal de aceptación y subió con ella los peldaños, encaminándose después juntos por el sendero fresco y bordeado de palmeras, hasta la casa blanca que tanto había cautivado a Khaemuast. "Debo de heder", pensó Hori, tratando de seguir la ligera conversación de Tbubui pese a su bochorno. "Y aquí está ella, flotando a mi lado, con esos lienzos tan prístinos y ese perfume que la envuelve como una nube. Mirra, creo. Y algo más, algo..."

–Bienvenido a mi casa –dijo ella, retrocediendo para hacerle una formal reverencia. Cuando Hori entró, le asaltó el frescor de la penumbra y de inmediato empezó a recuperar el buen ánimo.

Apareció un sirviente con pasos acolchados y silenciosos y Tbubui pidió a Hori que le acompañara.

–Es el servidor personal de Harmin –explicó–. Te atenderá en el cuarto de mi hijo y buscará una faldilla para ti, mientras lavan la tuya. Cuando hayas acabado, te acompañará al jardín.

Y le dejó, sin darle tiempo de agradecerse. Hori siguió al sirviente, observando con curiosidad los muros encalados y desnudos del salón y el pasillo. El muchacho no era tan adicto a la paz y al silencio como su padre, ni despreciaba tampoco las modas nuevas sobre muebles y decoración del hogar, pero el ser solitario que en él había se sintió atraído por la sobriedad de aquella casa. Sin darse cuenta, respiró más hondo al cruzar una sencilla puerta de cedro. Se encontró frente a un gran diván, que en un extremo tenía un cabezal de marfil; a su lado, había una mesilla de cedro con incrustaciones de marfil sobre la que aparecía una gruesa lámpara de alabastro, un alhajero, una taza de madera para vino y, entre todo eso, un abanico de avestruz con mango de plata. Un brasero vacío se agazapaba en el rincón y contra una de las paredes se alineaban tres sencillos arcones. En un pedestal, junto al incensario, se erigía un altar cerrado.

Con todo aquello, el cuarto estaba repleto. Sin embargo, Hori recibió una impresión de gran espacio y serenidad. Allí no se advertía en absoluto la personalidad de Harmin. El sirviente abrió silenciosamente uno de los arcones y seleccionó una faldilla almidonada y un cinturón de cuero. Los dejó en el diván y se acercó a Hori para quitarle la prenda manchada de sudor, las sandalias de cuero y las joyas. Luego le hizo una seña y Hori le siguió con un gesto de asentimiento. "A la casa de baños, supongo", se dijo, secretamente divertido por el eficiente silencio del hombre.

Un rato más tarde surgió de allí, refrescado, y cruzó el pequeño cuadrado de césped hasta llegar a donde le esperaba su anfitriona, reclinada en una silla y envuelta en un voluminoso manto de hilo blanco. Hori se llevó una desilusión, pues albergaba la vaga esperanza de que ella aún llevara la túnica corta, pero sin la capa plisada. En cambio, Tbubui lucía ahora una prenda atada al cuello con una cinta blanca, que caía hasta la hierba en indisciplinada profusión, ofreciendo un llamativo contraste con la negrura de su pelo y el bronceado del rostro y las manos.

El jardín era notable porque, aparte del prado, el diminuto estanque y unos pocos canteros con flores, formaba una desmandada selva de altas palmeras. Bajo la delgada sombra de una de ellas se había sentado Tbubui. Hori tuvo la sensación de que su voz levantaría ecos en la columnata de los troncos si gritaba. La mujer le indicó por señas que se acercara.

–Así estás mejor –observó–. Tienes el mismo físico de Harmin. Esa faldilla te queda bien. Espero que te sientas cómodo con ella mientras lavan la tuya. –Dio una palmada a la silla desocupada que tenía al lado–. Siéntate junto a mi o en la esterilla, si lo prefieres.

Hori tuvo la impresión de que le trataba con un aire de leve superioridad protectora. "No soy hijo tuyo", pensó, mientras ocupaba la silla. "Tampoco un niño. ¡No me trates como a una criatura!"

Ella alargó la mano hacia la mesa plegable instalada entre ellos.

–¿Cerveza o vino? –preguntó.

El muchacho vio que el manto se abría y descubría un brazo moreno, largo y torneado, a cuya muñeca se ceñía un brazalete de plata ancho y pesado. Tenía la palma teñida de un intenso color naranja. Hori, como todos los aristócratas, se teñía las palmas y la planta de los pies con alheña anaranjada o roja, pero en aquella mujer la costumbre le pareció súbitamente bárbara y exótica.

–Cerveza, Tbubui, gracias –respondió–. ¡Tanto remar me ha dado una sed terrible!

Ella llenó una taza, se la entregó y luego se acurrucó en el asiento, recogiendo las rodillas a un lado. El movimiento fue ágil y juvenil, sin llegar a la coquetería. "¿Qué edad tienes?", se preguntó Hori, mientras vaciaba la taza y se la presentaba para que volviera a llenarla. "A veces, pareces una niña y otras veces, tu belleza es atemporal."

–Tienes una familia maravillosa, príncipe –dijo Tbubui–. En tu hogar, la amedrentadora formalidad de las casas reales queda atemperada por la calidez y el humor de sus integrantes. Las atenciones de tu familia nos honran.

–Mi padre no es tanto príncipe de sangre real como historiador y físico –observó Hori– y le agradó descubrir un interés similar en ti y en tu hermano.

–¿Tú también lo compartes? –preguntó ella–. Sé que te interesan sus proyectos históricos, pero ¿le ayudas también en sus casos médicos?

–No. En realidad, eso no me interesa –respondió Hori, sin poder mirarla a los ojos por un repentino sofoco. Su mirada recorrió la curva serpenteante de las nalgas, los muslos y las rodillas bajo el manto de hilo, que formaba unos suaves montículos–. Pero disfruto con las obras de restauración de mi padre, pues he viajado con él por todo Egipto y

debo confesar que me entusiasmo cuando abrimos una tumba. Pero no me dedico a ese trabajo con tanta obsesión como él. Lo antepone con frecuencia a sus obligaciones para con el faraón. –De inmediato, se sintió desleal a su padre y alzó una mano, corrigiéndose apresuradamente–: No quería decir eso. El faraón ordena y mi padre obedece, por supuesto, pero a veces lo hace de mal grado, sobre todo si está traduciendo alguna pieza antigua crucial o a punto de penetrar en una tumba.

"Harías bien en callar", se dijo, con desesperación. "Te estás enterrando cada vez más." Pero Tsubui le sonreía, con una gota de vino purpúreo temblando en su labio inferior. Levantó la vista y vio que la mujer sacaba la lengua y se la pasaba lentamente por la boca, sin apartar los ojos de su rostro.

–Y la tumba que ha abierto hace poco –instó ella, alentándole–, ¿también le obsesiona?

Hori abrió los brazos, haciendo chapotear la cerveza peligrosamente.

–Al principio le entusiasmaba mucho –dijo–, pero más adelante empezó a poner excusas para no ir a visitarla. Ni siquiera mira el trabajo que los artistas hacen por orden suya, copiando escenas. A veces me pregunto si ese lugar no le inspirará algún miedo secreto. Yo me he encargado de toda la organización. –Hizo una mueca despectiva–. Ese muro, el que revisé con tu hermano... me inspira mucha curiosidad, pero no me atrevo a tratar el tema con mi padre por temor a que me niegue el permiso para agujerearlo.

–En ese caso ¿para qué pedírselo? –sugirió Tsubui. Hori enarcó las cejas y ella desechó sus propias palabras con un ademán–. ¡No, no, príncipe! No te estoy incitando a desobedecer a tu padre, es que opino que el proyecto puede estar absorbiendo más tiempo y esfuerzo del que él está dispuesto a conceder. Quizá tu padre se está repartiendo demasiado entre sus funciones y por eso te cuesta llevarle a la tumba con tanta frecuencia como desearías. Piénsalo. Si te animaras a abrir esa cámara oculta, en cuya existencia obviamente crees, le ahorrarías el trabajo de tomar una decisión fastidiosa y la molestia de dirigir la operación.

Tsubui cambió de posición, extendiendo lentamente las piernas sobre la hierba. El manto no siguió su movimiento y Hori se descubrió fijando la vista, hechizado, sobre un trozo de piel dorada que relucía con una pátina casi lustrosa. ¿No era una sugerencia de triángulo oscuro, aquello donde la ingle desaparecía bajo la tela amontonada?

–Como decías –continuó ella, con amabilidad–, eres tú quien está haciendo todo el trabajo, pero es él quien toma las decisiones. ¡Quién sabe! Tal vez se enorgullezca de que su hijo sepa tomar la iniciativa de vez en cuando, sobre todo si confía en tu buen criterio.

–¡Oh!, confía en mí –aseguró Hori, pensativo, obligándose a mirarla a la cara–. Pensaré en lo que me has dicho, Tsubui. Además, para mí sería una desilusión que me negara su permiso para abrir esa cámara.

–Pues no se lo pidas. Y si se enoja, dile que fui yo, Tsubui, quien corrompí la obediencia que todo hijo debe a su padre, ¡que su ira debe caer sobre mí!

Tras aquellas palabras superficiales, la mujer se echó a reír. Él también rió, feliz de encontrarse en aquel jardín, en el calor de una tarde cegadora, junto a una mujer que con su ingenio y su extraña belleza le atraía como nadie hasta entonces. Recordó cómo le aburrían las hermosas muchachas perfectas y pintadas que veía en la corte de su abuelo, cuántas veces, a punto de enamorarse, le había alejado el descubrimiento de una vulgaridad, un inadecuado sentido del humor, la carencia de intuición o la ignorancia hasta entonces oculta en la joven que había llamado su atención. "Pero aquí", se dijo, "hallo una combinación de inteligencia, buena crianza, hermosura y generosidad".

El silencio que había caído entre ambos no era incómodo. Tsubui, relajada y con la cabeza descansando hacia atrás, mantenía los ojos cerrados. Hori sorbió el resto de su cerveza deleitándose en el sosiego que sentía. Por fin ella habló:

–Eres el joven más hermoso de cuantos he visto en mi vida. Mucho antes de conocerte, Hori, sabía de tu reputación de ser el hombre más bello de Egipto. Para mí es un placer manifestar que estoy de acuerdo con la opinión general.

Hori resopló.

–Yo también sé de mi fama –replicó–, pero rara vez pienso en eso. Me parece tonto e inútil destacar por ello. No hay hombre o mujer que merezcan crédito alguno por su aspecto físico. ¿Qué inteligencia puede dar origen a una nariz aristocrática o a un par de ojos atractivos? ¡Sandeces!

–No obstante, una apariencia atractiva puede ser muy útil para conseguir lo que deseamos –objetó Tsubui, en voz baja–. Y saber aprovecharla no está necesariamente mal. Naturalmente, tú no necesitas aprovechar tu belleza, porque eres de sangre real. Para ti es un fastidio, no puede darte nada que ya no tengas.

"Salvo tu respeto", pensó Hori, bruscamente. "Tu respuesta. Me gustaría provocar en ti algo más que una impresión pasajera."

Ella le miró de soslayo.

–¿No tienes prometida, Hori? –preguntó–. ¿No hay ninguna joven con la que desees compartir tu vida? A tu edad y siendo príncipe de Egipto, estás obligado a casarte.

Hori suspiró.

–Hablas como mi padre –bromeó–. Khaemuast vive preocupado por mi soltería. Amenaza con buscarme a una joven adecuada, de la antigua nobleza egipcia, y obligarme al compromiso, si no me apresuro a hallar una por mi cuenta. Pero debo confesar –concluyó, inclinándose hacia la mesa– que eso está muy lejos de mi mente. Cuando firme un contrato matrimonial, ha de ser con una mujer a la que ame con todo mi corazón. Quiero tener lo mismo que mis padres.



–¡Ah! –La exclamación fue neutra–. Lo que tienen tus padres. ¿Y qué tienen ellos, mi joven idealista?

¿Se estaba burlando de él? Hori no habría podido decirlo. Escrutó pensativamente aquellos ojos grandes, que ahora se sometían cálidamente a su mirada, y la nariz fina, el contorno sensual de la boca sonriente.

–Respeto mutuo, intimidad y un amor firme e incommovible. La sonrisa de Tsubui se borró lentamente.

–Yo no lo creo así –susurró, mirándole con fijeza–. Porque la voluptuosa feminidad de tu madre languidece sin ser apreciada y tu padre sigue siendo un niño.

–Eres descarada, Tsubui –observó él, fríamente.

Por primera vez se enfrentaron como iguales. Ella acabó asintiendo.

–Sí, príncipe, soy descarada. Pero no voy a disculparme por haber dicho la verdad.

–¿Qué verdad? –le espetó él–. Nos conoces desde hace muy poco. ¡Faltas a la prudencia! Ella torció una comisura de la boca.

–Falto a los buenos modales, nada más. Si te he ofendido, príncipe, lo lamento. Pero debo decir que me es muy grato que defiendas así a tus padres.

–Me alegro de saberlo –replicó él, envarado. Repasó las palabras de la mujer y comprendió que aquel momento de sinceridad había iniciado entre ellos cierta relación que trascendía el cortés intercambio previo a la cómoda franqueza de la amistad.

Ella se levantó para volver a ceñirse el manto y se sentó. El gesto fue tan natural que no le excitó, pero Hori hubiera querido acariciarle la mano, revolverle los cabellos, tirar juguetonamente del gran pendiente de plata que se balanceaba junto a su cuello.

–Me gustaría volver a visitarte –comentó–. Eres una mujer fascinante, Tsubui, y me agrada tu compañía.

–Como a mí la tuya –fue la respuesta–. Ven cuando quieras, Hori. Disfruto conversando contigo, pero también es un festín para mis ojos posarlos en unas cualidades viriles tan incomparables. Me has hecho un favor.

Él dejó escapar un bufido de genuina diversión y evitó la respuesta gracias a que algo se movió entre los árboles, a la izquierda y en dirección al río. Harmin apareció por el sendero, andando bajo las palmeras, cuya sombra se había hecho más densa al caer el sol hacia el horizonte. Volvió el rostro hacia la casa, pálido y hermético, pero al reconocer al hijo de Khaemuast sus labios esbozaron una cortés sonrisa. Se acercó a besar la mejilla que su madre le ofrecía y dedicó una reverencia a Hori.

–Te saludo, Harmin –dijo éste, amablemente–. ¿Ha pasado mi hermana un día agradable?

–He hecho lo posible porque así fuera –respondió el joven, con aspereza.

–Entonces ha sido un día agradable para todos –intervino Tsubui–. El príncipe pasaba remando por delante de nuestro embarcadero en el momento en que yo desembarcaba, Harmin, y le invité a pasar para que me alegrara la tarde. Pero supongo que es hora de pensar en la cena.

–Antes debo descansar –repuso Harmin, con cierta petulancia–. Aunque la jornada ha sido plena y muy dulce, he perdido mi hora de siesta y confieso que apenas puedo pasar sin ella, por seductoras que sean mis otras actividades. Les obsequió con otra débil sonrisa y entró en casa. Hori tuvo la impresión de que sus palabras, algo inquietas, eran sólo superficiales volutas del humo que desprendía una sorda hoguera interior. Se preguntó cómo estaría Sheritra, quien obviamente constituía las otras actividades seductoras a que se había referido, y en tanto su gemelo en atractivo físico desaparecía de la vista descubrió, súbitamente y con cierta alarma, que Harmin no le inspiraba mucha simpatía.

Se levantó para desperezarse.

–Tengo que irme –dijo, atemperando con una sonrisa la brusquedad de sus palabras–. No puedo decirte lo mucho que he disfrutado con esta visita, Tsubui, pero si mis lienzos están listos debo tomar los remos y volver a casa.

Ella demostró su aquiescencia levantándose y entraron juntos tras Harmin en la casa. El anochecer empezaba a filtrarse ya por los cuartos desnudos, en donde aún no se habían encendido las lámparas. Hori se halló de pie en el vestíbulo, rodeado de pinturas de las que todo color parecía haber sido exprimido, y se sintió incómodo al contemplar las difusas estatuas de Amón y Thot, el del curvado pico de ibis y los ojillos como cuentas. De pronto cobró conciencia de dos cosas, quería poner las manos en el cuerpo de Tsubui, pero junto a aquel deseo percibía una oleada de siniestra soledad, que despertaba con la noche inminente. Estuvo a punto de gritar ante la aparición de un sirviente transportando las lámparas. Luego, se rió de sí mismo.

Tsubui regresó llevando su faldilla en un brazo. Él le dio las gracias y se adentró en el pasillo para cambiarse apresuradamente la prenda de Harmin por la suya. Por debajo de la puerta de éste se filtraba una desganada luz amarilla y en algún lugar de la casa alguien arrancaba a un laúd una melodía quejumbrosa y triste. Hori se estremeció.

Volvió apresuradamente al vestíbulo para despedirse de Tsubui, dándole saludos para Sisenet, que aún no había regresado. Luego apretó el paso cuanto pudo por la creciente penumbra del palmeral, hasta la bendita corriente del río. Le sorprendió descubrir que Ré estaba todavía sobre el horizonte, convertido en un glorioso y fiero estallido de rojo y anaranjado ante el que se recortaban en negro las ruinas y las pirámides de Saqqara. Abordó el esquife y hundiendo los remos en las aguas encendidas puso la proa hacia su casa.

Encontró la casa igualmente oscura, pues la antorcha que iluminaba el embarcadero no había sido encendida. Subió los peldaños tropezando y maldiciendo, pero una vez en el sendero recuperó su habitual buen humor. Hasta su nariz llegaba un aroma a carne asada y fuerte sopa de ajo y cebolla, procedente de las cocinas instaladas en la parte trasera del patio de los sirvientes. Por la puerta abierta del comedor surgía una luz alegre que atravesaba la terraza de columnas y se volcaba en el césped. Se acercó un sirviente portando dos antorchas encendidas y se detuvo para hacerle una reverencia.

–Que tengas buenas noches, príncipe –murmuró, antes de continuar apresuradamente su camino.

Hori le devolvió el saludo intentando desechar mentalmente la intranquilidad que le había provocado la casa de Tsubui. Al entrar en su casa, se dirigió a las habitaciones de Sheritra. El guardián que se hallaba apostado a su puerta le dejó pasar al instante. Sheritra se encontraba sentada ante su tocador entre las luces de varias lámparas, cosa no habitual en ella. Vestía una túnica blanca con hebras de oro y múltiples frunces que centelleaban al ritmo de su respiración. Unos cordeles de oro le sujetaban las sandalias a los pies, se enroscaban a sus brazos como serpientes y le rodeaban las trenzas de la peluca, que le llegaban a la cintura. "Se mantiene muy erguida", notó Hori al acercarse a ella.

Su hermana se volvió con una sonrisa y él apenas logró disimular su asombro al ver que se había maquillado la cara de amarillo, como establecía la moda. El polvo de oro se adhería a sus párpados, halagadoramente perfilados con un negro kohol. La boca estaba teñida de un intenso rojo.

–Estás deslumbrante –comentó Hori–. ¿Tenemos visitas oficiales esta noche?

Y se tumbó en el diván, cruzando los brazos tras la nuca, como cuando pasaban un rato juntos. Pero Sheritra soltó un grito.

–¡Hori, mis sábanas! ¡Estás sucio y sudoroso!

Su hermano pasó por alto su indignación.

–Bueno, ¿hay invitados o no?

Sus labios familiares, ahora extraños por el nuevo maquillaje, se curvaron hacia arriba.

–No. He tenido el capricho de preocuparme un poco por mi aspecto. –En su voz se filtraba cierta actitud defensiva–. ¿Por qué?

–Por nada –aseguró él, de inmediato–. Me gusta mucho. Pero, ¿a qué viene esto, Sheritra?

Ni siquiera su padre tenía tanta intimidad con ella como para hacerle semejante pregunta, pero Hori sabía que el corazón de la muchacha estaba abierto para él. Era el hermano mayor, su amigo y su protector, contra él no necesitaba murallas defensivas.

Sheritra tomó un espejo de cobre y se contempló atentamente.

–Mis ojos no son tan feos si los resalto con abundante kohol, ¿verdad, Hori? ¿Y los labios? ¿No te parece que así, coloreados, son más aceptables?

–Sheritra...

El espejo golpeó la mesa como una palmada y ella se volvió en redondo.

–Porque he pasado un día maravilloso con Harmin, en el distrito de los extranjeros. Me ha hecho sentir hermosa, Hori. Nadie había podido hacerme sentir así. Esta noche quiero lucir tal como me siento.

Hori advirtió en ella una nueva confianza. No era la antigua arrogancia del desafío, sino una nueva conciencia de sí misma y de su condición de mujer, que no esperaba ninguna provocación.

–Pues ese chico parece haberte hecho sentir como la diosa Ator en persona –observó, lentamente–. ¿Y cómo has hecho tú que se sintiera él, Sheritra?

Un vago rubor se esparció por debajo del maquillaje amarillo.

–¿Cómo quieres que lo sepa? –estalló la muchacha–. Deberías preguntárselo a él.

–Debes de tener alguna idea.

Ella se acercó al diván y se sentó en el borde, al lado de él.

–En realidad, creo que le gusto mucho –admitió–. ¡Oh, Hori, me ha besado! ¿Qué opinas de eso?

–¿Harmin? –bromeó Hori, intentando ganar tiempo.

–¿Y quién, si no? –bufó Sheritra–. ¡Caramba, Hori!

"No me gusta", pensó Hori. "Y temo por ti, pequeña. Sin embargo, comprendo que esta valoración mía puede estar teñida de culpa por la súbita lascivia que me inspira su madre. ¿Qué pensaría Harmin de mí, si lo supiera?" Se movió en el diván, incómodo.

–¿Qué me dices? –insistió ella.

–Creo que, si puede ganarse tu confianza y tu corazón, es un hombre realmente extraordinario, querida –respondió Hori, con toda la sinceridad posible–. Pero sé prudente, todavía no le conoces bien.

–Sé que sus ojos no rehúyen los míos cuando me hace un elogio, ni tampoco cuando adivina exactamente lo que estoy pensando y temiendo. Me siento muy segura con él, Hori, muy en paz. Puedo mostrarme como soy y él me comprende.

"Oh, Amón", pensó Hori. "Esto es mucho peor de lo que yo imaginaba."

–Me alegro por ti, Sheritra –replicó, suavemente–. Por favor, no dejes de compartir esto conmigo. Te amo mucho.

Ella le besó con dulzura, envolviéndole en una ráfaga de perfume desconocido.

–Siempre lo comparto todo contigo –observó–. ¡Mi querido Hori! ¿Qué piensas de su madre? Papá parece cautivado por ella.

Hori se incorporó, abrazándose las rodillas. Empezaban a entumecerse los músculos por el violento ejercicio del día.

–Había olvidado que tú le acompañabas cuando la vio por primera vez –musitó, masajeándose las pantorrillas–. Es hermosa, por supuesto, tiene una extraña belleza.

Sheritra clavó en él una mirada penetrante.

–Conque también ha despertado tu interés, ¿no? –comentó–. A mí me gusta, porque me trata como a una igual y no como a una tonta tímida. Pero si estuviera en tu lugar o en el de papá... –Vaciló.

–¿Qué?

–Pertenece a ese raro tipo de mujeres capaces de inspirar una obsesión a los hombres, pero en ella hay algo más, cierto misterio, algo no muy agradable. Si yo estuviera en tu lugar o en el de papá, me mantendría en guardia.

Hablaba seriamente y con sencillez, y Hori la miró fijamente. "En cuanto a papá, no lo sé", pensó, angustiado, "pero para mi ya es demasiado tarde. Quiero estar con ella, observarla".

Y se levantó del diván, diciendo:

–Creo que debo asearme un poco antes de la cena. No te molestes si alguien hace comentarios sobre tu aspecto de esta noche, Sheritra. Compórtate como si este atuendo fuera lo habitual. La aprobación de mamá será insultante y papá preferirá no decir nada. A menos que quieras explicarles tus sentimientos. Pero sugiero que esperes un poco antes de hacerlo. Nos veremos en el comedor.

Y abandonó aquel cuarto cálido para dirigirse a sus habitaciones. Además de sentirse cansado y dolorido, se había deprimido súbita e inexplicablemente. Aquella noche se tendió en su diván, con el cabezal correctamente colocado para calmar las protestas de su columna, y contempló el parpadeo de la lámpara, que arrojaba móviles sombras hacia el techo, pintado de azul y sembrado de estrellas. Revivía el rato que había pasado con Tbusui, rememorando su cuerpo moreno y sus lentas sonrisas con una inquietud física y mental que le intrigaban y perturbaban. "Tbusui no es nada coqueta", pensó, intranquilo, "pero exuda una flagrante sexualidad en todo cuanto dice y hace".

Su mente se concentró en lo que ella había dicho sobre la tumba. "Tiene razón", decidió, satisfecho de ocultar aquella tarde con un asunto más serio. "Papá ha perdido interés en el proyecto y debería admitirlo ante mi al menos y permitirme continuar solo. Mañana ordenaré que derriben ese muro. Estoy ansioso de ver qué oculta; tal vez si encuentro algo importante pueda reavivar el entusiasmo de mi padre."

Por la mañana vio a su padre un momento. Se sentía un poco culpable y estuvo a punto de revelarle sus planes, pero Khaemuast parecía reconcentrado en sí mismo y Hori acabó por pedir su litera y partió hacia Saqqara sin explicarle nada. La culpa continuó afligiéndole tras las protectoras cortinas, pero recordó las palabras de Tbusui y desechó aquel sentimiento. Aquel día reinaban un calor implacable y una luz cegadora. Tibi carreteaba hacia Makhir. Hori recordó con nostalgia la fresca penumbra de la tumba.

El capataz de las obras salió a su encuentro al verle apearse ante la tienda, ahora con un aspecto de permanente instalación, levemente desaliñada. Hori se detuvo a beber el agua que le ofrecía antes de dirigirse con él a los desportillados peldaños. Al pie de la escalera se agrupaban los artistas y los obreros, conversando ociosamente mientras esperaban las órdenes de la jornada. Le hicieron una reverencia que Hori recibió con una sonrisa distraída.

–Salgamos del sol –dijo.

El interior de la tumba estaba más o menos como el primer día. En realidad parecía más fresca, pues se barría constantemente el suelo. Hori aspiró profundamente el aire, ahora límpido y húmedo, y se sintió más animado. El sepulcro se había convertido en su segundo hogar. Era él quien trabajaba allí en una provechosa paz, ganándose de los obreros, ordenando que se aplicara una pincelada aquí, un fragmento de piedra nueva allá, para que aquel lugar de descanso volviera a ser digno de sus habitantes. Le desencantaba la renuncia de su padre a examinar las hojas de papiro que le ponía ante el escritorio todos los días; pero al contemplar detenidamente las paredes pintadas, el suelo desigual y los graves objetos amortajados reconoció que Khaemuast tenía otras responsabilidades y trató de serenarse. Hizo una seña al capataz que aguardaba, y al jefe de los artistas, y pasó al cuarto de los sarcófagos.

–Ese muro –señaló–. Sus escenas e inscripciones, ¿están ya completamente copiadas?

–Sí, Alteza –respondió de inmediato el jefe de los artistas–. El trabajo quedó terminado hace tres días. A propósito, la tarea de copiar todo lo que contiene la tumba concluirá dentro de tres días más.

–Gracias. Capataz, ¿es posible retirar una parte del muro cortando pequeños bloques y recolocarlos después? ¿Cuánto daño sufrirían las pinturas?

El hombre se tiró de la gruesa faldilla.

–Si te equivocas, Alteza, si no hay un cuarto atrás y la pared es de roca maciza recubierta de escayola, no podremos atravesarla, por supuesto. Podemos abrir agujeros, insertar unas cuñas de madera mojada y partir la roca en bloques, tan exactamente como podamos, pero la piedra se romperá en las partes en que las juntas sean débiles. No puedo asegurar mucha limpieza en el trabajo.

–Aunque haya detrás un cuarto y la pared sea sólo madera y yeso –intervino el jefe de artistas–, esas bellas pinturas quedarán destruidas. En esas circunstancias, Alteza, podría desarmar el muro limpiamente, pero es inevitable que la escayola se desmorone y destruya las pinturas.

–¿Y se podrían reproducir nuevamente a partir de las copias hechas? –preguntó Hori.

El hombre asintió de mala gana.

–Sí, se podría y de una manera muy auténtica. Pero no serían los originales, Alteza, por muy hábilmente que se pinten. ¿Quién sabe qué encantamientos y plegarias se entonaron amorosamente al ejecutar esta gran obra?

"Eso es muy cierto", pensó Hori. "Pero en la atmósfera de este sitio no hay amor, por muy a gusto que me sienta en él. Más que plegarias y encantamientos, debieron de ser maldiciones y hechizos malignos. ¿Qué debo hacer?"

Sus servidores aguardaban en silencio, mientras él clavaba la vista en el suelo, frunciendo el entrecejo. Se preguntaba qué hubiera hecho Khaemuast, pero su padre se había involucrado demasiado desde el principio en ese descubrimiento, de un modo sobrenatural. Además, ¿acaso no había renunciado a su derecho de tomar decisiones sobre la tumba? "Por mucho que le amara", se dijo Hori, "soy yo quien ha de asumir la responsabilidad de esta decisión".

Por fin, levantó la cabeza.

–Abre un agujero –dijo al capataz–. Allí, donde el cielo se encuentra con la palmera. Si la pared es de roca, no será muy difícil rellenarlo y volver a pintarlo. Si no... –Giró sobre sus talones–. Avísame cuando hayas acabado.

Supuso que su jefe de artistas protestaría, pero el hombre no dijo nada. Hori salió al sol, que cayó sobre él como un fuerte golpe, trayéndole un vívido recuerdo de Tbului envuelta en los sutiles pliegues de su manto, con el cabello negro agitado por la brisa caliente, llevándose a los labios la taza de vino y sonriéndole por encima.

Caminó por la arena hasta su tienda y se dejó caer en la silla, a la sombra del toldo. Con los ojos entornados para protegerlos del resplandor, contempló la nada de la arena y el furioso cielo azul, preguntándose cómo sugerir a su padre que una mujer de más edad y menor alcurnia, procedente de un rincón perdido como Coptos, podía ser una adecuada esposa principal para uno de los primeros príncipes de Egipto. Una hora después el capataz se inclinó ante él, parpadeando como un búho tras el fino polvo gris que le cubría la cara.

—Hemos abierto el agujero, Alteza —dijo, en respuesta a la áspera pregunta de Hori—. Y en una parte atraviesa madera. Parece que nos vemos ante una puerta escondida cubierta de escayola.

Hori se levantó.

—Lleva a tus hombres allí y examínala con cuidado. No es cuestión de romper más de lo preciso. Cuando tengas todo medido y marcado, utiliza las sierras Imas y abrid esa puerta.

Reprimió su impulso de correr a la tumba para ver con sus propios ojos el revelador agujero. Sus hombres, hábiles y bien adiestrados, ejecutarían el trabajo con igual eficiencia sin él. El capataz le hizo una breve reverencia. Hori pidió la comida, lamentando que Antef no estuviera con él. Su amigo le había solicitado ausentarse unos días para visitar a su familia, que vivía en el Delta, y le echaba de menos. "¿Y si mi padre decide inesperadamente visitar hoy la tumba?", pensó de pronto, con una punzada de preocupación. "¿Qué le diré?" La culpabilidad que sentía por lo que había hecho en el sepulcro se mezclaba con la que le causaban sus sentimientos hacia Tbului. Pero se encogió mentalmente de hombros, dio las gracias al hombre que le estaba sirviendo los platos y comenzó a comer.

Después del almuerzo entró en la tienda para tenderse a dormir en el catre. Su camarero le despertó dos horas después, cumpliendo la orden recibida, y volvió a sentarse bajo el toldo, a calmar la sed con cerveza, mientras un sirviente le lavaba con suavidad el sudor del sueño. En la llanura, un perro del desierto jadeaba a la leve sombra de una pequeña roca, semienterrada. En el feroz cielo de bronce, un halcón giraba perezosamente y su grito levantaba ecos espasmódicos en el aire sofocante.

"Tenemos que atravesar ese muro hoy mismo. ¿Por qué tardan tanto?", pensó Hori, preocupado, y contemplando las frescas gotas de agua que se evaporaban de sus muslos desnudos.

Una hora después acudió nuevamente el capataz, corriendo por la ardiente arena. Algo en su carrera alertó a Hori y le hizo levantarse con el corazón palpitante. El hombre hizo una torpe reverencia y él le indicó con una seña que se pusiera a la sombra.

—¿Y bien? —le espetó, con urgencia.

Su capataz respiraba trabajosamente.

—Detrás hay una habitación —barbotó—. Muy oscura, Alteza. Y huele muy mal.

Mucho antes de que mis hombres hubieran terminado de cortar la puerta, el agua empezó a filtrarse por el dintel hacia la cámara de los sarcófagos. Los obreros están muy intranquilos y se han ido en cuanto han acabado la tarea.

—¿Se han ido? —repitió Hori—. ¿Han huido?

El capataz se puso rígido.

—Los sirvientes del ilustre Khaemuast no huyen —replicó—. Los vi tan aprensivos, Alteza, que les ordené volver a casa y regresar mañana por la mañana.

Hori no dijo nada. Todos sus capataces eran jefes competentes, que conocían a sus subordinados. Hubiera sido tonto entrometerse en sus métodos de mando.

—Muy bien —replicó, al cabo de un rato—. ¿Están encendidas las antorchas? Voy a echar un vistazo. El capataz vaciló.

—Tal vez fuera prudente llamar a un sacerdote, Alteza. Alguien que quemase incienso y pida la protección de los dioses para ti y los habitantes de la tumba, y...

Vaciló.

—¿Y qué? —preguntó Hori, con interés.

—El perdón para ti.

—No seas pomposo —repuso el joven—. No es algo adecuado a un hombre lleno de polvo y sudor, como las mujeres que se cubren la cara con pasta de alabastro y natrón para mejorar el cutis. —Pero cedió al ver la acentuada incomodidad de su sirviente—. No temas. Mi padre, tú y yo trabajamos juntos en esto desde hace muchos años. ¿Acaso no soy yo mismo sacerdote del poderoso Ptah? Ven. Quiero ver ese misterio.

El aire de la tumba se había alterado nuevamente. Hori lo percibió en cuanto abandonaron el corto pasillo de la entrada y penetraron en la primera cámara. Un rancio olor a agua estancada invadió su olfato y le produjo la sensación de sentir el agua, pegajosa, contra la piel. El capataz se estremeció. Hori pasó rápidamente a la sala de los sarcófagos, donde los dos portadores de antorchas, uno junto al otro, se apretaban de espaldas a la pared, observando nerviosamente una abertura negra y mellada, larga y estrecha, en cuyo umbral la luz producía unos reflejos fangosos. Por encima del umbral, se extendía la oscuridad hacia los sarcófagos. El olor era ahora repugnante, pero provocó en Hori un vago recuerdo que desapareció enseguida. No era la primera vez que olía a aguas podridas, desde luego, pero nunca en aquellas circunstancias. Su mente fundió vagamente el olor con otra cosa, con algo agradable, pero la impresión se desvaneció de inmediato. Hori avanzó hacia el agujero y pidió una antorcha con ademán impaciente. En cuanto la tuvo en la mano extendió el brazo y miró hacia adelante.

El cuarto era muy pequeño y parecía estar sin terminar. Los muros eran de roca desnuda y en ellos se habían abierto unos toscos nichos del tamaño de un hombre, probablemente para instalar allí a los shawabti, que estaban vacíos. Por todas partes serpenteaban unas delgadas franjas de verdín morado. El suelo era una lámina de agua negra y hedionda, que reflejaba apagadamente la luz de la antorcha y lamía los pies del joven como una amenaza lenta y fácil. En el centro del cuarto, aislados por aquel mar misterioso y poco profundo, se veían dos ataúdes sin tapa. Hori tomó aliento y alargó el cuello, adelantando la antorcha todo lo que pudo, en un intento de divisar el contenido de los ataúdes, pero sólo percibió unas sombras vacilantes. Lanzó un gruñido, agachó la cabeza y avanzó un tímido paso en el agua. El capataz dejó escapar a su espalda una grave exclamación que él no atendió. Su movimiento agitó la superficie oscura del agua y abrió en ella unos leves círculos que se alejaron lentamente hasta besar la pared opuesta, con un suave ruido de succión. A Hori se le erizó la piel.

Vadeó lentamente por el agua en dirección a los ataúdes. El agua era ahora ligeramente más profunda. Sintió que le cubría los tobillos y le estremeció la textura aceitosa que tenía el suelo de roca, tanto tiempo sumergido. No obstante siguió avanzando, murmurando por lo bajo, casi sin darse cuenta, una letanía a Ptah. Llegó a los sarcófagos y se asomó a su interior. Eran sólo unas grandes artesas de piedra, toscamente ahuecadas, y estaban vacías. Hori observó con atención su fondo irregular, y decidió que alguna vez debían haber sido ocupados, pues había rastros de sales de embalsamamiento, ya ennegrecidas y mezcladas con fluidos de los cadáveres, que habían manchado la piedra con el tiempo.

Con cuidado, muy lentamente, recorrió la cámara, tanteando el suelo con los pies. Por nada del mundo hubiera hundido las manos en aquel cieno. Pero sus dedos no encontraron lo que buscaba.

—No hay tapas —dijo en voz alta y su voz sonó inexpresiva y ahogada.

De pronto, emitió un grito de sorpresa. La antorcha acababa de mostrarle una pequeña arcada abierta en la base del muro derecho, de diámetro apenas suficiente para que un hombre pudiera pasar por ella. Se inclinó e introdujo la mano libre. Una piedra arenosa, fría y seca, se inclinaba hacia arriba en una pendiente gradual. Todo en él se resistía a hacer lo que consideraba necesario. "Maldito seas, Antef", pensó, enojado.

"¿Por qué tuviste que irte justamente ahora. Tú no hubieras tenido miedo aquí. Me habrías ayudado."

—¡Capataz! —llamó—. ¡Ven aquí!

Hori oyó unos susurros, pero no se volvió. Aguardó, sintiéndose de pronto muy solo y muy vulnerable. La lúgubre frialdad de aquel sitio le producía escalofríos en la columna. "Ojalá hubiera tenido coraje para decírselo a mi padre, después de todo", pensó. "Ojalá estuviera él aquí, a mi lado, para hacerse cargo de todo con esa aura de autoridad y seguridad que tanto nos tranquiliza a todos, servidores y familiares.

Junto a él nunca ocurre nada malo." Al cabo de un rato oyó chapotear al capataz en el agua y luego sintió que le tocaban en el hombro. El hombre temblaba, pero obedecía.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Hori.

El capataz examinó la abertura y se incorporó.

—Parece un pasadizo o algo así —replicó—. No se trata de una fisura natural de la roca.

—A mi me parece lo mismo. Sostén la antorcha tan abajo como puedas, voy a ver adónde conduce.

Sin aguardar sus objeciones, depositó la llama en manos del capataz y se tendió boca abajo, introduciendo los brazos y la cabeza en el agujero. Su faldilla se empapó de inmediato de agua fétida, haciendo que sus músculos se contrajeran con repulsión.

Ceñudo, se impulsó hacia delante en la abertura. Se le atascaron los hombros, pero se liberó retorciéndose.

—¡Aquí el aire es más puro! —anunció—. Estoy seguro de que lo siento moverse arriba.

Si el capataz dijo algo, Hori no lo oyó. Hacia delante todo era una densa negrura. Avanzó como un gusano por una suave pendiente, con la cabeza baja y pronto rozó la roca arenosa con los codos y las rodillas. El pánico amenazaba con paralizarlo, pero lo reprimió con fuerza, pensando en los hombres que esperaban detrás de él, conteniendo con valor sus propios miedos.

Tenía la sensación de llevar siglos arrastrándose, de que el sol ya se había puesto, de que su avance era sólo una ilusión y sus movimientos en realidad no le llevaban a ninguna parte. Pero de pronto rozó con la coronilla algo duro y afilado que le hizo retroceder con un juramento. Se puso de lado y tanteó con los dedos. Le cerraba el paso una gran piedra, que se movió al presionarla. La empujó, apoyándose contra las paredes del tosco túnel y la roca se estremeció. Hori aplicó todas sus fuerzas, imaginando, aunque sabía que no era cierto, que la oscuridad total las menguaba. La roca crujió en una leve protesta y de pronto cedió, dejando entrar un gran rayo de luz cegadora. El joven retrocedió con unas lágrimas de alegría. Parpadeó y se obligó a avanzar. Minutos después sacó la cabeza al exterior, y contempló penosamente una cuesta que conducía a un bosquecillo de palmeras. Más allá, la ciudad danzaba en el fulgor. A la derecha, una piedra amarillenta le obstruía la vista, y después sacó las manos y se agarró a ella para izarse hacia fuera.

Al hacerlo, rozó con la rodilla algo que estaba caído justo en el borde de la oscura abertura que acababa de franquear. Lanzó una exclamación de horror y buscó rápidamente el objeto con la mano. Tanteó con los dedos en el interior del túnel y sacó a la luz un pendiente, que relucía ahora con el color rojo de la sangre que brotaba de su rodilla. Limpió la joya en su faldilla, con la cara aún contraída de dolor, y examinó la pieza.

Era una turquesa grande, azul verdosa, con la forma de una lágrima, engarzada en una pesada filigrana de oro púrpura. Aunque estaba opaca y llena de arena, Hori comprendió que se trataba de una joya muy antigua. Ya no se usaban turquesas de aquel tipo, pues se habían vuelto muy caras. Los artesanos egipcios conocían ahora el método de producir oro púrpura, pero durante siglos habían sido los aurífices del reino de Mitanni, absorbido después por otros

imperios, los que lo fabricaban y vendían a la nobleza egipcia. El oro púrpura era en la actualidad de una fusión más pareja, que daba a la preciosa sustancia una mera pátina morada, pero el objeto que Hori estaba haciendo girar entre sus dedos sucios tenía las características vetas de la antigua artesanía de Mitanni.

Lo guardó en el puño y con entusiasmo empezó a descender la cuesta renqueando. Sabía dónde estaba. El túnel terminaba en una discreta esquina de la muralla exterior, ahora casi derruida, que en otros tiempos encerraba el magnífico complejo de la pirámide y los edificios funerarios del faraón Unas. A primera vista, la roca que lo bloqueaba habría parecido sólo una pequeña irregularidad de la muralla.

Mientras cojeaba bajo el ardiente sol, Hori sintió una profunda desilusión. No cabía extrañarse de que la entrada principal se hallase intacta: la piedra que bloqueaba la salida había ofrecido poca resistencia. Sin duda, los ladrones habían descubierto el túnel y penetrado en la tumba por él. Si la cámara recién abierta había contenido algo de valor, los profanadores se lo habrían llevado, dejando caer el pendiente en la apresurada huida.

"Pero, ¿y los cadáveres?", agregó su pensamiento, bajo el insistente palpitar de la rodilla. Los ladrones destrozaban con frecuencia los cuerpos en su búsqueda de amuletos valiosos y eran capaces de dejar los restos desmembrados por toda la cámara o amontonados en el mismo sarcófago. Era posible que los dos cadáveres se hubieran disuelto en el agua, lo que significaba que él había estado vadeando en fluido de embalsamamiento diluido. Se estremeció.

Había rodeado ya las extensas ruinas sobre las que descansaba Unas y se encaminaba hacia el familiar caos de su excavación. Vio a dos de sus sirvientes en cuclillas bajo el toldo de su tienda. Los trabajadores del capataz, al marcharse, habían dejado un montón de herramientas al pie de los escombros que flanqueaban la escalera de la tumba. La escena entera respiraba melancólica bajo la implacable crueldad de Ré.

Hori llamó a los servidores cuando estuvo lo bastante cerca de ellos y los dos alzaron la cabeza, sobresaltados. Luego uno de ellos desapareció tras la tienda y un momento después, la litera y sus portadores se acercaron pensosamente a Hori por la arena.

Se dejó caer en la litera, agradecido de no verse obligado a caminar los pocos metros que faltaban para llegar a la tienda. Se inspeccionó la rodilla. El tajo le llegaba hasta el hueso, con unos bordes desiguales, parecía increíble que un objeto tan pequeño pudiera infligir tanto daño. Se le ocurrió que quizá estuviese oculto junto a una piedra de borde afilado. "Voy a necesitar sutura", pensó, con una mueca. "Mi padre se alegrará."

La litera se detuvo.

—Ve a la tumba y ordena a los hombres que salgan —ordenó a su camarero—. Diles que estoy aquí.

Dejó que el otro hombre le ayudara a llegar a su silla, pero prohibió que le lavara la herida. Aquellos pocos minutos pasados bajo el sol, sin protección, le habían producido un leve mareo. Bebió a grandes tragos una jarra de cerveza, mientras el capataz y los portadores de antorchas salían por la boca de la tumba desconcertados e inseguros.

—Ese túnel se aleja hacia arriba y desemboca entre las ruinas de Osiris Unas —explicó al incrédulo capataz—. Si exploras el borde exterior de las murallas encontrarás la salida y la piedra que he apartado para salir. Vuelve a colocar la piedra en su lugar, pon guardia en la entrada y vete a casa.

El hombre hizo un gesto de asentimiento y observó:

—Estás herido, Alteza.

Hori logró sonreír.

—Han sido unos cuantos minutos de aventura. Hasta mañana.

No esperó a que los hombres se dispersaran. Con el pendiente aún guardado en la mano, abandonó la silla para volver a la litera y ordenó que le llevaran a su casa. Era hora de hablar con Khaemuast.

## CAPÍTULO 9

¡Qué agradable es mi hora!  
 Ojalá una hora pudiera convenirse para mí en eternidad,  
 cuando duermo contigo.  
 Tú me alegraste el corazón...  
 cuando era la noche.

Hubiera querido que el viaje fuera más largo. Temía el momento de contar a su padre lo que había hecho. Ahora que no había remedio, no estaba tan seguro de que el consejo de Tsubui fuera correcto. Sentado tras las cortinas cerradas y pensativo, atento a su rodilla, permanecía ajeno al rumor de la ciudad, combatiendo la sensación de que la madurez se le escapaba y le dejaba convertido nuevamente en un niño.

Sus esperanzas de entrar en la casa sin llamar la atención resultaron vanas. Al bajar de la litera, ante la entrada trasera, vio salir a Sheritra con una taza de leche en la mano.

–¡Hori! ¿Qué has estado haciendo? ¡Estás sucio, lleno de rasguños de la cabeza a los pies y hueles horriblemente! –La muchacha se acercó a él–. ¿Y cómo te has herido esa rodilla?

A manera de respuesta, él abrió la mano. El pendiente relumbraba en su palma.

–He abierto la cámara secreta de la tumba –admitió–. Y he encontrado un túnel.

Allí me herí la rodilla con esto, que estaba en el suelo. Ahora tengo que confesárselo a papá. ¿Dónde está?

–En las habitaciones de mamá, jugando al sennet. –Sheritra pasó suavemente el dedo por el borde de la herida–. Se pondrá furioso, Hori. Lo sabes, ¿verdad? –Después fijó la mirada en la joya y la tomó para hacerla girar, pensativa–. Turquesa antigua –comentó–. Esto podría ablandarle un poco, si tienes suerte. Se parece a la turquesa que lucía ayer Harmin. En las muñecas y alrededor del cuello, llevaba una fortuna en piedras antiguas.

"Los enamorados sacan a relucir el nombre del bienamado a la menor oportunidad", reflexionó Hori, irónicamente.

–¿Qué hace un miembro de la nobleza empobrecida con una fortuna en turquesas? –dijo en voz alta.

–No están arruinados, cuentan con una modesta fortuna –contestó ella de inmediato–. Además, Harmin me dijo que las piedras son una herencia y que deben pasar a su hijo. –Le devolvió el pendiente–. Sería mejor que buscaras a papá. ¿No habrás visto por casualidad a la nueva serpiente doméstica tomando el sol, al entrar? Hori sacudió la cabeza y se alejó por el pasillo hacia las habitaciones de su madre. La pierna se le estaba poniendo rígida y le costaba doblarla, y el dolor físico y la incomodidad de su conciencia le hacían sentirse angustiado y no podía contar siquiera con Antef para que diera una mejor perspectiva al día.

Khaemuast y Nubnofret estaban sentados en unas bajas banquetas, junto a los escalones que descendían hasta la terraza de columnas y el jardín lateral. Tenían las cabezas juntas, inclinadas sobre el tablero. Al entrar, Hori oyó el repiqueteo de los palillos y la grave risa de su madre. Wernuro se levantó de su rincón y le hizo una reverencia, que él recibió con una sonrisa. Luego se acercó a sus padres y se detuvo, algo intimidado. "Eres un hombre", se dijo, severamente. "Tomaste una decisión de adulto. Ahora, defiéndela, tonto." Su padre estaba jugando y estudiaba el tablero acariciándose el mentón. Fue Nubnofret quien levantó la vista. Por un momento, la brisa del jardín sacudió su túnica escarlata, pero su sonrisa de bienvenida se evaporó de inmediato.

–¡Hori! –exclamó–. ¿Qué te ha pasado? Wernuro, acerca pronto una silla.

Khaemuast le echó una sola mirada.

–Y vino –agregó–. ¿Ha habido algún accidente en la tumba?

El joven se dejó caer en la silla que Wernuro había colocado respetuosamente tras él, notando al mismo tiempo que no había sorpresa en la voz ni en la actitud de su padre, casi como si Khaemuast hubiera estado esperando algo malo.

–Padre, ¿trazaste los horóscopos para Tibi, por casualidad? –preguntó, súbitamente.

Khaemuast negó con la cabeza.

–¿Y para Meldiir? Mekhir está casi sobre nosotros.

Su padre volvió a responder con un gesto negativo. Esperaba una explicación y el joven tuvo nuevamente la impresión de que se había preparado para recibir malas noticias. Había tensión en sus facciones bellas y despiertas, y su cuerpo musculoso estaba contraído. Por primera vez, pese a los problemas en que se sentía envuelto, Hori se descubrió contemplando a su padre con objetividad, como a otro hombre adulto, divorciado del neblinoso capullo de la paternidad, autoridad y larga familiaridad que siempre se había interpuesto en su visión de él. "Khaemuast es un hombre atormentado", pensó, con sorpresa. "Qué apuesto es, qué inteligentes son sus ojos y anchos sus hombros! ¿Qué pasa en la vida secreta de su ka?" Con esos pensamientos, asombrosos, pero de algún modo tranquilizadores, Hori recuperó la confianza en sí mismo. "Mi padre no es más que un hombre como yo mismo", era su revelación. "Ni más ni menos."

–Bueno, supongo que podremos arreglarnos sin horóscopos un mes más –dijo, lentamente–. En realidad, no tiene importancia. Y para responder a tu pregunta, padre, no ha habido ningún accidente en la tumba. Hoy he abierto una puerta en el muro falso.

Se hizo un silencio mortal. Los pequeños movimientos de Wernuro, que servía vino a Hori, pasaron casi desapercibidos. El muchacho levantó la taza de plata para beber y volvió a dejarla. Khaemuast le miraba con

intensidad, obviamente enojado, pero también asustado, le pareció a su hijo. Nubnofret se había vuelto hacia la terraza y contemplaba los árboles, que ahora se agitaban ligeramente contra el cielo, suavemente arbolado. Aquello no era asunto suyo.

Por fin, Khaemuast habló con una voz anormalmente serena.

–No recuerdo haberte dado permiso para hacer semejante cosa, hijo mio.

Su mirada permanecía fija en el rostro del joven, pero Hori descubrió que se sentía completamente sereno.

–No te lo he pedido –replicó–. Yo he asumido la responsabilidad de esa decisión.

–¿Por qué?

El razonamiento de Tsubui se desarrolló en la mente de Hori y sus argumentos le parecieron enseguida falsos y egoístas. "He estado mintiéndome a mi mismo", pensó, siempre con aquella lúcida calma. "Le diré la verdad."

–Porque lo deseaba así. Has demostrado poco interés por ese sepulcro y sus hallazgos. Incluso parece tenerle miedo a menudo. Desde hace tres meses, esos trabajos consumen la mayor parte de mi tiempo, por ello, decidí derribar ese muro según me conviniera, en vez de esperar que tú lo hicieras según tu conveniencia.

Khaemuast parpadeó y desvió la mano hacia el tablero. Recogió un cono dorado y exploró con el pulgar su pulida superficie, con aire distraído.

–¿Y las pinturas? –preguntó–. ¿Han quedado destruidas?

Hori comprendió que el enojo hervía todavía allí sordamente bajo el rígido control de aquel hombre.

–Sí –respondió, secamente–. El muro era de roca, en su mayor parte, y tenía una puerta de madera y yeso aproximadamente en el medio. Para abrirla hubo que reducir las escenas a fragmentos de escayola. Pienso reconstruirla más adelante y hacer que vuelvan a pintar las imágenes.

Se produjo otro incómodo silencio, como si Khaemuast ansiara formular la pregunta inevitable y no se atreviera. Por fin devolvió cuidadosamente el cono al tablero y levantó sus palmas teñidas. Había reunido valor.

–¿Qué había detrás de la puerta, Hori?

El muchacho tomó un sorbo de vino y descubrió que estaba hambriento.

–Hay una pequeña cámara que contiene dos sarcófagos, ambos vacíos y sin tapa. Esas tapas no existieron nunca o han desaparecido. El cuarto está anegado de agua estancada, hasta la altura de los tobillos. En las paredes hay unos nichos en donde deberían estar los shawabtis, pero también los he hallado vacíos.

Khaemuast hizo un gesto de asentimiento, sin dejar de mirarse las manos.

–¿Inscripciones? ¿Pinturas?

–Nada. Pero creo que los ataúdes estuvieron ocupados en otros tiempos. Los ladrones entraron y revolvieron el contenido, es probable que destrozaran los cuerpos. Entraron por un estrecho túnel que une la cámara con el desierto. Me herí la rodilla al arrastrarme por él y apoyarla sobre esto.

Mostró el pendiente y su padre lo cogió para examinarlo con detenimiento. Entonces, Nubnofret revivió.

–¡Qué hermoso es, Khaemuast! –exclamó–. Si lo limpiaras, embellecería cualquier noble cuello.

–Lo haré limpiar –replicó él, con dificultad–, pero para devolverlo a la tumba.

–No –intervino Hori–. Yo me ocuparé de limpiarlo y ponerlo otra vez allí.

Khaemuast le arrojó una sombría mirada, pero le devolvió la joya, para sorpresa de Hori.

–Ven a que te vende esa herida –dijo, levantándose–. Más tarde terminaremos la partida, Nubnofret.

Su voz no permitía discusiones y Hori se levantó para seguirle con mansedumbre. Khaemuast le lavó la rodilla, aplicó la sutura y se la vendó sin decir palabra. Pero mientras cerraba su arcón de hierbas dijo:

–Sabes que estoy profundamente enojado contigo, ¿verdad, Hori?

Pero entonces el joven deseaba sólo dormir.

–Sí, lo sé –respondió–. Pero también sé que tienes miedo. ¿Por qué?

Su padre permaneció inmóvil un momento y luego, suspirando, se dejó caer sobre uno de los grandes recipientes de rollos.

–Algo ha cambiado entre nosotros –dijo–. En realidad, toda la relación de esta familia está cambiando, no sé si para bien o para mal. El pergamino que me viste coger... leí una parte en voz alta al tratar de traducirlo. Y desde entonces todo gira alrededor de Tsubui y esa tumba. A veces pienso que nos hemos marcado un sendero del que no podemos desviarnos.

"Eso no es todo", pensó Hori, observando las facciones sombrías de su padre. "Dónde está el resto, lo ignoro."

–¿Entonces no has estudiado seriamente los misterios del agua, los mandriles y el rollo en sí? –preguntó.

Khaemuast irguió la espalda.

–¡Claro que los he estudiado! –respondió, bruscamente–. Pero no sé si quiero hallar las soluciones.

–¿Por qué? ¿Quieres que analicemos el asunto ahora, juntos? Cuatro cuerpos, padre; dos de ellos, ocultos tras un muro falso. Una tumba sin profanar, una cámara secreta, pero asaltada. ¡Sin duda, es el desafío de mi vida!

–No debes suponer todavía que la cámara interior fue asaltada –dijo Khaemuast, con cautela–. Mañana iré a verla contigo, pero creo que ese lugar nunca fue terminado o que se dejó deliberadamente tosco y sin pintar. –Se levantó y ofreció un brazo a su hijo–. Muchas veces he lamentado no haber dejado en paz a esa maldita tumba. Te ayudaré a llegar a tu diván.

Hori se apoyó en él, agradecido. En un arrebato de afecto, sintió la tentación de hablarle de su visita a Tsubui y su creciente interés por ella, pero en el contacto físico con su padre había algo que se lo impidió. "Ya habrá tiempo sobrado", pensó, dolorido y soñoliento. "Para ganar esa pelea tengo que estar sano. Ojalá me hubiera ofrecido amapola,



pero tal vez no lo ha hecho para castigar mi arrogancia de hoy. En cuanto sea posible iré a casa de Sisenet para contarle a Ttubui lo que he hecho."

Los sirvientes estaban encendiendo las antorchas en los pasillos y en sus habitaciones alumbraban ya las lámparas. Khaemuast lo dejó en su diván y, después de indicarle que podía comer allí más tarde, le pidió que descansara. Antes de que hubiera abandonado el cuarto, Hori ya estaba dormido.

No se despertó para cenar. Un criado le llevó la comida, que al cabo de un ratose enfrió. Pero Hori seguía durmiendo pesadamente. Se despertó una vez y percibió lo tardío de la hora por la profunda calma que invadía la casa. Su lámpara de noche se había apagado y su servidor personal roncaba ante la puerta de la alcoba. La rodilla le palpitaba con un ritmo implacable, pero comprendió que no era el dolor lo que le había despertado, sino un sueño inquietante, casi una pesadilla que no lograba recordar. Se incorporó trabajosamente para servirse agua y bebió con sed. Luego volvió a tenderse, con la vista fija en la oscuridad.

Cuando recuperó la conciencia, los servidores le ponían el desayuno a los pies y abrían su altar privado. "Hoy será un día difícil", se dijo, picoteando la comida. "Mi padre estará todavía de mal humor y mi herida, peor que nunca. Bueno, al menos Antef no tardará ya en volver." Pero ni siquiera el recuerdo de su servidor y mejor amigo pudo levantar su ánimo. Antef aguardaría a que él sugiriera salir de cacería, pasar la tarde pescando, recorrer los mercados o remar con otros amigos. Siempre habían estado muy unidos, pero Antef no franqueaba nunca la línea, efímera y a veces complicada, que debía separarle siempre de su real compañero. Aun así, mantenían una relación cálida y amistosa. Cierta vez, entre los chismosos de Menfis se esparció el alegre rumor de que Antef era, en realidad, hijo de Khaemuast y una concubina o, mejor aún, una sirvienta. Pero la historia murió muy pronto, porque el príncipe era demasiado recto como para no reconocer a sus vástagos y la ciudad estaba llena de tópicos más jugosos para la conversación. En Antef, Hori había encontrado a su igual en cuestiones de opinión, gustos y actividades físicas. Su amigo era capaz de guardar un secreto real tan bien como cualquier sirviente bien enseñado. "Aun así", pensó Hori, mientras encendía el incienso ante Ptah y recitaba apresuradamente sus plegarias matinales, "no sé si deseo revelar mi interés por Ttubui. Una mujer puede destruir una amistad. Y Ttubui está afectando ya los sentimientos que Antef me inspira. No quiero salir de caza ni vagar con él por los mercados. No quiero pasar mis ratos de ocio en el jardín, bebiendo cerveza y bromeando sobre nuestra última lucha cuerpo a cuerpo. Cuando éramos más jóvenes nos mentíamos sobre nuestras proezas sexuales, pero a Ttubui no puedo traicionarla así. Si confío en él, ¿comprenderá que prefiero pasar casi todo mi tiempo con ella?". Se sentía culpable y se obligó a concentrarse otra vez en el sonriente dios de oro al que servía y en su deslumbrante capa de lapislázuli. Terminó sus oraciones con la debida atención y ordenó que sacaran su litera. Después de dejarse pintar la cara, salió cojeando de la casa.

Dos horas después, estaba con Khaemuast ante los escombros dejados por el muro falso de la cámara, observando los dos sarcófagos recién descubiertos. En la roca, a cada lado del agujero, se habían fijado unas antorchas que proyectaban una luz rojiza y vacilante en el interior de la cámara sin despejar su atmósfera siniestra. Al cabo de un rato, Hori ocupó el banquillo que le había acercado su sirviente, estirando la pierna rígida hacia delante, mientras su padre cogía una lámpara y se aprestaba a chapotear hasta los ataúdes. Khaemuast hizo la misma mueca que su hijo ante el desagradable olor y el contacto con el fondo del agua estancada. Examinó cuidadosamente los sarcófagos y se volvió hacia Hori.

—Tenías razón —dijo, enérgicamente—. Esos ataúdes estuvieron ocupados. Pero si los cuerpos hubieran sido desmembrados y arrojados al agua por los ladrones que buscaban objetos de valor, habría algún resto de ellos. Los vendajes y la carne momificada se habrían disuelto, pero los huesos no. ¿Estás seguro de que no hay nada bajo el agua?

—Nada —aseguró Hori—. Aunque me repugnaba, recorrí con los pies cada centímetro del suelo. Sólo hay roca enmohecida. ¿Es posible, padre, que la princesa Ahura y su esposo fueran enterrados primero aquí, en esta pequeña cámara, y más tarde trasladados a la otra al descubrir los sacerdotes que había filtraciones de agua?

—Es posible —aceptó Khaemuast—. Pero, en ese caso, ¿por qué esta primera cámara funeraria se edificó de manera tan tosca? ¿Por qué se construyeron tres cámaras en vez de las dos acostumbradas, una para los objetos y otra para los cuerpos? ¿Tal vez para uno o más hijos? Pero, entonces, si la tumba fue abierta más adelante por otros miembros de la familia, ¿cómo se explica el subterfugio del muro falso? ¿Qué se quería esconder, Hori? En este cuarto no hay nada. Los ladrones buscan cosas de valor, objetos de poco tamaño y lo que no pueden cargar con facilidad pueden destruirlo, pero siempre lo dejan. Sin embargo, bajo el agua no hay rastros de muebles destrozados, ni altares, ni estatuas ni cosa alguna. Y si la cámara fue preparada para otros miembros de la familia, debería estar tan lujosamente decorada como el resto. —Volvió a calzarse las sandalias y Kasa se arrodilló para atárselas—. En estos muros aparece un solo hijo, un varón —prosiguió él—. Confieso que estoy completamente desconcertado. No creo que podamos hallar jamás las respuestas a esto.

—Bueno, ¿y el rollo? —sugirió Hori—. ¿Por qué no le echas otro vistazo, padre? Tal vez en esta ocasión te resulte más claro. Puede contener alguna pista.

—Tal vez —reconoció Khaemuast, dudando y vacilando—. Sé que, si reparamos y sellamos este lugar sin acabar de explorar todas las posibilidades, siempre te sentirás insatisfecho.

—¿No te intrigará a ti también, de vez en cuando? —preguntó Hori, tímidamente, reparando en la intranquilidad de su padre.

Khaemuast paseaba su mirada lentamente a su alrededor, aferrando con fuerza el Ojo de Horus que descansaba sobre su amplio pecho. Negó enfáticamente con la cabeza.

–Creo que odio esta tumba desde el momento en que Penbuy nos trajo la noticia de su descubrimiento –dijo en voz baja–. Todavía no sé por qué. Haz que los trabajadores empiecen a reconstruir este muro, Hori. No vamos a ganar nada dejándolo así. Me voy a casa, no soporto el hedor de esta agua y me he ensuciado la faldilla.

Hori le vio caminar deprisa hacia el resplandor de sol que se filtraba por el pasillo, frotándose una salpicadura gris. Luego desapareció. El capataz de obras y el maestro albañil de Khaemuast esperaban cortésmente sus instrucciones, con los ojos bajos. Hori abandonó el banquillo.

–Será mejor que comencéis la reconstrucción –les dijo–. Hoy no puedo quedarme, pero tenéis mi autorización para tomar cualquier decisión sobre la pared. Volveré mañana por la mañana.

"Espero que padre se decida a examinar nuevamente el pergamino", pensó, mientras subía los escalones, con la discreta ayuda de su sirviente. Se hundió en su litera, maldiciendo su hinchada rodilla. "Apenas pensé en ello mientras reflexionaba sobre los difíciles problemas del agua, los mandriles y ahora, además, la cámara secreta; pero empiezo a creer que el pergamino contiene la clave de esta enloquecedora excavación. No la hay en otra parte, las inscripciones y las escenas tan minuciosamente transcritas por los ayudantes de Penbuy son hermosas, pero inútiles."

–Al embarcadero –ordenó, con un escalofrío de placer.

El pendiente estaba bajo los almohadones, envuelto. Pensaba visitar a Tbubui, con la excusa de mostrárselo, y explicarle sus aventuras del día anterior. ¿Acaso ella no le había rogado que le contara todas las novedades? Tbubui le consolaría por lo de su rodilla, le serviría buen vino y le pondría cómodo, mirándole con solidaridad en sus enormes ojos negros brillantes. Ahora que su padre había efectuado su somero examen del descubrimiento, sin una sola palabra severa, el resto del día parecía lleno de posibilidades. Hori cerró los ojos y sonrió.

Aunque habría preferido caminar, se hizo llevar en la litera desde el esquife por el serpenteante sendero bordeado de palmeras. Encontró la casa tal como la recordaba: baja y recién encalada, parecida a un silencioso laberinto. Tuvo la sensación de haberse alejado de ella unos años atrás. El jardín de delante estaba desierto y por primera vez, Hori se preguntó si su visita podía resultar molesta. Pero al apearse, mientras ordenaba a sus portadores que le esperaran bajo los árboles de la ribera, salió un sirviente que le hizo una reverencia y esperó, imperturbable. Era completamente negro: un nubio puro, pensó Hori, de poderosos hombros y cara plana. Le recordó a los shawabris de la tumba, todos de ébano negro y con collares de oro, cada uno sordo y mudo hasta el momento en que su amo le llamara para ejecutar sus tareas en el otro mundo.

–Di a la señora Tbubui que el príncipe Hori ha venido para hablar con ella –ordenó.

El hombre volvió a inclinarse y, sin haber levantado la cabeza, le indicó que le precediera y entrara en el vestíbulo. Luego desapareció. Hori se dejó caer en una silla. Pese a los acelerados latidos de su corazón y la excitación que sentía, la paz casi idiotizante de la casa empezó a asentarse sobre él.

No hubo de esperar mucho. Tbubui en persona se acercó a él como deslizándose por el suelo haciéndole varias reverencias en el camino, con una sonrisa de bienvenida iluminando sus facciones. Iba descalza, como de costumbre, con una ajorca de oro tintineándole en el tobillo y las muñecas aprisionadas en dos gruesos brazaletes. Bajo la fina tela blanca que ceñía su cuerpo se entreveía su piel morena. En ese momento, Hori no intentó arrancar su vista de las limpias curvas de sus caderas y muslos, del leve estremecimiento de sus pechos. Tbubui llevaba el pelo dividido en diez o doce trenzas que descubrían la noble longitud de su cuello aristocrático y su mentón. La pintura verde daba a sus párpados una pátina brillante, y tenía la boca teñida de naranja.

–¡Alteza! –exclamó, acercándose–. ¡Tu rodilla! ¿Qué has estado haciendo?

"Es como si hablara con un niño", pensó Hori, con cierta rebeldía. "Eso es lo que me cree, un niño a quien se ha de tratar con indulgente condescendencia." Cayó en la cuenta de que ella había sido la primera en hablar, contra la costumbre, y se levantó.

–Te saludo, Tbubui –dijo, con serenidad–. He seguido tu consejo y ayer abrí el muro falso de la tumba. Vengo a contarte lo que ocurrió.

Ella ensanchó su sonrisa.

–¡Estupendo! Pero se te ve ojeroso, príncipe. ¿Sufres? ¿Quieres un poco de vino? Hoy no te sugiero salir al jardín, hace demasiado calor. Retirémonos a mis habitaciones, donde hay una silla cómoda y algunos almohadones.

La pasajera rebelión de Hori se derritió mientras seguía a Tbubui por el pasillo trasero y a la derecha, alejándose de las habitaciones de Harmin. Por fin ella entró en un cuarto y sostuvo la puerta para que pasara. Una sirvienta se levantó del rincón y le hizo una reverencia.

–Debes ocupar la silla que está junto al diván, Alteza –dijo Tbubui–. Puedo dar fe de que es cómoda, pues pasé mucho tiempo en ella cuando tenía el pie herido. ¡Oye, tú! –ordenó a la servidora–. Trae un escabel, almohadones y una jarra de vino.

La muchacha inclinó la cabeza y salió apresuradamente. Hori ocupó la silla, preguntándose: "¿Tendrán prohibido estos sirvientes abrir la boca? Nunca les he oído pronunciar una palabra". Trajeron el escabel y lo cubrieron de almohadones. La silenciosa muchacha le levantó la pierna con una mano ligerísima y se la apoyó sobre la blandura de los cojines. Luego trajo el vino y lo escanció. Tbubui la despidió y se sentó en el borde del diván. Por el rabillo del ojo, Hori reparó en un arcón abierto por cuyo costado asomaba una túnica escarlata. Junto a él había una mesa de tocador, cubierta de potes y frascos bien alineados, y en el suelo, como si alguien lo hubiera arrojado, un abanico de avestruz escarlata.

–Qué maravilloso frescor reina aquí –dijo, lentamente, levantando la taza de plata–. Brindo por ti, Tbubui. Vida, prosperidad y felicidad.

–Gracias, príncipe –sonrió ella–. Un deseo tradicional que recibo de buen grado. Ahora, dime, por favor, qué te ocurrió ayer y qué dijo Khaemuast al enterarse de lo que habías hecho.

El diván estaba pulcramente hecho y las sábanas y el cabezal de marfil relucían en la penumbra. Ella le miraba con expectación, inclinada hacia delante y con la boca entreabierta, dejando ver sus dientes pequeños. "Sería tan fácil arrugar ese pulcro diván...", pensó Hori. "Con una embestida la tendría de espaldas, sin aliento y desarmada por la sorpresa. ¿Gritaría? No lo creo. Tal vez lanzara alguna exclamación. En cualquier caso, yo cubriría su boca con la mía antes de que pudiera recobrar su aplomo." Lo salvaje y lo vívido de aquella imagen le horrorizó y le hizo respirar hondo.

–Mi padre se enojó mucho –dijo, con esfuerzo–, pero lo disimuló bien. Hoy ha inspeccionado lo que yo había hecho y no ha comentado nada.

Ella asintió. Hori pasó a describir los acontecimientos del día anterior, su tensión, su sensación de miedo y su entusiasmo. Aunque le escuchaba atentamente, Hori percibió en ella una agitación creciente al describirle el túnel. Se mantenía inmóvil, pero tenía los ojos desmesuradamente abiertos, estaba alerta y en tensión.

–¡Pero qué misterio! –interrumpió–. ¿Exploraste ese sitio?

–Sí –confirmó él–. Lo exploré, y encontré esto. –Extrajo el pendiente del bolsillo que llevaba en el cinturón y se lo tendió–. Esto es lo que me hirió la rodilla, pero valió la pena, ¿no te parece? Una turquesa antigua, bellísima, y un engarce de oro tan fino.

La joya quedó en la palma teñida de Tsubui, como una gota de límpida agua del Nilo, verde y azul. Hori, que buscaba ansiosamente la aprobación en su cara, vio cruzar por ella una peculiar expresión. Codicia, satisfacción, enojo... no podía determinar qué.

–Póntelo –sugirió.

Ella sonrió muy despacio.

–¿No enfurecerá eso al ka de la dama a la que perteneció? –dijo, con un deje de soma.

Hori le devolvió la sonrisa.

–El ka de esa dama ha de saber que mi intención es devolverlo intacto a la tumba –aclaró–. Además, ¿cómo podría ofenderse al ver su precioso objeto adornando tanta belleza?

Ella se recogió una trenza tras la oreja y atornilló el pendiente a su lóbulo. La joya se balanceó graciosamente junto a la larga curva de su cuello. Verdaderamente parecía hecho para ella.

–Alcánzame un espejo, Hori –pidió y de inmediato se echó a reír–. Me olvido de tu pobre rodilla, yo misma iré a buscarlo.

Y avanzó contoneándose hasta el tocador. Hori advirtió algo de sueño en aquel movimiento, algo privado, como si por un momento se creyera sola. Ella levantó el espejo de cobre que yacía invertido sobre la mesa, como si fuera una antorcha votiva: con ambas manos, la barbilla en alto, los ojos entornados y la espalda arqueada. Moviéndola brillante cabeza hacia un lado y otro, murmurando suavemente. Hori no podía captar lo que decía. De pronto, ella dejó el espejo en la mesa y se volvió hacia él.

–¿Qué habrá sido de su compañero? –preguntó–. Quizá se lo llevaron los ladrones, como tú supones. Que lástima tan grande. –Se sentó otra vez en el diván, con un lánguido movimiento. Un pie permaneció en el suelo y la túnica blanca se abrió descubriendo una larga pierna morena–. ¿Me permites usarlo un rato? –preguntó. Ante su tono de hermosa sumisión, el corazón de Hori volvió a palpar sordamente. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, porque no confiaba en su voz. Los movimientos de Tsubui habían alterado el ambiente. De pronto, le llegó el perfume de la mujer, la mirra del sexo y del culto, más otra fragancia, huidiza y provocativa. Ella cariciaba el pendiente con sus elegantes dedos teñidos.

–Me has hablado de tus aventuras de ayer y de la reacción de Khaemuast –prosiguió–. Pero aún no has sugerido ninguna conclusión a sacar del nuevo descubrimiento, Alteza. ¿Arroja esa pequeña cámara alguna luz sobre el resto de la tumba o sobre sus habitantes?

–En realidad, no –admitió el joven–. Vosotros habéis visto la tumba, Tsubui, y tú y tu hermano sabéis tanto como nosotros. ¡Vergonzosa confesión! Se supone que mi padre y yo somos historiadores.

–También lo es Sisenet –observó ella–. Él y yo hemos estudiado con frecuencia el posible significado del agua, los mandriles y las tapas, sin resultado. Dime –prosiguió, acariciando todavía distraídamente el pendiente–. ¿Qué pasó con el rollo que Khaemuast tomó del cadáver? No me lo has mencionado.

–Mi padre lo guarda aún celosamente –respondió Hori–. Pero ya no lo estudia. Como sabes, trató de descifrarlo y no pudo. Es extraño que lo comentas, Tsubui, pues hoy me vino a la mente que quizá contenga la clave de la resolución de todos los misterios de ese irritante lugar. Pienso pedir a mi padre permiso para examinarlo.

Ella le dirigió una sonrisa de indulgente dulzura, como diciendo: "Si el historiador más grande de Egipto no puede descifrarlo, ¿cómo podrías hacerlo tú?". Hori se sintió mortificado.

–Desde luego, será completamente inútil –se apresuró a añadir–, pero, ¿quién sabe? Tal vez así le anime a él a intentar otra traducción. Mis trabajadores están cerrando ya la segunda cámara mortuoria y pronto la tumba entera estará sellada. Queda poco tiempo.

Ella apartó la mano de la oreja y la posó sobre el muslo. La mirada de Hori la siguió.

A mi también me gustaría mucho verlo –confesó, con encantadora timidez, desaparecido todo aire de superioridad–. Pero mi interés parecería totalmente frívolo a los ojos de tu augusto padre. Sin embargo, mi hermano tiene cierta habilidad para traducir manuscritos antiguos. Tal vez él pueda ayudarlos.

Ahora le tocó a Hori sentir un secreto desdén.

–Perdona, Tbusui, pero sin duda tu hermano es sólo un aficionado sagaz –replicó, con altanería–. El rollo es frágil e irremplazable, una mano poco hábil podría dañarlo.

–¡Oh!, no creo que haya peligro –contraatacó ella, suavemente, con los ojos muy abiertos en la penumbra de la alcoba–. Sisenet está habituado a manejar rollos valiosos. Ha descifrado todos los registros dejados por los capataces de caravana de Osiris Hatshepsut, que fueron nuestros antepasados, como tal vez recuerdes.

–No, no lo sabía –reconoció Hori–. En ese caso, si lo deseas, pediré permiso a mi padre en nombre de tu hermano para que intente leer el rollo. ¿Crees que le interesará?

–¡Oh, sin duda! –asintió Tbusui, lenta y enfáticamente–. Le interesará muchísimo. ¿Más vino, príncipe?

Él accedió y la mujer se levantó del diván en un solo movimiento y tomó la jarra para escanciar el vino. Hori tuvo la impresión de que se acercaba a él más de lo estrictamente necesario. Aspiró la bocanada de perfume y el calor que se desprendía de su seno. Como las trenzas de Tbusui caían hacia delante, se las echó suavemente hacia atrás. El hombro de ella estaba a pocos centímetros de su boca, satinado y brillante. Incapaz de resistirse más, se inclinó con los ojos cerrados y presionó sus labios contra la carne de la mujer. Su piel era fresca y sabía a agua de loto. Siempre con los ojos muy cerrados, movió la lengua hacia el cuello y hacia abajo, buscando el delicioso hueco de la clavícula. Luego, hacia arriba, pasando por el mentón. Por fin encontró los labios, suaves y dóciles, entreabiertos. Ella no se había movido. Hundió la lengua entre sus labios para besarla con ardor, tratando de restañar la herida de su lujuria. Sus manos buscaron a ciegas sus pechos, más pequeños y pesados de lo que esperaba. Pero cuando se apartó, aturdido y jadeando, descubrió que la herida palpitaba con más ferocidad que nunca.

–Bien, joven príncipe –murmuró ella–. Eso ha sido halagador.

–¿Halagador? –estalló él–. ¡Estoy enloquecido por ti, Tbusui! No puedo comer ni dormir de tanto desearte. Ahora comprendo por qué las preciosas doncellas de la corte de mi abuelo me hacen sentirme solo y con deseos de algo que, hasta ahora, no reconocía. Yo era orgulloso y me bastaba a mi mismo. ¡Estaba dormido! –Su voz sonaba ronca y desigual, y su expresión era tensa–. Déjame cortejarte, persuadirte de que no soy sólo un muchacho imberbe. ¡No te haría daño un compromiso matrimonial con la familia más poderosa de Egipto!

Ella enarcó las cejas.

–Pero tú no me conoces, mi querido Hori. ¿Qué puedo ser para ti, sino un cuerpo mezclado con fantasías? Estudia mi carácter y te desencantarás. –Le acarició el pelo con un gesto suave y maternal–. Esto es un capricho, nada más.

Él apartó su mano de un golpe, pero se la arrebató para besarla con fervor, lamiéndole la punta de los dedos.

–Nunca he sido un mozo de corazón variable –gimió–. Esto no es un capricho, Tbusui, durará.

La mujer no intentó retirar la mano.

–Serías el hazmerreír de todos los nobles de Egipto –le advirtió–. Aunque mi sangre sea aristocrática, no tiene la grandeza total que se requiere de una esposa principesca. Además, soy mucho mayor que tú.

Él encerró sus dedos entre sus palmas y logró esbozar una débil sonrisa.

–¿Qué edad tienes?

Hubo una pausa, luego ella rió entre dientes.

–Los dioses me han dado treinta y cinco años.

–¡No me importa!

–Pero a mí sí. No puedo comprometerme con alguien tan joven como tú.

Apartó la mano y él se reclinó, por fin, en la silla. Le palpitaba la cabeza y se sentía algo descompuesto. De pronto, cobró conciencia de que le dolía la rodilla.

–¿No sientes nada por mí? –preguntó.

–¿Qué diría tu padre? –acometió ella–. Eres un hombre atractivo, Hori, y yo no soy inmune a tu magnetismo. Nadie en Egipto lo es. Pero debo tratarte como a un amigo joven y querido. Puedes visitarme cuando gustes, siempre que hagas de tus sentimientos un secreto para tu familia y tus amigos. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –susurró él. Había perdido su aplomo, que había sido sustituido por la necesidad de demostrar su condición de hombre. Tal vez la actitud de ella, inadvertidamente protectora, lo empeoraba todo–. Pero no has respondido a mi pregunta.

–Sí, príncipe –dijo ella, con decisión–. He respondido. Ahora ¿te gustaría comer algo? ¿Quieres que se te cambie el vendaje?

"No hay vendaje que pueda tapar mi herida", hubiera querido gritar él. Todo su ser exigía que la conversación continuara hasta que Tbusui se viera obligada a admitir un deseo equivalente al suyo. Pero cierta sabiduría nueva le aconsejó una retirada momentánea. El ataque frontal no serviría de nada, había que conquistar a Tbusui con sigilo, con una paciencia revestida de pequeñas y agresivas espinas.

–No, gracias –replicó, bruscamente–. Debo volver a casa. Tengo asuntos que atender. Tu hospitalidad ha sido ilimitada, como de costumbre, Tbusui.

Hizo lo posible por disimular su sarcasmo y ella se levantó, quitándose el pendiente para devolvérselo con obvia renuencia.

–En esta familia todos adoramos la turquesa antigua –dijo–. Esta joya tiene una delicadeza y una hermosura incomparable. Tal vez trate de hacerla copiar. Te agradezco que me hayas permitido usarla, príncipe.

Hori la envolvió y volvió a guardarla en el bolsillo. Luego se levantó con torpeza. Ella, sin decir una palabra, le siguió al pasillo.

La tarde estaba muy avanzada, era una centelleante caldera de calor y luz que le espantó por su contraste con el frescor de la alcoba. Se despidió con algo de su habitual dignidad, mientras ella, sonriéndole con ironía, le rogaba que volviera a visitarla cuando deseara. La litera esperaba. Se reclinó en los almohadones con un gemido ronco, dio las órdenes de partir y tiró de las cortinas para cerrarlas.

Un momento después, algo le obligó a levantar la pesada tela y mirar a la casa. Tbubui, de pie a la sombra de la entrada, le seguía con una mirada inexpresiva. No estaba sola. Su hermano, de pie junto a ella, le rodeaba los hombros con un brazo, con el rostro sombrío e igualmente impávido. Hori se apresuró a soltar la cortina, pero la imagen de aquellos dos centinelas, petrificados y misteriosos, permaneció con él nublando el día.

Cuando el resto de la familia se reunió para cenar, justo después del anochecer, el humor de Khaemuast era todavía inestable. Sheritra, acostumbrada a la ecuanimidad de su padre, se dedicó a charlar sobre Harmin durante los dos primeros platos, pero enmudeció cuando Khaemuast le ordenó bruscamente callar. Por una vez, Nubnofret salió en su defensa:

—¡Realmente, Khaemuast, no hay necesidad de ser tan grosero!

Pero él no respondió. Degustaba una comida a la que casi no encontraba sabor y no escuchaba la agradable música que llenaba el salón. Notó que Hori estaba extrañamente retraído y respondía con monosílabos a las preguntas de su madre. Decidió que al día siguiente examinaría su rodilla, pero olvidó la idea en cuanto acabó de concebirla.

A su regreso de la tumba, Penbuy le había leído en su despacho un rollo de Wennufer, su amigo sacerdote, que le enviaba su réplica a la amistosa discusión que mantenían desde hacía meses sobre el verdadero lugar donde estaba enterrada la cabeza de Osiris. Khaemuast se sintió intensamente aburrido por todo aquel asunto. Huy, el alcalde de Menfis, había enviado una nota invitándole a cenar y él ordenó a Penbuy que respondiera con una negativa. Si-Montu había escrito de su puño y letra, con unos hieráticos garabatos, comunicando a su hermano que las uvas empezaban a recobrar del añublo y se desarrollaban bien. La mención de la enfermedad le hizo recordar el mensaje había añadido el escriba de su madre en su carta, pero relegó al fondo de su mente los remordimientos que sentía por no haber hecho nada respecto a la mala salud de Astnofert; dictaría pronto una alegre carta para ella. Desde el Delta llegaban los informes de los hombres enviados para medir la altura del Nilo, que disminuía sin cesar. La voz de su escriba, recitando monótonamente la lista de cifras, le produjo una súbita punzada en el vientre que ni siquiera se molestó en tratar.

Le inflamaba el deseo por Tbubui. No podía apartar de sí las vívidas imágenes de su cuerpo, su risa y sus gestos, aun de haberlo querido. Todo lo que le exigía tiempo y atención le enfurecía. Y la repentina revelación que Hori le había hecho el día anterior era una distracción de enormes proporciones.

En cuanto acabó la cena, Khaemuast se levantó para salir del salón y marchó a grandes pasos hasta un alejado rincón del jardín, para contemplar allí, tenso, la salida de una pálida luna menguante. Antes había hecho un esfuerzo supremo por ir a las habitaciones de su esposa y entretenerla una vez más jugando al sennet, pero le había resultado casi intolerable.

No había querido ir a la tumba por la mañana. La tumba era una catástrofe en un océano de irritaciones. Prefería quedarse donde estaba, por si Tbubui encontraba algún motivo para visitarle. Pensaba ir a su casa dentro de pocos días, utilizando como excusa una receta de herboristería. Aunque en realidad, no necesitaba excusas: ella era viuda y él, como príncipe, tenía derecho a tantas esposas y concubinas como deseara. Pero en el fondo se sentía humillado, culpable por aquella potente pasión que se había apoderado de él, hasta el punto de que su trabajo, su familia y su posición habían perdido toda importancia. Había decidido que nada se interpondría entre él y el objeto de su deseo, y friamente, comenzaba a planear el modo de poseerla.

Suspiró y dejó que la sensual belleza de la noche, la brisa caprichosa y perfumada que aleteaba con unos dedos curiosos sobre su piel desnuda, el cielo negro y suave con su colchón de estrellas, todo se insinuara en aquella turbulencia de obsesiones. Sus pensamientos se desviaron hacia el pendiente de turquesa que Hori le había mostrado con una mezcla de orgullo y vergüenza, pero al instante lo vio posado sobre un cuello largo y moreno, enredado en una negra cabellera que olía a calor y mirra. A ella le sentaría tan bien...

—¡Ah, Thot! —gimió en voz baja, alzando los brazos para acunar su dolor—, si me amas, ayúdame. ¡Ayúdame!

El símbolo del dios se elevaba ahora por encima de la casa, pequeño y con los bordes duros; su luz era una cosa ajena e indiferente.

Khaemuast se dejó caer en la hierba y apoyó la espalda contra un árbol. Durante mucho rato contempló el alegre fulgor de las lámparas pasar de un cuarto a otro y al fin extinguirse. Más allá del muro del jardín, donde se alzaba el recinto de los sirvientes, con sus graneros y su enorme cocina, sonaban intermitentemente las risas, el repiqueteo de los dados y el chasquido de las tabas, pero pronto aquellos ruidos se esfumaron también en la avanzada noche.

Observó que una lámpara rondaba por entre los arbustos y oyó la voz de Kasa.

—¿Estás ahí, príncipe?

—Sí —respondió Khaemuast, sin levantarse—. Estoy demasiado nervioso para acostarme, Kasa. Déjame el diván preparado y agua en la antecámara para lavarme. Luego puedes ir a tus habitaciones.

—¿Quieres lavarte solo, Alteza? —La indignación de Kasa era evidente, aunque Khaemuast no le veía—.

Realmente, yo...

—Que duermas bien, Kasa —interrumpió Khaemuast, con firmeza.

La lámpara describió una agitada curva y desapareció tras las columnas invisibles. Al príncipe le dolían los ojos y sentía la cabeza pesada por el cansancio, pero exceptuando aquellos síntomas físicos se sentía alerta de una manera sobrenatural.

Cuando la última lámpara se hubo apagado en la casa, se levantó, con intención de dar un paseo alrededor de la finca, quizá de contemplar el río un rato. En cambio, se encontró descendiendo los peldaños del embarcadero. Desamarró el pequeño esquife y, acomodándose en él, tomó los remos. "Esto es una locura", protestó la parte cuerda de su ser, horrorizada. Pero su yo impulsivo y soñador estableció un ritmo con los remos, tomó nota de los ribazos neblinosos y desiertos, de la vacía extensión de río centelleante de luna, y ajustó el nombre de Tbusui a cada esfuerzo.

Los suburbios del norte pasaron deslizándose ante su vista, hundidos en el silencio. Khaemuast pasó junto a una balsa grande, adornada con lámparas y atestada de gente que celebraba algo, pero el ruido se debilitó y se alejó pronto. Remó hacia el ribazo oriental, apenas consciente de que le dolían los muslos y los hombros. "No debería hacer esto", se dijo, apaciblemente. "Si alguien me ve, pensará que el gran príncipe ha perdido el juicio. Tal vez sea cierto. Tal vez estoy apresado por una fuerte magia, incluso es posible que esté en mi casa, en mi diván, flotando en la ilusión de una meta y un movimiento, bajo el hechizo de la luna de Thot. Pues bien, que el hechizo siga su curso. Que me ate con más fuerza, que la noche disuelva el tiempo y la realidad, para que yo pueda erguirme ante la casa de ella, invisible, como un joven enamorado, sin impedimentos." El agua chorreaba plata desde los remos y la superficie del río se levantaba en unas ondulaciones que se perdían silenciosamente entre las sombras del ribazo.

Los diminutos peldaños del embarcadero no eran fáciles de divisar, sofocados como estaban por la maleza del río, pero Khaemuast maniobró con su esquife sin vacilar hasta dar con ellos. Tras desembarcar, amarró su bote y salió al sendero. Sus pies no hacían ruido alguno en la tierra arenosa, sembrada de frágiles hojas de palmera caídas. Los árboles se alejaban a los dos lados del camino perdiéndose en la oscuridad como columnas en un templo y sus copas extendidas formaban un dosel. Khaemuast sintió, todavía con más fuerza, que estaba recorriendo un sueño. En el siguiente recodo del camino, la casa aparecería ante él, con sus blancos muros oscurecidos en un misterioso gris, ciegas las diminutas ventanas. Continuó caminando.

De pronto, un movimiento atrajo su mirada hacia la izquierda, haciéndole perder parte de aquella sensación de irrealidad. Se detuvo. Alguien le acechaba. "Debería haber traído a Amek al menos", pensó, súbitamente alerta. "¿Qué tonto soy!" Aguardó, tenso, esperando ver otro movimiento entre los troncos. Lo vio. Y un momento después Tbusui caminaba hacia él, descalza, con las líneas del cuerpo y el rostro desdibujados por la penumbra. Llevaba el pelo suelto y en desorden, enmarcándole como una nube negra sus facciones limpias. Algo se retorció dentro de Khaemuast al ver que estaba desnuda, pues llevaba sólo una sutil faldilla de dormir anudada a las caderas. Ella se detuvo ante él, sin la menor sorpresa.

—Príncipe Khaemuast —dijo—, debí adivinar que eras tú. Esta noche el aire está lleno de tu presencia.

No le preguntó qué hacía allí. Sin adornos de joyas, con la cara fresca y sin pintura, parecía tener dieciséis años. "Soy un joven enamorado", pensó Khaemuast, feliz. "¡Oh, Tbusui!"

—Pensar en ti me hace cometer actos ridículos —explicó—. Había planeado rondar tu casa como un jovencito enfermo de amor y volver a mi hogar. Perdona lo excéntrico de mi conducta.

—No es más excéntrica que la mía —replicó ella, con una leve sonrisa—. Me gusta vagar por las noches entre las palmeras, cuando no puedo dormir. Y, últimamente, el sueño me rechaza con frecuencia.

—¿A qué se debe eso? —preguntó él enseguida, con un nudo en la garganta.

Ella levantó los ojos, ocultos en la penumbra.

—No estoy segura —susurró—. Pero sé que me siento sola, príncipe. Y el descanso no se acerca con facilidad a los insatisfechos. —Cruzó las manos bajo el mentón, en un gesto ingenuo y juvenil—. Mi hermano, aunque me ama, no es un hombre expresivo. Y Harmin... —Se encogió de hombros—. Harmin es un joven dedicado a sus propios intereses.

Echó a andar, no hacia la casa, sino hacia los árboles. Khaemuast ajustó su paso al de ella y la cogió de la mano, como si fuera algo sencillo y natural. Los dedos de Tbusui se enroscaron con los suyos. Cuando alcanzaron las sombras más densas, ella se detuvo y el príncipe la puso frente a sí y buscó su otra mano.

—Yo también te amo —dijo, con energía—. Creo que te he amado desde el momento en que te vi por primera vez, caminando en el polvo a lo largo del río. Nunca me había enamorado antes de este modo, Tbusui, con el cuerpo, la mente y el ka gritando a la vez. —Soltó sus manos y la sujetó por los hombros, para tocarle el cuello, la curva de las orejas, rozando sus ojos en una especie de éxtasis—. Ahora quiero hacerte el amor —siseó—. Aquí, bajo las palmeras.

—Me muero por yacer entre tus brazos —repuso ella, en voz baja—. Muchas veces me he preguntado cómo sería y entonces, al mirarte a los ojos y ver mi deseo reflejado allí... —Frotó su mejilla contra los dedos de él, que la recorrieran—. Pero no me entrego con facilidad, Khaemuast, como otras mujeres. Vivo severamente, como hacían los antiguos, y aborrezco la corrupción moral de esta época.

Khaemuast se dejó caer en la arena y la atrajo a su lado. Las palabras de Tbusui sólo habían pasado de lado por su mente, pues se aferraba únicamente a lo que ella acababa de admitir: que se moría por yacer entre sus brazos. La puso suavemente de espaldas para sepultar la cara entre sus pechos, acariciándole a la vez los muslos. Al encontrar allí el blando beso de la tela, aflojó la faldilla y levantó la cabeza. La tenía desnuda bajo su cuerpo y, su vientre cóncavo subía y bajaba ligeramente y la sencillez de su cadera desnuda era un tormento de placer.

Empezó a acariciarle la piel con la lengua, pero ella le cogió la cabeza con las manos y la llevó hacia arriba para buscar su boca. Esta vez el beso fue de Tbusui, suyos fueron los gemidos de placer. Se aplastó contra él con una urgencia que le debilitó por un instante. Khaemuast se apartó para subir encima de ella y penetrarla. La victoria, el sobrecogimiento y la pasión eran un tumulto en su interior. Pero la mujer se desprendió de pronto de sus manos y rodó para apartarse, hasta quedar tendida boca abajo, jadeante. El alargó una mano hacia ella, pero Tbusui la esquivó bruscamente y se incorporó.

–No puedo –murmuró–. Perdóname, príncipe.

Deseó zarandearla en su frustración. Sintió ganas de tumbarla de espaldas una vez más e inmovilizarla allí, pujar dentro de ella y liberar aquel maldito raudal de dolor que era ya una carga constante. Pero no lo hizo. Le acarició la cabellera con una sola caricia larga y tierna, y apartó la mano.

–En mi finca tengo una bella casa –dijo, serenamente–. Es grande y ventilada, y está llena de objetos preciosos. En su jardín hay incluso un estanque para peces y una fuente. Hace mucho tiempo que no entro en ella. Allí viven mis pocas concubinas. –Sonrió con ironía, pensando que ella no podría ver su expresión en la intensa oscuridad–. En todos estos años las he molestado pocas veces. Con Nubnofret tenía bastante, pero ahora... –Hizo una pausa, pero ella no levantó la vista. Tenía la frente apoyada en las rodillas–. Ahora te quiero conmigo. Múdate a esa casa, Tbubui. Entra

en mi hogar como un miembro privilegiado. Verás satisfechas todas tus necesidades: las tuyas, las de tu hijo y las de tu hermano. Deja que cuide de ti.

Ella levantó poco a poco la cabeza para volverla hacia él y Khaemuast advirtió el frío destello de sus ojos.

–Hay princesas que pueden considerarse afortunadas por acabar en el harén de un rey –dijo, de manera distante–. Pero yo no voy a ser la concubina de nadie. No quiero languidecer horas enteras, esperando a un hombre cuyo capricho se esfuma ante el ataque de nuevas bellezas, hasta que al fin deja de solicitarla. Pero ella sigue siendo propiedad de ese hombre y no puede reclamar su libertad.

–¡Tbubui! ¡Soy yo, Khaemuast, quien te hace este ofrecimiento! –exclamó él, asombrado–. No soy libertino por naturaleza. ¡Te honraré con mi cuerpo hasta el fin de mis días!

–No eras libertino –objetó ella con una voz que ahora parecía descamada y mortalmente fría–. Pero en ti se han despertado unas fuerzas que no se dejarán reprimir, ¡oh, príncipe! Conmigo o sin mi, tu paciente Nubnofret ya no puede satisfacerte, lo sepas o no.

–¡Tú has despertado esas fuerzas! –gritó Khaemuast–. ¡Tú me has cambiado! Hacia ti se dirigen y eres tú quien las controlará siempre. ¡Te amo!

–Me amas, si –asintió ella, con aquella voz inexpresiva y remota–. Pero aunque lo lamento, príncipe, no puedo aceptar tu ofrecimiento. Y no puedo darte mi cuerpo cuando lo desees, como haría una ramera vulgar. Eso me destruiría.

Khaemuast advirtió que se estaba mordiendo con fuerza los labios y que tenía los puños apretados. Desplegó los dedos con un esfuerzo consciente, relajó la mandíbula y se recostó cerrando los ojos. El silencio les envolvió durante un rato. Ninguno de los dos se movía. En el palmar, a su alrededor, no se oía un solo ruido. Por fin Khaemuast se levantó despacio y la miró fijamente, con los brazos en jarras.

–Levántate, Tbubui –ordenó.

Ella lo hizo, sacudiéndose las nalgas, las rodillas y los codos como el niño al que se le ha ordenado no ensuciar una faldilla nueva. Luego se irguió ante él con los ojos bajos.

–Tus palabras han sido fuertes –continuó él–. Pero me confirman en la idea de que tienes buena crianza y sólida moral. Es raro hallar mujeres así. No te amo menos, sino más, por esa actitud tuya, mi querida hermana.

Era la primera vez que la llamaba con un apelativo de amante y Tbubui emitió un leve gemido gutural.

–La ley me permite tomar otra esposa –prosiguió Khaemuast, lleno de audacia, aunque su otro yo, el yo cauto y sobrio que sólo quería volver a la plácida existencia anterior escuchaba horrorizado–. Hasta ahora no he tenido deseos de hacerlo, pero serás mía, Tbubui, no lo dudes. Y si debe ser por medio del casamiento, te lo ofrezco de buen grado. –Le cogió el mentón y la obligó a mirarla. Ella se mantuvo inexpresiva, incluso mohína y con los ojos velados–. Haré preparar un contrato matrimonial entre tú y yo, y vivirás en mi casa, en unas habitaciones que haré construir para ti. ¿Estás de acuerdo?

Las pestañas de Tbubui aletearon como si ella saliera de un trance profundo.

–Querido Khaemuast, querido príncipe –exclamó, suavemente–: te amo, pero no debes pensar que he rehusado entregarme a ti con la esperanza de presionarte para que me desposaras. El matrimonio de un príncipe de la casa real es un asunto serio. Tomémonos algún tiempo para peilsarlo bien.

El la abrazó con ansia.

–Pero, ¿lo pensarás?

–¡Oh, sí! –sonrió ella–. Claro que lo pensaré.

De repente, él sintió sólo deseos de estar en su casa, en su diván, de poder reflexionar.

–Ven a visitarnos mañana por la tarde –le rogó–. Dedicar algún tiempo a Nubnofret. Ella te tiene ya mucha estima y disfruta con tu compañía. La vida de una princesa tiene muchas ventajas, Tbubui.

–No lo dudo –replicó ella, con gravedad.

Khaemuast la abrazó y la besó, ahora con una ferocidad casi violenta. Luego la apartó con brusquedad, giró en redondo y marchó a paso enérgico hacia los peldaños del embarcadero, sin mirar atrás. No había respondido a su beso con idéntico fervor, pero había sentido que su salvajismo la había excitado. "Para ofrecerle un contrato, para que ingrese por matrimonio en la familia real, debo efectuar una investigación completa de sus antepasados", pensó, clavando los ojos en la tierra blanda que se deslizaba bajo sus pies. "Ha de ser de sangre pura, de un linaje que no haya sido tocado por la traición ni por ofensa alguna contra Egipto. Penbuy puede encargarse de eso. También puede encargarse de redactar el contrato, pero con discreción."

Pensó en su hermano Si-Montu, que había desposado alegremente a una plebeya, extranjera por añadidura, y se preguntó si su necesidad de investigar a Tbubui no procedería de algún prejuicio en sí mismo, de alguna parte de sí

que deseaba defenderse. "Estoy pensando tonterías", se dijo, feliz y aturdido. "Ahora tengo el objeto de mi deseo al alcance de la mano. Será difícil informar a la familia, pero después de todo hago sólo lo que es mi derecho. Mi padre podría aprobarlo, incluso siempre se ha reído de mis sobrios gustos sobre todo."

Se sentía algo mareado y ebrio. Tropezó dos veces antes de llegar a los peldaños del embarcadero y a su esquiife, que permanecía amarrado al poste de pintura descascarillada. Le asaltó la sensación de haberlo dejado allí diez o doce hentis antes.

De pronto tuvo la abrumadora impresión de que le estarían observando. Se detuvo y miró a su alrededor, tratando de penetrar la densa penumbra de los árboles.

–Tbubui, ¿eres tú? –preguntó.

Pero no había siquiera brisa que respondiera con un susurro. Khaemuast permaneció inmóvil, casi sin respirar. Estaba más seguro que nunca, pese a no ver nada, de que una presencia invisible le acechaba a poca distancia, clavando sus ojos en él. De no haberse sentido tan confuso, se habría adentrado entre las sombras para investigar, enojado. Pero bajó apresuradamente los peldaños para embarcarse en el bamboleante esquiife. La noche ya no era un mágico hechizo de romanticismo y eternidad. Era un sudario sobre las cosas efímeras y sin nombre que hacen presa de los seres humanos, por envidia. No veía la hora de alejarse de aquel embarcadero.



## CAPÍTULO 10

No pongas tristeza en tu corazón,  
pues los años no son muchos.

Faltaban apenas tres horas para el amanecer cuando Khaemuast cayó en su diván, sin molestarse en utilizar el agua que Kasa, abnegadamente, le había dejado preparada. Su lámpara de noche parpadeaba, con la llama baja. La apagó con un soplo, pensando en dormir hasta muy tarde. Para sorpresa suya, se despertó a la hora habitual, fresco y lleno de vigor, sin conciencia de haber soñado.

Se bañó, se vistió, abrió su altar para las plegarias matutinas y repasó los acontecimientos de la noche. "Tal vez fueron un sueño", se dijo. "A la luz de la mañana parecen muy irreales." Pero canturreaba al hablar consigo mismo, pues conocía la diferencia entre visión y realidad.

Terminadas sus plegarias, en el momento en que cubría el incienso, le anunciaron la visita de Hori. Khaemuast entregó el largo incensario a Ib y se volvió para saludar a su hijo. Pero al observar a Hori se apagó la calidez de su corazón, que deseaba extender sobre todos. El joven renqueaba, desde luego, pero fue su rostro lo que sobresaltó a Khaemuast. Estaba pálido y demacrado, tenía unas negras ojeras y encorvaba la espalda, habitualmente recta. Khaemuast, preocupado, se fijó inmediatamente en su rodilla, temiendo una infección. Pero el corte había cerrado bien y todos los puntos de sutura eran visibles.

—¿Qué te afecta así, Hori? —preguntó.

El muchacho pareció sorprendido, pero se encogió de hombros.

—¿Tan enfermo parece? —dijo, intentando esbozar una sonrisa—. Me duele la rodilla, padre, pero supongo que no querrás arrancar los puntos hasta el último momento, por el sitio en que está la herida. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

—No he dormido bien —prosiguió Hori, acomodándose en la silla, junto al diván de Khaemuast—. No recuerdo lo que soñé, pero era horrible, oscuro, lleno de malos presentimientos y amenazas, y he despertado descompuesto. Ya se me está pasando.

Khaemuast se sentó en el diván y le observó atentamente.

—Necesitas tres o cuatro días de riguroso ayuno —sugirió—. Deja que tu cuerpo se purifique y tu alma se aquiete.

—Es probable que tengas razón —asintió Hori—. Lástima que no hayas trazado los horóscopos, padre. Pronto estará Phamenoth sobre nosotros y no me gusta andar a ciegas, sin conocer mis horas de mala suerte. Me resulta imposible tomar las decisiones correctas.

No miraba directamente a su padre. Recorría la habitación con la vista y tenía las manos fuertemente cruzadas.

—Hay alguna otra cosa que te aflige —insistió Khaemuast—. Trazaré los horóscopos para Phamenoth, lo prometo, pero ¿no quieres confiarte a mi, Hori? Deja que te ayude.

Por fin la mirada de Hori descansó en la de su padre y el joven sonrió.

—No me ocurre nada malo, créeme, príncipe. Seguiré tu consejo de ayunar. Creo que Antef y yo hemos estado bebiendo demasiado, comiendo sin medida y acostándonos con demasiada frecuencia al amanecer.

Khaemuast se estremeció un poco al recordar su momento de intranquilidad en el sendero de Tsubui, la noche anterior.

—Antef debe volver hoy.

—Sí. —Hori se irguió un poco más. Aún no se había hecho pintar, y Khaemuast tuvo el alivio de ver que sus mejillas recobraban un poco el color y sus ojos, el brillo—. ¿Has vuelto a estudiar el rollo, padre?

No hacía falta preguntar qué rollo. Desde hacía tres meses sólo existía un rollo, que palpitaba en el borde de su conciencia, como el diente que empieza a pudrirse.

—No —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

Los ojos de Hori se apartaron una vez más y se fijaron en el muro más alejado.

—Porque ayer visité a Tsubui con la esperanza de ver a Sisenet, pero él no estaba en casa. Como es un erudito, pensaba volver a analizar la tumba con él.

Una vaga inquietud, mezclada con celos, sacudió a Khaemuast.

—¿Estuviste con Tsubui? —preguntó, con aspereza—. ¿Fuiste allí sin decirme nada? ¿Estuviste a solas con ella? Hori parpadeó.

—Sí. Los dos pensamos que sería útil descifrar el pergamino y ella me ha ofrecido la ayuda de su hermano. Dice que él ha traducido con cierto éxito algunos escritos antiguos. Con tu permiso, me gustaría invitarle a casa para que lo estudiara.

—Ella va a venir esta tarde a visitar a Nubnofret —replicó Khaemuast, con extraña renuncia. Aprovecharé la oportunidad para hablarle del asunto. Supongo que Sisenet no puede hacer ningún daño al rollo.

"Pero ¿y si es el rollo el que hace daño a Sisenet?", fue su irracional pensamiento.

—¿Que viene hoy? —exclamó Hori—. ¿Cómo lo sabes? Ayer no me dijo nada de eso. "Decididamente, algo tiene a Hori en tensión", pensó Khaemuast. "Me gustaría saber qué es."

—Tu madre siempre dice que le gustaría volver a verla. Por eso le envié un mensaje a su casa, por la noche —explicó Khaemuast—. Como no respondió, es seguro que viene.

"Nunca había dicho una mentira a mi hijo", observó para sí, sombrío, "pero tengo la sensación de que ésta no será la última vez. ¿Acaso no me miente él por omisión, con su deliberado silencio?"

—¡Oh!... —exclamó el joven—. En ese caso, no saldré hoy. El rollo me interesa muchísimo.

Se levantó trabajosamente y dio un súbito beso a su padre, en un gesto veloz y nada habitual en él. Luego salió cojeando.

Tbubui llegó poco después de la siesta, cuando el calor más fuerte del día impregnaba aún la casa. Khaemuast había dicho a la satisfecha Nubnofret que la visitante iba exclusivamente para pasar una o dos horas charlando con ella. Por lo tanto, fue Wernuro, su servidora y acompañante, quien salió a esperarla en los peldaños del embarcadero para recibirla.

Cuando anunciaron a Tbubui, Nubnofret acababa de levantarse y estaba sentada ante su tocador, con el espejo en la mano, vistiendo sólo un fino lienzo atado a la cintura. Su maquillador le estaba aplicando el kohl, pero a una orden suya se retiró de inmediato. Nubnofret corrió a abrazar a su invitada.

—Tbubui, cuánto me alegra que hayas decidido venir a verme —exclamó, envolviendo a la otra mujer en almizcle perfumado—. Desde un principio supe que nos haríamos amigas. Es importante tener amigas, ¿no te parece?, cuando una está casada con un hombre que, a su vez, está desposado con sus múltiples obligaciones. Ven, siéntate. Perdona que mi diván esté sin hacer. Es que hace apenas un momento que me he levantado —suspiró—. El calor se está tornando insoportable y me hincha los párpados. ¡En cambio, tú pareces muy fresca!

En vez de ocupar la silla, Tbubui se había sentado en el diván, cruzando las piernas y con unas almohadas a la espalda. Nubnofret observó que había abandonado los anticuadísimos vestidos apretados que usaba habitualmente y lucía una encantadora túnica blanca, larga hasta los tobillos y recogida en el cuello con una pieza bordada de color amarillo. La prenda no tenía mangas y parecía muy fresca. Una banda de oro le ceñía el antebrazo y de las orejas le pendían unas largas lágrimas de oro. Aunque estaba bien pintada, llevaba la cabellera recogida sobre la coronilla y completamente libre de adornos. Se acomodó y dedicó a Nubnofret una luminosa sonrisa.

—Me gusta el calor —dijo—. Duermo bien en la canícula, Alteza, aunque no cometo la tontería de salir a caminar bajo el sol en esta época del año. ¿Quieres sentarte conmigo en el diván, Alteza?

Nubnofret se dejó caer a su lado con un suspiro y se recostó, apoyando el montón de rizos en una mano.

—Wernuro no tardará en traernos bebidas y pasteles —dijo—. Me ha parecido mejor que nos quedemos dentro. Mi alcoba es un poco más fresca que el horno del jardín, no hay allí ni un poco de viento que baje por las mangas. Dime, Tbubui, ¿estás entablando relaciones con algunos nobles de Menfis? ¿Te gusta vivir aquí?

Tbubui se echó a reír. Fue una carcajada espontánea y libre, pero a Nubnofret le pareció que exhibía demasiado la ferocidad de sus pequeños dientes.

—Hemos recibido muchas invitaciones de los habitantes del suburbio del norte —dijo—. Supongo que despertamos en ellos una amable curiosidad, pero aceptamos muy pocas. Nos gusta vivir de manera tranquila y ordenada. Menfis es bella y excitante, pero basta saber que sus placeres se sirven en bandeja, como exquisiteces a disfrutar cuando gustemos.

—¿No te aburres aquí? Dirigir tu casa no ha de llevarte mucho tiempo.

—No, en efecto —asintió Tbubui—. Pero estoy dictando una historia de las relaciones de Egipto con el resto del mundo durante la época de Osiris Hatshepsut, la que dio a mi antepasado la ruta de caravanas entre Coptos y el Mar Oriental. Cuando no estoy ocupada con eso, paseo por la ciudad. Me gusta caminar.

"No sé bien qué pensar de ti", cavilaba Nubnofret, con una punzada de envidia. "Tienes pocas responsabilidades, a diferencia de mí, y puedes hacer exactamente lo que te agrada. Tus raíces están profundamente hundidas en Coptos. ¿A qué has venido, pues?"

—Una extraña ocupación para una mujer —dijo, con más acritud de la que creía—. La de escribir sobre historia, digo. En cuanto a los paseos, ya veo en tu cuerpo los resultados. ¡Tienes las carnes muy firmes, Tbubui!

—No debes subestimar tu propia hermosura, Alteza —protestó Tbubui.

Nubnofret comprendió que la mujer había interpretado correctamente la leve amargura de sus palabras.

—Los hombres no siempre gustan del cuerpo delgado y musculoso en una mujer. Pechos como los tuyos, plenos y de pezones grandes, encarnan sin duda la esencia de la feminidad. Tus caderas tienen una redondez muy agradable y esa leve convexidad de tu vientre habla al hombre de fecundidad y sensualidad. Estás hecha para el amor.

Nubnofret, desconcertada por la franqueza de su visitante, se sintió aún más incómoda al sentir el leve roce de su mano en su pantorrilla, pero era un contacto reconfortante, un gesto de simpatía.

—Ojalá Khaemuast opinara como tú —rió—. Creo que ya ni siquiera me ve. Para él soy quien organiza su casa, la madre de sus hijos y la anfitriona de sus muchos huéspedes oficiales. —Hizo una leve mueca—. Todas esas funciones me mantienen más que ocupada, hasta el punto de que muchas veces me siento asexual. Pero así es la vida, ¿verdad, Tbubui? El romance es para la primera juventud, no para el duro resplandor de un matrimonio largo.

—No tiene por qué ser así —contestó Tbubui, con suavidad—. ¿Suele Khaemuast visitar a sus concubinas?

Nubnofret analizó interiormente aquella pregunta. ¿Era una falta a los buenos modales o una curiosidad natural entre mujeres adultas? Al observar la expresión franca y cálida de su visitante, se decidió por lo último. Sacudió la cabeza y se apartó de la frente el cabello, pegajoso de sudor.

—No se acerca nunca a ellas. Yo misma no las veo desde hace tiempo. Tienen libertad para entrar y salir, visitar a sus parientes y salir de viaje, si solicitan permiso. A veces vienen para ayudar a entretener a los dignatarios. Son unas mujeres encantadoras, pero no del tipo con que una puede entablar amistad, por supuesto. No, Tbubui. Si Khaemuast necesita un cuerpo, viene a mí.

–Sé que te ama mucho –dijo Tsubui–. Tal vez parezca no prestarte atención, pero verdaderamente te valora.

–Puede ser. –La princesa volvió a suspirar–. Pero su amor es el de un compañero o un amigo, sin el deleite que ofrece un amante. De cualquier modo, no me quejo. Soy feliz. –Por primera vez, las palabras que con tanta frecuencia se decía a sí misma le sonaron a hueco. "¿Soy feliz, en verdad?", se preguntó. "¿Lo soy?" Y a su vez quiso saber:

–¿Y tú? Hace mucho tiempo que murió tu esposo. ¿No te sientes sola?

–Sí, desde luego –respondió Tsubui, con franqueza–. Pero prefiero seguir viuda a casarme sólo para aliviar mi soledad. No necesito la fortuna de otro hombre y tengo a mi querido Sisenet para que cuide de mi. Necesito amor, Alteza, pero no a cualquier precio. Quiero ser yo la que imponga las condiciones.

Nubnofret descubrió que aquella mujer le agradaba mucho.

–Conocemos a muchos hombres relevantes de todo Egipto –dijo–. ¿No te gustaría conocer a algunos? ¡Soy una buena casamentera, querida!

Ambas se deshicieron en carcajadas. Nubnofret se incorporó para enjugarse los ojos con el lienzo que llevaba a la cintura. En ese momento entró Wernuro y, tras una reverencia, les sirvió agua, vino y cerveza, con platos de pasteles y golosinas.

–Gracias por el ofrecimiento, Alteza –jadeó Tsubui–, pero creo que prefiero aburrirme sola a que me aburran otros. Tomaré vino –agregó, en respuesta a la muda invitación de Nubnofret.

Wernuro se retiró en silencio.

–Pero, ¿qué me dices de Harmin? –insistió Nubnofret. Tenía muy desarrollado el sentido de las jerarquías sociales y del lugar a ocupar en ellas, por lo que no lograba imaginar que una familia de sangre noble no deseara ascender–. ¿No le gustaría tener un puesto en la corte o un nombramiento sacerdotal, al menos?

–No lo creo –replicó Tsubui, sorbiendo su vino–. Heredará mi finca, por supuesto, por pequeña que sea, y dispone ya de la fortuna paterna. Le gusta vivir cómodamente, pero no muestra mucha inclinación por codearse con los poderosos.

La princesa se mostró complacida. El claro interés que Sheritra revelaba por aquel joven había preocupado algo a su madre, por el temor de que él intentara tan sólo acercarse al trono de Egipto.

–Espero que él y Sheritra estén disfrutando del día –dijo, con cautela–. Creo que han ido río arriba a contemplar la vida silvestre de los pantanos y, si tienen suerte, descubrir algún cocodrilo. No los envidio, con este calor.

Tsubui sostenía la taza de vino con sus manos morenas.

–Tenía intención de hablar contigo sobre la princesa –empezó, vacilando–. Tengo entendido que es muy tímida y que desconfía de la gente.

–Así es. –Nubnofret estaba sedienta y había bebido ya la mitad de su vino. Notaba un agradable calor interno que la hacía sentir lánguida–. Sheritra no tiene ninguna confianza en sí misma. Es inteligente y, desde luego, un gran partido para cualquier joven noble con aspiraciones, pero no quiere mirarlos siquiera. Me sorprendió mucho que te aceptara con tanta facilidad.

–Tal vez se da cuenta de que yo disfruto con su compañía. –Tsubui descruzó las piernas para estirarlas y se reclinó un poco más contra las almohadas–. Tengo que pedirte un favor, princesa.

"¡Qué pena!", pensó Nubnofret, con pereza. "Me agrada hacer favores a mis antiguas amigas o a mujeres de mi condición, pero ésta no es una cosa ni la otra. Y empezaba a gustarme." Aguardó.

–Deja que Sheritra venga a hospedarse en mi casa por un tiempo. Con frecuencia siento la falta de compañía femenina, puesto que vivo con dos hombres. Ella y yo tendríamos mucho que decirnos. Creo que puedo ayudarla a mejorar su aspecto y su confianza. Y ella sabe hacerme reír.

"¿Hacerte reír?", pensó Nubnofret. "¿Sheritra, hacer reír a alguien? Supongo que la invitación no es tan tonta. Khaemuast había hablado de enviar a la niña a casa de la familia Sunero, si yo no dejaba de importunarla. Es que necesita que la importunen." Empezó a escucharle la familiar exasperación que Sheritra le producía.

–Pero Tsubui, ¿qué pasará con la incipiente relación entre mi hija y tu hijo? –objetó–. No es aceptable situarlos bajo el mismo techo.

–Es mi techo, Alteza –le recordó Tsubui–. Y mis normas de decoro son muy estrictas. La princesa estará acompañada por sus servidores, por supuesto, y por los guardias que Khaemuast considere conveniente incluir en su cortejo. Nuestra casa es un hogar muy formal –concluyó, sonriendo–. Necesitamos algo que la anime.

Nubnofret capituló con una celeridad que debía mucho al vino. Sería muy apacible vivir sin Sheritra durante uno o dos meses. Tal vez consiguiera estrechar otra vez la intimidad con Khaemuast, silos dardos de la personalidad de su hija no se interponían entre los dos.

–No es una princesa cualquiera –recordó a su visita–. Por sus venas corre la sangre de los dioses y, por tanto, debe ser tratada con reverencia y bien custodiada en todo momento. Pero... –sonrió–. Se lo preguntaremos cuando vuelva a casa y lo consultaré con mi esposo, que tiene la última palabra. ¡Dioses, qué calor! ¿No quieres bañarte?

Tsubui hizo un gesto afirmativo y dio las gracias a su anfitriona. Nubnofret llamó a las sudorosas servidoras y pronto estuvieron las dos de pie sobre las baldosas de baño, desnudas y empapadas en fresca agua de loto, con las tazas de vino aún en la mano. Conversaban alegremente sobre el último tratamiento para suavizar el pelo. Al atardecer, cuando llegó Sheritra, ruborosa y animada, las encontró aún sumidas en una intensa conversación, reclinadas en sendas esterillas de junco tendidas junto al estanque. El calor había cedido ya y el prado, los parterres, su madre y la huésped parecían saturados por el esplendor cobrizo de los últimos rayos del sol. Las dos mujeres levantaron la vista con una

sonrisa cuando se acercó a ellas por el césped seco. Nubnofret dio unas palmaditas sobre la esterilla, junto a su amplia cadera.

–¿Lo has pasado bien? –preguntó.

La muchacha se dejó caer a la sombra del toldo azul y blanco, notando que las dos jarras de vino estaban vacías y que su madre hablaba con una agradable gangosidad. Se sintió desconcertada, pues Nubnofret rara vez se veía afectada por el vino, pero ello la divirtió secretamente. En la cara de su madre se habían suavizado las arrugas que, a los treinta y cinco años, se iban fijando en una permanente expresión preocupada y severa. Sus ojos brillantes mostraban una satisfecha pereza.

–Si, por supuesto –respondió Sheritra, agradeciendo la reverencia de Tbubui con un gesto–. Harmin y yo encontramos una pequeña bahía en la orilla del oeste, a unos siete kilómetros de la ciudad, aguas arriba. Allí hay un canal viejo y descuidado que desagua en el Nilo. Estaba atestado de maleza, nidos y animales. Hemos pasado siglos explorándolo, pero no hemos visto ningún cocodrilo. Comimos en la cabina de la barcaza, debido al calor, y Harmin ha vuelto a su casa. –Se volvió hacia Tbubui–. Disculpa, Tbubui. Si hubiera sabido que estabas aquí le habría invitado a pasar, para que regresarais juntos.

–No importa, princesa –repuso la visitante–. Tu madre y yo hemos pasado una tarde deliciosa, libre de toda compañía masculina. Creo que la presencia de Harmin la hubiera echado a perder.

Sheritra las observó con curiosidad. Parecían exudar una esencia de feminidad indolente, un aura de confianzas de mujer compartidas, que la hacía sentir algo incómoda. Ella no tenía amigas íntimas y siempre había desdeñado la frívola conversación que le ofrecían las hijas de los conocidos de su padre, unas muchachas estúpidas, que reían como tontas y sólo pensaban en la moda, los cosméticos, los peinados que se llevaban en el Delta y comparar el atractivo de los jóvenes. Trasladó la vista de la cara somnolienta y aturdida de su madre a los miembros de Tbubui, sensualmente extendidos, y tuvo la sensación de que habían tratado ampliamente todos aquellos temas durante la tarde. Nubnofret confirmó su sospecha.

–No hemos hecho nada en todo el día, aparte de beber vino y hablar de cosas sin la menor importancia –explicó–. Me ha sentado bien.

–Yo también he disfrutado –agregó Tbubui–. No tengo compañía femenina y no hablo con mis servidoras.

Lanzó una mirada a Nubnofret, como si esperara algo más, y ésta gruñó:

–Tbubui ha tenido la amabilidad de invitarte a pasar una temporada en su casa. Creo que el cambio podría sentarte bien, Sheritra, ¿site apetece ir? ¿Qué opinas?

La muchacha examinó la cara de su madre y analizó su voz. A veces, aquel tipo de preguntas contenían ya la respuesta que se esperaba. Entonces ella sabía que, en realidad, no le estaban dando a elegir. Pero en esa ocasión no advirtió ninguna coacción oculta ni tampoco identificó, con su extremada sensibilidad, ningún deseo de quitarla de en medio. Nubnofret le sonreía, con sus maquillados ojos reducidos a unas ranuras por el sol.

"Tiempo con Harmin", pensó Sheritra. "Hora tras hora en su compañía, conversando con él, bebiéndole con los ojos, tal vez besándole, tal vez..." Pero aquello no era correcto, no se ajustaba al decoro. Reflexionó sobre ello frunciendo el ceño sin darse cuenta, mientras su madre añadía:

–Bakmut te acompañará, por supuesto, y también un escriba y tu servidora personal. Tu padre te asignará los guardias que convengan."Y alguien que le informe de todos mis movimientos", agregó Sheritra para sí, con melancolía. "Pero así debe ser."

–¿Qué opina papá? –preguntó.

–Aún no he hablado con él –confesó su madre–. Decidí averiguar primero qué pensabas tú. ¿Y bien?

–¡Ven, princesa! –le urgió Tbubui–. Sería un gran honor contar con tu compañía y tener alguien con quien dialogar. También Harmin se sentirá muy feliz, sin duda.

Miró a Nubnofret de soslayo, insinuando con claridad: "¿Me he excedido?". Pero ella se estaba frotando los dedos con aceite de loto y se limitó a asentir con la cabeza.

–Creo que sí –agregó, secamente–. Pero no me opongo, siempre que no se le deje a solas con mi hija. – Súbitamente, levantó la vista–. No estás obligada a ir, Sheritra.

"Pero tú quieres que vaya", pensó Sheritra, con enfado. "Ya veo que sí. Si yo quisiera fastidiarte, bastaría con rechazar la invitación. Pero tú sabes, madre, que no puedo rehusar la oportunidad de estar con Harmin."

–Por el contrario –dijo–, me encantaría ir. Gracias, Tbubui.

La mujer sonrió con calidez.

–¡Bien! Haré que te preparen un cuarto. Más aún, te cederé mi alcoba, que es la más grande de la casa.

Tenemos varias habitaciones vacías.

Sheritra no protestó. Por ser princesa, tenía derecho a ocupar el mejor alojamiento.

–¿Cuándo te gustaría venir? –insistió Tbubui.

Sheritra estudiaba serenamente a su madre.

–Mañana –respondió.

–¡Bien! –repitió la visitante, incorporándose.

En ese momento, Khaemuast surgió de entre las sombras de la terraza y echó a andar hacia ellas acompañado por Hori, que renqueaba torpemente. Tbubui se levantó y les hizo una reverencia tan graciosa que provocó en Sheritra un sentimiento de envidia. "Hace un mes no me hubiera importado", se dijo, "o, en todo caso, no me hubiera importado tan intensamente. Me habría burlado de ella. Ahora quiero poseer esa seguridad desenvuelta, por el bien de Harmin".

Mientras se levantaba a su vez para recibir el beso de su padre, Hori le dedicó una sonrisa torcida y se dejó caer en una de las sillas que los sirvientes acercaban a ellos, presurosamente.

—Al parecer —comenzó Khaemuast, posando los ojos en Tbubui, después de saludar a su esposa someramente, pero con calidez—, los hombres venimos a interrumpir un obvio idilio. Se os ve a todas muy satisfechas. ¿Habéis estado solucionando los asuntos de Egipto?

"No es habitual que papá se muestre condescendiente", pensó Sheritra. "Se le ve muy intranquilo. Y Hori ¿por qué mira al suelo con un gesto tan sombrío? Bueno, no voy a dejar que ninguno de ellos me estropee el día."

Su madre le estaba explicando la invitación que le había hecho Tbubui. Sheritra prestó atención a la conversación mientras sus padres lo comentaban. El príncipe no parecía oponerse. Por el contrario, la muchacha tuvo la sensación de que, bajo las objeciones que exigía la formalidad, había un deseo de alejarla tan grande como el de su madre. Intrigada y algo ofendida, buscó la mirada de Khaemuast para consolarse, pero no la halló. Tbubui los observaba, pasando lentamente de uno a otro sus ojos, entornados para protegerlos del sol. No hizo ademán de intervenir. Para Sheritra, su inmovilidad tenía algo de presumido. Por fin, su padre se volvió hacia ella.

—Voy a echarte de menos, Pequeño Sol —dijo, alegremente—. Claro que tu madre y yo te visitaremos con frecuencia hasta que estés dispuesta a regresar a casa. "Mamá no lo hará", pensó la muchacha, con rebeldía, "y tú, querido padre...". De pronto, acudió una idea a su mente. ¿Era posible? Khaemuast se mostraba ahora jovial y animado. Sheritra observó discretamente a Tbubui, que sonreía levemente y abría la mano en abanico sobre las briznas de hierba. Y examinó otra vez los ojos chispeantes de su padre y sus amplios ademanes. El corazón le dio un vuelco. "Con que de eso se trata. Estando yo en casa de Tbubui, papá tendrá una excusa para ir a visitarla cuando lo desee. Y algo me dice que lo deseará con muchísima frecuencia."

Sheritra no hubiera podido explicar por qué aquella seguridad de que Khaemuast se interesaba por aquella mujer la afligía tanto. Quizá el cambio le beneficiara y le rejuveneciera durante un tiempo. Pero recordó la extraña e incómoda conversación que había mantenido con él, no hacía mucho, y tuvo la certeza de que no iba a ser así. Sentía admiración y simpatía por Tbubui, pero ella no era un hombre y el instinto le decía que Tbubui era peligrosa para los hombres.

Subrepticamente, por entre las pestañas entornadas, miró a su hermano. Hori mantenía baja su oscura cabeza y fijaba la vista sobre su magullada rodilla, sin verla. "Oh, Ator, no", pensó la joven, con algo parecido al horror. "¡Los dos a la vez, no! ¿Lo sabe Tbubui?"

Ella y Khaemuast estaban hablando en ese momento del pergamino.

—He decidido permitir a Sisenet examinarlo —decía el príncipe, con desgana. Pero tendrá que hacerlo aquí. Soy responsable de ese objeto ante los dioses y el ka del hombre que fue su propietario. En verdad, Tbubui, he llegado a un punto en que me vendría bien cualquier ayuda para descifrarlo.

Tbubui respondió de inmediato con inteligencia y Sheritra miró a su madre. Nubnofret se había retirado de la conversación y permanecía tendida de lado y con los ojos cerrados. Algo en su rígida posición reveló a la muchacha que la tarde de su madre no estaba terminando tan agradablemente como había empezado.

Repentinamente, Sheritra se sintió acalorada y débil, sacudida por unas ocultas corrientes de emoción: la vaga aprensión de su madre, el malhumor de Hori, la desacostumbrada animación de su padre... y en el centro de todo, Tbubui, que un rato antes era una mujer perezosa y seductora, y que se mostraba como la encarnación de la seriedad y la aplicación en el estudio de la historia. "¿Lo sabe ella?", se preguntó nuevamente. "Si lo sospechara no me haría esta invitación, sin duda. ¿O sí?" Se puso de pie y la conversación se interrumpió.

—Dame permiso para entrar en casa, padre —pidió—. He pasado todo el día al sol y estoy muy cansada. Quiero bañarme antes de cenar.

Sabía que sus palabras sonaban falsas, que estaba encorvada e inquieta, que se convertía una vez más en el bochorno de la familia, pero no podía evitarlo. Khaemuast, sorprendido, asintió.

—Por supuesto —dijo.

Sheritra se obligó a volverse hacia Tbubui.

—Llegaré a tu casa mañana por la tarde —anunció.

—Hasta entonces, princesa —respondió ella cortésmente.

Se alejó, apretando el paso para rodear el estanque, la fuente gorgoteante y los floridos parterres, atormentada por su timidez, como si todos la siguieran con la vista. Al llegar a la entrada se precipitó en el interior, aliviada. "Quizá no debiera ir", pensó, asustada, sin reparar en el saludo de los guardias apostados en el pasillo. "Tal vez Tbubui me está usando como una excusa para que papá la visite sin levantar sospechas. Y tal vez eres una idiota demasiado sensible", se burló otra voz, "con mucha más imaginación de la que te conviene. Sé egoísta, Sheritra. Instálate junto a Harmin y olvida lo demás".

Al llegar a la puerta de sus habitaciones levantó la vista y se encontró con su reflejo: una muchacha fea, pálida y encorvada, a quien ni siquiera el cobre pulido que cubría la pared desde el suelo hasta el techo podía dar una ilusión de belleza. "No puedo cambiar lo que soy", pensó, con un horror que lindaba con el pánico. "Sólo él tiene el poder de cambiarme, y estoy decidida a aprovechar esa oportunidad. Por una vez, no voy a preocuparme por ninguno de ellos." Volvió la espalda a la desalentadora imagen y entró en sus habitaciones.

Aquel día, la cena resultó interminable. Su madre, a quien obviamente le dolía la cabeza, hizo lo posible por entretener a dos de los heraldos del faraón, que habían llegado inesperadamente en viaje hacia Nubia, con rumbo sur. Más tarde, Sheritra buscó a Hori. Estaba sentado en silencio junto a la entrada principal de la casa, con los pies apoyados en un banquillo, contemplando la aplastante oscuridad, que parecía tomar su sofocante calor de las antorchas

anaranjadas encendidas en el patio y en el sendero que llevaba a los peldaños del embarcadero. Levantó la vista al acercarse ella. Su hermana se acomodó los lienzos para sentarse a sus pies, en el peldaño superior de la escalinata de la entrada. La sonrisa que él le dedicó era tan agradable como de costumbre, pero no logró engañarla.

–Te sientes desdichado, ¿verdad, Hori? –dijo sin preámbulos–. Y no creo que sea por el dolor de la rodilla.

Él cambió de posición y murmuró un juramento. Luego rió entre dientes.

–Tu perspicacia me desconcierta siempre –replicó–. No, no es por la rodilla. Papá me quitará mañana la sutura.

Sheritra esperó, pero su hermano no dijo nada más. Por un momento la muchacha se preguntó si sería mejor callar, pero la asustaban las distancias que se estaban abriendo en la familia: los imperceptibles abismos entre sus padres, entre su padre y ella, entre su padre y Hori. Sentía la desesperada necesidad de mantenerse cerca de aquel apuesto hermano suyo, al que tanto amaba, sabiendo que no contaba con nadie aparte de él. Pese a su pasión por Harmin, aún no confiaba por completo en él.

–Estás enamorado de Tbusui, ¿verdad? –murmuro.

Temió que él no le respondiera o, peor aún, que le mintiera. Pero él encorvó la espalda hacia adelante, hasta que le rozó el pelo con la mejilla.

–Si –admitió, y su voz se quebró en aquella única palabra.

–¿Lo sabe ella?

–Si –suspiró Hori–. Se lo dije todo ayer, cuando fui a verla. Me sugirió que la visitara cuando quisiera, pero que sólo podíamos ser amigos.

Sheritra se compadeció de él. Sentía que estaba confuso y desesperanzado.

–¿Aceptaste?

Él irguió la espalda.

–¡No, por supuesto! Hallaré el modo de conquistarla. Después de todo, soy uno de los solteros más codiciados de Egipto y el más gallardo, sin duda. Si insisto en exhibir mi cuerpo delante de ella, no podrá resistirse.

Sheritra se horrorizó del matiz cínico de su voz.

–Pero Hori, tú nunca... tu fuerza ha sido...

–Bueno, tal vez hasta ahora no he tenido motivos para convertir mi hermosura en el arma que es –graznó él–. Ella no tiene hombre. Si su afecto fuera de otro, me lo habría dicho. No, Sheritra. Esa mujer devora mis órganos, pero algún día... algún día yo devoraré los suyos.

A Sheritra le impresionó tanto la vulgaridad de su lenguaje, como la aspereza de su voz. Buscó desesperadamente al hermano cuya generosidad alegre y constante se había ganado el amor de tanta gente.

–¿Has hablado de esto con papá? –preguntó.

–No. Pienso hacerlo cuando ella se rinda. Hasta entonces, esto no es asunto suyo.

De modo que Hori, envuelto en su propio tormento, ignoraba el de Khaemuast. Mejor así. Las consecuencias de la situación se aparecieron a la muchacha en todo su horror. Aparte de la disputa que se produciría entre sus dos hombres más queridos, había que pensar en el futuro. Si Hori conquistaba a Tbusui, construiría otra ala para ellos en la casa, donde ella estaría a todas horas ante la mirada de Khaemuast. De cualquier modo, eso era mejor que tenerla allí como segunda esposa de Khaemuast, con toda la autoridad que el título otorgaba. Tbusui participando de la cena, Tbusui utilizando la barcaza, Tbusui y Khaemuast compartiendo el diván mientras Nubnofret dormía sola... "Y Tbusui y yo", pensó Sheritra, encogiéndose. "Tbusui y Hori. ¡Oh, dioses! Ojalá me equivoque respecto a papá. Ojalá el capricho de Hori acabe tan pronto como ha empezado."

Hori se inclinó una vez más y ella pudo percibir el agrio olor del vino en su aliento.

–Mañana vas a ir a su casa –susurró–. Ella te quiere, Sheritra. Háblale de mi, hazle pensar. ¿Harás eso por mí?

La muchacha se apartó bruscamente de él.

–Lo intentaré, Hori –exclamó–, pero las cosas no son como parecen. ¡Oh! ¿Porqué ha tenido que aparecer en nuestra vida? ¡Tengo miedo!

Él no contestó ni trató de consolarla. Sheritra se alejó y caminó por la casa llena de sonidos en dirección a sus habitaciones, donde los sirvientes empaquetaban ya sus pertenencias. Su mente le aconsejaba que ordenara devolverlo todo a los arcones, pero su corazón anhelaba la compañía de Harmin. Había vuelto a besarla aquel día, tendidos los dos en la larga hierba del ribazo, ocultos a los ojos de los sirvientes y los soldados que esperaban en la barcaza. El sol era una presencia soñadora y apasionante, que la volvía dócil, líquida de deseo. El negro cabello de Harmin caía contra su cuello y sentía en la curva de la oreja el frescor de su lengua. "No puedo hacer nada", pensó, entrando en la antecámara y recibiendo una apresurada reverencia de Bakmut. "No puedo frenar los inquietantes cambios que se abaten sobre esta familia. Ya no estoy fuera de ella, pues también a mime envuelve y me sacude. Cada uno de nosotros debe cuidar de sí mismo."

Ya avanzada la mañana siguiente, se alejó del embarcadero con Bakmut, todos sus sirvientes personales y cuatro guardias, seleccionados por Amek y aprobados por su padre. Nubnofret se despidió de ella con un breve abrazo, asegurándole que debía volver en cuanto lo deseara. Pero Khaemuast la llevó aparte y puso en sus manos un trozo de papiro.

–Es tu horóscopo para Phamenoth –dijo, bruscamente–. Anoche los tracé para todos. No me gusta, Pequeño Sol. Léelo en cuanto puedas y recuerda que yo estoy tan cerca de ti como lo esté la boca de cualquiera de tus guardias. La semana próxima iré a verte.

De pronto, ella se agarró al príncipe como si la estuvieran desterrando al Delta por algún horrible delito. Le echaba de menos ya. Sin embargo, bajo aquel arrebató de nostalgia estaba su fría decisión. Además, en la voz de su

padre no le había pasado desapercibido un matiz de ansiedad. Le dio un beso en la mejilla y caminó hacia la barcaza. Hori no había aparecido. Saludó a sus padres con la mano y desapareció en el interior de la cabina.

Los remeros tardaron menos de una hora en llevar la barcaza hasta los peldaños del embarcadero de Tsubui, aunque había comenzado a soplar el viento norte del verano y, por estar el río tan bajo, la corriente apenas los impulsaba. Sheritra permanecía en la cabina, con Bakmut en silencio a sus pies y el horóscopo en las manos, sin leerlo. Se sentía tensa y confusa, como si en vez de ir a pasar algunas semanas con una nueva amiga se encaminara hacia el Gran Verdor, con una meta desconocida. Exacerbaba su impresión saber que sus padres se alegraban de verla partir, cada uno por un motivo distinto. También Hori la quería lejos de casa, para que le ayudara a lograr sus propios fines. Era irracional, sin duda, pero se sentía traicionada por él.

Pese a las leves y familiares voces de sus sirvientes, reunidos bajo el toldo de cubierta; pese a los flemáticos y seguros soldados de Amek, en cuyas manos habría confiado su vida sin pensarlo dos veces, se sentía indefensa y muy sola. "Debería trasladarme a Pi-Ramsés", pensó, con dolor. "El abuelo me daría habitaciones en el palacio y tía Bent-Anath cuidaría de mí. Ahora odio Menfis." Entonces fue repentinamente consciente de lo atrás que había quedado la muchacha débil y tímida que era poco tiempo antes. "Aún soy frágil", pensó, sombríamente, "muy frágil, sí, pero no del mismo modo. En mí existía una inocencia que sólo ahora sé reconocer, pero ¿debo llorar o regocijarme por el cambio? No lo sé". Harmin la esperaba en el último peldaño. Le vio de pie, mirando aguas arriba, al salir de la cabina, alertada por el grito del capitán. La cara del muchacho se iluminó con una sonrisa al divisarla y mientras el escriba le ofrecía respetuosamente una mano para ayudarla a desembarcar, él le hizo varias reverencias. A una palabra de la joven, el resto del cortejo se puso en marcha por el sendero arenoso en dirección a la casa, menos los guardias y Bakmut que permanecieron a su lado.

—Harmin —dijo ella, dándole libertad para hablar.

—Bienvenida a casa, Alteza —repuso él, gravemente—. No sé cómo expresarte el placer que me has dado al aceptar la invitación de mi madre. Soy tu humilde esclavo y prometo satisfacer cualquier deseo que expreses durante tu estancia aquí.

Ella le miró a los ojos, consciente como nunca de los latidos regulares y fuertes de su corazón, de la manera en que se le encogía el vientre al mirarle.

—He dispuesto una litera para ti —prosiguió él—. El camino no es largo, pero hace mucho calor.

—Gracias, he traído la mía —explicó ella—. Pero en realidad no la necesito, Harmin. Prefiero caminar. ¡Qué sombra tan agradable arrojan las palmeras! ¿Vamos? Estoy deseosa de ver esa casa con mis propios ojos. Papá y Hori dicen que es inigualable. Dame la palmeta, Bakmut.

Empezó a andar y Harmin ajustó el paso al suyo. Las moscas eran cada vez más numerosas, una plaga de negras bestezuelas hambrientas de sal que se posaban con enloquecedora persistencia alrededor de los ojos y la boca o en cualquier parte de la piel que estuviera húmeda de sudor. Sheritra tuvo la impresión de que eran más agresivas y numerosas allí, bajo las palmeras, que en su casa. Aplicando la palmeta de crin negra a su carne desnuda con distraída exactitud, escuchó a Harmin, que le hablaba de la fecundidad de los árboles, la inminente cosecha de dátiles y el informe de su administrador sobre lo bien que marchaban sus sembrados en Coptos.

—Mi padre se interesaba muy poco por sus propiedades —explicó—; dejaba que el administrador se ocupara de los fellahin. A mí, en cambio, me gusta caminar junto a los canales de mi casa, observando cómo brotan los cereales y las hortalizas, frescas y verdes.

—Hablas como si la echaras de menos —observó Sheritra.

—A veces sí —asintió él—. Pero no es Coptos lo que añoro. Los primeros recuerdos que tengo de la ciudad no son muy felices. ¡Mira, Alteza! —señaló—. ¡Nuestra casa!

La primera impresión de Sheritra sobre la vivienda no fue como las de Khaemuast y Hori. Pese al yeso y el encalado reciente, pese al solitario jardinero que trabajaba en el pequeño jardín, la finca tenía un aire desamparado y triste. Los muros parecían descoloridos, más que impolutos; el prado, una lucha por mantener a raya a las palmeras, más que un agradable claro; la tranquila intimidad, una atmósfera de decadencia.

Pero aquella impresión se desvaneció pronto. Después de responder a las reverencias de Tsubui y Sisenet, entró en el sencillo vestíbulo, llena de curiosidad.

—Comprendo que a mi padre le encantara esta casa —dijo, después de mirar a su alrededor—. ¡Podría haber sido construida y amueblada hace cien hentis! —Luego, por temor a haberlos ofendido, se apresuró a añadir—: Tanto gusto y simplicidad son maravillosos, Tsubui. No se puede meditar ni rezar cuando se está rodeada por montones de complicados adornos.

Por el pasillo transversal que corría por la parte de atrás del vestíbulo le llegaba el ruido de sus sirvientes manejando las cajas de sus pertenencias en algún sitio. Sus soldados, sin prestar atención a la familia, desaparecieron en el interior de la casa, respaldados por la autoridad del príncipe y seguidos por el escriba, paleta en mano. No había señales del personal doméstico de la casa.

—Ven, Alteza —indicó Tsubui, mientras Sisenet se disculpaba con una reverencia más—. Por aquí se va al cuarto que he preparado para ti. Por favor, ordena a tus sirvientes que organicen la rutina de la casa como si fuera la tuya. Nosotros no molestaremos.

Sheritra marchó sumisamente tras la espalda de Tsubui, envuelta en amarillo, sintiendo que Harmin caminaba tras ella.

—El pasillo lleva por este extremo directamente al jardín —explicaba Tsubui—. Hay una puerta, pero sólo se cierra cuando sopla el khamsin, para impedir que la arena del desierto entre en la casa. Mi hermano, Harmin y yo

dormiremos en el otro extremo. Lamento que no haya sitio para tus sirvientes en la casa misma, pero sobra espacio para alojarlos en el recinto de la parte trasera.

–Bakmut duerme siempre en el suelo de mi cuarto –aclaró Sheritra, cruzando la puerta ante la que se había detenido su anfitriona. El cuarto no era grande, pero lo parecía, al igual que el resto de la casa. Sheritra apreció rápidamente el diván, la mesa, la silla, el banquillo y el tocador. Luego hizo una señal a Bakmut:

–Haz que traigan mis cosas.

–He hecho retirar mis arcones –le dijo Tsubui–. pero están a tu disposición si los necesitas, Alteza, por supuesto.

Sheritra la tocó un instante, sonriendo.

–Gracias, Tsubui. Te has tomado muchas molestias para que yo me sienta a gusto.

La mujer y su hijo comprendieron que los despedía. La puerta se cerró tras ellos y Sheritra se dejó caer en el diván con un suspiro. Le hubiera gustado tener un poco más de luz, pues el cuarto estaba muy oscuro, pero ello habría significado más calor, cuando aquel dulce frescor resultaba muy grato.

–Aquí no necesito los abanicos –comentó a Bakmut–. Encárgate de que pongan mis sábanas en el diván y envíame al escriba en cuanto los soldados hayan elaborado un horario. ¿Crees que tardaremos mucho en comer, Bakmut? Tengo mucho apetito.

–Puedo preguntarlo, Alteza –dijo la muchacha.

Y salió. Sheritra permaneció sentada, alerta al silencio, con los ojos fijos en los dos altos parches de luz blanca que formaban unos cuadrados en la pared opuesta, arrojados por las ventanas abiertas debajo del techo. Sólo pensar que Harmin estaba cerca le provocaba un escalofrío de entusiasmo. "Voy a disfrutar esto a fondo", se dijo, olvidando por el momento sus malos presentimientos.

La comida fue sencilla y exquisita. La princesa comió en el salón, con las piernas cruzadas sobre los almohadones, ante una mesa baja de cedro y metal dorado. Su propio camarero probaba cada uno de los platos antes de servirle. Khaemuast tenía sus propios catadores, pero rara vez se les veía, pues se comprobaba que la comida no ofrecía peligro antes de que llegara al comedor. Ahora, la entusiasmó ejecutar aquella cortesía en su presencia, como recordatorio a todos de su excelencia.

Muchos nobles empleaban catadores, especialmente los más cercanos al faraón, que tenían motivos para temer la ambición de sus subordinados, pero era obvio que Sisenet no se preocupaba por eso. Él, su hermana y su sobrino comían con delicado apetito, conversando con gracia y desenvoltura, hasta que Sheritra se sintió como en su propia casa.

Al terminar la comida, todos desaparecieron para dormir un rato durante las horas más calurosas de la tarde. Sheritra, recién lavada, se deslizó con satisfacción entre sus sábanas, en la alcoba de Tsubui. Bakmut había tendido su esterilla tras la puerta y contra el muro, pero cuando su ama la despidió continuó rondando en torno al diván, obviamente preocupada.

–¿Qué ocurre, Bakmut? –preguntó Sheritra.

La muchacha cruzó las manos y bajó los ojos.

–Perdona, Alteza, pero este lugar no me gusta.

Sheritra se incorporó.

–¿Qué quieres decir?

Bakmut se mordió los labios.

–No estoy del todo segura –explicó, vacilando–, pero los sirvientes de la casa... no hablan.

–¿Quieres decir que no te dirigen la palabra? ¿Son groseros?

La joven negó con la cabeza.

–No, Alteza. Es que no pronuncian una sola palabra. No son sordos, pues reaccionan cuando se les llama. Tampoco creo que sean mudos, pues he visto a una lamerse los labios. Pero no les he oído decir una sola palabra.

–Tal vez los ha enseñado así su ama –sugirió Sheritra–. Sabes que cada casa es diferente, Bakmut, y el comportamiento de los servidores varía según el modo de vida de sus amos. –Sorprendida y temerosa, descubrió que le costaba contener la estridencia de su voz. Habría querido reprender a Bakmut por aquel intento de unir sus propios y vagos miedos–. Esta familia necesita más silencio que nosotros. Probablemente sus sirvientes tienen órdenes de no hablar sino cuando no comprenden bien sus instrucciones. No es nada. Olvídate del asunto.

Bakmut dudaba aún.

–Pero el silencio no es grato, Alteza. Me oprime.

–Es que no estás acostumbrada –atajó Sheritra, con decisión.

Volvió a tenderse y acomodó el cabezal de marfil contra su cuello, combatiendo el impulso de ordenar a su compañera que siguiera informándola de sus sentimientos e impresiones. Cerró los ojos. Los pasos de Bakmut se alejaron hasta la esterilla puesta junto a la puerta y sus leves suspiros al acomodarse allí dieron una sensación de seguridad a la princesa.

"Mi guardia está fuera, en el pasillo", pensó. "Mi personal ha invadido esta casa. Harmin está al alcance de mi voz. Y me he embarcado en una pequeña aventura por mi propio deseo. ¿A qué viene este desasosiego, que linda con el miedo? A mi tampoco me gusta el silencio. No es serenidad, no es un aura satisfecha en la que todos podemos movernos. Es como un velo invisible, con una oscura finalidad, que nos aísla, nos separa de los acontecimientos que están fuera de su poder."



Siempre con los ojos cerrados, sonrió ante aquel fantástico pensamiento. "¡Y yo, convencida de que nuestra casa era tranquila!", se dijo. "Aún eres una criatura tímida, Sheritra. ¡Crece de una vez!"

Sintió la fuerza implacable del calor, chamuscando los gruesos muros de barro que la albergaban. Bakmut gimió levemente en sus sueños. Las sábanas se deslizaron, sedosas, sobre la delicada piel de Sheritra. Y se quedó dormida.

## CAPÍTULO 11

Del malhechor el muelle escapa.  
Es arrastrado por su tierra inundada.

Khaemuast, sentado tras su escritorio, con la cabeza dándole vueltas por la falta de aire de su despacho, clavó la vista en los papeles que llenaban sus manos. Era el comienzo de Phamenoth. Sheritra se había ido tres días antes y él la echaba de menos, sorprendido por el espacio tan vacío que dejaba. Sólo ahora caía en la cuenta de cómo encontraba natural encontrarla: verla, al doblar una esquina, sirviendo leche a las serpientes de la casa; levantar la vista de su plato con la seguridad de que estaría acurrucada allí, con una rodilla en alto, los lienzos torcidos y las cejas fruncidas por encima de la comida, mientras la marea de la conversación familiar giraba a su alrededor, al parecer desapercibida. El jardín marchito, luchando bajo el sol cada vez más intenso, parecía triste y desolado sin su presencia. A fuerza de estar habituado a las ásperas reprimendas de Nubnofret y a sus automáticas intervenciones en defensa de su hija, Khaemuast apenas era consciente de ellas. Ahora, cuando se sentaba en el comedor con su esposa y Hori, dejando transcurrir las horas del anochecer, algo parecía estar mal y, al buscarlo, descubría la ausencia de una costumbre familiar. Hori se mostraba desacostumbradamente preocupado y poco comunicativo. Quizá él también la echara de menos. Desaparecía desde el alba hasta la hora de la cena y no buscaba ya a su padre para rendirle ansiosamente cuenta de la jornada. Suponía que continuaba supervisando las obras en la tumba y, en su tiempo libre, vagaba por la ciudad con Antef. Por eso le preocupó, en varias ocasiones, ver a Antef paseando por los senderos de la finca, solo y mohíno.

Había quitado la sutura de la rodilla de Hori, que ya no cojeaba, y aunque la herida había cicatrizado bien, iba a dejar una fea cicatriz. El príncipe habría querido preguntar a su hijo qué había hecho con el pendiente y cuál era la causa de su malestar, pero descubrió que no podía. Entre ellos se había alzado una muralla, todavía inconsistente, pero cada vez más fuerte. Hori se mostraba reservado y Khaemuast no encontraba voluntad para atravesar aquella coraza casi hosca. Tenía sus propios tormentos.

Dos días después de la partida de Sheritra, llamó a Penbuy y, envuelto en una atmósfera de completa irrealidad, ordenó a su jefe de escribas que redactara un contrato matrimonial entre él y Tsubui. Penbuy, con sus impecables modales y la reserva que exigía la buena crianza, miró brevemente a su amo. Su piel olivácea palideció un poco y se dejó caer en el suelo, cruzando las piernas y disponiendo su paleta en la postura consagrada por generaciones enteras de escribas.

—¿Qué título ha de recibir la señora? —preguntó remilgadamente, con el estilo dispuesto.

—Naturalmente, se convertirá en princesa en cuanto firme el documento —respondió Khaemuast, sin apenas reconocer su propia voz—, pero su puesto oficial en esta casa será el de segunda esposa. Deja establecido en el contrato que Nubnofret sigue siendo esposa principal y princesa superior.

Penbuy lo anotó.

—¿Conoces su patrimonio, príncipe? —preguntó, después—. ¿Quieres incluir una cláusula que te otorgue el derecho de disponer de todos sus bienes o alguno de ellos en especial?

—No. —Aquel diálogo estaba resultando más difícil de lo que Khaemuast hubiera podido imaginar. El miedo y la culpa le hacían irritable, pero llevaba tanto tiempo conviviendo con aquellas dos emociones negativas que había aprendido a no hacer caso de ellas. Le asaltaba una fuerte sensación de que todo lo que hacía era una quebradiza ilusión—. No sé nada de sus bienes, salvo que posee algún patrimonio propio. La finca de su difunto esposo ha pasado a manos de Harmin y no tengo deseo alguno de entrometerme en sus negocios.

—Muy bien. —Penbuy volvió a bajar la cabeza—. ¿Y en cuanto a su hijo? —interrogó—. ¿Participará en la herencia que dejas a Hori y a tu hija en el caso de tu muerte?

—No. —La respuesta fue tajante, y Khaemuast tuvo la certeza de que su escriba se había relajado, como con alivio—. Harmin no necesita nada de mí. Tampoco recibirá ningún título principesco, a menos que se case con Sheritra. Él no debe saberlo, Penbuy.

—Naturalmente —musitó Penbuy, escribiendo laboriosamente—. Pero, ¿si hubiera algún vástago de este matrimonio, príncipe?

A Khaemuast se le revolviéron las entrañas.

—Si Tsubui me da hijos, compartirán mi fortuna con Hori y Sheritra, por partes iguales. Incluye las cláusulas habituales, Penbuy. A mi me corresponde mantener a Tsubui, tratarla con respeto y amabilidad, y cumplir con los deberes a los que está obligado todo esposo. Y antes de que preguntes, su hermano no será mencionado en este contrato. No tiene nada que ver con estas negociaciones.

El escriba depositó cuidadosamente el estilo en la paleta y, por primera vez, miró a su amo.

—Sin duda recuerdas, príncipe, que por ser miembro de la familia real debes someter cualquier elección de esposa a la aprobación del faraón —señaló a Khaemuast, ahuecando los labios con una mirada inexpresiva—. Si la dama resulta ser de sangre demasiado vulgar y tú prosigues esto, te arriesgas a que se te elimine de la línea de sucesión al trono.

Era deber de Penbuy hacer aquellas advertencias, pero, aun sabiéndolo, Khaemuast se enojó. "No me importa", pensó salvajemente. "Será mía pese a cualquier oposición, incluida la de mi padre."

—Merenptah sería feliz si mi nombre se borrara de esa lista —dijo, esforzándose por reír—. En cuanto al linaje de la dama, quiero que vayas a Coptos a comprobar sus aseveraciones. Agrega al contrato una última cláusula,

estableciendo que, aunque ella puede firmarlo, sólo tendrá validez si se confirma su condición de noble. Eso me libera de cualquier presión legal en el caso de que me haya mentido o de que mi padre rehúse su autorización. "Pero no significa nada", agregó para sus adentros. "Todo esto no significa nada. Es sólo un cebo para tentar a venir aquí, donde esté bajo mis manos y mis ojos para siempre."

Penbuy sonrió vagamente.

—A Coptos —dijo, con resignación—. ¿A Coptos, en verano?

Khaemuast se levantó.

—Desagradable misión, lo sé —reconoció—, pero en nadie confío tanto como en ti para esa tarea, viejo amigo. Ese documento debe estar preparado para la firma mañana mismo. Otra cosa, Penbuy... —El escriba le miró interrogativamente. Hubo una pequeña pausa, mientras el príncipe, exteriormente sereno, se esforzaba por dar forma a sus palabras—. Nubnofret no está enterada de esto, ni tampoco Hori ni Sheritra. Guarda reserva sobre ello. Partirás hacia Coptos mañana por la tarde.

Penbuy asintió y se retiró con una reverencia, dejando a Khaemuast con una extraña sensación de suciedad. "No me importa lo que mi sirviente piense de mis actos", se dijo, con firmeza. "Al fin y al cabo, ¿qué es él, sino un instrumento a mi disposición?" Sin embargo, Penbuy era su consejero desde hacía muchos años y Khaemuast había tenido que contenerse para no pedirle una opinión que no deseaba escuchar.

Y ahora, encorvado por el calor, contemplaba el papiro que tenía ante sí, cubierto por la pulcra e intachable escritura de Penbuy. Lo había leído y sellado, sólo faltaba la aprobación de Tsubui.

Junto a aquél había otro rollo, cuya mera presencia llenaba a Khaemuast de disgusto. Le recordaba aquella noche de pánico que le había llevado a buscar apresuradamente un hechizo de protección, sólo para anularlo a continuación. "Ahora no puedo ocuparme de él", pensó, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre las notas que había tomado aquella noche. "Penbuy se ha ido a Coptos y, mientras dure su ausencia, tengo que hablar con Nubnofret. Pero, ¿qué sentido tiene molestarla antes de que vuelva mi escriba con los resultados de su investigación?", objetaba él mismo. "La última cláusula me libera de compromiso, en caso necesario. Puedo llevar el documento a Tsubui, conseguir que lo firme y esperar a ver qué descubre Penbuy antes de hablar con Nubnofret. No hay prisa. Trabaja en ese misterioso pedazo de historia que has estado esquivando, Khaemuast. Recurre a Sisenet y luego apártalo de tu mente, olvídale. Cuando Nubnofret haya aceptado la situación con Tsubui, el futuro será más rico, más gozoso, más satisfactorio de lo que jamás has podido imaginar. Antes que nada, deja descansar ese rollo. Sobreponete a tu cobardía y comienza ahora mismo a trabajar." Entorpecido por su renuencia, enrolló el contrato y lo apartó a un lado, sustituyéndolo por la antigua escritura y sus notas. Luego llamó al sirviente que permanecía en el rincón, impertérrito, para pedir cerveza. Al reconocer su propia táctica dilatoria, hizo una penosa mueca y empezó a trabajar.

"Mañana haré una visita a Sheritra", decidió. "Así podré entregar a Tsubui el contrato para que lo estudie e invitar a Sisenet para que me ayude. Es hora de volver a la realidad." Pero la firmeza de su decisión no logró despejar la nube de inconsistencia que seguía sus pasos desde hacía meses. Era como si se hubiera desprendido de sí mismo, como si su ser y su tiempo se hubieran bifurcado, como si su otro yo, más cargado de sangre y vida, de cordura y sustancia, estuviera en aquel mismo instante viviendo su correcta realidad, mientras aquel otro yo, el sombrío, se veía empujado a un sendero por el que podía o no, al final, reencontrarse con el resto de sí mismo. La idea le produjo un leve mareo, del que se recuperó. Con un gemido inconsciente, se inclinó hacia el acertijo que constituía el tesoro de aquel hombre muerto.

Pasó la mañana siguiente muy impaciente, escuchando el informe de su administrador sobre el progreso de los sembrados y la salud de sus animales. La cosecha iba a iniciarse dentro de dos meses y todos rezaban porque madurara sin enfermedades ni añublo. El ganado de Khaemuast estaba gordo y sano, y sus plantas, maduras, altas y verdes.

Tras dar secamente las gracias a sus administradores, leyó un mensaje que le enviaron del palacio. Su madre estaba muy enferma y el jefe de los camareros se había tomado el atrevimiento de preguntar a Khaemuast si podía viajar hasta el Delta para atenderla. Aquella solicitud sutil y cortés le puso frenético. "Ella sabe que se muere", pensó, furioso. "Sabe que no puedo hacer nada más por ella. Son sus servidores, esos criados estúpidos, quienes aún me creen capaz de devolverle la salud por arte de magia. Ella tiene a su esposo para que la consuele. Cualesquiera que sean las faltas del gran faraón, la ama y nunca deja de visitarla. Sin duda alguna, querrá estar al morir junto a su esposo, no junto a un hijo al que casi nunca ve."

En tono seco, dictó una carta para el jefe de camareros, informándole de que iría a Pi-Ramsés en cuanto pudiera, cosa que no era posible por el momento, y de que los médicos del faraón eran tan competentes y dignos de confianza como él mismo.

También había una breve comunicación de Amunmose, jefe del harén del faraón en Menfis, en la que se quejaba de haber tenido que despedir por incompetencia al médico designado por el mismo Khaemuast para atender a las mujeres. ¿No podía el poderoso príncipe sugerir un sustituto? "Ahora no", pensó Khaemuast con persistente irritación. "Mañana, mañana me ocuparé de eso." Se dirigió a las habitaciones de Nubnofret y se encontró con Antef. El joven vestía sólo un taparrabos, llevaba un carcaj lleno de flechas colgado del hombro y el arco en la mano fina y desmenuada. Khaemuast le rozó al pasar y luego se detuvo para volverse.

—¿Vas a practicar el arco, Antef?

El muchacho asintió. Se le veía cansado y triste.

—¿Vas a encontrarte allí con Hori?

—No, Alteza —respondió Antef—. Hoy no he visto al príncipe. Ha dormido hasta tarde y luego ha salido deprisa.

Sus ojos no le miraban de frente y Khaemuast sintió una oleada de simpatía por la profunda tristeza de aquel agradable muchacho.

–Estos días no tratas mucho a mi hijo, ¿verdad? –preguntó, con suavidad.

Antef, movió la cabeza, angustiado.

–¿Puedes decirme qué le pasa, Antef? Sin traicionar su confianza, por supuesto.

–Te lo diría si lo supiera, Alteza –barbotó el joven–, pero Hori ya no me hace confidencias. Se diría que le he disgustado, de algún modo, pero ¡por Set, no imagino cómo!

–Tampoco yo –le aseguró el príncipe–. Lo siento, Antef. Por favor, ten paciencia con él.

–Es lo que hago, Alteza. –El muchacho sonrió débilmente–. Creo que, tarde o temprano, se confiará a mi.

Khaemuast hizo un gesto afirmativo y continuó su camino. No quería pensar en el misterioso cambio de Hori, prefería creer que el buen tino de su hijo volvería a imponerse sin problemas.

Cuando anunciaron a Khaemuast, Nubnofret estaba de pie en el medio de la alcoba, con los brazos en jarras, entre un revoltijo de vestidos y mantos. Wernuro y dos servidoras personales ordenaban los brillantes montones de telas bordadas de oro o cuentas, mientras un escriba, sentado a los pies de su ama con expresión de acoso, movía furiosamente su estilo.

–Apartad ése –decía Nubnofret–. Se puede adaptar para Sheritra. Esos dos tienen unas partes gastadas. Será mejor acortarlos, aunque es una pena. –Sonrió, volviéndose para recibir el beso de rigor de Khaemuast–. Eran mis favoritos. Voy a encargar ropa nueva, querido hermano. El hilo tejido con el lino del año pasado es especialmente fino y he adquirido una buena cantidad.

–O sea que estarás ocupada todo el día –sugirió Khaemuast, esperanzado.

Ella hizo una melancólica mueca.

–Si. Va a venir la costurera. ¿Por qué lo preguntas?

–Voy a ir a visitar a Sheritra –respondió él, con cautela–. Aprovecharé la ocasión para invitar a Sisenet a estudiar el pergamino. Se me ha ocurrido que tal vez quisieras ver a tu hija y pasar un rato con Tbubui.

Pese a la forzada serenidad de su voz, ella le miró con curiosidad.

–Sheritra se ha ido hace sólo tres días –señaló–. En cuanto a Sisenet, podrías enviarle a un heraldo. Estás descuidando a tus pacientes, Khaemuast, y sé que la correspondencia oficial se amontona sobre tu escritorio, aunque Penbuy te guarda lealtad y no se queja. Semejante irresponsabilidad no es habitual en ti. "No tengo por qué darte explicaciones", pensó él, con fastidio. "A veces adoptas conmigo un tono maternal que detesto."

–Esos asuntos no te conciernen, Nubnofret –la amonestó, tratando de hacerlo de manera delicada–. Tú dirige la casa y deja mis obligaciones para mí. Últimamente, me siento muy cansado. No veo ningún mal en pasar la tarde charlando con mi hija y su anfitriona.

Habitualmente, ella solía ceder. Su pasión por dominarlo todo solía llevarla a entro meterse en el terreno de su esposo, pero bastaba una leve reprimenda para que se retirara, riéndose de sí misma. Sin embargo, en esa ocasión se mantuvo firme.

–No se trata de una sola tarde –insistió–. Llevas semanas mostrándote reservado e irritable con todos. Me sorprende que no hayas recibido una dura carta de Ramsés, regañándote por el descuido de los asuntos egipcios.

Le observaba con un doloroso desconcierto. Khaemuast se preguntó fugazmente si sería más astuta de lo que él pensaba. Pronto tendría que hablar con ella, pero todavía no, todavía no. Se apresuró a aplacarla, mientras sus servidoras aguardaban con la inmovilidad que les habían inculcado.

–Es cierto que no atiendo mis asuntos con la dedicación que merecen –admitió pero necesito un descanso, Nubnofret.

–En ese caso, vayamos al norte una o dos semanas. Tal vez el cambio te mejore.

Él rió con aspereza.

–Detesto ir a Pi–Ramsés –dijo, secamente–. Lo sabes bien.

Nubnofret se acercó a él, pisando con delicadeza por entre las ropas desechadas.

–Ocurre algo malo, esposo mio –comentó en voz baja, mirándole de frente–. No me insultes negándolo. Dime lo que es, por favor. Sólo quiero ayudarte y prestarte mi apoyo.

El príncipe luchó contra un absurdo deseo de llorar. Hubiera querido arrojarse en el diván de su esposa y verterlo todo en sus comprensivos oídos, como un niño. Pero reconoció el impulso como lo que era, una regresión a la etapa infantil. Además, las servidoras estaban presentes y Nubnofret apenas había comenzado su tarea.

–Tienes razón –dijo, por fin–. Y te lo diré, por supuesto, pero no ahora. Que disfrutes de la tarde, Nubnofret.

Ella se encogió de hombros y se volvió hacia la alcoba, pero cuando él llegaba a la puerta le oyó decir:

–No encuentro a Penbuy. Enviámelo más tarde, Khaemuast. Necesito medir exactamente la cantidad de tela para pagarla.

Era una tarea sin importancia, que podía hacer su propio escriba, y los dos lo sabían. "O bien está afirmando su autoridad, o bien me hace saber que sospecha de que he alejado a Penbuy", se dijo su esposo, en tanto recorría el pasillo, recibiendo distraídamente el saludo de sus guardias. "¿Es posible que Nubnofret, mi serena y firme Nubnofret, esté perdiendo el dominio de sí misma?" La posibilidad de una escena desagradable entre él y su esposa le hundió en el pesimismo. Con el corazón abrumado, ordenó que se formara el personal de la barcaza.

El día luminoso y cálido y lo agradable de su cometido le devolvieron pronto el ánimo. Desembarcó, esperó a que desplegaran su dosel y marchó por el sendero en dirección a la casa de Tsubui, con una profunda satisfacción. El reclamo de los pájaros iridiscentes resonaba entre las palmeras y los pies se hundían de un modo agradable en la ligera arena. Al recordar la última vez que había caminado por allí, lo onírico de aquella noche y de su encuentro con Tsubui, sintió la tentación de empezar a cantar. Dobló en el último recodo, ya querido y familiar, y vio a Sheritra de pie a la sombra de la fachada, con los brazos cargados de unos blancos lirios de agua que goteaban

por encima de su reluciente túnica. Al reconocerle avanzó un paso, pero se detuvo a esperar, con un rostro solemne.

"Qué extraño", se dijo él. "Normalmente corre a mi encuentro." Entonces cayó en la cuenta, con dolor, de que Sheritra llevaba algún tiempo sin arrojarse con abandono en sus brazos. Se acercó con una sonrisa para abrazarla, sintiendo el frío de los lirios mojados sobre el vientre. Sus servidores hicieron una reverencia a la princesa y se retiraron a la sombra del palmar. Ella se apartó.

–¿Qué placer verte, padre! –exclamó. La alegría de su voz era inconfundible, pero Khaemuast advirtió en sus ojos una extraña cautela–. ¿Cómo están todos en casa?

–Más o menos como siempre –respondió él–. He quitado los puntos a Hori y tu madre está hoy reorganizando su vestuario. De lo contrario, habría venido conmigo.

–Hummm –respondió ella–. Entra en la casa. Tsubui está atrás, en las cocinas, tratando de enseñar un plato a su cocinero, y Sisenet sigue encerrado en sus habitaciones, como de costumbre. Harmin ha salido al desierto a practicar con su espada.

–Caminaron hacia la puerta, cogidos del brazo–. Tengo la sensación de que llevo una eternidad fuera de casa –añadió.

Khaemuast apretó su delgado antebrazo.

–También a mí me parece lo mismo –dijo, con sencillez. Y pensó, horrorizado: "Nos sentimos incómodos al estar juntos. En tres días nos hemos alejado aún más".

Bakmut le hacía unas reverencias desde el vestíbulo, con el tosco lienzo flotando en la corriente de aire. El príncipe vio, con aprobación, que uno de sus soldados se mantenía erguido contra la pared opuesta, donde se iniciaba el pasillo trasero.

–Siéntate, si quieres –invitó su hija, dando una palmada–. Trae vino y pan con manteca –ordenó bruscamente al sirviente negro que se presentó–. Di a tu ama que ha venido el príncipe Khaemuast.

–¿Estás contenta aquí? –preguntó su padre, cauteloso.

Ella sonrió, pero había cierta tensión bajo su muestra de buen humor.

–Empiezo a acostumbrarme ahora –respondió–. Hay muchísimo silencio. Huéspedes, ninguno hasta el momento. Rara vez música, a la hora de comer. Pero aquí no me cohíbo, padre. Sólo Sisenet me pone algo incómoda, pero es porque no lo veo con tanta frecuencia como a los otros.

Se ruborizó y Khaemuast descubrió con alivio en su arrebol y en el momentáneo retorcerse de sus manos a la Sheritra de siempre.

–Harmin y yo pasamos la tarde juntos, después de la siesta. Tsubui se queda en su alcoba. Harmin y yo, con Bakmut y un guardia, nos apoderamos del jardín y paseamos bajo las palmeras. He nadado dos veces en el río, pero nadie me acompaña en el agua. Por la noche conversamos o escuchamos las lecturas de Sisenet.

–¿Y por la mañana? –preguntó Khaemuast, mientras le servían un denso vino rojo y una bandeja de plata con pan, manteca, ajo y miel. El sirviente se había movido en un fantasmal silencio, sin dejar oír siquiera el susurro del lienzo almidonado.

–Por la mañana Tsubui y yo nos hacemos mutua compañía y conversamos sólo de cosas tontas, vanas y femeninas. –Sheritra se echó a reír–. ¿Lo imaginas, padre? ¿Yo, charlando de cosas vanas y tontas?

"Habla demasiado deprisa", pensó su padre, llevándose la taza a la boca. "Esto también se interpone entre nosotros, su entusiasmo o su inquietud, no sé cuál de las dos cosas. Y no va a decirme con franqueza lo que siente."

–Estoy seguro de que te sienta bien –replicó–. La frivolidad no tiene nada malo, querida mía. Mucho menos para ti, que siempre has sido demasiado seria.

–¡Y tú lo dices! –rió ella –¡Oh!, aquí viene Tsubui.

Khaemuast no estaba obligado a levantarse, por pertenecer a la realeza, pero lo hizo y alargó las manos hacia las de Tsubui, inclinándose para darle un beso en la mejilla. Inmediatamente comprendió que era un gesto excesivamente familiar en presencia de Sheritra y retrocedió para volver a ocupar su asiento. La dueña de la casa, fresca y deslumbrante con una túnica blanca semitransparente, con adornos de borlas plateadas, se dejó caer en una almohadón grande, frente a él, con un movimiento perfeccionado por la práctica.

–Quería averiguar si mi Pequeño Sol sentía ya nostalgia –comenzó él– y deseaba hablar con tu hermano, Tsubui. Pero Sheritra no parece echar en absoluto de menos el hogar. Al contrario, muestra una extraordinaria salud, por lo que te estoy agradecido.

Sintió que todo en él, los tendones musculares del vientre, los hombros endurecidos, las líneas de su cara, se relajaban al mirarla. "Oh, Tsubui", dijo en silencio a aquella ancha frente, cruzada por una gruesa banda de plata que sujetaba hacia atrás la espesa cabellera, a los negros ojos perfilados que permanecían cálidamente fijos en él, a la graciosa indolencia de los brazos que reposaban sobre las rodillas lánguidamente. El subir y bajar de los pechos, apenas entrevistados, era ligero y veloz. "Ella también lo siente", pensó, con alegría. "Estoy seguro."

–Soy yo quien debe estar agradecida –replicó ella, sonriendo.

Se había pintado los labios con alheña roja y su boca recordó a Khaemuast la enorme estatua de la diosa Ator que se levantaba en el templo del distrito sur. La sonrisa leve y sensual de Ator también era roja, de un rojo húmedo y brillante.

–Sheritra es una compañía deliciosa, me hace sentir joven otra vez. Espero que no se aburra entre nosotros.

Se volvió con afecto hacia la muchacha, que le devolvió la sonrisa. "Caramba, se comportan como hermanas", pensó Khaemuast, sintiendo una oleada de bienestar. "Cuando Tsubui se traslade a casa no serán enemigas."

–¿Aburrirme? –exclamó Sheritra–. ¡Nada de eso, desde luego!

–Entonces, ¿no quieres volver a casa? –bromeó Khaemuast–. ¿No te consumes añorando la disciplina de tu madre?

Una sombra cruzó el rostro enrojecido de Sheritra y Khaemuast comprendió que su comentario había sido desleal. "¿Qué contiene este vino?", se preguntó.

–Otra excelente cosecha –observó apresuradamente, levantando su taza.

Tsubui inclinó la cabeza.

–Gracias, príncipe. No nos interesan las ropas caras ni la diversión constante, pero somos exigentes cuando se trata del vino.

Khaemuast tuvo la incómoda impresión de que en ese "somos" estaba incluida su hija, como si, por un fugaz segundo, no fuera suya, sino de Tsubui; como si, por alguna alquimia desconocida, hubiera sido siempre de Tsubui. La entrada de Harmin le ahorró más comentarios. El joven entregó su espada al sirviente más cercano y avanzó hacia el interior de la casa. Estaba empapado en sudor y tenía el pelo, las fosas nasales y las pantorrillas sucias de arena. Con una sonrisa afable, se inclinó ante Khaemuast, aunque mostrando sólo ojos para Sheritra. "Cada vez mejor", pensó su padre.

–Te saludo, Harmin –dijo–. Confío en que hayas mejorado tu puntería lo suficiente como para justificar tanto calor y tanto polvo.

El muchacho enarcó las cejas y se llevó una mano al cabello, pegajoso.

–Creo que tiro con más precisión y a mayor distancia –dijo–, pero hoy no. Si me disculpas, príncipe, iré a bañarme. Sheritra, llama a Bakmut y acompáñame. Puedes levantar un dosel en el jardín mientras me baño. Siempre que no te moleste, príncipe, si has concluido tu visita a la princesa.

Khaemuast se sintió desconcertado, tanto por la arrogante familiaridad con que Harmim trataba a Sheritra como por la presunción de que su visita era menos importante que sus propios deseos. Tampoco le pasó desapercibida la rápida mirada que madre e hijo intercambiaron mientras éste hablaba. Se preguntó qué significaría.

–¿Vas a quedarte mucho rato, padre? –preguntó Sheritra, levantándose–. Si no es así, me sentaré a conversar contigo.

–Pero preferirías hacer otra cosa –concluyó él–. No me ofendo, Pequeño Sol, voy a estar aquí toda la tarde.

Harmin desaparecía ya en la luz gris del pasillo. Sheritra le siguió, disculpándose ante su padre con una sonrisa. Khaemuast la observó con placer. Su actitud había cambiado, tenía los hombros rectos y un porte más asentado. Incluso advertía un contoneo seductor en sus caderas, de sobresalientes huesos.

–La habéis ayudado –comentó en voz baja.

Tsubui se removió en su almohadón y deslizó la mano por la reluciente pantorrilla hasta la ajorca de plata que le rodeaba el tobillo, con unos dijes en forma de mandriles.

–Creo que ama a Harmin –replicó ella, con franqueza–. Y el amor convierte a la muchacha en mujer, y a una muchacha tímida y torpe en un ser dotado con el atractivo de la misma Astarté.

–¿Y qué opina Harmin?

–No he hablado directamente con él del asunto –dijo Tsubui, con suavidad–, pero es obvio que ella le interesa también. No te preocupes, príncipe –se apresuró a agregar, viendo la expresión de Khaemuast–. Nunca se los deja solos y Bakmut continúa durmiendo junto a la puerta de la princesa.

Él rió para ocultar el leve desagrado que le había producido Harmin.

–Imagino que la niña se sentirá encantada cuando sepa que vas a formar parte de la familia –comentó, con bastante arrogancia, para disimular su momentánea confusión–. Te amo, Tsubui.

–Yo también te amo, querido príncipe –respondió ella, mirándole con serenidad–. Y me alivia que la princesa y yo nos tengamos tanto afecto. Ten la seguridad de que haré lo posible por ganarme también el respeto de Nubnofret y del joven Hori.

"Eso será una tarea difícil", pensó Khaemuast, con impaciencia.

–Yo soy la ley –dijo–. Bajo mi propio techo soy Maát. Te aceptarán, les guste o no. –Y dio una palmada, gritando–: ¡Ib!

Su mayordomo apareció desde el jardín y le hizo una reverencia.

–Entrégame el documento.

Ib sacó un rollo de su cinturón, lo entregó al príncipe y se alejó discretamente.

Khaemuast se lo tendió a Tsubui.

–El contrato matrimonial –dijo, sin poder disimular el triunfo de su voz–. Léelo detenidamente y dime si estás de acuerdo con él. He agregado una cláusula algo desacostumbrada, tanto para tu protección como para la mía.

Ella había puesto el papiro a su lado y le miraba, inexpresivamente.

–El faraón debe aprobar la elección de mi esposa para que yo pueda seguir en la línea de sucesión al trono de Egipto –explicó él–. Por lo tanto, te pido que pongas tu sello en el pergamino con el conocimiento de que el contrato

sólo será legal cuando Penbuy haya vuelto de Coptos con las pruebas de tu noble estirpe. –Había tenido que esforzarse para decirle aquellas palabras, pues no estaba seguro de su reacción. Al ver que ella continuaba mirándole, se inclinó hacia delante para cogerle la mano. La sintió helada y blanda entre sus dedos–. No te ofendas, te lo ruego –prosiguió, rápidamente–. Es una formalidad, nada más.

–¿A Coptos? –repitió ella, sin matices–. ¿Has enviado a tu escriba a Coptos? –pareció recobrarle enseguida–. Comprendo, príncipe, desde luego. El amor no debe imponerse a las exigencias de estado, ¿verdad?

–Has comprendido mal –exclamó él, indefenso como un muchacho en las garras de su primer enamoramiento–. Me casaré contigo como sea, Tsubui, como mi hermano Si–Montu desafió a Ramsés para obtener a Ben–Anath. Pero ¡cuanto más sencillo, menos angustioso será para toda mi familia, que pueda casarme contigo ante la sonrisa de mi padre!

–Además –intervino ella, apartando suavemente la mano–, tu hermano no tenía familia cuando conquistó a Ben–Anath. Tú tienes un hijo que podría ser desheredado si se apartan de esa ilustre sucesión y podría perder sus posibilidades de heredar el trono. –La mujer levantó la barbilla–. Claro que comprendo, querido. Después de todo, soy de familia noble... y no una mujer cualquiera", completó inmediatamente la mente de Khaemuast. Su cinismo le sobresaltó, y pudo someterme con ecuanimidad a las exigencias de estado. –Tsubui sonreía ahora, con una diminuta contracción de humor en sus labios centelleantes–. Pero no soy paciente, ¿cuándo volverá Penbuy con la respuesta a mi felicidad bajo su correctísimo brazo?

–Ha partido esta mañana –le contestó Khaemuast–. Llegará a Coptos en una semana o poco más. ¿Cómo calcular cuánto pueden retrasarle sus investigaciones? ¿Puedes contener tu impaciencia un mes, Tsubui?

Ella paseó la vista por el salón, se puso de rodillas y apoyó las manos en los muslos desnudos de Khaemuast para besarle. Sus labios y su lengua estaban calientes y mojados. Sus uñas se le clavaron en la carne, excitándole.

–Sellaré ese contrato hoy mismo –murmuró, moviendo la boca sobre la suya–. Perdona, príncipe, mi momentáneo malestar. ¿Se lo has dicho ya a Nubnofret?

Él la soltó, mareado, y Tsubui se dejó caer nuevamente en el almohadón.

–Todavía no –logró balbucear el príncipe–. No he hallado el momento oportuno.

–No esperes demasiado –aconsejó ella.

Khaemuast negó con la cabeza, aún ebrio de deseo.

–Me propongo construir un suntuoso conjunto de habitaciones para ti, agregadas a la casa –dijo–, pero no estará acabado todavía cuando te traslades. ¿Aceptas alojartemomentáneamente con las concubinas?

Ella asintió serenamente.

–Momentáneamente, si–accedió–. Sisenet permanecerá aquí o volverá a Coptos, aún no lo ha decidido. Y Harmin está también indeciso.

Khaemuast se reclinó en su asiento.

–¿Se lo has dicho ya a tu hermano? –preguntó, desconcertado.

Ella clavó en él una mirada firme, casi arrogante.

–Por supuesto. No necesito su permiso, pero quiero su aprobación, pues se trata de mi pariente más cercano y mi hermano mayor.

–¿Te la ha concedido?

Khaemuast estaba molesto. Se sentía en desventaja respecto a un hombre que era, decididamente, inferior por situación social y por herencia, alguien que no hubiera debido opinar nada sobre el asunto. Pero de inmediato se avergonzó. Tsubui era una egipcia responsable, llena de tacto y respetuosa con los sentimientos de sus seres amados.

–Sí –respondió ella–. Quiere que sea feliz, Khaemuast, y dice que nos haces un gran honor.

El príncipe se ablandó.

–Hoy mismo debo hablar con él. No estoy avanzando nada con el rollo y Hori me ha dicho que ya han reconstruido el muro falso de la tumba y que los artistas están recreando las pinturas. Pronto la cerraremos otra vez.

Tsubui se levantó, alisándose la túnica y Khaemuast siguió con la vista el lento descenso de sus manos.

–Sisenet está en su cuarto –dijo ella–. Si quieres, Alteza, iré a llamarle.

–No –respondió Khaemuast–. Iré yo.

Ella inclinó la cabeza y cruzó el salón en dirección al pasillo seguida por Khaemuast. La mujer se desvió hacia la izquierda y él la imitó, echando un vistazo a la derecha al pasar. La risa de Sheritra llegaba hasta él, traída por la brisa caliente que penetraba por la puerta del jardín, siempre abierta. En el fulgor de luz blanca, la vio arrodillada sobre una esterilla de juncos, bajo un flameante dosel. Harmin estaba frente a ella, casi tocándole las rodillas con las suyas. Antes de continuar, su padre la vio arrojar las tabas a la esterilla, con un grito de placer ante la sonrisa de su compañero.

Sisenet alzó la vista, sobresaltado, cuando Khaemuast entró en el cuarto y de inmediato se levantó y efectuó una grave reverencia. "Este hombre sabe que estoy locamente enamorado de su hermana", pensó el príncipe, esforzándose por afrontar su serena mirada. Tsubui pidió permiso para retirarse, mientras Sisenet le señalaba la silla que acababa de dejar libre. El visitante la ocupó. En la mesa, a su lado, había cerveza, restos de una merienda y varios pergaminos medio enrollados.

–Veo que estabas leyendo –comentó Khaemuast–. Agradable ocupación para este enervante día.

Sisenet se sentó en el borde del diván y cruzó las piernas. Por primera vez, el príncipe notó que tenía un buen tono muscular, los muslos duros y el vientre plano, sin señales de pliegues en la cintura, aunque en aquella posición su

espalda describía una leve curva. "Sin embargo, es un hombre sedentario y estudioso, como yo", pensó, con envidia. "¿Cómo hará para mantenerse así?"

—Estos rollos son mi pasatiempo favorito, príncipe —replicó Sisenet—. Uno es la historia de Apepa y Seqenenra. El otro, una copia antiquísima del Libro de la Vaca Celestial. Además de describir la rebelión del hombre contra Ré, su castigo y la retirada de Ré a los cielos, contiene ciertos hechizos mágicos para el bien de los difuntos.

El interés de Khaemuast se despertó, desplegó los rollos con cuidado y paseó los ojos por aquellos jeroglíficos pulcros y diminutos.

—Son unos tesoros, desde luego —admitió, admirado—. ¿Los compraste, Sisenet? Conozco a muchos comerciantes de documentos antiguos. ¿Quién te los vendió?

Sisenet sonrió y Khaemuast observó que su rostro perdía su aspecto habitualmente ceñudo y se tomaba súbitamente juvenil.

—No los compré, Alteza, pertenecen a mi familia. Uno de mis antepasados era un poderoso mago e historiador, y sin duda le maravilló al hallar a un tiempo historia y magia en este precioso rollo.

—¿Has recurrido a algún mago para probar los hechizos? —Khaemuast estaba intrigado.

Sisenet meneó la cabeza.

—Yo poseo cierta habilidad en esa disciplina —explicó—. En Coptos serví como sacerdote de Thot.

—Me sorprendes —confesó Khaemuast, recordando que rara vez había entablado una conversación profunda con aquel hombre, a quien había descartado como si careciera de importancia—. ¿Y los hechizos dieron resultado? ¿Son correctos?

—Como se refieren al bienestar de los muertos, Alteza, no tengo modo de saberlo —fue la ligera respuesta.

El príncipe se dio una palmada en la frente, cubierta por el hilo.

—¡Desde luego! ¡Qué estupidez la mía! Pero dime, ¿quién es el alto sacerdote de Thot en Coptos y cómo es su templo? Yo también soy devoto del dios.

Conversaron durante un rato sobre asuntos religiosos, y Khaemuast descubrió que le interesaba la mente de aquel hombre, su cortés método de discutir y su voz modulada y serena, adecuada compañera de su lúcido poder de razonamiento. A Khaemuast le agradaban las conversaciones sobre historia, medicina o magia, con alguien tan versado en esos campos como él. Y para deleite suyo, Sisenet demostraba serlo. "<El rollo", pensó. "Tal vez haya alguna esperanza, después de todo." No sabía si sentirse desilusionado o complacido.

—¿Cuándo podrás venir a mi casa a examinar el rollo que cogí prestado de la tumba? —preguntó, al fin—. Estoy ansioso por acabar de estudiarlo. Lo llevo en la cabeza, como una pesadilla, desde el momento en que lo vi.

—No tengo tu erudición, Alteza —respondió Sisenet—, y dudo de que pueda ayudarte, pero será un honor intentarlo cuando a ti te convenga.

El príncipe reflexionó. Tenía que hablar con Nubnofret y poner al día, por fin, sus deberes oficiales. No pudo evitar sonreír: "Todavía me resisto a tocar ese objeto, todavía quiero evitarlo".

—Ven dentro de una semana, a partir de hoy —dijo—. Reservaré la tarde para que estemos solos.

—Muy bien, príncipe.

Sisenet le dedicó una breve sonrisa y los dos guardaron silencio. "No quiere tocar el tema de la boda", pensó Khaemuast. "Soy yo quien debe mencionarlo. Creo que este hombre me inspira un respeto abrumador." Se sorprendió al comprenderlo.

—Me dice Thubui —empezó, con cautela— que estás de acuerdo con que nos casemos.

Sisenet emitió una risa franca y extraña.

—¡Cuánto tacto tienes, Alteza! Ella no necesita mi aprobación. Y la sola idea de que yo pueda tener alguna influencia sobre una decisión tuya, que eres príncipe real, resulta ridícula. Pero es verdad que me siento muy complacido. Muchos hombres la han deseado, pero ella los ha desdenado a todos.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Khaemuast, con curiosidad—. ¿Volver a Coptos?

La pregunta pareció divertir a Sisenet, cuyos ojos brillaron con algún pensamiento secreto.

—Podría hacerlo —replicó—. Pero no lo creo. Aquí soy feliz, y la biblioteca de Menfis está llena de maravillas.

—¿Quieres un puesto en mi casa?

Khaemuast lo había preguntado impulsado por una extraña necesidad de congraciarse con aquel hombre, pero inmediatamente se arrepintió. El ofrecimiento parecía un intento de compensar algo, el precio de la culpa. Pero Sisenet no se ofendió.

—Te lo agradezco, príncipe, pero no.

Con el mismo extraño tono de abnegación, Khaemuast iba a preguntarle si Harmin querría alguna ayuda para situarse, pero recordó que el muchacho obtendría automáticamente un título si se casaba con Sheritra. Los recovecos del arreglo que había iniciado eran demasiado complejos para analizarlos en aquel momento. "Además, me dan miedo", pensó.

La conversación flaqueó y tras algunas inocuas cortesías, el príncipe se despidió y salió al resplandor del jardín, donde Sheritra y Harmin habían dejado ya de jugar a la taba. Conversaban ahora en voz baja, mientras Bakmut rociaba con agua fría los miembros de la muchacha. El calor era muy intenso. Khaemuast dialogó un momento con ellos, prometió a su hija volver a visitarla pronto y, después de reunir a su personal, regresó al río.

No vio a Tsubui. Ahora que ella tenía el contrato entre las manos, ahora que él había dado un paso más hacia una irrevocable y violenta revolución en su vida, actuaba como el general que reagrupa sus fuerzas y descansa,



esperando la nueva táctica. Ansiaba la paz de su despacho y la tranquilizadora presencia de Nubnofret revolviendo su comida, frente a él, en el intenso bronce del atardecer estival.

## CAPÍTULO 12

Alabemos a Thot,  
el fiel exacto de la balanza,  
de quien huye el mal,

el que acepta a quienes el mal evitan.

Tres días después de aquella primera visita a Sheritra, Khaemuast comprendió que debía compartir su decisión con Nubnofret o morir de remordimientos. Había despertado con la ya familiar sensación de aprensión en el pecho, provocada por lo que últimamente se había convertido en su primer pensamiento del día. Mientras desayunaba el pan y la fruta que Kasa le sirvió, analizó con sentido crítico el progresivo debilitamiento de su voluntad. No comprendía bien por qué vacilaba ni a qué se debía aquella sensación de estar haciendo algo reprehensible al casarse con Tbubui.

Cumplió la rutina de comer, bañarse y vestirse sin percatarse de lo que estaba haciendo. Sólo recobró el dominio de sí mismo cuando Kasa le sentó en la banquetta, ante el tocador, y rompió el sello de un nuevo frasco de kohl. El familiar chasquido de la cera devolvió a Khaemuast el sentido común. "Esta situación no se puede aceptar", se dijo, enojado, mientras su servidor hundía un pincel en el polvo oscuro y se inclinaba hacia su cara. Cerró los ojos y sintió el pincel húmedo cruzarle gratamente los párpados.

—Kasa —dijo rápidamente, antes de que la nube de malos presentimientos se concretara en un nuevo día de cobardes postergaciones—, quiero que vayas a la casa de las concubinas y ordenes al guardián de la puerta abrir y preparar las habitaciones más grandes para otra ocupante. Voy a casarme otra vez.

El pincel tembló en sus sienes antes de reanudar su lenta marcha. Kasa se enderezó, y sumergió el instrumento en el cuenco de agua, sin mirar a su amo.

—Es una buena noticia —dijo, con discreción—. Te ofrezco mis deseos de larga vida, salud y prosperidad, Alteza. No hables, por favor. Ahora debo pintarte la boca.

Su amo guardó silencio hasta que la alheña, fresca y húmeda, comenzó a secarse en sus labios.

—Que mi arquitecto venga esta noche a mi despacho —dijo—. Quiero diseñar un nuevo conjunto de habitaciones para la segunda esposa, Tbubui, que se añadirán a la casa.

—Muy bien, Alteza. ¿Esa noticia es ya conocida?

Khaemuast rió entre dientes ante el extremo tacto de su servidor personal.

—Sí —respondió.

No habló más hasta que Kasa recogió el pectoral de oro y lapislázuli y los brazaletes de oro para completar el atuendo del príncipe.

—Si se me necesita, estaré en las habitaciones de la princesa —indicó al hombre, antes de salir.

Había echado los dados. Ya no tenía más remedio que informar a Nubnofret. Amek e Ib abandonaron sus puestos ante la puerta y le siguieron por los anchos corredores de su casa, en la que se había efectuado ya la limpieza matutina. Khaemuast avanzó entre las reverencias de los criados y las motas de polvo que danzaban y brillaban en los rayos de sol que atravesaban frecuentemente los pasillos.

Ordenó a su escolta que esperara, saludó a Wernuro ante la puerta de su esposa y se hizo anunciar. Nubnofret le recibió con una sonrisa. Lucía una amplia túnica amanha, bordada con hilos de oro, que dejaba al descubierto sus gruesos brazos y su cuello de estatua. Se había trenzado la cabellera con cintas de hebras doradas y una diadema de oro que sostenía una imagen de Mut, la diosa buitre, cruzaba su frente morena. Todavía estaba descalza. Khaemuast tuvo tiempo de observar, con una punzada de dolor, la voluptuosidad que le prestaban los zarcillos de cabello húmedo que escapaban a la gruesa trenza y el contorno de sus grandes pechos, tentadoramente visibles bajo la fina tela.

—Te has levantado temprano, querido hermano —comenté alegremente, ofreciéndole la cara para recibir su beso—. ¿Qué has planeado para hoy? ¡Espero que incluya una o dos horas de frivolidades en mi compañía!

"Ha cambiado desde que Sheritra no está", pensó él, rozando con los labios su piel perfumada. "Está menos seria, menos consumida por la correcta administración de la casa. Quizá Sheritra le hace pensar en sus fracasos o en los años que pasan, más deprisa para las mujeres que para los hombres. Pobre Nubnofret."

—Quiero hablar contigo en privado —dijo—. Salgamos a la terraza.

Ella le siguió a través del cuarto y bajaron los tres peldaños que descendían, entre columnas, a la terraza cubierta, refrescada por las corrientes de aire. Un par de escalones más los adentraban ya a pleno sol, al fulgor de una mañana ya rancia de calor. Unos densos arbustos protegían la entrada del jardín trasero. Khaemuast señaló una silla, pero ella negó con la cabeza. Con el gesto, el ojo de obsidiana de Mut clavó en Khaemuast una mirada triste.

—Llevo una hora sentada, mientras me arreglaban la cara y el pelo —explicó—. ¿Qué pasa, Khaemuast? ¿Voy a saber por fin lo que te preocupa?

Él suspiró para sus adentros.

—No sé cómo decir esto con suavidad —dijo—, de modo que no voy a intentarlo. Desde hace algún tiempo me siento cada vez más atraído por otra mujer, Nubnofret. Este interés me molestaba, pues soy un hombre de hábitos fijos, que gusta de una vida familiar ordenada, pero ha ido creciendo pese a mis esfuerzos por evitarlo. Ahora estoy enamorado de ella y he decidido desposarla.

Nubnofret emitió una suave exclamación, pero Khaemuast, que se atrevió a lanzarle una mirada, no observó en ella horror, ni siquiera sorpresa. Más bien parecía irritada.

–Continúa –indicó ella, con voz serena. Se mantenía perfectamente inmóvil, con los enjorados brazos junto al cuerpo y la vista fija en él. Su esposo aún no podía mirarla de frente.

–No hay mucho más que decir –admitió–. Se instalará en la casa de las concubinas hasta que yo pueda diseñar y hacer construir para ella unas habitaciones adecuadas dentro de la casa. Naturalmente, será sólo segunda esposa. Tú seguirás siendo el ama de la casa en todos los sentidos.

–Naturalmente –repitió ella, siempre con aquella voz extraña e inexpresiva–. Es prerrogativa tuya tomar tantas esposas como desees, Khaemuast, y lo único que me sorprende es que no lo hayas hecho antes. –Todavía no mostraba sorpresa. Hablaba con una total indiferencia. Él nunca la había visto tan compuesta–. ¿Cuándo se redactará el contrato?

Por fin Khaemuast se obligó a mirarla a los ojos, enormes e inexpresivos.

–Ya está redactado. Ella lo ha firmado y yo también.

–Eso significa que ya habías pensado todo esto y que llevas algún tiempo planeándolo cuidadosamente. –Una leve sonrisa atravesó su boca rosada–. ¿Es posible que tuvieras miedo de decírmelo, querido hermano? Lamento desilusionarte, pero hace varias semanas que sospechaba algo así. ¿Quién es esa afortunadísima mujer? Una princesa, sin duda, pues Ramsés te permitiría tomar a una plebeya por concubina, pero no por esposa real.

Khaemuast tuvo la inquietante sensación de que ella ya lo sabía. Le miraba con aparente ecuanimidad y su pecho se movía lenta y profundamente al respirar.

–No es princesa –se vio forzado a admitir–, pero sí de sangre noble. Es Tbusui, Nubnofret. Tbusui. ¡La quiero desde el principio!

Sus últimas palabras brotaron en un desesperado esfuerzo de arrancar su aplomo, pero ella se limitó a enarcar una ceja.

–Tbusui. Esa mujer me intrigaba, Khaemuast. El día en que estuvo a punto de caer al agua y se asusté tanto, tú hiciste ademán de correr hacia ella aun antes de que perdiera el equilibrio. Bueno, creo que no me disgusta. Tenemos cierta amistad superficial, pero no está socialmente a mi altura y no tengo intenciones de tratarla como a una igual. Y mucho menos ahora, pues sospecho que buscó mi compañía mientras maniobraba secretamente para incorporarse a esta casa. Considero semejante actitud una traición personal. Lo comprenderás.

–Sí, por supuesto.

–Estoy segura de que estaba ansiosa por sellar ese contrato –prosiguió Nubnofret–. Después de todo, no eres un príncipe cualquiera, relegado a algún rincón de Egipto. ¿Y qué pasará con su hijo? ¿Vivirá también aquí? ¿Quieres que organice una gran fiesta? Y, en ese caso, ¿cuándo va a ser? ¿Qué ha dicho tu padre sobre este enlace?

Sus preguntas eran responsables y adecuadas, pero Khaemuast percibió, por fin, la terrible ira que había confundido con indiferencia. Una ira tan grande que la había dejado petrificada.

–El contrato sólo será válido cuando Penbuy regrese de Coptos y verifique su linaje aristocrático –aseguró él, apresuradamente–. Partió hace pocos días y aún no me ha enviado noticias de su llegada.

–Nadie me lo dijo. –Durante un momento Nubnofret pareció desconcertada, pero luego enrojeció y se inclinó hacia delante–. ¡Nadie me lo dijo! ¡Todo esto a mis espaldas, príncipe, como si estuvieras avergonzado, como si me tuvieras miedo! ¡Es un insulto! ¿Qué opinión tienes de mí, Khaemuast, que no puedes venir a decirme algo como esto? ¿Desde cuándo, desde cuándo?

–Lo siento, Nubnofret –confesó él–. Lo siento de verdad. Ojalá pudiera hacértelo entender. –Abrió las manos–. Si hubiera tomado otra esposa por razones dinásticas, porque mi padre lo considerara necesario, incluso por gozar de cierta variedad, habría venido a consultarlo contigo. Pero esto... –apoyó las manos sobre sus rígidos hombros–. Me consume el deseo que siento por ella, Nubnofret. No puedo descansar. No me concentro en nada. Y eso me hace sentir delante de ti como un jovencuelo tonto, como un niño encaprichado. Por eso me resistía a someterme a tu risa y a tu condescendencia.

–¡Por todos los dioses! –ella se desprendió de sus vacilantes manos–. Es una cualquiera venida del sur, Khaemuast. Si la deseas, tómala. Métela con las otras concubinas hasta que te canses de ella o hazle el amor en su propia casa. ¡No importa! ¡Pero no te cases con ella, no!

El profundo desprecio de su voz provocó una dolorida mueca en Khaemuast.

–No se trata de un deseo vulgar –explicó–. Sé que continuaré deseándola dentro de cinco años, de diez, de quince, y quiero estar seguro de que ningún otro puede hacerla suya. Voy a casarme con ella. ¡Estoy en mi derecho!

–¡Tu derecho! –exclamó ella, con desdén, temblando de los pies a la cabeza. Los brazaletes de sus brazos repiqueteaban con sus estremecimientos y hasta el dobladillo del vestido temblaba–. Sí, es tu derecho, ¡pero con ella no, Khaemuast! ¡Has perdido el tino! ¡Tu padre jamás lo permitirá!

–Creo que sí –dijo Khaemuast, intentando suavizar su voz para calmarla–. Tbusui es una mujer de sangre noble y de carácter irreprochable. Penbuy me traerá la confirmación que Ramsés ha de requerir.

–Bueno, eso es algo, por lo menos –replicó ella, más sosegada. Le miró a los ojos escrutadoramente y empezó a jugar con sus brazaletes, subiéndoselos por los brazos y dejándolos caer, pero sin apartar la vista de él–. Dime, ¿me amas?

–¡Oh, Nubnofret! –exclamó él, extendiéndole los brazos. Ella le esquivó con destreza y el gesto murió–. Te amo mucho. Te amaré siempre.

–Pero no tanto, al parecer, como a una advenediza de Coptos –murmuró ella–. Muy bien. Exijo ver las condiciones del contrato. Ese es mi derecho. Debo protegerme y proteger a mis hijos. Por lo demás, me conduciré como corresponde a mi condición de esposa y princesa principal. –Se irguió en toda su estatura–. ¿Se lo has dicho a Hori y a Sheritra?

–Todavía no, y te ruego que dejes eso en mis manos. Quiero hacerlo a mi modo.

Nubnofret sonrió con aspereza.

–¿Por qué? ¿Te avergüenzas, oh, esposo mío?

Quedaron en silencio, mirándose fijamente. Entre ellos crecía la incomodidad y, con ella, el enojo de Khaemuast.

–Eso es todo, Nubnofret –dijo finalmente–. Puedes retirarte.

Ella se inclinó con una exagerada reverencia y pasó por su lado para volver a su alcoba.

–Esa mujer no es digna de ti –le oyó decir–. Penbuy va a traerte malas noticias, Khaemuast, ya sea que me obligues a cumplir con mi obligación o no. Por favor, no entres en casa por mis habitaciones. Me duele la cabeza.

Khaemuast giró sobre sus talones con un gruñido de exasperación y bajó al luminoso jardín. Debía buscar un nuevo médico para el harén del faraón. Respondería con prontitud a los mensajes del Delta. Nubnofret superaría su desdén y su ira y acabaría aceptando a Tsubui y todo sería como era debido.

"Tendría que sentirme aliviado", se dijo, cuando sus pies abandonaron la hierba para caminar sobre el caliente pavimento del sendero que rodeaba la casa. "Ahora, ya está todo descubierto. A Hori y a Sheritra no les molestará. No se sentirán muy afectados. Incluso es posible que Sheritra se alegre, pues Harmin será para ella casi como un hermano. ¿Quiero celebrar este segundo casamiento con una gran fiesta, con una feria en la ciudad, después de tantos años?" Analizó la cuestión con una mezcla de felicidad y nerviosismo, arrugando la frente, obligando a su mente a llenarse de pensamientos febriles para no verse forzado a analizar el desdén y la ira de Nubnofret, su sufrimiento.

Pocos días después, Sisenet visitó la casa para examinar el rollo. Ib recibió en el vasto salón de recepciones, aún fresco y repleto de los adornos extranjeros adquiridos por Nubnofret, y le sirvió vino y pasteles. Khaemuast no tardó en reunirse con él, sentándose a su lado.

Los días habían transcurrido con tensión, pero sin novedades. Nubnofret, encerrada en una rígida cortesía, atendía sus necesidades con su habitual eficiencia y le hablaba con suavidad, pero en ella había desaparecido aquel embrión de frágil actitud juvenil. En cuanto a Hori, apenas le había visto. Hablar con él era una prueba difícil a la que se resistía a someterse. A Sheritra podía decirselo cuando visitara nuevamente a Tsubui para coger el contrato firmado, pero Hori se estaba convirtiendo en un preocupante misterio.

Khaemuast apartó todo ello de su mente con un supremo esfuerzo de su voluntad y se sentó junto a Sisenet, comentando con él el intenso calor de la canícula y la altura de las aguas en el Nilo. Cuando intercambiaron las cortesías de rigor, Khaemuast se levantó y le condujo a su despacho. La habitación los envolvió en su atmósfera de reposo. El príncipe señaló la silla que había tras el escritorio y Sisenet la aceptó con una reverencia y la acercó a la mesa, sobre la que Khaemuast había ya esparcido sus notas. El rollo estaba a un lado, oscilando levemente por una invisible corriente de aire.

El dueño de la casa se sentó en una banqueta. En realidad, no esperaba ninguna ayuda de aquel hombre flaco y silencioso, que extendía la mano hacia el suave cilindro con una rápida sonrisa. Khaemuast conocía bien su propia posición en la comunidad académica de Egipto y se le ocurrió que quizá sólo se sometía a aquella comedia para complacer a Tsubui. Quiso preguntar a Sisenet si tenía ya todo lo necesario: estilos, paleta, algo para beber.... Pero el hombre había bajado la cabeza hacia la reluciente superficie del escritorio y no quiso interrumpir su dedicación a la tarea.

El príncipe concentró su atención en los papeles esparcidos bajo los bronceados y nervudos dedos de Sisenet. Su visitante lucía varios anillos gruesos de oro y turquesa, cuyo diseño Nubnofret habría tildado desdeñosamente de tosco y grosero. A Khaemuast, en cambio, le gustaban. Contempló el leve movimiento de las joyas mientras Sisenet leía.

Finalmente, el hombre se acercó las notas de Khaemuast y las ojeó con cierto ligero desdén, pero el príncipe se dijo que se estaba dejando llevar por su imaginación, como en todo lo que se relacionaba con aquel rollo. Su inquietud empezó a aumentar.

"No descubras nada", suplicó en silencio a su visitante. "Dime que la tarea es demasiado grande y que tu erudición es insuficiente. Así podré liberarme de esta obsesión con la conciencia tranquila."

Sisenet carraspeó cortésmente y una leve sonrisa movió sus ascéticos labios. Luego alzó la vista, se acercó la paleta del escriba y tomó un estilo. Desenrolló nuevamente el pergamino con unos movimientos casi rituales, aunque no apartaba de Khaemuast su mirada serena.

–Es una forma difícil de escritura egipcia muy antigua –explicó–. No me sorprende que te haya confundido, príncipe. De esta época han sobrevivido muy pocos rollos, pero yo tuve el privilegio de examinar uno o dos en Coptos, donde la vida transcurre sin cambios de una generación a otra, sin que la alteren los fervores y las fiebres del norte.

Khaemuast no encontró motivos para sonreír ante aquel lenguaje algo extraño. Le llamó fuertemente la atención el curioso acento de Sisenet, que se había intensificado. Aún no lograba identificarlo. Estaba tan habituado a oírlo en boca de Tsubui que había dejado de reparar en él, pero con Sisenet hablaba poco y ahora el acento resonaba en sus oídos con una agradable cadencia cortesana.

–¿Significa eso que puedes, de verdad, traducir ese... eso? –Señaló con un dedo impaciente el suave papiro amarillento que las serenas manos de Sisenet sostenían abierto. Éste enarcó las cejas.

–Claro que sí, Alteza –dijo–. En un momento más lo tendrás escrito.

El príncipe observó con incredulidad cómo apoyaba la paleta en el manuscrito para que no se enroscara y empezaba a escribir. Su estilo rascaba de un modo audible, sin vacilaciones, el impoluto papel que el escriba había preparado. Khaemuast no podía casi respirar. El miedo y el entusiasmo se habían apoderado de él. Se inclinó hacia

delante, tenso, apretando las manos entre las rodillas, hipnotizado por las columnas de jeroglíficos que iban tomando forma bajo aquella brillante cabeza negra. Pasaron los segundos.

"¿Cómo puede mantenerse tan sereno, tan distante?" se preguntó Khaemuast, con apasionamiento. "Quizá lo que está escribiendo no tenga importancia. Quizá sea un poema de amor, un acontecimiento familiar gozosamente recordado, incluso alguna lista..." Pero entonces recordó la curiosa y familiar cadencia de las frases, y el contacto seco y leve de la mano vendada de la que había descosido el pergamino. Su mente retrocedió al silencio.

Tras un tiempo que pareció muy largo, Sisenet se enderezó, dejó el estilo en la ranura de la paleta y entregó el papiro a Khaemuast, sin decir una palabra. El príncipe no pudo dominar el estremecimiento que sacudió su brazo al cogerlo. El cuarto se estaba caldeando progresivamente, el fugaz frescor de la mañana cedía el paso a un aire inmóvil y sofocante. El rollo ya no oscilaba, pues las corrientes de aire habían cesado.

Sisenet esperaba, con las manos cruzadas sobre el escritorio, a su lado. Khaemuast había empezado a sudar. Consciente de que Sisenet le observaba, se obligó a iniciar la lectura del papiro, maldiciéndose por revelar de aquel modo su agitación. Al principio su mente no recogió lo que la vista le presentaba. Tuvo que volver al comienzo y repasar las líneas otra vez, pero ojo y mente se armonizaron de pronto y el impacto recorrió a Khaemuast como una droga electrizante.

—¡Oh, dioses! He pronunciado estas palabras sin comprenderlas —graznó, lleno de horror y júbilo. Aunque intentó sentir alegría, su horror aumentaba—. ¡Dioses, dioses! ¿Qué he hecho?

—Fue imprudente hacerlo tras notar, como yo he notado, que las palabras tienen la cadencia de un hechizo —observó Sisenet—. Pero en este caso se trata de un error sin importancia. ¿Te sientes mal, Alteza?

Khaemuast vio que empezaba a levantarse y le detuvo con un gesto.

—¡No! Me encuentro bien.

—Seguramente no das crédito a esto, ¿verdad, príncipe? —pronunció Sisenet, con lentitud—. Te pido disculpas, pues al parecer te he dado un susto. El Pergamino de Thot es sólo mito y leyenda. La historia de su existencia, un simple deseo humano de dominar tanto la vida como la muerte. Solamente los dioses tienen ese poder. Esto —añadió, dando un desdeñoso empujón al rollo con una larga uña—, esto es un juego. Alguien fabricó un Pergamino de Thot por pura necesidad, por puro deseo de tener el supremo poder; quizá sólo por angustia. La muerte de un ser amado, el terror al Juicio tras una vida dedicada al mal... —Sisenet se encogió de hombros—. Quién sabe... El Pergamino de Thot no existe. Nunca existió. Y si analizas el asunto por un momento, Alteza, admitirás que, simplemente, no podía existir.

Khaemuast luchaba por dominarse, apretando el papiro entre las manos.

—Soy mago —respondió, con la voz todavía ahogada por el miedo—. Conozco muchos encantamientos de gran poder. Sé que otros magos han buscado este Pergamino durante incontables hentis y han realizado sus búsquedas con la absoluta certeza de su existencia y de su poder para manejar a voluntad a los vivos y a los muertos.

—Y yo te digo, príncipe, que, aunque la magia puede controlar muchas partes de la vida, porque el mago puede obligar a los dioses a hacer lo solicitado, no podemos utilizarla para resucitar a los muertos ni para comunicarnos con pájaros y animales, como supuestamente puede hacerlo el legítimo propietario del Pergamino. Eso, pese a lo ferviente de nuestro deseo. Este rollo tiene gran valor, pero como objeto histórico, no como mito hecho realidad. ¿No crees que si el rollo tuviera algún poder real, la tumba estaría vacía?

Khaemuast apretó los dientes. Sabía que estaba pálido y temblaba, pues lo consumía la sensación de estar durmiendo en su diván, en una siesta sofocante, apresado en una horrible pesadilla. Mientras Sisenet hablaba con aquel enloquecedor acento, imposible de identificar, con la cara llena de preocupación, escepticismo y algo más, que podía ser una leve diversión, él sólo podía recordar la noche en que había pronunciado aquellas palabras extrañas y luego se había precipitado a negar el poder que había sentido brotar a su alrededor.

Se levantó.

—Ven —dijo. Y, sin esperar respuesta, avanzó tambaleándose hacia las puertas, gritando—: ¡Ib! ¡Pide tres literas y ordena que Hori vaya a buscarme inmediatamente detrás de la casa!

Sentía las piernas flojas, pero consiguió caminar. Cruzó la casa y salió al jardín, sintiendo, casi sin oírlos, los pasos sigilosos de Sisenet a su espalda. Aguardaron juntos en silencio hasta que aparecieron las literas y doce portadores. Hori se reunió con ellos, desaliñado y sorprendido. Saludó a Sisenet con bastante cordialidad, pero Khaemuast, pese a su nerviosismo, reconoció en su hermoso rostro las señales de una noche de embriaguez. "Ahora no", pensó, ceñudo. Se introdujo en el interior de una litera y los demás le imitaron.

—¿De qué se trata, padre? —preguntó el muchacho.

Pero Khaemuast no respondió. Impartió secas instrucciones a los portadores para que los llevaran deprisa a la tumba. Luego cerró las cortinas y se dejó caer sobre las almohadas, tratando de calmar el confuso torbellino de urgencia y lucha que sentía. Nunca se le había hecho tan largo el trayecto por la ciudad hasta Saqqara.

No volvió a abrir la litera hasta que los portadores la dejaron en el suelo. Entonces bajó y pisó la arena, que quemaba a través de las sandalias. Sisenet y Hori habían descendido ya y caminaban hacia él, con los ojos entornados por la ferocidad del sol. Khaemuast les dirigió un brusco ademán con la cabeza y descendió apresuradamente los escalones de la tumba. Pero se detuvo a la entrada, donde los dos guardias, aburridos y adormilados, saltaron como un resorte para saludarle. Cruzar aquella entrada, que le inspiraba una resistencia casi física, le exigía un elevado acto de valor.

El húmedo frescor del interior le alivió, como de costumbre, pero el placer del aire quieto contra la piel sólo fue temporal. Sisenet y Hori se detuvieron tras él, intrigados. Khaemuast caminó por el breve pasillo y volvió a detenerse, recorrido por un escalofrío. Las pinturas coloridas e intrincadas, las dos estatuas, las hileras de shawabtis y,

sobretudo, los sarcófagos, parecían exudar una gozosa malevolencia que se precipitaba sobre él. "Tú lo robaste", gritaba la cámara en silencio. "Has pecado, arrogante insensato profanador, y pagarás por eso." Una desesperada ira le impulsó súbitamente hacia delante, hacia el ataúd que contenía al hombre misterioso. Se inclinó sobre la silueta amortajada y hundió su puño en el frágil cadáver. El quebradizo costillar se desmoronó en una lluvia de sofocante polvo y diminutas astillas de hueso, y la momia se estremeció. Khaemuast apartó el brazo.

–Este hombre no es nadie –dijo–. Es alguien completamente insignificante. Probablemente era un sirviente de la casa, un jardinero o el basurero. El rollo fue fijado a su mano para que algún tonto como yo lo leyera y, sin saberlo, les devolviera la vida ¡a ellos!

Señaló con el brazo cubierto de polvo sobre el muro falso que los obreros de Hori habían reconstruido con tanto cuidado. Estaba cubierto de un sudor frío.

–Por eso el manuscrito fue cosido a la mano de un ser insignificante. Por eso los sarcófagos de la cámara interior no tienen tapas. Por eso el túnel. El pendiente, Hori. El pendiente! Una mujer difunta lo perdió cuando salía arrastrándose. ¿Dónde están ahora? ¿Qué han hecho?

Hablaba incoherentemente. Hori se volvió hacia Sisenet.

–¿Qué ocurre aquí? –susurró–. ¿Qué es lo que balbucea mi padre? . Sus palabras llegaron sin dificultad a Khaemuast en aquel espacio cerrado y le hicieron reír histéricamente.

–Yo lo robé y lo usé –gritó–. Sólo el propietario puede hacer eso legítimamente. ¡Me he condenado!

–Está convencido de que el rollo que vosotros dos encontrasteis es el fabuloso Pergamino de Thot –explicó Sisenet, apresuradamente, al desconcertado muchacho–.

Lo cierto es que ha sido traducido y consiste en dos torpes hechizos para la reanimación y para comprender el lenguaje de todo ser viviente, pero eso no es posible. –Se volvió hacia Khaemuast–. Los muertos vuelven a vivir, si –dijo, razonablemente–, pero no en esta tierra, príncipe. No se sabe de nadie que haya retornado de la tumba. El Pergamino de Thot es una leyenda grandiosa y triste, no puedes creer literalmente en ella.

Como Khaemuast le miraba intensamente, se adelantó.

–Dámelo, Alteza. Me lo llevaré para quemarlo –se ofreció.

Pero el príncipe, recuperado, sacudió violentamente la cabeza.

–No –ladró–. Hoy mismo volveré a ponerlo en su sitio. Vete a casa, Sisenet.

El hombre vaciló y abrió la boca como para decir algo, pero volvió a cerrarla y salió haciendo reverencias. Khaemuast vio cómo su sombra se alargaba a la luz del sol, contra el pasillo de la tumba, se encogió luego a sus pies y desaparecía.

Hori se acercó rápidamente y puso una mano sobre el brazo de su padre.

–No sé si comprendo lo que ha ocurrido aquí –dijo, con preocupación–, pero estás muy afligido, padre. Vamos a casa para que descanses. Luego traeremos el rollo y cerraremos la tumba.

Por una vez, Khaemuast se rindió a la reconfortante presión de su hijo, dejándose llevar fuera. La litera de Sisenet desaparecía ya rumbo al distrito norte de la ciudad.

–Sí, a casa –murmuró el príncipe–. Pero no podré descansar mientras no haya hecho lo que debo. Démonos prisa, Hori. No quiero estar aquí cuando las sombras empiecen a extenderse.

Volvieron a la casa. Mientras Hori le esperaba, Khaemuast fue a su despacho y recogió el manuscrito, evitando reaccionar a su contacto, sin permitir que su mente retrocediera a lo ocurrido. Pidió a Kasa una aguja de cobre y un poco de hilo, y con ellos en la mano volvió al lugar donde su hijo le esperaba con ansiedad.

–Acompáñame –rogó.

Hori asintió con la cabeza y juntos desanduvieron el trayecto en las literas. La impaciencia de Khaemuast se había convertido en algo desesperado e indefenso.

Khaemuast bajó tropezando a la entrada de la tumba y, llamando con un grito a Hori, corrió escaleras abajo para entrar. El cuerpo que él había mutilado yacía tal como lo había dejado, con el pecho abierto y seco.

–Levántale la mano –ordenó, bruscamente.

El joven obedeció y alzó el brazo ligero y tieso de la momia, girándolo para que Khaemuast pudiera efectuar su trabajo.

Con la aguja enhebrada y el rollo torpemente apretado contra los vendajes de hilo, el príncipe empezó a coser. El papiro era resistente y la mano, tan rígida como si rollo y miembro inerte conspiraran para impedirle cumplir su desagradable tarea. "Es demasiado tarde", susurraba la cámara con cruel satisfacción. "Has pecado y estás maldito, maldito, maldito..."

La aguja se movió y Khaemuast lanzó un juramento. Dos grandes gotas de sangre cayeron sobre el dedo muerto que él retenía con fuerza y se expandieron por la sedienta tela. Una manchó el pergamino. El príncipe ya no pudo seguir resistiendo el terror que le atenazaba. Jadeando, dio la última puntada, sacó bruscamente la aguja e hizo una señal a Hori para que dejara el brazo en el mohoso ataúd.

–La tapa –ordenó, ronco–. Llama a los guardias y a los portadores de litera para que ayuden.

Hori parecía haberse contagiado de la urgencia de su padre. Corrió al exterior y no tardó en volver con diez hombres, que entraron con cautela. Khaemuast señaló la tapa, aún apoyada contra la pared. Aunque se resistía a tocarla, se situó entre los sirvientes y su hijo para ayudarles a arrastrar la sólida losa de granito hasta el pedestal. Finalmente, con un gruñido, la montaron en el sarcófago, sobre el que se asentó con un golpe seco y un chirrido.

Khaemuast observó pensativamente el segundo ataúd e hizo una brusca señal con la cabeza.

–Ese también –dijo.

Ahora permaneció a un lado hasta que la tapa cayó en su sitio, dejando caer un diminuto fragmento de piedra, que rodó hacia él hasta quedar junto a su sandalia izquierda. Lo apartó de un puntapié.

—Haz cerrar de inmediato este maldito lugar, Hori —ordenó—. No me importa que los artistas hayan terminado o no. Llena el pozo de la escalera con piedras y escombros y haz poner encima la roca más grande que se pueda hallar. Y que sea ahora, antes de la noche, antes de la noche, ¿me oyes?

Advirtió que su voz se había convertido en un chillido incontrolable y que los sirvientes le miraban con extrañeza. Cerró la boca y, volviéndose de espaldas a lo que durante tantos meses le había llenado de terror y embeleso, se esforzó por salir con lentitud. Hori le siguió.

—Mandaré a buscar en seguida al maestro albañil, padre —dijo—, pero te ruego que pienses en las sensatas palabras de Sisenet. Tiene razón. Ve a casa, duerme y piénsalo.

Khaemuast contempló el rostro desdichado y ojeroso de su hijo. De pronto, se abrazaron estrechamente y Hori escondió el rostro en el cuello de su padre.

—Te quiero, hijo —murmuró Khaemuast, al borde del llanto, en el límite del dominio de sí mismo.

La voz sofocada de Hori replicó:

—Yo también te quiero, oh, padre mío.

Los portadores de literas estaban ocupando sus puestos. El príncipe se dejó caer, exhausto, en aquel refugio de intimidad y se recostó con un suspiro. Se sentía como si le hubieran quitado una gran carga del corazón y del cuerpo. "Después de todo", pensó, "no ha ocurrido nada en las semanas transcurridas desde que pronuncié el supuesto hechizo. Nadie ha muerto, nadie ha sufrido ninguna enfermedad horrible. Ninguna desgracia súbita ha caído sobre la familia. Reaccioné como un campesino estúpido e ignorante."

Sisenet tenía razón y la idea le hizo sonreír. Antes de que le depositaran suavemente ante su puerta dormitaba ya, aliviado.

En los días siguientes, Khaemuast se avergonzó de su estallido ante Hori y Sisenet. Éste se había mostrado sereno y razonable al argumentar que el rollo sólo podía ser un invento. Al repasar cada palabra y cada táctica sugerencia de aquella inquietante tarde, el príncipe se sentía de acuerdo con él.

Durante toda su vida había soñado con hallar algún día el Pergamino de Thot, cuyos dos hechizos le concederían el conocimiento absoluto de todas las cosas vivas, mediante la comprensión de su lenguaje y, más aún, el poder secreto y último sobre la muerte que él tanto ambicionaba. Con eso se convertiría en un dios. Pero ahora comenzaba a reconocer todo aquello como una fantasía, concebida en la infancia y alimentada por su propia codicia y ambición. Era verdad que todos los magos de Egipto creían en la existencia del Pergamino, pero si se hallaba en alguna parte sólo podía ser en un lugar profundo y exótico, donde se encontrarán el tiempo y la eternidad, rodeado de potentes encantamientos y vigilado por el mismo Thot. Y si en algún momento había pertenecido a un ser humano, esa persona debía de haber estado dotada, a su vez, de poderes sobrehumanos. Y no habría sido enterradajamás, con seguridad, en una sencilla sepultura de Saqqara.

Al recobrar parcialmente el equilibrio se dijo que su reacción había sido irracional. Había permitido que su antiguo sueño se mezclara con la superstición, algo opuesto a la magia correcta y positiva. Era el momento de permitir que la luz sin sombras de una realidad cenital penetrara en la oscuridad que se había estado acumulando en su mente.

Pero lo primero que debía hacer era construir un alojamiento para Tsubui. Se dedicó con alivio a la planificación y construcción de un ala nueva en la casa. Dibujó con su arquitecto unas agradables habitaciones amplias y ventiladas, un pasillo privado que brindaba acceso al resto de la casa, para proporcionar silencio e intimidad a aquella mujer que tanto valoraba aquellas cosas, y una pequeña terraza que conducía directamente a un jardín con una fuente. Habría que excavar parte de los terrenos existentes al norte de la casa, retirar las plantas y cambiar de sitio el estanque, pero Khaemuast consideraba que todo se podía hacer con las mínimas molestias para el resto de su familia. Cuando hubo aprobado el proyecto, sólo fue cuestión de dar una orden y de inmediato aparecieron bandas defellahin, que empezaron a excavar los terrenos del norte.

Mientras tanto, Nubnofret se conducía con una fría corrección. En dos ocasiones Khaemuast fue a sus habitaciones por la noche para abrazarla y tranquilizarla, e incluso le hubiera hecho el amor si ella se hubiera ablandado un poco. Pero Nubnofret le rechazó con unos helados modales y le obligó a retirarse.

No hubo más palabras duras, pero la tensión aumentaba entre ellos e invadía la casa entera. Los sirvientes, alegres, se tornaron callados; la rutina, antes llena de cordialidad y vida, se convirtió cada vez más en una formalidad inanimada. Khaemuast lo sabía, pero no le importaba. Día a día, los planos de la vivienda para Tsubui crecían y adquirían forma. Ella estaría en la casa antes de que pasara mucho tiempo.

Penbuy envió un informe desde Coptos. La carta había sido escrita a los dos días de su llegada a la ciudad y en ella explicaba que estaba a punto de iniciar sus investigaciones, pero que le había afectado una súbita enfermedad que retrasaba su actuación. Después de algunos comentarios deshilvanados, relativos al incesante calor, las nubes de moscas gigantes y el agua caliente y cenagosa en la que debía bañarse, concluía asegurando a Khaemuast que su tarea estaría pronto terminada y se declaraba el más honorable y digno de confianza entre los servidores de su amo.

"Y lo eres, querido Penbuy", pensó Khaemuast, apretando el rollo entre las manos, mientras contemplaba las ruinas del jardín del norte, visibles desde su despacho. "Lo eres." La cara de Penbuy pasó ante él, seria, atenta, inteligente, algo remilgada a veces y le invadió una oleada de extraña nostalgia. Habría querido que Penbuy estuviera junto a su codo, desprendiendo aquel vago olor a agua de loto que parecía seguirle a todas partes. Habría querido tener de nuevo su jardín. Habría querido de vuelta a Sheritra, ahora tan digna y distante. Habría querido tenerlo todo otra vez.

## CAPÍTULO 13

Cuando el mensajero de la muerte venga para llevarte,  
que te encuentre preparado.

¡Ay!, no tendrás oportunidad de hablar,  
porque en verdad su terror estará ante ti.

Sheritra olvidó sus anteriores reparos a medida que se habituaba a las extrañas costumbres de la casa. Se sentía feliz, quizá más feliz que nunca. Bakmut seguía sintiéndose intranquila y servía a su ama con una redoblada vigilancia, que conmovía a la princesa. Pero ella cada vez tenía mayor confianza en si misma.

Se acostumbró a no percibir, al despertar, el bullicio de una gran finca, sino el silencio que exigían Sisenet y Tbubui. Desayunaba en su diván, deshecho y desordenado, pensando sobre muchas cosas. Lejos de los constantes reproches de su madre, su cuerpo se relajaba y su mente exploraba caminos más libres, bajo la tutela de Tbubui.

Luego se dirigía a la casa de baños, y cuando estaba allí, de pie, acudía la dueña de la casa, para saludarla y acompañarla otra vez a su cuarto. Al principio Sheritra se sintió incómoda. Exhibir el cuerpo desnudo a la vista de los sirvientes, más apéndices de la casa que personas, era algo muy distinto que hallarse de pie, íntimamente acobardada, ante la mirada experta de Tbubui, que recorría sus pechos diminutos, sus flacas piernas y sus huesudas caderas. Sheritra sabía que podía exigir su intimidad, pero aquel examen le parecía, de un modo perverso, la última prueba de la amistad de ambas. Estaba alerta, con orgullo, a la menor muestra de desdén, disgusto o piedad en los ojos y la actitud de aquella mujer y misericordiosamente, nunca la halló.

Al cabo de un par de días, Sheritra empezó a recibir de buen grado la aparición de Tbubui, fresca y sonriente. La dueña de casa la besaba en la mejilla y conversaba con ella, mientras el agua perfumada caía como una cascada sobre la piel de Sheritra.

–Frota a la princesa con ese aceite –indicaba Tbubui, señalando uno de los frascos de alabastro que se alineaban en el borde de piedra de la pequeña casa de baños–. Contiene un bálsamo, Sheritra, que suaviza y da flexibilidad a la piel. El sol la perjudica mucho.

Otras veces traía un diminuto pote de ungüento para proteger los labios. En varias ocasiones reemplazó a la servidora que lavaba a Sheritra y masajeó a ésta con sus propias manos, frotándole con energía la espalda y las nalgas, y deslizando luego unos movimientos más suaves por la parte interior de los muslos.

–Perdona, Alteza, pero conozco varios ejercicios muy buenos para desarrollar las piernas y fortalecer la columna. Permíteme enseñártelos –se ofrecía–. Y, si me autorizas, me gustaría cambiar tu dieta. Necesitas aumentar peso.

Sheritra no se ofendía en absoluto. Se sometía, intrigada, al aceite, que le abrillantaba suavemente la piel y desaparecía sin rastros, dejándosela de terciopelo bajo sus propios dedos.

Su madre había sugerido con frecuencia tratamientos semejantes, pero ella los había rechazado siempre con rebeldía. Con Tbubui, sin embargo, era diferente. Era un íntimo compañerismo, una diversión, sin superioridad por una parte ni deficiencia por la otra.

–No está bien que ella toque la carne de una princesa –había objetado Bakmut, con cierta acritud.

Pero Sheritra prescindía de su servidora personal. Tbubui tenía tratamientos para todo: una fragante y densa crema de hierbas que engrosaba los cabellos y los hacía brillar, una mezcla pegajosa para fortalecer las uñas o una máscara para impedir el envejecimiento del rostro.

Si todo hubiera consistido sólo en una indolente satisfacción física, Sheritra habría terminado por aburrirse. Pero después del baño, Tbubui (entre consejos sobre ropa y maquillaje, mientras peinaba las guedejas de la princesa, cada vez más exuberantes, o se inclinaba para colorear sus párpados) hablaba sobre cualquier tema que le viniera a la mente. Las conversaciones eran muy variadas, pero lo que más agradaba a Sheritra eran los relatos sobre el pasado de Egipto, sus héroes antiguos, el temor y el ritmo de las vidas transcurridas muchos hentis atrás. Las mañanas volaban. Algunas veces, muy raramente, Tbubui no se presentaba en la casa de baños, a tratarla con sus manos sabedoras y expertas. Y en esas ocasiones, Sheritra, sin darse cuenta, echaba de menos su contacto.

Tbubui desaparecía después durante la mayor parte de la tarde. La princesa (bañada y perfumada, con la cabellera aprisionada en unos broches adornados con flores de oro y esmalte o suelta bajo una diadema de plata, el rostro exquisitamente pintado, irreconocible hasta para ella misma, y el cuerpo cada vez más núbil exhibido por las túnicas blancas, escarlatas o amarillas) corría a encontrarse con Harmin en el jardín o en la fresca del salón. Entonces conversaban, entre bromas provocativas, jugaban a juegos de salón o se miraban, mientras iban vaciando las jarras de vino y horas sofocantes se deslizaban hacia el crepúsculo de cobre, hacia las largas sombras de un atardecer caluroso.

Las veladas se dedicaban a una tranquila cena en familia. El arpista tocaba con suavidad y sobre las mesas se amontonaban las flores perfumadas del jardín, cuyos pétalos pintaban con colores pastel los mosaicos del suelo. Cuando se encendían las lámparas, se sentaban en la leve brisa que entraba por la puerta abierta a la noche, mientras Sisenet les leía algún rollo de su biblioteca, con voz grave y serena. Para Sheritra, aquellos relatos eran a la vez vívidos y adormecedores. Eran como las anécdotas que Tbubui le contaba por la mañana, pero por la noche poseían algo hipnótico que inundaba su mente de nítidas imágenes. Al terminar, bebían un poco más del maravilloso vino y charlaban un rato. Ella les hablaba de su familia, del faraón, de sus opiniones y sus sueños; los otros escuchaban y hacían alguna pregunta, sonreían y asentían con la cabeza. Sólo más adelante descubrió que, pese a las muchas veladas



transcurridas, no sabía casi nada de ellos. Al final, Bakmut y un soldado la acompañaban a su cuarto, donde la desvestían y la lavaban. Tendida en su diván, contemplaba las amigables sombras que lanzaba la lámpara contra el techo y se hundía sin esfuerzo en la inconsciencia. Creía que no desearía jamás volver a casa.

Durante las tres semanas siguientes, su padre fue dos veces a visitarla. Sheritra le observaba y escuchaba como desde una gran distancia. Era obvio que a él le complacía verla satisfecha, observar su cuerpo floreciente y la abrazaba siempre con su habitual afecto. Pero en el contacto de sus brazos había algo ahora que le inspiraba rechazo.

En la segunda visita, cuando su padre se marchó, vio que Tsubui le entregaba un rollo, probablemente algo cogido de la colección de Sisenet. Los dedos de Khaemuast se cerraron alrededor de los de Tsubui y Sheritra sintió un destello de su antiguo desasosiego. Pero cuanto ocurriera fuera de la casa de Sisenet parecía haber perdido importancia. La princesa se encogió de hombros y se hundió en el fatalismo. El capricho de su padre acabaría por consumirse y, en cualquier caso, no era asunto suyo. Pero creyó notarle ojeroso y pálido.

–¿Hay alguna noticia? –preguntó Tsubui.

El sacudió la cabeza.

–Todavía no –respondió.

A continuación, los dos se volvieron para sonreír a Sheritra, como pidiéndole disculpas.

Nubnofret le envió algunas notas afectuosas, pero no la visitaba, para alegría de Sheritra. La presencia de su madre hubiera sido una nota discordante en la apacible armonía de aquella casa. Por otra parte, no la echaba de menos.

Pero existía una nota discordante, que procedía de su propio interior. Tras la segunda visita de Khaemuast, aquella noche, Sheritra decidió dar un breve paseo antes de acostarse. Aún hacía calor y ella se sentía inexplicablemente inquieta. Salió a caminar, seguida por la dócil Bakmut y uno de sus ineludibles guardias, bajo el dosel que formaban las palmeras. Al cabo de un rato se desvió hacia el río. Estaba muy bajo, el agua apenas corría, desgarrada en plata a la luz de la luna nueva. Pasó unos minutos sentada en los peldaños del embarcadero, dejando que la serena oscuridad la relajara, y por fin volvió a la casa.

Dio un rodeo para entrar por la puerta lateral, acompañada por su escolta, casi invisible en la oscuridad. Pero antes de llegar vio a dos siluetas de pie en el pasillo.

Sus voces le llegaban apagadas, pero en la actitud de ambos había algo tan íntimo, tan exclusivo, que la princesa se detuvo. Ahora podía percibir ya las palabras. Eran Tsubui y su hermano.

–Sabes que ya es hora –decía ella, ásperamente–. ¿Por qué vacilas?

–Sí, ya sé que es la hora –replicó Sisenet–, pero me resisto a comenzar. Es algo que no está a nuestra altura. En otros tiempos lo habríamos considerado reprochable.

–Eso fue hace mucho tiempo, cuando éramos inocentes –manifestó Tsubui, con acidez–. Ahora es necesario. Además, ¿qué es para nosotros un vulgar sirviente? ¿Qué val...?

Se interrumpió. Sheritra, molesta por escuchar a escondidas una conversación ajena, se había adelantado. La mujer se volvió rápidamente hacia el ruido de los pasos y la muchacha vio su cara contraída y colérica. Luego su expresión se ablandó.

–Princesa –exclamó.

Sisenet le hizo una reverencia y desapareció.

–Quise pasear un poco antes de acostarme –explicó Sheritra–. La noche es muy bella y, además, he comido demasiado en la cena.

Tsubui le devolvió la sonrisa y le dejó paso.

–Que duermas bien, princesa –dijo, amablemente.

La muchacha la saludó con la cabeza y pasó junto a ella.

Cuando llegó a su alcoba, le inspiró un oscuro alivio saber que su guardia ocupaba su puesto junto a la puerta, firmemente cerrada por Bakmut. Se sometió a los cuidados de su sirvienta y se deslizó entre las sábanas, abstraída. No le preocupaban tanto las palabras que había oído sino las emociones que expresaban: fiereza en Tsubui, frialdad en Sisenet. Había percibido alrededor de ellos un clima turbulento, completamente ajeno al humor que reinaba habitualmente en la casa. "¿De qué diantre hablaban?", se preguntó. "¿Quién es el vulgar sirviente?" Ella también había caído rápidamente en la costumbre de dar secamente las órdenes al personal sin siquiera mirarles, hasta el punto de que parecían formar parte del mobiliario. Las voces de los sirvientes que había llevado consigo le eran doblemente gratas en comparación con la ausencia absoluta de respuesta que hallaba siempre en los criados de Sisenet. Se incorporó, siguiendo un impulso.

–Bakmut, tráeme mi horóscopo para Phamenoth –ordenó.

La muchacha abandonó su esterilla y se aproximó a uno de los arcones alineados contra la pared. "Ni siquiera le he echado un vistazo", pensó Sheritra. "Papá me dijo que no era bueno, pero no importa, porque pronto llegará Pharmuti." Sin embargo, tomó el papiro de manos de Bakmut y lo desenrolló con temor. Tal como Khaemuast había dicho, era uniformemente desfavorable. "Hoy no te levantes del diván... Esta noche no comas carne... Pasa la tarde orando y no duermas si quieres evitar la ira de los dioses... Recuerda que el Nilo es tu refugio... Aléjate del amor como de la enfermedad..."

Sheritra dejó enroscarse el papiro y se lo arrojó a la criada.

–Guárdalo –dijo, volviendo a acostarse.

"¿Cómo puede ser el Nilo mi refugio", se preguntó. "¿Por qué debo alejarme del amor? ¿Del amor de quién? ¿De mi padre, de Tsubui, de Harmin?" Se quedó dormida con aquellas preguntas, aún sintiendo el escozor de intranquilidad que le había provocado la conversación entre Sisenet y Tsubui. Por primera vez no pudo descansar sin

interrupciones. Se despertó varias veces, con la sensación de haber oído algo, pero en cada ocasión la casa permanecía hundida en su paz sin fondo.

A la mañana siguiente, Tbusui entró en la alcoba para preguntarle si estaba enferma, pues el sol ya estaba alto y la hora del desayuno había pasado hacia mucho. Se mostró tan atenta y afectuosa como de costumbre. Sheritra, ceñuda, no hizo caso del dolor de cabeza que le acechaba tras los ojos y se dirigió desde el diván a la casa de baños casi arrastrándose.

—¿Velaste anoche hasta tarde, Alteza? —preguntó Tbusui. Estaba arrodillada a sus pies y le masajeaba las pantorrillas con aceite—. No pareces descansada. Por el contrario, tienes mal semblante y tus músculos están contraídos.

Sheritra no respondió. Había entornado los ojos y se sentía sobrenaturalmente alerta a todas las sensaciones: el sordo palpar de su cabeza, el pelo mojado que se adhería a sus omóplatos, el tintineo del agua corriendo por el suelo inclinado y, sobre todo, el contacto firme e inflamatorio de los dedos de Tbusui sobre su carne. "Un poco más arriba, Tbusui", pensó, perezosamente. "Acariciame los muslos con esos dedos largos y atrevidos." Como si la mujer la hubiera oído, los suaves movimientos fueron ascendiendo y los pensamientos turbados y su confusión se esfumaron en sensaciones.

El resto de la mañana transcurrió sin novedades. Ella y Tbusui holgazanearon en la alcoba, conversando de naderías, pero percibía tras las palabras de la mujer una ausencia, como si pensara en otra cosa y lo disimulara bien. En cuanto terminó el almuerzo, se disculpó y desapareció en sus habitaciones.

Después de la siesta, Harmin, Sheritra, Bakmut y un guardia cruzaron el palmeral y se dirigieron a un sitio invisible desde la casa. El guardia se apostó junto al sendero, fuera de la vista. Bakmut desenrolló la esterilla, dispuso unos tableros y unos juegos, y se retiró cerca, desde donde pudiera oír cualquier llamada de su ama.

Sheritra se puso cómoda. Sus sentidos continuaban enviándole mensajes con exquisita claridad. Cada gota de sudor en aquella tarde llameante, el susurro seco de las palmeras, el crujido de las hojas muertas bajo la esterilla. Una ramita le apretaba la nalga. Harmin se inclinó hacia ella para acercarse al tablero y su perfume le produjo un vahído. El muchacho se había recogido el pelo con una cinta blanca, que cruzaba su hombro desnudo. El contraste entre la negrura tan intensa del cabello y la deslumbrante blancura de la cinta hizo que Sheritra se sintiera mal por un instante. Él la miró de soslayo, con los ojos sonrientes.

—¿A qué te gustaría jugar hoy, princesa? —preguntó—. ¿O prefieres recostarte y dormir, dejando pasar las horas?

Ella observó con extrañeza los movimientos de su hermosa boca y las contracciones de su cuello al hablar.

—Quiero besarte —dijo.

Él rió entre dientes y señaló a Bakmut con un dedo enjoyado.

—¿A perros y chacales, princesa? ¿A los dados? ¿Te encuentras bien, Sheritra?

—Sí. No. Me siento un poco rara, Harmin. Juguemos al .sennet.

Él vaciló, pero puso el tablero entre las rodillas de los dos y sacó de una caja los carreteles y los conos.

—Muy bien. ¿Quieres ser carretel, Alteza?

—No, cono. —Colocaron las piezas entre los dos y empezaron a tirar los palillos para ver a quién le tocaba comenzar—. Hoy tu madre parecía preocupada —comentó ella—. Espero que no haya problemas familiares, Harmin. ¿No será hora de que yo vuelva a casa?

No lo preguntaba seriamente y él se echó a reír.

—Mira, has sacado uno —dijo—. Tira otra vez y empieza. Te aseguro que no hay ningún problema familiar.

Paede que mamá esté afectada por este calor.

—¡Pero si le encanta el calor! —objetó la muchacha—. ¡Oh, Harmin, cinco, cinco y cuatro! Tienes mucha suerte.

No, supongo que es sólo mi imaginación. Es el calor. Necesito nadar. Lástima que no tengáis un estanque grande, porque el Nilo no me atrae en esta época del año. Disculpa. —Se inclinó para adelantar una de las piezas de Harmin—. No contaste bien.

—No quería caer en la casa de la red —dijo él, con voz densa.

Sheritra alzó la vista, sorprendida por el tono de su voz. Harmin tragó saliva y miraba con fijeza el tablero, donde el dios-pescador había extendido su red.

—Trae mala suerte —agregó él.

—¡Peor suerte trae hacer trampas! —bromeó ella.

Pero el joven no contestó. La princesa tiró otra vez, cuatro ases y un dos. Adivinó que él estaba orando al dios de la casa en la cual quería caer, con tal intensidad que la enmudeció. Él recogió los palillos y volvió a tirar, otra vez un as y un dos.

—Puedes mover esta pieza dos casillas —señaló ella—, pero ésta debe ir a la casa de los instrumentos de pesca.

Harmin se pasó un dedo por el labio superior, sudaba levemente.

—No —dijo en voz baja—. Prefiero que te adelantes, Sheritra. No quiero pasar de una casa de mala suerte a otra.

—Como quieras, pero así me sitúas bien en la casa bella y sólo me faltará saltar el agua.

Él no respondió. Cambió con destreza su pieza por la de ella y continuaron la partida. Ahora, el joven respondía a todas las bromas con gruñidos o con silencio. Estaba tenso. Cuando Sheritra, con un puro golpe de suerte, obtuvo un número que le permitía arrojarle a la casa del agua, Harmin dejó escapar un grito atormentado. Ella se detuvo con la mano levantada, sosteniendo la pieza. El joven se la sujetó, con unos dedos fríos y pegajosos de sudor.

—Al agua no —rogó, con voz ronda—, allí hace frío y está oscuro. No hay esperanza. Por favor, Sheritra...

–Pero si es sólo un juego, Harmin –exclamó ella, con amabilidad–. Hoy no jugamos con hechizos, sino sólo para divertirnos. Si no te tiro al agua, puedo perder.

Él se las compuso para esbozar una débil sonrisa.

–Y eres muy mala perdedora. Te doy el triunfo, princesa, pero no me pongas ahí.

Ella se encogió de hombros, de intriguada y fastidiada.

–¡Oh, muy bien! Guárdalo todo y jugaremos a los dados. ¿Qué podemos apostar?

Poco después se levantaron de la esterilla. Sheritra había ganado la partida de dados y Harmin le propuso llevarla al río después de cenar. Se separaron para dormir un rato durante aquellas horas, las más calurosas del día. Sheritra se tendió en su diván, preguntándose por qué Harmin se habría tomado el juego tan en serio. Habían jugado muchas veces al sennel, como todo el mundo, y era la primera vez que le veía alterado.

Aquel día la casa no parecía tan silenciosa. Estaba llena de susurros y rumores, como si de pronto la hubiera invadido un ejército de ratones. Aunque estaba físicamente exhausta por la mala noche pasada y emocionalmente agotada por el deseo que sentía de Harmin, alimentado y nunca satisfecho, no pudo dormir.

Despertó a Bakmut para que pidiera agua fresca y le refrescase la piel. Pero la criada, que la había lavado y masajeadado durante años, resultaba ahora torpe e inexperta en comparación con Tsubui. Sheritra acabó por decirle que volviera a su esterilla. "Esta noche beberé mucho vino", se dijo, mohína, "y traeré al arpista a mi alcoba y danzaré sola. ¿Cómo estará Hori? ¿Por qué no habrá venido a verme? Mañana le enviaré un mensaje".

Por la tarde, bajo el rojo atardecer, se dirigió al río con Harmin y flotaron en la barca a la deriva durante varios kilómetros. Desde la barandilla de la barcaza, observaron placenteramente los suburbios, que daban rápidamente paso a los sembrados maduros y a los rosados espejos de las acequias bordeadas de palmeras. Cuando las antorchas empezaron a abrirse en los embarcaderos de las fincas ribereñas, cuando la vegetación se tomó borrosa, Harmin dio orden de regresar y entró con Sheritra en la pequeña cabina. Bakmut se sentó fuera, rozando con la espalda las pesadas cortinas, que no estaban corridas. Sheritra y Harmin se tendieron en silencio sobre los almohadones, en la penumbra de la noche inminente, para abrazarse, hambrientas sus bocas, caliente su respiración, vagando sus manos en un tormento de deseo.

–¡Oh, Harmin! –murmuró Sheritra–, no sabía que se podía ser tan feliz. ¡Cuánto desdeñaba el amor! ¡Qué equivocada estaba al compadecer a quienes lo habían hallado y negarme a reconocer que yo también me moría por amar!

Él apoyó un dedo sobre sus labios.

–¡Chist! –susurró–. No mires hacia atrás, queridísima hermana. Esa Sheritra ya no existe. Te amo. El futuro estará lleno de noches como ésta.

–No, como ésta no –dijo ella, forcejeando para levantarse y echándose la cabellera hacia atrás–, porque esto es un tormento. Tenerte y no tenerte...

Su voz se apagó. Fue una suerte que la penumbra ocultara su súbita timidez.

–Me tendrás muy pronto –replicó él–. Vamos a casarnos, Sheritra. ¿Lo dudas?

–No –respondió ella, en voz muy baja para que Bakmut no pudiera oírla–.

Pero ¿cuándo, Harmin? Soy princesa y a nosotras, las princesas, esas cosas nos llevan tiempo.

Él guardó silencio y Sheritra comprendió que reflexionaba. Transcurrieron unos segundos y empezó a sentir frío y a estremecerse de horror. "Está dando forma a la respuesta", se dijo, desdichada. "Está eligiendo la mejor."

Pero sus palabras la cogieron por sorpresa.

–Ya sé que lleva tiempo –asintió él–. Si fuera sólo cuestión de protocolo real, le sacaré la lengua a todo y huiría contigo.

Ella sonrió en la oscuridad, aliviada.

–Pero hay algo más –prosiguió Harmin–. ¿No sabes, Sheritra, que tu padre piensa casarse con mi madre?

La impresión la dejó muda y, sin embargo, en el fondo de su ser había una sorda comprensión de lo inevitable de aquel hecho. Su padre estaba completamente embelesado con Tsubui, era obvio. Sheritra le había visto y le había estudiado mucho, pero se negaba a tener en cuenta el resultado natural de aquella obsesión. "Se lo advertí hace muchas semanas", pensó. "Tsubui es peligrosa para los hombres, yo lo presiento. Pero él tiene derecho a tantas esposas como desee y esta boda le hará feliz. ¡Oh, Hori, mi querido, mi querido Hori! ¿Qué va a pasar contigo? ¿Y con mamá?"

No obstante, la idea la exaltaba, sin que supiera por qué. Parecía añadir leña al fuego del deseo físico que le inspiraba Harmin. Las ansias que sentía por su cuerpo eran como náuseas.

–No –dijo, sin aliento–, no tenía ni idea. ¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

–Estaba revisando algunos rollos en el escritorio de mi tío, buscando el relato que él nos había leído la noche anterior –explicó Harmin– y desenrollé por error el contrato matrimonial que estaba entre ellos. Tu padre ya lo ha sellado y mi madre también.

–¿Has hablado de eso con ella? –"Me pregunto si papá habrá hablado con mamá y con Hori. Y, si es así, por qué no me lo ha dicho también a mí."

–No. Supongo que me lo dirá a su debido tiempo. Lo siento, Sheritra. Imaginé que si las cosas habían llegado al punto de firmar el contrato, todos vosotros debíais de saberlo. Esperaba que tú lo mencionaras, pero no decías nada.

Durante un ciego momento, Sheritra se estremeció de cólera. Ella y Harmin sólo podrían ser amigos mientras Tsubui no estuviera instalada en las habitaciones que Khaemuast construiría, sin duda, para ella, mientras no se resolvieran los asuntos legales referidos a la boda. "El ha puesto en peligro mi felicidad, la felicidad por la que siempre

pareció preocuparse tanto", gritó para sus adentros. "¡Maldito seas, papá, tú y tu estúpido enamoramiento! ¿No podías dormir con ella hasta que se apagara el fuego de tu cuerpo?"

La intensidad de sus emociones la horrorizó. Debió de emitir alguna exclamación, pues Harmin encendió la lámpara y de inmediato la cabina se llenó de un suave resplandor amarillento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, con brusquedad—. Has palidecido, Alteza.

La joven tragó saliva.

—Nuestros planes tendrán que esperar —logró decir—. Estoy molesta por ello, Harmim, eso es todo. Papá no está haciendo nada malo.

Un marinero lanzó un cortés aviso y Harmin salió, haciéndola salir con él.

—Hemos llegado a casa. Lamento haberte dado una sorpresa tan desagradable. Perdóname y no digas nada a tu familia, te lo ruego. He cometido un grave error.

"No, no es cierto", pensó ella, sombríamente, adelantándose. "Ahora mi hogar es éste, a tu lado. Me casaré contigo, viviremos aquí y jamás volveré a las habitaciones de mi casa. Ansió hablar con Hori. ¡Oh! ¿por qué no ha venido?"

Aquella noche tampoco durmió bien. Soñó con la casa del agua, imaginándola como un vasto lago oscuro, en cuya orilla estaba ella. Había anochecido y un temible cielo incoloro se unía a la inmóvil superficie del agua, nublándola. Había algo que se movía allá, apenas por debajo de la superficie, y ella no quería mirar pero tampoco podía huir. Las formas se iban aproximando, como atraídas por ella. Despertó al alba, con el corazón palpitando y los miembros doloridos, y permaneció algunos minutos tendida, aliviada al oír el coro matinal de los pájaros en las palmeras. Luego se volvió a dormir y no recobró la conciencia hasta que Bakmut le colocó la bandeja del desayuno en el regazo.

Cuando Tbubui, vibrante y encantadora como siempre, entró en la casa de baños y se acercó a ella hundiendo los pies descalzos en el agua que caía del cuerpo de Sheritra, experimentó un inexpresable alivio.

—Anoche tuve un sueño horrible —barbotó la joven.

Tbubui sonrió.

—Quizá la princesa comió platos pesados demasiado tarde —sugirió, bondadosamente—. Lo lamento. —Su mirada crítica inspeccionó la desnudez de Sheritra—. Estás tensa desde el cuello a las rodillas —amonestó—. Ven a mi cuarto y te daré un masaje completo.

Tomó un alto frasco de alabastro y salió. Sheritra fue tras ella, estrujándose el cabello con Bakmut trotando atrás. No había ningún guardia apostado ante la puerta de Tbubui. Al cruzar el dintel, Sheritra se preguntó fugazmente si debería llamar al que custodiaba sus propias habitaciones, pero se encogió mentalmente de hombros y desechó la idea. Allí no había peligro alguno, la casa era tan compacta que bastaría un grito para que acudiera un soldado corriendo.

Bakmut entró también en el cuarto, siguiéndola. Cerró la puerta y se sentó en cuclillas a un lado. Tbubui entonces señaló el diván.

—Éste es el óleo con el que me gusta que me den masaje cuando estoy en tensión —comentó, quitando la tapa al recipiente de alabastro. Sheritra se tumbó boca abajo, dando un suspiro—. Te sentirás mejor inmediatamente, Alteza.

A pesar de que miraba hacia el lado opuesto, la princesa percibió la desaprobación de Bakmut.

—Gracias, Tbubui —dijo—. Pero el masaje es un trabajo pesado, ¿no prefieres que lo haga mi criada personal?

—Tonterías, princesa —repuso Tbubui, enérgicamente—. Tendría que estar junto a ella para indicarle exactamente lo que ha de hacer, y eso sería muy aburrido. Ahora, cierra los ojos y baja un poco los codos, para que se relajen tus hombros.

Sheritra hizo lo que se le indicaba. El cuarto olía aún a sueño, y a ello se mezcló el súbito aroma del aceite vertido sobre su espalda. También notó el vago olor de la lámpara apagada. Las manos de Tbubui giraron en unos amplios círculos por su piel, y luego empezaron a moverse con firmeza por la espalda y los hombros, a un ritmo relajante.

—Has impregnado el óleo con tu propio perfume —comentó Sheritra, relajándose ya en el diván—. Huele muy bien.

De verdad olía bien. La mirra era pesada y empalagosa, aunque por debajo de ella se percibía aquel aroma leve pero penetrante, que ni ella ni Khaemuast habían podido identificar. La pesadilla se desvanecía ahora, a medida que las sabias manos de Tbubui iban induciendo en ella una placentera languidez. Durante un rato, la mujer se concentró en la espalda, los hombros y la parte superior de los brazos. Luego pasó a las nalgas y los muslos, subiendo y bajando por las colinas pequeñas y firmes con unos movimientos lentos e hipnóticos, y la piel de Sheritra empezó a brillar. Sus muslos se abrieron al acercarse Tbubui cada vez más a la hendidura oculta entre sus piernas y gimió levemente, sin darse cuenta.

—¿Te hago daño, princesa? —preguntó la mujer.

—No —susurró Sheritra, con los ojos siempre cerrados. En los pechos y el vientre le cosquilleaba un calor delicioso.

—Es maravilloso, ¿verdad?, sentirse tan relajada y estimulada al mismo tiempo —comentó Tbubui, con voz sensual—. ¿Disfrutas, Alteza?

Pero Sheritra no podía responder. Se agarró a las sábanas, con la boca entreabierta, esperando y deseando que su anfitriona tocara, por fin, el sitio prohibido.

Las manos de Tsubui la abandonaron un momento y luego volvieron de inmediato, en un contacto algo más recio y más insistente. Sheritra volvió a gemir. De pronto, los dedos se deslizaron entre la sábana y los pechos de Sheritra para sobar, estrujar y frotar sus pezones endurecidos. La muchacha, sobresaltada, abrió los ojos y se volvió un poco.

Harmin estaba inclinado sobre ella, desnudo. Le miró atónita y adormilada, y él la sujetó por el hombro y la cadera para ponerla de espaldas.

–Tu madre... –comenzó ella.

Pero el joven se tendió a su lado y le cerró la boca con sus labios.

–Yo puedo proporcionarte un tratamiento mejor –susurró–. Y no te preocupes por Bakmut, dormiré una hora más.

–¿La has drogado? –siseó Sheritra–. Pero Harmin...

Él le cubrió la boca con una mano y aquel gesto la excitó.

–Yo deseo esto y tú también. No te preocupes por tu criada. Despertará sin saber que se ha quedado dormida y sin haber sufrido daño.

"Debería preocuparme", se dijo Sheritra, vagamente. "Debería levantarme y huir." Pero su mano encontró el vientre de Harmin y empezó a descender por él como si tuviera voluntad propia. Él emitió un gemido ronco y sepultó la cara en su cuello.

Sheritra no volvió a ver a Harmin durante el resto del día. "Aléjate del amor como de la enfermedad", decía su horóscopo. No obstante, ella se había entregado voluntariamente, casi locamente, al joven que ahora poseía su corazón. Y ansiaba ya la llegada de la noche, momento en que él acudiría sin duda y volverían a hacer el amor. Evitó encontrarse con la familia y permaneció en el diván, con las manos detrás de la nuca, pensando en lo que había hecho. Su cuerpo respondía aún a los movimientos de Harmin, a medida que su mente reproducía el gozoso forcejeo.

No mucho después de que él la besara y se fuera se había apoderado de ella otra vez un profundo deseo de él. Pero tras aquel deseo estaban los preceptos morales con los que la habían criado. Una princesa no puede arriesgarse a tener un hijo de un plebeyo. Una princesa no puede otorgar ni siquiera la sospecha de divinidad a un plebeyo sin permiso. "Y una princesa", pensaba, con una punzada de preocupación, "puede ser severamente castigada por entregar su virtud sin más. Pero esto no es como haber tenido una aventura con un marinero tras un puesto de la feria", se decía. "Harmin y yo estamos prácticamente comprometidos y él es hijo de nobles. Ya no puedo retroceder ni ocultarme. Si quiero disfrutar otra vez de su cuerpo debo confiarme a Bakmut. Pero papá lo sabrá todo en cuestión de días".

"Tsubui ha preparado mi entrega, es evidente. Y eso es lo que más me espanta. ¿Acaso no es tan moralista como dice? ¿O me considera ya comprometida con su hijo? Tal vez busca mi apoyo en sus tratos con papá, un apoyo que ahora se parecerá mucho a la coacción."

Aborrecía lo que Tsubui había hecho. Intentaba apartar de su mente la imagen de madre e hijo planeando tranquilamente su caída, mientras bebían una taza de vino en el jardín, como si ella fuera una mercancía, algo sin voluntad. "Bueno, ¿y qué voluntad he demostrado tener?", se preguntó, irónicamente. "Le querías desesperadamente y sabías que, cuanto más tiempo pasaras aquí, más inevitable sería tu caída. Participaste en el plan, por tu silenciosa aquiescencia, y no puedes culpar a nadie más que a ti.

Tendré que ser valiente", pensó. "Ahora papá no tendrá más alternativa que anunciar nuestro compromiso. ¡Pobre papá! ¿Se afligirá mucho?"

–¡Bakmut! –llamó. La criada se levantó del suelo, donde estaba brillando las alhajas, y se acercó al diván–. ¿Eres tú quien envía a mi padre los informes sobre mi conducta?

Bakmut enarcó las cejas.

–No, Alteza, no soy yo –respondió con firmeza.

–Entonces, ¿quién será? –se preguntó Sheritra, pensativa–. ¿Lo sabes tú?

–No estoy segura, pero me imagino que el escriba. Se pasea por ahí sin mucho que hacer –observó la muchacha, con acritud–. Cuanto antes volvamos a casa del príncipe, antes podrán ganarse su salario los miembros de tu cortejo, todo el día ociosos.

Sheritra descruzó los dedos y se incorporó.

–Somos amigas, ¿verdad, Bakmut? –empezó. La criada le hizo una reverencia–. Estás conmigo desde los tiempos en que tú y yo arrastrábamos los juguetes por la habitación infantil y siempre me has comprendido. No serías capaz de traicionarme, ¿verdad?

Bakmut la miró francamente a los ojos.

–Estoy a tu servicio exclusivo –dijo– y a nadie debo rendir cuentas sino a ti, princesa. Por supuesto que no sería capaz de traicionarte. Pero junto a mi lealtad existe el derecho de decirte, sin disimulos, lo que opino.

Sheritra se echó a reír.

–¡Es lo que siempre has hecho! –replicó. Luego se puso seria–. Nunca he tenido muchas amigas –prosiguió–. Aunque seas una simple criada, eres lo más parecido a una amiga que tengo en la vida. ¿Qué opinas de Harmin?

Bakmut frunció los labios.

–Sé que la princesa se interesa por él. Por lo tanto, ha de ser hombre de gran valía –respondió.

–Pero no te gusta.

–No me corresponde juzgar a mis superiores, Alteza.

–No, en efecto –reconoció Sheritra, con impaciencia–. Pero como yo misma te lo he pedido, puedes responder sin miedo.

–Muy bien –dijo Bakmut, serena–. No me gusta, Alteza. Es muy hermoso, como tu hermano, pero carece del corazón generoso que tiene el príncipe Hori. Percibo cierta perversidad en él y creo que su madre es una mujer astuta, de pocos escrúpulos, aunque ahora la consideres amiga tuya.

–Gracias por tu sinceridad, Bakmut –comentó Sheritra–. Ahora te ordeno que permitas a Harmin entrar en esta habitación a cualquier hora que desee. Y cuando venga, debes dejarnos a solas.

El rostro de Bakmut registró una visible desaprobación.

–Tus intereses están grabados en mi corazón, Alteza, y esto no está bien, no está nada bien –exclamó–. Eres una princesa real y...

–Todo eso ya lo sé –interrumpió Sheritra–. No te estoy preguntando, sino dando una orden explícita, para que en el futuro no te hagan responsable de mi conducta. ¿Queda entendido?

–Desde luego. –Bakmut le hizo una rígida reverencia.

–Además, no debes decir nada de estas órdenes a los otros miembros de mi personal. No debes mentir si se te pregunta, pero tampoco chismorrear.

–Yo no chismorro, Alteza. ¿Cuándo he tenido tiempo para eso? Tu madre, la princesa Nubnofret, nos adiestró demasiado bien como para que lo hagamos. Y en cuanto a que cotilleen los sirvientes de esta casa... –Rió ásperamente–. Son como muertos que andan. Los desprecio.

–Bien. Nos entendemos, entonces.

–Hay algo más que me gustaría decir –expresó Bakmut, con terquedad–. Muchos de los cambios que esta casa ha obrado en ti, querida princesa, son maravillosos. Has perdido la torpeza y la timidez que solían afectarte y la amargura que tantas veces me mostrabas. Floreces como un capullo del desierto, pero en ese florecer hay cierto endurecimiento. Te suplico que me perdones, Alteza.

–Te perdono –replicó Sheritra, sin alterarse–. Vuelve a tu trabajo, Bakmut.

La criada regresó a su sitio y recogió el trapo. Sheritra se levantó para vagar por la habitación, tocando con aire distraído las paredes, los innumerables potes de cosmética que yacían en el tocador y la tapa de su altar portátil a Thot. No había modo de retroceder y lo sabía. Pensó en la muchacha que había sido con una especie de horror divertido y, sin embargo, Bakmut tenía razón. Por debajo de los cambios que estaba experimentando había una temeridad que amenazaba con convertir su flamante confianza en una grosera bravata. "Bueno, me merezco esta locura, esta temeridad", pensó, con rebeldía. "He sido prisionera de mi yo infantil demasiado tiempo. Quiero explorar estos nuevos límites, estas nuevas emociones, aunque al hacerlo me vea arrastrada más allá del poste blanco de la meta, como el carruaje que va impulsado por caballos rebeldes, y tenga que girar hacia atrás."

Consumió un almuerzo frugal, siempre en su cuarto, pero a la hora de la cena reunió coraje para salir y sentarse pudorosamente ante su diminuta mesa. Sisenet, como siempre, se mostró cortés pero poco comunicativo y Harmin, para gran alivio suyo, la trató con su suave deferencia habitual unida con una provocativa calidez. Sólo Ttubui le causó cierto nerviosismo. Estaba desacostumbradamente animada. Sus manos seductoras y hábiles volaban y se ondulaban por encima de la comida, entre las guirnaldas de flores, al compás de los arpegios del arpista o para dar énfasis a algún argumento. Sin embargo, Sheritra sentía que su mirada lo media y lo calculaba todo. Cuando sus ojos se encontraron, leyó en los de ella una insultante complicidad.

Aquella noche Harmin fue a su cuarto, como ella esperaba y temía, llevándole unas flores cubiertas de rocío para acariciarle la cara y un sencillo amuleto de oro para el cuello. Bakmut los dejó solos, obedientemente. Cuando llegó, Sheritra dejó que su túnica se deslizara hasta el suelo y se levantó para salir a su encuentro. Hicieron el

amor lenta y tiernamente. La pasión de Harmin era una brasa que ardía lentamente, se inflamaba y moría, y se inflamaba y moría otra vez, durante horas. Durante algunos días ella esperó, temerosa, recibir noticias de su padre, algún grito de indignación que le exigiera volver inmediatamente al hogar, pero no fue así. Tal vez el escriba, el espía, ignoraba lo que ocurría entre ella y Harmin, tal vez se sentía a gusto allí, donde tenía poco que hacer, y mentía a su amo. "Pero quizá", pensó Sheritra, entristecida, "papá está tan dedicado a sus propios asuntos que ya no le importa lo que sea de mí". La idea le produjo un arrebato de enfado contradictorio. "Iré a casa para averiguar por qué guarda silencio", juró. "Buscaré a Hori y le reñiré por no acordarse de mí." Pero el hechizo de atemporalidad que la casa de Sisenet arrojaba sobre sus habitantes la empapaba a ella también, haciendo que retrasara sus decisiones, sin conciencia de los días que pasaban.

Harmin comenzó a invitarla a cazar con él por el desierto, en la frescura del atardecer. Llevaba con él un guardia, un mensajero y el perro de caza que permanecía encadenado en el recinto de los sirvientes. A veces iba caminando, pero con más frecuencia uncía un caballo a su carruaje y tomaba una de las vagas sendas que se dirigían hacia las dunas.

Sheritra pensó primero rechazar su deseo, pues viajar de pie en un carruaje podía ser peligroso y los caballos nunca le habían gustado. Además, al faraón no le alegraría que una nieta suya se hiriera o incluso muriera por una tonta temeridad.

Pero Sheritra era como un adicto a una sola droga: la presencia de Harmin. Y le acompañó, de pie en el vehículo, que se tambaleaba entre él y el guardia, mientras el caballo forcejeaba para arrastrarlos por la arena cegadora y el perro amarillo corría junto a ellos, con la lengua fuera.

Harmin no perdía la esperanza de divisar y derribar un león. Volvía con frecuencia a casa con las manos vacías, pero en varias ocasiones logró hacer una presa. Una vez fue una gacela, que brincaba desde un picacho de rocas

e intentó huir sacudiendo sus finas y elegantes patas. Harmin corrió tras ella, con la espada en alto, levantando nubes de arena con los talones al correr. La derribó antes de que Sheritra hubiera recobrado el aliento y se irguió junto al contorsionado cadáver, triunfalmente.

El lascivo goce que parecía sentir con su afición era a la vez repulsivo e hipnótico. Mostraba un aspecto de él que ella no había sospechado y le costaba reconciliar al civilizado joven de buenos modales, capaz de leer con tanta facilidad sus pensamientos más íntimos, con aquel Harmin que aullaba obscenidades al escapársele la presa o gritaba su salvaje victoria al derribar a un animal, atravesándole el flanco con la espada.

Por la noche, cuando había matado una presa, hacía el amor con fuerza, con una pasión algo brutal, como si ella también fuera una presa a la que acechar, vencer y alcanzar. Pero su propia respuesta le parecía aún más extraña. Algo primitivo en su interior respondía a aquel leve salvajismo con igual abandono. Por eso contemplaba con asombro sus días de virginidad, aún tan cercanos. "¿Sabe mi madre las cosas que yo sé?", se preguntaba. "¿Exige mi padre de ella los actos que Harmin exige de mí? Y si él los desea, ¿responde ella?" Pero al pensar en su padre sentía vergüenza y desechara sus pensamientos de inmediato.

Una tarde se había citado con Harmin más allá del recinto de los sirvientes y del muro que separaba la pequeña finca del desierto. Se había retrasado por dictar una carta más a Hori, aunque no la merecía, y decidió atajar el camino pasando por el portón trasero a través de la zona de los sirvientes. El amplio patio estaba desierto. Los gorriones brincaban por la tierra dura y picoteaban los restos de comida de la casa que se llevaban a la pared opuesta, para arrojarlos luego al desierto. Ella y su guardia cruzaron rápidamente el portón y Sheritra pasó mientras él lo retenía abierto.

Observó los montículos de desperdicios que se acumulaban a cada lado del sendero y en los que no había reparado nunca. No permanecían allí mucho tiempo. El calor purificador del sol consumía pronto los olores, y los chacales y los perros del desierto se llevaban todo lo comestible. Pero descubrió un extraño destello en la arena y se detuvo a mirarlo mejor. La luz se reflejaba en un estuche de estilos roto. Sheritra lo recogió. El borde, mellado, se había enredado en un trozo de tela tosca, que se desenrolló al tirar ella, dejando caer a sus pies muchos trozos de vasija rota. Pero algo más permanecía oculto entre los pliegues. Con una mueca de disgusto, sacudió el lienzo y lo dejó caer sobre los desperdicios.

Era una estatuilla de cera, de hechura tosca, pero con cierto vigor primitivo en los hombros cuadrados y el grueso cuello. Se habían quebrado los dos brazos y le faltaba un pie, pero la princesa advirtió, con inquietud, que la cabeza había sido perforada varias veces. Sentía bajo el pulgar los diminutos agujeros, llenos de arena. También la zona del corazón estaba sembrada de perforaciones. En la blanda cera de abejas se veían unos bastos jeroglíficos que miró con más atención, intentando descifrarlos, pues su inquietud aumentaba poco a poco convirtiéndose en una punzada de miedo. Por ser hija de un mago, sabía bien lo que era aquello: un muñeco de brujo. Alguien lo había hecho, lo había tallado con el nombre de un enemigo y luego había hundido alfileres de cobre en la cabeza y el corazón, murmurando encantamientos y maldiciones. Pero otros desperdicios lo habían estropeado, deformándolo tanto que no se reconocían las letras.

–¡No lo toques, Altéza! –advirtió su guardia.

Al oír su voz, ella arrojó el objeto con un grito. El estuche de estilos era una fina obra de arte adornada con delicados motivos de oro granulado e incrustaciones azules que representaban la cabeza de ibis de Thot, el dios de los escribas. Sheritra lo examinó un momento, frunciendo el ceño. Tenía la impresión de haberlo visto antes, pero por mucho que se esforzó no pudo recordar cuándo ni dónde.

Por fin lo depositó con reverencia en la arena, junto al montón de desechos. En cuclillas, hurgó después con un dedo entre los afilados fragmentos de algo que, obviamente, había sido un gran cuenco de arcilla y cuyo uso reconoció también. Incluso pudo distinguir algunas palabras inconexas del hechizo mortal que se había escrito con tinta en toda la superficie, antes de que una mano cargada de odio hiciera descender el martillo: "Su corazón... estallar... dagas... dolor..., ni de día... terror...".

"Alguien alberga un odio espantoso en esta casa", pensó. "El hechizo ha sido pronunciado, el rito cumplido, y las herramientas utilizadas para la destrucción de esedesconocido han sido lanzadas a la basura. Me gustaría saber si la maldición ha dado resultado o si la víctima, al enterarse, pudo contrarrestar el hechizo a tiempo." Se estremeció. De pronto lanzó un grito al ver una sombra cernirse sobre ella.

–¿Qué haces, Alteza?

Sheritra se puso de pie y encontró a Harmin detrás de ella. Señaló su hallazgo.

–Un destello del sol en ese estuche de estilos me llamó la atención –explicó, temblando por dentro–. Alguien ha tratado de matar así a otra persona, Harmin.

Él se encogió de hombros.

–Los sirvientes riñen continuamente, están llenos de rencor y de celos caprichosos –replicó–. En todas partes sucede igual, ¿no? Este hechizo deben de haberlo confeccionado ellos.

–¿O sea que tus sirvientes tienen voz? –bromeó ella, provocándole ligeramente. Él gruñó.

–Supongo que son bastante parlanchines cuando están a solas. No te preocupes más por eso, princesa. ¿Te gustaría manejar las riendas, esta vez?

Ella asintió con aire distraído y los dos se dirigieron juntos hacia el carruaje. Pero la sensación de familiaridad que la había invadido al coger aquel estuche no la abandonaba. En los días siguientes regresó con frecuencia al lugar, para revivir de nuevo la sensación con la presencia directa del objeto de recuerdo. A veces se preguntaba si no habría sido el mismo Sisenet, aquel diligente erudito, quien había hecho la estatuilla de cera. Otras veces pensaba en Tbubui,

que husmeaba en la medicina y quizá también en la magia. Pero no lograba imaginar a ninguno de los dos encerrado en la oscuridad, coaccionando a los demonios para que satisficieran su voluntad.

Tbubui ya no iba a la casa de baños por la mañana para examinar la piel de la princesa. "Supongo que las visitas cumplieron ya su finalidad", pensaba Sheritra. Pero saberlo no la afligía. Era como si ella y Harmin hubieran firmado un contrato matrimonial sin que ella, por alguna extraña alquimia, lograra recordar la ocasión. Pero ya eran marido y mujer, y ella constituía parte permanente y legítima de aquel hogar.

Todavía pasaban las mañanas juntos. Cruzaban el río con frecuencia para pasear por las atestadas calles de Menfis, pasatiempo al que no se dedicaban antes de que Harmin se convirtiera en su amante. La muchedumbre, el ruido y hasta los olores desconcertaban a la muchacha cada vez más y siempre le aliviaba abordar de nuevo la barcaza para que la trasladaran otra vez a la aislada casa, tan segura y silenciosa.

Un día se sentó ante el tocador de Tbubui, con una bata larga y el rostro ya maquillado, aunque con su larga cabellera aún sin pintar. Ella y Tbubui estaban examinando juntas las joyas de su anfitriona como si fueran hermanas o como si compartieran un puesto similar en la jerarquía social de Egipto. A veces esto irritaba a Sheritra, pero sentía demasiado respeto por la mentora en que se había convertido su amiga como para protestar y arriesgarse a ofenderla. Admiraba esa colección de alhajas, que contenía muchas piezas pesadas y sencillas, de artesanía antigua, de un tipo ya difícil de conseguir.

—Mi madre tenía unos gustos muy tradicionales —explicaba Tbubui, mientras los dedos de Sheritra revolvían anillos, ajorcas, amuletos y pectorales—. Poseían muchas joyas pertenecientes a sus antepasados que consideraba sagradas para la familia, destinadas a pasar de generación en generación. Yo también lo creo así. Mi esposo me regaló algunas maravillosas, pero casi todos los días me pongo las alhajas de mi madre. —Colocó en el cuello de Sheritra un colgante de plata con un Ojo de Horus hecho de ónix—. Éste es ligero y alegre. Te queda muy bien, Alteza —dijo, con aprobación—. También es una poderosa protección contra el mal. ¿Te gusta?

Sheritra iba a expresar su agrado cuando su vista captó un destello de turquesa, en el fondo del cofre de ébano. Tbubui tenía muchas turquesas, pero algo en la forma del objeto despertó su curiosidad y le hizo apartar los otros adornos para sacarlo. Las manos de Tbubui se habían inmovilizado sobre sus hombros. La muchacha sacó un pendiente de oro y turquesa y lo mostró en alto, balanceándose suavemente entre sus dedos. Tbubui lo observó, mordiéndose el labio.

—¡Tbubui! —exclamó luego—. ¡Es el pendiente que Hori encontró en el túnel que salía de la tumba! Lo reconocería en cualquier parte. —Lo apretó en la mano y se volvió en la banqueta—. ¿Qué hace en tu poder? ¡Oh, no me digas que Hori profanó la sepultura de esa mujer para regalártelo!

—Serénate, Alteza —recomendó Tbubui, sonriendo—. Tu hermano es una persona honrada, incapaz de hacer semejante cosa.

—¡Pero está enamorado de ti! —barbotó la muchacha—. Pudo haber perdido la razón. A veces, el amor nos lleva a hacer cosas cuestionables... —Su voz se apagó y por primera vez en varias semanas, volvió a ruborizarse—. Sé que vas a casarte con mi padre —concluyó, desolada—. Perdona mi falta de tacto, Tbubui.

—Estás perdonada, querida Sheritra —repuso la mujer, con voz ligera—. Sé del capricho que he inspirado en Hori, pero no temas, he sido bondadosa con él y se le pasará. En cuanto al pendiente... —Alargó la mano y lo recogió diestramente de los dedos de la princesa—. Hori me mostró el original y, como adoro las turquesas, decidí hacerlo copiar. En cuanto Hori se fue, lo dibujé y mi joyero favorito me hizo un par.

—¡Ah...! —Sheritra estaba profundamente confusa—. Pero, ¿dónde está su pareja?

Tbubui suspiró.

—Lo he perdido. El cierre no era muy seguro y no quise esperar a que lo arreglaran. Tenía muchos deseos de ponérmelo y, como yo no me decidía a separarme de él, el pendiente se separó de mi. Los sirvientes han registrado la casa y los terrenos, hasta el esquiñe y la barcaza, pero debí de perderlo en la ciudad. Algún día encargaré otro. —Lo dejó caer descuidadamente en el cofre—. ¿Quieres, Alteza, vino con especias? ¿Una merienda?

La explicación de Tbubui era perfectamente razonable, pero la intuición advertía a Sheritra que no había oído la verdad. En otros tiempos, Hori no habría pensado jamás profanar una tumba y regalar un objeto de propiedad ajena, pero entonces él era un joven libre y honrado. ¿Y si el Hori malhumorado e irritable, atrapado en las garras de un amor no correspondido, fuera en verdad capaz de hacer algo así? Parecía posible. Hacer una joya fina llevaba tiempo, y la que Sheritra había observado no parecía nueva. El oro presentaba diminutas rayas y muescas, aquí y allá. Algunos artesanos solían envejecer deliberadamente joyas o muebles, pero la turquesa de Tbubui tenía el lechoso verdor de la antigüedad auténtica y el oro, el tono oscuro, vetado de púrpura. Por otra parte, Tbubui podía haber aprovechado una turquesa que poseyera para dar forma a una piedra en forma de pera, como el original. También era posible que su joyero dispusiera del tiempo necesario para reproducir el oro púrpura de Mittanni, pero Sheritra tenía la inquietante sensación de que ninguna de aquellas suposiciones era correcta. Hori había dejado aquel bello objeto en manos de la mujer por la que se inflamaba de amor, sin que ella lo rechazara.

A la princesa se le ocurrió otra molesta suposición. El ritual del hechizo... ¿no podía haber sido conjurado por Tbubui, en un esfuerzo por evitar la cólera celosa de una difunta? "Sin embargo, eran los restos de una maldición, estoy segura", se decía, insomne en su diván, paseando por el jardín o mientras esperaba a que Bakmut le pintara con alheña la planta de los pies. "No se evita la ira de un ka antiguo insultándole de nuevo. Debo ir a casa uno o dos días. No puedo retrasarlo más."

Aquella noche se lo dijo a Harmin, cuando yacían abrazados. Él le acarició la mejilla con los labios y le dijo:



–Te dejaré ir, siempre que prometas regresar dentro de dos días. Me traes suerte en las cacerías, Pequeño Sol. Además, has convertido esta casa en un lugar feliz.

Más tarde, Tbusui se mostró de acuerdo, apresuradamente, con la decisión de Sheritra.

–Entiendo tu preocupación –dijo, comprensivamente–. Regaña a ese hermano tuyo por olvidarnos a las dos e invítale a cenar aquí cuando regreses. Da mis saludos a tu ilustre madre.

Sheritra hizo empaquetar las pocas cosas que necesitaba y se despidió sin algaraza de Harmin y su madre. No había necesidad de despedidas formales, pensaba regresar a la tarde siguiente a aquel lugar que ahora consideraba su verdadero hogar.

Pero cuando salió de la casa e inició la lenta caminata en dirección a los escalones del embarcadero, a la pálida luz del sol temprano, cayó sobre ella una pesada mezcla de depresión y renuencia. Ya no llevaba la realidad consigo adondequiera que fuese. Su inmediatez, su foco, parecía perder color y nitidez cuanto mayor era la distancia entre ella y la casa blanca, baja, que se horneaba en su escudo de silencio. Subió por la rampa hacia la barcaza con la extraña convicción de que ni el mundo exterior ni ella misma tenían sustancia alguna.

Bakmut estaba obviamente alegre e incluso los guardias parecían moverse y hablar con una chispeante energía. "Todos se alegran, menos yo", pensó Sheritra, con resentimiento, mientras la embarcación se alejaba del ribazo. "Bueno, no se alegrarán por mucho tiempo. Mañana, pase lo que pase, tendrán que volver conmigo." Sofocó el impulso de amonestar a Bakmut, que canturreaba por lo bajo, y clavó la vista en la ciudad que se desplegaba ante sus ojos, con hosca decisión.

Cuando la barcaza golpeó contra la tierra y tendieron la rampa, los peldaños del embarcadero de su padre le parecieron enormes y nuevos. Los postes de amarre se hundían en el Nilo, haciendo flamear unas impecables banderas con los colores imperiales azul y blanco. Los escalones, purgados diariamente de cualquier mancha, parecían trepar sin fin, deslumbrantes. Sheritra los encaró con una especie de horror. En lo alto, los guardias de la casa la saludaron uno a uno y varios sirvientes, impecablemente ataviados y tan pulcros como los escalones, acudieron deprisa para hacerle una reverencia. Uno de ellos, el heraldo, corrió hacia la casa para anunciarla y rápidamente se desplegó una sombrilla y se formó la escolta.

Sheritra echó a andar por la senda pavimentada, que parecía tan ancha como una calle de la ciudad. A cada lado pasaban ante su vista, lentamente, los arbustos pulcramente cuidados y los parterres llenos de exóticas flores, sin hierbas. Tres jardineros trabajaban entre ellos, volviendo la espalda desnuda al cielo. Las columnas multicolores de la entrada principal surgieron a su vista, albergando cada una a un vigilante soldado. Más allá, ante las puertas dobles, permanecían sentados un escriba, un heraldo y un mayordomo, por si se presentaban visitantes. Sheritra agradeció la reverencia que le hicieron al verla pasar hacia la parte trasera.

De repente, asaltó sus oídos el sonido de la fuente, y la risa cultivada de las criadas personales. "¿Siempre fue así?", se preguntó, aturdida. "¿Como un palacio en miniatura, siempre lleno de vida y rumores, siempre tan opulento? ¿Me demostraban antes tanto respeto y yo lo tomaba por una cosa natural?"

Pero no tuvo tiempo de analizar su desconcierto, pues Ib se aproximó casi corriendo, con una solemne expresión. Ella se detuvo a esperarle. El sirviente aminoró la marcha y dobló la cintura con los brazos extendidos, expresando aprensión con todo el cuerpo.

–¿Ib? –pronunció ella.

El hombre se irguió. "Caramba, no es tan viejo, después de todo", se dijo la princesa, asombrada, contemplando aquel rostro cuadrado, pintado con habilidad y enmarcado por la breve peluca negra. "Y tiene un buen cuerpo, compacto y musculoso. Es un hombre atractivo."

–Alteza, es significativo que decidieras volver a casa justamente hoy –replicó él–. Tu padre, el príncipe, estaba dando instrucciones para que regresaras.

–¿Por qué? –preguntó ella, con aspereza–. ¿Qué ocurre?

–Me parece mejor que te lo diga él mismo –adujo el mayordomo, con aire de pedir disculpas–. Está con tu madre, te acompañaré.

El cortejo se diseminó ante la brusca orden de Ib y Sheritra, Bakmut y el portador de la sombrilla continuaron la marcha por el amplio jardín, dejando atrás la fuente, y el estanque de los peces y los apretados sicomoros, hasta llegar a la entrada trasera. Desde allí había poca distancia hasta las habitaciones de Nubnofret. Sheritra, cuya ansiedad iba en aumento, luchó contra la sensación de enajenamiento que amenazaba detener su paso vacilante.

Ib indicó por señas a Bakmut que se instalara en uno de los banquillos del corredor y empujó las puertas. Sheritra oyó su voz anunciándola y entró, pasando por su lado. Las puertas se cerraron tras ella con firmeza. Khaemuast le ofreció una mano y ella se la estrechó. Su madre no se levantó del diván, apenas dio muestras de enterarse de la llegada de Sheritra. La muchacha se volvió hacia su padre, que le dio un beso de compromiso.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, consciente del leve eco que levantaba su voz en el techo alto y oscuro, del brillo de los mosaicos azules y blancos bajo sus pies y de la presencia de las criadas destinadas a atender a Nubnofret, que estaban en un rincón. "Caramba, esta habitación es enorme", pensó. "Aquí parecemos enanos."

–Esta mañana llegó el jefe de heraldos de Ramsés –dijo Khaemuast–. Tu abuela murió hace cinco días. –No mencionó las otras cartas, furiosas, que también había traído el heraldo de Ramsés–. Estamos de duelo, Pequeño Sol.

"¡No me llames así!", pensó ella, con indignación. Pero inmediatamente asaltó su mente un segundo pensamiento que la colmó de pánico. Duelo. Setenta días aprisionada allí, lejos de Harmin, lejos de Tbusui, "sin crepúsculos en el desierto, ni dar dátiles con miel al perro amarillo, ni tableros desplegados para jugar perezosamente

bajo las palmeras, ni Harmin en mi lecho. Volver a las regañinas de mamá, a la constante sensación de incorrección que solía perseguirme".

Luego tuvo la decencia de sentirse avergonzada por sus pensamientos. "La abuela ha muerto. Siempre fue paciente y bondadoso conmigo, pero mi primera reacción al conocer su muerte ha sido de fastidio. Soy una egoísta."

—¡Oh, papá!, qué terrible —murmuró—, pero también es algo bueno. Astnofert sufría mucho desde hacia tiempo, ¿verdad? Ahora está con los dioses y en paz. ¿Iremos a Tebas para asistir a los funerales?

—Por supuesto. —La voz desvuelta era de Nubnofret—. Y debo confesarte, Sheritra, que la perspectiva de hacer un viaje a cualquier sitio, por cualquier motivo, me llena de placer. ¿Disfrutas de tu estancia en casa de Tbubui?

Los comentarios de su madre eran tan débiles que Sheritra se volvió hacia ella con alarma.

—Sí, más de lo que puedo decir —respondió, y Nubnofret alzó hacia ella una pálida cara.

—Bien —dijo, con indiferencia—. Iré a ordenar que preparen tus habitaciones. Se levantó para salir y una vez más se cerraron las puertas.

—¿Está enferma mamá? —preguntó Sheritra.

Khaemuast encorvó los hombros ante su pregunta y suspiró.

—No creo, pero está profundamente indignada. La verdad es, Sheritra... —vacilaba— que he decidido tomar una segunda esposa y eso no complace a tu madre, aunque está dentro de mis derechos, por supuesto. He firmado un contrato con Tbubui. —Estudió sus ojos, con ansiedad—. No quería decírtelo tan bruscamente, lo siento. ¿Te sorprende?

—No —respondió ella. De pronto sentía una gran necesidad de sentarse—. Desde el momento en que la viste por primera vez, cuando estábamos juntos en las literas, ¿recuerdas, papá?, sospeché que la cosa terminaría así. —Decidió no decirle que ya sabía lo del contrato firmado. De cualquier modo, no importaba—. Da tiempo a mamá de acostumbrarse a la idea y aceptará a Tbubui —agregó—. Después de todo, mamá es una princesa y cumplirá con su deber.

—Yo esperaba de ella algo más que eso —replicó Khaemuast, acaloradamente—. Esperaba que se hiciera amiga de Tbubui y que le dispensara una cordial bienvenida en la familia. No puedo soportar la fría y correcta actitud que mantiene desde que le di la noticia. Bueno, tendrá tiempo de sobra para habituarse a la idea.

—¿Por qué? —Sheritra se permitió hundirse en el diván.

Khaemuast se cruzó de brazos y empezó a pasear por la habitación.

—Envié a Penbuy a Coptos para reunir información sobre la familia de Tbubui. Ello en relación con una cláusula del contrato que no necesito explicar. Hoy he recibido dos golpes, Pequeño Sol. No sólo ha muerto mi madre, sino también mi amigo Penbuy.

—¿Qué? —La princesa se esforzaba por asimilar acontecimientos tan repentinos tras varias semanas de profunda placidez—. ¿El viejo Penbuy? ¿Cómo ha muerto?

—No era tan viejo —corrigió su padre, con sombría jovialidad—. Penbuy tenía mi edad. No quería ir a Coptos en esta época del año, pero yo le envié a pesar de todo, estaba obligado a ir.

La muchacha abrió la boca, pero él levantó una mano para acallarla.

—El heraldo que trajo la noticia al norte dice que Penbuy enfermó poco después de llegar a la ciudad. Se quejaba de dolores de cabeza y dificultades para respirar, pero continuó trabajando en la biblioteca adjunta al templo de Coptos. Un día, al salir, dio cuatro pasos bajo el sol y se derrumbó. Cuando su asistente le alcanzó ya estaba muerto.

Un sombrío presentimiento recorrió la espalda de Sheritra, como si su padre hubiera pronunciado un edicto grave y portentoso que cambiaría para siempre su destino, en vez de relatar serenamente los hechos que habían conducido a la muerte de su sirviente y amigo.

—No fue culpa tuya, padre —observó con suavidad, percibiendo sus remordimientos—. Como dices, Penbuy estaba allí para cumplir con su deber y le llegó la hora. La muerte le hubiera encontrado en cualquier sitio, allí o en casa. —"Pero, ¿es así?", se preguntó, todavía pronunciando aquellas palabras. "Oh, ¿es así?" Y aquella cosa fría y sin nombre seguía paseándose por su espalda, con unos pies blandos y repelentes.

—Supongo que sí —dijo Khaemuast, lentamente—. Le voy a echar de menos. Le están embelleciendo en Coptos, desde luego, y después enviarán su cuerpo a Menfis para que sea sepultado aquí. Estamos de luto por dos personas, Sheritra.

"Ojalá no hubiera venido", pensó Sheritra, apasionadamente. "Tal vez si me hubieran llevado la noticia a casa de Sisenet, hubiera podido insistir en pasar el duelo allí. Me habría abstenido de hacer el amor, habría orado y hecho sacrificios por los kas de mi abuela y del pobre Penbuy..."

—¿Dónde está Hori, padre? —preguntó—. Quiero verle antes de ir a mis habitaciones para asimilar todo esto.

Khaemuast esbozó una sonrisa torcida y dolorosa.

—Para ti ha sido un golpe, ¿no? Y creo que lo de Hori será un golpe más. Ha cambiado mucho, Sheritra. Nadie sabe por qué. Nos evita tanto como puede, hasta a Antef.

Pero tal vez hable contigo.

"Conmigo hablará, ya lo creo", pensó Sheritra, ceñuda, "aunque sea necesario llamar a los guardias para que le sujeten hasta que lo haga. ¡Qué modo de darme la bienvenida a casa!"

—¿Sabe lo del contrato matrimonial? —preguntó, levantándose. Por el rostro de Khaemuast cruzó una expresión de culpabilidad.

—Todavía no. He estado cien veces a punto de decírselo, pero cien veces he cambiado de idea. Se ha vuelto inabordable.

Ella le sonrió débilmente.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Había tenido que hacer un esfuerzo para no teñir sus palabras con el súbito desdén que sentía. "¿Qué te ocurre, padre?", se preguntaba. "Esta expresión de vergüenza, de vacilación, puede ser adecuada en un sirviente, pero no en el hijo de un faraón, que ha dado órdenes y tomado decisiones casi desde su nacimiento." Era como si algo vital en su padre, algo fuerte y noble, se hubiera ablandado como una fruta demasiado madura. "¿Qué temes?", habría querido gritarle. "¿Dónde está tu coraje?" Se dice que el sirviente obsequioso es cruel como amo; al ver el rostro avergonzado de su padre sintió el ciego impulso de abofetearle. Nunca se había sentido tan sola.

—Gracias —replicó él, con alivio—. Tú tienes con él más intimidad que yo, y su temperamento es tan inseguro que temo abordar el asunto con él. Si me allanas el camino, tal vez pueda sentarme a su lado y tratar de explicárselo.

—No creo que la explicación sea necesaria —observó ella, rígida—. Existen pocos príncipes con una sola esposa, padre. Eres una excepción, una curiosidad. Aquí, en Menfis, hemos llevado un vida anormal, bastándonos solos. Tal vez mamá, Hori y yo nos hayamos vuelto arrogantes. Él parpadeó y la examinó con atención.

—Has cambiado —observó, lentamente—. No sólo en aspecto, tienes los ojos más seguros, más fríos.

"Pero no soy fría", pensó ella, inclinando la cabeza para caminar hacia la puerta. "Soy ardiente, querido padre, ¡oh, qué ardiente! Y nada, ni la muerte de la abuela, ni nuestra antigua intimidad hecha astillas, puede empezar a someter estas llamas invisibles. Todos vosotros sois superficiales e insustanciales ante la sedosa piel de Harmin cuando la recorro con los dedos, ante la mirada lánguida de sus ojos oscuros cuando se inclina hacia mí."

Apretó las manos mientras recorría el pasillo rumbo a las habitaciones de Hori, sin prestar atención a la curiosa mirada de los pacientes soldados. Estaba furiosa.

## CAPITULO 14

Cuídate de la mujer de lugares extraños,  
cuya ciudad no se conoce...

Es como el remolino en aguas hondas,  
cuya profundidad se ignora.

A la mañana siguiente, Khaemuast entró en su despacho para iniciar la correspondencia del día y se encontró cara a cara con Ptah-Seankh, el hijo de Penbuy. Las facciones del joven eran tan parecidas a las de su padre que el corazón del príncipe dio un vuelco al verle, pero luego reconoció las diferencias entre los dos: el joven era más delgado y más alto; tenía los ojos más juntos, aunque con la misma claridad vigilante y casi crítica y la boca era más inflexible. Ptah-Seankh tenía los párpados hinchados y la piel amarillenta. Era obvio que había estado llorando por su padre, pero Khaemuast admiró la fuerza de voluntad que le había llevado allí, sujetando la paleta y los lienzos recién almidonados, para continuar con la tradición de deber y lealtad iniciada muchas generaciones antes. Al acercarse el príncipe, Ptah-Seankh se arrodilló para prosternarse.

–Levántate –indicó Khaemuast, con amabilidad.

El joven se puso de pie con gracia y se instaló en el suelo, ya en la posición de trabajo del escriba. Su amo ocupó una silla, sintiendo una profunda comprensión hacia él.

–Ptah-Seankh, yo amaba a tu padre y lamento su pérdida tanto como tú –dijo, con dificultad–. No tienes por qué sentirte obligado a trabajar si tienes quebrado el corazón. Ve a tu casa y vuelve cuando estés en condiciones de hacerlo.

El muchacho levantó la cara con una expresión empecinada.

–Mi padre te sirvió larga y fielmente –dijo–. Según la costumbre de mi familia, se me adiestró desde los primeros años para ocupar su sitio a tu lado cuando él muriera. Ahora él se prepara para su último viaje y pensaría mal de mí, incluso en estos momentos, si yo no antepusiera mi obligación para contigo a cualquier consideración personal. ¿Estás dispuesto a trabajar, Alteza?

–No –replicó Khaemuast, lentamente–, creo que no. De momento, me basta con el sustituto temporal, Ptah-Seankh. Quiero que vayas a buscar el cuerpo de tu padre y lo traigas a Menfis al terminar los setenta días. Yo dotaré su tumba de oro, para que los sacerdotes oren por él y hagan ofrendas en su nombre. También dispondré los funerales con tu madre, para que tu mente esté descansada y libre para otras tareas, pues tengo una misión que encargarte.

Se inclinó hacia delante y sus ojos se encontraron con los del joven, que sostuvo su mirada sin vacilar.

–Tu padre estaba investigando el linaje de una mujer con la que pienso casarme –explicó–. Su familia procede de Coptos. Penbuy apenas pudo iniciar la tarea y no ha dejado anotaciones. Quiero que vuelvas a Coptos y completes la investigación antes de escoltar a tu padre a casa.

–Será un honor, príncipe –replicó Ptah-Seankh, con una débil sonrisa–. Te agradezco tanto tacto y discreción, pero antes de partir necesito saberlo todo sobre esa persona.

Khaemuast se echó a reír. La respuesta del joven era dolorosa, pero cerraba curiosamente las heridas.

–¡No se puede dudar de que eres hijo de Penbuy! –exclamó–. Dices lo que piensas y, con toda seguridad, polemizarás conmigo sobre muchos asuntos en nuestro trabajo. Muy bien, ve a ocuparte del bienestar de tu madre antes de partir. Ello me dará tiempo para explicarte exactamente qué debes hacer y redactar cartas de presentación para ti a los dignatarios de Coptos. Toma.

Recogió una hoja de papiro que ya había dictado y, acercando un poco de lacre a la vela que se mantenía encendida para aquellos fines, dejó caer algunas gotas en el rollo y aplicó su anillo de sello. Luego lo entregó a Ptah-Seankh.

–Ahora estás oficialmente a mi servicio –dijo–. Comunica a Ib, mi mayordomo, cualquier cosa que necesites, y ve a tu casa, Ptah-Seankh. Vive por hoy tu duelo en paz.

El muchacho tragó saliva. Se levantó con torpeza y, después de hacer una reverencia, salió deprisa, no sin que Khaemuast percibiera el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Ya no había otros motivos para permanecer en la casa. Khaemuast pidió una litera y, acompañado por Ib y Amek, abordó su esquife para cubrir la breve distancia que había hasta la casa de Tsubui. No veía a Sisenet desde el día en que perdió vergonzosamente el dominio de sí mismo, ante la traducción del manuscrito y temía tener que razonar con aquel hombre, que tanta seguridad en sí mismo poseía. Pero no vio señales de Sisenet ni de su sobrino cuando los portadores de la litera avanzaron por el sendero, estrecho y serpenteante, que conducía a la casa.

Como de costumbre, parecía desierta. Su silencio era como una canción de cuna entonada para un niño alterado. Al descender y acercarse a la puerta abierta al vestíbulo, Khaemuast recordó, súbita y perturbadoramente, el hechizo que su niñera solía cantar en voz baja ante su diván, todas las noches, para impedir que el terrible demonio de la noche, La-del-rostro-vuelto-hacia-atrás, se filtrara en el cuarto y le robara el aliento. Medio aterrorizado, medio fascinado, él mantenía los ojos fijos en el tranquilizador rostro de la niñera, mientras ella se mecía al compás de las palabras; la oscuridad de la alcoba, sobrecogedoramente grande, parecía ondular y cambiar de forma ante sus ojos.

–Que fluya hacia fuera, la que viene en la oscuridad, la que entra furtivamente con la nariz detrás de ella, con la cara vuelta hacia atrás, y no logre lo que busca. ¿Has venido a besar a este niño? ¡No dejaré que le hagas daño! ¿Has venido para llevártelo? ¡No dejaré que le alejes de mí!

"Mi madre me amaba con tan fiera devoción como aquella vieja niñera", pensó, con sincero remordimiento. "Sus deberes de reina nunca le impidieron estar a mi lado si yo estaba enfermo o tenía miedo. Sin embargo, cuando ella me ha necesitado yo no he estado allí. En sus últimas horas, mi sitio junto a ella ha permanecido desierto. Le he fallado. He fallado también a mi padre, pues he abusado de la confianza que depositó en mi, encomendándome ser sus ojos y sus oídos en el gobierno. Las misivas oficiales se acumulan en mi escritorio como resaca del río, porque ya no me reconozco. El hombre que habría visto con horror la vergüenza de estas traiciones ha muerto, asesinado por el veneno de una mujer en las venas."

Con una mueca, se dirigió al negro sirviente que había aparecido entre la agradable penumbra, que se fue después también en idéntico silencio. Un momento después, Tsubui cruzaba rápidamente los sencillos mosaicos blancos del suelo. Se acercó extendiendo los brazos, con una expresión solemne en su brillante rostro, y le cogió las manos, mirándole con intensidad.

—Querido Khaemuast —saludó—, anoche recibí un mensaje de Sheritra, pidiendo que le enviara a tu casa sus pertenencias y explicando por qué. Has sufrido una doble pérdida, lo lamento mucho.

Khaemuast se ablandó ante aquel interés y la atrajo hacia él. Estrechó contra su cuerpo aquella silueta esbelta y dura, apoyando el mentón sobre su suave coronilla. Notó que aquel día no llevaba perfume, lo que le llenaba la nariz era el olor cálido y sencillo de su pelo. Sintió que empezaba a relajarse, con una flojedad interna que le recordó su tensión anterior.

—Confieso que la muerte de mi madre me afecta menos que la pérdida de Penbuy —murmuró—. Todos sabíamos que estaba agonizando y que recibía de buen grado la perspectiva de morir. Pero Penbuy apenas había acabado de construir su tumba, en una margen de la necrópolis de Menfis. Estaba sumamente orgulloso de su decorado.

—No me extraña que tus sirvientes sientan tanta devoción por ti —replicó ella, con la voz sofocada contra su cuello—. Pasa, querido hermano. En mi cuarto hay vino y te haré masaje en los hombros con dulces óleos. Por el estado de tu espalda advierto lo afligido que estás.

Con sus palabras, él cobró inmediata conciencia del contacto de sus manos: una entre los omóplatos y la otra en la cintura, sobre el cinturón de su faldilla. Delirando, imaginó que descendían hacia abajo para coger su nalgas y apretarlas suavemente...

—¿Está en casa Sisenet? —preguntó, soñoliento.

Ella se apartó para sonreírle.

—No. Mi hermano y Harmin han ido al desierto a pasar tres días cazando en una tienda. Partieron al amanecer. Harmin se afligió mucho al saber que Sheritra no volvería durante el periodo de duelo por su abuela.

Y, cogiéndole de la mano, le condujo a la parte trasera del salón, hacia el ventoso corredor.

—Debemos ir todos a Tebas para los funerales —explicó Khaemuast, mirando el cegador cuadrado de ardiente luz que se abría en el extremo del pasillo, antes de que ella se hiciera a un lado para darle paso a su alcoba—. Por favor, Tsubui, ven con nosotros. Dentro de setenta días estarás viviendo en mi finca. Quiero que mi padre te conozca. Además, un viaje como éste será una buena ocasión para que tú y Nubnofret os conozcáis mejor. La investigación que Penbuy inició en Coptos estará terminada por entonces y podrás presentarte a Ramsés como esposa mía. Nuestro contrato no puede ser ratificado hasta después de los funerales, debido al periodo de luto, pero eso se puede hacer en Pi-Ramsés. ¿Vendrás?

Había cruzado hasta el dentro de la habitación, escasamente amueblada, y la observaba. Ella cerró la puerta y se volvió para mirarle. Khaemuast notó entonces que lucía un vestido de hilo blanco, ceñido y transparente, y que no llevaba sandalias ni joyas. Se preguntó si sería la misma túnica que vestía el día en que la vio por primera vez, pero un súbito deseo ahogó su pensamiento.

—Pero, ¿cómo se completará la investigación en Coptos, ahora que Penbuy ha muerto? —preguntó Tsubui, con preocupación—. ¿Había avanzado mucho, Alteza? ¿Se retrasará nuestro casamiento debido a eso? —corrió hacia él con la ligereza de una niña—. ¡Oh, qué egoísta soy! No quiero esperar más de lo necesario para pertenecerte.

Aquellos anhelos le gratificaron.

—Ptah—Seankh, el hijo de Penbuy, partirá hacia Coptos dentro de pocos días para retomar la tarea de su padre. No dudo de que la completará antes de volver a Menfis con el cuerpo de su padre, pero no pienso esperar hasta entonces para traerte a casa, Tsubui. En la casa de las concubinas se te han preparado unas habitaciones y en este momento se está edificando ya un alojamiento sólo para ti en el lamentable y sucio caos que es la construcción en el extremo norte de la casa. Yo estoy de luto, por supuesto, pero tú puedes instalarte allí cuando quieras.

Los ojos de la mujer se iluminaron, pero luego frunció el ceño.

—No, Khaemuast —dijo—. No me arriesgaré; sería tentarte a cometer un sacrilegio, celebrando tan gozoso momento en tiempos de luto. Esperaré a que regreses de Tebas, pero esta misma semana pienso visitar a Nubnofret para asegurarme que comprendo muy bien el puesto de segunda esposa.

—¿No vendrás al sur con nosotros? —Khaemuast no soportaba imaginar una distancia de tantos kilómetros entre ellos, si se veía obligado a partir sin llevarla. Alargó los brazos y la estrechó rudamente contra sí.

—No, no iré —replicó Tsubui, con firmeza—. No sería decoroso. Tenemos muchos años por delante, querido. ¿Qué son unas pocas semanas más? Ven, deja que escancie el vino.

Pero él no la soltó.

—No necesito vino —le susurró al oído—. Tampoco necesito masaje. El óleo del amor aflojará mis músculos, Tsubui. Pasemos la tarde arrugando ese diván que tu servidora ha hecho tan cuidadosamente.

Ella no respondió. Khaemuast la arrastró hacia las oscuras sábanas, quitándole ya los tirantes que le sujetaban el vestido, pegado al vientre y a los muslos por el sudor. Cuando bajó por las muñecas, ella levantó los brazos con un sonido estrangulado, a medias risa, a medias suspiro, y se inclinó hacia él, cubriéndose con los dedos los pechos que habían quedado al descubierto.

Toda moderación se desvaneció. Khaemuast le apartó las manos y las puso entre sus propias piernas, bajo la faldilla, donde el pene tenía ya todo su tamaño. Mientras ella comenzaba a acariciarlo, él le cogió el pezón con la boca y cayeron juntos en el diván. Tsubui gemía suavemente, con los ojos cerrados, levantando el cuerpo hacia la lengua y el contacto del príncipe, y aquel sonido grave aumentó su necesidad aún más. "Un sueño", pensó, incoherentemente, en el momento en que la mujer cerraba la mano sobre él. "Una huerta... una mujer detrás de un árbol... ¿Me hacia señas? Y yo desperté lleno de deseo, lleno de savia, tan doloroso, tan glorioso..."

Levantó la cabeza para besarla, explorando su boca, que cedía. Luego se detuvo a mirar su cara.

–Te amo, Tsubui –susurró–. Eres mi hermana, mi enfermedad, el ansia de mi corazón, la fruta que anhela mi cuerpo. Te amo.

Ella murmuró alguna respuesta, pero en voz tan baja, con unos labios tan laxos de pasión, que Khaemuast no logró entender sus palabras. De pronto, sus ojos negros se abrieron y ella comenzó a sonreír.

–Hazme el amor, Poderoso Toro –dijo, en voz alta.

El título pertenecía a los faraones y no correspondía a Khaemuast utilizarlo, pero estaba cargado de sentido sexual, de virilidad y poder. Estuvo a punto de eyacular inmediatamente. De pronto, le resultó insoportable ver esa sonrisa perezosa y sabia en aquella cara exquisita debajo de él, encendida ahora por sus propias necesidades.

Con un juramento, la sujetó por las caderas y se arrojó sobre su vientre, penetrándola desde atrás con una inconsciente brutalidad. Ese acto desató en él un torrente de salvajismo. Lo completó como en una violación, pujando en ella una y otra vez y maldiciendo en voz alta a cada movimiento. Cuando recuperó la conciencia estaba tendido junto a Tsubui, jadeando. El sudor que chorreaba de su cuerpo manchaba la pureza de las sábanas, ahora arrugadas. Ella, incorporada sobre un codo, le sonreía aún, aunque de un modo vago y extrañado. Khaemuast no se disculpó.

–Volveré para hacerte el amor con frecuencia –dijo secamente, recordando que acababa de quebrar las prohibiciones del duelo–. ¿Te gustaría, Tsubui?

–Si –respondió ella.

Eso fue todo, pero la palabra actuó sobre él como una droga, haciéndole volver a desearla instantáneamente. No había dejado de desearla ni durante el momento de la liberación, el acto del amor no había saciado la fiebre ardorosa que consumía y quemaba todo lo demás en él. Era como si llevara meses bebiendo un afrodisíaco que le nublabla la mente y acentuaba su apetito por aquella mujer, hasta el punto de que poseerla no guardaba relación alguna con las clamorosas exigencias de su cuerpo. "Poderoso Toro", pensó, rozado por las llamas de su cabello negro que se pegaban al cuello de Tsubui en unos húmedos zarcillos. Un arroyuelo de sudor avanzaba poco a poco hacia la hendidura del seno y la boca estaba mordida, hinchada. "Poderoso Toro, Poderoso Toro..." Y un difuso presentimiento de su destino le alcanzó, haciéndole gemir en voz alta, con los ojos cerrados.

Ella no hablaba ni se movía. Por fin, él se levantó del diván y, tras atarse la faldilla a la cintura, la dejó.

Sheritra tardó mucho rato en hallar a su hermano. Buscó por toda la casa y los terrenos, sintiendo que su calor y su irritación aumentaban. Quería sentarse tranquilamente bajo un árbol y asimilar la desilusión que le habían producido las noticias, dejar que algún sirviente corriera tras él. Pero no quería dar a Hori la sensación de que le hacía llamar.

Por fin tuvo una idea. Ordenó a Bakmut que volviera a sus habitaciones y se encaminó hacia los peldaños del embarcadero. Rodeó el extremo norte de la casa, avanzando con cuidado entre los escombros de la construcción, que era una alarmante novedad para ella, hasta rodear una esquina. Estuvo a punto de tropezar con un montón de ladrillos secados al sol. El contorno de la ampliación estaba ya a la vista. El arquitecto de su padre, de pie bajo un dosel erigido en el medio de lo que antes había sido un espacioso y apacible jardín, inclinaba la cabeza hacia sus planos, extendidos en una mesa. Junto a él, Sheritra reconoció a varios maestros artesanos que esperaban sus órdenes.

Se detuvo, sacudida por una repentina sensación de odio hacia Tsubui. Protegiéndose del resplandor de sol con una mano, examinó aquel horrible desorden. Pero desechó aquel sentimiento con una melancólica sonrisa y meneó la cabeza. Los hombres amparados por el dosel percibieron su paso y levantaron la vista, haciéndole una reverencia. Ella no hizo caso de ellos. Pronto estuvo caminando por el sendero bordeado de arbustos en dirección al embarcadero.

Un momento antes de llegar allí se desvió hacia un lado, abriéndose paso por entre las ramitas tiesas, marchitas por el calor del verano, hasta adentrarse en los enredados matorrales, bajo los pequeños árboles del ribazo. Éstos dejaron sitio a los juncos y al terreno pantanoso, pero ella siguió andando un poco más, hasta perder de vista el embarcadero y el río. Había allí un claro donde ella y Hori solían agazaparse juntos para observar la llegada y la partida de los invitados, o para dejar transcurrir perezosamente la tarde, lejos de sus guardias y sus niñas. Hacia años que ninguno de los dos buscaba aquel sitio, pero estaba segura de que la maleza no lo habría cubierto y de que allí encontraría a su hermano, abrazado a sus rodillas, con los ojos clavados en las partes del río que se veían por entre los juncos.

En efecto, mientras avanzaba trabajosamente divisó un destello blanco y enseguida después se dejó caer junto a su hermano. Estaba sentado en una esterilla, con una jarra de cerveza y una rebanada de pan negro con manteca a medio comer. Las hormigas empezaban ya a trabajar sobre el pan, pero era obvio que Hori no se había dado cuenta. Dirigió una mirada a Sheritra, que se sentó en cuclillas, esforzándose por disimular la fuerte impresión que le causaba

su aspecto. Estaba demacrado y unos surcos de sombra violácea le enmarcaban los ojos. Tenía el pelo desaliñado y los lienzos sucios.

–Hori –barbotó ella, sin pensar–, ¿no te has bañado hoy?

–Bienvenida al hogar, Sheritra –saludó él. burlonamente–. Presumo que ya te han dado las noticias. No, hoy no me he bañado. He pasado toda la noche de fiesta, en la casa del hijo de Huy. Me escabullí hasta las cocinas para buscar un poco de pan y cerveza y los traje aquí. Creo que me he dormido. –Entonces sonrió con una débil y rápida torsión de los labios, más espeluznante que un fruncimiento de cejas–. Debería ir adentro y hacer que alguien me aseara. Debo de estar horrible.

Y se pasó una cansada mano por la cara.

–¿Cómo supiste lo de la abuela y Penbuy? –preguntó ella, con curiosidad.

–Oí el parloteo de los sirvientes en la cocina, al retirar la comida. ¿Por eso has vuelto a casa?

Ella le tocó la rodilla, como probando.

–No. Estaba preocupada por ti, Hori, y enfadada porque no habías ido a verme. Ni siquiera me enviaste una nota. –Vaciló antes de proseguir–. Además, hay ciertas cosas que deseo hablar contigo. Lamento verte tan angustiado, te quiero.

Él le rodeó los hombros con un brazo torpe y la estrechó con fuerza. Luego se apartó.

–Yo también te quiero –respondió, con voz trémula–. Me odio por rendirme de un modo tan cobarde, Sheritra, por ceder así a todo lo que hay de fuerte en mí; no sé por qué, pero no puedo evitarlo. El recuerdo de Tbusui me tortura. Los ratos que he pasado con ella se repiten una y otra vez en mi mente, con horripilante claridad. Nunca en mi vida he sido tan profundamente herido.

–¿Hablas con Antef?

Él se apartó con una mueca.

–No. He faltado a nuestra amistad. Antef también está ofendido y desconcertado. Llevo esa culpa encima de todo lo demás. Pero Antef no me comprendería ni podría ofrecerme consuelo, lo sé. Y hablar con papá está fuera de cuestión.

"Oh, Hori", pensó ella, acobardada ante lo que debía decirle. "¡Cuánta razón tienes!"

–¿Sabes por qué papá está construyendo una ampliación de la casa? –preguntó

al cabo de un momento.

Él negó con la cabeza.

–Nadie me lo ha dicho y yo tampoco lo he preguntado. No imaginas lo que es esto, Sheritra. No me importa por qué están ampliando la casa. Sencillamente, no me importa. Me consumo por Tbusui y lo demás no tiene ninguna realidad.

Sheritra se estremeció. Conocía bien esa sensación.

–La ampliación es para Tbusui –explicó con suavidad–. Papá va a casarse con ella. En realidad, ya han firmado el contrato. Cuando Penbuy murió, estaba en Coptos investigando el linaje de su familia.

Él emitió un gemido deforme, como el de un gato ciego que tantea en busca de su madre, pero no se movió. Tenía la cara vuelta hacia el río, donde un bote pesquero con su blanca vela triangular se sacudía ociosamente a la leve brisa del mediodía, pasando en unas lentas bordadas. Sin embargo, no había viento capaz de penetrar la densa maleza que rodeaba a los hermanos. La imagen del Nilo, desde el claro donde se hallaban, estaba entrecruzada por ramas torcidas y juncos erguidos. Sheritra espantó a una mosca que buscaba sal alrededor de sus ojos. Quería hablar, pronunciar unas palabras sabias y comprensivas, pero la enormidad de lo que sentía Hori y lo triste de su futuro la sobrecogían y la obligaban a guardar silencio. La voz de su hermano la sobresaltó.

–No me extraña que no quisiera saber nada de mi –graznó él–. ¿Por qué perder el tiempo con un joven gallardo si se puede conseguir al padre, rico, influyente y apuesto? Sabiendo lo que yo sentía por ella, debí decírmelo. ¡Debí decírmelo!

Sheritra se encontró indefensa ante la amargura de su voz.

–Me siento tonto –prosiguió él, bajando el tono–. Estúpido, ignorante, infantil y tonto. ¡Cómo ha de estar riéndose de mí!

–No –logró pronunciar Sheritra–. No es capaz de eso. ¿Y cómo podía decirte nada, Hori, si entonces no estaba segura de lo que papá sentía? Hubiera estado mal.

–Supongo que sí –reconoció él, de mala gana–. Pero ¿por qué me cuentas esto, Pequeño Sol? ¿Porque papá no tiene agallas para hacerlo?

Sheritra recordó la cara azorada y sumisa de Khaemuast, la patética ansiedad con que había aceptado su ofrecimiento de dar la noticia a Hori.

–Si –respondió–, pero no porque sospeche que tú también la amas. Está tan enredado en sus propias emociones que no podría ver más allá, aunque lo intentara. Siempre ha sido un hombre fuerte, sereno y prudente, Hori, siempre ha tenido dominio de sí y se ha sentido satisfecho con su vida. Se encuentra violentamente perturbado y eso le avergüenza.

Por fin, Hori se volvió a mirarla. Parte del dolor desapareció de sus ojos.

–Has cambiado –dijo, con suavidad–. Percibo en ti una sabiduría nueva, Sheritra, un conocimiento del prójimo que antes no tenías. Has crecido.

La muchacha aspiró hondo, sintiendo que el antiguo y familiar rubor empezaba a subirle por el cuello.

–He estado haciendo el amor con Harmin –dijo, francamente. Esperé su reacción, pero no la hubo. Hori continuaba examinándola–. Sé lo que estás sufriendo, querido hermano, porque es la misma herida que me acosa a mí. Pero yo soy más afortunada, porque he conseguido al objeto de mi deseo.

–Eres más afortunada, desde luego –replicó él, con lentitud–. Y tu suerte aumentará con el c. .casamiento de papá. –Tropezó en la palabra y luego se repuso–. Si Tsubui se instala aquí, Harmin lo hará también o vendrá a visitarla con mucha frecuencia. Yo, en cambio... –Tragó saliva y luego estalló–. ¡Perdóname, Sheritra! Me hundo en una asquerosa compasión por mí mismo.

De pronto se echó a llorar, con unos fuertes y ásperos sollozos, más penosos por los esfuerzos que hacía para acallarlos. Sheritra se arrodilló y le atrajo la cabeza hacia su pecho, sin decir nada. Sus ojos recorrían la maleza, los quebrados destellos del río, el desfile de hormigas que pululaban aún sobre el pan olvidado y se alejaban en torrentes por la arena. Por fin Hori se incorporó, limpiándose la cara con la faldilla sucia y arrugada.

–Ya me siento mejor –dijo–. Siempre supimos ayudarnos, ¿verdad, Sheritra? Perdóname por no haberte prestado atención estos días, por no enviar siquiera a un heraldo para preguntar cómo estabas. –No tiene importancia –replicó ella–. ¿Qué piensas hacer, Hori?

El joven se encogió de hombros.

–No sé. Permanecer aquí, con ella en la casa, es más de lo que puedo soportar. Quizá me instale con el abuelo en Pi–Ramsés y solicite algún puesto en el gobierno. Después de todo, soy un príncipe de pura sangre. –Le dedicó una traviesa sonrisa, pálida copia de su antiguo humor, que aún así le llenó de alivio–. O tal vez decida dedicarme por completo al sacerdocio de Ptah, en vez de cumplir mis deberes para con el dios sólo durante tres meses al año.

–Por favor, Hori –suplicó ella–, no tomes ninguna decisión definitiva en estos momentos, por muy angustiado que estés.

–Pequeño Sol –replicó él, acariciándole la cabellera–. Esperaré, como he dicho, pero no voy a prolongar mi dolor.

Cayeron en el silencio. Sheritra estuvo a punto de adormecerse como reacción a los acontecimientos de la mañana y pensó con ansia en su diván. Pero antes de abandonarse al descanso quedaba la cuestión del pendiente, una punzada de intranquilidad que latía debajo de todo lo demás. Hori se había tendido de espaldas, con las manos detrás de la cabeza y los tobillos cruzados. Ella cambió de posición para mirarle. –¿Recuerdas el pendiente que hallaste en el túnel de la tumba, Hori? –empezó.

Su hermano asintió con un gesto.

–Se lo enseñaste a Tsubui, ¿verdad?

Una sombra cruzó la cara y él suspiró.

–¿Qué día aquél! –dijo–. Se quedó prendada de la joya.

–He encontrado uno exactamente igual en su joyero. Cuando le pregunté por ello, me dijo que había hecho copiar el que tú le enseñaste y que uno de ellos se le había perdido. Pero...

Se mordió el labio, y apartó la vista. Hori terminó por ella, con su habitual astucia.

–Pero tú temiste que estuviera mintiendo, que yo, enloquecido por mi pasión, le hubiera dado el original. Sheritra parpadeó en señal de asentimiento.

–Bueno, pues no hice semejante cosa –protestó Hori–. Puedo estar embelesado por ella, pero no estoy tan loco como para cometer ese sacrilegio.

–¡Ah...! –Sheritra se sosegó un poco–. ¿Y qué hiciste de la joya? ¿La tienes todavía?

Él no respondió directamente.

–Papá ha cerrado la tumba –dijo.

Pero ella se inclinó sobre él, ansiosa.

–¡Hori! ¡Respóndeme! Todavía la tienes, ¿verdad?

–¡Sí! –exclamó él, incorporándose con un brusco movimiento–. La tengo, sí. Pienso ponerla en el altar de Ptah como disculpa por haberla conservado, pero me recuerda tanto a Tsubui, Sheritra, que no puedo desprenderme todavía de esa joya. Esto no es robar, es tomar cortésmente en préstamo. Ptah dirá al ka de la mujer que yo no quería hacerle ningún daño.

–El único daño es el que te haces a ti mismo al torturarte cada vez que miras ese pendiente –aseguró ella, con vehemencia–. Bueno, al menos tuviste el buen tino de no entregárselo a Tsubui. ¿Sabes, Hori? Habría jurado que el de su joyero era el original. ¡Oh, bueno...! –Se frotó el codo para limpiárselo de arena y dio un papirotazo a la hormiga que andaba por su pantorrilla–. ¿Dices que papá ha cerrado ya la tumba? ¿Por qué? ¿Las obras estaban terminadas?

–No.

El joven empezó a contarle la visita de Sisenet, la traducción del manuscrito y la reacción casi demencial que Khaemuast había sufrido. Mientras hablaba, su voz se fue tornando inexpresiva, casi sin inflexiones en aquel reducido espacio. Sheritra sintió que un mal presentimiento empezaba a oscurecer el día.

–¿Papá creía que era el Pergamino de Thot? –interrumpió–. ¿Y Sisenet le convenció de que no era así, ridiculizando la idea?

Hori hizo un gesto afirmativo y concluyó el relato.

–Eso fue todo. La tumba está sellada, se han acumulado escombros en la escalera y hay una roca enorme cubriendo el sitio. Padre está de acuerdo con Sisenet en que semejante cosa sólo puede existir en las leyendas. Quizá se sienta algo desilusionado, pues hacía muchos años que soñaba con hallarlo.



El presentimiento de Sheritra se estaba convirtiendo en una palpación de inquietud. Lo sentía como una masa amorfa que adquiriría forma rápidamente, irreconocible todavía, pero capaz de convertir la inquietud en un negro temor en cualquier momento.

–No te lo he dicho todo, Hori –pronunció–. En la casa de Sisenet, alguien conjuró una maldición mortal.

Su hermano volvió bruscamente la cabeza y bajo su aguda mirada, la joven bajó la vista.

–Me parece estúpido incluso mencionarlo –tartamudeó–, pero me dejó un mal sabor de boca.

–Cuéntamelo –ordenó él.

Sheritra obedeció. Su azoramiento y su desasosiego crecían mientras hablaba.

–No era un hechizo protector –concluyó–. Sé reconocer las diferencias. Al principio me pregunté si Tbubui estaría intentando evitar el enojo de la difunta dueña del pendiente... si es que tú se lo habías regalado. Pero en el fondo sabía que no era así. Alguien estaba conjurando una muerte violenta sobre un enemigo.

Él no sugirió que pudieran ser los sirvientes, como había hecho Harmin, ni le ofreció tampoco enseguida una explicación aceptable, contra lo que ella esperaba. Permaneció pensativo, acariciándose la nariz con uno de sus largos dedos.

–Podría ser cualquier cosa –dijo, por fin–. Tbubui puede haber imaginado que alguna rival le disputa las atenciones de nuestro padre, aunque me resulta difícil creer que una mujer tan segura de sí se preocupe por algo como eso. Harmin podría tener una preocupación similar. Tal vez Sisenet quiera deshacerse de algún enemigo, allá en Coptos. Quién sabe... También es posible que los objetos estuvieran semienterrados en la arena antes de que los sirvientes tiraran la basura en ese sitio.

–No –aseguró Sheritra, con énfasis–. Esos objetos estaban prácticamente sobre el montón. ¡Oh, bueno! –Se levantó–. Supongo que estoy haciendo una montaña de un grano de arena, por pura inquietud. Estoy encerrada en casa hasta que termine el periodo de luto. Tengo que dictar una disculpa para Tbubui y hacerle saber el motivo de que no regrese a su casa durante un tiempo. También quiero enviar una carta a Harmim. Por favor, vuelve a casa conmigo y báñate. No te quedes tan solo. Tenemos que llenar setenta días. Pasémoslos juntos ayudándonos mutuamente.

Él se levantó con desgana.

–Lo intentaré –dijo–. Pero no me pidas que me enfrente a papá. Podría sentir la tentación de matarle.

Ella estuvo a punto de reír, pero el impulso murió de inmediato al ver su rostro.

–Hori... –susurró.

Pero él, impaciente, le indicó el sendero y la muchacha obedeció. Los dos caminaron hasta la casa en silencio.

Cuatro días después, tras haber enviado un mensaje para avisar a Khaemuast de su llegada, Tbubui desembarcó en los peldaños del río, donde la esperaba el deferente Ib para acompañarla a las habitaciones del príncipe. La noticia del inminente casamiento se había esparcido con prontitud entre el personal y el paso de Tbubui por la casa fue saludado con reverencias y murmullos de respeto.

Su aspecto era de los pies a la cabeza el de una segunda esposa de la familia real. Lucía una túnica blanca entretejida de centelleantes hebras de plata, y de plata eran también los cordeles que ataban sus sandalias. Los brazaletes de plata y electro, llenos de ornamentos de jaspe y cornalina, tintineaban con sus movimientos. Una triple diadema de plata aprisionaba su brillante cabello, negro y lacio a la cabeza, y un colgante de jaspe temblaba sobre su frente. Sus párpados refulgían con polvo plateado por encima del denso kohol que le perfilaba los ojos; tanto el firme rictus de su boca como las grandes palmas de sus manos relucían con alheña roja. Un pectoral de electro, sobre el que se entrecruzaban anks y medias lunas, le cubría la parte superior de los pechos como una exótica esterilla; su colgante, que descansaba entre los omóplatos desnudos para rechazar cualquier ataque sobrenatural por la espalda, era un gran mandril de oro en cuclillas. Ib la anunció y se retiró. Khaemuast avanzó con una sonrisa.

–¡Bienvenida a la que va a ser tu casa, Tbubui! –dijo, con todo su corazón.

Ella le hizo una reverencia y luego ofreció la mejilla para recibir su beso.

–Se te ve espléndida, querida hermana.

–Gracias, Khaemuast. –La mujer rechazó a los dos sirvientes que habían aparecido inmediatamente a su lado, llevando bandejas con vino y golosinas variadas–. En realidad, he venido a pasar un rato con Nubnofret. Así te lo dije, ¿verdad? No deseo ni por un momento que se sienta despreciada. Estoy segura de que nos haremos muy amigas.

Khaemuast se sintió invadido por un protector afecto.

–Estás llena de tacto y bondad, además de ser bella –la elogió–. ¡Qué extraña es la vida, Tbubui! ¿Quién habría pensado, la primera vez que te vi caminando entre la muchedumbre de la ciudad, con tan majestuoso porte, que algún día serías mi esposa?

Ella rió con dulzura.

–La vida es extraña, en verdad. Mejor dicho, es el destino lo que nos hace contener el aliento y preguntarnos qué ocurrirá a continuación. Me has hecho muy feliz, Alteza.

Se sonrieron un momento. Luego Tbubui apartó la vista.

–Debo pedirte un favor antes de visitar a Nubnofret, Khaemuast –dijo–. Necesito dictar una serie de instrucciones muy detalladas al administrador de mi finca de Coptos, relacionadas con la próxima cosecha y ciertas disposiciones sobre los impuestos a pagar al faraón. El escriba contratado por Sisenet es un hombre bueno y sencillo, pero recién salido de la escuela del templo. No creo que pueda entender mis palabras y reproducirlas con fidelidad. Sólo me llevará una hora. –Tartamudeó–. No me gusta abusar de tu buena voluntad...

Él levantó una mano.

–Pero quieres usar los servicios de uno de mis escribas –concluyó por ella–. No digas una palabra más.

–La responsabilidad de transcribir mis palabras es muy grande –añadió ella–. Es preciso registrarlas con exactitud...

–Quieres al mejor de los míos. –Khaemuast estaba radiante por poder prestarle un servicio, cualquiera que fuese–. Ptah–Seankh, el hijo de Penbuy, se ha mudado a esta casa. Es extraño, pero vino esta misma mañana. ¿Te servirá él?

–Gracias, Khaemuast –repuso ella, con gravedad.

–Bien. –El príncipe dio una palmada para que Ib se aproximara–. Di a Ptah–Seankh que debe venir inmediatamente –ordenó. Luego indicó a los otros sirvientes que se retiraran–. Ptah–Seankh es la discreción en persona –aseguró a Tbubui–. Un trato de negocios debe ser un asunto privado entre el amo y su escriba. No conviene que los sirvientes, aunque estén tan bien adiestrados como los nuestros, escuchen y divulguen los detalles de tus propiedades, amor mio. Yo debo atender unos asuntos propios, pero puedes mandarme llamar si necesitas algo más.

Ella le besó suavemente en la boca y dijo en voz baja:

–Eres un hombre muy bueno.

Él asintió, complacido, y se retiró. Por fin anunciaron a Ptah–Seankh, que cruzó deprisa la habitación y se inclinó ante ella, con la paleta bajo un brazo. Tbubui le hizo señas de que se levantara.

–¿Sabes quién soy, escriba? –preguntó.

El joven clavó en ella una mirada impasible.

–Desde luego, noble señora –respondió–. Eres la dama Tbubui, que pronto será la segunda esposa de mi amo. ¿En qué puedo servirte?

Ella sonrió y luego empezó a pasearse lentamente por la habitación, con las rojas palmas de las manos unidas. Ptah–Seankh se sentó en el suelo, con la paleta apoyada sobre las rodillas, y abrió su estuche para sacar un junco.

–Quiero que copies un dictado importante. Cuando hayas concluido me dejarás el papiro y luego te daré más explicaciones. ¿Estás listo?

Ptah–Seankh arrojó una furtiva mirada a los fuertes tobillos y el lienzo que se arremolinaba ante sus ojos.

–Estoy listo, Alteza.

–Todavía no soy Alteza, Ptah–Seankh –corrigió ella–. Pero lo seré pronto. Deja un espacio para el nombre de la persona que ha de recibir la carta, lo pondremos al final. Comienza.

Ptah–Seankh hundió el junco en la tinta negra, con el corazón alborotado. No había escrito todavía nunca al dictado para su amo ni para ningún otro miembro de la familia y aunque conocía su inteligencia y su capacidad, estaba nervioso. Como todos los escribas reales, desdénaba la costumbre de garabatear un borrador en cera o en tablas de arcilla y pasar después el documento a limpio. Su intención era tomar esa carta impecablemente sobre papiro, donde no podía ser corregida. Se obligó a concentrarse en la mujer.

–Tras haber completado una exhaustiva investigación sobre el linaje y los antepasados de la noble señora Tbubui, su hermano Sisenet y su hijo Harmin; habiendo examinado los antiguos rollos que reposaban en la sagrada biblioteca de Coptos y habiendo visto personalmente la finca familiar y las tierras situadas en la orilla este del Nilo, a la altura de Coptos, yo, Ptah–Seankh, juro que lo siguiente es fidedigno.

Tbubui hizo una pausa. Aquellos flexibles tobillos, uno de los cuales lucía una floja cadena de oro, de la que pendía un escarabajo, se detuvieron ante el escriba, que no se atrevió a levantar la vista. El corazón le martilleaba en el pecho y el labio superior se le había cubierto de sudor. Rezaba febrilmente por que no le temblara la mano. "¿Qué es esto?", pensó. Pero sofocó el impulso de revisar lo que había escrito. No era función de un escriba conectar las palabras, sino sólo escribirlas automáticamente. Sin embargo, todos los grandes escribas revisaban lo anotado, por si el amo pedía una opinión.

Aspiró con dificultad.

–¿Quieres que lea a medida que escribo, noble señora?

–Por supuesto –dijo ella, con la voz convertida en un ronroneo–. Quiero que sepas exactamente lo que estás haciendo por mí, Ptah–Seankh. –Las palabras eran suaves, pero había en ellas cierto matiz que no agradó al joven. Sujetó su estilo con fuerza y aguardó. Tbubui proseguía ya.

–La finca comprende una casa de quince habitaciones, con un personal de sesenta sirvientes domésticos y los agregados habituales de granero, cocina, alojamiento para los sirvientes, establos con diez caballos de tiro y depósitos. La finca en sí, unas mil doscientas hectáreas de buena tierra negra, cuenta con buena irrigación para la siembra de diversos cereales, lino y hortalizas. Doscientas hectáreas están dedicadas a la cría de ganado. ¿Me sigues, Ptah–Seankh?

–Sí, noble señora –logró pronunciar el escriba, con una terrible duda en la mente.

Pasó el estilo a la mano izquierda para limpiarse la diestra con un trozo de lino y se dispuso a continuar escribiendo. Lamentaba no haberse quedado con su doliente madre un día más, al menos.

–En ese caso, continuó –dijo aquella voz meliflua, con su acento casi indefinible. Los flexibles pies continuaban cruzando ante los ojos del escriba y las borlas de plata que pendían del dobladillo del vestido relumbraban al pasar–. En cuanto a los antepasados de la dama, se puede remontar el linaje hasta cierto Amunmose, mayordomo de la reina–faraón Hatshepsut, de quien recibió a un tiempo tierras y el título de erpaha y smer, más la orden de organizar las caravanas del desierto entre Coptos y el Mar Oriental. El linaje de Amunmose se puede rastrear con claridad en la biblioteca de Thot, en Coptos, correctamente preservado hasta el día de hoy, y es posible obtener copia en caso necesario. Pero yo, Ptah–Seankh, juzgué innecesario copiar esta lista, puesto que mi palabra tiene validez para el príncipe. La lista se conserva asimismo en la gran librería de palacio de Pi–Ramsés. He visto con mis propios ojos los

nombres de los antepasados de la noble señora. –Hizo una pausa–. Creo que con eso bastará, ¿no te parece, Ptah–Seankh? ¡Ah! La misiva debe estar dirigida al príncipe Khaemuast. No olvides añadir todos sus títulos.

Ptah–Seankh dejó su estilo. La mano le temblaba tanto que el delgado instrumento rodó de la paleta y repiqueteó en el suelo. Levantó la vista.

–Pero Alteza... –tartamudeó–. Aún no he viajado a Coptos. Me marcho mañana por la mañana. ¿Cómo puedo escribir estas cosas si no las he visto con mis propios ojos?

Ella le sonreía, cruzada de brazos y con la cabellera suelta sobre los hombros. Al joven no le gustó aquella sonrisa. Era feroz y predatoria; sus diminutos dientes blancos centelleaban hacia él.

–Querido Ptah–Seankh –dijo la mujer, con voz ligera–. Eres nuevo en esta casa, tan nuevo como yo. Pero existe entre nosotros una gran diferencia. El príncipe me ama ferozmente y confía en mi. Está seguro de conocerme bien. A ti no te conoce. Tu padre era amigo suyo, pero se trataba de un simple sirviente, como eres tú. Se te puede despedir y arruinar en el curso de un solo día.

La sonrisa se había ensanchado y un espasmo de miedo atravesó a Ptah–Seankh. Era como mirar a un animal salvaje. Los ojos de la mujer eran penetrantes y su postura, desenvuelta, pero tensa. El joven tragó saliva convulsivamente y trató de hablar, pero no pudo pronunciar un solo sonido.

–Pronto me mudaré a esta casa –prosiguió ella. La lengua rosada apareció para lamer los labios teñidos–. Puedo ser un ama generosa, Ptah–Seankh y también puedo susurrar el veneno de la duda al oído de tu amo, hasta destruir su confianza en ti. Comprendo muy bien que el vínculo entre un príncipe y su jefe de escribas no se basa sólo en la competencia, sino también en la discreción. ¿Quieres que empiece por decir a Khaemuast que tienes la boca muy ligera? ¿Que divulgas los secretos familiares por toda la ciudad? ¿Que te jactas de tu exaltada posición y del dominio que tienes sobre tu amo? –Se inclinó un poco más, hasta que Ptah–Seankh pudo ver las motas amarillas de sus ojos–. ¿O prefieres que comience a ensalzar tu talento, a decirle que eres muy pulcro y de fiar, prudente en tus comentarios y consejos? Recuerda, pequeño escriba, que aún eres una incógnita para él, a pesar de tu padre. Puedes ser destruido.

Ptah–Seankh recobró la voz.

–¿Quieres que vaya a Coptos y no haga nada?

–Exactamente. –La mujer irguió la espalda y descurzó los brazos. Luego se agachó para recoger el estilo y se lo devolvió con un gracioso gesto–. Agrega el nombre y los títulos de Khaemuast, y sella el documento con tu propia marca. A propósito, ¿qué utilizas?

–La marca de Thot. El mandril sentado en una luna –tartamudeó él. Ella asintió.

–¡Oh, sí!, por supuesto. Bueno, pues hazlo y dame el rollo. Cuando regreses de Coptos pasarás primero por mi casa y yo te lo devolveré. Luego, se lo entregará al príncipe.

–¡Esto es despreciable, noble señora! –barbotó Ptah–Seankh, furioso y asustado.

Sabia que cuanto ella había dicho era verdad. Si quería gozar de una carrera larga y próspera al servicio del generoso príncipe, tendría que hacer lo que le ordenaba. Pero comprendió que eso le envenenaría. Era un sucio secreto entre él y aquella mujer sin escrúpulos, que le perseguiría durante el resto de su existencia.

–¿Te parece despreciable conceder al príncipe lo que desea? –preguntó ella, dulce y razonablemente. No, sin duda. Él me desea y se casará conmigo, pese a todo. Pero ¡cuánto más feliz será si puede hacerlo con la aprobación de la historia y de Ramsés!

Ptah–Seankh no pudo decir más. Tomó el estilo y terminó rápidamente el documento para entregárselo. La mujer lo cogió y le indicó que podía levantarse. Así lo hizo el joven, luchando por dominar el temblor de sus rodillas.

–Recuerda –siguió ella–, ni una palabra de esto a nadie, aun cuando estés ebrio. Si hablas de esto y yo lo descubro, no sólo caerás en desgracia, sino que te mataré. ¿Comprendes?

Comprendía, sí. Al rozar aquellos ojos implacables con los suyos, Ptah–Seankh quedó convencido de que ella era capaz de hacer cuanto decía. La mujer debió de advertir que la amenaza había surtido efecto, pues ahuecó los labios con satisfacción.

–Bien. Ahora sal al corredor y ordena al heraldo que me anuncie a la princesa Nubnofret. Debo presentarle mis respetos.

Con toda la dignidad que pudo reunir, Ptah–Seankh recogió su paleta y se retiró con una reverencia. Todo el respeto y la admiración que podía haber sentido hacia aquella mujer murió cuando cerraba cortésmente la puerta tras de sí. Comprendió que estaría en manos de aquella odiada mujer durante el resto de su vida profesional.

La voz del heraldo apenas había dejado de resonar en el alto techo cuando Wernuro hizo pasar a Ttbubui. Nubnofret se levantó de la silla donde, obviamente, había estado inspeccionando las cuentas domésticas. A una orden suya, el mayordomo reunió el montón de rollos para despejar la mesa, hizo una reverencia a las dos mujeres y salió. Nubnofret se adelantó sin sonreír, mientras Wernuro cerraba las puertas y se sentaba en un rincón. Otra criada rondaba discretamente a cierta distancia, desde donde no podía oírlas. La princesa indicó a Ttbubui, con un gesto, que se adelantara.

–Recibí el mensaje donde me anunciabas tu visita –dijo secamente–. Me disculpo por saludarte tan deprisa, Ttbubui. Hoy es el día en que reviso los gastos de la casa con mi mayordomo y todavía no hemos terminado.

Sus ojos recorrieron el atuendo de la otra mujer, sin expresión alguna y luego volvieron a su rostro. Ttbubui se inclinó.

–Y yo me disculpo por llegar en momento tan poco adecuado –respondió, con igual gravedad–. No es mi intención hacerte perder tiempo, princesa. Creo que el príncipe te ha informado sobre su decisión de tomarme como segunda esposa.

Nubnofret asintió. Sus buenos modales se habían congelado en una glacial cortesía. No estaba bien sacar a relucir aquellos temas tan bruscamente. Lo tradicional era que la futura segunda esposa esperara la invitación de la esposa principal para entrar oficialmente en la casa e inspeccionar el edificio preparado para ella. Si la esposa principal faltaba a sus deberes y no hacía la invitación, la otra dedicaba varias horas a una conversación ociosa y superficial, antes de plantear el asunto de la boda con una vacilante y extremada cautela. La breve llamarada de amistad que Nubnofret había sentido por Tsubui se había apagado desde hacia tiempo. En ese momento, estaba claveteando su ataúd.

–Quise venir a visitarte cuanto antes –prosiguió Tsubui– para asegurarte mi respeto y mi afecto, y para decirte que nada cambiará aquí, en tu casa.

"¡Qué zorra imprudente!", pensó Nubnofret, con crueldad. "Te entrometes aquí sin que nadie te llame y tienes la audacia de mostrarte condescendiente."

–Siéntate, por favor, si así lo deseas –dijo, en voz alta–. ¿Gustas de algún refrigerio?

No era costumbre suya preguntar. Lo habitual era ofrecer inmediatamente a sus huéspedes alimentos y bebidas variadas. Tuvo la satisfacción de ver que un leve rubor subía a las mejillas de Tsubui, aunque su tranquila mirada no vaciló.

–Muy amable por tu parte –dijo Tsubui. La princesa no pasó por alto el ligero sarcasmo de sus graciosas palabras–. Pero el calor me quita el apetito.

No se había sentado. Permanecía de pie, confiada y encantadora. Nubnofret tuvo que aplastar una punzada de celos intensos.

–Lo siento –replicó deprisa, sin poder contenerse–. Pero tenía la impresión de que el calor te agradaba.

Tsubui encogió coquetamente un hombro desnudo, riendo.

–Me gusta, desde luego –admitió–, pues me obliga a comer menos y conservo así mi silueta.

"Un golpe para ti", se dijo la princesa, contemplando el cuerpo delgado e impecable de la mujer. Sonrió sin calor, con una sonrisa de cortesana, y luego, inclinando la cabeza a un lado, aguardó deliberadamente a que Tsubui continuara. Estaba decidida a no abordar el asunto de la boda. Durante un momento se produjo una situación de espera. "Yo sé jugar a esto mejor que tú", agregó Nubnofret para sus adentros. "Nací haciéndolo. Podría haberte perdonado tu belleza, pues no es obra tuya. Podría haberte perdonado por robarme el corazón de Khaemuast. Pero jamás podré perdonarte esos modales vulgares y baratos."

Tal como esperaba, Tsubui fue la primera en ceder.

–Hemos sido amigas durante un tiempo, Alteza –dijo, rompiendo el silencio–, pero observo hoy una pequeña reserva por tu parte. –Dio un paso hacia Nubnofret, con las manos extendidas en un ademán de súplica–. Mis protestas de respeto y afecto son sinceras. No tengo intención alguna de interferir en asuntos que corresponden a tu autoridad.

La princesa enarcó las cejas.

–No veo cómo podrías interferir, aunque así lo desearas –dijo–. Hace muchos años que vivo con Khaemuast. Le conozco mucho más que tú. Más aún, la organización de la casa y la vida de otras esposas y concubinas corresponde a la esposa principal. Cualquier cambio debe ser efectuado por mí. En cuanto a tu respeto y afecto... bueno... –Hizo una pausa–. Si eres prudente, te esforzarás por obtener lo mismo de mí; de lo contrario, tu vida podría ser un poco incómoda. Debemos aprender a vivir juntas, Tsubui, y creo que debemos acordar una tregua cortés. Empecemos por ser sinceras.

Acentuó la última palabra. Tsubui la observaba con desconfianza. El barniz de coqueta timidez había desaparecido, y había sido reemplazado por una crítica frialdad. Su cara era como una máscara. Nubnofret cruzó los brazos.

–No creo que convengas a mi esposo –prosiguió, con una firme serenidad que, en verdad, no sentía–. Por tu causa ha descuidado su trabajo y a su familia y vive con la mente atormentada. No olvides que la violencia del enamoramiento puede convertirse muy rápidamente en disgusto. Por eso te aconsejo que pises con cuidado cerca de mí. Khaemuast no se interesa mucho por la administración de su finca, siempre ha dejado eso en mis manos y continuará haciéndolo así. Si tratas de entrometerte, si corres a él llevándole pequeñas quejas, empezarás por aburrirle y acabarás fastidiándole. Si cooperas, serás bien recibida aquí. Además, tengo cosas más importantes que hacer antes que preocuparme por tu comodidad. ¿Comprendes?

Tsubui había escuchado atentamente. Su piel había palidecido hasta adquirir tenso color amarillento, y su rostro se había convertido poco a poco en todo ojos y boca apretada. Pero cuando Nubnofret acabó de hablar, se adelantó dos pasos, de modo que su cara quedó a pocos centímetros de la de Nubnofret. Y cuando habló, su aliento fue frío y desagradable.

–Lo que tú no logras entender, Alteza, es la intensidad de la obsesión que provocho en tu esposo –dijo, con voz grave y poderosa–. No es enamoramiento, te lo aseguro. Soy yo quien está en sus órganos, no tú. Si tratas de desacreditarme, serás tú quien sufra. De ahora en adelante, nadie podrá hablarle mal de mí, pues cuento con su completa confianza. Es mío, en cuerpo, mente y ka. Tengo las manos entre sus piernas, princesa, justo donde él las quiere. Si le acaricio, él ronroneará. Si aprieto, gritará de angustia. Pero no te equivoques, es mío y puedo hacer con él mi voluntad.

Nubnofret estaba alelada por el horror. Rara vez en su vida había visto tanto veneno, ni escuchado semejantes palabras. Aquella mujer era algo salvaje, algo totalmente desprovisto de conciencia humana o decencia. Durante un segundo, la princesa se estremeció en una oleada de espanto, sabía que Tbului decía la verdad. Luego reunió coraje.

–No creo que mi esposo te interese en absoluto –dijo, fríamente–. No eres sino una campesina codiciosa con corazón de ramera. Puedes retirarte.

Tbului se alejó con una reverencia. Ahora sonreía, aunque su actitud era respetuosa.

–No es el corazón lo que tengo de ramera, princesa –comentó al retroceder–. Al parecer, te he ofendido. Me disculpo.

Wernuro se había levantado para abrirle la puerta. Con una última reverencia, Tbului irguió la espalda y se perdió de vista.

## CAPÍTULO 15

Hablo de un gran asunto

y causa que escucharás.  
Te doy un pensamiento para la eternidad,  
una regla de vida para vivir en la corrección  
y pasar la existencia en felicidad

Honra al Rey, el Eterno...

Intimidado y preocupado, Ptah–Seankh partió hacia Coptos al día siguiente, armado con las instrucciones escritas de Khaemuast sobre el procedimiento a seguir, mientras la familia organizaba el período de duelo. La pérdida no los había unido. Muy al contrario, sin música, entretenimientos ni festines con huéspedes, empezaban a aparecer los huesos desnudos y crueles del distanciamiento. Nubnofret se aisló por completo de todos ellos. Hori se retiró también a un particular infierno donde ni siquiera Sheritra podía seguirle, aunque pasaban mucho tiempo juntos.

Khaemuast parecía ignorar todo aquello. Desaparecía casi todas las tardes sin que nadie lo notara, salvo Nubnofret, que no hacía comentarios, y volvía a la hora de comer, desconcertado y confuso, respondiendo con monosílabos. Su esposa sospechaba que pasaba aquellas horas en el diván de Tsubui y, aunque aborrecía aquella falta a las reglas del luto, no decía una palabra por orgullo. Khaemuast habría querido ordenar que continuara el trabajo en la ampliación, pero no se atrevía a quebrar aquella norma. Los obreros volvieron a sus aldeas y los muros, sin pintura y a medio terminar, permanecieron entre un revoltijo de ladrillos y hierba quemada por el sol del verano.

Sheritra había enviado una carta a Harmin, expresándole su amor y disculpándose. En respuesta recibió una breve nota: "Cuenta con mi más profunda devoción, Pequeño Sol", decía. "Ven a verme cuando puedas." Ella la llevó consigo durante varios días, metida en su cinturón y cuando la melancolía que predominaba ahora en la casa amenazada con abrumarla, la sacaba y la releía, llevándosela a los labios. En esos momentos sentía resurgir el enfado que la había sacudido la mañana en que, ignorante de todo, había vuelto a casa para ver a Hori.

Los setenta días de duelo se acercaban a su fin y Nubnofret inició los planes para el inminente viaje a Tebas. Permanecía encerrada en una frígida corrección y Khaemuast la dejaba en paz. Antes de que ella y el resto de la familia se dispusieran a subir por la rampa a la amplia barcaza, llegaron noticias desde Coptos. Ptah–Seankh había sabido que Khaemuast que su trabajo avanzaba satisfactoriamente, que su padre estaba siendo embellecido con el debido respeto y que no vería demorado su regreso a Menfis con la información requerida por su amo. Para Khaemuast fue un alivio. Irrracionalmente, había temido que Ptah–Seankh sufriera también algún desastre, como si estuviera condenado a no poder recibir jamás a Tsubui en su casa con todas las cláusulas del contrato cumplidas. Pero esta vez todo marchaba bien.

No obstante, vio alejarse los peldaños del embarcadero desde la cubierta de la barcaza con gran resentimiento. No quería viajar y le sorprendió oír aquellos mismos sentimientos expresados en voz alta por Sheritra, que se apoyaba a su lado contra la barandilla, pálida y de malhumor.

–Debería alegrarme de cumplir este último deber para con la abuela –dijo la muchacha–, pero lo detesto. ¡Lo detesto! Sólo quiero que todo termine y volver a casa otra vez.

No había en sus palabras vergüenza ni rastro de egoísmo en la inflexión de su voz. No hacía sino establecer un hecho. Khaemuast, sin responder, echó un vistazo a la barcaza que los seguía, ocupada por Si–Montu y Ben–Anath, de pie en la proa. Al verle volverse, los dos agitaron las manos y él les devolvió el saludo, a desgana. Si–Montu era ahora como un desconocido. Todos sus parientes eran como desconocidos. "¿Alguna vez he conocido a estas personas?", se preguntó, mientras el ribazo se deslizaba ante sus ciegos ojos. "Alguna vez los he saludado como a familiares, quizá como a amigos? ¿Cuándo fue la última vez que hablé con Si–Montu?" Entonces lo recordó, atacado por una sensación de ahogo. "La familia está deshecha", pensó. "Si–Montu, Ramsés, probablemente creen que no han recibido noticias mías porque estoy horriblemente ocupado. No saben que todo ha cambiado, que todo se ha roto. Que es imposible soldar otra vez los pedazos, porque yo mismo soy un fragmento, Nubnofret es un fragmento, Hori y Sheritra son fragmentos agudos, mellados, que rechinamos uno contra otro, porque no hay quien nos tome para ajustarnos de nuevo entre sí. Y a mí, sencillamente, no me importa." Oyó a Hori lanzar un fuerte juramento contra uno de los marineros. Luego, el silencio volvió a descender sobre la cubierta. Sheritra suspiró a su lado y se dedicó a pellizcar una escama de pintura dorada de la barandilla. "No me importa", pensó Khaemuast, perezosamente. "No me importa."

Aturdidos y en silencio, se instalaron en las atestadas habitaciones del palacio. La residencia real de Tebas era más pequeña, demasiado pequeña para albergar cómodamente a todos los habitantes de la poderosa ciudad dentro de una ciudad que era Pi–Ramsés que habían acudido para presentar sus respetos a Astnofert.

–Me siento como si me hubieran drogado –comentó Sheritra, mientras sus sandalias resonaban sobre el brillante pavimento.

Khaemuast vio que Bakmut la seguía. La puerta se cerró tras ellas.

–¡Qué tontería! –espetó Nubnofret, antes de desaparecer a su vez. Hori ya se había escabullido.

Khaemuast se detuvo un momento, escuchando el suspiro del viento desértico en las mangas. "Drogada", pensó. "Si, así es."

El palacio vibraba a su alrededor con fragmentos de música, gritos de los soldados que cambiaban la guardia, agudas risas de las muchachas, aroma a comida y flores, el pulso de la vida. Por su parte, se sentía como si hubiera estado enfermo y se encontrara aún muy delicado. Sus desconcertados sentidos recibían tan intensamente el ataque de

tanta vitalidad, de tanta despreocupada energía, que sintió un absurdo deseo de estallar en lágrimas. Pero apartó aquella debilidad y, tras enviar a un heraldo a informar a su padre de que él y su familia habían llegado, salió en busca de Si-Montu.

Pero no pudo hallar a su hermano. Ben-Anath le saludó con alegría, pero distraída. Estaba ya rodeada de sus amigas. Desconsolado, Khaemuast volvió a sus habitaciones entre multitudes que le reconocían y se abrían a su paso, haciéndole reverencias. Apenas reparaba en nadie. Como la cara de Tbusui no estaba entre ellos, no existían.

No le sorprendió encontrar una llamada de su padre esperándole en sus habitaciones. El faraón requería su presencia sin demora en el despacho privado, tras la sala del trono. Khaemuast había pensado muy poco en las actuales negociaciones matrimoniales de Ramsés, pero en aquel momento recordó sus tortuosos recodos. Mientras marchaba de mala gana por entre las sofocantes muchedumbres de cortesanos, otro recuerdo, igualmente sumergido, flotó a su mente, completo y desagradablemente vivo. Un anciano que tosía, cortésmente, aferrando con una mano disecada el amuleto de Thot que pendía sobre su marchito pecho, mientras con la otra extendía un rollo. Khaemuast recordó que era extrañamente pesado para tratarse de un papiro tan delgado. Se miró súbitamente la mano y sintió otra vez su quebradiza fragilidad. Lo había perdido. Eso también lo recordaba. En algún sitio, entre las fieras antorchas de la puerta norte del palacio y sus propias habitaciones en Pi-Ramsés, aquel condenado objeto había desaparecido. Sin ningún motivo aparente, sus pensamientos volvían, voluntariamente, al falso Pergamino de Thot, cosido una vez más con firmeza a la mano de un hombre desconocido que se marchitaba en su ataúd. Con una exclamación, Khaemuast se obligó a regresar al presente.

—¿Decías, príncipe? —preguntó Ib, con cortesía.

—Nada —replicó Khaemuast, brevemente—. No decía nada. Hemos llegado, Ib. Pide que pongan un banquillo junto a las puertas y espérame ahí.

El heraldo había dejado de anunciar sus títulos y le introducía en la habitación con un reverencia. Khaemuast se adelantó.

Allí donde el suelo parecía perderse en el deslumbrante infinito, su fluir se quebraba con la presencia de un imponente escritorio de cedro. Detrás de él se encontraba Ramsés, con los brazos cargados de oro y cruzados sobre el pecho, algo cóncavo e igualmente enjoyado. El casco de hilo, a rayas blancas y azules, enmarcaba el rostro levemente desdeñoso que Khaemuast conocía tan bien. La nariz aguileña, los ojos oscuros y brillantes de su padre, le habían hecho pensar siempre en un alerta Horus. Hoy, empero, su vigilancia de ave tenía una cualidad predatoria. Khaemuast dio la vuelta al escritorio para arrodillarse a besar los reales pies, pensando que la expresión de Ramsés tenía más en común con el buitre que le miraba desde la diadema, que con el halcón hijo de Osiris.

Tehuti-Emheb, el escriba real, había abandonado su almohadón detrás del monarca para hacerle una reverencia, junto con Ashahebsed, siempre arrugado y blandamente inescrutable, que mantenía en delicado equilibrio una bandeja de plata entre las manos. El príncipe les dirigió un ademán brusco y ellos se incorporaron, el escriba, para retomar su sitio; Ashahebsed, para verter un torrente de vino púrpura en la taza de oro que Ramsés tenía a su derecha. Su mirada se cruzó un instante con la de Khaemuast, que leyó en sus ojos viejos y acuosos la misma altanera antipatía que siempre se habían inspirado mutuamente.

Pero no tuvo tiempo de reaccionar, pues Ramsés había vuelto a sentarse y cruzaba lentamente las piernas, colocando un brazo en el respaldo de la silla con gracia desenvuelta, aunque estudiada. No invitó a su hijo a ocupar la silla que permanecía a su lado, vacante. En cambio, señaló grácilmente los rollos que se amontonaban a su izquierda. Sus labios pintados de rojo no sonreían.

—Te saludo, Khaemuast —dijo, con serenidad—. No creo haberte visto nunca con un aspecto tan poco saludable. —La nariz real se arrugó un poco. Los ojos reales no se apartaban de la cara de su hijo—. Estás amarillento y ojeroso —prosiguió el faraón, implacable—. Casi me siento inclinado a compadecerte, en vez de aplicarte la disciplina que mereces. —Su boca se curvó en una helada sonrisa—. Dije "casi". Todos estos rollos contienen quejas de los ministros a quienes debes tu atención. Cartas sin respuesta, cálculos sin aprobar, puestos vacantes en ministerios menores que continúan sin ser ocupados... Todo porque tú, príncipe, has estado descuidando vergonzosamente tus responsabilidades.

Bajó el brazo y, apoyando los codos en el escritorio, reposó el mentón en sus enjoyados dedos, mirando a Khaemuast con calculado disgusto. Su hijo no se atrevió a apartar la vista para lanzar una mirada a Ashahebsed, pero percibió el disimulado júbilo del hombre. No le molestaba la presencia de Tehuti-Emheb, pues era su deber registrar el diálogo y sus resultados, cualesquiera que fuesen, pero súbitamente le enfureció el que su padre no despidiera al viejo portador de la taza. Conociendo a Ramsés como le conocía, estaba seguro de que el hecho de que permitiera su presencia no era un descuido. Pero Khaemuast se negó a sentirse incómodo. Ninguno de aquellos hombres esparcía rumores sobre la conversación. Y lo cierto era que él merecía la desaprobación del Poderoso Toro. Incluso así, los vapores de la ira se enroscaban en su garganta, acres y amargos.

—Pero estas cosas, por intrigantes y fastidiosas que sean, no merecen todo mi divino disgusto —prosiguió Ramsés—. Por dos veces, el mayordomo de tu madre te envió un mensaje para informarte de que empeoraba, y sin embargo, murió sin el consuelo de tu presencia. Quiero saber por qué, Khaemuast.

Unas descabelladas excusas atravesaron rápidamente la mente de Khaemuast. "No recibí los mensajes. Mi escriba, al leérmelos, interpretó mal sus garabatos. Iba a venir, pero enfermó. Ya ves, Gran Horus, lo enfermo que he estado. Me he enamorado desesperadamente de una bella mujer, hasta el punto de que nada, nadie más existe para mí, e incluso el sufrimiento de mi madre moribunda ha sido sólo un fastidioso inconveniente."

Mostró la palma de las manos.

—No puedo ofrecerte ninguna explicación, ¡oh, Divino! —dijo.

Hubo un momento de atónito silencio. Ramsés le miró fijamente, con incredulidad.

–¡Me desafías! –gritó, perdida la suavidad de la voz y dominada ésta por la fuerza de su ira.

Khaemuast comprendió que su padre estaba auténticamente enfurecido, hasta el punto quizá de ser peligroso.

Aguardó sin decir nada.

Ramsés empezó a acariciar con el índice y el pulgar el largo pendiente de oro y cornalina que se apoyaba en su cuello, frunciendo el ceño. Súbitamente dio un tirón a la joya e hizo chasquear los dedos.

–Ashahebsed, Tehuti–Emheb, retiraos –ordenó, ásperamente.

Los dos hombres hicieron inmediatamente una reverencia, el escriba con la paleta equilibrada sobre la palma de las manos, y retrocedieron hacia la puerta. Ramsés no les prestó más atención.

–Puedes sentarte, Khaemuast –invitó, con la voz nuevamente serena y seca.

El príncipe obedeció.

–Gracias, padre –dijo.

–Ahora, puedes hablar –prosiguió Ramsés.

No era una sugerencia, sino una orden. Las puertas dobles se cerraron sonoramente. Estaba a solas con aquel hombre, aquel dios que tenía el destino de todos los egipcios entre sus manos marchitas, cuidadosamente teñidas, y que podía castigar el descuido de Khaemuast como se le antojara. Esperaba, inclinando la cabeza y enarcando las cejas, con una áspera impaciencia en sus ojos sabios y gruesamente delineados. "Siempre he sido su favorito", pensó Khaemuast, con una punzada de aprensión. "Pero ser el favorito de un dios inteligente, tortuoso y carente de escrúpulos... ¿qué significa?"

Respiró hondo.

–En verdad tengo una explicación, padre –empezó–, pero ninguna excusa. He descuidado vergonzosamente todos mis deberes para con Egipto, para contigo y los dioses, y el modo en que he tratado a mi madre ha sido totalmente condenable, aun sabiendo perfectamente que podía morir en cualquier momento. Ella recibió esa advertencia y me la transmitió, sin que yo le prestara atención.

Tragó saliva, todavía enojado, sabiendo que hablaba de vergüenza sin sentirla. Confiaba en que su padre no penetrara hasta la verdad con sus viejos ojos, sobrenaturalmente observadores.

–Sabemos todo eso –interrumpió Ramsés, lacónicamente–. Te estás permitiendo muchos lujos, Khaemuast.

Dentro de tres días tengo una audiencia con una delegación procedente de Alashia, conque harías bien en apresurar tu explicación.

–Muy bien –dijo él, simplemente–. Me he enamorado con gran violencia, hasta el punto de que desde hace varios meses no puedo concentrarme en otra cosa. He ofrecido a la mujer un contrato que ha aceptado, sólo resta una confirmación de su noble Origen. Eso es todo.

Ramsés le miró con fijeza, estupefacto. De pronto se echó a reír, con una rica y robusta carcajada que arrancó diez años a su aspecto.

–¿Khaemuast, enamorado? ¡Imposible! –jadeó–. ¿Embelesado el poderoso príncipe del decoro? ¡Qué maravilla! Háblame de este notable personaje, Khaemuast. Tal vez decida perdonar tus terribles faltas, después de todo.

Khaemuast comenzó a describirle a Tsubui obedientemente. Al hacerlo le invadió una oleada de nostalgia, mezclada con una extraña impresión de desdoblamiento, como si en realidad no estuviera allí, en aquel suntuoso salón, escuchando una voz que apenas reconocía como propia, pronunciando a la fuerza unas palabras vacilantes y torpes, que expresaban poco el filo de espada de sus emociones. Los ojos astutos del hombre que se inclinaba sobre la mesa relucían de placer. La explicación del príncipe se apagó al final en silencio y Ramsés irguió la espalda.

–Espero que me presentes a esa mujer en tu próxima visita a Pi–Ramsés –dijo–. Si es tan irresistible como dices, declararé nulo el casamiento y la agregaré a mi harén. Pero me atrevo a decir que será una de esas hembras asexuadas, secas y serias, más inclinadas a abrir un rollo que las piernas. Conozco tus gustos, hijo mío. Siempre me ha asombrado que quisieras casarte con una mujer tan voluptuosa como Nubnofret. –Levantó la taza de oro que tenía ante su codo con tres dedos remilgados y sorbió el vino, mirando astutamente a Khaemuast por encima del borde de la taza–. Hablando de Nubnofret –dijo, deslizando cuidadosamente la lengua por sus rojos labios–, ¿qué opinión tiene ella de tu futura segunda esposa?

Khaemuast sonrió débilmente, siempre sujeto a aquel incomprensible desdoblamiento.

–No está satisfecha, ¡oh, Divino!

–Eso es porque ha gobernado sola tu nido durante demasiado tiempo –replicó inmediatamente Ramsés–. Debe aprender a ser más humilde. La arrogancia es un rasgo detestable en una mujer.

Khaemuast parpadeó. El harén de su padre estaba lleno de mujeres tercas, fieras y peleadoras, capaces de proporcionar al faraón el desafío que más le gustaba.

–¿Y tus hijos? –preguntó Ramsés–. ¿Hori y Sheritra? ¿Qué opinan?

–Todavía no les he pedido su opinión, padre.

–Ah –De inmediato Ramsés pareció perder interés por la conversación. Se levantó, apoyándose una mano en el pecho hundido, y Khaemuast le imitó al instante–. Mañana, tu madre será depositada en su tumba –dijo–. Aborrezco, hijo mío, la debilidad con que has dejado caer todo lo de tu vida en el caos mientras cortejabas a esa mujer, pero lo comprendo. No habrá castigo, siempre que Egipto pueda confiar de nuevo en que cumplirás prontamente tus funciones.

El príncipe se inclinó.

–No merezco tu clemencia –fue su comentario.



–No, en efecto –asintió Ramsés–, pero no hay otro que pueda hacerse cargo de las tareas que te he confiado, Khaemuast. Merenptah es un idiota altisonante y mi hijo Ramsés, un borrachín.

El príncipe cambió diplomáticamente de tema, mientras los dos se acercaban a las puertas.

–No he recibido ningún comunicado sobre las negociaciones matrimoniales que emprendiste –expresó, con cautela–. Confío en que todo marche bien.

Ramsés soltó un desdenoso bufido.

–La princesa de los khatti está en camino –dijo–. Llegará dentro de un mes, siempre que no sea devorada por los animales salvajes ni violada y asesinada por los bandidos en el desierto. A decir verdad, Khaemuast, ya estoy harto de ella, aunque todavía no la conozco. Es su dote lo que despierta mi apetito, no su suave piel real. Desde luego, estarás presente cuando lo amontone todo ante mí y flexione sus pequeñas rodillas... hermosas, espero. –Clavó en Khaemuast una mirada duramente hostil–. Es tu última oportunidad, Khaemuast. Si me fallas esta vez, acabarás patrullando el Desierto del Oeste con los medjay durante el resto de tu vida. Lo digo en serio.

Ramsés no se retrasó en la puerta, sino que después de dar un somero beso a su hijo en la mejilla, marchó a paso majestuoso. Un bullicioso cortejo se congregó a su alrededor, mientras el príncipe iba en busca de Ib para volver a sus habitaciones.

De pronto, Khaemuast descubrió que estaba exhausto. "No puedo permitir que esto vuelva a ocurrir", pensó, fijando los ojos en la fuerte y flexible espalda de Ib. "Debo atender a mis deberes, pase lo que pase, y aferrarme a algún tipo de perspectiva." Pero su imaginación se iba ya llenando otra vez con la cara de Tsubui, mientras la de su padre se encogía hacia la nada. Sufría por la necesidad de estar con ella otra vez.

Al día siguiente, los funerales de Astnofert dejaron el palacio vacío. Su cortejo se extendía a lo largo de cinco kilómetros, desde los límites de la finca real, a través del Nilo, donde las balsas iban y venían sin cesar para cruzar a deudos y cortesanos, hasta llegar a la rocosa desolación del valle en donde eran sepultadas todas las reinas desde hacía cientos de años. Se habían levantado unas carpas para los familiares más cercanos, así como para el alto sacerdote y los acólitos que iban a celebrar las ceremonias. La muchedumbre restante intentaba hacerse espacio, instalándose donde hubiese un poco de sombra. El tiempo se pasaba durmiendo o chismorreando, mientras el cadáver de Astnofert, envuelto en vendas de hilo y encerrado en su pesado sarcófago de cuarzo, iba siendo rodeado de hechizos y preparado para el viaje final hasta el oscuro silencio de la tamba.

Khaemuast y su familia pasaron tres días allí, de pie o sentados, prosternándose o bailando con los movimientos del rito fúnebre, recibiendo el feroz sol tebano que absorbía la humedad de su piel y la arena, que se levantaba en unos sofocantes remolinos y se adherían al sudor, filtrándose por debajo de la ropa. Por fin acabó todo. Khaemuast entró en Ja tumba con su padre, para depositar unas guirnalda de flores sobre el abultado nido de ataúdes dentro del cual yacía Astnofert, como la solución de un complicado acertijo. Los sirvientes borraron sus huellas cuando ellos retrocedieron hacia la luz del sol y los sacerdotes enhebraron a los sellos de la puerta la sogá anudada y colocaron la insignia de la muerte: el chacal y los nueve cautivos.

Ramsés se alejó sin decir palabra, sacudiéndose el polvo de los pies antes de subir a su litera. Khaemuast y su familia hicieron otro tanto. Así los trasladaron otra vez al río lodoso y a la balsa. Llegaron a la relativa frescura del palacio muy fatigados. En cuanto llegaron a la intimidad de sus habitaciones, Khaemuast se volvió hacia su mayordomo.

–Ib –dijo–, haz empaquetar nuestras pertenencias. Mañana por la mañana volveremos a Menfis.

Ib hizo un gesto de asentimiento y se alejó. Nubnofret, que estaba cerca de ellos, se aproximó a su esposo y durante un momento se miraron. Khaemuast vio que le temblaba la mano, como si hubiera estado a punto de tocarle, pero lo hubiera pensado mejor.

–Khaemuast –dijo, en voz baja–, cuando Ramsés vuelva al Delta, me gustaría ir con él. Necesito un descanso. Necesito pasar algún tiempo lejos del polvo y el ruido constante de la construcción. No será mucho tiempo. Un mes, quizás.

Khaemuast examinó su rostro. La expresión de su esposa era de una cortés neutralidad y sus ojos no revelaban nada. "Quiere huir de mí", pensó él. "De mí."

–Lo siento, Nubnofret –replicó, enfáticamente–. Tienes una finca que administrar. Y Tsubui se mudará a la casa de las concubinas en cuanto hayamos desempaquetado las cosas. Si no estás allí para darle la bienvenida oficial y facilitar su alojamiento, cometerás una falta contra las buenas costumbres. Además, ¿qué diría la gente?

–Diría que a Nubnofret, esposa principal del príncipe Khaemuast, no le agrada la segunda esposa elegida por él y desea demostrar su disgusto mediante una momentánea ausencia –espetó ella–. ¿Tan poco te importa lo que yo sienta, Khaemuast? ¿No te importa que me preocupe por ti, que tu padre se preocupe por ti, que Tsubui provoque tu ruina?

Clavó en él una mirada ardiente y, con un desdenoso gruñido, se marchó a grandes pasos.

"Qué cansado estoy de tanta confusión", pensó Khaemuast, siguiéndola con la vista. "Dentro y fuera de mí, un constante torbellino de conflicto, dolor, deseo, remordimientos, culpa."

–¡Ib! –gritó, con más potencia de la necesaria–. ¡Busca a Amek! Vamos a cruzar otra vez el río para ir al templo en ruinas de la reina Hatshepsut. Hay unas inscripciones que deseo examinar antes de irme.

"La solución es trabajar", se dijo, con fervor. "El trabajo hará que el tiempo pase más deprisa. Luego, el movimiento de la barcaza rumbo al hogar. Y, luego ella, estará allí, en mi finca, y todo volverá a ser lúcido."

Abandonó las habitaciones dando un portazo.

Hori había vivido en Tebas su propia angustia. Evitaba a sus numerosos parientes y trataba de agotarse paseando junto al río, vestido con ropas de campesino, vagando por los mercados o pasando horas enteras de pie en el templo de Amón, tras el bosque de columnas del patio exterior. Allí donde contemplaba elevarse el incienso del patio interior, en una nube casi invisible contra el cielo azul, y trataba de orar. Pero orar era imposible. Sólo venían a él palabras de amargura, oscuras y furiosas.

Fue en una de esas ocasiones, cuando se alejaba del templo en dirección al camino del río, transitado por asnos, cuando oyó pronunciar su nombre. Se detuvo protegiéndose los ojos del sol con la mano. Una litera se había detenido en el suelo, a unos diez pasos de distancia, y su cortina se abría. Hori divisó una pierna morena y larga, con la pantorrilla ceñida por unas deslumbrantes ajorcas de oro, y unos pliegues de niveo hilo. Durante un momento el corazón le dio un vuelco y echó a correr hacia Tsubui. Pero luego asomó una silueta, más pequeña y joven que la de su imaginación. Nefert-khay, la hija del jefe de los arquitectos, le sonreía. Recordó vagamente haberla visto en su último viaje al Delta, una muchacha bonita y vivaracha que se había sentado junto a él en uno de los banquetes y luego había hecho lo posible por inducirle a besarla. La muchacha le hizo una reverencia al verle acercarse.

–Nefert-khay –saludó él, con sorpresa.

–O sea que me he equivocado –exclamó ella, alegremente–. ¡El príncipe Hori! Sabía que estarías en Tebas por los funerales de tu abuela, pero no esperaba que me recordaras. ¡Es un halago, Alteza!

–¿Cómo no recordarte? –bromeó él a su vez, con toda la galantería que pudo–. No eras precisamente la más modesta y reservada de las damas de la corte. Me alegro de volver a verte, Nefert-khay. ¿Adónde vas?

Ella rió, mostrando sus dientes blancos y regulares.

–Iba a pasar una hora rezando, pero, a decir verdad, príncipe, lo que deseaba era alejarme del palacio. Nos han amontonado en cualquier sitio disponible como pescado en la sartén y apenas se puede respirar. ¿Y tú?

–Acabo de terminar mis oraciones –replicó Hori, con gravedad–. Y se me ocurrió pasear un rato junto al río.

Por alguna razón le hacía bien hablar con ella. Era un animal joven y sano, con el rostro fresco y sin complicaciones. Las cuatro trenzas gruesas y brillantes rebotaban sobre la piel impecable de sus pechos casi desnudos. Desprendía una energía optimista y sonreía con unos límpidos ojos. Hori sintió que su acritud se desvanecía levemente. Ella hizo una mueca de fingido horror.

–¿Solo, Alteza? ¿Sin amigos ni guardias? Se me ocurre una buena idea. Busquemos un sitio discreto junto al río y vayamos a nadar. Puedo rezar esta noche, a Amón no le molestará.

El primer impulso de Hori fue darle una excusa, pero se encontró respondiendo a su sonrisa, casi sin desearlo.

–Gracias –dijo–. No se me ocurre nada más agradable. ¿Conoces algún sitio adecuado?

–No, pero podemos hacer que los portadores nos lleven hasta que lo hallemos. Después de todo, Tebas es una ciudad pequeña. –Se apartó de él y señaló con una palmada el hueco que su cuerpo había dejado en los almohadones–. ¿Vienes conmigo, príncipe?

Él quiso negarse una vez más y caminar junto a la litera, pero se encontró sentado junto a ella. La litera ascendió y empezó a tambalearse.

–¡Un lugar tranquilo junto al río, Simut, por favor! –gritó ella a su jefe de portadores. Luego soltó la cortina y se volvió hacia Hori. Su cara intachable estaba a pocos centímetros de él. De pronto, el joven advirtió que tenía la faldilla sucia, el pelo enredado y sin lavar, y la piel surcada de arenilla–. Si tuvieras diez años menos –dijo ella con franqueza, tras observarle un momento–, diría que eres un niño travieso que se ha fugado de su hogar. Parece que ya has pasado por muchas aventuras escalofriantes. ¿Sabe tu real padre dónde estás?

Su admiración le hizo sonreír.

–Te pido disculpas, Nefert-khay –dijo, humildemente–, tengo algo muy pesado en la mente, que me hace descuidarlo todo, salvo este constante dolor. –Se repasó el cabello, avergonzado, con la mano–. Encontrarte ha sido muy oportuno...

–Porque sabías que necesitabas un baño con urgencia –concluyó ella, riendo–. Alteza, eres un hombre molesto, frustrante y completamente inabordable. Apareces en la corte como si salieras de la nada. Vagas por los corredores y los jardines con la nariz en el aire y los pensamientos muy lejos, y luego vuelves a desaparecer. Eres tema de sabrosísimos chismes entre mis amigas, cuando las travesuras de los cortesanos se tornan aburridas. Alguien comenta: "Creo que ayer vi al príncipe Hori, junto a las fuentes, pero no estoy segura. ¿Está otra vez en la corte?". Y nadie puede asegurarlo. Entonces volvemos a hablar de tu misterio y te echamos la culpa de nuestro aburrimiento y nuestra infelicidad.

Volvió a reír como una niña. Era un perfumado ejemplo de la mejor nobleza femenina de Egipto, ágil y desbordante de vitalidad.

Hori sintió una abrumadora tentación de desnudar su alma. Quería volcarlo todo en aquellas delicadas orejas, que eran como pequeñas conchas, verle fruncir las cejas y ponerse solemne. Pero rechazó el impulso. "Ella me conviene más así", pensó, "divertida, vibrante, capaz de arrancarme de mi mismo durante una tarde".

–No tenía ni idea de que produjera tanto revuelo detrás de mí –protestó, sinceramente.

Ella se tendió de espaldas recogiendo las rodillas, y empezó a dar vueltas entre los dedos a una rosada flor de loto, completamente marchita.

–Supongo que exagero un poco –admitió, sin arrepentirse–. Probablemente no eres nada misterioso. Tal vez mis amigas y yo confundimos una expresión ausente con algo excitante y exótico. Las mujeres somos tontas y románticas, ¿verdad, Alteza?

"Algunas, si", pensó él, ceñudo. "Y otras son crueles, y a otras no les importa el romance, sino sólo la riqueza y el poder, y las hay que usan su seducción para mutilar."

–El romanticismo no tiene nada de malo –dijo, con firmeza–. El amor es estupendo, Nefertkhay.

Ella suspiró profundamente.

–¿De veras, príncipe? ¿Estás enamorado? ¿Sueñan también los hombres tontamente y dejan vagar la vista en la nada? ¿Son capaces de robar un brazalete, un trozo de papiro al objeto de sus deseos, para poder besarlo y apretarlo contra el pecho cuando nadie mira? –Volvió la cabeza para mirarle con burlona seriedad–. ¿Es así?

"¡Qué inocente eres!", pensó él, contemplándola. "Pese a tu sofisticación palaciega, tu cháchara y tu aire mundano, tienes una bendita inocencia. En la cara de Sheritra no veo esa expresión. Ya, no." –¿Qué edad tienes, Nefert-khay? –preguntó, súbitamente.

Ella hizo un mohín.

–¡Oh, cielos! –respondió–, voy a recibir un bondadoso sermón. Tengo diecisiete años. Mi padre lleva un año buscándome esposo, pero no ha buscado lo bastante lejos. –Se incorporó–. La verdad es que sugerí tu nombre como candidato, Alteza. Tengo sangre noble, por supuesto, aunque no real. Pero mi padre dice que tú primero debes casarte con alguien de la realeza y pensar luego en la nobleza para la segunda esposa. –Su cara se iluminó–. Date prisa, príncipe Hori. Cásate con alguna aburrída mujer de sangre azul, para que luego puedas dedicarme tus atenciones. Mejor aún, seré la primera candidata para tu harén. Tómame como concubina. Ya tendrás tiempo después de desposarme.

Hori rompió en una carcajada espontánea, la primera en muchas semanas. Rió sin poder evitarlo, con las lágrimas corriéndole por las mejillas y abriendo surcos entre la mugre que le cubría la cara. Sentía que una diminuta parte de su negro tormento se desmoronaba en su corazón. Nefert-khay pareció molestarse.

–¡Mi querida niña! –jadeó él–. ¿Hay algún modo de saber cuándo hablas en serio? Te aseguro que cuando esté dispuesto a casarme, tu nombre será el segundo que proponga a mi padre.

–¿El segundo?

–Después de la aburrída esposa de sangre azul, por supuesto.

La litera se posó en el suelo con un suave rebote y Nefert-khay apartó la cortina para mirar.

–Este sitio es perfecto –gritó–. ¡Bien hecho, Simut! Ven, Alteza. Voy a llenarte la boca de lodo por no caer a mis pies inmediatamente rendido.

Bajaron de la litera. El río corría con un movimiento casi imperceptible, a poca distancia de la arena limpia y de dos árboles retorcidos que se inclinaban hacia el agua. El camino no quedaba a la vista, pero se oían voces atrás y el suave golpetear de los cascos de burro, tras una pequeña loma.

Una exultante temeridad se apoderó de él. Se quitó la faldilla con un rápido movimiento, y la dejó caer junto a la litera. Corrió hacia el agua. Sintió que Nefert-khay se bajaba la túnica y oyó el tintineo de las ajorcas que se quitaba. Y, de pronto, se encontró tumbado en el Nilo, sintiendo que el agua fresca desprendía la arenilla que tenía pegada al cuerpo y chapoteaba a su alrededor, contra su boca. "¿Estoy despierto?", se preguntó, estúpidamente. "¿Se me permitirá volver a vivir?" Su cuerpo se meció al romper Nefert-khay la superficie del agua y tirarse a su lado, echándose atrás el cabello empapado. El agua caía en cascadas por el satén de su piel morena. Se sumergió en el agua y él sintió que le rozaba las rodillas con la boca. El príncipe cogió aire y empezó a buscarla a tientas, mientras la muchacha se deslizaba hacia el centro del río, cada vez a más profundidad.

Pasaron alrededor de una hora nadando y jugando. Sus gritos y risas provocaban respuestas jocosas entre las tripulaciones de los navíos que pasaban. Después salieron del agua y se tendieron juntos sobre la arena caliente, a la leve sombra de los árboles torcidos, desnudos, jadeando y sonriendo.

–¿Crees que tu aristocrática esposa de sangre azul será alguna vez capaz de frotarte el pelo con lodo del río? –preguntó Nefertkhay, con los ojos casi cerrados por la fuerte luz.

Hori se incorporó sobre los codos y ella hizo una mueca de fingida molestia al recibir en el cuello el agua que goteaba desde su pelo.

–No, por supuesto. Jamás saldrá al sol, por miedo a que su piel se ennegrezca, como la de las campesinas. Y únicamente permitirá tocar su cuerpo con agua pura y perfumada.

Luego la besó, apretando suavemente su boca contra aquellos ágiles labios. La muchacha le rodeó la cabeza con los brazos, su cuerpo se puso tenso, y se aplastó contra el de Hori. Pero aun sintiendo la punta de su lengua contra la suya, él comprendió que no serviría de nada. Su sabor no era el que tenía que ser. Los contornos de su cara no eran los que tenían que ser. Su cuerpo era más corto; sus pechos, más pequeños que los de la silueta que él deseaba. "Esto es infidelidad", surgió el pensamiento, claro y frío. "No seas ridículo", se replicó a sí mismo, en silencio. "Sólo estás ligado a Tbubui por los lazos que tú mismo creas." Trató de acallar su mente, apretando los ojos con más fuerza y besando a Nefert-khay más a fondo, pero persistía su sensación de traicionar a Tbubui, fortalecida. Finalmente se apartó de la muchacha y se levantó.

–Ha avanzado mucho la tarde –dijo, secamente–. Debemos vestarnos y regresar.

Ella también se puso de pie, con expresión preocupada, y le tocó la mejilla.

–¿Qué he hecho, Alteza? –preguntó, vacilando–. ¿Te ha ofendido mi maldita impulsividad al hablar?

Apenado, tanto por sí mismo como por ella, Hori le cogió la mano y se la llevó a los labios antes de dejarla caer.

–No –respondió con vehemencia–. Eres bella, divertida e inteligente, Nefert-khay. Confío con todo mi corazón en que tu padre te prometa a un hombre merecedor de tan raro trofeo.

Los ojos de la muchacha se oscurecieron.

–Pero no serás tú, Hori.

–No, no seré yo. Lo siento.

Ella logró esbozar una débil sonrisa.

–Yo también lo siento. ¿Hay otra mujer?

Él asintió con la cabeza.

–Debí adivinarlo –suspiró la muchacha–. He sido muy ingenua al suponer que el hombre más apuesto de Egipto permanecía libre. Bueno, vamos a dejar una buena cantidad de arena y piedras en los almohadones de mi litera. Así, mis esclavos tendrán algo que hacer esta noche.

Subió la cuesta, dirigiéndose hacia el revuelto montón de lienzos. Él la siguió con torpes movimientos, reparando con una especie de mansa desesperación en sus nalgas perfectas, en su espalda torneada.

Se vistieron deprisa. Nefert-khay despertó a los portadores, que dormitaban a poca distancia y dio la orden de que los llevaran de vuelta al palacio. En el reducido espacio de la litera, entre las cortinas, se dedicó con esmero a sacudirse la arenilla de las piernas y a recogerse el cabello, charlando siempre de superficialidades. Hori le respondía lo mejor posible, sin poder mirarla a los ojos.

Le dejaron ante la entrada principal. Dio gravemente las gracias a la muchacha por aquel delicioso rato y se alejó sin mirar atrás. Nunca se había odiado tanto a sí mismo en toda su vida. Podía ver casi los barrotes de la jaula que le rodeaba. Sabía que la había construido él mismo, pero ya no recordaba cómo. No había modo de salir.

## CAPÍTULO 16

Trata a quienes de ti dependen tan bien como puedas:  
pues tal es el deber de aquellos a quienes el dios ha bendecido.

Cuatro días después de que la familia volviera de Tebas, una tarde en que Khaemuast intentaba cumplir la promesa hecha a Ramsés atendiendo la correspondencia oficial acumulada durante su descuido, le anunciaron a Ptah-Seankh. Levantó con alivio la vista, apartándola de una de tantas cartas de protesta, enviada por uno de tantos ministros menores ahogado por su propia burocracia. Despidió a su escriba sustituto y cruzó el despacho para dar la bienvenida al joven.

Ptah-Seankh se adelantó con una reverencia. Estaba intensamente bronceado, casi negro. El blanco de sus ojos se destacaba con un color casi azul contra la llamativa tonalidad de su piel y tenía los labios escamados. Khaemuast le notó cansado y tenso, y pensó que el joven acababa de cubrir muchos kilómetros, acompañado sólo por el difunto Penbuy y unos pocos guardias y sirvientes.

–¡Bienvenido a casa! –exclamó, abrazando a Ptah-Seankh. Le llevó hacia el escritorio y le puso un vaso de cerveza en la mano–. Confío en que el embellecimiento de tu padre haya acabado bien, Ptah-Seankh. El sumo sacerdote de Ptah le espera aquí en persona, con sus acólitos, para sepultarle con todos los honores.

Ptah-Seankh bebió la cerveza a grandes tragos y depositó cuidadosamente el vaso sobre la mesa.

–Gracias, Alteza –dijo–. El cuerpo de mi padre descansa ahora en la Casa de los Muertos. Yo mismo inspeccioné el trabajo de su embellecimiento y estoy satisfecho.

"Eso ha de haber sido difícil para él", pensó Khaemuast, con compasión. Indicó una silla al escriba, pero el hombre vaciló.

–Con respecto a la misión que me encomendaste –prosiguió, tímidamente–, la he concluido. He aquí los resultados de mi trabajo.

Y le tendió un rollo. Khaemuast lo cogió con gesto ansioso y miró a Ptah-Seankh, que permanecía de pie, con los ojos bajos.

–¿Qué ocurre? –preguntó, impaciente, con una sensación de inquietud–. ¿Hay malas noticias para mi en esto? –Golpeó el papiro contra el muslo–. ¿O acaso has enfermado por el viaje?

Ptah-Seankh pareció dominarse y levantó la cabeza para enfrentarse con una sonrisa a la mirada de Khaemuast.

–El viaje me ha dejado aturdido, Alteza –dijo–. Eso es todo.

Khaemuast ya había roto el sello personal de Ptah-Seankh y estaba desenrollando el papiro.

–En ese caso, será mejor que pases el día en tus habitaciones, durmiendo. Mandaré decir a los sacerdotes que los funerales de Penbuy podrán efectuarse dentro de tres días. ¿Estás de acuerdo?

Ptah-Seankh aceptó con una reverencia. Khaemuast le olvidó durante un momento, mientras estudiaba con el ceño fruncido el contenido del rollo. Su rostro se fue despejando poco a poco y acabó la lectura sonriendo ampliamente.

–Te has portado muy bien, Ptah-Seankh –dijo–. Muy bien, sí. Puedes retirarte.

Cuando estuvo solo, Khaemuast curvó la espalda en su asiento, tras el escritorio, y cerró los ojos. Había desaparecido el último obstáculo para su casamiento, y sentía una profunda relajación. Tsubui había dicho la verdad. Él nunca lo había dudado desde luego, pero existía la posibilidad de que hubiera exagerado la antigüedad de su linaje. Sin embargo, allí estaba asegurado, negra y enfáticamente sobre el papiro amarillento, en la pulcra letra de Ptah-Seankh. Una finca pequeña, pero razonablemente próspera. Un título nobiliario de importancia menor, pero legítimo. Una casa pequeña, pero habitable, que podrían usar a veces durante el invierno, cuando Coptos era sólo una fogata y no un horno furioso, si él quería alejarla de la acusadora mirada de Nubnofret. No tendría deberes que atender y nada ocuparía su tiempo. Estaría solo con ella, en el espacio atemporal de la comarca del sur. Ella estaría allí a sus anchas, fundiéndose con el paisaje de un modo que no era posible en la ajetreada Menfis. Khaemuast recordaba bien el sur. El silencio, los repentinos momentos de soledad, en absoluto desagradables, que el viento desértico conjuraba al azotar una arena demasiado caliente para el pie descalzo; el Nilo, que se alejaba hacia el infinito por un paisaje indiferente, elemental, de vasto cielo azul y dunas reverberantes.

–Tsubui –susurró–. Ya puedes venir.

Se levantó, sintiéndose ligero y vacío, para llamar a gritos a un escriba. Cuando llegó el hombre, Khaemuast le dictó una breve nota para Tsubui y salió en busca de Nubnofret. Los funerales de Penbuy se celebrarían tres días después y Tsubui podría trasladarse a su cuarto. Y luego se iniciaría Pakhons, el mes de la cosecha, el principio de la Inundación. El principio de mi nueva vida", pensó, feliz.

\* \* \*

Su viejo amigo, el hombre que había sido su compañero constante, su consejero y, a veces, hasta su disgustado juez, fue sepultado con serena dignidad en la tumba que tan laboriosamente había preparado para sí, en la planicie de Saqqara. En los muros de su sepulcro brillaban las escenas más amadas de su vida. En una se le veía sentado, con la espalda recta y la cabeza inclinada sobre la paleta, mientras su amo dictaba. En otra, de pie en su esquife de caza, con Ptah-Seankh todavía niño, adornado con el mechón de la juventud, arrodillado junto a él, que levantaba la lanza hacia

una bandada de patos, petrificados para siempre en su vuelo. En una tercera imagen hacía ofrendas a su patrono Thot, levantando el incensario, en tanto el dios volvía hacia él su agudo pico de ibis con benévola aprobación. Khaemuast observó aquellas pinturas sintiendo cierta paz en su interior, cierta gozosa satisfacción ante las imágenes y los objetos personales de Penbuy. El escriba había llevado una vida fructífera, que justificaba su orgullo por sus logros. Había sido un hombre honrado, que nada debía temer cuando pesaran su corazón en el Salón del Juicio. Desde luego, había muerto en circunstancias infortunadas y siendo aún relativamente joven, pues no tenía muchos más años que su amo.

Pero Khaemuast estaba seguro de que su escriba había muerto sin tener nada que lamentar, nada que hubiera deseado alterar.

Tras el banquete de los funerales, que se sirvió bajo los toldos azules y blancos de su cortejo, cuando terminaron las danzas, el vino y las expresiones de dolor, Khaemuast presenció personalmente el sellado de la tumba por los acólitos. Los obreros de la necrópolis cubrieron la entrada de arena y piedra. Ya había pagado a una guardia para que vigilara la puerta contra los ladrones de sepulcros manteniendo la custodia durante cuatro meses. Khaemuast cobró conciencia de la ironía que encerraba aquello, ¿acaso no violaba él mismo las tumbas? Pero no pudo asir el pensamiento, que se le escapó en la brisa, apenas perceptible, de aquella tarde de canícula. "Que vivas otra vez por siempre, viejo amigo", susurró. "No creo que te hubiera gustado seguir trabajando en mi casa. Perteneceías a un orden doméstico que ya ha desaparecido. Tu hijo no se sentirá tan obligado para con bandos distintos como te hubieras encontrado tú."

No se movió hasta que se aplastó la última palada de tierra apisonada, hasta que se despidió al último de los obreros. Entonces se levantó para subir a su litera y se dejó llevar lentamente a su casa.

A la mañana siguiente, todos los ocupantes de la casa bajaron al embarcadero para saludar a Tsubui y darle la bienvenida a su nuevo hogar. Khaemuast, Nubnofret, Hori y Sheritra formaban un sombrío grupo al que sólo la proximidad física otorgaba cohesión. Sin embargo, la muchacha deslizó una mano en la de su padre al aparecer la barcaza de Sisenet, adornada de cintas de colores. Hori, limpio, cuidadosamente pintado y cargado de joyas, observó inexpresivamente la embarcación que se desviaba hacia ellos. Nubnofret, majestuosa pero igualmente impávida, hizo un solo gesto con la cabeza al sacerdote que estaba preparado, quien descendió inmediatamente los peldaños y comenzó a entonar las palabras de bendición y purificación, mientras su acólito salpicaba con leche y sangre de toro la piedra caliente.

Tsubui emergió de la cabina del brazo de su hijo. Harmin lanzó una rápida mirada a Sheritra, pero apartó la vista para decir algo a Sisenet, antes de ofrecer la mano a su madre para cruzar la rampa en dirección a los escalones.

La familia aguardaba. Nubnofret se situó en el centro del sendero y Tsubui se prosternó primero ante ella, como indicaba la costumbre. La esposa era princesa y, por añadidura, árbitro de cuanto ocurría en su casa. Khaemuast, que esperaba con una tensa expectación, comprendió que en Nubnofret iba a imponerse la buena crianza, en aquel día crucial. Se habría comportado con la misma impecable corrección si una horda de guerreros estuviera asaltando su casa y sólo le restaran unos instantes de vida. La idea le hizo sonreír involuntariamente. Sheritra soltó su mano. También ella estaba tensa, y tenía pálido su poco agraciado rostro.

–Tsubui, te doy la bienvenida a esta casa en el nombre de mi esposo y el tuyo, el príncipe Khaemuast, sacerdote de Ptah, sacerdote de Ra, señor de tu vida y de la mía –dijo Nubnofret, con voz clara–. Incorporáte y ríndele homenaje.

Tsubui se levantó con la fluida gracia que había secado la boca a Khaemuast desde que la vio por primera vez. Se giró, con el sol brillando en la sencilla diadema de plata que coronaba su frente, y se prosternó nuevamente en la piedra, esta vez frente a Khaemuast. Con una sorpresa que le hizo ruborizarse, él sintió que los labios de la mujer le presionaban subrepticamente el arco del pie. Después, se irguió ante el príncipe, con los delineados ojos chispeando bajo el polvo de oro.

–Entre nosotros existe un contrato matrimonial, Tsubui –entonó Khaemuast, rezando por no olvidarse de las palabras rituales ante el impacto de aquella boca anaranjada, algo entreabierta, y aquellos enormes ojos sabios–. Juro ante Thot, Set y Amén, patronos de esta casa, que he negociado justa y honradamente contigo; mi firma en ese contrato da fe de esa honestidad. ¿Lo juras tú también?

–Muy noble príncipe –respondió ella, elevando la voz enfáticamente–, juro ante Thot y Osiris, los patronos de la casa que antes habité, que no tengo otro esposo vivo, que he declarado con toda verdad mis posesiones mundanas y que mi firma ha sido estampada en el contrato con toda honradez. Lo juro.

Sisenet se movió tras ella, cambiando disimuladamente el peso del cuerpo de un pie al otro y Harmin sonrió abiertamente a Sheritra. Aquellas tres personas, Sisenet, Tsubui y Harmin, parecían llenas de un extraño aire de frivolidad, como si en cualquier momento pudieran echarse a reír.

"Es que se sienten felices", pensó Khaemuast, tendiendo una mano a Tsubui. También yo. Yo también quiero reír. Me gustaría hacerle cosquillas de una manera muy poco principesca." Aquel pensamiento le hizo sonreír y ella le respondió con un apretón de sus frescos dedos.

Los sirvientes se alineaban a cada lado del ancho camino que conducía a la casa. Nubnofret se adelantó e hizo una señal al sacerdote, que empezó a cantar. El acólito caminaba delante de él, y la blancura de la leche y el púrpura de la sangre que él arrojaba corrían juntos formando unos arroyuelos rosados, que humeaban sobre la piedra caliente y se perdían en la hierba. A medida que pasaba la procesión encabezada por Nubnofret, los sirvientes se postraban en tierra,

prestando el debido homenaje a la nueva señora que se presentaba ante ellos, del brazo del príncipe y seguida por sus familiares.

El festivo conejo atravesó lentamente la entrada principal, donde el camino giraba para atravesar el jardín del norte, rodeando el emplazamiento de la construcción, todavía caótico. Khaemuast notó que Tbusui giraba la cabeza para observar rápidamente aquella zona antes de volver solemnemente la vista adelante.

Ya en la parte trasera de la casa, se les unió el arpista del príncipe, que comenzó a tocar. Su agradable voz de tenor se mezclaba con las notas plañideras del instrumento y el gorjeo de las docenas de pájaros que acudían habitualmente a beber y bañarse en la fuente.

Más allá de la parte trasera de la casa estaba el inmenso recinto que contenía las habitaciones de los sirvientes, las cocinas, los depósitos y los graneros; a la derecha, en un agradable círculo de árboles frondosos, se hallaba el hogar de las concubinas. Las otras mujeres de Khaemuast se habían alineado ante el edificio, ataviadas con sus mejores galas. Él les dedicó un discurso breve e informal, en el que les recordó que Tbusui tenía preeminencia sobre ellas y que, mientras se alojara allí, su palabra tendría peso. Estuvo a punto de decir que la palabra de Tbusui era ley, pero se mordió la lengua justo a tiempo, recordando que Nubnofret, por ser esposa principal, gobernaba a las concubinas como a toda la casa. Luego se hizo a un lado y llamó a Nubnofret por señas. Ella se aproximó con paso majestuoso, tomó a Tbusui de la mano y la condujo al interior de la casa, seguida por las concubinas.

—Ahora estás bajo la protección del señor de esta casa —entoné—. Como tú esperas su bondad y su solidaridad, él espera la fidelidad de tu cuerpo, tu mente y tu ka. ¿Estás de acuerdo con esto?

—Lo estoy —respondió Tbusui.

Un estallido los sobresaltó a todos: el sacerdote había dejado caer deliberadamente los dos potes de ardua con la leche y la sangre a los pies de Tbusui, como símbolo de que se iniciaban el goce y la liberalidad del matrimonio. Todos empezaron a aplaudir y Khaemuast pasó ante Nubnofret para coger a Tbusui en brazos.

—Cuando tus habitaciones estén acabadas repetiremos esta encantadora ceremonia —sonrió—, pero de momento temo que tendrás que conformarte con estos dos cuartos pequeños. Bienvenida a casa, queridísima hermana.

Y la besó entre el redoblado alborozo. Luego todos se retiraron, menos Tbusui.

—El grupo de bailarinas nubias que contrataste para la velada ya están aquí —comentó Nubnofret a su esposo, mientras volvían a la casa—. No sé qué hacer con ellas, pero supongo que podré armar un par de tiendas en el jardín del sur. En todo caso, debo hablar con Ib sobre la instalación de las mesas.

Le recorrió con una mirada serena y divertida. "Eres un tonto que disfruta de una falsa segunda adolescencia", decía aquella mirada, "pero yo tengo cosas más importantes que hacer".

Y se fue rápidamente, azuzando a los excitados sirvientes. Sheritra tocó el brazo de su padre y él se volvió para atenderla, consciente de que las suelas de sus sandalias estaban pegajosas de leche y sangre. El aroma de la mezcla se elevaba en el calor, de una manera desagradable y enfermizamente dulce.

—Harmin acaba de decirme que va a quedarse en casa de su tío —dijo Sheritra—. Yo había supuesto que se mudaría aquí, con su madre. ¿No podemos hacerle un sitio, papá? Por favor...

Khaemuast estudió aquellos ojos límpidos y suplicantes entre los bordes de negro kohol. Se había dividido la cabellera en el medio y la dejaba caer en unas brillantes guedejas hasta los hombros. En la cabeza llevaba una corona de princesa formada por una delgada diadema de oro con la diosa buitres, Mut, encaramada cautelosamente por encima de la tersa frente y dos finas plumas doradas de Amón temblando atrás. La tela del vestido, con hebras de oro, era de un suave material semitransparente, que denunciaba sus pechos diminutos y su cintura de doncella. Khaemuast se dijo que no mucho antes, se habría vestido con lienzo grueso, de un molesto peso en el calor del verano, y habría encorvado los hombros protectoramente sobre el pecho. No estaba seguro, pero le parecía que su hija se había pintado los pezones, pues bajo la túnica se veían oscuras unas astillas de una mortecina luz dorada. Sintió un estremecimiento de preocupación y le levantó el mentón con un dedo.

—Ya sabes que en casa no hay sitio para Harmin mientras no terminemos la ampliación —explicó—. Falta poco, Pequeño Sol. Pero creo que Harmin prefiere vivir con su tío. Aquí la vida es un poco alborotada.

Ella se apartó de él con un movimiento malhumorado.

—Si él no vive aquí, tendré que ir a visitarle —dijo, enfadada—. Pero no puedo ir sin carabinas y debo sentarme decorosamente en el jardín o en el salón de recepciones, charlando de bobadas. ¡Es detestable!

—Exageras —objetó él, con suavidad—. Harmin vendrá casi todos los días a visitar a su madre, hasta que decida mudarse con ella.

—¡Pero yo quiero verle cuando me apetezca! —exclamó ella, casi gritando—. Tu tienes tu felicidad, padre. ¡Yo quiero la mía!

—Mira, Sheritra, no estoy seguro de que me gusten los cambios que has sufrido —observó él, con serenidad—. Te has vuelto egoísta y terca, además de grosera.

Esperaba que ella tartamudeara, se ruborizara y bajara la vista, pero su hija le sostuvo la mirada. Su cara, exquisitamente pintada, resultaba extraña.

—Tampoco a nosotros nos gustan los cambios que has sufrido tú, papá. Puesto que llevas mucho tiempo sin interesarte en absoluto por mi bienestar, no debería sorprenderme que ahora no demostraras simpatía ni comprensión. Quiero un compromiso matrimonial con Harmin. ¿Cuándo hablarás con Sisenet sobre ello?

—No es momento apropiado —replicó Khaemuast, rígido—. Ven a verme la semana próxima, cuando estas fiestas hayan terminado y Tbusui se haya ambientado un poco más. No deseo echarle esto encima, en este momento. Sheritra curvó los labios.

–No, supongo que no –replicó.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el joven, que la esperaba a la sombra de la casa. Se volvieron hacia el jardín del sur, con los sirvientes corriendo tras ellos.

“Simplemente, ha pasado de un extremo al otro”, se dijo Khaemuast. “Tbubui ha hecho un milagro con ella, y su amor por su hijo lo confirma. Está experimentando el poder de su transformación, que actualmente se expresa como grosería y arrogancia. Lo comprendo, pero echo de menos a la antigua Sheritra.”

–¿Quieres dormir, Alteza, antes de cambiarte los lienzos para cenar? –preguntó Kasa, cortésmente.

Khaemuast le siguió al corredor trasero, suspirando para sí. Todos sus parientes estaban invitados al festín en honor de Tbubui. Su padre había enviado una breve excusa por su ausencia, felicitándole a la vez. También Merenptah había deseado a su hermano toda la felicidad posible, de puño y letra de su escriba, aunque con unas floridas palabras propias. Pero el resto de la familia acudiría, junto con ciertos dignatarios de Menfis y una horda de músicos, bailarines y otros histriones. En la casa reinaba un aire de eléctrico entusiasmo. La sofocante fragancia de miles de flores, traídas aquella mañana, le hizo pensar en Tbubui: exótica, enigmática, en aquellos momentos exploraría sus pequeños dominios y quizá soñaría con él, con la noche venidera. Por su parte, él no se sentía capaz de descansar.

–No, Kasa –dijo a su sirviente personal–. Me voy a escapar al despacho a leer un rato. Manda a buscarme cuando empiecen a llegar los invitados.

Pero una vez en su despacho, amurallado tras las puertas, protegido del ruido y con Ptah–Seankh aguardando la llamada de su amo mientras copiaba laboriosamente un manuscrito, descubrió que continuaba sintiéndose inquieto. El fuerte olor de las flores le había impregnado. Estaba en sus ropas, en su pelo. Súbitamente le hizo recordar los dos funerales que acababa de soportar y el estómago le dio un vuelco. Se sentó tras el escritorio y esperó con los ojos cerrados sujetándose la cabeza entre las manos.

El banquete de aquella noche fue el más suntuoso de cuantos Menfis había visto en los últimos tiempos. Los invitados ricamente vestidos se apretaban en el gran salón de Khaemuast y se diseminaban por los jardines, donde llameaban las antorchas. Las mesas, situadas al aire libre, gemían bajo el peso de todo tipo de exquisiteces. Ejércitos de bailarinas desnudas, acróbatas negros de Nubia y bellezas egipcias de ambos sexos se ondulaban y brincaban entre los asistentes, al compás de liras, arpas y tambores. Nubnofret había elegido con cuidado los regalos que era costumbre repartir entre todos: los collares no eran de arcilla pintada, sino de malaquita y jaspe; los joyeros, de cedro del Líbano; los abanicos, de diminutas plumas rojas de avestruz, con mangos de electro. El vino venía del Delta, tras resucitar, polvoriento y sucio, de los lechos de paja donde habían sido depositadas las jarras, diez años antes. Los sirvientes comerían toda la semana con lo que sobrara del banquete.

Tbubui ocupaba el puesto de honor, a la derecha de Khaemuast, en un pequeño estrado por encima de la multitud, y sonreía graciosamente a todos los que acudían a expresarle sus buenos deseos. No faltaba nada para que la noche fuera un éxito. Sin embargo, Khaemuast no lograba desprenderse de aquella sensación de melancolía. Sheritra reía con Harmin, de quien no se había separado desde el comienzo de la velada. Hori comía con Antef. Una g–lida y rara sonrisa aparecía y desaparecía de su rostro, por primera vez en muchas semanas, mientras su amigo le hablaba de algo que Khaemuast no podía oír por el generalizado bullicio. Nubnofret y Sisenet también estaban enfrascados en su conversación. Y a él, le bastaba girar un poco la cabeza y mover casi imperceptiblemente la mano para tocar a la mujer a quien adoraba por encima de todas las cosas.

Sin embargo, el salón parecía un lugar tenebroso bajo tanta alegría. Algo faltaba. “O tal vez”, pensó con tristeza, mientras Ib se inclinaba a llenarle nuevamente la copa, entre un coro de rugidos y silbidos que aclamó a una de las bailarinas nubias que habla curvado la espalda hasta apoyar la cabeza en el regazo del alcalde, “tal vez he pasado por tantas cosas para obtener este trofeo que ahora, al poseerlo, me encuentro vacío de objetivos”.

Sisenet encontró su mirada perdida y le saludó levantando una mano amistosamente. Khaemuast respondió al gesto. Tbubui se apoyó contra él para introducirle un trozo de higo maduro en la boca. Sin embargo, en algún lugar del salón se abría una grieta enorme e invisible, que exhalaba desolación sobre la multitud sin que él pudiera escapar al vendaval.

Mucho más tarde, mientras los invitados seguían gritando y tambaleándose por la casa y los jardines, al compás de la música de los cansados ejecutantes, Khaemuast y Tbubui se escabulleron con paso inseguro y cruzaron el frágil césped del verano rumbo a la paz en penumbras de la casa de las concubinas. El lugar estaba desierto. Las mujeres se encontraban todavía en el banquete. Sólo el guardián de la puerta, que los saludó respetuosamente y los acompañó a las habitaciones de Tbubui, vio entrar a la pareja. Una vez dentro, con la puerta cerrada y la lámpara encendida, Khaemuast se apoderó de su trofeo. Para entonces ya habían hecho muchas veces el amor, pero el misterio de aquella mujer no había disminuido por ello. La deseaba con la misma ansia desesperada que había provocado en él meses antes. Ya se estaba resignando a la idea de que su deseo no pudiera ser saciado con el acto sexual, al contrario, no hacía sino intensificarse. No obstante, igual que la polilla compelida a quemarse hasta la muerte en la llama de un cirio, Khaemuast volvía una y otra vez a la fuente de su tormento.

Aquella noche no fue distinta. Traía consigo la tristeza que le habla invadido en el salón de recepciones, una oculta corriente de melancolía que le siguió en la violenta consumación de su casamiento y hasta en sus sueños exhaustos.

Llegó el mes de Pakhons y el calor continuó, en una implacable y castigadora sucesión de días sin aliento y noches sofocantes. Las mujeres de la casa arrastraban sus esterillas, a los techos del edificio y pasaban las horas de oscuridad durmiendo, apostando o conversando. En los campos se inició la cosecha. Khaemuast esperaba con nerviosismo los primeros informes de los hombres que median la altura del Nilo. El río debía empezar a subir hacia



finales de aquel mes. Por entonces, las cosechas estarían a salvo de la creciente inundación. Se iniciaría la trilla y el aventamiento en los recintos y se podrían pisar las uvas. Si—Montu informó de que la vendimia, en los viñedos del faraón, romperla aquel año todas las previsiones. Los mismos administradores de Khaemuast le enviaban extáticas cartas, repletas de detalles sobre la abundante fertilidad de sus campos y en la casa reinaba una precaria paz.

La construcción del alojamiento de Tbubui estaba casi terminada. Ella habla adquirido la costumbre de aparecer en las obras todas las mañanas. Se recostaba allí bajo una sombrilla hasta la hora del almuerzo, viendo a los fellahin acomodar los últimos ladrillos y reforzar el techo sudando bajo el insoportable calor. A Khaemuast le gustaba acompañarla. En vez de atender los despachos del día, acudía a buscarla para discutir con ella los detalles del interior y los muebles de sus nuevos aposentos, el romance de Harmin con Sheritra, que se veían casi todos los días cuando él iba a visitar a su madre un par de horas, y si Sisenet deseaba o no el puesto de jefe de escribas en la Casa de la Vida de Menfis, la biblioteca de rollos raros.

La familia almorzaba unida, pero no era una reunión cómoda, aunque Tbubui charlaba alegremente sobre superficialidades, haciendo lo posible por involucrar en la conversación a Nubnofret y a Hori, si el joven se encontraba allí. Pero Nubnofret se limitaba a responder a las preguntas que le formulaba directamente, y Hori comía deprisa y pedía en seguida autorización para retirarse. Khaemuast estaba furioso y desilusionado con todos, incluso con Sheritra, que sacaba a relucir la cuestión de su compromiso en cualquier oportunidad. Él había esperado algo más de las personas con quienes convivía desde hacía tantos años, pero la conducta de los suyos, aunque lindante con la grosería, no llegaba a justificar una reprimenda suya.

Escapaba aliviado del salón, para pasar en su diván las horas más calurosas del día, como hacían todos. Pero con frecuencia no podía dormir. Daba vueltas y vueltas, mecido por el soporífero subir y bajar de los abanicos que manejaban sus sirvientes, preguntándose si alguna vez menguaría la tensión en su casa.

Los atardeceres y las noches eran más soportables. Harmin acudía a visitar a su madre y, después de pasar un rato sentado con ella en el jardín, desaparecía en algún lugar desierto en compañía de Sheritra, Bakmut y un guardia. Entonces, Khaemuast y Tbubui podían retirarse a la casa de las concubinas para hacer el amor en su silenciosa alcoba, donde el sol se filtraba por entre las celosías cerradas y se esfumaba en un oro opaco sobre el cuerpo sudoroso de la mujer. Allí el príncipe podía olvidar por un momento a su recalcitrante familia. Se bañaba con Tbubui, de pie a su lado en las losas de los baños. Con frecuencia le gustaba lavar con sus propias manos el cabello de su mujer, enredando los dedos en sus gruesas guedejas mojadas con un éxtasis deliberado y sensual.

Habitualmente cenaban con ellos algunos huéspedes oficiales, a quienes Tbubui encantaba con su inteligencia y su ingenio. Khaemuast observaba con nerviosismo a Nubnofret, sabiendo que ella tenía la facultad de prohibir a Tbubui participar en aquellos banquetes, si así lo deseaba. Pero su esposa principal no buscaba enfrentamientos. Los visitantes se marchaban envidiando a Khaemuast por compartir la vida con dos mujeres tan diferentes, pero tan completas.

Así, el pulso de la vida se había tornado más errático para Khaemuast, pero no desagradable. Comenzaba a pensar que todo se resolvería bien cuando, un día, Tbubui dejó a un lado la palmeta con la que intentaba vanamente dispersar la nube de fastidiosas moscas de su cuerpo, y se volvió solemnemente hacia él. Estaban recostados en una esterilla, sobre varios almohadones, a la sombra de los árboles que bordeaban el jardín del norte. La ampliación estaba terminada, los escombros habían desaparecido y los jardineros cavaban parterres para las flores sobre las blancas paredes del ala nueva. Las habitaciones estaban aún vacías, pero al día siguiente estaba prevista la llegada de una horda de artesanos y artistas que escucharían los deseos de Tbubui sobre su residencia definitiva. Khaemuast le había dicho que pidiera lo que deseara, confiando en que ella emplearía la misma elegante sencillez con que había amueblado su antiguo hogar. Ella le había advertido, con sonriente coquetería, que lo sencillo no era necesariamente barato, pero él se había encogido de hombros con buen humor, descartando sus vacilaciones.

Aquella tarde, apartó el racimo de uvas negras que le estaba colocando a Tbubui en la boca y se preparó para otra discusión sobre el proyecto.

—¡No me digas nada! —sonrió—. Reconozco esa expresión, querida hermana. Quieres que tu diván sea de acacia y no de cedro.

Ella acarició brevemente su muslo desnudo.

—No, Khaemuast, esto no guarda ninguna relación con mis habitaciones. No quería sacar a relucir el tema. Me cuesta reconocer que no puedo resolverlo sola, pero estoy desconcertada y algo dolida... Su voz se apagó y bajó la vista. Él se preocupó enseguida.

—Cuéntame —instó—. Haría cualquier cosa por ti, Tbubui, bien lo sabes. ¿No eres feliz?

—¡Claro que soy feliz! —respondió ella, deprisa—. Soy la mujer más afortunada, más amada de Egipto. Es por mis sirvientes, Alteza.

Él frunció el ceño, intrigado.

—¿Por tus sirvientes? ¿Son perezosos? ¿Groseros? ¡Me cuesta creer algo así de un sirviente adiestrado por Nubnofret!

Ella buscaba obviamente las palabras adecuadas, con los labios entreabiertos y los ojos inquietos.

—Han sido excelentemente enseñados —comenzó, con una deliciosa vacilación—, pero me parecen demasiado ruidosos y parlanchines. Con frecuencia quieren contestarme. Mi maquilladora parlotea mientras me pinta la cara. Mis servidoras personales hacen comentarios sobre los vestidos que elijo y las joyas que ordeno sacar de las cajas. Mi mayordomo pregunta qué quiero comer o beber.

El desconcierto de Khaemuast iba en aumento.

–Amada mía, ¿quieres decir que son descortesas?

Ella agitó con impaciencia sus enojados dedos.

–¡No, no! Pero estoy habituada a sirvientes que no hablan en absoluto, que hacen cuanto se les indica y nada más. Echo de menos a mi propio servicio, Khaemuast.

–En ese caso, pregunta a Nubnofret si puedes despedir a sus sirvientes y traer los que deseas –le dijo el príncipe–. Es un asunto sin importancia, Tsubui, que no vale la pena discutir.

Ella se mordió el labio y apretó las manos sobre su blanco regazo.

–Ya he hablado con Nubnofret –dijo en voz baja–. La princesa ha rechazado mi solicitud sin explicaciones. Se limitó a señalar que los sirvientes de la casa son los más educados del país y que tal vez yo no los manejaba correctamente. Lo siento, Khaemuast. Sé que no debería molestarte con algo que, en propiedad, nos corresponde resolver a Nubnofret y a mí. No quiero ofenderla apelando a tu suprema autoridad ni tomando simplemente la iniciativa en este asunto, pero creo tener derecho a rodearme de mi propia gente, si así lo deseo.

–Claro que sí. –Khaemuast estaba asombrado por la negativa de Nubnofret. Pese a lo que sintiera por Tsubui, aquellas mezquindades no eran propias de su carácter–. Hoy hablaré con ella.

Tsubui alargó una mano suplicándole.

–¡Oh, no, amor mio! ¡Por favor! El camino hacia la paz de esta casa no puede atravesar las zarzas de la deslealtad. No podemos hacer pensar a Nubnofret que su autoridad puede ser socavada cuando yo lo deseo. La respeto demasiado para eso. Dimesólo cómo puedo volver a abordar el tema con ella.

–Eres prudente, amable y diplomática –observó Khaemuast–, pero creo que debes dejar esto en mis manos. Yo la conozco. Puedo averiguar los motivos que la guían sin dejarle adivinar que te has quejado a mí. Te pido disculpas en su nombre, Tsubui.

–No hay necesidad, Alteza –protestó ella–. Y te doy las gracias.

La conversación viró hacia otros derroteros antes de perderse bajo el ataque del calor, que iba en aumento.

Tsubui empezó a dar cabezadas hasta quedarse dormida, despatarrada sobre los almohadones y con la desordenada cabellera extendida sobre la hierba. Khaemuast pasó mucho rato contemplándola. Dormía con los labios entre abiertos y sus pestañas oscuras se estremecían sobre las morenas mejillas. Había algo tan cerúleo, tan parecido a la muerte en su inmovilidad, que le atravesó una punzada de miedo. Pero entonces un hilillo de sudor se abrió paso por entre los pechos, apenas cubiertos y él se inclinó para borrarlo con la lengua. "Qué bendición", pensó, "poder finalmente hacer este gesto con libertad. Haría por ti cualquier cosa, corazón, cualquier cosa. Y el hecho de que vacilaras en pedirme esto hace que desee más aún complacerte".

Con cuidado para no despertarla, se agachó hasta que su cara estuvo a la altura de la de ella. Aspiró con los ojos cerrados su perfume y su aliento, la mirra y aquella otra esencia, indescriptible y provocativa. Y su imaginación se lanzó a la deriva, diciéndole que era el hombre más afortunado de Egipto.

Aquella noche abordó a Nubnofret. Se dirigió a sus habitaciones y se hizo anunciar por Wernuro. Su esposa acudió a recibirle con bastante ecuanimidad, le ofreció una banqueta y volvió a su sitio junto al diván, donde las criadas estaban desvestiéndola.

Una de ellas esperaba con una espuma de hilo azul plisado sobre el brazo. Nubnofret se quitó la túnica de cuentas verdes que se había puesto para cenar y, sin rastro de timidez, chasqueó los dedos. "Su cuerpo es todo curvas y suaves redondeces", pensó Khaemuast, mientras envolvían a su esposa en el manto azul y se lo ataban con una ancha cinta. "Todavía es hermosa, aunque no para mí. ¡Cuánto preferiría que no fuera de ese modo! Sufro por ella, por mi orgullosa y desdichada Nubnofret, pero no hay nada que yo pueda hacer."

–¿En qué puedo ayudarte, Khaemuast? –preguntó ella, extendiendo los brazos para que le quitaran los brazaletes de lapislázuli–. ¿Tienes alguna preocupación?

–En realidad, no –mintió él–. Últimamente no hemos conversado mucho y hoy te he echado de menos.

Ella clavó en él una astuta mirada.

–¿Es por el capricho de Sheritra con ese joven?

Khaemuast suspiró interiormente.

–No, aunque supongo que pronto será necesario decidir qué vamos a hacer con ella. ¿Tienes noticias de tus administradores, Nubnofret? ¿Se ha iniciado la cosecha en tus propiedades del Delta?

Ella se sentó ante el tocador y cogió un espejo.

–Tengo los labios secos –dijo a la maquilladora–. No vuelvas a teñírmelos con alheña, úntalos con un poco de aceite de castor. Ayer recibí un rollo que hablaba sobre mis pocos viñedos –agregó, en respuesta a la pregunta del príncipe–. Creo que este año voy a hacer secar y almacenar las uvas. El año pasado nos quedamos sin pasas y no necesitamos reservar más vino.

Él se mostró de acuerdo. Durante un rato conversaron ociosamente. Nubnofret perdió en parte su rigidez y, cuando él se quejó de que los pájaros trataban de robar el alimento para los peces del estanque, empezó a sonreír con algo de su antigua alegría. Pero volvió a encerrarse velozmente en sí misma cuando Khaemuast, por fin, se atrevió a decir:

–Creo que Tsubui echa de menos a sus sirvientes, querida. No me lo ha dicho directamente, pero ha de serle difícil, no sólo tratar de adaptarse a una casa extraña, sino también de ajustarse a un servicio diferente. ¿Por qué no le sugieres que despida a los suyos y mande traer algunas caras familiares?

Nubnofret se quedó inmóvil. Luego despidió a su maquilladora con un gesto salvaje e imperioso y se levantó.

–Detesto en lo que te has convertido, príncipe –dijo, fría y lentamente–. Tan manso y dócil, tan ansioso por complacer, aficionado a engaños tan mezquinos y reprobables... en otros tiempos habrías venido a mi con majestuosa confianza y me habrías dicho: "Tbubui quiere saber por qué has rechazado su solicitud, y yo también quiero saberlo". Te estás ganando rápidamente mi desprecio, esposo mío.

Khaemuast se levantó de la banqueta.

–No sabía que ella hubiera hablado contigo –mintió acaloradamente, con desesperación.

Ella rió con aire desdeñoso.

–¿Ah, no? Pues ahora lo sabes. Ella quiere a sus servidores. Mis sirvientes no son bastante para ella. Me he negado.

–Pero ¿por qué? –preguntó él, deteniéndose ante sus ojos fieros, su nariz blanca y dilatada–. Lo que pedía era razonable, Nubnofret. Nada te hubiera costado acceder. ¿Tan crueles son tus celos?

–No –le espetó ella–, aunque no me creas, Khaemuast, no estoy celosa de Tbubui. Me desagrada profundamente porque es una mujer tosca y vulgar, sin una pizca de la moralidad que ha hecho de Egipto una gran nación, al mantener a sus gobernantes y sus nobles libres de los excesos y las desastrosas debilidades de los reinos extranjeros. Esa mujer es una estafa. Tus hijos lo perciben, me parece, pero tú estás ciego. No puedo reprocharte eso. –Sonrió sin calor–. Lo que te reprocho es que le permitas cobrar ascendencia sobre ti, poco a poco.

Una oleada de ira se elevó en Khaemuast con tanta brusquedad que sintió que le ardía la cara y la garganta se le tornaba amarga antes de que ella hubiera acabado siquiera la mitad de su discurso. Cruzó fuertemente las manos a la espalda para no zarandearla.

–El asunto de los sirvientes –le recordó, apretando los dientes.

Ella le volvió la espalda para sentarse otra vez en la silla y la maquilladora empezó a trenzarle el cabello.

–No me gustan –replicó Nubnofret, en voz baja–. Me ponen nerviosa y no soporto que estén permanentemente en mi casa. El capitán de su barcaza, la criada personal que está siempre con ella, los que antes acompañaban a esa mujer y a Sisenet cuando venían..., hay algo amenazador en sus movimientos, en su absoluto silencio, en su aparente falta de ojos... –De pronto apartó la cabeza de las manos de la muchacha–. ¡Es como si nunca te mirasen, Khaemuast! Y cuando están en una habitación contigo no sólo parecen invisibles: ¡es como si no estuvieran siquiera allí!

Agarró la tela azul que le cubría las rodillas y empezó a tirar de ella, sin darse cuenta. Khaemuast observó, atónito, que estaba al borde de las lágrimas.

–Los sirvientes están siempre contigo. Cuando haces algo, cuando piensas algo, cuando tienes una necesidad, sabes que Ib está de pie junto a la puerta y Kasa, sentado en el rincón. Lo sabes, Khaemuast. Pero tratándose de los sirvientes de Tbubui, no sólo olvidas que están allí, sino que es como si de verdad no estuvieran. En Sisenet siento esa misma manera extraña de no ser. ¡No los quiero aquí, Khaemuast! Es prerrogativa mía rechazar la solicitud de Tbubui, y lo hago por mi propia paz mental. ¡No los quiero aquí!

El príncipe no se había dado cuenta, no había querido darse cuenta, de lo profundamente afectada que estaba Nubnofret por ese segundo casamiento. Parecía peligrosamente cerca de perder totalmente el dominio de sí, cosa que para Nubnofret equivalía al peor de los fracasos. Corrió hacia ella, le cogió la cabeza y la apoyó sobre su vientre, acariciándola con suavidad.

–¡Oh, Nubnofret! –murmuró–. ¡Oh, pobre hermana mía! Los sirvientes de Tbubui son extraños, es cierto, y ella los ha adiestrado para que satisfagan unas necesidades algo peculiares, pero incluso así son sólo sirvientes.

Ella le tiró de la falda.

–¡Prométeme que no pasarás por encima de esta decisión mía! –exclamó–. ¡Prométemelo, Khaemuast!

Él se sentó en cuclillas y, cogiendo su húmeda cara entre sus manos, la besó con suavidad, abrumado por la preocupación.

–Te lo prometo –dijo–. Di a Tbubui que puede elegir los sirvientes que prefiera de entre los de la casa. Tal vez cuando te sientas mejor cambies de idea, pero te juro que no te forzaré en este aspecto.

Ella irguió la espalda, recuperando ya la compostura.

–Gracias, Alteza –dijo, serenamente–. Tal vez sea una tontería por mi parte, pero éste es mi hogar y no quiero sentirme una intrusa en él.

Había elegido unas curiosas esposas. Al cabo de un rato, Khaemuast cambió de tema y los dos conversaron amistosamente, mientras la maquilladora continuaba trenzándole el pelo. Pero la idea de que pronto debería enfrentarse a Tbubui y apoyar ante ella a Nubnofret le producía una oculta sensación de intranquilidad. Poco después se despidió, se retiró a sus habitaciones y pidió vino. Tendido sobre su diván, bebió silenciosamente hasta que el alcohol le hizo efecto. Entonces, dejó caer la copa al suelo y se quedó dormido.

En una breve vuelta a su decidida personalidad anterior, al día siguiente indicó a Tbubui que había acordado con Nubnofret respetar su decisión. Tbubui apenas reaccionó. Le miró durante largo rato, frunciendo la boca y luego empezó a hablar de la cosecha que había empezado en la finca de Sisenet. Khaemuast la escuchaba con alivio. Las mujeres de una casa grande (y en mayor medida en un gran harén) tenían misteriosos métodos propios de resolver los problemas de supremacía. Hay lágrimas y gestos hoscos. Hay sutiles manipulaciones, engaños y pruebas, hasta que surgen las más fuertes y ocupan los puestos de poder e importancia. De vez en cuando, en los harenes de la realeza, donde cientos de mujeres de todos los países rivalizaban por las atenciones del faraón y, con frecuencia, de los hombres que tenían autoridad sobre ellas, se llegaba a la violencia física y hasta al asesinato. Khaemuast no ignoraba aquellos hechos pero su casa había estado siempre libre de tales turbulencias.

"Esto es un pálido reflejo del caos que se puede desencadenar en los harenes", se dijo, mientras estudiaba la actitud de Tsubui, exteriormente flemática. La idea le tranquilizó, en realidad, casi le halagaba. Tsubui no era una debilucha, pero tampoco lo era Nubnofret, a su modo. Lucharían hasta alcanzar un acuerdo, tal vez una posición de respeto mutuo y probablemente no haría falta que él volviera a intervenir. Tsubui se sentiría menos insegura cuando ocupara el lugar que le correspondía en la casa y Nubnofret comprendería los lamentables resultados de intimidar disimuladamente a los habitantes de la casa y aprendería a morderse la lengua. Khaemuast estaba convencido de que la pequeña tormenta pasaría sin más.

Pero se estaba gestando otra peor. Durante una semana todo marchó bien. Tsubui despidió a los sirvientes que Nubnofret le había asignado y seleccionó otros de los del personal de la casa, más para salvar su orgullo (supuso Khaemuast) que para su comodidad. Volvió dos veces a su antiguo hogar y trajo de él joyas y adornos que se habían olvidado en la mudanza. Pasaba varias horas con los artesanos y los artistas, dando órdenes para la decoración de su nueva casa. Pero Khaemuast no estaba preparado para la noticia con la que le recibió una noche, en los últimos días de Pakhons.

Había ido a verla ya tarde, regocijado por haber recibido mensaje de que su cosecha había concluido y era abundante. Quería compartir con ella su felicidad y hacerle el amor. Esperaba encontrarla en el diván, pero no durmiendo. Había tomado la costumbre de visitarla a la misma hora cada dos o tres noches. Entraría en el cuarto, donde fluían los suaves parpadeos de los cuatro veladores, impregnado de su perfume recién aplicado, y mezclándose ya con el de las flores que ella habría hecho poner sobre las paredes. Ella estaría reclinada sobre el diván, envuelta flojamente en los lienzos, con la piel reluciente de aceites y la cara recién pintada. Pero aquella noche no estaba en el diván. La encontró encorvada en una banqueta junto a la pared, intranquila, con el pelo revuelto y la vista perdida en una oscuridad que sólo aliviaba una lámpara de alabastro.

Desilusionado y afligido, Khaemuast se acercó de inmediato a ella.

–¡Tsubui! –exclamó, cogiéndole la fría mano–. ¿Qué ocurre?

Ella levantó la vista y le dedicó una descolorida sonrisa. Khaemuast notó con alarma que estaba amarillenta y tenía los ojos hinchados. Por primera vez detectó unas diminutas arrugas alrededor de su boca y abriéndose en abanico sobre las sienes. No se había pintado.

–Perdóname, Khaemuast –dijo, con cansancio–. Hace mucho calor y hasta el agua sabe a lodo a estas alturas del año. Esta tarde no he podido dormir. –Se encogió de hombros–. Esta noche no me siento del todo bien, pero eso es todo.

Él la besó con ternura.

–Entonces, nos sentaremos a conversar tranquilamente y jugaremos a "perros y chacales". ¿Te gustaría?

Mandó a una criada en busca del tablero y condujo a Tsubui al diván, haciéndola sentarse sobre los almohadones, que acomodó rápidamente. Luego se dejó caer ante ella, cruzando las piernas. Tsubui guardó silencio hasta que la muchacha volvió a retirarse, después de dejar el tablero entre los dos. Khaemuast tenía la impresión de que Tsubui vacilaba entre decir o callar algo. De pronto, cogía aire, le miraba y volvía a apartar la vista.

–Necesitamos más luz –dijo, sacando las piezas de marfil del juego.

Pero ella sacudió la cabeza con brusquedad y él se limitó a inclinarse hacia el diván para acercar el velador. Su espasmódico parpadeo arrojó unas fluidas sombras sobre la cara de la mujer, privándola de vida. Khaemuast pensó que en aquel momento representaba los años que tenía, la vio envejecida y muy cansada. Hasta entonces Tsubui había pulsado casi todas las emociones que él era capaz de sentir, pero aquella noche tocó una sobre la que él no le conocía dominio: le envolvió la piedad. Ella no intentaba situar sus "perros" en el juego, sino que se limitaba a hacer rodar una pieza entre sus dedos, con la cabeza inclinada.

–Esta noche traigo muchas buenas noticias –explicó él, por fin–. Mis cosechas están recogidas y a salvo. Soy un poco más rico que el año pasado, pero Tsubui, yo...

Ella le interrumpió con una amarga sonrisa.

–Yo también tengo noticias similares –dijo, con voz ronda–. Has sembrado algo diferente, esposo mío. Rezaré porque esta cosecha te dé iguales alegrías.

El la miró un momento sin comprender y luego surgió en él una naciente felicidad. Extendió las manos hacia sus hombros.

–¡Tsubui! ¡Estás embarazada! ¡Tan pronto!

Ella apartó los hombros.

–No es tan pronto –respondió, irónicamente–. En los dos últimos meses hemos hecho el amor con frecuencia, Khaemuast. No deberías sorprenderte.

El príncipe dejó caer las manos en el regazo.

–¡Pero esto es maravilloso! –insistió–. Me siento muy feliz, de verdad. ¿Por qué no eres feliz tú también? ¿Tienes miedo? ¿No sabes que soy el mejor médico de Egipto?

Una vez más, aquella cínica sonrisa jugó en su boca.

–No, no tengo miedo. No... es decir...

La alegría de Khaemuast empezaba a desaparecer.

–Creo que harías mejor confiándote a mi –dijo, con gravedad.

Ella se levantó del diván sin responder y pasó por su lado rozándole. La llama de la lámpara bailó salvajemente a su paso, haciendo bailar las sombras en los muros. Él torció el cuerpo para observarla.

–En esta casa no se me quiere bien –dijo Tsubui, con lentitud–. No, en absoluto. Nubnofret sólo me demuestra desprecio y Hori no me dirige la palabra. Me fulmina con los ojos cuando cree que no le veo y su mirada fija me provoca escalofríos. Sheritra aceptó alegremente mis consejos y mi amistad... hasta que vine aquí. Ahora, me evita. –Se volvió para enfrentarse a él. Era una figura fantasmagórica en la penumbra del cuarto, con los ojos muy abiertos e hinchados, y los labios estremecidos–. Aquí estoy sola –susurró–. Sólo tu buena voluntad se interpone entre mí y la enemistad de tu familia.

Él se sintió espantado.

–¡Pero Tsubui, creo que exageras! –protestó–. Recuerda lo estable y tranquila que ha sido nuestra vida en esta casa. Hay que darles tiempo para que se adapten a tu llegada. ¡Debes darles tiempo!

La mujer dio un paso hacia él. Su pelo revuelto parecía fundirse con la oscuridad y sus ojos tenían la misma tonalidad.

–No es cuestión de tiempo. He hecho todo lo posible, Khaemuast, pero hay una profunda animosidad tras esa superficial cortesía. A ti te la ocultan, desde luego, pero son como buitres, están a la espera de que yo me quede sin protección para lanzarse a matar.

Khaemuast abrió la boca para objetar algo acaloradamente, pero recordó las crueles palabras de Nubnofret y guardó silencio. Observó atentamente a Tsubui.

–No puedo imaginar a ningún miembro de mi familia haciéndote daño. Hablas de personas generosas e insignes, no de bandidos del desierto, poco más que animales.

–¡Tú no ves lo que yo veo! –exclamó ella, angustiada–. ¡Las miradas de odio a tu espalda, las pequeñas indignidades, la altanería deliberada! –Apoyó sus blancas manos en el vientre–. No me preocupo por mí misma. Te amo y sólo quiero hacerte feliz, Khaemuast. Pero vamos a tener un hijo, ¡temo por mi hijo!

Estaba cada vez más alterada. Su voz se elevaba histéricamente y sus manos se agarraron sobre su abdomen desnudo. El lienzo había caído al suelo, dejándola desnuda ante él, de pie, bella en su pánico y su impudor. Su salvajismo encendió en el príncipe una palpitación de deseo, pero intentó calmarla.

–Las embarazadas suelen volverse irracionales, Tsubui. Sin duda lo sabes –dijo–. Piensa bien lo que dices, estás en mi casa, no en el harén de un rey extranjero sin escrúpulos. Eres mi esposa. Yo me regocijo por la llegada de este niño y lo mismo hará mi familia.

Ella se acercó más a él.

–No, ellos no –insistió–. Eres un príncipe de sangre real, Khaemuast, y tu progenie pertenece a Egipto. Todos tus hijos, incluido éste –señaló, aferrándose el vientre–, forman la línea de sucesión al Trono de Horus. Hori tiene mucho más en juego que el hijo de un mercader cuya segunda esposa queda embarazada. Si algo te ocurriera, él y todos los de tu familia tratarían de desheredar a mi hijo. Un hijo mío es una amenaza para su futuro. ¡Oh!, ¿No lo comprendes?

Khaemuast empezaba a comprenderlo, pero no le gustaba. "¿Será cierto?", se preguntó. "Ellos no quieren a Tsubui aquí, pero yo pensaba que esa división se borraría con el tiempo. Ahora bien, este embarazo añade otro dolor a las heridas que ya sufre la familia." Trató de imaginar cuál sería la situación en caso de que él muriera y sintió un escalofrío. Verdaderamente, Tsubui quedaría indefensa. Pero, ¿había acaso de quién defenderla? Súbitamente, el desagrado de Nubnofret, la hosquedad de Hori e incluso la flamante irritabilidad de Sheritra cambiaron y adquirieron en su mente una nueva significación. No podía discutir, lo que Tsubui decía parecía verdad. Y ahora la tenía frente a él, jadeando con las mejillas mojadas de lágrimas.

–¿Me amas, Khaemuast? –preguntó, con voz estrangulada–. ¿Me amas?

–¡Tsubui! ¡Más que a nada! –respondió.

–Entonces, ayúdame, por favor. Soy tu esposa y me debes protección. Y más aún se la debes al hijo que va a nacer. Borra a Hori y a Sheritra de tu testamento a favor de este nuevo hijo tuyo. Hazlo antes de que le ocurra alguna fatalidad terrible. Quitales ese poder para que yo pueda vivir en paz aquí, ansiando el momento de traer al mundo el fruto de nuestro amor. De otro modo... –Se inclinó, con las manos en las rodillas, y miró a Khaemuast con una loca intensidad–. De otro modo tendré que divorciarme y marcharme.

Él tuvo la sensación de haber recibido un golpe. Le dolía el pecho y no lograba respirar.

–Por todos los dioses, Tsubui... –graznó–. No lo dirás en serio..., no hay necesidad de medidas tan drásticas... no puedes pensar...

La mujer lloraba.

–Créeme, querido hermano, desde que supe que estaba embarazada no he pensado en otra cosa. Nubnofret no me aceptará jamás. Me dijo a la cara que tengo corazón de prostituta. En cuanto a Hori...

–¿Qué? –preguntó él, bruscamente.

Ella movió la cabeza.

–Nada. Pero te lo ruego, te lo imploro, haz lo que te pido. Eres un hombre bueno y por eso no hueles el mal que hiede bajo tu nariz. El faraón se encargará de Hori. Y Sheritra, sin duda, se casará con algún noble de fortuna. ¡Ellos no sufrirán! ¡Sólo mi hijo sufrirá si te retrasas!

–¿Que Nubnofret, mi Nubnofret, te ha llamado prostituta? –repitió él, lentamente.

Ella asintió.

–Sí. Te juro por todos los dioses que te estoy diciendo la verdad. Cambia tu testamento, príncipe. Si los dioses son bondadosos, vivirás hasta ver a nuestro hijo convertido en hombre adulto y entonces esto no tendrá importancia.

Pero si no... –Extendió las manos–. Te adoro, siempre te he adorado. No me obligues a arrancarme el corazón abandonándote.

Khaemuast no podía pensar. Quería tener la mente despejada, discutir racionalmente con ella, pero la cabeza le daba vueltas y tenía miedo, muchísimo miedo, de que ella estuviera en lo cierto y cumpliera su amenaza. "No puedo vivir sin ella", pensó "No puedo volver a la vida que llevaba antes. Sería la desolación, la soledad, sería la muerte. Ella me ha cambiado, ha estado trabajando en mí desde el principio. Ya no soy el Khaemuast de Nubnofret, el padre de Hori, la mano derecha de Ramsés. Soy el amante de Tsubui solamente."

La atrajo hacia el diván con un ademán del brazo y la empujó rudamente sobre el colchón para subirse encima de ella.

–Muy bien –chirrió, ya casi enloquecido por la fiebre del deseo–. Muy bien. Desheredaré a los hijos que me dio Nubnofret y concederé el derecho de heredar a nuestro hijo. Pero no les diré nada. Te odiarían aún más.

–No hay necesidad de decirles nada, a menos que se conviertan en un peligro –respondió ella–. Gracias, Khaemuast.

Pero él no replicó, no la había oído. En él se levantaba ya la ola de lujuria, que ahogaba todo pensamiento. Tardó mucho en recobrar la noción de dónde estaba. La lámpara se había agotado ya y los chacales aullaban muy lejos, en el desierto, más allá de Saqqara. La ciudad estaba envuelta en el silencio de la noche profundísima.

## CAPÍTULO 17

¿Te irás porque tienes sed?  
Toma mi pecho

lo que hay en él desborda para ti.

El alba era una tregua en la oscuridad cuando Khaemuast salió subrepticamente de la casa de las concubinas y regresó a sus habitaciones, donde cayó casi simultáneamente en su diván y en sus sueños. Despertó tres horas después, percibiendo las suaves notas de su arpista y el agradable olor a pan fresco, higos maduros y uvas. Kasa estaba enrollando las persianas para dar paso al precioso sol temprano, que dos horas después sería excluido sin contemplaciones.

Khaemuast comió sin mucho apetito, pensando en lo que había dicho Tsubui la noche anterior. Pero era como si la decisión ya estuviese tomada y las consecuencias de su ruego y sus propias objeciones corrían por él sin mucha coherencia. "Tiene mucha razón", se dijo, escupiendo una pepita de uva en la palma de la mano y mirándola estúpidamente. "Debí tener en cuenta esta posibilidad, pero sepulté la cabeza en el arenal del engaño a mi mismo. La realidad nos ha alcanzado a todos y es algo frío, inmisericorde y brutal. Es preciso hacer algo inmediatamente, hoy mismo, o la perderé."

—Kasa —llamó—, ordena a Ptah—Seankh que me espere en el despacho. ¿Has elegido mi ropa para esta mañana?

Acabó de comer, despidió al arpista con un ademán y, ya bañado y vestido, rezó sus oraciones ante el altar de Thot. "Si supieran lo que voy a hacer, me odiarían", pensó, mientras su boca pronunciaba las antiguas palabras de súplica y veneración. "Indignación, amargura, traición... ninguno de ellos lo comprendería. Pero Tsubui es mi vida, mi juventud, mi último amuleto contra los años que avanzan y la larga oscuridad. Mi padre tiene más riquezas de las que pueden soñar los hombres comunes. Que él se encargue de recoger los pedazos, si yo muero. Me debe eso, por lo menos."

Apagó el incienso, cerró el altar y fue a su despacho. Uno de los sirvientes bajaba ya las persianas contra la implacable potencia del sol. Fuera, se oía trabajar a los jardineros. Ptah—Seankh estaba sentado en un banquillo, leyendo con la paleta en el suelo. Al vez entrar a Khaemuast se levantó para hacerle una reverencia.

—Te saludo, Ptah—Seankh —dijo Khaemuast—. Un momento, por favor.

Sacó de su cinturón una pequeña llave, pasó al cuarto interior, y abrió un arcón del cual retiró un rollo, con el que volvió al despacho. Entregó el papiro al escriba y ocupó su sitio tras el escritorio.

—Eso es mi testamento —explicó—. Quiero que lo leas con atención. En él hay tres cláusulas que se refieren a la distribución de mi fortuna personal y mis fincas hereditarias. Pon cuidado en diferenciar entre mis bienes personales y los que me son asignados por mi condición de príncipe. Estos últimos pasan automáticamente a Hori y sobre eso no puedo hacer nada. Pero quiero que le elimines de la herencia de mis bienes personales y también a mi hija Sheritra. Deja intactos los bienes de Nubnofret.

Ptah—Seankh le miró fijamente, apretando el rollo con estupefacción.

—Pero Alteza —tartamudeó—, ¿qué ha hecho el príncipe Hori? ¿Has meditado bien lo que me estás pidiendo que haga?

—Por supuesto —contestó Khaemuast, de mal humor—. Mi esposa Tsubui está embarazada y eso requiere cambios en el testamento. Hay una copia de ese documento archivada en la Casa de la Vida, aquí en Menfis. Llévate mi sello como autorización, retira esa copia y ejecuta en ella los mismos cambios. Pondrás como único beneficiario al hijo que va a tener Tsubui.

Ptah—Seankh dio un paso adelante.

—Alteza, te ruego que medites bien antes de tomar esta solemne iniciativa —balbuceó—. Si eliminas a Sheritra de tu testamento, la dejas sin medios para pagar la dote en el caso de que mueras dejándola soltera. En cuanto al príncipe Hori...

—Si quisiera conocer tu opinión, te la pediría —bramó Khaemuast—. ¿Quieres que te repita las instrucciones?

—Si —asintió Ptah—Seankh, con voz firme, pese a su palidez—. Me parece mejor que el príncipe repita esas palabras.

"Confía en que me asuste al oírlas y cambie de idea", se dijo Khaemuast. "En realidad, estoy asustado, pero no voy a retroceder." Y repitió sus indicaciones, lentamente y con cuidado, consciente de la mirada fija e incrédula del escriba. Por fin, le indicó que se retirara. Ptah—Seankh le hizo una reverencia y se detuvo un momento, como si quisiera volver a discutir, pero luego salió retrocediendo de espaldas y la puerta se cerró con un discreto chasquido.

"Ya está hecho", pensó Khaemuast, escuchando los apagados sonidos que llegaban desde el jardín, con los brazos apoyados en la pulida superficie de la mesa. "En unas pocas horas he traicionado a mis hijos y me he hundido en la degradación, pero conservo a Tsubui. Más tarde me ocuparé de la transgresión de Maát, pero ahora iré a verla, a ver el sosiego que suavizará su rostro cuando le diga que ella y nuestro hijo están a salvo. Sus ojos se iluminarán poco a poco y me acariciará la cara con la punta de los dedos. Entonces sabré que he hecho lo correcto, lo único correcto."

Pero no se movió. Las voces de los jardineros se apagaron lentamente y fueron reemplazadas por las de pájaros que reñían, por la de un sirviente que pasaba canturreando y por el tono estridente de Wernuro, la criada de Nubnofret, regañando a alguna infortunada esclava. "Lo correcto", pensó, sin emociones. "Lo único correcto." No pudo levantarse.

Ptah-Seankh intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir de pie ante la puerta cerrada, apretando el rollo en la mano. Sabía que el guardia le miraba con una subrepticia curiosidad; tenía que moverse, pero durante unos momentos no pudo. "El príncipe está loco", pensó, con desesperación. "Ha perdido el juicio. ¿Qué debo hacer? Mi primera obligación es obedecerle en todo, pero no puedo aceptar esto. Padre, ¿qué habrías hecho tu? Yo soy aquí sólo un aprendiz, aunque con privilegios. No sé más que mi amo, pero ¿cómo voy a hacer esto? ¿Debo presentarme ante la princesa y confesárselo todo? Tendría que limitarme a cumplir las órdenes y ocuparme de mis propios asuntos. Soy un recién llegado a esta casa en la que mantengo la reputación de mi padre. Pero todavía debo hacerme la mía."

De improviso, recordó la terrible cosa que la segunda esposa del príncipe le había obligado a hacer y la culpa que ello cargaba sobre todas las partes. "Tal vez los dioses me ofrecen esta oportunidad para corregir el mal que hice", pensó. "Al mismo tiempo puedo purificar mi conciencia." Lo que se le ordenaba hacer estaba mal, sin duda. El príncipe tenía derecho a incluir en su testamento los detalles que quisiera, pero aquellos cambios hedían a corrupción. "Oh, Thot, sabio guía de la mente y la mano del verdadero escriba", oró Ptah-Seankh, siempre bajo la atenta y curiosa mirada del guardia, "dime qué debo hacer".

Echó a andar por el largo pasillo y en el otro extremo se encontró con Antef, sirviente personal y amigo del príncipe Hori. Lo tomó como una señal. Con una reverencia, preguntó dónde podía estar el príncipe, pero Antef respondió brevemente que no lo sabía. Ptah-Seankh empezó a buscarle. Una hora después todavía no había hallado a Hori, pero sí a la princesa Sheritra, que llevaba un cuenco de leche en las manos.

—Te saludo, Ptah-Seankh —dijo ella—. Espero que te encuentres a gusto aquí y que mi padre no te esté volviendo loco con su trabajo.

Él se inclinó.

—Me hace muy feliz trabajar en esta augusta casa, Alteza —replicó—. ¿Puedo preguntarte si has visto a tu hermano? Le estoy buscando por toda la casa, pues necesito hablar inmediatamente con él.

Ella reflexionó un momento.

—Si no está en casa, ha de estar en el embarcadero —respondió—. Sé exactamente dónde. ¿Es muy importante, Ptah-Seankh?

Él asintió.

—En ese caso, enviaré a buscarle. Ve a esperarle a sus habitaciones. Pero antes debo alimentar a las serpientes, de la casa.

Le dirigió una sonrisa y continuó su camino, mientras el escriba se volvía hacia las habitaciones del príncipe, siempre con el rollo apretado entre las manos. Esperó mucho rato, pero era paciente. Llegó la hora de la siesta y recordó con nostalgia su pulcro diván. Pero permaneció en la antecámara del príncipe, bajo la mirada del mayordomo, hasta ver entrar a Hori.

El joven se acercó a él con una sonrisa. Traía la faldilla húmeda y manchada de algo que parecía cieno del río y no se había puesto una sola joya, ni siquiera un amuleto. A pesar de todo, Ptah-Seankh se dijo que nada podía oscurecer su extraordinaria hermosura.

—¿Necesitas verme? —preguntó con brusquedad.

Ptah-Seankh le hizo una reverencia, sin apartar la vista del mayordomo.

—En efecto, Alteza, pero preferiría hablar contigo en privado.

Hori despidió a su mayordomo con un ademán de la mano y cuando las puertas se cerraron tras él, ofreció al escriba el vino que estaba abierto sobre la mesa. Ptah-Seankh lo rechazó. Hori, en cambio, se llenó bastante la copa y se acomodó en una silla —Lo último de una gran cosecha —comentó, acercando su copa a la luz para que se reflejara en el vino—. Mi tío puede haber sido relegado a la categoría de la nobleza menor, pero las uvas que cultiva producen el vino más real de Egipto. ¿Qué deseas, Ptah-Seankh?

El joven escriba se acercó un poco más.

—Príncipe —dijo—, probablemente arriesgo mi carrera con un acto que, a tus ojos, puede parecer una traición, pero estoy confuso y dolido y no sé qué hacer.

Hori se irguió en su asiento. Sus ojos claros y centelleantes se llenaron a la vez de cautela y curiosidad. Parpadeó varias veces y Ptah-Seankh pensó, fugazmente, que cualquier muchacha envidiaría aquellas largas y negras pestañas.

—Tienes un problema en el cumplimiento de tus obligaciones —dedujo el príncipe, lentamente—. Antes de hablar, Ptah-Seankh, asegúrate de que te conviene hacerlo. Eres sirviente de mi padre, no mio.

—Soy perfectamente consciente de ello, Alteza —asintió el escriba—. Pero tu padre me ha encomendado una tarea que, con toda honradez, no puedo cumplir sin tu ayuda. Amo a tu padre —prosiguió, con franqueza—. Ha sido el benefactor de mi familia durante muchos años y no estoy traicionando su confianza con ligereza.

Hori había entornado los ojos, más interesado. El vino permanecía en la mesa, olvidado, aunque acariciaba con los dedos el pie de la copa.

—Habla —ordenó.

Ptah-Seankh tragó saliva y le tendió el rollo.

—Este es el testamento del príncipe Khaemuast. Esta mañana me ha ordenado cambiarlo. Tú y tu hermana, la princesa Sheritra, estáis eliminados de él como herederos y sois sustituidos por el niño que va a tener la señora Tsubui. Los dedos del joven se inmovilizaron súbitamente y sus ojos cobraron la dureza de las ágatas.

—¿Está embarazada Tsubui? —susurró—. ¿Estás seguro?



—Así me lo ha dicho tu padre —explico Ptah—Seankh— y lo confirman los cambios que ha ordenado efectuar en su testamento. ¡Oh, perdóname, príncipe Hori, perdóname! ¡No podía guardar silencio! ¡Has sido desheredado! ¡No sé qué hacer!

Hori no dijo nada. Luego se desperezó lentamente, cruzó los tobillos y agachó la espalda. Su mano buscó la copa para acariciarla otra vez con sensualidad, de arriba abajo, una y otra vez, hasta que Ptah—Seankh quedó hipnotizado por aquel movimiento compulsivo.

—Desheredado —musitó—. Debí imaginarlo. Mi padre está completamente absorbido por ella. Se ha vuelto ciego, sordo y demente. —Rió con aspereza y Ptah—Seankh percibió en el sonido algo más que el dolor por la traición—. En cuanto a ti, escriba —prosiguió Hori—, si estuvieras a mi servicio te despediría en el acto. No tienes principios y eres indigno de confianza.

—Alteza —comenzó Ptah—Seankh, pese a que tenía la garganta casi cerrada y le resultaba difícil hablar— si sólo se tratara del testamento de mi amo, me habría reservado mis opiniones y hubiera hecho lo que se me ordenaba. Pero hay algo más. —Tragó saliva y se encontró de rodillas—. He cometido un horrible pecado.

Entonces Hori se inclinó hacia él, con una auténtica preocupación reflejada en el rostro. Le alargó la copa de vino e hizo beber al escriba. El recipiente repiqueteó contra los dientes de Ptah—Seankh, pero el líquido violáceo le hizo cobrar un poco de valor.

—Sería mejor que me lo contaras todo —aconsejó el príncipe.

Y Ptah—Seankh lo hizo. Fue como pinchar un forúnculo.

—El día antes de que yo partiera hacia Coptos —dijo—, la señora Tbusui acudió a mí y me dictó una carta para tu padre. Contenia todo lo que yo debía descubrir sobre su linaje durante mi investigación, la misma investigación sobre la que mi padre trabajaba cuando murió. ¡Todo eran mentiras, príncipe! ¡Todo mentiras! Protesté, pero ella me amenazó con desacreditarme y hacerme despedir, si no cumplía sus órdenes. —Por fin osó levantar los ojos hacia Hori, que le miraba intensamente—. Mi padre había trabajado para el príncipe durante muchos años —prosiguió—. Sus palabras habrían sido creídas o, al menos, tenidas en cuenta. Pero yo soy un escriba nuevo, que aún no ha demostrado su valía. Hice lo que ella deseaba.

El príncipe acercó la cara a él y Ptah—Seankh, con una punzada de temor, vio que apretaba rápidamente los labios, en un rictus de extrema emoción. Su mirada era casi inhumana.

—¿Quieres decir —preguntó, con voz estrangulada— que Tbusui te dictó los resultados de tu investigación? ¿Que te indicó qué informe debías entregar a mi padre cuando volvieras de Coptos?

Ptah—Seankh asintió miserablemente.

—¿No hiciste nada en absoluto en las bibliotecas de Coptos? ¿Te limitaste a esperar el tiempo necesario para volver a casa?

—Si. Estoy muy avergonzado, Alteza, pero tenía mucho miedo. Albergaba la esperanza de que no tuviera importancia. Tu padre está muy apegado a esa señora...

Hori le acalló con un salvaje ademán. No se movía. Su cara estaba tan cerca de la de Ptah—Seankh que su aliento rozaba la boca del escriba con un calor rápido y rítmico. Lentamente, el salvajismo animal de su expresión se relajó y se convirtió en una tensa mezcla de dolor y especulación.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué, por qué, por qué? Si no es una mujer de origen noble y antiguo linaje, ¿quién es? Ni una campesina, ni una vulgar ramera, ni siquiera una bailarina podrían poseer la educación y la gracia social que ella posee. ¿Qué oculta?

De pronto se echó hacia atrás y bebió el vino de un trago. Luego se levantó.

—Ven, Ptah—Seankh —dijo—. Vamos a hablar con mi padre.

Arrebató el rollo de las manos del escriba, que se levantó entre vehementes protestas.

—¡No, Alteza, por favor! Me he presentado a ti de un modo confidencial, para descargar mi culpa y pedirte consejo. El príncipe me expulsará inmediatamente cuando sepa lo que he hecho.

—Tendrás que arriesgarte —replicó Hori, sombríamente—. Ahora le repetirás a él tu declaración y te entregarás a su misericordia. No voy a permanecer callado mientras me privan de lo que me corresponde por derecho, y a Sheritra de su dote. Además —agregó—, ¿no te sentirás mejor si dices la verdad?

Marchó a grandes pasos hacia la puerta, seguido por Ptah—Seankh que sentía el corazón oprimido.

Hori alcanzó a Khaemuast en el momento en que se dirigía a almorzar al salón de recepciones, con Tbusui cogida de su brazo. El príncipe saludó a su hijo afablemente, pero sus ojos se dirigieron velozmente hacia el escriba y el rollo que Hori sujetaba. Entonces perdió la sonrisa.

—¿Qué ocurre? —espetó a su hijo.

—Necesito hablar inmediatamente contigo —dijo Hori—. Ven al jardín.

—¿No podemos esperar hasta después de comer? —objetivó Khaemuast—. Tbusui tiene petito.

—Tbusui puede ir a comer —aclaró el joven, en voz alta—. Este asunto no puede esperar.

Vio que cruzaban una mirada rápida y preocupada. Después, su padre besó a la mujer y ella se apartó de él.

—Pide a Nubnofret que retrase un poco la comida —dijo, mientras ella desaparecía entre las columnas de la entrada.

Khaemuast se adelantó bruscamente, seguido por Hori, con Ptah—Seankh atrás, y se dirigieron a un lugar retirado, junto a los densos arbustos que ocultaban el camino del embarcadero. Allí Khaemuast se detuvo y se volvió a su hijo, ladrando:

–Bueno, ¿qué pasa?

Hori le respondió colocándole el papiro bajo la barbilla.

–¿Reconoces esto? –preguntó, con voz trémula de ira–. ¡Explicame cómo puedes destruir mi vida y el futuro de Sheritra sin perder el apetito!

Su padre se volvió lentamente hacia el escriba.

–Eres indigno de mi confianza –dijo, friamente–. Estás despedido.

Ptah–Seankh palideció. Hizo una reverencia, mudo, y comenzó a retroceder, pero Hori le asió bruscamente del brazo.

–No tan rápido –dijo–. Tal vez cambies de idea, padre, cuando escuches todo lo que tu escriba tiene que decir. No es Ptah–Seankh el indigno de tu confianza, sino tu preciosa Tbusui. ¡Cuéntale todo, Ptah–Seankh!

El escriba cayó de rodillas, avergonzado. Entre interrupciones y rápidas miradas al rostro furioso de Hori y a la expresión del príncipe, que pasaba del enojo a la incredulidad, contó la historia de su caída. Pero cuando hubo terminado, el príncipe ya no le empalaba con su mirada, estaba observando a su hijo.

Ptah–Seankh guardó silencio mientras Khaemuast continuaba mirando fijamente a Hori. Luego, empezó a abrir y cerrar los puños y los músculos de sus antebrazos empezaron a anudarse también.

–Ésta es la historia más cruel e imaginaria que he oído jamás –dijo, pesadamente–. Pero me gustaría oírla otra vez, en presencia de Tbusui. ¡Tú! –gritó por encima de los arbustos al guardia que estaba apostado en el camino–. ¡Trae a la señora Tbusui! Está en el salón, comiendo –se dirigió otra vez a los dos jóvenes–. Sabía que la detestabas –dijo a Hori–, pero no te creía capaz de tanta animosidad. En cuanto a ti...

Se inclinó y con asombrosa rapidez dio una bofetada al escriba en la mejilla.

–El relato que vas a repetir será lo último que digas en esta casa.

–Ya nos has juzgado, ¿verdad, padre? –susurró Hori. Se sentía tan estupefacto, que todo su desdén se había desvanecido–. Te resulta imposible creer en nosotros.

Crees que he obligado a Ptah–Seankh a mentir, que él y yo hemos forjado una conspiración contra Tbusui. Estás en poder de ella por completo.

–¡Cállate! –rugió Khaemuast.

Y Hori obedeció, mordiéndose los labios. Dirigió una mirada de solidaridad al escriba y luego clavó la vista en el suelo.

En poco tiempo los arbustos susurraron débilmente y Tbusui apareció sonriendo, con el vestido rojo pegado a sus insinuantes caderas. El ardiente sol se reflejaba en la lisa negrura de su cabello. Fue directamente hacia su esposo y se inclinó ante él.

–¿Has mandado llamarme, Khaemuast?

Él le respondió apuntando con un rígido dedo a Ptah–Seankh, que seguía de rodillas.

–Dilo –ordenó.

El escriba obedeció con voz sofocada, mostrando el color de la muerte en la piel. Hori, que observaba con atención a la mujer, tuvo que admirar su perfecto dominio de sí misma. Su expresión pasó del interés cordial al desconcierto y, luego, a la aflicción. Su boca empezó a contraerse, y cuando Ptah–Seankh calló por última vez, las lágrimas brillaban en sus mejillas.

–Oh, Hori, ¿cómo has podido? –sollozó, volviéndose hacia él con un gesto suplicante–. Yo no habría dicho nada, quería seguir siendo tu amiga. ¿No has podido arrancar tus celos y regocijarte por tu padre y por mí. Me eres tan querido como mi propio hijo. ¿Por qué has intentado hacerme tanto daño?

Ocultó la cara entre las manos y Khaemuast la abrazó protectoramente. En su aturdimiento, Hori observó con admiración aquella representación, la más grande que había visto en su vida y tuvo deseos de aplaudir. Se había puesto en manos de aquella mujer como un niño ingenuo y era el único culpable de lo que ocurría. Khaemuast la soltó, frunciendo el ceño.

–¿Qué es lo que no hubieras dicho? –acusó, obligándola a levantar la barbilla.

Las lágrimas corrieron por su cuello, brillando sobre el saludable bronceado de su clavícula.

–¡Oh, no, queridísimo! –sollozó–. ¡No! No quería decir nada, lo juro. ¡No castigues a Hori, por favor! Sólo está... Vaciló.

–¿Sólo está qué? ¿Qué pasa aquí? ¡Exijo que me respondas, Tbusui!

Ella se cubrió la boca con una mano y luego la apartó para volver hacia Hori unos ojos llenos de piedad y conmiseración. Durante un cegador momento el joven dudó de sí mismo y de Ptah–Seankh, pero recordó el inconfundible timbre de veracidad del relato del escriba y recordó también que su padre, ¡su padre!, había planeado cobarde y secretamente desheredarle.

–¡Qué zorra! –murmuró.

Habría podido jurar que durante un instante vio flamear la burla en los ojos de la mujer. Pero enseguida obedeció ella la orden de Khaemuast, y se dispuso a hablar como a disgusto.

–Hori está celoso de ti, amor mío –dijo, con voz trémula–. Desde hace mucho tiempo sabía que me deseaba. Me lo confesó días antes de que tú me ofrecieras el contrato matrimonial, pero yo ya estaba enamorada de ti y se lo dije, con tanta amabilidad como pude. La violencia de ese capricho juvenil se ha convertido ahora en odio y por eso trata de desacreditarme –se volvió hacia Khaemuast, extendiendo los dedos en una súplica–. ¡Oh, no se lo reproches, Khaemuast! Los dos sabemos que esas hogueras arden con fuerza y a veces devoran el sentido común. Hazlo por mí, no le castigues.

Khaemuast la había escuchado en un atónito silencio, cada vez más ceñudo. Cuando ella acabó de hablar, se desprendió de sus manos suplicantes y se acercó a Hori. El joven supuso que su padre iba a golpearle y se encogió involuntariamente, pero Khaemuast se controlaba todavía a duras penas.

–¡Cachorro cruel! –le gritó, salpicándole la cara de saliva–. Con que ése era el motivo de tus secretas visitas. ¡Deseabas a la prometida de tu padre! ¡Querías usar tu hermosura para seducirla! Si ella no me hubiera suplicado clemencia, te expulsaría inmediatamente de esta casa. En estas circunstancias, no quiero verte sentado a comer con la familia ni oír jamás el sonido de tu voz. ¿Comprendes?

Hori vio que Tsubui le sonreía abiertamente tras la cara furiosa de su padre. Notó que el escriba se había ido.

–Oh, sí, lo comprendo –dijo lentamente–. Lo comprendo muy bien. Pero si crees que voy a permanecer impasible mientras me privas de mis derechos por el hijo de esa mujer maligna, estás muy equivocado, papá –se apartó a un lado y se inclinó ante Tsubui–. Mis felicitaciones por tu fecundidad –agregó, secamente–. Os deseo a los dos que seáis muy felices.

Luego tiró el rollo al suelo y, girando sobre sus talones, se alejó.

Caminó erguido y con la cabeza en alto hasta que se adentró en la espesura. Allí, cayó al suelo tambaleándose, y hundió la cabeza entre las rodillas. Quería llorar, pero descubrió que no podía. Durante un rato se limitó a permanecer así, acurrucado, aturdido. Los detalles de la inigualable representación de Tsubui se repetían en su mente una y otra vez, mucho más vividas que la demencial y enfurecida cara de su padre. Tenía sed de vino, vino y más vino. Por fin se levantó para volver al camino y entró cautelosamente en la casa por la puerta principal. Estaba abierta, como de costumbre. Los tres sirvientes siempre apostados allí se levantaron para hacerle una reverencia, y el se adentró con paso cauteloso en el oscuro interior de la casa.

Aparte de los sirvientes, que estaban retirando los restos del almuerzo, el salón estaba desierto. El olor a comida le produjo náuseas. Merodeó hasta encontrar una jarra de vino sin abrir y rompió el sello para beber un largo trago. Luego, volvió a salir con la botella apretada contra el pecho. Había llegado la hora de huir del sol y dormirar, y la casa y los jardines se habían sepultado en un fantasmagórico silencio. Hori caminó por un sendero hasta los peldaños del embarcadero y allí se desvió. Llegó al escondrijo secreto que compartía con Sheritra y se tumbó en la hierba. "Me voy a emborrachar", pensó, "y después me emborracharé un poco más. Te odio, padre, pero más odio aún a esa ramera sin escrúpulos y ladina con quien te has casado."

Bebió, esperó y volvió a beber, pero la tarde se acercaba al crepúsculo y él seguía tan sobrio como en el momento de comenzar. Era como si el vino entrara por su boca y se extendiera por su cuerpo para salir después por los poros de la piel, llevándose toda su potencia. Hori permanecía dolorosamente lúcido. En algún momento, antes de arrojar a los matorrales la jarra vacía para volver al sendero, decidió lo que debía hacer.

La casa de las concubinas parecía desierta, pero Hori comprendió que no estaría así mucho tiempo. Había pasado ya la hora de la siesta y algunas mujeres saldrían a bañarse y otras a pasear por los mercados de la ciudad. Supuso que su padre habría pasado aquellas horas con Tsubui, pero estaría ya dedicado a sus tareas de la tarde.

Se acercó a la puerta, saludó amistosamente al guardián y le pidió que le dejara entrar. El hombre le preguntó qué le llevaba allí. Hori respondió que la segunda esposa Tsubui le había invitado, horas antes, a compartir algunos momentos con ella, como madrastra e hijo adoptivo, por así decirlo, y el guardia se hizo a un lado con una reverencia.

–Asegúrate de que nadie nos moleste –ordenó Hori, al entrar–. La señora está últimamente tan ocupada que no hemos tenido tiempo de conocernos. Por eso le agradezco que me haya concedido esta hora.

"Cuando ella diga a papá que el guardia me ha dejado entrar, le despedirá", pensó, acercándose a la puerta de Tsubui. "Bueno, no tiene solución." Hizo señas a la criada de la puerta para que guardara silencio y, tras dar un solo golpecito, entró.

El cuarto brillaba a la dorada media luz de la hora. La entrada de aire estaba abierta y dejaba entrar pequeñas corrientes. A pesar de ello, Hori pudo percibir el sudor de su padre al acercarse al diván deshecho. Tsubui permanecía más o menos como su padre debía haberla dejado: una sábana amontonada sobre la ingie, el pelo enredado y pegajoso, y la piel húmeda. Le vio entrar sin sorpresa y siguió su paso con unos ojos soñolientos y carentes de toda curiosidad. El se detuvo.

–Bien, Hori –dijo ella, con una perezosa sonrisa–. ¿Qué quieres?

Y se cubrió despacio los pechos con la sábana.

–Quiero saber por qué. ¿Por qué te has casado con mi padre, a quien no creo que ames en absoluto, cuando podrías haberme tenido a mí? Por algún motivo me parece que prefieres la carne tierna, Tsubui, a un viejo que lucha con las limitaciones del tiempo.

–Yo no diría que Khaemuast sea viejo –objetó ella, siempre con su indolente sonrisa fija en la boca–. Y ser su esposa tiene ciertas ventajas. Fortuna, influencia, un título...

–No se trata de eso –replicó Hori, pensativo–. Al menos, no sólo de eso. Con el tiempo yo podría haberte dado todas esas cosas, lo sabes bien. ¿Y por qué obligaste a Ptah–Seankh a darle informaciones falsas? ¿Es que no hay nada que averiguar en Coptos?

–Acaso en Coptos se pueda averiguar mucho más de lo que podrías imaginar –interrumpió ella con suavidad, entornando los ojos–. ¿No lo has pensado, mi apetitoso Hori? Más de lo que tu mente puede abarcar. ¡Oh!, no podía arriesgarme a que el querido Khaemuast supiera la verdad. Todavía no.

Se incorporó con un movimiento gracioso y provocativo.

–Pero lo sabrá –dijo Hori, de pie todavía junto al diván–. Yo mismo voy a ir a Coptos. Pienso partir mañana. Te destrozaré antes de que puedas destruir a mi padre.

Ella rió, con condescendencia.

–¡Qué atractivo te pones cuando te enfadas! ¿Y crees que, después de lo que ha pasado hoy, creará algo de lo que tú le digas? A ti puedo decirte lo que quiera. Excava en Coptos lo que te dé la gana, él está ciego a todo, salvo a mí, y no sólo perderás el tiempo, Alteza.

"Me gustaría matarla", pensó Hori, con odio. "Me gustaría rodear con mis manos ese bonito cuello y sacudirla, y apretar hasta que deje de reír, hasta que pierda esa sonrisa superior y provocativa..."

Tbubui sacó las piernas de la cama sonriendo más ampliamente.

–Pero no puedes matarme, ¿verdad, querido Hori? ¡Oh, sí! Veo en tu cara la necesidad de hacerlo. ¿No te gustaría hacerme el amor, en cambio? Muchas veces pienso en ti cuando él se revuelve y gruñe sobre mi cuerpo.

–Me das asco –logró balbucear él.

El horror y la ira le reducían las piernas a agua, pero aquellas palabras habían estimulado en él la lujuria, más familiar que la ira, pues era una vieja amiga con quien vivía desde hacía mucho tiempo.

Ella inclinó la cabeza, entornando los ojos y arqueando la espalda.

–Ven, joven Hori –susurró–. Hazme el amor.

Él se lanzó adelante con un grito, decidido a tirarla al suelo para quitarle la vida, pero se descubrió besándola. Ella empezó a gemir (o quizá a reír) desde el fondo de su garganta y le abrazó el cuello, y la cintura, cada vez más abajo. Hori, frenético, trató de liberarse y apartarla, pero una mano se le cerró contra uno de sus pechos y la otra le agarró un muslo. Cayeron juntos sobre el diván. No podía dominar su deseo de ella, del mismo modo que no podía dejar de respirar. Pero la despreciaba y se despreciaba a sí mismo.

Penetró en ella como un ariete hundiendo los dedos de una mano en el cuello de Tbubui y el otro puño en el colchón, y enseguida eyaculó, con un gran estremecimiento. Luego, quedó tendido sobre ella, con los músculos contraídos.

–Así me gusta –murmuró ella, contra su oído–. Me gusta, sí.

Él se apartó con un grito, dejándose caer del diván.

–Oh, maravillosa sangre joven y caliente –prosiguió la mujer–. Ven a calentarme de nuevo, Alteza. Ven pronto. No creo que puedas negarte, ¿verdad?

Él avanzó hacia la puerta tambaleándose. La atmósfera del cuarto era sofocante y le apretaba el pecho hasta no dejarle respirar. Dominado por el pánico, buscó el cerrojo, lo descorrió bruscamente y pasó corriendo ante la sobresaltada sirvienta del corredor. En pocos pasos estuvo en el exterior. Irrumpió de la sombra del pórtico a la cegadora muralla de luz, jadeando y encorvado. El guardián corrió tras él.

–¿Te encuentras mal, Alteza? –preguntaba.

Pero Hori no le hizo caso. La luz del sol no era tan cegadora como parecía. Ré se estaba poniendo y su muerte teñía los jardines de un rosado carnoso.

Se obligó a caminar, arrastrando los pies, y a paso firme cubrió el trayecto que había entre la casa de las concubinas y la vivienda principal. Giró a la derecha, cruzó la parte trasera y entró en el recinto del servicio. Las enormes cocinas eructaban el humo de las fogatas y el fuerte aroma de la carne que su madre había ordenado para la cena. Se le contrajo el estómago de asco, pero entró.

Un mayordomo estaba preparando las bandejas que debían llevarse, cargadas de comida y flores. Al principio no reconoció a Hori, pero luego se inclinó ante él, sorprendido. El joven cogió un cuenco y recorrió las mesas, llenándolo de pan, granadas, puerros crudos, dátiles y manzanas. El mayordomo le contemplaba boquiabierto. Hori acabó y le saludó con la cabeza al salir.

Se dirigió a sus habitaciones sujetando el cuenco con cuidado. La tempestad de odio y vergüenza disminuía en su interior y empezaba a ser capaz de pensar nuevamente con claridad. Antef estaba sentado en el suelo, ante la puerta del cuarto de Hori, con la espalda apoyada en la pared y arrojando ociosamente unos dados. Al ver a su amigo se levantó con expresión sorprendida y Hori le hizo ademán de que entrara.

–Cierra la puerta –ordenó.

Mientras Antef obedecía, dejó el cuenco con los alimentos junto al diván. En aquel momento le asqueaba la comida, pero tal vez la necesitara más tarde.

–Trae esa paleta –dijo, indicando los útiles de escribir que estaban en el suelo, junto a la larga mesa donde Hori solía trabajar. Durante un segundo, el príncipe reflejó al joven agradable y despreocupado que había sido, pero aquella imagen no tenía ya realidad.

–¿Puedes tomar un mensaje, Antef?

–Sí, por supuesto –respondió su amigo. Se sentó en el suelo y se puso la paleta sobre las rodillas–. Hay papiro ya enrollado y creo que la tinta está bastante fresca. ¿A quién debo dirigirla?

–A mi abuelo Ramsés. Pon todos sus títulos, es muy susceptible al respecto, y luego escribe: "De tu leal y obediente nieto, el príncipe Hori, que te saluda. Te suplico, querido abuelo, que te ocupes de un asunto familiar por el que yo y tu nieta, la princesa Sheritra, estamos sufriendo una gran pena. Ha llegado a mi conocimiento que nuestro padre, el príncipe Khaemuast, acaba de eliminarnos secretamente de su testamento, a mi hermana y a mí, en favor del hijo que va a nacer de su segunda esposa, la señora Tbubui. También tengo motivos fundados para creer que la señora Tbubui le ha mentado respecto a su noble linaje y no tiene derecho a estar casada con un príncipe de sangre real. Estoy sumamente afligido, ¡oh, Omnipotente!, y te suplico una vez más que investigues estos asuntos. Deseo a Su Majestad vida, salud y prosperidad. Estoy a tus órdenes".

Hizo un gesto impaciente a Antef, que le miraba sin saber qué hacer.

–Terminalo para que lo selle –indicó.

Antef se recobró de su sorpresa y el estilo raspó contra el papiro. Por fin, se levantó, dejó el rollo en la mesa y entregó el estilo a Hori. El joven príncipe apretó su anillo de sello sobre la cera caliente que su amigo había preparado. Comenzaba a recuperar en parte su equilibrio.

–¿Es cierto? –preguntó Antef–. ¿Es cierto que el príncipe te ha hecho eso?

–Sí –respondió Hori, escuetamente.

–La señora Tbubui... es de ella de quien estás enamorado, ¿verdad? –insistió Antef, horrorizado.

Hori no se disculpó por el trato que había dispensado a Antef durante los últimos meses, sino que se limitó a tenderle una mano. Su amigo se la estrechó.

–La amo, pero no es digna de que nadie la estime en esta familia –respondió Hori, ceñudamente–. Te lo contaré todo durante el viaje a Coptos, Antef.

El joven retrocedió, y repitió:

–¿A Coptos?

–Sí. Haz que los sirvientes preparen esta noche unas cuantas cosas. Yo necesito desesperadamente dormir.

Partiremos por la mañana.

El desconcierto de Antef era obvio.

–¿Sabe tu padre que nos vamos?

–No, no lo sabe y no tengo intenciones de decírselo. De cualquier modo, no quiere volver a verme. Haz lo que te he pedido; nos encontraremos en el embarcadero una hora después del amanecer. ¡Ah! Antef... –le tendió el rollo–.

Entrega esto a uno de los heraldos y dile que parta inmediatamente hacia Pi–Ramsés. No recurras a los mensajeros personales de mi padre, sino a un sirviente de la casa. ¡Ve!

Antef se encogió de hombros, con una sonrisa dubitativa, y salió.

"Ya está hecho", pensó Hori, sintiendo hambre de repente. Alargó la mano hacia el cuenco y empezó a llenarse la boca de comida. "Cuando vuelva de Coptos, con las pruebas de la perfidia de esa mujer, Tbubui lamentará haber nacido." El dulce sabor de la venganza se mezcló al fuerte gusto del puerro que acababa de morder, pero otro sabor luchaba en él por adquirir fuerza sobre los demás: el de la piel de Tbubui, salada por el sudor. Cerró los ojos con un gemido.

A la hora de cenar no se presentó en el salón. Se dedicó a pasearse por el cuarto, oyendo los fragmentos de música que llegaban flotando por los pasillos y, de vez en cuando, la risa de Tbubui. Acercó la cara a la entrada de aire para absorber el viento de la noche, relativamente más fresco. Después llamó a su sirviente personal y jugó con él unas cuantas partidas de sennet, ganándolas todas.

La casa fue cayendo gradualmente en el silencio. Por fin, Hori salió de sus habitaciones y se dirigió a las de Sheritra. Habría preferido que nadie le viera, pero un guardia vigilaba en el extremo de cada pasillo y no los podía evitar.

Cuando llamó a la puerta de su hermana, Bakmut le hizo pasar. Sheritra acudió rápidamente de la alcoba interior, envuelta en su blanca túnica de dormir, con el pelo suelto y la cara limpia. Hori, al besarla, pensó que parecía una niña de doce años. Sus ojos revelaban temor.

–¡Hori! Me he enterado de la terrible pelea que has tenido con papá. ¿Por qué ha sido? Esta noche ha dicho a mamá que te había prohibido asistir a cualquier reunión familiar, incluidos los banquetes. ¿Qué demonios has hecho?

–No va a gustarte –le advirtió él–. ¿Podemos pasar al dormitorio?

Ella indicó a Bakmut el banquillo instalado junto a la puerta y se adelantó a su hermano para sentarse en el diván. Hori se encaramó sobre él junto a ella, como en los felices viejos tiempos.

Empezó a hablar, contándole la confesión que había hecho Ptah–Seankh y terminando con su decisión de ir personalmente a Coptos. Sheritra le escuchaba, cada vez más sombríamente. Cuando él le relató su visita a la casa de las concubinas sin omitir nada, ahogó una exclamación y buscó su mano, pero guardó silencio hasta que el muchacho hubo concluido. Entonces, movió la cabeza dubitativamente.

–Si oyera todo esto de boca de otra persona, no lo creería –dijo–. Nada de esto tiene sentido. Si se ha casado con papá por sus títulos y su riqueza, ¿por qué se arriesga a que la descubran seduciéndote y provocándote? Y papá está absolutamente loco de amor por ella, siempre lo ha estado. Se habría casado aunque hubiera sido la ramera más famosa de toda Menfis. ¿A qué viene tanto secreto? ¿Por qué no le dijo la verdad desde el comienzo?

–¿Qué verdad? –preguntó Hori, cansado–. Tengo la sensación de que es exactamente lo que dice: una mujer de familia noble y de buen linaje. Pero oculta algo que ha de ser muy feo y voy a averiguar qué es. Quiero que le digas a papá adónde he ido y por qué, para que él y mamá no se preocupen por mí, pero no lo hagas hasta que haya transcurrido una semana entera.

Ella asintió.

–¿Sabrá Harmin cómo es realmente su madre? –se preguntó en voz alta–. ¡Oh, Hori, quiero que mi compromiso se concrete ahora, antes de que tú vuelvas a Coptos con malas noticias para todos! Hori le cogió las manos y se las sacudió con suavidad.

–Escúchame –dijo, con voz intensa–, no debes insistir sobre lo del compromiso hasta que yo vuelva. Por favor, por tu propio bien, Sheritra, deja de acosar a papá unos días sólo. ¿Quién sabe lo que voy a descubrir sobre ellos?

Sheritra apartó sus manos.

–¡Quiero a Harmin! –insistió, furiosamente–. Ya he esperado mucho, lo merezco. Además –y aquí logró esbozar una débil sonrisa–, es mejor que me case con él ahora que papá está vivo y mi dote sigue intacta. –De pronto se

echó a llorar, doblándose sobre si misma y él la cogió entre sus brazos—. ¡Oh, Hori! Si él nos quisiera no habría podido hacernos esto. ¡Duele mucho!

—Ya sé que duele, Pequeño Sol —aseguró él, en voz baja—. Pero no es cierto que no nos quiera. Tbusui le ha embrujado, aunque en otros tiempos él nos quería más que a nada en el mundo. Ella le está destruyendo y es preciso que le salvemos. Anda, no llores, necesito que seas valiente. Por mí. Le he escrito al abuelo contándole y es posible que intervenga. En cualquier caso, debes estar esperándome aquí cuando yo vuelva, pues vendré directamente a tus habitaciones. Reza por mi durante mi ausencia.

Ella le abrazó, besándole el cuello y la boca.

—¡Ojalá pudiera hacer algo más que orar por ti, Hori! —barbotó—. Es todo tan terrible...

—Vigila por si llegara una carta del abuelo —le recordó su hermano, desasiéndose con delicadeza—. Y trata de hablar en mi favor a papá. No dejes que Tbusui siga envenenándole contra mi.

—Que las plantas de tus pies sean seguras —susurró Sheritra, dedicándole la despedida formal.

Él le sonrió con una confianza que estaba lejos de sentir y se dejó acompañar por Bakmut hasta la puerta. Fue a su cuarto y se tendió en su diván con un gruñido de alivio. Antef le despertó una hora después del amanecer.

—Supuse que olvidarías avisar a tu sirviente personal —explicó, muy sonriente.

Hori respondió a su sonrisa, bajando las piernas del diván.

—Siempre hago lo mismo, ¿verdad? —replicó, inmediatamente agradecido por la fidelidad de Antef, que se había mantenido a su lado pese a lo que le había descuidado durante muchos meses—. Gracias, amigo mío.

—Todo está preparado —dijo el joven, retirándose—. Hemos dispuesto tu propia barcaza y supongo que yo deberé oficiar de cocinero, mayordomo y criado personal hasta que regresemos.

—También de escriba —añadió Hori—. Déjame solo, Antef. Iré directamente al embarcadero.

Su criado personal ya estaba despierto y le esperaba para bañarle. Mientras marchaba tras él, todavía adormilado y muy sediento, le golpeó por primera vez la enormidad de lo que planeaba, y también una premonición que le hizo aminorar el paso y contemplar esos amados y familiares rincones de la casa con un brote de afecto y nostalgia. "La vida ha sido buena para mí", se dijo, con pesadumbre. Y ese pensamiento le trajo el recuerdo de Nefert-khay, vivaracha y llena de vida, el recuerdo del agua corriendo por su cuerpo joven. "Lástima que no le hiciera el amor aquel día", se dijo, arrepentido. "Habría sido el único acto íntegro y salvador que podría llevar conmigo en este peligroso viaje."

—¿Alteza? —exclamó su criado, cortésmente.

Hori volvió a la realidad y subió a la baldosa del baño. "No debo mirar hacia atrás", pensó con firmeza. "No sirve de nada." Una hora después, recién lavado y vestido con unos lienzos limpios, luciendo en el pecho su pectoral favorito, con el amuleto más poderoso que pudo hallar como contrapeso entre los omóplatos, Hori salió de la casa y cruzó silenciosamente el jardín del norte, en dirección al embarcadero. Los sirvientes ya estaban levantados, y barrián y preparaban la primera comida del día, pero Hori sabía que los miembros de su familia se encontraban todavía en sus divanes, pensando en las actividades que les esperaban ese día mientras aguardaban el desayuno. No había señales de los jardineros. El ala nueva sobresalía sobre lo que antes había sido un agradable jardín cuadrado con una fuente, arrojando una sombra temprana y fresca sobre los parterres, todavía sin flores. Unos guardias le saludaron al verle pasar.

Cuando llegó al borde de la flamante construcción, alguien se apartó del refugio de una pared y se interpuso en su camino. Hori continuó, tomando la sombra por un sirviente que se apartaría ante él, pero aquella persona se volvió. Era Tbusui, vestida de blanco hasta la barbilla, como un cadáver en su sudario. Era obvio que acababa de levantarse y que se había limitado a recogerse el cabello bajo un manto de verano con capucha, de hilo muy fino. Hori evitó furiosamente su mirada, dispuesto a dar un amplio rodeo para evitarla, pero una mano surgió de entre la blancura del manto y le sujetó. Se desprendió de la mano con un espasmo de cólera, pero se detuvo para enfrentarse a ella.

—¿Qué quieres? —le espetó.

—No creo que debas ir a Coptos —replicó ella.

Hori sonrió cínicamente.

—Supongo que no te gusta, porque pienso volver a casa con tu ruina en las manos —contestó, sin levantar la voz.

—Como quieras —repuso ella, con suavidad—. Pero me preocupo por ti, Hori. Coptos no es un sitio saludable, allí la gente enferma. La gente muere.

Él la miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda lo que le ocurrió a Penbuy, el escriba de tu padre —siguió ella, casi susurrando—. Ten cuidado para que no te ocurra lo mismo.

Hori la miraba fijamente.

—¿Qué sabes tú de eso? —inquirió, con urgencia.

Tbusui continuó mirándole con sus ojos negros e insondables y de pronto le recorrió un escalofrío de certidumbre. Oyó la voz de Sheritra, vacilante pero firme: "Alguien en la casa de Sisenet ha conjurado una maldición mortal...". Y entonces lo supo. Lo supo.

—Tú lo hiciste —tartamudeó, sintiéndose débil de espanto.

Ella enarcó las cejas.

—¿El qué, Alteza?

–¡Maldecir a Penbuy! Sabías que no era posible sobornarle ni amenazarle, que nada le impediría llevar a cabo la tarea que mi padre le había encomendado. ¡Y usaste magia negra contra su vida! –A Hori se le había secado la boca. Se lamió los labios–.¿Qué usaste, Tbubui? ¿Qué le robaste?

Los ojos de la mujer brillaron con un regocijo antinatural.

–El estuche de sus estilos. Un objeto personal especialmente adecuado, ¿no te parece? Sisenet se apoderó de él un día en que Penbuy acompañó a tu padre a mi casa.

De pronto Hori tuvo deseos de huir. Hasta el suelo que pisaba le parecía malévol.

–Bueno, conmigo no vas a tener éxito –replicó, con tanta serenidad como pudo–. Mi padre es el mago más grande de Egipto. Sus hechizos son los más potentes y, tras trabajar con él, he aprendido muchas protecciones. El hombre prevenido vale por dos, Tbubui. No me das miedo.

–Vaya –ronroneó ella–. No había pensado en eso. Pues en el caso de que vuelvas de Coptos con buena salud, tendré que persuadir a tu padre para que te mate. –Se inclinó hasta rozarle la boca con sus labios–. ¿Te parece imposible, orgulloso Hori? Piénsalo bien. Khaemuast hará todo lo que yo le pida. Que tengas buen viaje.

Se inclinó y, ciñéndose los lienzos al cuerpo, empezó a alejarse.

Hori se quedó atónito. El sol actuaba ya con demasiada fuerza sobre su cabeza. "¡Jamás!", pensó, aturdido.

"Mi padre jamás haría una cosa tan horrible. ¡Equivaldría a buscarse un juicio desfavorable de los dioses!"

"Pero te ha desheredado", susurraba otra voz, más fría. "Yo, en tu lugar, no tendría tanta confianza, mi querido Hori."

Se volvió sobre sus talones. Tbubui se había ido. No se creía capaz de poder mover las piernas, pero lo hizo. Pesadas y reacias, le llevaron a pesar de todo hasta los peldaños del embarcadero y hasta su barcaza, que se mecía imperceptiblemente sobre el río aceitoso. Antef le hizo una reverencia y le saludó con la mano. Hori logró devolverle el saludo mientras descendía por la rampa.

El capitán gritó una orden, la rampa se recogió con un sonido chirriante y el joven príncipe se dejó caer sobre los almohadones de cubierta, junto a su amigo.

–¡Qué pálido estás, Alteza! –observó Antef–. ¿Has estado bebiendo ya, a estas horas?

Hori negó con la cabeza, sintiendo el estómago revuelto. Luego, empezó a hablar y habló durante una hora entera, sin que Antef le interrumpiera una sola vez. Estaba atónito.

## CAPITULO 18

¡He aquí las moradas de los muertos!  
 Sus muros se derrumban,  
 su sitio ya no esta;  
 es como si nunca hubieran existido.

El viaje a Coptos fue una pesadilla para Hori. Pasaba los días sentado bajo el toldo de cubierta, encorvado y tenso, desesperado por llegar a la ciudad, sintiendo en la espalda el viento del terror. Le acosaban la soledad y una sensación de incapacidad. Era consciente de que la salvación de la familia descansaba sobre sus hombros. Su padre había dejado de ser un hombre bondadoso y sereno, y ahora dejaba que el gobierno del país se deslizara hacia un caos que podía arruinarlos a todos. Su madre era prisionera de una helada desdicha y la respuesta de Sheritra a sus revelaciones sobre Tsubui había sido una instantánea y egoísta defensa de Harmin. Era evidente que el mundo se había reducido para ella a los contornos del cuerpo de su amante. Pero todo aquello podía cambiar. Tal vez no fuera posible borrarlo, pero sí curarlo. Y era él, Hori, quien debía efectuar aquel cambio. Nadie más veía la verdad, nadie más era capaz de actuar. Y la sobrecogedora responsabilidad que había decidido asumir le resultaba casi insoportable.

La reseda y parda belleza de aquella zona de Egipto pasaba ante sus ojos abstraídos sin que la viera. Antef se había apoyado sobre la barandilla y lanzaba exclamaciones ante los aventadores que arrojaban nubes de cascarilla en la ribera, los montones de ladrillos custodiados por niños desnudos, que contemplaban curiosamente la barcaza, o el súbito verdor de la finca de algún noble, debido a la acción constante de los esclavos que manejaban los shadus. Hori no era capaz de observar todo aquello; sin embargo, notó que el cielo se iba tornando más intensamente azul a medida que descendían hacia el sur y el Nilo se henchía un poco. Allá lejos, en la fuente del río, estaba comenzando la Inundación. Pronto la corriente se tornaría más rápida, más fuerte, y el torrente en aumento se derramaría sobre los campos hasta ahogarlos, aislando los templos, arrojando al suelo egipcio sedimentos, ramas quebradas y animales muertos.

De una manera confusa, Hori advertía que la inundación se producía también en su interior, una inexorable marea de temor y peligro en la que podía ahogarse. Sus palabras a Tsubui habían sido sólo una bravata. Nunca se había interesado mucho por la magia de su padre e ignoraba el modo de protegerse de las palabras murmuradas en la oscuridad o el destello de los alfileres de cobre clavados en los muñecos de cera, su otro yo. Sus pertenencias habían quedado a disposición de quien quisiera robar un anillo, una falta de lienzo, incluso un frasco de kohl que sus manos hubieran tocado. Parte de él estaba en todo lo que usaba y cogía regularmente, y esa parte podía ser utilizada para matarle.

Le sacudían continuas punzadas de ansiedad y hubiera querido ponerse de pie y gritar a su capitán: "¡Date prisa! ¡Oh, date prisa!". Pero sus marineros luchaban ya contra las primeras señales de la inundación anual y no podían hacer más. Tampoco serviría de nada detenerse en los templos y los altares del trayecto. Sólo perdería unas horas preciosas. Y Hori tenía la desesperante sensación de que los dioses habían retirado todo el favor a su familia, aunque no supiera por qué. Sólo sabía que, cuando entornaba los ojos contra la blanca eternidad de la luz meridiana, las palabras que susurraba le eran arrojadas otra vez a la boca, a la garganta, como si rebotaran en los oídos sordos de los inmortales.

Por fin llegó el día en que la barcaza retrocedió torpemente hacia la ribera el este. Extendieron la rampa y Hori pudo pisar tierra sólida. En Coptos no había mucho que ver. El tránsito del desierto todavía empezaba y concluía allí. En los mercados, los almacenes y las ferias imperaba un comercio frenético, pero más allá de la ruta del desierto, que se extendía hasta el Mar Oriental, la ciudad en sí soñaba, diminuta, sosegada y sin cambios de un año al siguiente, salpicada de pequeños palmerales y regada por estrechos y plácidos canales.

"Aquí es donde está la casa de Tsubui", pensó Hori. "Tal vez en este mismo instante mis ojos estén pasando sobre ella."

—Antef —dijo—, ve a preguntar en el mercado dónde vive el alcalde. Busca su casa y encárgale que me envíe una litera.

Se retiró a la barcaza, desde donde escuchaba la actividad del puerto. Pero poco a poco cobró conciencia de otro sonido... o de la falta de sonido. Era como si Coptos tuviera una alianza con los profundos y ardientes silencios del desierto. El ruido de la industria humana no llegaba muy lejos. Se notaba apagado, abreviado, como un balido contra la inexorable nada, arrebatado muy pronto.

Antef no tardó en regresar, acompañado por cuatro portadores que transportaban una litera plegada.

—El alcalde está horrorizado con tu llegada —gritó el joven—. ¡Está alborotando toda la casa por ti!

Hori se echó a reír y sintió que su temor retrocedía por un momento.

Subió a la litera y, acompañado por Antef y sus dos guardias, pronto llegó al pequeño jardín de la finca del alcalde y cruzó la cabaña del guarda. El mayor le esperaba a la sombra de la entrada principal. Era un hombre alto que desprendía el aire apacible de los que se sienten plenamente satisfechos. Pero su reverencia denotó aflicción y cuando Hori se acercó a saludarle vio su frente arrugada por la preocupación.

—¡Esto es totalmente inesperado, Alteza! —dijo—. Si me hubieras dado aviso, habría dispuesto un recibimiento adecuado. ¿Cuántas personas traes en tu cortejo? El alojamiento...

—No traigo cortejo —explicó Hori—. Sólo mi sirviente Antef y dos guardias. Estoy aquí para hacer un trabajo de investigación por cuenta de mi padre.



–Pero no comprendo –dijo el mayor–. El nuevo escriba de tu padre me dio a entender que el príncipe había cambiado de idea y ya no requería esa información. Fue muy lamentable, lo del padre de ese joven.

–En efecto –asintió Hori–. Y el príncipe ha vuelto a cambiar de idea otra vez, noble señor. Pero no te preocupes, no voy a molestarte, pues no permaneceré muchos días.

Durante un rato le fue imposible estar solo. Le acompañaron a sus habitaciones que consistían en un pequeño cuarto, con una puerta que daba al jardín, ante la que apostó a uno de sus guardias. Y después se vio obligado a tomar un refrigerio con el alcalde y su familia. Tras el cortés diálogo inicial que exigían las convenciones, preguntó al alcalde si conocía a todas las familias nobles de los alrededores.

El hombre asintió.

–El Osiris Penbuy me hizo la misma pregunta. Coptos es una ciudad pequeña y nuestra nobleza, de no mucha alcurnia, no viaja mucho ni se casa con gente de lugares apartados. La antigüedad de los linajes varía entre cuatro generaciones o antepasados que se pierden en las profundidades del tiempo, pero los conozco a todos. –Miró a Hori de soslayo–. Nunca he oído nombrar a las tres personas cuya historia buscas, Alteza, ni existe tampoco una finca administrada por un mayordomo cuyo amo se haya mudado a Menfis. Sólo puedo sugerirte que consultes al bibliotecario de nuestra Casa de la Vida.

–¿Estás seguro de que todas las fincas están ocupadas por sus propietarios?

–Sí. Aquí el desierto lo cubre todo muy pronto, príncipe, y los sitios habitados están muy próximos entre sí, todos a lo largo del río. Sólo hay una finca desocupada, pero lo está desde hace muchos hentis. De la casa no queda ya más que el contorno derruido de los muros sobre la arena y, exceptuando algunas piedras que alguna vez fueron una fuente, el jardín no es sino desierto. Creo que la familia se extinguió y la propiedad volvió a poder del faraón. Supongo que no tiene interés personal en ella y no se decide a conceder propiedad tan pobre a un ministro digno. –Sonrió y Hori descubrió que el hombre le resultaba simpático–. ¡No se puede decir que Coptos sea precisamente un paraíso!

–Aun así, parece posible hallar aquí la paz espiritual –observó Hori, lentamente–. Me gustaría inspeccionar esa finca en ruinas. ¿Dónde está?

–Al norte, pasado el último canal de irrigación –informó el alcalde–. Pero sugiero humildemente, Alteza, que esperes el frescor del atardecer para inspeccionarla.

Hori se levantó y la familia entera le imitó, saludándole con una reverencia.

–Así lo haré –dijo el príncipe, con aire grave–. Ahora, debo descansar.

Él y Antef escaparon a sus habitaciones; Hori ocupó su diván y Antef, una esterilla sobre el suelo de la pequeña habitación, en la que no tardó en quedarse dormido. Su amigo permaneció despierto, atento al sonido de aquel intrigante silencio que le parecía familiar. Oyó pasos en el jardín y luego voces. Reconoció la voz de la hija de la casa.

–Es muy gallardo y nada arrogante –decía la muchacha a alguna amiga desconocida–. Claro que no se le puede tocar, porque es el nieto del faraón, pero cómo desearía hacerlo...

Hori se volvió en su lecho con una sonrisa y se quedó dormido. Varias horas después, cuando Ré era ya un semicírculo rojo reverberando en el horizonte, él y Antef se encontraron ante lo que en otros tiempos había sido un embarcadero, mirando desde el río hacia el desierto del este. Entre ellos y la planicie amarillenta, que terminaba en un cielo purpúreo, se levantaba los restos de algo que un noble había tenido una vez por hogar.

De la casa, originariamente construida con ladrillos de barro, sólo quedaba un vago contorno en la arena. Los peldaños del embarcadero eran fragmentos irregulares de piedra amarillenta, torcidos y con forma de dientes mellados. Los dos jóvenes tuvieron que caminar con cautela por ellos.

Desde arriba de la escalera presintieron, casi sin verlo, el breve sendero enterrado que conducía a lo que debía de haber sido el vestíbulo. Avanzando a tientas, tropezaron de repente con piedra firme y Antef se arrodilló para apartar la arena, debajo había una pulida piedra caliza. Se acercó a Hori, que se había detenido.

–El vestíbulo, un pasillo trasero y dos alcobas, al menos –señaló el príncipe–. El recinto de servicio, con los depósitos, las cocinas y las habitaciones de los sirvientes, ha sido totalmente invadido por el desierto. ¿Dónde está la fuente de la que hablaba el alcalde?

Avanzaron tímidamente, evitando los surcos que delineaban los restos de los antaño sólidos muros, probablemente pintados de un deslumbrante blanco. Ahora, formaban un intrincado diseño de pequeñas sombras, a medida que el sol se hundía más y más bajo el río.

No lejos, hacia el norte, encontraron lo que buscaban. La fuente yacía rota en cuatro pedazos grises, con el cuenco quebrado y lleno de arena. El grifo, antes una agradable representación de Hapi, el dios del Nilo, el de los múltiples pechos, estaba roto y sepultado en el suelo. Cinco o seis sicomoros achaparrados luchaban por sorber la existencia del suelo, en los límites de lo que debía haber sido un jardín, y unas pocas palmeras patéticas elevaban sus brazos herrumbosos un poco más allá. Antef se estremeció.

–¡Qué lugar tan triste y desolado! –exclamó–. Esta finca no ha sido purgada de sus fantasmas, Alteza, ¡Yo no me atrevería a intentar construir aquí!

Hori le acalló con un ademán y se concentró en el silencio, con todos sus sentidos alerta. Tenía la sensación de haber estado antes allí, aun sabiendo que era imposible. La distribución de los antiguos cuartos, que ahora eran simples bultos en la tierra; la localización del jardín, con aquellos sicomoros que en otros tiempos debieron mostrar un glorioso verdor, el palmar, más allá...

"Pero no", pensó, dejándose penetrar por la melancolía de la hora. "Esta sensación de familiaridad no es algo físico. Es la atmósfera de las ruinas, desafiante, pero sosegada; sin sueños, pero existiendo algo... algo..."

De pronto lo supo. La casa que Tbului habitaba en Menfis, algo aislada, tenía aquella misma cualidad de insondable silencio y vigilante invitación. "Oh, Thot, ten piedad", pensó. "¿Es ésta? ¿Ésta es, o era, su casa?" La cara desfigurada de Hapi le sonreía idiotamente a sus pies desde la arena revuelta; los sicomoros retorcidos arrojaban unas sombras que se contorsionaban y serpenteaban hacia él, mientras Ré, estremecido y palpitante, se deslizaba tras el horizonte del oeste en su viaje al mundo inferior.

—¡Antef! ¡Llamó, con un temblor de histeria en la voz—. Ya he visto suficiente. Vamos.

Regresaron caminando con cuidado a los quebrados peldaños del embarcadero. Hori cogió él mismo los remos para impulsar frenéticamente el esquife del alcalde lejos de aquel lugar triste y lúgubre, casi antes de que Antef hubiera podido sentarse.

—No podemos dejarlo, Alteza —dijo el joven—. Debemos explorar más.

—De eso vas a encargarte tú —replicó Hori—. Quiero que visites a todas las familias nobles de Coptos y averigues la historia de cada una. Yo estaré en la biblioteca.

Pero en el fondo sabía que era así, que aquel lugar solitario había pertenecido a Tbului y a nadie más.

Volvieron a casa del alcalde y pasaron unas horas agradables

en la cena. El alcalde estaba orgulloso de su cargo y encontraba placer en relatar la historia de la ciudad, desde los tiempos en que la gran reina Hatshepsut había redescubierto las antiguas rutas comerciales con Punt, revitalizando así la ciudad, hasta los tiempos presentes en que las rutas de caravanas eran algo asentado y de gran extensión.

—¿Qué familia ostenta el monopolio de los impuestos que se cobran a las caravanas? —preguntó Hori—. ¿O pertenecen a toda la ciudad?

El alcalde sonrió, complacido de encontrar un oyente interesado.

—En los tiempos de la gran reina, cuando se reabrió la ruta, la concesión se otorgó a un tal Nenefer-ka-Ptah, por algún servicio perdido en los tiempos antiguos. La poderosa reina, admirando su emprendedor espíritu, le nombró príncipe y bajo su dirección prosperaron las caravanas, por lo cual la reina estaba muy complacida. Se dice que amasó una gran fortuna y se convirtió en un famoso mago, además de astuto comerciante, pero eso no puedo asegurarlo. Su linaje no perduró. El monopolio del comercio con Punt volvió al Trono de Horus y así ha permanecido hasta la actualidad.

Sorbió su vino con deleite. Su esposa y su hija le observaban, sonriendo, obviamente acostumbradas a su afición.

—El faraón, tu abuelo, concede siempre a la ciudad una generosa reducción de impuestos —prosiguió él—, y naturalmente, alimentamos la esperanza de que el monopolio no caiga al final en manos de una sola familia. En su situación actual, Coptos es una ciudad apacible y próspera.

—¿Por qué se perdió el linaje de Nenefer-ka-Ptah? —preguntó Hori—. ¿Acaso la prole del príncipe perdió el favor del Divino?

—¡Oh, no! —le aseguró el alcalde—. La familia pereció, sencillamente. Nenefer-ka-Ptah y su esposa murieron ahogados, según creo, y lo mismo Merhu, su único hijo. —Se encogió de hombros—. Así es la voluntad de los dioses. "El esposo de Tbului murió ahogado", pensó Hori. Pero desechó compulsivamente el pensamiento.

—Esa mala suerte podría ser considerada castigo de los dioses —comentó—. La voluntad divina contra una familia que hubiera transgredido las leyes de Maát.

El alcalde volvió a encogerse de hombros.

—¿Quién sabe? Eso ocurrió hace muchos hentis y guarda poca relación con el motivo que te trae a Coptos, Alteza. Ojalá pudiera ayudarte más.

—Tu hospitalidad me basta —le tranquilizó Hori—. Mañana iniciaré mis investigaciones en la Casa de la Vida. No te impondré mi presencia mucho tiempo, noble señor.

Finalmente Hori se retiró, entre mutuas protestas de respeto. Él y Antef conversaron durante un rato en su habitación mientras la noche se hacía más densa, pero el príncipe no podía concentrarse en el diálogo, que murió lentamente. Antef se tendió en su esterilla y cayó pronto en la profunda respiración del sueño.

Hori cogió el bolsillo de cuero que había tomado la costumbre de llevar atado al cinturón y sacó de él el pendiente hallado en el túnel de la tumba. "A ella le encantó", se dijo, tristemente. "Se lo puso, rió, lo balanceó contra su largo cuello. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Estará agazapada en la oscuridad, sujetando con las manos unos crueles alfileres, concentrada en el encantamiento destinado a destruirme? ¿Qué objeto de mi propiedad habrá robado? Tbului, Tbului, yo te habría alimentado, te habría protegido, sin importarme quién fueras." No quería llorar, pero las lágrimas se deslizaron silenciosamente por su mejillas. Se sintió muy joven e indefenso.

Al día siguiente, muy temprano, Antef se dispuso a visitar e interrogar cortésmente a las principales familias de Coptos con un rollo de presentación que lucía el sello de Hori. El príncipe fue a la Casa de la Vida, contigua al templo de Amón. La biblioteca resultó ser un agradable conjunto de cuatro habitaciones, comunicadas entre sí, con la pared más alejada reemplazada por columnas, de modo que la atravesaba directamente la brisa. Cada habitación era un panel de pequeños cubículos atestados de rollos, de todo tipo y tamaño. Antes de empezar su trabajo, Hori recorrió el edificio acompañado por el sacerdote-bibliotecario.

—Yo estaba de turno aquí cuando murió el escriba de tu padre, Alteza, en los peldaños de la escalera —comentó el hombre, sentándose con Hori en una pequeña habitación—. Nos había visitado regularmente en los cuatro días anteriores y esa misma mañana me dijo que iba a dictar sus descubrimientos a su ayudante.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Hori.

El bibliotecario frunció el ceño.

–Parecía asustado. La palabra puede resultar curiosa, pero ésa fue la impresión que me dio. Estaba obviamente enfermo, pero además del malestar físico parecía tener un grave problema en la mente. Era un buen erudito.

–Sí, en efecto –asintió el príncipe, atacado también por una oleada de miedo, como en solidaridad con el difunto Penbuy–. Me gustaría que me trajeras todos los rollos que examinó. Pero antes cuéntame algo sobre el hombre a quien la reina Hatshepsut concedió el monopolio de las caravanas.

La cara del bibliotecario se iluminó.

–¡Ah, Alteza! ¡Qué placer es hablar con alguien que conoce el nombre de esa Osiris! Aquí tenemos su sello, nada menos. Está en esta biblioteca, aplicado a un documento en el que otorga personalmente el monopolio al hombre que has mencionado. El Osiris Penbuy también quiso verlo.

–¿De veras? –comentó Hori, pensativo–. ¿Y qué se sabe del linaje de ese hombre? ¿Dónde viven sus descendientes?

El bibliotecario negó con la cabeza.

–No hubo descendientes. Los habitantes de Coptos creían que ese hombre estaba maldito, pero no sé por qué. Recuerda, Alteza, que se trata de hechos acaecidos hace muchos hentis. Pero él, su esposa y su hijo murieron ahogados: el príncipe y su esposa, en Menfis; el hijo, aquí en Coptos, pocos días después. Figura en los registros. Merhu, el hijo, fue sepultado aquí.

–¿Y los padres? –Hori sintió que se le tensaban los músculos. "No quiero oír esto", pensó, temeroso. "El alcalde sabía algo, pero este hombre lo sabe todo. ¡No quiero saberlo todo, Amón!"

–Habitan una tumba en la planicie de Saqqara, en Menfis –informó alegremente el bibliotecario–. Los restos de su finca están al norte de Coptos, completamente en ruinas. En esta ciudad nadie quiere ir allí, dicen que el sitio está embrujado.

Hori tuvo la sensación de que alguien le estaba ajustando un vendaje al pecho.

–Ayer estuve allí –logró decir–. ¿Cómo se llamaban?

–El príncipe, Nenefer–ka–Ptah; la princesa, Ahura. Y su hijo, Merhu.

El bibliotecario, al ver la expresión de Hori, se apresuró a servirle agua. Hori se obligó a beberla.

–¿Qué ocurre, Alteza? –preguntó el hombre.

–He estado en la tumba –susurró Hori–. La princesa Ahura. Es la única identificación que perdura allí. Mi padre excavó la sepultura.

–El poderoso Khaemuast ha hecho una gran labor restaurando monumentos antiguos –comentó el bibliotecario–. Pero ¡qué interesante! ¡La mismísima tumba! ¿Y fue por casualidad?

"¿Por casualidad?", pensó Hori, estremeciéndose. "¿Quién sabe? Oh, dioses, quién sabe."

–Sí –respondió–. Pero antes de que lo preguntes, amigo mío, no hallamos nada que ampliara nuestros conocimientos sobre la época. ¿Dónde está sepultado el hijo?

–En la necrópolis de Coptos –replicó inmediatamente el bibliotecario–. La tumba fue asaltada hace hentis y no dejaron nada de valor en ella, pero el cadáver sigue allí. Al menos, allí estaba la última vez que realicé una inspección de las nobles tumbas, en nombre del Poderoso Toro. La tapa había sido arrancada del ataúd y estaba contra un muro, pero el cuerpo del joven, correctamente momificado, yacía en su interior.

–¿El joven? –Hori tuvo que intentar varias veces repetir sus palabras.

–Sí. Merhu tenía sólo dieciocho años cuando se ahogó. –El sacerdote agregó, preocupado–: ¿Estás seguro de que te sientes bien, Alteza?

Hori apenas oyó la pregunta.

–Me gustaría visitar su tumba –dijo–. Es imprescindible que vea el cuerpo.

El bibliotecario le miró con curiosidad.

–Tu excelsa posición te libera de solicitar el permiso necesario, Alteza –dijo–.

La tumba está sellada y la entrada, llena de escombros, pero la despejaremos con un día de excavaciones.

–¿Pidió Penbuy que abrieran la tumba?

–Sí –afirmó el hombre, de mala gana–. En la mañana de su muerte. No te ofendas por mi pregunta, Alteza, pero ¿qué es lo que buscas?

"Busco la verdad y estoy hallando algo más horrible de lo que hubiera podido imaginar", pensó Hori.

–No me ofendo, pero no puedo decírtelo. Piensa bien. ¿No hubo progenie? ¿No quedaron descendientes?

–Ninguno –aseguró el bibliotecario.

–Muy bien. –Hori se sentó detrás de la mesa–. Tráeme los rollos y, mientras leo, envía un mensaje a cualquier aldea de trabajadores que exista en Coptos. Quiero que esa tumba esté descubierta esta misma noche. ¿Me acompañarás para sellarla cuando haya terminado? Verás... –Hizo una pausa, de súbito atento al pendiente que llevaba en su bolsillo y notaba contra el muslo–. Cierta dama reclama ser descendiente de este Nenefer y, por lo tanto, de sangre noble.

El bibliotecario ya estaba sacudiendo vigorosamente la cabeza.

–Imposible, Alteza, totalmente imposible. Es una charlatana. Aquí se llevan todos los registros, sin interrupción. El linaje de Nenefer–ka–Ptah murió con su hijo Merhu.

Hori le despidió. Un rato después el bibliotecario volvió con los brazos cargados de rollos, que depositó ante el príncipe.

–Según mis anotaciones, Penbuy consultó todo esto –dijo–. Cubren un período que abarca la existencia de las personas a quienes investigas, más diez años antes y cincuenta después. ¿Deseas algún refrigerio, Alteza?

Hori asintió, distraído, y empezó a desenrollar el primer papiro. No oyó el regreso del hombre, acompañado por un esclavo que traía vino, agua y pasteles, pero un rato después comió y bebió sin darse cuenta de lo que hacía.

Leía deprisa, pero atentamente, y al hacerlo su atención aumentaba. El abuelo del príncipe Nenefer-ka-Ptah había llegado a Coptos durante el reinado del Osiris Thotmés I, padre de la reina Hatshepsut, como inspector de monumentos. Su padre había continuado en el cargo. Después, Nenefer-ka-Ptah fue confirmado también en él, a la temprana muerte de su padre. Las fechas y las anotaciones, breves y objetivas, daban vueltas y vueltas bajo la aturrida mirada de Hori. Nenefer-ka-Ptah había participado, de algún modo, en la audaz expedición que la reina efectuó a Punt, tierra cuya localización se había perdido por entonces. Sus servicios fueron recompensados con un título hereditario y el monopolio de las caravanas a Punt, cuando se inició el tráfico regular de mirra y otros productos necesarios y exóticos. Cinco años después, murieron los tres. Las fechas de los fallecimientos estaban meticulosamente registradas, como también el día en que sus propiedades habían vuelto al Trono de Horus. El símbolo de "fin", puesto tras la anotación donde se registraba la muerte en el río, indicaba que el linaje había perecido con ellos.

Ya con más celeridad, Hori revisó los otros rollos. No había descendencia ni herederos, ni siquiera algún pariente cercano que hubiera reclamado la propiedad. Surgidos de la nada, habían vuelto a desaparecer en ella. Penbuy había consultado también algunos pergaminos relacionados con las tradiciones locales. Hori suspiró, sorbió otro poco de vino y se los acercó. La tarde avanzaba y el calor se iba intensificando, pero se había levantado una brisa caliente que le agitaba el pelo y le sacudía la faldilla, por lo que no se sentía del todo incómodo. Empezó a leer.

A poco de iniciar la lectura del segundo rollo, encontró el motivo por el que en Coptos se creía que una maldición pesaba sobre el antiguo príncipe y que su propiedad estaba embrujada. "Se comentaba", leyó, "que este príncipe tenía en su posesión el mágico Pergamino de Thot. Cómo llegó a sus manos es algo que no se cuenta, pero era ya un hábil hechicero cuando lo encontró y, mediante su poder, se tomó invencible. Thot, enojado por su arrogancia, decretó que fuera maldito y muriera ahogado, y que su ka no pudiera descansar".

–Veo que has llegado a los mitos y leyendas –dijo una voz junto a su codo.

Hori dio un respingo y halló a su lado al bibliotecario.

–Siempre surgen historias como ésa alrededor de las tragedias familiares misteriosas. Y en nuestras calurosas noches de verano hay poco que hacer, aparte de relatar leyendas. Al menos, eso sucede entre el vulgo.

Hori levantó la vista hacia él, desorientado. "No puede ser", repetía su mente, una y otra vez. "No puede ser, no puede ser..." Pero en su imaginación veía a su padre levantar el cuchillo y separar el pergamino de la mano de un muerto impasible. Veía las gotas de sangre caer del dedo de Khaemuast a la mano disecada, manchando también el rollo, al aplicar él apresuradamente la aguja con dedos temblorosos de pánico.

"No debe ser", pensaba Hori. "Porque si es así, hemos entrado en un reino de pesadilla donde somos menos que impotentes, donde la muerte no puede ser contenida y acecha entre nosotros, disfrazada de vida, y donde nos vemos tan contaminados y corrompidos que no podrá salvarnos el poder de ningún dios."

–Los obreros están ya trabajando en la tumba –informó el bibliotecario–. He designado a dos guardias del templo para que los dirijan. Les he prometido generosas cantidades de comida y cerveza a cambio de sus esfuerzos. Confío, príncipe, en que te encargues de eso.

Hori se levantó con un movimiento que pareció exigirle mucho tiempo.

–Desde luego –dijo, sorprendido de que su voz sonara tan normal–. Ya he leído todo lo necesario. Quiero llevarme estos rollos a Menfis.

Pero el sacerdote se negó con una reverencia.

–Lo lamento muchísimo, Alteza, pero eso está completamente prohibido. Haz que tu escriba venga a copiarlos durante tu estancia.

"Eso no servirá", pensó Hori. "No quiero mostrar a mi padre algo escrito por la mano de Antef. No lo creería. A mí mismo me cuesta creer esto." Pero una mirada al rostro del bibliotecario, inflexible en su cordialidad, le convenció de que no podría sobornarlo ni persuadirle. "Tiene razón", se dijo Hori. "Mi padre tampoco permitiría jamás semejante cosa."

–En ese caso, mi escriba se presentará mañana para acometer la tarea –dijo–. Te agradezco la ayuda que me has prestado y el que te ofrezcas a sellar otra vez la tumba cuando yo acabe. Nos encontraremos aquí al atardecer y me conducirás a ella.

Conversó con él unos minutos más, pero después no pudo recordar lo que habían dicho. Luego salió a la tarde cegadora. "¿Cuánto tardaste en llegar a la conclusión que amenaza ahora mi propia cordura?", preguntó en silencio a Penbuy, al llegar a la litera que le aguardaba. "Casi habías terminado ya la tarea y yo cosecho ahora los beneficios de tu meticuloso escarbar. ¿Qué pensaste, pequeño escriba? ¿Experimentaste tanta incredulidad y tanto terror como yo?"

Trató de sonreír y en ese momento le atacó el primer dolor, sin aviso previo, desgarrándole el abdomen de tal modo que se dobló en los cojines, jadeando, con la frente cubierta de sudor. "¡No!", susurró, apretando el mentón contra las rodillas y clavando los puños en el estómago. "Ten misericordia, Thot. no puedo soportar este tormento. ¡Ayúdame, ayúdame!" Luego el espasmo pasó, dejándole exhausto tras las cortinas, con los ojos cerrados y jadeando. "Tbubui", gritó en silencio. "Compadécete de mí. Si tienes que asesinar me, espera. Hazlo con un puñal, con una taza de veneno, hazme estrangular en mi lecho, pero no me sometas a este tormento maligno y sucio."

Llegó otra oleada de dolor. No pudo evitar ponerse tenso, hasta que los mismos músculos se convirtieron en motivo de angustia, estremecidos y trabados. "No necesita matarme", pensó, apretando los dientes y contrayendo los labios en un rictus de indomable dolor. "No importa lo que yo lleve desde aquí. Ella lo negará todo, inventará una mentira y papá la creerá. No. Ella quiere matarme. Quiere que muera."

El dolor cedió lentamente, pero sin desaparecer. "El alfiler se queda en la estatuilla", pensó, histéricamente. "Se clava con mano segura y luego se retuerce dentro de la cera y allí queda, para debilitar a la víctima." Se irguió con cuidado, haciendo muecas de dolor a cada movimiento, y se rodeó con las manos el palpitante abdomen. "Esto no pasará", se dijo, ceñudo. "Seguirá palpitando pero no pasará". Buscó a tientas su amuleto, el que usaba a veces como contrapeso del pectoral y, otras veces, colgado de un brazalete, pero sus dedos encontraron en cambio el pendiente y no tuvo la fuerza necesaria para soltarlo.

Ya en la casa del alcalde, se dirigió directamente a su cuarto y se derrumbó sobre el diván. Logró caer en un sueño inquieto, del que despertó un rato después. Antef estaba inclinado hacia él y le miraba con expresión preocupada. Hori extendió la mano y asió la de su amigo.

–Trae al médico del alcalde, Antef –rogó.

El joven lanzó una exclamación horrorizada que el príncipe no pudo captar y salió corriendo. Mientras esperaba, Hori dormitaba a ratos, con la conciencia conectada al ir y venir del dolor. Al ver al médico aproximarse al diván, seguido por el alcalde y Antef, se incorporó con mucho esfuerzo.

–Soy el príncipe Hori, hijo del médico príncipe Khaemuast –susurró–. No necesito que me examines. Sufro de una incurable enfermedad del abdomen pero te ruego que me prepares una fuerte infusión de amapola, en cantidad suficiente para varias semanas.

–Alteza –objetó el médico–, si hago esto sin examinarte y pongo la pócima en tus manos, puedes beberla en exceso y morir. No quiero asumir esa responsabilidad.

"Tampoco el alcalde", pensó Hori, al ver la expresión de éste, que esperaba junto a Antef.

–Ponía en manos de mi sirviente, pues –sugirió, reuniendo todas sus fuerzas para articular las palabras–. Tengo un trabajo que hacer aquí y no podré hacerlo si estoy postrado por el dolor. Si así lo deseas, dictaré un escrito para absolveros, a ti y al alcalde, de cualquier responsabilidad sobre mi estado.

Los dos hombres parecieron aliviados y luego se mostraron avergonzados.

–Si me hubieras hablado de esto, Alteza –expresó el alcalde–, habría pedido a mi médico que estuviera contigo noche y día. No he sido riguroso en el cumplimiento de mis deberes. Te pido disculpas.

–¡No es culpa tuya! –protestó Hori, con su último resto de energía–. Haced sólo lo que os pido. Antef, encárgate de eso.

Cerró los ojos y se volvió en la cama para darles la espalda. Oyó que Antef lo hacía salir. Después, debió de perder la conciencia. Cuando volvió a recuperarla, su amigo le estaba levantando la cabeza y le acercaba una taza a la boca. La amapola olía a rancio. La sorbió tan despacio como pudo hasta terminarla. Luego buscó el brazo de Antef.

–Ayúdame a incorporarme –dijo.

El joven lo hizo y se sentó en el diván a su lado. Hori sintió que lo observaba pensativamente.

–¿Qué pasa, Hori? –preguntó serenamente.

Nunca hasta entonces le había llamado por su nombre. El príncipe experimentó un profundo sentimiento de afecto por él, por su incuestionable lealtad.

–Ella está intentando matarme –dijo–, y lo va a conseguir, pero no antes de que yo vuelva a casa, Antef. ¡Es preciso que vuelva a casa!

–Volverás –prometió Antef, ceñudamente–. Dime lo que debo hacer.

–Ve inmediatamente a la Casa de la Vida, esta misma noche. Déjame la amapola, prometo no beberla toda. –El brebaje comenzaba a calmarle el dolor, pero también nublaba sus pensamientos. Tuvo que luchar contra aquel efecto soporífero–. El bibliotecario tendrá preparados algunos rollos para ti. Cópialos tan rápido como puedas y no vuelvas hasta haber terminado. Yo debo ir a la tumba esta misma noche. ¿Has averiguado algo hoy?

–No. Sólo puedo decir que nadie de cuantos he visitado había oído hablar de Tsubui, Sisenet o Harmin.

–No esperaba otra cosa. –Hori sacó las piernas de la cama–. Ve a hacer lo que te he pedido, Antef, y envíame a un guardia para que me ayude. Yo quería ser más cuidadoso en mi investigación, pero se me acaba el tiempo. Debemos volver a casa cuanto antes.

Envió recado al alcalde para rechazar su invitación a un banquete de homenaje que había organizado para él, sabiendo que estaban desconcertando a aquel hombre y a su familia. Probablemente se sentirían desilusionados. Después, apoyándose en el fornido hombro de uno de sus guardias, caminó bajo los largos y ardorosos rayos rojos que lanzaba el sol poniente, y subió a su litera.

En el breve trayecto hasta la biblioteca no ocurrió nada. Los efectos de la amapola estaban en el punto más alto, pero cada sacudida de la litera al bambolearse disparaba una puñalada de tormento por sus órganos vitales. Logró intercambiar unas pocas palabras con el bibliotecario y luego se adormeció, permitiendo que sus portadores siguieran la litera del sacerdote. El tiempo parecía más fluido, menos mensurable. Tenía la sensación de que le transportaban desde hacia muchas horas, de que sus sueños se fundían en la realidad del calor y el movimiento de un presente eterno. Pero al fin depositaron la litera en el suelo y Hori recorrió la cortina y vio que el soldado aguardaba para ayudarlo. La necrópolis de Coptos era como un Saqqara en miniatura, una árida meseta arenosa salpicada de pequeñas pirámides, montículos, columnas rotas y carreteras semisepultadas que conducían a la nada. El bibliotecario, con buen tino, no hizo ningún comentario sobre el estado de su huésped. Le condujo hasta un montón de tierra oscura y húmeda, donde tres simples peldaños conducían a una puerta de piedra medio sumergida. Las sombras del atardecer se habían ya acumulado a su alrededor, como pidiendo que las dejaran entrar. Hori se estremeció, pese a la forzada abstracción que le imponía su estado.

Aguardó, apoyándose en el soldado y observando a la luz de la antorcha que un esclavo sostenía cerca, mientras el bibliotecario se inclinaba hacia el círculo de barro y cera que pegaba el cordón anudado de ritual a sus ganchos metálicos. De repente lanzó una exclamación y se volvió hacia Hori.

–Desde luego, éste es el sello que yo mismo puse cuando inspeccioné la tumba por última vez –dijo–, pero lo han roto. Mira.

Hori miró el sello que el hombre le mostraba en la palma de su mano. La mitad se había desprendido y el cordón pendía precariamente de uno de los ganchos. Con un leve tirón, la cuerda se desprendió del todo y cayó a sus pies.

–Alguien ha violado la entrada –añadió, ásperamente–. El capataz de los obreros me dijo que la arena era muy liviana y que no había sido apisonada, pero no le di importancia. Ahora...

Apoyó el hombro contra la puerta y la hizo girar hacia adentro, con un leve gruñido. "La tierra que cubría los escalones no me llegaría a las rodillas", pensó Hori, distraído. "¿Sería posible que un hombre, una cosa, cavara hacia arriba y luego la empujara a su sitio? Mi querido bibliotecario teme que alguien violó la salida y no la entrada." Dominó el deseo de estallar en una loca carcajada. "Las leyes de Maát han sido abolidas", pensó. "Ahora habitamos un mundo en donde todo puede suceder. Absolutamente todo." Siguió al bibliotecario y al esclavo a la estrecha oscuridad interior.

La tumba no era grande. Se componía de un único cuarto, en cuyo centro se alzaba una plataforma, sobre la que descansaba el ataúd. La antorcha se encendió en una momentánea llamarada y volvió a asentarse. Hori miró a su alrededor, mareado por el dolor y los efectos de la amapola. "Agua", pensó de inmediato. "Agua y más agua. ¿Dónde estás, Amón? ¿Dónde está tu clemencia, Thot? Oh, mi pobre familia, mi padre, la pequeña Sherita, mi madre, honorable y buena... ¿Qué hemos hecho para merecer esto?" Las paredes parecían ondular con el lento rizarse del sereno Nilo en las tardes calurosas y soñolientas. Agua bajo los pies del joven, agua bajo su diván, agua en la que jugaban los muchos mandriles pintados, agua en su taza, cayendo sobre su blanco regazo, brotando de su boca, chorreando de su negro cabello.

El bibliotecario había corrido a acercarse a la plataforma para echar un vistazo al sarcófago. "No te molestes", pensó Hori, fatigado. "El cuerpo no está aquí. Está en Menfis. Sonríe y frunce el ceño, simula dormir y busca el sol para calentar su cuerpo helado. Abraza a Sheritra... hace el amor con Sheritra. . .

–¡Esto es horrible! –se lamentó el sacerdote–. ¡El cadáver ha desaparecido! ¿Qué mal nacido puede robar un cadáver principesco? ¿Y para qué? ¡Te aseguro, Alteza, que se abrirá una investigación!

Hori avanzó hacia el estrado, tambaleándose. Incluso contra su voluntad, era preciso verlo con sus propios ojos. Hizo un esfuerzo para rodear la tapa de piedra y se inclinó por el borde del sarcófago. Estaba vacío, desde luego, y en ese momento una lanza de fuego le perforó la cabeza. Cayó hacia atrás, dando un grito. El soldado le sujetó.

–¡No quiero morir! –gritó, acurrucándose entre los brazos del soldado. El sonido de su terror levantó ecos en las oscuras paredes y regresó a él, centuplicado.

El guardia no vaciló. Hori sintió que le llevaba en vilo a la litera. El bibliotecario corrió a mirarle. Hori se apretó las sienes, gimiendo levemente, recobrando en parte el dominio de sí. Miró al sacerdote con los ojos nublados por lágrimas de dolor.

–Mi escriba te pagará el trabajo de los obreros –prometió, con lengua torpe–. Te agradezco tu tacto y tu ayuda. Adiós. Vuelve a sellar este maldito lugar y no inicies la investigación. Sería infructuosa.

El hombre se inclinó, evidentemente perplejo. Hori, jadeando, dio una orden a los portadores y luego se dejó caer hacia atrás, sucumbiendo a la angustia. "Volveré a casa", juró, febrilmente. "Papá tiene que ver mis pruebas. ¡Pero no quiero morir! ¡Todavía no! Aún no he terminado mi tumba, aún no he sido amado. ¡Thot! ¡Aún no he sido amado!"

No recordaba haber regresado a la casa del alcalde ni a su cama. Recobró la conciencia mucho después, sólo por un momento, cuando la habitación ya estaba oscura. Una lámpara nocturna ardía junto a su diván, pero su pequeña llama no lograba atravesar la oscuridad de la medianoche. Despertó pensando: "Esto lo hiciste tú, padre. Tú pronunciaste el encantamiento sin saberlo y desataste contra nosotros estas abominaciones. El Pergamino de Thot es real. Descansa en Menfis, cosido a la mano de alguien que no tiene la menor importancia, pero ya ha cumplido con su función".

Buscó a tientas la taza de amapola, junto a la cabecera de su cama, y la bebió toda. De pronto apareció ante él una cara extraña, blanca y joven.

–¿Necesitas algo, Alteza? –preguntó.

Hori reconoció a uno de los esclavos del alcalde, que había designado para cuidar de él.

–No –respondió. Ya se le estaban cerrando los ojos–. Despiértame cuando vuelva Antef.

Le mecía la rítmica marea de su tormento, arrojándole de un lado a otro, sin que tuviera otra alternativa que entregarse. Bajo aquel oleaje acechaba la cara de Tsubui, con una sabia sonrisa, perversa, de modo que los paroxismos de dolor eran también paroxismos de lujuria. Y Hori se entregaba a la locura.

Cuando volvió a abrir los ojos le saludaron la luz plena del día y un calor aplastante. Antef estaba allí, con una mano contra la frente. Hori parpadeó hasta centrar la vista. Su amigo parecía exhausto.

–¿Has terminado? –murmuró.

Antef asintió con la cabeza.

–Sí, Alteza. Con todo. He estado ausente dos días, pero ya podemos volver a casa.

Sintió unas lágrimas de alivio. Indicó a su amigo que se acercara.

–La tumba estaba vacía, Antef –graznó–. Se me acaba el tiempo. Sheritra... Pequeño Sol...

–La barcaza te espera, príncipe –le tranquilizó Antef–. He ordenado que te preparen una cama en la cabina. No temas, llegarás a tu casa.

–Te quiero, Antef –dijo Hori con una voz que era apenas una exhalación entre sus labios resquebrajados–. Eres mi hermano.

–Calla, príncipe –le amonestó el joven–. Ahorra tus fuerzas. He hablado con el alcalde, todo está bien.

La amapola empezaba a perder potencia. Hori sabía que sus efectos irían en creciente disminución y a medida que se acercaran a Menfis necesitaría cada vez más. "No soy bastante fuerte para soportar esto", pensó, forcejeando para levantarse. Antef y un guardia le ayudaron. "En el fondo soy un cobarde." Sus pensamientos se perdieron en la incoherencia. Se dejó transportar a la barcaza y acomodó en la cama instalada en la cabina. Antef le dio más amapola. Acostado, sintiéndose deslumbrado, oyó la bendita voz familiar de su capitán, que daba la orden de soltar amarras.

–No he podido dar las gracias al alcalde –murmuró.

–Yo lo hice por ti, Hori –le tranquilizó su compañero–. Duerme, si puedes.

–Coptos es un lugar terrible –susurró el príncipe–. Demasiado calor, demasiada luz sin diluir. Qué soledad, Antef. Qué insoportable soledad.

Vulnerable..., insoportable... Tbusui le sorbió la palabra de la boca. Podía verla masticar el vocablo con aire reflexivo; luego se la tragó y le dedicó una sonrisa de solidaridad. "Insoportable", repitió. "Mi pobre y bello Hori. Sangre joven y caliente..., tan caliente... Ven a hacerme el amor. Calientame, Hori, calientame."

Cuando volvió a despertar, Coptos estaba ya muy atrás. Antef cambió de posición a su lado y le acercó una taza a la boca.

–Tengo fuego en la cabeza –dijo Hori– y siento las entrañas como si ya me las hubieran reducido a cenizas. ¿Qué me das?

–Sopa –le dijo Antef–. Trata de retenerla, príncipe. Necesitas alimento.

–¿Dónde están los rollos? –exclamó el príncipe, tratando de incorporarse.

Su amigo le retuvo con suavidad.

–Están a salvo. Bebe, Alteza. Ya ha comenzado la Inundación y la corriente es algo más rápida que antes, eso facilita la tarea a los remeros. Estaremos en casa en menos tiempo del que tardamos en llegar a Coptos.

Hori bebió, obedientemente. Su estómago se rebeló de inmediato, pero logró retener el caldo. Lo sentía dentro de él, cálido y consolador.

–Quiero sentarme en la silla –dijo a Antef–. Ayúdame.

Se sentó y la cabeza dejó poco a poco de darle vueltas. Dedicó una débil sonrisa a su amigo.

–No puedo luchar contra la magia de cientos de años –dijo, con un rastro de humor–, pero la sangre real debe servir de algo, Antef. ¿Queda suficiente amapola?

–Sí, Alteza –respondió gravemente–. Queda más que suficiente.

## CAPÍTULO 19

El Señor de la Verdad abomina de la mentira:  
 cuídate, pues, de jurar en falso,  
 que quien pronuncie una mentira será derribado.

Al desembarcar del esquife, Sheritra aspiró hondo y echó a andar por el serpenteante camino bordeado de palmeras. El día era sofocante, pero ella no prestaba atención a las incomodidades. No había dado descanso a su padre en aquellos días, abordándole a la menor oportunidad, y, finalmente, su persistencia había triunfado; aquella mañana había accedido él, por fin, a autorizar su compromiso. Extrañamente, Khaemuast había capitulado al decirle ella adónde había ido Hori. Sheritra tenía la sensación de que no le preocupaba mucho la desaparición de su hijo; como le había prohibido participar en las reuniones familiares, no le hechó de menos en varios días. Pero al cuarto día empezó a hacer preguntas y Sheritra esperó, con el corazón en la boca, respetando su promesa de aguardar toda una semana antes de revelar el paradero de su hermano. Los sirvientes de Hori no podían arrojar ninguna luz sobre su desaparición. Khaemuast llegó a interrogar a Tsubui, durante un almuerzo, pero ella respondió afirmando que lo desconocía.

No obtuvo noticias hasta el séptimo día, en que Sheritra se presentó a él, trepidante, para confesarle que Hori se había embarcado hacia Coptos en busca de la verdad.

–Está decidido a ennegrecer el nombre de Tsubui –rugió Khaemuast–. Ha corrompido a Ptah–Seankh y, como eso no dio resultado, ahora incuba otra intriga. Sé ya que un amor no correspondido puede arruinar un carácter generoso, pero este rencor... –Se dominó con esfuerzo y cuando volvió a hablar lo hizo en voz más baja–. Este rencor no tiene cabida en el Hori que yo creía conocer.

–Tal vez no se trata de rencor –se atrevió Sheritra a argumentar–. Tal vez Hori no ha cambiado en absoluto y sólo trata desesperadamente de hacerte ver algo que tú preferirías mil veces pasar por alto, padre.

–¿Tú también te vuelves contra mi, Pequeño Sol? –contraatacó él, entristecido.

–¡No, padre! Y tampoco Hori. Escúchale, por favor, cuando vuelva. Él te quiere, no desea hacerte daño y sufre horriblemente porque nos rechaza a los dos.

–¡Oh!, con que sabes eso, ¿eh? –Khaemuast frunció el entrecejo–. Era una precaución por si moría antes de tiempo, Sheritra, nada más. Si te casas antes de que yo muera, tendrás tu dote, desde luego.

"Pero Hori no puede reclamar su herencia", pensó Sheritra. "Nunca más." No era buen momento para enojar a su padre más de lo que estaba, pero aprovechó la oportunidad que él le había dado.

–Quiero casarme mucho antes –se apresuró a decir–. Accede a lo que te suplico, padre, y prométeme a Harmin. Por ser princesa, me corresponde a mí hacer la propuesta, en vez de ser a la inversa. Y si tú no das tu permiso, tendremos que esperar eternamente.

En esa ocasión, él no la desoyó. La escrutó unos segundos y asintió bruscamente, para sorpresa y deleite de la muchacha.

–Muy bien. Puedes ir en busca de Harmin y proponerle casamiento. He perdido a un hijo y comienzo a pensar que Harmin puede reemplazar a Hori. Ese joven me gusta, al menos, es leal a su familia. –Sonrió ligeramente–. Leo la incredulidad en tu cara, Sheritra, pero puedes creerme. Lo digo en serio. Ve con Harmin.

No era incredulidad lo que su padre había visto, se dijo ella, cuando la casa surgió ante su vista. Era una punzada de frío espanto el oírle hablar así de Hori. "Nadie puede reparar ese daño. Me siento culpable por regodearme en mi placer, mientras Hori es tan infeliz, y también mamá a su modo."

No tuvo que ir muy lejos para hallar a Harmin. Estaba tumbado bajo un árbol, en su jardín, con una jarra de cerveza vacía al lado. Uno de los sirvientes negros permanecía de pie bajo una palmera, a poca distancia. Sheritra hizo señas a Bakmut para que esperara y apretó el paso por la hierba seca, con una sonrisa de expectación. "Qué tentador está", pensó. "Qué delicioso, tendido de espaldas en la esterilla, con el pelo negro desparramado sobre el almohadón, un brazo cruzado sobre el pecho tan amplio, las fuertes piernas abiertas..."

Él se incorporó a medias y Sheritra se inclinó para besarle en la boca. Estaba enrojecido por el calor y tenía los labios secos. Se apartó de ella y acabó de sentarse.

–¡Oh, Harmin, te añoro mucho! –protestó ella–. Ya sé que conversamos ayer, cuando fuiste a visitar a tu madre, pero fue muy poco tiempo y parecías preocupado. Vivo desesperada por pasar unos minutos a solas contigo.

–Pues aquí estoy –dijo él, sin devolverle la sonrisa–. Hubiera preferido que esperaras al atardecer para visitarme, Sheritra. Anoche no he dormido bien y estoy intentando recuperar el sueño.

Se veía cansado y el desencanto que le produjeron sus palabras dio paso a la preocupación. Estaba legañoso y tenía sus finos párpados hinchados. Ella le tocó la cara y vaciló.

–No quería ser tan atrevida –se disculpó–. Es que tengo buenas noticias, Harmim. Papá ha accedido por fin a nuestro compromiso.

Entonces él sonrió, pero su expresión no era libre y alegre.

–Si me hubieras traído esa información una semana antes, mi regocijo habría sido enorme –dijo, sombríamente, buscando a tientas la taza que estaba junto a su codo–. Pero ahora no estoy seguro de querer comprometerme con una mujer que no me ama ni confía en mí.

No la miraba a los ojos. Apuró el contenido de la taza mientras Sheritra le observaba entre una nube de desconcierto.



–¡Harmin! –exclamó, al cabo de un momento–. ¿Qué estás diciendo? ¡Tú me enseñaste a confiar! ¡Me enseñaste a amar! ¡Te adoro con todo mi corazón! ¿De qué hablas?

Él lanzó la taza a los arbustos y contestó con una voz fría y rencorosa.

–¿Niegas que has estado conspirando con Hori de la manera más despreciable, para desacreditarnos a mi madre y a mí?

–¡No es una conspiración, Harmin! Yo...

Él soltó un resoplido.

–Se te ve en la cara la culpabilidad, Alteza. Mi madre me dijo que Hori había ido a Coptos para tratar de destruirla. Fue humillante enterarme de eso por ella y no por ti. No se te ocurrió venir a contármelo, ¿verdad? ¡No, por supuesto! Yo no te importo tanto como él.

Fue como si la hubiera golpeado.

–¿Cómo sabe ella dónde estaba Hori?

–Se lo encontró junto al embarcadero, la mañana en que se iba y él mismo se lo dijo. Y ella le suplicó, bañada en lágrimas, ¡en lágrimas!, que cesara en esa vengativa persecución, tan injusta e inútil. Pero él no quiso escucharla. ¡Y tú! –añadió desdenosamente–. Sabías adónde iba tu hermano y sabías por qué, pero no me dijiste nada.

–¿De dónde sacas que yo lo sabía? –Sheritra trató de desafiarle, pero no podía rechazar su acusación y sus palabras sonaron débiles. Era inútil tratar de explicarle sin ofenderle que, para decirselo, habría sido preciso revelarle lo que ella pensaba de Tsubui. Y ése no era el único motivo. Hori le había recomendado que no insistiera en su compromiso hasta que regresara. No sabía si Harmin ayudaba o no a su madre a engañar a Khaemuast y, por lo tanto, a Sheritra.

–Él te lo dice todo –manifestó Harmin, con petulancia–. Compartes más cosas con él que conmigo. Estoy profundamente dolido, Sheritra. Primero, porque has preferido ocultarme ese secreto y segundo, porque has podido imaginar que mi madre o yo éramos capaces de simular tan enorme mentira contra tu familia.

"Pero ella lo ha hecho", pensó Sheritra, desesperada, contemplando su rostro mohíno y ceñudo. "Cuando Hori me contó la historia de Ptah–Seankh, le creí sin lugar a dudas. ¡Oh, Harmin!, pido con fervor a los dioses que estés ofendido y enojado porque ignoras la verdadera personalidad de tu madre, no por temor a ser descubierto." De pronto captó las implicaciones de aquel pensamiento y la boca se le secó. "¿Cómo puedo dudar de él?", se preguntó, en un arrebato de ternura. "Es tan víctima de las maquinaciones de Tsubui como papá, pobre Harmin."

–Mi queridísimo hermano –dijo con suavidad, acercándose más a él y rodeándole el cuello con un brazo–, no te dije nada por no hacerte sufrir. Tanto Hori como yo creemos que tu madre ha mentido a Khaemuast y semejante verdad no es fácil de soportar para un hijo. Por favor, créeme, ¡no quería que sufrieras!

Él guardó silencio durante un rato. No se acercaba a ella, pero tampoco se apartaba. Había vuelto el rostro hacia el otro lado y Sheritra no podía ver su expresión, pero sintió que gradualmente se encerraba en sí mismo, aunque sin hacer movimiento alguno.

–Será mejor que me dejes solo, Alteza –dijo, con voz sorda–. Francamente, no puedo escuchar cruzado de brazos cómo se abusa así de mi madre. Lo siento.

Ella soltó el brazo.

–Harmin... –empezó.

Pero él se volvió y le gritó con ferocidad:

–¡No!

Sheritra estuvo a punto de perder el equilibrio. Se levantó torpemente y se alejó, perdida por su flamante confianza, encorvando los hombros y agarrándose los codos con las manos. Llamó a Bakmut y recorrió de vuelta el camino del embarcadero, casi corriendo. Tenía la esperanza de que él la llamara, pero sólo había silencio. "Se le pasará", se dijo, nerviosa. "Recordará que he hablado de compromiso, que el enojo no le ha permitido escucharme, y entonces correrá a buscarme y todo estará bien. No voy a llorar."

No obstante, abordó el esquife con la vista empañada. Se sentía como una criatura tonta. En un momento de cegador conocimiento de sí misma, comprendió que habría debido encarar la conversación, diciéndole que le amaba pese a su madre, presionándole con respecto al compromiso que proyectaban juntos desde hacía tanto tiempo. Pero él la había dominado desde el principio, tal vez manipulándola incluso, hasta el extremo de que ahora se sentía débil por temor a disgustarle. "¡Tiene que amarme, es preciso!", insistía histéricamente, mientras el esquife se adentraba en la corriente. Sintió que Bakmut la miraba interrogativamente. "¡Sin él me moriré!" Luego, su mente se hundió en un total silencio y empezó a temblar.

La noticia del clandestino viaje de Hori a Coptos se esparció muy pronto por la casa, pero Nubnofret sólo se enteró al mandar a un sirviente a requerir la presencia de su hijo en sus habitaciones. Khaemuast le había explicado que había prohibido al joven participar en las reuniones familiares, debido a una imperdonable grosería hacia Tsubui, y Nubnofret había tenido la prudencia de callar y evitar todo comentario. No correspondía a una esposa entrometerse en las cuestiones de disciplina, sobre todo cuando el asunto involucraba a una segunda esposa, y lo último que Nubnofret deseaba era ver en desorden la casa. Pero estaba preocupada por su hijo. Con un sentimiento de culpabilidad, cayó en la cuenta de que le había olvidado en los últimos días, inmersa en su propia desdicha. Por eso decidió remediar el problema inmediatamente. Y se quedó atónita al saber por el sirviente que Hori había viajado a Coptos. Resistió la tentación de preguntar al criado por qué y salió a buscar a su esposo.

Khaemuast acababa de abandonar la casa de los baños y se dirigía a sus habitaciones. Nubnofret se detuvo frente a él en el pasillo y tuvo tiempo de reparar en las gotas de agua que se adherían al hueco de su cuello y le brillaban en su vientre. Él se paró con una alentadora sonrisa.

–¿En qué puedo servirte, Nubnofret? –preguntó.

Inexplicablemente, ella sintió un nudo en el estómago. "Puedes cogerme en tus brazos", pensó, febrilmente. "Puedes inclinarme la cabeza hacia atrás, como hacías antes, y besarme, y apretar ese cuerpo fresco y húmedo contra el mío."

–Quiero hablar seriamente contigo, príncipe –dijo.

–Ven, pues, y hablaremos mientras me dan el mensaje. ¡Kasa!

Ella le siguió a su cuarto. Khaemuast se tendió en el diván y le indicó que se sentara junto a la cabecera, donde él pudiera verla. Kasa vertió aceite sobre su columna y empezó a frotar la carne aún firme. Nubnofret apartó la vista y carraspeó cortésmente.

–Khaemuast, ¿dónde está Hori? –preguntó, sin rodeos.

Él cerró los ojos.

–Hori está en Coptos.

–¿Y qué hace Hori en Coptos?

El príncipe suspiró y se frotó la mejilla con el antebrazo. Mantenía los ojos cerrados.

–Está convencido de que Ptah–Seankh falseó el informe que yo le había encargado sobre el linaje de Tbusui, antes de que el contrato matrimonial cobrara validez, y ha ido a averiguar lo que él considera la verdad.

–¿Partió con tu permiso?

–Ni siquiera partió con mi conocimiento. –Abrió por fin los ojos y observó a Nubnofret con cautela–. Se está comportando de manera insultante, indisciplinada y absolutamente temeraria. Ya en una ocasión tuve que castigarlo por esta obsesión sobre lo que interpreta como engaño de Tbusui. Es obvio que, cuando vuelva, me veré obligado a castigarle otra vez.

Entornó los ojos, pero Nubnofret comprendió que no era por fatiga ni porque prefiriera no mirarla. El masaje le estaba excitando. "¡Cuánto has cambiado, esposo mío!", pensó, llena de un intenso horror. "Te has convertido en un animal extraño e imprevisible, que ninguno de nosotros reconoce. Es como si algún demonio hubiera venido a ti, en medio de la noche, para robarte el ka y sustituirlo por otra cosa. Si ahora me hicieras el amor, me asustaría."

–Me voy, Khaemuast –dijo, serenamente.

Vio que los músculos de su espalda se tensaban. Levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos brillaban otra vez con cautela.

–¿Cómo que te vas?

–Me voy a Pi –Ramsés, y no te estoy pidiendo permiso. He visto destrozada mi familia, alterado mi hogar y lentamente socavada mi autoridad. Este asunto de Hori es la gota que desborda el vaso. Me inquieta que hasta mis sirvientes supieran de su ausencia antes que yo. Hori no es temerario, lo sabes bien. Lo que le haya impulsado a actuar tan desesperadamente merece tu atención, y su estado anímico debería preocuparte. Sin embargo, sólo hablas de castigo. Es tu único varón, tu heredero, y le echas a la calle.

Él sostuvo su mirada sin vacilar. Nubnofret habría podido jurar que advertía animosidad en sus pupilas.

–Te prohíbo que te vayas –dijo–. ¿Qué pensará Menfis? ¿Que no soy capaz de gobernar mi propio hogar? No, Nubnofret. Ni pensarlo.

Ella se levantó.

–Tbusui puede dar las órdenes a los sirvientes, organizar los banquetes y entretener a tus huéspedes. –Habla con serenidad, aunque habría querido gritar, pegarle con los puños, escupir a aquella cara que enrojecía–. No volveré hasta que mandes llamarme. Y harías bien en asegurarte de que me necesitas, príncipe, antes de ordenar a un heraldito que me lleve ese mensaje. Mi único ruego es que no permitas a Tbusui ocupar mis habitaciones.

–¡No puedes irte! –gritó él, forcejeando para incorporarse–. ¡Me niego a permitirlo!

Nubnofret se inclinó rígidamente.

–Tienes soldados, Khaemuast –dijo–. Ordénales detenerme, si te atreves. No me quedaré bajo ninguna otra circunstancia.

Él apretó los puños, pero no dijo nada. Su esposa giró sobre sus talones y cruzó la puerta sin mirar atrás.

Khaemuast se levantó del diván, indeciso. Su primer impulso fue llamar a Amek y ordenar la detención de Nubnofret, pero pensó que sería difícil anular una orden tan radical, una vez dada.

–¡Vísteme! –ladró a Kasa, que se apresuró a obedecerle, con unos dedos extrañamente torpes.

Khaemuast soportó sin quejas aquella atención tan poco hábil y, cuando estuvo vestido, salió inmediatamente de la habitación.

Tbusui estaba en su cuarto, dictando una carta. Uno de los escribas jóvenes de la casa hacía rechinar abnegadamente el estilo a sus pies. Se volvió hacia su esposo con una amplia sonrisa, que él no le devolvió.

–¡Vete! –espetó en cambio bruscamente al escriba.

El joven recogió sus instrumentos y, tras esbozar una reverencia, se retiró. Khaemuast dio un portazo tras él y se apoyó contra la puerta, respirando agitadamente. Tbusui se acercó apresuradamente.

–¿Qué ocurre, Khaemuast? –preguntó.

Como de costumbre, el contacto de su mano y el sonido de su voz aflojaron la tensión del cuerpo del príncipe.

–Es Nubnofret –confesó–. Me abandona y se va a Pi–Ramsés. Los sirvientes ya están empaquetando sus pertenencias. La vida en esta casa se le ha vuelto insoportable, al parecer. –Revolvió el pelo de su mujer distraídamente–. Seré el hazmerreír de todo Egipto, Tbubui.

–No, queridísimo –objetó ella–. Tu reputación es demasiado firme. La gente dirá que te he embrujado, haciendo que Nubnofret se alejara de ti. Me culparán a mi. Y no me importa. Tal vez sea cierto. Tal vez no he sido tan amable con debiera con Nubnofret.

–Hoy no quiero que me demuestres tu tacto, Tbubui –exclamó él, ásperamente–. No quiero que seas amable. Culpa a Nubnofret, que se ha mostrado fría, distante y poco cordial contigo. Culpa a Hori, que ha huido a Coptos para destruirte. ¿Por qué eres siempre tan dolorosamente buena?

–¿Que él trata de destruirme? –repitió ella, volviéndole la espalda. Luego clavó en Khaemuast una mirada de sospecha–. Sabía de ese viaje, por haber oído algún chisme de los sirvientes, pero ¿con propósitos malignos?

Khaemuast se apartó de la puerta para avanzar, casi tambaleándose, hasta el tocador y dejarse caer sobre la banqueta.

–A Coptos –repitió, con voz sorda–. Tiene la loca idea de que allí está la verdad sobre ti y piensa descubrirla. Ella guardó silencio y largo rato y el príncipe creyó que no le había oído.

–¿Tbubui? –exclamó.

La mujer se volvió lentamente, como si tuviera miedo de algo que podía estar tras ella. Había palidecido intensamente y se retorció los dedos sin parar mientes en los anillos, que se le clavaban en la carne.

–Traerá informaciones falsas –dijo, inexpresivamente–. Está decidido a deshonorarme.

–Ya no los entiendo –admitió Khaemuast, con enojo–. Nubnofret conoce muy bien sus deberes, pero me abandona sin ningún reparo. Hori se ha convertido en un desconocido demente e incluso Sheritra me aborda con una terquedad arrogante que me irrita. ¡Los dioses me castigan sin que sepa por qué! Una extraña sonrisa cruzó el rostro de Tbubui.

–Siempre has sido demasiado indulgente con ellos, Khaemuast. Los convertiste en el centro mimado de tu vida. Mientras que otros hombres anteponen su obligación para con Egipto a la familia, tú te deleitabas satisfaciendo primero sus deseos. Y así se han vuelto indóciles. Verdaderamente, Hori ha...

Se le cortó la voz y en sus ojos apareció una expresión de angustia.

–Me ocultas algo –acusó Khaemuast–. Nunca he oído una palabra de crítica hacia mi familia de esos sensuales labios tuyos, Tbubui, salvo cuando te la he arrancado prácticamente a la fuerza. ¿Qué sabes de Hori?

Ella se acercó lentamente a él, moviendo las caderas en una involuntaria invitación, y se detuvo casi a su alcance.

–Lo cierto es que arrastro algo terrible en relación a tu hijo –murmuró–. Voy a decírtelo, pero sólo porque vivo en un creciente miedo por mi seguridad y por la vida del hijo que va a nacer. ¡Oh, querido hermano, prométeme que no me culparás por esto!

–Tbubui –dijo él, exasperado–, no amo a nadie excepto a ti. Hasta tus pequeños defectos me son preciosos. Anda, dime. ¿Qué te aflige?

–No crearás en nada de lo que él traiga de Coptos, ¿verdad?

–No –le aseguró Khaemuast–. No lo crearé.

–Su odio es tan implacable... –La voz de Tbubui era tan baja que él estiró el cuello para oírlo–. Si pudiera, me mataría. –Levantó la vista y clavó sus ojos, llenos de desesperación en él. Le temblaba la boca–. El me violó, Khaemuast. Hori me violó al enterarse de que iba a casarme contigo. Vino a mi casa para hablar conmigo, según dijo, pero empezó a hacerme insinuaciones. Como yo le rechacé, diciéndole que estaba enamorada de ti y que íbamos a casarnos, se irritó mucho. "¿No prefieres la carne tierna, Tbubui, a un viejo que lucha contra las limitaciones del tiempo?", insistió. Y entonces... entonces... –Se cubrió la cara con las manos–. ¡Qué vergüenza! –Y estalló en sollozos–. ¡No pude hacer nada, Khaemuast, créeme! Traté de llamar a mis criados, pero él me tapó la boca con una mano. "¡Si gritas, te mataré!", me amenazó. Y tuve que obedecerle. Estaba demente, loco. Hasta creo que...

–¿Qué? –graznó Khaemuast.

Miraba a su alrededor, desesperado; sus ojos se posaban en un objeto y en otro, pero no podía escapar a la sensación cada vez mayor de traición e ira. Tbubui se tiró al suelo y se cubrió la cara con el cabello. Recogió con las manos imaginarios puñados de tierra y se los tiró sobre la cabeza, en el tradicional gesto de luto.

–¡Ni siquiera sé si mi bebé es tuyo o de él! –barbotó–. ¡Rezo porque sea tuyo, Khaemuast! ¡Rezo y rezo!

Khaemuast se levantó lentamente.

–No has de temer nada, Tbubui –dijo, con voz pastosa–. Dormid en paz, tú y nuestro hijo. Hori ha traicionado toda la decencia, cualquier derecho que pudiera tener sobre mi afecto o mi obligación de padre y será castigado. Ella alzó el rostro desfigurado y húmedo de lágrimas.

–Debes matarlo, Khaemuast –balbuceó–. No descansará hasta tomar en milo que cree una justa venganza. ¡Y tengo mucho miedo! ¡Mátalo!

Alguna parte de Khaemuast, un diminuto centro de cordura, comenzó a gritar: "¡No, no! ¡Esto es una ilusión! ¡Recuerda su sentido del humor, su sonrisa, su disposición a colaborar contigo! El trabajo que habéis hecho juntos, las discusiones, las noches de intimidad y de bebida, el amor y el orgullo que veías en sus ojos..." Pero la parte abrumadora que era Tbubui se abatió sobre él.

Se arrodilló junto a ella y estrechó contra su pecho su cabeza caliente y mojada.

–Siento que hayas sufrido tanto por mi familia –dijo apretando la boca contra su pelo y cerrando los ojos–. Hori no merece vivir. Yo me encargaré de eso.

–Lo siento muchísimo, Khaemuast –dijo Tbubui, con la voz apagada contra su piel. Y él sintió que una mano se le insinuaba entre los muslos.

Sheritra estaba soñando. Harmin se inclinaba sobre ella, con una cinta escarlata sujetándole el pelo. El olor de su piel era un perfume caliente y almizclado que le invadía la nariz, debilitándola de ansias.

–Aparta las sábanas y déjame acostarme –susurraba–. Soy yo, Sheritra. Estoy aquí. Estoy aquí.

Ella alzó los ojos para verle, apenas iluminado por la lámpara de la mesilla, los ojos lánguidos de deseo. Pero algo estaba mal. La sonrisa de Harmin cambiaba y se hacía feroz. Sus dientes aumentaron en longitud y filo y, en un instante de horror, cayó en la cuenta de que lo que se inclinaba hacia ella era un chacal. Sobresaltada, dejó escapar un grito, y entonces notó que era de noche. La paz y el silencio de las horas sordas que precedían al amanecer se habían apoderado de la casa. Después, notó que Bakmut la sacudía suavemente.

–Tu hermano está aquí, Alteza. Está aquí –decía la muchacha.

Sheritra se pasó una mano por la cara.

–¿Hori? –preguntó, consciente de que estaba bañada en sudor–. ¿Ha vuelto? Hazle pasar, Bakmut, y trae enseguida comida y algo de beber.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento y se perdió entre las sombras. Sheritra miró la lamparilla nocturna. Era obvio que Bakmut acababa de despabilar la vela, pues despedía una tranquilizadora columna de amarilla cordura en la oscuridad que se apretaba alrededor del diván. Sheritra se incorporó un poco más, ya plenamente despierta, y advirtió un movimiento tras la luz. Hori apareció al lado del diván y se dejó caer pesadamente junto a sus rodillas. Sheritra tuvo que ahogar un grito, su hermano estaba tan delgado que se le veían las costillas y le temblaba la cabeza. Su pelo, antes tan espeso y brillante, tan sano, yacía lacio contra su cuello y los ojos que volvió para estudiarla estaban tan opacos y hundidos como los de un viejo.

–Por todos los dioses, Hori –susurró–. ¿Qué te ha pasado?

–Creía que ya no volvería a verte –murmuró él, con voz ronda, dejándole ver sus lágrimas de fatiga–. Me estoy muriendo a causa de una maldición, Sheritra, una maldición de Tbubui, como la que arrojó al pobre Penbuy.

¿Recuerdas?

Durante un momento de confusión, la muchacha no pudo comprender lo que le decía, hablaba como si delirase. Pero en un destello de lucidez volvió a ver el montón de basura, el brillo de algo, el estuche de estilos en sus manos intrigadas y el muñeco de cera.

–¡Penbuy! –exclamó–. ¡Por supuesto! ¿Cómo pude estar tan ciega? El estuche era de él. Tenía varios, debo de haber visto todos, en un momento u otro, sin que me llamaran la atención. Penbuy...

–Ella le echó una maldición mortal para que no trajera malas noticias de Coptos –susurró Hori–. Lee esto, Sheritra. Lee esto ahora mismo.

Le entregó varios rollos. El temblor de sus manos era tan pronunciado que se lo comunicó a Sheritra cuando ella cogió los papiros. La piel de sus dedos estaba seca y caliente. Hubiera querido tirar los manuscritos y llamar a su padre, el médico, despertar a los sirvientes para que le acostaran... pero percibió la desesperación en sus palabras y le obedeció, examinando con atención los rollos. Apenas había empezado a leer cuando Bakmut volvió con vino, ganso asado frío y melón.

–Trae más luz –ordenó ella, distraídamente.

Pero cuando la muchacha puso unas lámparas más grandes en los soportes de la habitación ya estaba abstraída en la lectura. Hori guardaba silencio. De vez en cuando se tambaleaba y en ocasiones se llevaba una jarra a la boca.

–¿Qué bebes? –preguntó ella de pronto, sin apartar la vista del papiro que tenía entre las manos.

–Amapola, Pequeño Sol –respondió él.

Ella asintió con la cabeza y continuó leyendo. Por fin dejó que el último papiro se enroscara con un susurro. Hori se volvió hacia ella y los dos se miraron en silencio.

–Imposible –siseó la muchacha–. Nunca. –Había en ella una fría furia.

–Piénsalo, Sheritra. Examinemos racionalmente las pruebas.

–Lo que sugieres no es racional, Hori –insistió ella.

Su hermano se apartó bruscamente y todo su cuerpo se estremeció con el gesto, sin que pudiera dominarlo.

–Ya lo sé –reconoció–. Pero yo he estado en esa tumba, Sheritra. El cuerpo ha desaparecido. El bibliotecario se mostró horrorizado e incapaz de comprenderlo. El agua representada en los muros... –Se interrumpió con un esfuerzo evidente–. ¿Puedo tratar de convencerte?

Sheritra recordó su sueño, extraño y atemorizador.

–Muy bien. Pero no deberías hablar tanto, estás muy enfermo. Creo que ella te ha envenenado, y en ese caso necesitas que papá te dé un antídoto.

Él río sin aliento, dolorosamente.

Él no puede ayudarme. Esa mujer asesinó a Penbuy con una maldición mortal y está haciendo lo mismo conmigo. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

–Disculpa, Hori. Continúa. –Lanzó disimuladamente una mirada a Bakmut. Si lograba que la muchacha trajera a su padre, tal vez Hori se salvara, pero no quería agotar a su hermano discutiendo con él–. Al menos, come algo –sugirió.

Hori se volvió hacia ella, con los labios contraídos en una mueca febril.

–Antef me dio sopa hasta que ya no pude retenerla –dijo. Con un escalofrío de verdadero temor, Sheritra percibió el miedo en su voz–. No tengo tiempo para comer, pedazo de tonta. ¡Despierta de una vez! ¡Me estoy muriendo! ¡Deja que te convenza!

Ella se echó atrás, pero luego le cogió una mano.

–Está bien –balbuceó.

–¿Crees, para empezar, que esto es obra de papá? ¿Que él desató algo perverso al pronunciar las palabras escritas en el rollo sin saber lo que decía?

–Lo intentaré.

–Bueno. Déjame tumbarme, Sheritra. Dame esa almohada. Gracias. Ante todo, acepta que Tsubui mató a Penbuy por arte de magia y que ahora me está matando a mí. A Penbuy le asesinó porque papá hubiera dado crédito a cualquier evidencia que él trajera de Coptos. Papé le respetaba y conocía su inteligencia, y aunque el relato le hubiera parecido demencial, habría plantado las dudas en la mente de papá. En cuanto a mí... –Encogió un hombro frágil–. Ya estoy completamente desacreditado a los ojos de papá. Creo que ella se limita a degustar el poder y le sabe dulce. Está segura de que no puedo hacerle daño y no necesita eliminarse, lo hace porque quiere. Si existe otro motivo, no lo hallo.

Se hizo el silencio. Sheritra vio que su frente se cubría de sudor y comprendió que había callado para reunir fuerzas. Aguardó, mientras él se limpiaba la cara con las sábanas arrugadas. Las palabras siguientes la cogieron por sorpresa.

–Sheritra, ¿a qué se parecen los sirvientes de Tsubui? Piénsalo bien.

Negros, totalmente silenciosos, obedientes al segundo... La muchacha meneó la cabeza, desconcertada.

–Son raros –replicó–, pero no les encuentro parecido con nada.

–Bueno, tal vez tú no has visto tantas tumbas como yo cuando ayudaba a papá –reconoció Hori, sombríamente–. Pero ¿no son como .rhawabiis, Sheritra?

Shawabtis... Los esclavos de madera que se enterraban con los difuntos de la nobleza para que cobraran vida ante una palabra mágica de su propietario. Eran mudos portadores de vino y comida, obedientes tejedores de hijo, de oscuras manos infalibles para amasar el pan, abrochar un collar, delinear con kohol los ojos cansados o hundir el fino pincel en los frascos de cosméticos; tan delicados, tan exactos, siempre con la inexpresiva cara de madera con la cual habían sido tallados. A Sheritra se le erizó la piel.

–¿Shawabtis? –repitió–. ¡Qué ridículo, Hori!

–¿Tú crees? Bien, no importa. Fíjate en esto. –Sacó de su cinturón una bolsita y la abrió con dedos temblorosos. El pendiente relucía apenas en la penumbra sobre su palma pegajosa–. Toma. Sópésalo. Pálpalo. Representate el que encontraste en el joyero de Tsubui. Dudabas, ¿verdad, Sheritra? Un maestro artesano puede hacer una copia bastante aproximada de algo tan antiguo, pero existen pequeñísimas claves que revelan su verdadera edad. El oro no tendrá vetas púrpuras tan visibles ni estará tan madurado por el uso; el engarce de la piedra estará más fresco y el seguro no tendrá las marcas que deja la presión de los años contra la piel. Tu primera reacción, al verlo, fue miedo de que se tratara del pendiente original. Pues bien, tenías razón. Tsubui tenía uno. Perdió el otro al salir del túnel.

Sheritra estaba dando vueltas a la joya entre los dedos, y al oírle se la entregó bruscamente.

–¡Basta, Hori! ¡Me asustas! –exclamó.

–¡Bien! –exclamó él, enérgicamente–. Voy a asustarte un poco más. Trataré de ser coherente, de poner todo esto en el orden debido. ¿Tienes agua aquí?

Ella se inclinó sin comentarios y le sirvió un poco. Su hermano bebió deprisa y luego se llevó la jarra de amapola a los labios y tomó un largo sorbo.

–Te vas a matar con eso –reprochó Sheritra. Pero al instante cayó en la cuenta de lo que estaba diciendo. Él se limpió la boca con el dorso de la mano y la miró de soslayo.

–Mi cuerpo ya está empezando a no reaccionar a la droga –dijo–. Cada vez necesito más cantidad para dominar el dolor, pero no creo que me haga falta mucho tiempo más.

Ella abrió la boca para protestar, pero Hori la acalló.

–Nada de mentiras, Pequeño Sol. Déjame continuar, tengo mucho que decir y pocas fuerzas con que hacerlo.

La joven le observó sumisamente con el corazón dolorido. Las sombras le oscurecían la mitad de la cara y tenían el resto de melancolía. "Es cierto", pensó de pronto, "Va a morir". La atravesó el pánico, pero habló con voz serena.

–Sigue, queridísimo.

–Papá los despertó al robar el Pergamino, que les pertenecía por derecho, y balbucear el encantamiento en su ignorante estupidez. ¿Recuerdas que los sarcófagos de la cámara interior no tenían tapa? Apostaría cualquier cosa a que ellos ordenaron dejarlos abiertos con la esperanza de que alguien irrumpiera en la tumba y, al ver el rollo cosido a la mano de un sirviente, se sintiera lo bastante intrigado para leerlo en voz alta, sin saber, desde luego, que Nene–fer–ka–Ptah y la princesa Ahura yacían en la misma sepultura, tras un muro falso. Llegan a Menfis y buscan un sitio donde ocultarse, tal vez mientras se reponen. ¿Estás bien, Sheritra?

Respondió con una sonrisa forzada. Una parte de ella aceptaba los argumentos con una afirmación aterrorizada, pero segura y, sin embargo, Harmin, su amor, estaba involucrado en ello, y no se atrevía a creer por miedo a que la vida se le hiciera añicos. Se ciñó la sábana a los hombros con la sensación de que el cuarto estaba cada vez más frío, tratando de escuchar a Hori sin dejar intervenir a su imaginación. No quería ver mentalmente aquellos cadáveres antiguos, disecados, tambaleándose por la cámara interior en la estigia oscuridad, mientras recobraban la flexibilidad y las fuerzas, para luego arrastrar sus miembros entumecidos a lo largo del túnel.

–Es un extraordinario cuento de fantasmas –aseguró, con firmeza–, pero nada más. Dices que salieron de la tumba por el túnel y llegaron a Menfis. Pero el túnel estaba bloqueado por una piedra, que sin duda los siglos habrían cubierto de arena. ¿Cómo salieron? ¿Por arte de magia?

–Tal vez. O gracias a algún poder maligno. Para empezar, habían hecho cavar ese túnel para poder escapar si alguien leía el Pergamino, de eso no tengo duda. Hasta es posible que dejaran las herramientas necesarias cerca de la entrada. ¿Cómo puedo saberlo? –Hori se revolvió en la almohada–. Lo cierto es que consiguieron una finca vacía, muy parecida a la casa que ocupaban en Coptos, hace cientos de años: aislada, silenciosa y sencilla. Tal vez eso calmara su sensación de desconcierto y nostalgia del hogar. Piensa en esa casa, Sheritra, su peculiar silencio, los ecos del palmar, la sensación de que dejas el mundo atrás cuando recorres ese suave sendero serpenteante. Y dentro, historia pura. Muebles sobrios y escasos, como salidos de una época lejana...

Su voz se redujo a un susurro e hizo una pausa para recobrar antes de continuar.

–Pronuncian las palabras del ritual para animar a los .shwabtis, que debían estar con ellos en la cámara interior, y éstos comienzan a reparar la casa. Luego buscan al hombre que les ha robado el rollo. La tumba está abierta, llena de obreros que trabajan. Unas cuantas preguntas juiciosas les proporcionan la información deseada y entonces empiezan a tramar su venganza.

–Pero, ¿por qué esa venganza? –interrumpió Sheritra. Cautivada por el relato, había olvidado por completo que hablaban de Sisenet y Tbubui–. Bastaba con robarlo y continuar viviendo donde estaban, sin llamar la atención. ¿Para qué enredarse deliberadamente con...? –Le falló la voz.

–¿Con nuestra familia? –concluyó Hori por ella–. No lo sé, pero presiento que hay un motivo y que no ha de ser agradable. No puedo analizar eso, Sheritra, este maldito dolor...

Había levantado la voz y su hermana percibió la histeria que él trataba de ocultar y le acarició el brazo. Quemaba de fiebre.

–Descubrí que el príncipe y su esposa murieron ahogados, y lo mismo le ocurrió a su hijo, pocos días después –prosiguió–. ¿Recuerdas el exagerado horror de Tbubui, el día en que temió caer por la rampa? ¿Has visto alguna vez nadar a Harmin, aun en las tardes más calurosas?

–No –susurró ella, con la voz reducida a un sibilante murmullo–. Pero, ¿por qué metes a Harmin en esto, Hori? En esa tumba sólo había dos ataúdes. No es posible que te refieras a la misma familia.

–¡No me escuchas! –insistió Hori, desesperado–. Has leído los rollos. Tratamos con la magia más negra, Sheritra, y no estamos en el mundo de lo normal, lo racional. ¡Olvida la razón! Merhu, tu Harmin, se ahogó en Coptos y fue sepultado allá. Yo he estado en su tumba. Tampoco allí había tapa en el sarcófago y algo había salido, rompiendo el sello y excavando hacia fuera. Papá también le despertó y entonces él volvió a Menfis, donde estaban sus padres.

–No, no –le interrumpió ella, sacudiendo vigorosamente la cabeza–. Sisenet es tío de Harmin. Tbubui lo dijo.

Hori la miró, inerte. Tenía las comisuras de la boca ennegrecidas por la amapola y las pupilas tan dilatadas que ya no quedaba iris en ellas.

–Tbubui y Sisenet son marido y mujer –dijo lentamente, resaltando cada una de sus palabras como si las dirigiera a un niño–. Y Harmin es su hijo. El hijo, Sheritra.

Sé que esto es horroroso pero trata de afrontarlo, por favor.

La muchacha se apartó bruscamente.

–¡No me hagas esto, Hori! –suplicó–. Harmin es inocente. ¡Lo sé! Se mostró tan dolido, tan furioso cuando traté de hablarle de su madre... es...

–Es un brillante actor sin escrúpulos, como ese objeto macabro que dice ser su madre. –Hori trató de gritar, pero sus palabras surgieron en un silbido quebrado–. Tienen la carne fría, momificada. Al tocar a Harmin ¿no te ha extrañado muchas veces encontrarle frío? En los últimos tiempos tal vez no, pues creo que día a día se adaptan más a esta segunda vida. A Tbubui le encanta el calor, ¿recuerdas? Pero la tumba, Pequeño Sol... El Pergamino fue ideado originariamente por Thot, y la devoción de la familia por ese dios es evidente en todas partes. Los mandriles, animales de Thot. Las lunas, su símbolo.

–Hori –interrumpió Sheritra, decidida–, no creo una sola palabra de esto. Se me acaba de ocurrir que Tbubui te ha maldecido por el mismo motivo que la llevó a convencer a papá de que nos eliminara de su testamento. Está convencida de que el hijo que lleva corre peligro si tú sigues con vida. Cuando haya nacido, te bastará matarlo para ser nuevamente el heredero de papá.

Él se echó a reír, pero de pronto se dobló en dos.

–No hay ningún niño en su vientre –jadeó–. Está muerta, recuérdalo. Los muertos no pueden dar la vida, aunque si tomarla. Posiblemente, inventó a ese niño para arrancar a papá alguna decisión. Tengo la impresión de que él retrocede, lentamente y sin pausa, hacia un rincón del que no puede escapar. Y ella le ha empujado hasta allí con mentiras, seduciéndole, rompiéndole por dentro, Sheritra, debilitando su alma, corrompiendo su honor hasta no dejarle integridad alguna. Su meta parece ser destruirle espiritualmente. Pero, ¿por qué? ¿Como castigo por robar el Pergamino? No parece suficiente motivo.

Sheritra se levantó del diván para mojar un trozo de lienzo en la jarra de agua y luego lo pasó cuidadosamente por el rostro, las manos y el cuello de su hermano. Eso la alivió, pues mientras tenía los dedos ocupados no necesitaba pensar.

–Debemos buscar el muñeco de cera que ha usado Tbubui para provocarte estos sufrimientos –dijo, con decisión– y arrancar los alfileres. También debemos abrir los arcones de papá y buscar un encantamiento que anule el daño. Si quitamos los alfileres vivirás, pero es preciso devolverte la salud.

Él la dejó trabajar sumisamente. Era obvio que no podía hacer nada solo, que le correspondería a ella revisar las habitaciones de Thubui.

–Duerme –concluyó–. Veré lo que puedo hacer. ¿Seguro que puedo dejarte solo?

Su hermano había cerrado ya los ojos.

–Fuera está Antef –murmuró–, envíamelo. Gracias, Pequeño Sol.

Ella besó su frente húmeda. Su aliento olía a amapola y a algo más, algo agri dulce que le hizo morderse los labios con preocupación. Cuando salió sigilosamente, Hori había caído ya en un sueño ligero e inquieto.

## CAPÍTULO 20

¡Oh, si pudiera volver la cara al viento norte  
a la orilla del río  
y gritarle para aliviar el dolor de mi corazón!

La noche era rancia y el olor salobre y vegetal del río en crecida le asediaba la nariz. Sheritra cruzó discretamente el jardín, rodeó el muro del recinto y se acercó a la casa de las concubinas. Tsubui iba a mudarse al ala nueva donde estaría envuelta por la mayor vigilancia de la casa principal, cuatro días después. La muchacha agradeció aquella pequeña ventaja, mientras se deslizaba entre los arbustos que ocultaban la entrada.

Cuando pensaba en el modo de entrar, la sobresaltó una serie de susurros y voces suaves. Se detuvo, con el corazón palpitante, pero enseguida comprendió que estaba oyendo a las mujeres, habían subido al techo para escapar del calor y pasaban allí las horas de la noche, durmiendo, jugando o chismorreando. "¿Estará Tsubui allí?", se preguntó Sheritra, inquieta. Si todas las mujeres habían decidido hacer sacar sus esterillas, los guardias estarían vigilando la única escalera, al lado, y sólo debía preocuparse por el guardián.

Se escabulló entre las columnas y, ya junto a la entrada, se detuvo a escuchar. Sólo se oía un ronquido distante y grave en el cuarto del guardián. Sheritra entró, excitada. Si Tsubui dormía en sus habitaciones, habría una servidora ante la puerta. La muchacha miró con cautela hacia el pasillo que conducía a los dominios de la mujer. Estaba desierto. Lo iluminaba sólo un fino rayo de luna que caía desde la alta ventana, abierta entre el cielo raso y el muro.

Entonces se apoderó de Sheritra una prisa temeraria. No sabía cuánto tiempo pasaría Tsubui en el techo, pero sin duda bajaría antes del amanecer. Hori se estaba muriendo y faltaba poco para que amaneciera. Corrió a la puerta de Tsubui y la entreabrió. En el interior reinaba el silencio. Con gran audacia, abrió de par en par y entró. El mismo claro de luna iluminaba la calurosa antesala, que estaba desierta, salvo por las siluetas de unos pocos muebles que mostraban sus bultos grises. Pese a la penumbra, había suficiente luz para ver.

Sheritra comenzó a buscar apresuradamente bajo los almohadones, entre la ropa sucia, en los floreros. Llegó a abrir el altar dorado del dios Thot y, murmurando una plegaria para pedir disculpas, tanteó detrás de la estatuilla. No esperaba hallar nada en aquella habitación, no la sorprendió encontrarse con las manos vacías.

Sin hacer ruido, entró en la cámara interior, que estaba abierta y con el diván vacío. El perfume de Tsubui la sofocó de inmediato: la mirra, densa y embriagadora, lo inundaba todo con un aroma de incienso y sexo. Aunque el espacio era limitado, la cuidadosa distribución de los muebles dio a Sheritra una impresión de silenciosa vastedad, a tono con la sencillez que aquella mujer prefería. Empezó a buscar de nuevo, con más cuidado y sin dejar rincón sin explorar. Palpó el colchón y deslizó la mano por el fragante almacén de cedro. Levantó las tapas de los baúles, las cajas de los cosméticos, los joyeros, siempre buscando frenéticamente, pero sin hallar nada. Se detuvo un momento y pensó con frenesí. "Si yo fuera Tsubui, ¿dónde escondería algo tan condenatorio?", se preguntó. Entonces sonrió. ¡Claro! En las habitaciones nuevas, que ya estaban amuebladas y sólo esperaban la bendición para ser ocupadas. "Hace una semana que nadie entra allí, salvo los sirvientes encargados de limpiar." Sheritra se volvió en redondo y salió corriendo.

Pero su investigación, menos apresurada, resultó igualmente infructuosa, y la muchacha se dejó caer en una silla de las sillas de ébano de Tsubui, mordiéndose los labios con frustración. El muñeco no se tiraría a la basura hasta la muerte de la víctima; en cuanto a los alfileres, no se los quitaban nunca. Sheritra, desesperada, comprendió que había mil escondrijos posibles: un pozo en el jardín, un agujero en el suelo, incluso algo hundido en el río, junto al embarcadero.

El embarcadero. La muchacha se puso de pie, estremecida de excitación. Tsubui no se atrevería a tener el muñeco en la finca de Khaemuast, pero Sisenet seguía viviendo en la otra casa, donde sólo él podía descubrir un objeto así. Sheritra sintió en las entrañas que había dado en el clavo. Abandonó el ala tan silenciosamente como había llegado y volvió a sus habitaciones. Bakmut le abrió la puerta, pidiendo silencio con un dedo contra los labios. Antef se levantó de la banqueta que había colocada al lado del diván.

—¿Cómo está? —susurró la joven, acercándose para mirar a Hori.

Ya parecía muerto. Estaba pálido, tenía los ojos hundidos y respiraba con aliento breve y rápido. Pareció sentir la presencia de su hermana, pues abrió los ojos y los centró lentamente en ella. Sheritra miró a Antef con preocupación y se inclinó sobre Hori.

—¿Lo has encontrado? —susurró él.

—Lo siento, Hori. Creo que lo ha escondido en la casa de la ribera este. Voy a ir inmediatamente a buscarlo.

La aterrizzaba hacerlo. Sisenet le inspiraba un respeto sobrecogedor y no quería encontrarse con HarmAn, después de su última entrevista, tan dolorosa. Además, aunque la casa había sido un lugar muy agradable durante su estancia, no le gustaba la idea de recorrerla en la oscuridad. Cuando sus habitaciones hacían silencio, cobraba una atmósfera enervante.

—No hay tiempo —objetó él, agitado—. Podría estar en cualquier sitio. Es preferible ver qué encontramos en los rollos de papá. Ayúdame a levantarme.

—No —siseó ella—. Puedo hacerlo sola, Hori. ¡Quédate!

—Querida —replicó él, mientras Antef le cogía para incorporarle—, no sé mucho de magia, pero al menos tengo idea de lo que debo buscar, tú no. Deja de afligirme por mí, ¿quieres?



Alarmada pero sumisa, la muchacha le ayudó con Antef y los tres abandonaron las habitaciones. Lentamente, demasiado cargados para intentar pasar desapercibidos, se dirigieron al despacho de Khaemuast. Los guardias los miraban con curiosidad, pero al reconocer a Hori y a Sheritra callaban antes de dar la voz de alto. Sólo los detuvieron ante la puerta del despacho. Khaemuast era muy exigente en la protección de sus medicinas.

–Como ves –dijo Sheritra al soldado, con paciencia–, mi hermano se encuentra muy mal. El príncipe nos ha dado permiso para tomar unas hierbas de sus cajas.

El soldado le hizo una tímida reverencia.

–¿Puedo ver ese permiso, princesa?

Sheritra rió entre dientes, con fastidio.

–Somos sus hijos –objetó–. No considera necesario emplear esas formalidades con nosotros. Debí de olvidar que estabas aquí y que eras tan celoso de tus deberes.

El hombre seguía mirándolos con suspicacia. Antef y ella se mantuvieron firmes, con Hori tambaleándose entre ellos. Por fin, el guardia se hizo a un lado.

–No creo que el príncipe pensara en su familia al apostar esta vigilancia –gruñó–. Podéis pasar, Altezas.

Les abrió la puerta y ellos entraron, arrastrando los pies. El brazo de Sheritra aullaba bajo el peso de Hori.

–Sería hora de que papá despidiera a su guardia y la reemplazara por shardanas –murmuró–. Estos hombres se han vuelto muy negligentes.

–Mejor para nosotros –susurró Antef.

Ya estaban ante la puerta del despacho interior. Sheritra probó el pomo.

–¡Esta cerrada! –dijo, estupefacta.

–Rompela –ordenó Hori, sin pérdida de tiempo.

Antef no necesitó más. Confió el peso del príncipe a Sheritra, puso el pie contra la cerradura y empujó. Cedió con un chirrido de protesta y la puerta se abrió de par en par. La oscuridad dentro era total.

–Antef –indicó Sheritra–, enciende la lámpara del escritorio y tráela. Pronto, no puedo sostenerle más.

El muchacho hizo lo que le ordenaba y puso la lámpara en un estante, tras la puerta. Su luz invadió el pequeño cuarto, cálida y tranquilizadamente en su indiferencia. Antef acercó una silla a los arcones que se alineaban contra el muro y dejaron allí a Hori. El príncipe quedó encorvado, con las manos colgándole a los lados, pero levantó la cabeza y trató de sonreír.

–En ése –señaló–: el pequeño. Los otros están llenos de hierbas y otras cosas. También ha de estar cerrado con llave. ¿Tienes un cuchillo, Antef?

El joven sacó una pequeña navaja y se arrodilló junto al arcón para hurgar en la cerradura. Sheritra se puso en cuclillas a su lado.

–Sabes, Antef, que por lo de esta noche te expulsarán de esta casa, ¿verdad? Cuando todo se descubra, papá te hará echar.

Él le miró rápidamente, sin distraer las manos del terco arcón.

–Lo sé –respondió, con sencillez–. De todos modos, aquí ya no me siento a gusto, Alteza. Tras la muerte de Hori ya no tendré motivos para estar aquí. El príncipe puede hacer lo que le parezca, no me importa.

La cerradura saltó súbitamente. Antef levantó la tapa y miró a Hori.

–Dame tres o cuatro, Sheritra –ordenó Hori–, y tú y Antef coged otros tantos. Quiero un hechizo que deshaga y revierta. Si no lo hallamos, uno que sirva para protegerme contra mayores daños.

Su tono era práctico y objetivo. Sheritra sintió de repente una profunda admiración por su coraje. No se jactaba de su valor, pero aquella arrogante fortaleza frente a una muerte casi segura le otorgaba, sin duda, un puesto anónimo entre los héroes de Egipto. Empezó a desenrollar un papiro, con las manos inseguras y respirando dificultosamente. Ella intentó dominar su abrumadora preocupación para dedicarse al trabajo.

Durante algún tiempo reinó el silencio en el cuarto. Sheritra, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, trataba de hallar sentido a lo que leía. No todos los rollos tenían títulos y el lenguaje de la magia solía ser deliberadamente esotérico y requería una cuidadosa traducción. Antef se las arreglaba mejor, con su franca y simpática cara inclinada sobre el papiro. De vez en cuando emitía un gruñido de desencanto y arrojaba los delicados rollos al interior del arcón.

Sheritra terminó el sexto rollo; un encantamiento para el dolor de espalda que se debía utilizar junto con un bálsamo, cuyos ingredientes no se molestó en descifrar. Con un suspiro, hundió la mano en el arcón y sacó otro. El papiro estaba manchado. La esquina tenía una coloración pardusca, irregular, como de óxido, que ella tocó con disgusto. Parecía muy viejo.

–Mira esto, Hori –exclamó, entregandoselo a su hermano–. ¿De qué es esta mancha?

Él lo cogió con aire distraído, sin apartar todavía la vista del rollo que estaba leyendo, pero de pronto lanzó una exclamación sobresaltada y estuvo a punto de dejarlo caer. Inmediatamente lo recogió de su regazo y lo examinó con atención. Sheritra vio que su cara perdía el resto de color que aún conservara. Trató de incorporarse, alarmado y con el cuerpo rígido de agitación.

–¡No! –susurró.

Antef se volvió y Sheritra se levantó para acercarse a él.

–¿Qué pasa, Hori? –preguntó, con alarma.

Su consternación creció al verle reír súbitamente, con un sonido débil y de timbre agudo. Sacudía el rollo en su mano. Por fin, la carcajada se convirtió en lágrimas. Torpemente sentado, sostenía el papiro ante sí como si fuera un arma grotesca.

–No –balbuceó–. No. Ahora sé que todos estamos condenados.

–Hori, basta, por favor –suplicó ella–. Me asustas.

A modo de respuesta, él el tomó la mano y la obligó a tocar el rollo.

–Palpa –dijo–. Mira. ¿Ves?

Sheritra miró el papiro, pero tenía toda su atención fija en su hermano.

–Veo unas marcas muy pequeñas, como pinchazos de alfiler –dijo, desconcertada. Y eso que cuelga del papiro ¿no es una hebra de hilo?

–Esas marcas fueron hechas con una aguja –explicó él, con voz sorda–, yo estaba presente cuando pincharon el papiro. Y la mancha es sangre de papá. Se pinchó el dedo mientras cosía esto a la mano de la cual lo había arrancado. Es el Pergamino de Thot.

–No seas fantasioso –espetó Sheritra, con más brusquedad de la que deseaba.

Súbitamente apartó la mano, para no tocar aquel rollo. Hori lo acariciaba, extasiado por un fascinante espanto.

–No lo soy –aseguró–. Lo reconozco sin ninguna duda. La sangre de papá, las marcas de la aguja, el hilo. Papá ordenó que pusieran las tapas en los sarcófagos y después, la tumba fue cerrada y sellada y la escalera, cubierta con escombros. Sin embargo, el rollo está aquí. Aquí.

Antef le observaba, inmóvil, apoyado sobre una sola rodilla, Sheritra no quería ver la expresión de su hermano, pero tampoco ella podía apartar la vista de él. Nunca había visto tanto miedo mezclado a la resignación.

–Ningún humano ha podido hacer esto –agregó Hori–, ni siquiera un muerto. El mismo Thot sacó el Pergamino de la tumba y lo puso aquí. Su divina maldición ha caído sobre nuestro padre. Mi propia desgracia palidece hasta la insignificancia ante la condena de un dios. –Empezó a reír otra vez, débil e indefenso, apretando el pergamino al pecho–. ¡Y él ni siquiera lo sabe! Todavía no, ¡no lo sabe!

–Hori –empezó Sheritra. No estaba segura de lo que debía hacer.... Pero él reunió fuerzas y le dedicó una sonrisa.

–Cierra el arcón –dijo–. Debemos buscar inmediatamente a papá y enseñarle este rollo, junto con los que Antef copió en Coptos. ¡Tiene que escucharnos! –Pero, ¿y tú?

Él le acarició el pelo con un gesto largo y tierno.

–Estoy acabado –dijo, sencillamente–, pero ya no me importa. El dios ha hablado. El destino de papá será más terrible que el mío. La muerte es algo limpio, comparada con esto. Ve a traer los rollos, Sheritra, Antef y yo te esperaremos aquí y después iremos a buscar a papá.

Incluso en su estado físico, no había modo de resistirse a él. Sheritra salió, cediendo ante su autoridad y en su prisa, apenas vio la reverencia del guardia.

Los rollos estaban donde ella los había dejado, en un desordenado montón sobre su diván. Bakmut dormía otra vez, respirando profundamente sobre su esterilla, junto a la puerta. Sheritra se apresuró a recoger los papiros, consciente de que la oscuridad iba menguando y tanto dentro como fuera de la casa se derramaba el profundo silencio previo al alba.

Volvió corriendo junto a su hermano. Se había quedado dormido, apretando el rollo contra el pecho y apoyando la cabeza contra el cuerpo de su amigo, que permanecía de pie junto a él.

–¡Hori no debería estar haciendo esto! –protestó Sheritra, con fiereza–. ¡Debería estar en su diván, para morir con dignidad! T@do esto es una locura, Antef, y nosotros la estamos fomentando.

Con el sonido de su voz, Hori despertó y trató de levantarse, apoyado en el brazo de Antef.

–¿Crees que papá estará con T@bubui? –preguntó con dificultad.

–No –respondió Sheritra, mientras salían al pasillo–. T@bubui está durmiendo en el techo de la casa de las concubinas. Papá debe de estar en su diván.

Temía aquella entrevista que, para ella, era una prueba de la creciente locura de Hori, pero su lealtad la obligaba a apoyarle hasta el final. Caminaba orando para que Khaemuast se mostrara comprensivo e indulgente. En el trayecto hasta las habitaciones de Khaemuast, Hori pareció desmayarse varias veces, pero al fin llegaron a la imponente puerta, revestida de electro, tras la que dormía Khaemuast. El guardia lanzó una sola mirada al desaliñado trío y llamó con los nudillos. Al cabo de un momento apareció Kasa, legañoso. Al ver a los jóvenes el sueño desapareció al instante de sus ojos.

–¡Altezas! –exclamó–. ¿Qué ha ocurrido?

–Déjanos pasar, Kasa –exigió Sheritra–. Debemos hablar con mi padre.

El criado personal les hizo una reverencia y desapareció con presteza. Volvió al cabo de un momento que pareció un siglo.

–El príncipe está despierto y va a recibirnos –anunció, apartándose.

Los tres cruzaron trabajosamente la antesala y entraron en la alcoba de Khaemuast. Se estaba incorporando, con una expresión irritada, y parpadeaba a la luz de la lámpara que Kasa acababa de traer. Al verlos se deslizó fuera de las sábanas, y buscó la faldilla para envolverla a la cintura. Luego señaló bruscamente la silla que había junto al diván y Antef y Sheritra depositaron allí al enfermo.

–Conque has vuelto, Hori –dijo Khaemuast, fríamente–. Enredado en locuras y conspiraciones, sin lugar a dudas. ¿Qué te ocurre?

–Está muy enfermo –se apresuró a responder Sheritra, antes de que Hori pudiera abrir la boca–, pero tiene que decirte algo, papá. ¡Oh, escúchale, por favor!

–¿Enfermo? –repitió su padre, sin mucho interés–. Ya veo que sí. Enfermo de culpa. Esperaba algo más de ti, hijo mío, que una débil autocompasión y un caprichoso afán de venganza.

Hori había logrado sostener el pergamino en la mano y en ese momento se lo tendió a Khaemuast.

–¿Reconoces esto, padre? –preguntó–. Sheritra y yo le encontramos hace menos de una hora en tu despacho, dentro del arcón cerrado donde guardas tus otros rollos. Antef puede confirmarte bajo juramento si digo o no la verdad.

–¿Qué hacíais allí? –inquirió Khaemuast, furiosamente–. Debéis de estar todos locos.

Y entonces miró el rollo. Al principio no reconoció lo que tenía entre las manos, pero al volverlo, impaciente, apareció a su vista la mancha de sangre. Lo miró con firmeza y, de pronto, le tembló la mano y lo arrojó lejos, profiriendo un juramento. El papiro pasó junto a la cabeza de Hori y aterrizó entre las sombras. Antef, sin decir palabra, dio un paso atrás y lo recogió. Sheritra, que no apartaba su atención de su padre, notó que se había puesto mortalmente pálido.

–Veo que lo reconoces –comentó Hori, con una irónica sonrisa–. ¿Recuerdas, papá, que te clavaste una aguja en un dedo y tu sangre goteó sobre la mano del cadáver? Devuélveselo al príncipe, Antef. Quiero que lo examine con más atención. Quiero que se asegure.

Pero Khaemuast dio un paso atrás.

–Es el Pergamino de Thot, ese maldito objeto –dijo, con voz ronda–. No lo niego. Lo que me niego a creer es tu tonto relato. Si de verdad habéis violado mi arcón, los tres seréis severamente castigados.

Se estaba recuperando de su impresión. Sheritra vio que el color volvía a sus mejillas y, con él, un destello de furia dominada, mezclada con astucia. Nunca había creído que su padre fuera capaz de aquella astucia genuinamente animal, pero la expresión de su rostro era inconfundible. "No nos va a escuchar", pensó, con un escalofrío de miedo. "Toda su justicia, su razón, se han consumido en la posesión de Tsubui. Es como una bestia acorralada, que se ve impulsada a la demencia para sobrevivir."

Su padre se acercó a Hori y se apoyó las manos en las rodillas para inspeccionar, sin rastro de preocupación, la cara de su hijo, destrozada por el dolor.

–Eres un pequeño chacal, Hori –dijo, gangosamente–. ¿Quieres que te diga lo que creo? Creo que has violado mi arcón para poner allí el Pergamino, no para sacarlo. No lo has encontrado allí: lo robaste de la tumba y mutilaste mi arcón para apoyar tu insostenible historia. Y ahora, dime: ¿cuál es esa historia, con exactitud? ¿Qué increíble engaño me vas a hacer escuchar?

Sheritra se adelantó con los rollos que Hori había traído de Coptos.

–Lee esto, papá –suplicó–. Hori está demasiado enfermo para hablar. Esto te lo explicará todo.

Khaemuast se irguió para cogerlos, con una mirada indiferente. Desenrolló el primero con una gentil sonrisa.

–¡Ah!, no sé por qué, pero no me sorprende encontrarme con la escritura de Antef. ¿Conque tú también te has dejado sobornar por mi hijo, joven?

Antef no dijo nada. La mirada de Khaemuast pasó a Sheritra.

–Me aflige profundamente tu colaboración en este engaño –acusó–. Pensaba que tenías más sentido común.

Pequeño Sol. ¿Has participado tú en estas falsificaciones?

–No son falsificaciones –le contradijo ella de inmediato–. Son copias de los documentos que se guardan en la biblioteca de Coptos. Antef las hizo bajo la supervisión del bibliotecario, que puede confirmar la verdad bajo juramento. Haz el favor de leerlos, papá.

–Cualquiera es capaz de jurar cualquier cosa, si se le da oro suficiente –repuso Khaemuast, sombríamente–. Pero los leeré porque tú me lo pides, Sheritra.

Se sentó en el borde del diván y, con ostentoso desdén, pasó la vista por los papiros. Hori se tambaleaba peligrosamente en la silla, entre suaves gemidos, pero su padre no le prestó atención. Antef sacó del cinturón la redoma de amapola y, después de quitarle el tapón, la acercó a la boca de Hori para que bebiera. Después se arrodilló para ofrecerle el hombro a manera de almohada. Sheritra se puso de pie, cansada, dolorida y aterrorizada. Poco a poco, el contenido de la habitación fue adquiriendo formas coherentes, la luz de la lámpara se difuminó en un amarillo sucio. La aurora estaba a un paso.

Por fin, Khaemuast dejó caer el último rollo sobre el diván, a su lado, y miró directamente a su hija.

–¿Tú das crédito a esta basura, Sheritra? –inquirió.

Era lo peor que podía preguntarle. Como ella vacilaba, adivinó:

–No. Y yo tampoco. Es una desgracia que Hori haya derrochado tanta energía en urdir esta vil patraña. Si hubiera reservado un poco para sí mismo, tal vez no habría enfermado.

–Estoy enfermo porque ella me maldijo –interrumpió Hori, con torturadora lentitud–. Me advirtió a la cara que lo haría. Es un cadáver viviente, padre, como Nenefer-ka-Ptah, su esposo, y su hijo Merhu. Nos destruirán a todos. Tú mismo lo provocaste al pronunciar el primer encantamiento del pergamino. –Trató de reír–. Sólo los dioses saben qué habría ocurrido si hubieras pronunciado también el segundo.

Khaemuast se levantó y se dirigió a la puerta. Pese a su seguridad, Sheritra creyó observar en él una oculta perturbación.

–Ya he oído demasiado –dijo en voz alta–. Tbului me advirtió que, llevado por tus celos y la demencia de tus deseos insatisfechos, intentarías acabar con ella y con su hijo. Yo suponía que hablaba así por la histeria del embarazo, pero ya no lo creo así. Tú eres una amenaza para ellos. –Abrió la puerta y gritó–: ¡Guardias!

–¡No, papá! –aulló Sheritra, atravesando la habitación para sujetarle el brazo–. ¡No puedes hacer eso! ¿No te das cuenta de que se está muriendo? ¡Ten piedad de él!

–¿Acaso tuvo él piedad de Tbului? ¿O de mí? –replicó él, acalorado.

Dos guardias entraron apresuradamente y Khaemuast, señalando a su hijo con la cabeza, con un seco ademán, ordenó:

–Mi hijo está bajo arresto riguroso. Llévalo a sus habitaciones y no le permitáis salir.

Sheritra volvió a gritar, pero él apartó firmemente los dedos de su brazo. Los soldados tiraron de Hori para ponerle de pie, mientras Antef se apresuraba a colocarle la redoma en la mano. El joven príncipe miró a Sheritra.

–Ya sabes lo que debes hacer ahora –dijo–. Inténtalo, Sheritra, por favor. Todavía no quiero morir.

Se lo llevaron, medio en vilo, medio a rastras, y Khaemuast se giró hacia su hija.

–En cuanto a ti –le espetó–, me das vergüenza. Por el momento estás en libertad, hasta que decida un castigo adecuado. –Se volvió hacia Antef–. Tú eres buen muchacho, en el fondo –dijo, con más bondad–; prefiero creer que has sido un instrumento involuntario de mi hijo. También serás castigado y probablemente te expulse de mi casa, pero por hoy seré benévolo. Paedes irte.

–No fuiste tan indulgente con Ptah–Seankh –le recordó Sheritra con voz trémula, cuando Antef se hubo retirado.

Su padre asintió.

–No, por supuesto. Ptah–Seankh era un sirviente mío. Era a mí a quien debía lealtad, no a Hori. Me traicionó. Pero Antef es el sirviente de Hori y, al menos, no ha ignorado sus deberes. Le admiro por eso.

–¿Y por qué no admiras la lealtad de Hori hacia ti? –urgió Sheritra–. ¿Acaso puedes pensar, seriamente, que Hori ha podido excavar los escombros para entrar en la tumba y levantar la tapa de ese sarcófago? Lee otra vez esos manuscritos, padre. Tampoco puedes creer, seriamente, que Hori ha podido inventar una historia tan complicada. Por favor, concédele siquiera el beneficio de la duda.

–Pado contratar a un grupo de trabajadores para que hicieran el trabajo en su ausencia –replicó Khaemuast, ceñudo–. No he visitado el lugar desde que... desde que...

–Estás más alterado de lo que quieres demostrar, ¿verdad, papá? Una parte de ti se aterroriza ante la idea de que Hori pueda estar en lo cierto. En realidad, esa parte de ti lo cree con más fuerza que yo. Ve tú mismo a Coptos y habla con el bibliotecario.

Khaemuast sacudió vigorosamente la cabeza, pero habló con una voz muy débil.

–No puedo –susurró–. Ella lo es todo para mí y haré todo lo necesario para conservarla. Te equivocas. Pequeño Sol. Nadie en su sano juicio creerá que mi amada es otra cosa que una mujer hermosa, cultivada y deseable. Pero en verdad pienso que su linaje puede no ser puro. Tal vez no tenga ninguno.

–Hori no es capaz de hacerte daño –insistió Sheritra. Le dolía la cabeza y el cuerpo entero le pedía a gritos descanso y olvido, pero percibía algo oculto tras el arresto de su hermano. Su padre parecía haber aprovechado con demasiada prontitud la oportunidad de encerrarle, de ponerlo bajo su dominio. Se acercó a él y los dos se enfrentaron a la luz gris e inmisericorde de los primeros rayos filtrados por las persianas–. Lo último que Hori desea es hacer daño a Tbului. La ama tanto como tú y se odia a sí mismo por eso, pero no a ella ni, por supuesto, a ti. ¿Hay algún hechizo que anule una maldición mortal, padre?

Él parpadeó.

–Sí.

–¿Puedo ver alguno?

Aquella expresión de astucia mortal atravesó el rostro de Khaemuast una vez más.

–No, no puedes. Son cosas volátiles y peligrosas; deben estar en manos de magos que tengan poder y autoridad para manejarlos.

–En ese caso ¿conjurarás uno para Hori?

–No. Si lo hago sin la seguridad de que está verdaderamente afectado por una maldición mortal, sólo conseguiré perjudicarlo.

–Dioses... –murmuró ella, retrocediendo–. Quieres que muera, ¿verdad? Te has convertido en un monstruo, papá. ¿Prefieres que me mate ahora mismo, para ahorrarte el trabajo de hacerlo cuando Thubui decida que su vida será más fácil sin mí?

Él no respondió. Siguió allí, de pie, a la cruel luz del alba, que destacaba todas las arrugas de su cara envejecida. Sheritra dejó escapar un sollozo de desencanto y angustia, y huyó.

"Debo llegar a su despacho antes de que termine de bañarse y vestirse", pensó, desesperada. "Antes de que cambien la guardia, además. ¡Oh, qué miedo tengo! Pero no debo complicar más a Antef. Si hay que hacer algo, debo ser yo quien lo haga. ¡Ojalá estuviera Harmin aquí!"

Estuvo a punto de chocar con dos sirvientes que pasaban armados con escobas y estropajos. Ellos se apretaron contra la pared, y se inclinaron en señal de disculpa. La actividad de la casa empezaba. Pronto se iniciaría el desfile de los músicos y sirvientes dedicados a despertar y atender a la familia. Los mayordomos llamarían cortésmente a las puertas, para aproximarse a los divanes precedidos por suaves sonidos de arpa, y llevando en las bandejas de plata el refrigerio de la mañana. "Pero nadie irá a las habitaciones de mamá", pensó Sheritra, con tristeza. "Están tétricamente

vacías. Aún no he tenido tiempo de echarla de menos, pero en su ausencia el corazón de esta casa ha empezado a pudrirse. Tbbui tratará de llenar su lugar, pero con más estridencia, con más permisividad."

Sheritra apartó su mente del futuro y aminó el paso. Saludó al guardia soñoliento que custodiaba la puerta de su cuarto, y entró en la antecámara. La sorprendió ver a Bakmut en una silla, espabilada y alerta, sujetando un rollo en las manos. Se levantó para hacerle una reverencia.

–Buenos días, Bakmut –saludó ella–. Veo que tú tampoco has dormido mucho. La joven se acercó y le tendió el rollo, sobre el que se veía el sello imperial de Ramsés. Sheritra vio también que estaba dirigido a Hori.

–¿Cómo ha llegado esto a tus manos? –preguntó, áspicamente.

–Lo intercepté –respondió Bakmut, francamente–. Lo traje ayer un heraldo real y, por fortuna, en su búsqueda llegó hasta tu puerta. Si se hubiera adentrado más en la casa o llegado hasta la vivienda de las concubinas, cualquiera habría podido cogerlo. Lo escondí y olvidé entregarlo anoche, cuando se presentó tu hermano.

–¿Qué dices? –inquirió Sheritra, frunciendo el entrecejo.

–Digo que ya nadie merece mi confianza en esta casa de locos –respondió directamente Bakmut.

Sheritra contempló el pergamino, pensativamente.

–Mi hermano está arrestado –dijo–. No sé si abrir esto o tratar de hacérselo llegar. Ha de ser la respuesta a su llamada de ayuda.

La sirvienta guardó silencio.

–Has hecho bien, Bakmut –resolvió Sheritra, devolviéndole el papiro–. Guárdalo en sitio seguro un rato más, ahora no tengo tiempo de abrirlo. Tengo que irme. Si alguien viene a mi puerta, di que he vuelto a acostarme y que no deseo ser molestada.

Bakmut asintió, muda y apretando los labios. Sheritra le dedicó una sonrisa antes de salir.

El guardia que los había detenido a la puerta del despacho seguía montando guardia en el mismo sitio, con los ojos rojos y entrecerrados por la falta de sueño. Sheritra no tuvo problemas para convencerle de que la dejara entrar. Al cerrar la puerta oyó que el relevo venía caminando por el pasillo y le saludaba alegremente. "Bien", se dijo. "Si la muerte no me abandona, éste no sabrá que estoy aquí."

El despacho había perdido el aire de irrealidad y apremio que tenía durante la noche. Ré estaba ya por encima del horizonte y su luz, tamizada por el polvo que los sirvientes barrerían muy pronto, no despertaba fantasmas. Sheritra recuperó un poco de sosiego. Respiró hondo y entró en el cuarto interior, cuya puerta violada seguía abierta. También estaba abierto el arcón.

No vaciló. Se dejó caer junto a él, hundió la mano y sacó un rollo al azar. En el fondo sabía que era una tarea imposible. Aun si pudiera, por una fantástica casualidad, hallar el hechizo correcto, no lograría reunir los elementos necesarios para llevarlo a cabo. No obstante, si Hori moría sin que ella hubiera hecho todo lo posible por salvarle, jamás podría perdonarse a sí misma. Llevaba poco rato allí, intentando descifrar el laberinto de arcanos jeroglíficos, cuando oyó unas voces en el pasillo: la del guardia y la de su padre, característicamente grave. El corazón le subió a la boca. Dejó caer apresuradamente el rollo en el arcón y buscó un escondrijo desesperadamente. Era obvio que Khaemuast no había esperado a que le bañaran y vistieran para ir a inspeccionar los daños que habían hecho ella, Antef y Hori. El cuarto era pequeño y estaba vacío de muebles, pero había varios arcones que dejaban un poco de espacio entre ellos y la pared. Sin pensarlo dos veces, se tendió detrás de ellos, con la cara hacia el cuarto. Por una estrecha ranura podía ver el arcón abierto y la parte inferior de la puerta. Esperó, intentando contener el aliento y casi desmayada de miedo.

Por fin entró su padre y se detuvo en la puerta. Sheritra oyó su exclamación de disgusto al observar el desorden y vio acercarse sus piernas desnudas. Apoyó una rodilla en el suelo y empezó a buscar a tientas entre los rollos, tal vez contándolos para asegurarse de que no faltaba ninguno.

Ahora Sheritra podía ver su rostro, tenso y severo. Pero apartó la vista de él, con la supersticiosa certeza de que, si él levantaba los ojos, sus miradas se cruzarían y la descubriría. Le vio arrojar un papiro más al arcón. Era el Pergamino de Thot. La mancha de sangre parecía óxido a la luz del día. Khaemuast bajó bruscamente la tapa, pero no movió el arcón de su lugar. Luego se puso de rodillas, al parecer para revisar los otros arcones.

Su expresión había cambiado, ya no había severidad en ella. Estaba más tenso y parecía criticar interiormente algo. Susurró para sus adentros una sarta de palabras a medio pronunciar que Sheritra no comprendió. Pero había visto la misma expresión en el rostro de Harmin, cuando perseguía una presa. Khaemuast abría y cerraba los puños, siempre de rodillas. Por fin pareció decidirse y abrió el arcón situado delante de Sheritra. Le oyó revolver en su interior y la conversación que mantenía consigo mismo se tomó más audible, aunque no más fácil de entender. La cubierta se cerró con un golpe seco y la muchacha se sobresaltó. Luego le vio salir, apretando una pequeña redoma de piedra en la mano derecha. No se detuvo a considerar nada, salió trabajosamente de su escondite y corrió tras él. Tuvo que esperar en el despacho exterior, mientras él hablaba un momento con el guardia. Aguardó a que su padre se alejara un poco por el pasillo para que de ese modo no oyera la voz del guardia si éste le decía algo al verla pasar. Entonces salió, saludó al sobresaltado guardia con la cabeza y caminó tras su padre, cuyas sandalias abofeteaban los mosaicos más adelante, fuera de su vista.

No habría podido analizar el impulso que la hacía seguirle. La redoma que llevaba en la mano le había producido una aprensión que todavía no identificaba claramente.

Al llegar a la siguiente esquina, espió con cautela, sabiendo que se encontraba cerca del cuarto de Hori. Su padre estaba allí, de pie en medio del corredor, inmóvil y alerta. Sheritra le observó con desconcierto. Había algo

furtivo en la conducta de su padre, que había empezado a sudar profusamente. Seguía murmurando para sus adentros y de vez en cuando se levantaba la faldilla para limpiarse la cara. Sheritra aguardó.

Poco después se oyeron unos pasos aproximándose desde el lado opuesto. Su padre echó a andar por el corredor y Antef apareció ante él, llevando en las manos una bandeja con una humeante escudilla. Al ver a Khaemuast se detuvo, confuso, y éste se le acercó.

–¿Qué es eso? –preguntó, con voz seca.

–Es una papilla para el príncipe –dijo Antef, con cautela–. Le preparo esto desde que enfermó. No come desde ayer por la mañana, Alteza.

–Dámela –exigió Khaemuast.

Sheritra, que escuchaba sin dejarse ver, cerró los ojos y se apretó contra la pared. "Oh, no puede ser", pensó, con un supremo horror. "¡Papá no se rebajaría a hacer algo tan atroz!"

–Quiero hablar con él, Antef. Yo mismo le llevaré la comida –añadió Khaemuast–. Puedes irte.

El joven le entregó la bandeja y, de mala gana, se volvió en redondo. Cuando se hubo perdido de vista, Khaemuast dejó la bandeja en el suelo, miró a ambos lados del pasillo y quitó el tapón a la redoma. Sheritra le vio verter una cantidad de gránulos negros en las gachas. "Se está asegurando de que Hori no sobreviva", pensó, horrorizada. "No deja nada al azar. Y si alguien ordena abrir una investigación, el abuelo, por ejemplo, culpará a Antef, que trajo el plato desde las cocinas."

Khaemuast estaba revolviendo la papilla con un dedo tembloroso, implacable y absorto. En ese momento Sheritra comprendió que su padre había perdido la razón. "¡Haz algo!", chilló su mente. "¡Impide esto!" Se apartó de la pared y se tambaleó, a punto de caer. Corrió por el pasillo hasta chocar con su padre. Fingió tratar de asirse a él y la bandeja se tambaleó, haciendo caer la escudilla y las gachas al suelo.

–¡Sheritra! –gritó su padre, frotándose la pantorrilla, quemada por la sopa caliente– ¿Qué haces?

La fulminó con los ojos y la muchacha observó que en ellos había una fuera asesina.

–Lo lamento mucho, papá –susurró–. Quería ver a Hori y tengo prisa porque Bakmut me espera para bañarme. No me di cuenta...

–No importa –murmuró él–. Yo también iba a verle, pero esperaré. Haz que le traigan más gachas, por favor.

Sin esperar respuesta, echó a andar por el corredor como un borracho, con paso inseguro. Sheritra se encogió un momento, débil por el alivio que sentía. Hori estaba momentáneamente a salvo, aunque no dudaba de que su padre volvería a atacar contra la vida del enfermo. "Siempre que no muerta mientras tanto", pensó, con una burbuja de risa histérica en la garganta. "Pobre Hori! Si no te elimina Tsubui, lo hará papá." Sintió unas lágrimas ardientes detrás de los párpados y, con un grito estrangulado, corrió tras Khaemuast, pasando delante de la puerta de Hori, ante la que holgazaneaba un guardia, hasta salir al pasillo principal, que atravesaba la casa en toda su longitud. Su padre había desaparecido, pero delante vio a Antef a punto de salir al jardín.

–¡Antef! –gritó.

El joven la esperó hasta que llegó a su lado, sin aliento.

–Antef –repitió Sheritra, con el pecho oprimido–, no quería volver a pedirte ayuda, pero es necesario. Tenemos que sacar a Hori de casa y, si es posible, enviarle al Delta. Lo siento mucho –se disculpó, al ver su expresión–, pero no tengo nadie más a quien recurrir.

–No veo cómo podríamos hacerlo –respondió el muchacho, vacilando–. Está bajo custodia rigurosa y, sinceramente, princesa, si desafío a tu padre me arriesgo a la muerte.

–Yo tampoco sé cómo hacerlo –admitió Sheritra–, pero tenemos que intentarlo. Ven a mis habitaciones dentro de una hora, cuando me haya bañado y vestido, y luego trazaremos algún plan.

Él le hizo una reverencia y se separaron. Sheritra volvió a su cuarto. Cuando entró Bakmut acudió presurosamente a atenderla, cayó en la cuenta de que tenía los nervios desatados. Al encontrarse en el familiar sosiego de sus habitaciones, entre el olor de su perfume y rodeada de sus cosas, perdió el dominio de sí y temblando tan violentamente que apenas podía moverse, se dejó llevar a una silla.

–Vino –murmuró, apretando los dientes.

Bakmut le acercó una jarra y una copa, escanció la bebida y cerró los dedos de la princesa alrededor del pie de la copa, sin hacer comentarios. Sheritra apuró el vino y alargó la copa para que volviera a llenársela. Mientras bebía, esta vez con pequeños sorbos, los temblores empezaron a ceder. "Si tengo que matar al guardia de Hori, lo haré", pensó, friamente. "Y también a Tsubui. Los mataré a todos, siempre que Hori sobreviva."

–Lávame –ordenó a Bakmut–, y hazlo pronto. Hoy tengo un trabajo espantoso.

## CAPÍTULO 21

El que descansa no puede oír tus quejas,  
y el que está en la tumba no comprende tu llanto.

Los guardias se retiraron después de acostar a Hori en su diván. El muchacho cayó en un sueño saturado de droga, en el que veía a Tsubui vestida de un blanco níveo, sentada en el jardín, a la sombra moteada de un sicómoro y mostrando uno de sus redondos pechos. Un diminuto muñeco de cera, que tenía clavados alfileres de cobre en la cabeza y el abdomen, mamaba de su arrugado pezón. La boca malformada y sin labios del muñeco trabajaba a un grotesco ritmo.

—Ya no falta mucho, mi querido Hori —decía Tsubui, con dulzura—. Está casi lleno. Hori despertó con un grito mudo en la garganta. El palpar de la cabeza y las entrañas, ya familiar, le produjo un momento de pánico y se retorció entre las sábanas hasta que logró dominarse. Luego permaneció inmóvil, tratando de aceptar el dolor, de absorberlo.

A su alrededor, la casa seguía su rutina fija. La gente pasaba y volvía a pasar, el guardia movía los pies y suspiraba junto a la puerta de la antecámara; en algún lugar del jardín sonaban fragmentos de música. Percibió un fuerte olor a gachas de trigo y volvió la cabeza con dificultad. Alguien le había traído comida mientras dormía. En la mesa lateral había un cuenco de sopa, ya fría, y un plato con tajadas de melón cubiertas de miel. Junto a la fruta había también un cuchillo puntiagudo, que titilaba a la luz del sol.

Hori lo miró estúpidamente. Los acontecimientos de la noche anterior giraban lentamente en su cabeza, envueltos en un aura de irrealidad y de sueño. Sin embargo, sabía que todo aquello había ocurrido de verdad. "Papá ha rechazado todo lo que intenté mostrarle", pensó, con debilidad. "Sheritra se mantiene a mi lado, es leal, pero se niega a aceptar la verdad. Está demasiado enamorada de Harmin para aceptar la posibilidad de que él sea... de que Tsubui sea... ¿Qué resta por hacer? No hay hechizo que pueda salvarme y no podemos hallar el muñeco. Creo que Sherita tiene razón, está en la casa de la orilla este. Si al menos pudiera llegar allí..."

El cuchillo de mondar hacia centellear inocentemente su hoja, con la punta sepultada en la miel fresca. Mientras lo contemplaba, Hori cayó nuevamente en la somnolencia. No podría decir si había cerrado los ojos o no, pues al despertar seguía observando aquel inofensivo cuchillo de fruta. El dolor se había hecho más intenso, como una bestia feroz, que le mordiera las entrañas, pero estaba solo. "No hay nadie que me atienda", pensó, invadido por la autocompasión. "No hay un solo sirviente que me bañe y me tranquilice, ni médico que me suministre las benditas hierbas del olvido. Me han olvidado deliberadamente."

Sintió unas lágrimas de desamparo y soledad por la cara y durante un rato sucumbió a ellas, con las rodillas recogidas bajo el mentón, mientras aquella bestia maldita le mordisqueaba con deleite los órganos vitales y le lanzaba zarpazos a su cerebro. Forcejeó para incorporarse y alargó la mano hacia la redoma con amapola que él mismo había puesto en la mesa, antes de caer como una piedra en el foso de la inconsciencia. La sacudió antes de beber un sorbo. No quedaba mucho. Lo curioso era que se sentía algo más fuerte, con la cabeza más despejada, y esa señal le produjo una sensación de pánico. Su padre era médico y él había aprendido que los pacientes moribundos presentan con frecuencia un brote de bienestar, lucidez y energía justo antes del final, como la vela que levanta la llama cuando va a desvanecerse en la nada. "Debo aprovechar esta mejoría", se dijo. "No va a durar mucho."

Su tormento se había reducido a un sordo dolor. Volvió la mirada al cuchillo, pequeño y limpio, que esperaba junto al melón. "La casa de la ribera este", pensó, nuevamente. "Me niego a morir sin luchar. ¿Cuántos guardias custodiarán mi puerta? Si duda, sólo uno. Después de todo, me estoy muriendo. Y el guardia no estará alerta, pues cree vigilar a un hombre muy enfermo." Hori alargó la mano y la cerró sobre el mango del cuchillo. "Esta noche", se dijo. Y volvió a quedarse dormido, sin soltarlo.

Cuando despertó había oscurecido. Algún sirviente, sin cara y sin ruido, había puesto una lámpara de noche en la mesa, sin molestarse en retirar la bandeja servida por la mañana. "Si fuera papá", pensó el joven, con un histérico buen humor, "reprendería severamente a esa persona". Tenía los dedos petrificados en torno a la empuñadura del cuchillo, que estaba enredado entre las sábanas. Lo sacó, flexionó las manos e hizo un breve examen de sí mismo. Se sentía mejor, aunque sabía que era la calma previa a la incendiaria tormenta final, pero apartó ese pensamiento de su mente.

Se incorporó con infinito cuidado, buscando el suelo con los pies para levantarse. El cuarto giró por un momento en su cabeza y volvió a estabilizarse. Notó que estaba desnudo, pero su mugrienta faldilla yacía revuelta sobre una silla. Lentamente, siempre encorvado para aliviar el dolor que le acechaba para atacarle en cuanto se irguiera, caminó hasta el lienzo y se envolvió con él. Desde el pasillo no llegaba ningún ruido. Cruzó sigilosamente el cuarto, con el cuchillo en la mano, y aplicó el oído a la cálida madera de cedro. Oyó que su guardia arrastraba un poco los pies y nada más. Abrió la puerta poco a poco.

El hombre estaba de pie a su derecha, apoyado con negligente aburrimiento sobre la pared, casi todo su cuerpo envuelto en unas profundas sombras. La antorcha más próxima ardía algo más allá. Hori aspiró hondo. Sabía que sus fuerzas estaban aterroradoramente debilitadas. Si fallaba la primera vez, no tendría una segunda oportunidad. Franqueó la puerta, apretando el cuchillo en la mano, y se arrojó hacia adelante y el lado costado, sujetó el brazo del guardia y le hundió la hoja en el cuello, bajo el mentón. El soldado tosió, se dio un manotazo en el pecho, y se escurrió hasta el suelo, cayendo con los ojos muy abiertos y espantados a la intermitente luz de la antorcha. Hori no tenía fuerzas para arrastrar el cadáver hasta el interior del cuarto, pero ello carecía de importancia. En pocos minutos estaría en el exterior de la casa. La energía que había utilizado en matar al guardia, que todavía sangraba a sus pies, había sido enorme y el

dolor parecía renovarse en su abdomen, enviando rayos de fuego a las piernas. Trató de respirar con más calma, puso un pie sobre el hombro del soldado y se agachó para arrancarle el cuchillo de mondar. Después de limpiarlo lo mejor posible en la faldilla del muerto, se dirigió hacia el jardín.

Sabia que todas las entradas estaban custodiadas. Tal como esperaba, divisó otra alta silueta en el extremo del gran pasillo trasero, que salía a la noche. Hori no quería volver a matar. Aquellos hombres eran inocentes y sólo cumplían con su deber. Pero comprendió, en una creciente marea de fría desesperación, que tendría que acercarse al soldado y dejarle fuera de combate al menos. Esa era la solución.

Se adelantó con sigilo, con la hoja del cuchillo en alto. El hombre cambió de posición y su espada tintineó contra las tachuelas del cinturón. Hori apuntó a los tendones de su rodilla y atacó. Sintió que cedían bajo el cuchillo y el guardia cayó aullando y quedó allí, retorciéndose y chillando. En el interior del pasillo había un jarrón con agua para beber, colocado allí para que refrescaran el agua las brisas que entraban por las aberturas de los extremos. Hori yació la jarra, gruñendo. El agua le rodeó los pies y se arremolinó alrededor del guardia, cayendo después al césped, mezclada con la sangre. El príncipe levantó la jarra y la estrelló contra la cabeza del soldado. Los gritos cesaron y Hori salió al jardín, estremeciéndose y sudando.

La noche era serena, de plenilunio, y el cielo negro resplandecía de estrellas, pero él no se detuvo a admirarlo. Se dirigió hacia el embarcadero, tambaleándose y zigzagueando pero acortando distancias sin cesar, con toda su atención concentrada en poner un pie delante del otro. A pesar de su estado el olfato le dijo que el río estaba creciendo. Su rico olor, rancio y algo húmedo, subrayaba el aroma más débil de los arbustos en flor y la hierba regada. Se mantuvo fuera del camino, andando en silencio, con los ojos y los oídos atentos a cualquier señal de los guardias. Pero aquella noche tenía suerte. Probablemente estaban apostados en los alrededores de la finca.

La antorcha del embarcadero danzaba con la brisa del río. Hori pasó bajo ella, sin que el cansancio le permitiera desviarse para no ser visto. No sabía qué hacer con el hombre que custodiaba los barcos. Bajó los peldaños con cuidado, pues el constante palpar de la cabeza le hacía vacilar en su equilibrio. El guardia estaba allí, sentado al pie de las escaleras, con la espalda contra la piedra y profundamente dormido. "He aquí otro sirviente que necesita una severa reprimenda", pensó el joven, reprimiendo el deseo de reír. "¿Dónde está el esquife?" Lo divisó a la derecha, amarrado a un poste y meciéndose con el oleaje.

Tratando de no despertar con su paso alguna vibración que despertara al soldado, cogió una pértiga del lodo y se acercó al esquife. No había remos en el fondo, pero no le importó. Él no tenía ya tampoco fuerzas para remar. Tendría que confiar en que la corriente, ahora decidida y cada día más potente por la creciente del Nilo, le hiciera franquear aquella breve distancia. Soltó la amarra y abordó la embarcación, casi dejándose caer en ella.

En cuanto se impulsó con la vara, el bote brincó y empezó a bambolearse hacia el centro del torrente. Una vez allí no habría nada que hacer, salvo permanecer sentado y dejar que la corriente le arrastrara. La cabeza le daba vueltas y súbitamente le aterrorizó la posibilidad de perder la conciencia. Tenía todavía el cuchillo en la mano, pues no llevaba cinturón sobre la faldilla envuelta a la cintura. Lo dejó en el fondo del esquife y le puso un pie encima, para hundir nuevamente la pértiga con las dos manos. El bote protestó, pero al cabo de un momento Hori sintió el tirón de la corriente y aflojó el cuerpo, con un tembloroso suspiro.

Cuando recobró los sentidos se encontró flotando bajo un débil rayo de luna. La oscura ciudad quedaba a su izquierda y las sombras de las esbeltas acacias, asentadas en el ribazo derecho. Se había desmayado, al final. Lanzó un quejido y trató de abofetearse dos veces, pero sus dedos sólo le rozaron la piel. Las fuerzas que le habían llevado hasta allí empezaban a flaquear rápidamente. Una vez más tuvo miedo de morir allí, acurrucado en el bote. Llegaría al Delta tambaleándose en el esquife antes de que alguien encontrara su cuerpo. "Entonces sería demasiado tarde para embellecerme", pensó, con un profundo pánico. "Mi cuerpo estaría demasiado podrido. ¡Oh, Amón, rey de los dioses, ten misericordia de mi y llévame sin daño hasta los peldaños del embarcadero! "

El esquife continuaba su viaje. Lentamente, pero con seguridad, Hori fue reconociendo los arbustos oscuramente familiares, que se apretaban hasta convertirse en el palmeral tras el que se hallaba la vieja casa de Tbului. Empezó a manejar la pértiga con torpeza, intentando desviar la embarcación hacia el ribazo. Durante unos momentos no pudo y temió que la corriente pujara más que sus miserables esfuerzos, pero al fin el bote giró, a regañadientes, y pronto rozó la ruinosa escalinata. Hori buscó a tientas el cuchillo y se dejó caer del esquife a los peldaños. El bote empezó inmediatamente a alejarse, pero no le importó.

Todo parecía exigirle mucho tiempo. Se arrastró gateando hasta el sendero y allí descansó un rato, apoyando la mejilla sobre la dura arena. "Quiero dormir", pensó. "Quiero hundirme en el suelo para siempre." Y sus pensamientos huyeron. Cuando volvió a abrir los ojos percibió que la luna se estaba poniendo.

Se levantó, con un gruñido, y avanzó con paso vacilante por el sendero. La oscuridad era densa bajo las palmeras, que se arracimaban como negras columnas a su alrededor, a derecha e izquierda, envueltas en su propio misterio. Hori trató de no perder el contacto con la realidad, pero al volver el último recodo del camino, apareció la casa agazapada en un extremo del claro y se sintió invadido por una profunda confusión. Era como si estuviera otra vez en Coptos, rondando las ruinas cuyo silencio, cuya desolación, le eran tan familiares. Se esforzó por apartar de su imaginación aquel lugar y traer su mente al presente, pero el silencio y la desolación persistían. Aquí tenían una cualidad maligna y acechante. Mientras avanzaba tambaleándose por el césped escaso y seco, Hori tuvo la seguridad de que unos ojos invisibles lo observaban. "No tengo nada que perder", se dijo. "Ningún dolor, ningún mal pueden superar lo que ahora sufro. Cruzaré la entrada principal sin ocultarme, sin prestar atención a los sirvientes que vigilen entre las sombras, pues estoy seguro de que no harán caso de mi. Los shawabtis se retiran a su penumbroso mundo de no-ser en



las horas oscuras, cuando sus servicios no son necesarios: diegos, sordos, inmóviles como la madera... Se estremeció y aquel acto involuntario atormentó sus agotados músculos. Por fin, salió de la aireada oscuridad de la noche a la cerrada negrura estigia de la casa.

Había un sirviente de pie en el rincón más apartado, con los pies juntos y los oscuros brazos pegados a los lados, con los ojos cerrados. Hori pasó a poca distancia de él y le echó una tímida mirada, pero la cosa no se movió. El pasillo trasero era un bostezo, un agujero a la nada. Se detuvo a dejar momentáneamente el cuchillo para limpiarse la palma sudorosa en la faldilla, y echó un vistazo al corredor.

Había una oscuridad total. Hori sabía que el antiguo cuarto de Tbusui estaba a la derecha, cerca de la salida al jardín, y avanzó hacia allí, pegando el hombro a la pared. En el otro extremo de la casa estarían Sisenet y Harmin, durmiendo... "O haciendo lo que hacen los muertos por la noche, sea lo que sea", pensó, en otro brote de humor que reconoció como histeria. "No debo molestarlos." Se golpeó el hombro contra un saliente y palpó a su alrededor. Allí estaba la puerta, que cedió a la presión de su mano, abriéndose sin ruido, con un leve movimiento de aire. Hori entró.

En el interior reinaba la misma oscuridad absoluta. Desesperado, comprendió que debería buscar guiándose sólo por el tacto. No había llevado ninguna lámpara y además le habría sido imposible cargar con una. Sus síntomas se habían intensificado con sólo apoyar los dedos en la puerta y las afiladas espinas del dolor le desgarraban ahora los órganos vitales y el cerebro. Trató de elevarse por encima del sufrimiento, de mantener el dolor fuera del lugar en donde la razón y las decisiones dominaban la mente, pero resultaba difícil.

Comenzó a buscar lentamente, con torpeza. Sus dedos hurgaban en los rincones y recorrían en el suelo, mientras sostenía el cuchillo con los dientes. Arrastrando los pies por la habitación encontró el diván, desprovisto ya de sábanas. Palpó el colchón y el sucio suelo de debajo de la cama. Luego se dirigió hacia el otro lado del cuarto, pero no tardó en descubrir que allí no había nada. Los arcones ya no estaban y faltaban la mesilla y el altar de Thot. Ella se lo había llevado todo a la casa de Khaemuast. Sollozando de fatiga y frustración, Hori volvió a tientas hacia la puerta. "Vas a morir", se burlaba el dolor. "No hallarás el muñeco jamás." Ella es demasiado inteligente para ti. ¿Quién habría pensado hace seis meses, cuando te sentaste con tu padre en la planicie de Saqqara, para mirar el aire rancio que surgía de la tumba en una leve nube gris, que terminaría acurrucado en este cuarto cerrado y vacío, con la vida escurriéndose poco a poco de ti?"

"Calla", se ordenó a sí mismo, severamente, aunque se sentía las propias lágrimas quemándole el cuello. "Adepta esto y sigue mientras puedas." Se golpeó la rodilla contra el borde de la puerta y salió nuevamente al corredor.

Un fino rayo de leve luz amarilla iluminaba el otro extremo del pasillo. Hori se detuvo, estupefacto. Estaba completamente seguro de que aquel estrecho espacio estaba completamente oscuro unos momentos antes, pero alguien había encendido una lámpara, cuyo escaso resplandor se filtraba por debajo de la puerta. "¿La puerta de quién?", se preguntó, avanzando hacia allí mientras apretaba su cuchillo. Pasó nuevamente por delante del vestíbulo y vio al sirviente inmóvil, que continuaba apoyado contra la pared. "¿La puerta de quién?"

Era la de Sisenet, repentinamente entornada. Una extraña calma descendió sobre Hori. Abrió la puerta del todo y entró.

Lo primero que le impresionó fue el olor. Había estado en muchas tumbas y lo reconoció de inmediato: un olor a tierra y moho, a roca sedienta de sol y polvo intacto, con un deje de podredumbre humana. Pero lo que predominaba allí era el hedor de la corrupción. Lo sintió inmediatamente en la garganta y tragó saliva, contrayendo la nariz. Nunca había entrado en aquel cuarto. Era pequeño y carecía de adornos. Las paredes eran de barro gris y no había baldosas en el suelo. Vio un diván junto a la pared opuesta, coronado con un simple cabezal de piedra; en medio de la habitación, una mesa sostenía una sencilla lámpara y una caja. Si había allí algo más, quedaba oculto por el hombre que se estaba incorporando y se volvía hacia él con una fría sonrisa.

"Este sitio se parece a algo", pensó Hori, de pie en el vano de la puerta, mirando a su alrededor. "Se parece a... a una tumba."

Pero no tuvo ocasión de sentir miedo, pues Sisenet se inclinaba ante él con una serena reverencia. Vestía una breve faldilla de hilo y el resto de su cuerpo, flaco y fibroso, estaba desnudo y tan polvoriento como el suelo de tierra y la sencilla mesa. Polvoriento.

—Con que se trata del joven Hori—dijo Sisenet, muy sonriente—. Oí que alguien andaba por el pasillo y se me ocurrió que serías tú. No tienes buen aspecto, joven príncipe. Incluso se podría decir que llevas el sello de la muerte. ¿A qué se debe?

Hori dio un paso más hacia el interior y, de pronto, advirtió el cuchillo de fruta que sujetaba aún entre los dedos. Sisenet se movió un poco, y pasó por la mesa sus dedos secos, dejando unas marcas en la superficie. El caparazón de un escorpión muerto relumbró a la luz de la lámpara. Hori no respondió. Esperaba. Nunca había tenido muy en cuenta al supuesto hermano de Tbusui, pues Sisenet había sido siempre un hombre discreto, que aparecía y desaparecía ocasionalmente de su campo visual, por los suburbios de su vida, mostrándose satisfecho con sus estudios y la intimidad de su cuarto. En ese momento le observó con atención y se preguntó qué estudios serían aquellos.

La sonrisa de Sisenet se ensanchó. No tenía una expresión agradable y Hori reconoció de pronto en la reserva de aquel hombre una suprema arrogancia. Su modestia no era sino una divertida confianza en sí mismo, que observaba y analizaba fríamente a todos. Sisenet era poder. A Hori se le contrajo la columna.

—¿Has sido tú!—exclamó—. Desde el principio. Tú hiciste el conjuro contra Penbuy. Tú has conspirado con Tbusui para seducir a mi padre. ¡Tú me estás matando!

Sisenet respondió apartándose de la mesa y descubriendo allí como un dios malévolo, gordo y primitivo, el muñeco de cera que Hori buscaba. La luz parpadeaba y danzaba sobre los alfileres de cobre, uno atravesaba la cabeza

apenas formada, de sien a sien y el otro se torcía hacia abajo desde el abdomen cuadrado. Junto al muñeco, Hori reconoció sus pendientes de oro y jaspe. "Pendientes", se dijo. "Qué adecuado. Qué adecuado, maldito sea."

–¿Es esto lo que buscas, Alteza? –preguntó Sisenet, cortésmente–. ¿Si? Me lo parecía. Pero es demasiado tarde, morirás dentro de dos días.

La debilidad se arremolinó sobre Hori, que plantó con firmeza los pies y luchó por dominarla.

–Pero, ¿por qué? –graznó. El hedor se había intensificado tanto que parecía filtrarse por todos sus poros, encogiéndole la carne–. ¿Por qué? Eres realmente su marido, ¿verdad? Eres el príncipe hechicero Nenefer–ka–Ptah y ella, la princesa Ahura. Papá os resucitó a todos. Sois muertos que andan. Pero ¿por qué contra nosotros?

–Pobre Hori... –murmuró Nenefer–ka–Ptah, con una burlona aflicción–. Sería mejor que te sentaras. Aquí, toma mi silla. ¿Quieres que llame a un sirviente y pida vino para ti?

Sus ojos negros chispeaban con un morboso humor. "Sabe lo que estoy pensando", se dijo Hori. El terror llegaba de nuevo. "Estoy en presencia de algo que tiene cientos de años de vejez, algo que no tiene derecho a estar aquí, andando, hablando entre sonrisas y gestos; algo que, debería estar envuelto en vendas y pudriéndose en la oscuridad."

–Puedo despertarlos con una palabra –prosiguió Nenefer–ka–Ptah–, no les molesta. Mis sirvientes son de una obediencia perfecta.

–No quiero vino –susurró Hori, aunque ansiaba algo con que lavar de su boca aquel sabor a sarcófago. Sus pendientes le guiñaron traviesamente los ojos y el grotesco muñeco le sonrió con su sabia sonrisa.

–Mi esposa era la admiración del sur –prosiguió Nenefer–ka–Ptah, espontáneamente. Había empezado a pasearse despacio por la habitación sin hacer ruido con sus pies–. De alta cuna, hermosa, dotada de ese seductor magnetismo que los hombres no resisten. Sus proezas sexuales eran legendarias. Se aferró a mí mientras nos ahogábamos; se agarró como una amante, envolviéndome las piernas con las suyas, pegando su cuerpo convulsionado por el miedo al mío. Ella ha envuelto las piernas a tu cuerpo, ¿verdad, Alteza?

Hori asintió, embelesado y asqueado.

–Yo no tenía miedo. Pensaba en el pergamino, mi pergamino, eso que me había costado tanto tiempo y esfuerzo adquirir, y me sentía consolado. Los sacerdotes tenían órdenes de enterrarnos en sarcófagos sin tapa, tras un muro falso. El pergamino sería cosido al cadáver de un sirviente. En realidad, ordené que mataran a dos de ellos, para que pudieran ser sepultados en mi tumba. Pero Merhu... –Se interrumpió y se pasó la mano por el cráneo rasurado–. Merhu, mi hijo. En aquellos tiempos, la flor de la juventud egipcia. Hermoso, solicitado por todos, hábil y caprichoso. Sabía también lo del Pergamino, los dos lo sabían. Accedió a que hiciera también los preparativos para su entierro, y fue una suerte, porque él también se ahogó, poco después de que Ahura y yo fuéramos depositados en la tumba que tu padre profanó tan alegremente. Todos morimos ahogados –musitó–, en lo que sin duda fue una broma cósmica, pues amábamos el Nilo por encima de todo. En él nadábamos, en él pescábamos, por él nos deslizábamos en los largos atardeceres rojos, y con frecuencia hacíamos el amor en sus orillas, dejándonos besar los pies por las olas. Dábamos fiestas en su misterioso seno y languidecíamos por él al verle vacilar y retroceder, todos los años. Decoramos con él nuestra tumba de Saqqara y la de Merhu en Coptos, esa ciudad a la que tanto amábamos. Y, mientras tanto, el dios aguardaba para poner fin a nuestras vidas con aquello que nos había proporcionado el mayor placer. De ironías tan interesantes se compone la vida. –Se acercó a Hori–. Yo sabía que la posesión del Pergamino implicaba sus propios peligros –dijo–, pero era un gran mago, el más grande de Egipto, y decidí arriesgarme. Era mío. Yo lo gané, el precio que yo y los míos pagamos, una muerte prematura tras cinco años de poder y prosperidad.

–No has respondido a mi pregunta –tartamudeó Hori, anhelando tener fuerza suficiente para huir de allí, gritando de horror. "He estado dentro de un cadáver", pensaba. "He hecho el amor con carne muerta, como uno de esos locos que rondan la Casa de los Muertos. ¿Y papá? Su vida se ha reducido a una sola fuerza: el éxtasis de poseer a Ttubui. Incluso Sheritra está envilecida. Todos nosotros hemos cometido pecados innumerables, que nadie en Egipto podría comprender. Estas tres personas, ¿fueron siempre así?", se preguntó. "¿Tan degenerados, tan completamente desprovistos de escrúpulos? ¿O acaso la misteriosa alquimia de una resurrección forzada les robó algo humano, algo necesario para una vida irreprochable, un buen juicio y, por fin, la paz en el paraíso de Osiris? El precio de una resurrección semejante ¿es también el rechazo de los dioses? ¿También nosotros, todos nosotros, hemos sido rechazados?"

Nenefer–ka–Ptah reanudó sus paseos por la habitación.

–¿Tu pregunta? –exclamó–. ¡Oh, sí! Por qué contra vosotros. Tu padre nos inspiraba agradecimiento por habernos despertado. Si de nosotros hubiera dependido, nos habríamos limitado a recuperar el pergamino y a continuar viviendo tranquilamente en Menfis. Pero ... –Pareció buscar las palabras adecuadas–. Thot se había convertido en mi amo. El pergamino era creación suya y, al adquirirlo, yo había quedado bajo su completo dominio. No es bueno caer bajo la inmóvil contemplación de un dios, exige mucho más que la mera adoración. ¡Oh, mucho más! Su pico es afilado, joven Hori, y su brillante ojo, inmisericorde. Uno se convierte en un esclavo. "Khaemuast ha pecado", dijo. "Ya no sirve a más dios que a sí mismo. Debe ser aniquilado. Tu ka me pertenece a cambio del pergamino y también el de Khaemuast, por su arrogante pillaje, su constante profanación de los lugares sagrados. Encárgate de eso." A un dios no se le desobedece, y debo confesar, príncipe, que he disfrutado haciendo pedazos a tu pequeña familia, tan altanera y satisfecha de sí. Todos hemos disfrutado. Esto me ha ofrecido la oportunidad de practicar nuevamente la magia y a Ttubui, la posibilidad de jugar al juego en que es más diestra.

Miró directamente a Hori y de pronto se encendió en el príncipe el deseo de Ttubui, ardoroso e inmediato, pese a su dolor.

–¡Todos vosotros sois abominaciones! –exclamó–. ¡Devuélveme la vida!

–Pero si tú también estás contaminado –señaló Nenefer–ka–Ptah, sonriendo–. Has estado dentro de ella, no tienes salvación.

Hori sintió el cuchillo en la mano, sólido, reconfortante a su modo.

–¡No me merezco esto! –gritó–. ¡Me niego a morir! ¡Me niego!

En un frenesí que prestó a su brazo una fuerza sobrehumana, se lanzó enarbolando el cuchillo contra Nenefer–ka–Ptah que se mantuvo impávido, con el rostro completamente inexpresivo. Hori, aullando, le clavó el cuchillo de mondar bajo el mentón, hundiéndolo con un gruñido hasta que la empuñadora tocó la carne. Nenefer–ka–Ptah ni siquiera parpadeó. Con desesperado horror, el joven príncipe vio asomar la hoja limpia y seca por el dorso de su cuello. Nenefer–ka–Ptah, con un ademán impaciente, se arrancó el cuchillo, que salió con un leve ruido de succión, y lo tiró a la mesa.

–Ya estoy muerto –dijo, con ecuanimidad–. Pensaba que lo habías entendido, Hori, no puedo morir por segunda vez.

La debilidad abatió a Hori. Se acurrucó en el tosco suelo, sollozando de impotencia y de dolor. Cuando iba a incorporarse, advirtió un movimiento convulso junto a la puerta y sus ojos, cubiertos por sus lágrimas, divisaron a Sheritra, boquiabierta y petrificada de espanto, seguida por Antef.

–¡Lo he visto! –gritó la muchacha–. ¡Oh, Hori, por todos los dioses! ¡Tenias razón! ¡Lo he visto!

Su hermano empezó a forcejear para levantarse, mientras Nenefer–ka–Ptah hacía una reverenda.

–Pero si es la encantadora princesita Sheritra –dijo–. Bienvenida, querida mía. ¿Te gustaría participar de nuestras modestas vituallas? Tengo poco con que tentarte, aparte de escorpiones y ratas muertas, pero tal vez prefieras cenar el ka de tu hermano Hori, que es muy fresco y jugoso.

–¡Hori! –gritó Sheritra.

Se había puesto ya de pie, horrorizado hasta lo insoportable, pero capaz aún de pensar con coherencia.

–¡Sal de aquí! –ordenó–. Antef...

Pero era demasiado tarde. Con un chillido de terror, Sheritra se volvió en redondo y huyó por el pasillo. Hori trató de seguirla y llegó hasta la puerta, donde Antef se precipitó a darle apoyo. Salieron juntos al corredor a tiempo de ver abrirse la puerta del fondo, arrojando más luz a la oscuridad. Sheritra tropezó con Merhu, que había salido de la habitación y le cerraba el paso y se arrojó en sus brazos.

–¡Dime que no es cierto! –aulló histéricamente, aferrándose a él, escondiendo la cara en su pecho, apretando rígidamente el cuerpo al muchacho–. Dime que me amas, que me adoras, que nos casaremos en cuanto se redacte el contrato. –Levantó hacia él el rostro contraído por el terror–. ¡Dime que no sabes lo de tu madre, lo de Sisenet, nada! ¡Dímelo, Harmin!

El padre de Harmin había salido de su cuarto y los observaba sin alterarse. Hori, apoyado en su amigo, vio que cruzaban entre ellos una mirada de mutua complicidad, un jactancioso momento de triunfo. Despues~, Merhu apartó rudamente a Sheritra.

–¿Contigo? –dijo en voz alta, mirándola de arriba abajo con fingida sorpresa–. ¿Yo, casarme contigo? –dio un paso atrás, expresando el desprecio que sentía don cada miembro de su cuerpo, y Sheritra se quedó atónita–. Tú fuiste sólo una misión que se me encargó, y no de las más interesantes. Las virgenes me aburren. Fue muy aburrido poseer tu cuerpo flaco y más aburrido aún fingir que te amaba. No quiero saber nada más de ti, el juego ha perdido interés.

–Sheritra... –exclamó Hori.

Pero su hermana giró sobre sus talones y pasó bruscamente a su lado, con tanta vergüenza, con tanta incredulidad en el rostro, que él retrocedió.

Empezó a seguirla, renqueando tras ella, ayudado por el brazo de Antef, que le rodeaba la cintura. Nenefer–ka–Ptah, a sus espaldas, se echó a reír y aquel sonido áspero e inhumano, los siguió por el pasillo y hasta el jardín, como una creciente cacofonía de demencial placer que despertó a las sombras y los persiguió, como los jubilosos demonios del mundo inferior, hasta que llegaron al sendero y las palmeras sofocaron esas histéricas carcajadas.

Sheritra estaba acurrucada al pie del embarcadero, gimiendo convulsivamente, demasiado espantada para poder llorar. Mientras tanto avanzaba pausadamente hacia ella con Antef, Hori notó que el esquiife había desaparecido, pero la balsa estaba amarrada a un poste.

–¿Cómo supisteis que estaba aquí? –balbuceó el muchacho.

–La princesa lo sabía –respondió Antef–. Dieron la alarma hace dos horas, cuando descubrieron el cadáver de tu guardia en el umbral de tu puerta y que tú habías desaparecido. Nosotros habíamos estado pensando el modo de liberarte durante casi todo el día, y ella dijo que sólo te restaba ir a la casa de Sisenet. Escapamos en el alboroto que se produjo, no creo que se haya notado nuestra ausencia.

Estaban ya junto a Sheritra, pero ella no daba señales de haberlos visto. Seguía abrazada a sus rodillas, con la cara oculta y el cuerpo entero sacudido por sus sollozos contenidos.

–Sheritra –exclamó Hori, con urgencia–, no puedes quedarte aquí. Debes volver a casa. ¡Sheritra!

Ella levantó por fin la cabeza. Tenía la cara desfigurada por el dolor, pero seca. Bajo el impacto del horror y la traición, Hori creyó percibir algo terrible, una fría implacabilidad que no le gustó.

–Antef y yo te llevaremos a casa –agregó–, y después navegaremos hacia el Delta. Debo buscar un sacerdote de Thot o de Set para que me quite esta maldición.

Ellía reunió fuerzas con una obvia dificultad y se puso en pie, vacilando.

–Perdóname por no creerte, Hori –susurró estranguladamente–. Te he visto apuñalar a Sisenet y he visto el cuchillo en su garganta, y todavía no puedo aceptar...

–Lo sé –la interrumpió él–. Sube a la balsa, Sheritra. Tendrás que remar tú, Antef.

Subieron a la balsa y Antef soltó las amarras. Hori se sentó al lado de Sheritra, rodeándola con un brazo y cabeceando sobre su pecho, mientras Antefjadeaba remando contra corriente. El príncipe cerró los ojos. "Dos días", pensó. "Si ese demonio ha dicho la verdad, tengo dos días de vida." Sheritra se movió un poco y dejó escapar un gemido. La balsa golpeó contra algo.

–Alteza –dijo Antef–, hemos llegado a casa. ¿Quieres desembarcar?

Hori se apartó de su hermana y apenas percibió que ella le cogía la cara. Sintió su beso como unos oscuros pétalos sobre sus labios.

–Te quiero, Hori –pronunció ella, con voz quebrada–. Jamás te olvidaré. Ve en paz.

"Ella sabe que no voy a sobrevivir", pensó el joven, difusamente. Frotó la mejilla contra la de ella, sin poder pronunciar una palabra. Su momentánea energía se había agotado definitivamente. Ahora deseaba sólo acurrucarse en el fondo de la balsa y hundirse en la inconsciencia. Sintió que ella se levantaba y oyó sus pasos cruzando la balsa. Después, sólo las secretas succiones del río y el jadeo regular de su amigo.

–Llévame hacia el norte, Antef –murmuró.

Y se entregó a la bendita e indolora espiral del olvido.

Sheritra subió serenamente los escalones. Detrás de ella se oían todavía los gruñidos de Antef, impulsando la balsa río afuera, pero ella no se volvió. Se sentía fría y serena, con pleno dominio de sí misma. Saludó al guardia del embarcadero con unas palabras distraídas y echó a andar por el sendero, siempre encerrada en aquella paz suya frágil y antinatural.

El alba no estaba lejos, la presentía. Las antorchas parpadeaban y la oscuridad había adquirido en el jardín una cualidad inquieta. Pasó un sirviente andando apresuradamente y le hizo una rápida reverencia; un poco más allá, un guardia buscaba infructuosamente entre los arbustos. "No le encontrarán", se dijo ella, fríamente. "Hori ya está en posesión de los dioses. Ya nadie puede tocarlo."

Entró en la casa por la puerta principal, sin parar mientes en la frenética actividad que reinaba en el interior, y se dirigió a sus habitaciones sin que nadie le impidiera el paso. Bakmut dormía, espatarrada ante la puerta, pero ella pasó por encima y continuó hasta su alcoba. La lámpara de noche ardía aún junto a su diván, arrojando un amistoso y límpido fulgor.

Se acercó a su tocador y sacó de una caja la navaja de cobre que Bakmut utilizaba para rasurarle el vello del cuerpo. Estaba bien afilada. Deslizó la hoja por la yema de su pulgar, pensativamente. "¿Qué fue lo que dijo papá, hace mucho tiempo?", se preguntó. "Si quieres abrirte las muñecas, no cortes en sentido transversal, pues no dañarás las arterias lo suficiente. Hunde la hoja a lo largo, para que la sangre corra copiosamente. De ese modo, estarás por encima de todo auxilio." Más allá de todo auxilio...

"Todo era un juego", pensó vagamente, con la navaja preparada. "Fingía comprenderme, fingía amarme, y cada vez que hacíamos el amor se reía de mí, obligándose a actuar, asqueado por mi cuerpo. ¡Oh, maldito sea, maldito sea! Y maldita sea yo, idiota feliz. Debía haber adivinado que un hombre tan hermoso como él no podía sentirse atraído por una muchacha tan fea como yo."

Ansiaba poder hundir en su carne aquella hoja inocua y centelleante, sentir el momentáneo dolor, ver brotar la sangre. Pero no podía realizar el salvaje y destructivo movimiento. "A nadie le importará, ésa es la verdad", pensó fríamente. "Ni a papá ni a mamá. Y Hori está batallando con su propia muerte. Nadie sufrirá si muero. Y Tbului se limitará a sonreír. Yo misma me lo he buscado. Nunca merecí ser feliz y pasaré el resto de mi vida obligándome a recordar eso. Estas cuatro paredes serán mis testigos."

–¡Bakmut! –llamó, tirando la navaja al diván.

La criada apareció en seguida, soñolienta y parpadeando.

–Tráeme el rollo del faraón.

Bakmut hizo un gesto de asentimiento y se fue arrastrando los pies. Volvió un momento más tarde, con el mensaje en la mano, bien enrollado. Sheritra rompió el sello y lo desplegó.

"A mi querido nieto Hori", leyó, "saludos y cariñosas felicitaciones. Después de tomar nota de tus informaciones y tras haber consultado con mi ministro de Títulos Hereditarios, he decidido investigar lo que dices. Dentro de dos semanas llegará a Menfis una persona de autoridad. Entérate también de que estoy muy disgustado por las andanzas de tu familia y voy a tomar las medidas necesarias para asegurar la paz en Menfis y en la finca de tu padre. Soy tu augusto abuelo, Ramsés II, etcétera, etcétera."

Sheritra dejó que el papiro se enrollara y soltó una risa estrangulada. Nada de aquello tenía ya importancia.

–Bakmut –dijo a la paciente criada–, de ahora en adelante no pienso salir de mis habitaciones. Nadie debe entrar en ellas. No quiero hablar con nadie. ¿Queda entendido?

La muchacha asintió, prudentemente, y Sheritra le ordenó retirarse. "Muy bien", pensó, mientras se acostaba en el diván y se cubría hasta los hombros con las sábanas. "Bakmut creará que se trata de un capricho, pero el tiempo pasará y pasará..."

Se relajó contra la almohada y cerró los ojos. "Crédula", pensó. "Flaca. Las vírgenes me aburren..."

Cerró los ojos con fuerza ahogando un grito y recogió las rodillas contra sus pequeños pechos. "Nadie volverá a hacerme daño", juró a las atormentadoras imágenes que henchían su mente. "Nadie."

Abrumada por el dolor, se quedó dormida.

## CAPÍTULO 22

Heme aquí, como perro de la calle,  
 como señal a los dioses y a los hombres soy:  
 derribado por su mano,  
 pues hice el mal a su vista.

Khaemuast permanecía bajo una fuerte conmoción, en tanto los sirvientes acudían uno tras otro a admitir su fracaso en hallar a Hori. La finca era muy extensa y para revisar todos sus rincones y escondrijos se precisaba mucho tiempo. A pesar de ello, el príncipe estaba estupefacto. Cuando había ordenado el arresto de su hijo era obvio que Hori se encontraba al borde del colapso. No lograba explicarse cómo había logrado, en su estado de debilidad y agotamiento, matar a un soldado y herir a otro de tanta gravedad que difícilmente sobreviviría. Khaemuast le había atendido personalmente, pero pudo hacer muy poco por él. El daño que se le había infligido le maravillaba. "Hori tiene que estar desesperado", pensó. "Pero ¿qué pretende?" Su intención no debía ser irrumpir en las habitaciones de Tsubui, armado con el cuchillo empleado contra el primer guardia, pues nadie le había visto acercarse siquiera a la casa de las concubinas. En realidad, nadie le había visto en ninguna parte.

Khaemuast se dirigió a las habitaciones de Sheritra, pensando que Hori podía estar escondido allí, pero la criada personal de su hija le aseguró que dormía y que no había rastro del príncipe. Antef tampoco le sirvió de nada. Incluso pareció alarmarse sinceramente al conocer la desaparición de su amigo. Cuando Khaemuast quiso interrogarle, una hora después, tampoco a él pudieron encontrarle.

Después le informaron de que faltaba el esquiife. Hizo que condujeran a su presencia al guardia del embarcadero, y éste le confesó, aterrorizado, que se había quedado dormido tras beber en exceso antes de incorporarse a su turno. Era cierto que el joven príncipe podía haber pasado junto a él sin que le viera. Khaemuast le despidió enseguida.

"No puedo hacer que registren toda la ciudad", pensó, fatigado. "Tal vez Hori haya ido al norte, para reunirse con Nubnofret." Esa idea le alivió un poco. Le consolaba imaginar a su hijo refugiado en el Delta, al menos por el momento. "Hasta que nazca el bebé de Tsubui", pensó oscuramente. "Entonces tendré que actuar. Si Sheritra no hubiera sido tan torpe, el problema estaría resuelto ya, pero no importa. La corte de mi padre es un lugar populoso, lleno de intrigas y actividad. Un envenenamiento pasará allí más desapercibido. Mientras tanto, puedo seguir disfrutando en paz de mi amada. Los dos intrigantes se han ido. Sheritra se casará con Harmin y él vendrá a ocupar las habitaciones que eran de Hori. Tal vez Sisenet decida instalarse también aquí. Entonces los ojos que me rodean no serán siempre hostiles y acusadores."

Algo más tarde, aquella misma mañana, Ib vino a decirle que también faltaba la balsa y que habían visto a su hija camino del embarcadero. Khaemuast, irritado, mandó llamarla. Poco después volvió Ib con un mensaje: la princesa se negaba a salir de sus habitaciones. El mayordomo aguardó cortésmente. Khaemuast entonces, lanzó un fuerte juramento, abandonó el oficio que estaba tratando de dictar y, con un guardia y un heraldo trotando tras sus talones, se dirigió hacia el ala de la casa en que se hallaban los aposentos de Sheritra. Bakmut abrió la puerta ante las persistentes llamadas del heraldo.

–Sal de mi camino –ordenó Khaemuast, con brusquedad–. Debo hablar con mi hija.

Bakmut le hizo una reverencia, pero no cedió terreno.

–Lo siento, Alteza, pero la princesa no desea ver a nadie –insistió, con obstinación.

El príncipe no perdió tiempo en discutir. La cogió por un brazo para apartarla y se plantó en medio de la antesala.

–¡Sheritra! –llamó–. Sal ahora mismo, quiero hacerte una pregunta.

Durante mucho rato no hubo respuesta. Khaemuast se disponía ya a derribar la puerta interior cuando la oyó moverse. Descorrió el cerrojo, pero no salió y su voz le llegó flotando desde algún lugar perdido en la penumbra.

–Puedes preguntar y te responderé, padre –dijo–, pero será la última vez. No quiero tratar más con nadie y mucho menos contigo.

–Me estás faltando al respeto –empezó él, furioso.

Pero ella le interrumpió.

–Pregúntame lo que quieras y no me canses demasiado. De lo contrario, puede que no te responda.

Hablaba sosegada e indiferentemente, como si ya nada le inspirara interés. Las bravatas de su padre se desvanecieron.

–Muy bien –dijo, con voz pastosa–. ¿Fuiste tú quien se llevó anoche la balsa?

–Sí, fui yo –respondió ella de inmediato.

Él aguardó, pero el silencio se prolongó y le obligó a continuar.

–¿La trajiste de regreso otra vez?

–La traje, sí.

Nuevamente el silencio. Khaemuast sintió que su exasperación crecía de nuevo.

–Bueno, ¿y dónde está ahora? –gruñó.

La muchacha suspiró. El príncipe pudo oír la suave ráfaga de aliento y creyó divisar un destello de sus lienzos en la penumbra interior.

–Hori se llevó el eskuife para ir a hablar con Sisenet sobre tu esposa –explicó ella, con voz metálica–. Antef y yo le seguimos con la balsa y le trajimos a casa. Yo desembarqué, pero Hori se fue al norte con su amigo. No volverás a verle.

–¡No podía darse por vencido! ¡Ha llegado incluso a matar porque no podía darse por vencido! ¡Si se ha ido, mejor! ¡Ojalá se quede en el Delta hasta pudrirse!

–No llegará al Delta –repuso aquella voz fría y descarnada–. Mañana por la noche habrá muerto. Se lo dijo Sisenet. Fue Sisenet quien aplicó los alfileres, papá, pero tu habías decretado que Hori muriera. Piensa en eso mañana por la noche, cuando te mires en el espejo.

–Bueno, ¿y qué te ocurre a ti? –preguntó Khaemuast, intranquilo. La voz de la muchacha, más que sus palabras, le provocaba escalofríos–. ¿Que tonterías está haciendo, Sheritra? Harmin va a venir esta tarde a visitar a su madre. ¿Tampoco a él le permitirás entrar?

–He decidido no casarme con Harmin, al final –replicó ella. Entonces si se le quebró la voz–. En realidad, papá, he decidido permanecer soltera. Ahora, vete.

Ante la puerta ya firmemente cerrada, él permaneció todavía unos momentos protestando, haciendo juramentos e incluso súplicas, pero nadie respondía al otro lado. Era como encontrarse ante la puerta sellada de una tumba. Por fin, sintió miedo y se fue.

Esa tarde Harmin fue a visitar a Tsubui. Khaemuast, su esposa y el muchacho se sentaron juntos en el jardín, mientras los sirvientes les humedecían los miembros con paños mojados y los alimentaban con fruta y cerveza. Harmin se mostró desacomodadamente atento con Tsubui. Le acariciaba el rostro, le acomodaba las almohadas y, si ella hacía alguna broma, la miraba con una cálida sonrisa. "¡Qué diferente es de Hori!", pensó Khaemuast con nostalgia. He aquí auténtico afecto, respeto. Es un hijo que conoce su posición y la mantiene por amor a su madre. ¿Qué demonio se ha apoderado de Sheritra, esa pequeña tonta que rechaza ahora a un joven tan bien dotado?"

Como respondiendo a sus cavilaciones, Harmin se levantó y le hizo una reverencia.

–Con tu permiso, príncipe, me gustaría pasar un rato con Sheritra –dijo.

Khaemuast le miró con azoramiento.

–Querido Harmin –dijo–, temo que Sheritra está indispuesta y no recibe a nadie hoy. Te hace llegar sus disculpas y su amor, desde luego.

Una mirada de veloz entendimiento cruzó entre la madre y el hijo, y Harmin adoptó una expresión de desconsuelo.

–Es una gran pena –dijo–, pero dile, príncipe, que la comprendo. En ese caso, me retiraré a casa a dormir.

Se inclinó para dar un beso a Tsubui y, tras hacer otra reverencia a Khaemuast, se marchó andando con ligereza, la faldilla flameando contra sus piernas, fuertes y bien torneadas, y el pelo negro rebotando sobre sus hombros.

–Es un joven excelente –dijo Khaemuast, con la secreta esperanza de que la estupidez de Sheritra pasara pronto–. Te sobran motivos para estar orgullosa de él. –Rechazó el plato que le ofrecían y se acercó más a Tsubui–. No te he dicho lo de Hori –añadió, bajando la voz–. Se dirige hacia el Delta, sin duda para confiar sus penas a su madre. Me avergüenzo de mi familia, Tsubui, pero al menos estarás a salvo por un tiempo.

Ella le sonrió, curvando lenta y calculadoramente su ancha boca y entornó los ojos.

–¡Oh!, creo que ahora estoy muy a salvo –respondió–. Fue una pena que no pudieras darle esas gachas la otra mañana, pero no tiene importancia. No pienso seguir preocupándome por Hori.

Él intentó abrazarla, en un arrebato de abyecta culpabilidad, pero la mujer se recostó y cerró los ojos, haciendo una señal al sirviente encargado del abanico. Khaemuast permaneció sentado, apoyando la barbilla en la mano, pensativo, mientras el día se tornaba más caluroso y llegaban hasta él intermitentemente, los rítmicos y triunfales cantos de los criados que pisaban uvas en el recinto de servicio.

Pese a su opinión de que Hori buscaba el amplio pecho de Nubnofret para llorar su venganza, Khaemuast pasó una noche intranquila. El crepúsculo pareció cerrarse como un puño ominoso, como la mano del cataclismo. Recordando las desdeñosas palabras de Sheritra, no pudo sacar el espejo de su estuche dorado.

Se acostó temprano, bebió algo de vino y obligó a Kasa a conversar con él. Pensó ir a la casa de las concubinas para hacer el amor con Tsubui, pero estaba demasiado nervioso. Sentía un vago presentimiento de fatalidad y sospechaba que no podría olvidar tampoco con ella.

La lámpara de noche no le pareció suficiente. Veía moverse cosas entre las sombras, más allá de sus ojos, y la leve brisa se magnificaba en extraños suspiros y pequeñísimos sollozos dentro de su habitación. Pidió a gritos más luz y se sintió algo reconfortado, pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera conciliar el sueño. Incluso entonces se despertó a cada instante, sobresaltado y mirando a su alrededor. Sus sueños eran vividos y confusos, pero cuando se incorporaba en el lecho lo había olvidado por completo.

Su desorientación persistió durante todo el día siguiente. Cada palabra que le decían se cargaba de algún arcano significado que no llegaba a captar. Cada acto asumía el poderoso peso de lo ritual. La casa estaba impregnada de una atmósfera que no podía describir, pero le angustiaba una fuerte sensación de amenaza. Temía la llegada de la noche. Por la tarde fue a buscar a Tsubui, pero tampoco logró así liberarse de aquel miedo inarticulado. Y tampoco podía hablar de él, era demasiado informe.

Llegó el atardecer y no pudo cenar. Él y Tsubui se sentaron tras las mesitas, en el vasto salón de recepciones, servidos por los criados y entretenidos por el arpista, cuyas graciosas notas resonaban en el espacio vacío. Súbitamente, Khaemuast recordó otras veladas. Nubnofret, resplandeciente y encantadora, vestida de azul y oro, sermoneando a la

incómoda Sheritra, y Hori observándolo todo con una sonrisa mientras Antef rondaba tras él. En aquel entonces las noches eran cálidas, teñidas del perfume del cariño familiar, con una rutina consagrada y benditamente previsibles. Esa noche extrañó todo aquello con una cegadora nostalgia. Tal vez Harmin y Sisenet se trasladaran a la casa. Se sentarían tras sus mesetas con flores, apoyándose en los almohadones, alegres por el vino, y conversarían cuidadosamente con los huéspedes oficiales que honraran su salón. Pero el aire de tristeza, de buenos tiempos lejanos, jamás abandonaría aquella hermosa habitación.

"Una familia se ha desintegrado, pero estoy edificando otra", pensó, intentando defenderse de aquel horrible espasmo de soledad. "Después de todo, ahí está el bebé de Tbubui. Convenceremos sin duda a Sheritra de que olvide ese misterioso mal humor femenino y ella y Harmin llenarán la casa con el caos feliz de mis nietos." Pero no le abandonaba la sensación de algo roto, de cosas idas que no podían ser reparadas.

–Khaemuast, te he dicho lo mismo tres veces –interrumpió Tbubui sus cavilaciones, inclinándose para darle un ligero beso–. ¿Dónde estás?

El volvió su atención hacia ella con un gran esfuerzo.

–Lo siento, querida mía –dijo–. ¿Qué me preguntabas?

–Tu hermano Si–Montu ha enviado un mensajero preguntando si puede venir a cenar la semana próxima. ¿Es aceptable?

Aceptable. De pronto Khaemuast cogió su brazo.

–Duerme conmigo esta noche, Tbubui, en mis habitaciones, en mi diván –rogó–. Te necesito allí.

La alegría de la mujer desapareció. Le observó con una expresión preocupada.

–Desde luego –accedió–. ¿Qué te pasa, Alteza?

Pero él no podía decirselo. La fragancia de las flores, el transparente vino malva e incluso la cascada de notas que brotaba de los dedos del arpista, todo conspiraba con la sombría atmósfera de la casa para hundirle en el pasado y torturarlo con los terrores del presente.

–Los higos están agrios –fue lo único que pudo decir.

Ella acudió a sus habitaciones un rato después. Avanzó hasta el diván, envuelta en una nube de perfume y sus ondulantes lienzos, sueltos y seductores. Sin decir palabra, se quitó la ropa, abrió las piernas y descendió hacia él con prácticos movimientos. Él emitió un quejido y se entregó a las maravillosas sensaciones que sólo ella podía producirle. Pero después, mientras Tbubui dormía, respirando sosegadamente en el hueco de su brazo, Khaemuast permanecía despierto, atrapado por una oscura premonición. No se atrevía a observarla durmiendo. Lo había hecho una vez, y algo en el brillo de sus ojos bajo los párpados entornados y en sus pequeños dientes de animal entre los labios entreabiertos le había atemorizado.

Se agarró a los familiares ruidos de la cordura. Oía al guardia suspirar junto a su puerta. Oía a Kasa roncando en la otra habitación. Los chacales aullaban lejos, en el desierto, y mucho más cerca un búho chistaba en el jardín. La lámpara escupió, haciendo girar las sombras un momento. "Estas cosas son reales", pensó. "Estas cosas son consuelo y cordura. Reténlas, pues son infinitamente preciosas."

Aún estaba despierto cuando oyó susurros fuera. Permaneció inmóvil, esperando, hasta que Ib se acercó al diván. Iba desnudo y era obvio que se había levantado precipitadamente de su esterilla, en el pasillo.

–Habla –ordenó Khaemuast.

Ante esa palabra, Tbubui se movió a su lado, separando de él su carne fresca, y le volvió la espalda.

–Será mejor que te levantes, Alteza –susurró Ib–. Antef ha vuelto con la balsa y trae a tu hijo. Ven, por favor.

"Hori ha muerto", se dijo Khaemuast. Despidió a Ib con un gesto de asentimiento y se levantó con cuidado.

"Ese era el aura de desolación que ha estado llenando poco a poco la casa. Hori ha muerto." Se envolvió una faldilla a la cintura y buscó a tientas sus sandalias para salir al pasillo. Antef le esperaba allí, pálido y con una expresión de total agotamiento. Pero sus ojos se enfrentaron a los de Khaemuast con la mirada limpia y directa de la conciencia pura.

–Habla –repitió Khaemuast, ante su reverenda.

–Tu hijo ha muerto, príncipe –dijo Antef, sin rodeos–. Su cadáver yace en la balsa, en el embarcadero. Ha muerto en medio de terribles dolores, pero no ha imprecado contra los dioses ni contra ti. Sin duda, tendrá un juicio que será favorable.

–No comprendo –balbuceó Khaemuast, con voz entrecortada–. Hori estaba enfermo cuando ordené su arresto, es cierto, pero suponía que había contraído alguna enfermedad en Coptos, que se repondría..., que volvería a estar bien...

–Él te dijo exactamente, Alteza, lo que le ocurría –observó Antef, con franqueza–, pero te negaste a escucharle. Las lamentaciones son ahora vanas. Me encargó decirte que aunque su final era horrible, no será tan horrible como tu destino. Y también que te amaba.

Khaemuast se volvió y echó a correr por el corredor, iluminado por las antorchas. Corrió por toda la casa, pensando: "¡Hori! ¡Mi hijo! ¡Mi carne! Era un juego, era una peligrosa tontería. Nunca quise hacerte daño, no habría podido envenenarte de verdad, te amo, ¡Oh, Hori! ¿Por qué? ¿Por qué?"

Oyó que Antef, Ib y Kasa jadeaban tras él. Aunque corría cuanto podía, no logró poner distancia entre él y la creciente culpa que sentía, los remordimientos que le mordisqueaban ya los talones. Cuando llegó al embarcadero y se detuvo a mirar la balsa, casi cayéndose, lloraba de odio hacia sí mismo.

Hori yacía acurrucado bajo una manta, meciéndose imperceptiblemente en el oleaje del Nilo. Parecía un montón de ropa sucia. Khaemuast bajó a la balsa y se arrodilló para retirar la manta. Como era sacerdote, lo primero que pensó al ver el cuerpo doblado fue que los embalsamadores tendrían dificultades para enderezarlo, pues tenía las mejillas hundidas bajo el mentón. Pero luego vio su pelo apelmazado, el bello rostro que había sido el comentario de

todo Egipto, flojo y vacío en la muerte, y una mano con la palma hacia arriba, en un gesto de súplica, y cualquier pensamiento se desvaneció. Inclinado sobre el cadáver, Khaemuast se echó a llorar, lanzando grandes gemidos de amor y de dolor que resonaban en las lejanas e invisibles orillas del río, para volver con una oquedad burlona. Sus manos se movieron por encima de su hijo, suave y torpemente, tocando la carne fría y ya putrefacta, las guedejas sin vida, la fuerte nariz y la boca, silenciosa. Notó que sus acompañantes permanecían de pie, desolados, en los peldaños del embarcadero, pero no le importó.

—¡Yo no quería hacerte daño! —gruñó, y el saber que era mentira le clavó otra daga en el corazón—. ¡Estaba ciego, engañado! ¡Perdóname, Hori!

Pero Hori no se movía, no le sonreía para perdonarle, no comprendía. Y ya era demasiado tarde. Khaemuast se levantó.

—¡Ib —ordenó, vacilando—, lleva su cuerpo a la Casa de los Muertos. El embellecimiento debe comenzar de inmediato, pues ya empieza a pudrirse.

Se le quebró la voz y no pudo continuar. Antef dio un paso adelante. No había piedad alguna en sus ojos, sólo aceptación de los hechos y desprecio por Khaemuast.

—Yo amaba a tu hijo —dijo, sin emoción—. Ahora que ha muerto ya no tengo relación alguna con esta casa maldita. No pienso asistir a los funerales de Hori. Adiós, Alteza.

Hizo una reverencia y desapareció. Khaemuast creyó gritar: "¡Vuelve!", pero las palabras permanecieron en su mente. "Vuelve, quiero saber cómo ha muerto, qué dijo, qué sintió. ¡Oh, Hori!, ¿cuál es la verdad, cuál es la verdad?"

Abandonó lentamente la balsa. En cuanto estuvo de pie en la piedra, que retenía aún el calor del día anterior, Ib empezó a encargarse de lo que se debía hacer. Khaemuast abandonó el cuerpo doblado de su hijo y volvió a la casa, andando lentamente. "Aún es de noche", pensó, con aturdimiento. "Nada ha cambiado, Hori ha muerto y nada ha cambiado". El pasillo de sus habitaciones acechaba, silencioso y vacío, con la sola presencia del guardia que custodiaba su puerta y las antorchas encendidas. La casa aún dormitaba, sin saber nada. "Hori ha muerto", quería gritar Khaemuast, con todos sus pulmones. Pero entró en su cuarto, tambaleándose, y se dejó caer en el diván.

—Hori ha muerto.

Tbubui se movió con un suave gruñido y él creyó por un momento que había vuelto a dormirse, pero luego apartó las sábanas y se incorporó.

—¿Qué?

—Hori ha muerto —repitió Khaemuast, como en una letanía. Y empezó a mecerse en su dolor.

Ella le miró con aire indiferente, con los ojos hinchados por el sueño.

—Sí, lo sé —dijo.

Él se quedó petrificado.

—¿Qué dices? —susurró. Y de pronto su corazón empezó a galopar en su pecho.

—Lo que he dicho —confirmó ella, pasándose una mano por la cara y bostezando—. Nenefer-ka-Ptah le echó un encantamiento. En realidad, se lo echó antes, cuando se atrevió a viajar a Coptos, aunque no tenía importancia. Yo sabía que no ibas a creerle.

Khaemuast sintió que el cuarto giraba y retrocedía vertiginosamente.

—¿Qué estás diciendo? —repitió—. ¿Qué quieres decir?

Ella volvió a bostezar y se pasó la lengua rosada por los labios.

—Quiero decir que, como Hori ha muerto y tú te negaste a ayudarlo, tu degradación ya se ha completado, Khaemuast, y mi tarea se ha cumplido. Ya no estoy obligada a representar más mi papel. Tengo sed —agregó—, ¿queda algo de vino?

Se sentó en el borde del diván y escandió vino en una copa. Khaemuast la observó beber, con incredulidad. La copa volvió a la mesilla con un tintineo y ella le miró con impaciencia.

—Hori tenía razón —prosiguió, echándose el cabello atrás y levantándose. Su cuerpo desnudo captó la leve luz, que lo acarició suavemente, lamiendo sus largos muslos y curvándose sobre sus pechos—. La historia que trajo de allí es cierta, pero ¿qué importa? Estoy aquí, te doy lo que necesitas. Soy tu esposa.

—¿Qué es cierta? —tartamudeó el príncipe, sin comprender.

Todo en él giraba enloquecidamente, mil voces, mil emociones, todas discordantes entre sí. Se agarró a las sábanas para calmar las oleadas de mareo que rompían en él.

—¿Qué historia, Tbubui? No me importa que tu linaje no sea puro.

—No lo entiendes, ¿verdad?

Se desperezó y le excitó, hipnotizándole, como siempre, con la flexibilidad de sus sensuales músculos. El príncipe se consumió al instante de lascivia, como si poseyendo nuevamente su cuerpo pudiera borrar su dolor, su culpa, su desconcierto. Ella se acarició los pezones y el terso vientre.

—Soy un cadáver, Khaemuast —dijo, con aplomo—. Sisenet no es mi hermano, sino mi querido esposo, Nenefer-ka-Ptah. Tú mismo nos despertaste, como habíamos confiado en que alguien lo haría. Somos los legítimos propietarios del Pergamino de Thot, hasta allí donde algún mortal puede ser legítimo propietario de un objeto tan mágico, preciado y peligroso. —Le dedicó una conquistadora sonrisa—. Supongo que ahora el dueño eres tú, por haberlo robado, y maldito sea el provecho que obtengas de él. Thot no acepta que los humanos se entrometan en los asuntos divinos. Nenefer-ka-Ptah y yo... y también Merhu, mi hijo, al que tú llamas Harmin, pagamos bien cara nuestra posesión del Pergamino. Pero valió la pena, claro que sí.



Se deslizó hacia él, dejándole oler su perfume. La había intrigado desde el principio aquella mezcla de mirra y algo más, algo que no podía identificar. Ahora, empezaba a comprender lo que había hecho, y, aturdido por el horror, reconoció el olor que yacía bajo aquel aroma inquietante. A la mirra se imponía el olor del matadero, el persistente hedor de la muerte y la podredumbre, que había percibido docenas de voces al destapar los sarcófagos donde yacían viejos restos mohosos. Tsubui estaba empapada de aquel hedor por debajo de la fuerte mirra, su cuerpo lo exudaba a cada movimiento. Khaemuast sintió deseos de vomitar.

Permaneció petrificado en el diván, mientras ella se balanceaba seductoramente hacia adelante y hacia atrás. Su mente parecía haberse convertido momentáneamente en calcio. "Hori tenía razón", pensó, atontado. "Que los dioses tengan misericordia. Hori tenía razón. He amado a un cadáver."

–Si –balbuceó.

–¡Bien! –sonrió ella.

Y él pensó en ese enigmático acento. "No es un acento extranjero", se dijo, con excitación. "Es puro acento egipcio, pero tal como se debía hablar hace cientos de años. ¡Oh, cómo he podido estar tan ciego!"

–Príncipe Khaemuast –prosiguió Tsubui–. maestro en medicina, maestro en magia, situado por encima de las leyes de los dioses en su arrogancia. Ahora no puedes librarte de mí. ¿Crees que es un castigo adecuado?"

Hizo una pausa. En realidad, no esperaba respuesta. Khaemuast pensó, "sí, mi castigo es enteramente adecuado, enteramente implacable. He sido culpable de una arrogancia sin igual en todo Egipto. Pero, ¿era eso motivo para castigar también a mi hijo, a mi hija, a mi pobre y paciente esposa? ¿Tan inmisericorde es el juicio de los dioses?"

–Estoy en tu corazón, en tus entrañas, en tus genitales, y allí voy a quedarme –ronroneó ella, acercándose más. Sus ojos de obsidiana brillaban a pocos centímetros de los de él y su aliento a matadero le enfriaba la boca–. Te domino. Tú me has dado ese poder a cada paso del camino. ¡Tonto! –entornó los ojos y se apartó. Khaemuast la siguió con la vista, hipnotizado: sus nalgas en movimiento, su cabellera al vuelo–. Nenefer–ka–Ptah y Merhu se mudarán aquí. Nenefer es mi esposo legal, aunque supongo que ya lo has adivinado. Nubnofret se ha ido, Hori ha muerto y Sheritra se ha amurallado tras el odio que siente por sí misma. ¡Qué familia tan feliz va a ser la nuestra! –se volvió hacia él con una calculada sorpresa, enarcando las cejas y abriendo mucho los ojos–. ¡Ah, a propósito! No estoy embarazada. Te lo dije para someterte a una de las pequeñas pruebas que Thot decretaba para ti. Era otra oportunidad para que te salvaras. Pero fracasaste, Khaemuast, como fracasaste en todas las otras. Desheredaste a tus hijos y, de ese modo, aumentaste tu destrucción moral y espiritual en nuestras manos. No importa, puedes compartirme con Nenefer. Será interesante, ¿no crees? Ven. –Abrió los brazos y meció las caderas en un movimiento lento y seductor–. Hazme el amor, de todos modos. Lo deseas, me doy cuenta. En los viejos tiempos. Khaemuast, no había hombre que se me resistiera. ¡Esos viejos, viejísimos tiempos!

El príncipe oyó su risa y, a pesar de sí mismo, a pesar del espanto y el horror, a pesar de la incredulidad a la que ya no podía agarrarse, se sintió tan excitado como la primera vez que la vio. Se levantó, estremeciéndose. Doliente, destrozado, enfermo, se veía todavía obligado a obedecerla.

–Bien –le alentó ella–, bien. Necesito que me calienten, Khaemuast. Tengo la carne tan fría..., como el Nilo, tan frío y denso en mis pulmones, mientras me aferraba a Nenefer, gritando, con la esperanza de que alguien nos rescatara. Y alguien nos rescató. –Se acercó a él y le pasó las manos por la cabeza, el cuello y el vientre, hasta allí abajo, donde estaba indefenso, involuntariamente erecto–. Tú nos salvaste, Khaemuast –murmuró, acercando su boca al cuello–. Tú lo hiciste. Penetra en mí, príncipe. Quiero que me hagas el amor.

Las rodillas de Khaemuast se aflojaron y cayó sobre el diván, con Tsubui encima. "Hori", pensó. "Hori, Hori.. ." Pero el nombre no era nada, el nombre no tenía importancia, y se entregó a aquella abominación con un grito.

Después quedó tendido junto a ella, rígido, presa de un intenso horror que le endurecía los miembros, aterrizado ante la idea de tocarla. Ella suspiró y se movió imperceptiblemente, en aquel estado oscuro, cualquiera que fuese, que en ella pasaba por sueño. "Éste será mi destino", pensó él, enloquecido: "yermo gradualmente reducido a una lujuria indefensa y a un miedo igualmente catatónico. Alternar entre un estado y el otro mientras los meses se convierten en años y mi vida se escurre, hasta perderse poco a poco en el mundo ensombrecido de los muertos vivientes. Ya estoy casi paralizado. Mis sentidos la obedecen sólo a ella, mi facultad de juzgar correctamente se ha atrofiado hasta reducirse a la nada y mi capacidad de amar se ha desvanecido. He perdido a mis dos hijos y a mi esposa y pronto perderé lo que me resta de mí mismo. Thot me ha convertido en una criatura de Tsubui y lo que ha sido no se puede cambiar. Seguiré siendo su criatura hasta que muera, hasta que me mate el odio por mí mismo, pues no creo que haya poder en la tierra capaz de liberarme de esta carga".

De repente, dejó de respirar y se incorporó. "Tal vez no haya poder en la tierra", pensó, dejando florecer en sí mismo una semilla de esperanza, "pero ¿y la magia y los poderes ocultos que emanan de los dioses? ¡Eres mago, grandísimo tonto! Éste es el momento de aplicar todo tu saber o de vivir prisionero para siempre".

Todavía era de noche cuando salió de sus habitaciones y se encaminó descalzo a su despacho, seguido por Ib y Kasa. No pensaba en nada, salvo para preguntarse si estaría al borde de la locura, pues cuando trataba de pensar en enfrentaba inmediatamente a un abismo mental que le producía vértigos. Se detuvo ante una de las inmensas jarras de agua que había siempre dispuestas junto a las salidas al jardín y hundió en ella la cabeza, aspirando bruscamente al recibir la impresión fresca y mojada de agua. Luego continuó y ante la puerta de su despacho se volvió hacia Ib.

–Quiero que dictes dos cartas en mi nombre –dijo–: una para Nubnofret y otra para el faraón. Redáctalas tú mismo Ib, pues no tengo tiempo de hacerlo personalmente. Diles que Hori ha muerto y que el luto ha comenzado. Di a Nubnofret... –guardó silencio, pensativo–. No, suplica a Nubnofret, en mi nombre, que vuelva a casa. Ib asintió apretando los labios y se marchó con una reverencia. Khaemuast señaló a Kasa con un dedo torcido.

–Voy a practicar un acto de magia –dijo–. Necesito que me ayudes, pero debes guardar completo silencio, ¿comprendes?

Abrió la puerta y entraron.

–Alteza –objetó Kasa, manifestando su miedo en su voz–, yo no estoy iniciado. No he sido purificado, no haré sino estorbar el hechizo.

Pero Khaemuast estaba ya en el cuarto interior, abriendo todos los arcones.

–Yo tampoco me he purificado –replicó–. No te preocupes y ahor~, calla.

Kasa obedeció. Una voz astuta susurraba en la mente del príncipe: "¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Al menos ahora tienes algo, orgulloso príncipe, y si los destruyes a ellos te quedarás sin nada. Además, Nenefer–ka–Ptah también es mago. ¿Y si percibe tus intenciones y las frustra? ¿Crees que la práctica de la magia se ha vuelto más sofisticada desde los tiempos en que él blandía su poder? ¿O, estarán por el contrario, los encantamientos antiguos menos diluidos? Estás corrupto y debilitado a causa de tu grosera sensualidad. ¿Crees que posees la energía espiritual que necesitas? Cierra los arcones. Vuelve a tu lecho y cógela en brazos, pues lo único que no va a cambiar jamás es ese torcido y perverso deseo que sientes por ella, y siempre es mejor calmar un dolor que dejarse engullir por muchos".

Gimió en voz baja y continuó seleccionando las cosas que necesitaba. Las llevó nuevamente al despacho. Encima de todo llevaba el Pergamino de Thot y los rollos que Hori le había hecho leer. Depositó su carga en el escritorio.

–Escucha con atención –dijo a Kasa–: necesito un poco de natrón. Puedes cogerlo de la cocina, pero asegúrate de que está fresco. También me hace falta un cuenco grande con agua de inundación tomada del Nilo. Trae dos trozos de lienzo que no hayan sido usados, un bote de aceite virgen y mis sandalias blancas. Aquí tengo incienso, una máscara y el ungüento de mirra. Intenta no llamar la atención mientras consigues esas cosas, Kasa, y regresa lo más rápido que puedas. ¿Quieres que te repita la lista?

Kasa negó con la cabeza.

–No, príncipe.

–Bien. Trae también una navaja, debo tener el cuerpo rasurado.

El sirviente salió en silencio y cerró la puerta con un leve chasquido. Khaemuast se concentró en el Pergamino de Thot. Ahora sabía que Hori no habría podido cometer la locura de excavar la tumba para cogerlo. El rollo había vuelto, sencillamente, y ahora estaba bajo su responsabilidad, era su condena y nada podía evitarle las consecuencias. Quizá Nenefer–ka–Ptah lo había encontrado de la misma manera, quizá pasaba de mago corrupto a mago corrupto, dejando una estela de terribles consecuencias como maldición hereditaria. Khaemuast lo desenrolló con esfuerzo y lo examinó, intentando penetrar en su negro misterio. Quería familiarizarse con todos los detalles por los que Hori había muerto. Su mente empezó a desviarse hacia su hijo, pero la forzó desesperadamente a concentrarse en la tarea que le ocupaba, pues tras el pensamiento venía la emoción, y tras la emoción, el caos de la locura.

Cuando Kasa regresó, ya había concluido la lectura y estaba guardando los papiros en su arcón. Un joven sirviente se acercó al escritorio con paso inseguro, transportando un gran cuenco de agua. Lo dejó allí y se retiró haciendo una reverencia. Kasa colocó los otros objetos junto al cuenco y esperó, con aire interrogante. Aunque exteriormente estaba sereno, Khaemuast percibía su perturbación interna. "Gracias a los dioses, fue adiestrado por Nubnofret", pensó. "Kasa no se derrumbará.

–Lo primero que debes hacer es rasurarme –dijo–. De la cabeza a los pies, sin que se te escape un solo vello. La pureza es importante.

Se tendió en el duro suelo de mosaicos y su criado le pasó la navaja por el cráneo, en breves movimientos, y luego por el cuerpo, con ademanes más largos. Khaemuast se esforzó en sosegar su mente para lograr al profundo estado de concentración que necesitaba. Mientras Kasa trabajaba, inició en silencio las plegarias de la purificación. Cuando el criado hubo concluido, se puso de pie.

–Ahora, lávame con el agua de inundación –ordenó–. Hazlo con uno de los trozos de lienzo y, cuando mi cuerpo esté limpio, repite el procedimiento con las manos, el pecho y los pies. Luego abriré la boca y lavarás también el interior. Te lo advierto otra vez, no hables.

Kasa hizo lo que se le indicaba, moviendo las manos con suave eficiencia sobre el cuerpo de su amo. La casa estaba aún en poder de la noche, sin presentir el alba que, sin duda, no tardaría. El príncipe tenía la sensación de haber vivido un siglo desde que había hablado con Antef en el pasillo, desde que había salido corriendo de la casa para bajar al embarcadero, desde que había visto..., visto...

Sintió que Kasa le frotaba los pies con el lienzo y entonó automáticamente el cántico con que debía acompañarlo:

–Mis pies son lavados en una roca, junto al lago del dios.

Abrió la boca y cerró los ojos. Su lengua se resistió ante el trazo de Kasa, que le tocó el paladar y los dientes.

–Las palabras que surgirán de mi boca serán ahora puras –dijo, cuando Kasa terminó–. Ahora, carga el incensario y pónmelo en la mano.

El sirviente lo hizo y pronto el despacho empezó a llenarse con el fragante humo gris. Khaemuast sintió que se relajaba su estómago ante su olor familiar y reconfortante. "Soy sacerdote", pensó. "No importa lo que haya hecho, todavía puedo purificarme y erguir la cabeza junto a los dioses."

–Ahora, toma el aceite y viérttemelo sobre la cabeza –ordenó.

El líquido dulce y espeso le goteó por las orejas y se deslizó cuerpo abajo por el leve hueco del esternón. Ahora las palabras surgían en la mente de Khaemuast con más facilidad. Le era posible permanecer en el presente, sin pensar en lo que iba a venir.

–Abre el unguento.

Se untó la frente, el pecho, el vientre, las manos y los pies.

–Natrón –espetó.

Apareció ante él, en una tacita tomada de la cocina. Khaemuast cogió una pizca entre los dedos y se los puso detrás de las orejas y en la lengua.

–Kasa, envuélveme en el lienzo.

Mientras el voluminoso cuadrado de tela le rodeaba, Khaemuast dejó escapar un suspiro. Estaba completamente purificado, estaba a salvo.

–Las sandalias –dijo. Y Kasa las deslizó bajo sus pies–. Ahora, abre el bote de pintura verde que he dejado en la mesa, coge el pincel y dibújame en la lengua el símbolo de Maát. –La mano de Kasa tembló al aplicar el pincel–. Estoy ahora en la cámara de las dos Maáts, las dos verdades de orden cósmico y humano –recitó Khaemuast, mentalmente–. Estoy en equilibrio.

Era hora de comenzar. Se volvió de cara hacia el este e inició su identificación con los dioses.

–Soy un grande –entonó–. Soy una simiente que ha nacido de un dios. Soy un gran mago, hijo de un gran mago. Tengo muchos nombres y muchas formas, y mi forma está en cada dios.

Prosiguió con un hipnótico ritmo de sonsonete, sabiendo que había capturado la atención de los dioses. Le observaban con cautela y curiosidad. Si le fallaba la lengua o tal vez olvidaba una palabra, le volverían la espalda y su creciente poder sobre los dioses quedaría perdido.

Ya había decidido no apelar a Thot. Thot le había abandonado, sin darle la menor oportunidad de rectificar su pecado. No, sería a Set a quien doblegaría a su voluntad. Set, que había sido para él una insignificancia, sólo un recuerdo de los salvajes tiempos en que los reyes de Egipto eran ritualmente sacrificados por los puñales de sus sacerdotes para impregnar la tierra con su sangre. Khaemuast había aborrecido siempre su altanería, su imprevisible e indomable independencia. Sabía muy bien que un acto como aquél le pondría bajo el poder de Set para siempre, que se entregaba para toda su vida al dios que siempre había despreciado, por ser destructivo amante del caos. Pero de todos los dioses sólo Set no tendría reparos en ejecutar la destrucción física y espiritual que Khaemuast solicitaba para aquellas tres personas, a quienes ahora reconocía como sus enemigos.

El proceso de identificación había concluido. Los dioses estaban con él y él se erguía entre ellos, podía continuar. Aspiró hondo y gritó:

–¡Es a ti a quien hablo, Set el turbulento, Set el hacedor de tempestades, Set el del pelo rojo y la cara de lobo! ¡Escúchame y presta atención, pues yo conozco tu nombre secreto!

Hizo una pausa, consciente de que en el cuarto reinaba de pronto una súbita quietud. La llama de la lámpara se erguía y habían desaparecido las leves corrientes de aire que jugaban antes a su alrededor. El sudor empezó a correrle por la cara y a gotear, frío, por todo lo largo de su columna. El dios le escuchaba. Khaemuast entonó la precaución que todo mago debía invocar antes de amenazar a un dios.

–No soy yo quien pronuncia esto –cantó– ni yo quien lo repite, sino la fuerza mágica que ha venido a atacar a las tres personas que me ocupan.

El silencio se hizo más profundo y cobró un perturbador matiz de sabiduría. Khaemuast oía tras él la respiración áspera y acelerada de Kasa.

–Si no escuchas mis palabras –prosiguió el príncipe, esforzándose por mantener la voz grave y fuerte–, decapitaré un hipopótamo en el patio delantero de tu templo y te haré sentar envuelto en una piel de cocodrilo, pues conozco tu nombre secreto.

–Hizo una pausa y luego gritó cuatro veces–: ¡Tu nombre es El–día–en–que–una–mujer–dio–a–luz–un–varón! –Se dominó rígidamente, con el lienzo pegado al cuerpo. Siempre había utilizado antes aquellos encantamientos para hacer el bien, y se sentía casi tan asustado como el pobre Kasa–. ¡Yo soy Set, yo soy Set, yo soy Set, yo soy Set! –gritó, triunfalmente–. Yo soy aquel que ha dividido lo que estaba reunido. ¡Soy aquel que está lleno de vigor y es grande en poder, Set, Set, Set!

El incienso, que hasta entonces se mantenía contra el techo en una difusa nube gris, se arremolinó súbitamente. La llama parpadeó convulsamente. y el silbido humano del viento atravesó la ventana. Era hora de liberarse.

–Kasa –indicó–, coge la cera de la caja que he dejado en mi escritorio y modela tres figuras humanas. No es preciso que se parezcan a nadie, bastará con que les hagas cabeza, tronco y miembros. Pon genitales masculinos a dos de ellas.

Kasa se apresuró a obedecer. Cuando cruzó ante la luz, sus ojos estaban dilatados y resaltaban sobre su palidez. Khaemuast cogió una hoja de papiro recién planchada y, tomando un estilo, escribió con tinta verde los nombres de Nefeser–ka–Ptah, Ahura y Merhu. También escribió el nombre del antepasado de Nefeser. Había debido añadir los de sus padres, pero no sabía sus nombres. Cuando hubo terminado, Kasa tenía ya confeccionadas las tres estatuillas de cera. Eran toscas, pero con forma humana reconocible.

El príncipe se inclinó para coger su cuchillo del otro lado del escritorio. Era de marfil, hecho especialmente para él con ocasión de su iniciación definitiva, destinado a su uso exclusivo, y en la hoja tenía tallada la figura de Thot, su patrón. "Ya no es mi patrón", pensó, lúgubremente. "Thot era también el señor de Nefeser, pero Set es más fuerte,

Set es más salvaje, Set los masticará a todos con sus agudos colmillos blancos y los escupirá como un poco de estiércol."

Con la punta del cuchillo trazó los nombres en la cabeza de los muñecos, uno en cada estatuilla.

—Átalos por separado con este hilo negro —ordenó.

Kasa obedeció. Khaemuast los puso sobre el papiro y dio un paso atrás.

—Un encantamiento para tener poder sobre el destino de Nenefer—ka—Ptah, Ahura y Merhu, en este mundo y en el siguiente —entonó, prestando muchísima atención al ritmo y el tono de sus palabras, que repitió cuatro veces antes de empezar—: Soy un grande, el hijo de un grande, soy una llama, el hijo de una llama, a quien fue entregada su cabeza después de haberle sido cortada. Pero las cabezas de éstos, mis enemigos, serán cortadas para siempre. No serán tejidas otra vez, pues yo soy Set, señor de sus sufrimientos.

Hizo una pausa, preparando el siguiente ataque. Su concentración se volvió absoluta. El poder se deslizaba a su lengua y la confianza a su cuerpo.

—Se tornarán corruptos, tendrán gusanos, se debilitarán, hederán. Se descompondrán, se tomarán pútridos. No existirán, no serán fuertes, sus vísceras serán destruidas, sus ojos se pudrirán, sus orejas no podrán oír, sus lenguas no podrán hablar, su pelo será cortado. Sus cadáveres no son permanentes. Perecerán en esta tierra por siempre, pues yo soy Set, señor de los dioses.

Ahora estaban enredados los tres en la telaraña de la magia. Aún vivos, pero ya no capaces aunque quisieran, de escapar al destino que los aguardaba. Pero no bastaba con destruir sus cuerpos. Khaemuast sabía que no estaría a salvo mientras existiera una posibilidad de que sus kas hubieran sobrevivido. Era preciso borrarlos por completo y el único modo de hacerlo era cambiarles de nombre. Un nombre era algo sagrado, si el nombre sobrevivía, los dioses podían encontrar a la persona, reconocerla, darle la bienvenida a su presencia eterna e incluso quizás otorgarle el don de volver a su cuerpo. Khaemuast reprimió severamente el escalofrío que le causó este pensamiento. Ahora no podía vacilar. No debía pensar, no debía imaginar y, por encima de todas las cosas, no debía tener miedo.

Inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—Soy Set, cuya venganza es justa —graznó—. Del nombre Nenefer—ka—Ptah retiro el nombre del dios Ptah, creador del mundo, para que su poder no pueda imbuir al enemigo de su fuerza. Del nombre Ahura retiro el nombre del dios Ra, sol glorioso, para que su poder no pueda imbuir al enemigo de su fuerza. Del nombre Merhu retiro el nombre del dios Hu, la Divina Pronunciación y la Lengua de Ptah, para que su poder no pueda imbuir a este enemigo de su fuerza. Ahora, cambiaré los nombres así: Ptah—le—odia, Ra—la—quemará, Hu—le—maldecirá. Lo positivo se ha convertido en negativo y lo negativo se convertirá en aniquilación. ¡Morid la segunda muerte! ¡Morid, morid, morid!

Se acercó a las figuras y al papiro que hacían sobre la mesa, pero en aquel momento alguien llamó suavemente a la puerta.

—Khaemuast, sé que estás ahí. ¿Qué haces?

Era Tsubui.

Khaemuast se quedó petrificado y Kasa dejó escapar un leve grito. El príncipe se volvió ferozmente hacia él, acallándole con una mueca, aterrizado por la posibilidad de que el sirviente rompiera el hechizo en aquel momento crucial. Kasa tragó saliva y asintió.

—Estás tratando de hilar un hechizo, ¿verdad, queridísimo? —La voz femenina le llegaba apagada por la madera. Khaemuast la oyó rascar la puerta con las uñas—. Renuncia a ello. Dame otra oportunidad de hacerte más feliz aún. Puedo satisfacerte como ninguna otra mujer, Khaemuast. ¿Tan malo será? Sólo quiero vivir, sólo quiero lo que todo el mundo quiere. ¿Puedes reprocharme eso?

Había elevado la voz y el príncipe, que la escuchaba en una súbita agonía, reconoció un asomo de histeria en ella, pero no se movió.

—Adiviné lo que estabas haciendo cuando abrí los ojos y no te encontré junto a mí —prosiguió ella, en voz muy alta—. Lo presentí, podía sentirlo. Estás intentando librarte de nosotros, ¡Oh, cruel Khaemuast! Pero tus esfuerzos serán infructuosos. Thot te ha abandonado. Tus palabras no tendrán poder. Thot...

Su voz se apagó. Los dos hombres vigilaban la puerta, oyendo los furtivos movimientos con que ella probaba la cerradura. De pronto, cesaron. Khaemuast podía verla casi pensar al otro lado, con la túnica de dormir flotando a su alrededor, el pelo desaliñado y el cuerpo inclinado.

—No es Thot —recomenzó ella, débilmente—. Claro que no. Es Set, ¿verdad? Set, cuyo pelo rojo se repite en tu familia. ¡Oh, dioses! —De pronto una tormenta de golpes rebotaron contra la puerta y ella empezó a aullar—. ¡Khaemuast! ¡Te amo, te adoro! ¡No hagas esto, por favor! ¡Estoy aterrorizada! ¡Déjame vivir!

El príncipe se volvió una vez más hacia la mesa con la boca seca, tratando de reunir la saliva que le hacía falta. Ella seguía gritando y sollozando, golpeando la puerta con los puños y los pies. Khaemuast no podía borrar su imagen, desesperada y súbitamente enloquecida por el miedo. Con deliberación, escupió en el papiro y en cada uno de los muñecos.

— ¡Anatema! —pronunció.

El ruido cesó en el pasillo y se oyó un grito.

— ¡Ah, dioses, no! ¡Eso me duele, Khaemuast! ¡Basta, por favor!

Él tomó los muñecos y el papiro con mucho cuidado y los depositó en el suelo. Luego, levantó el pie izquierdo y lo retorció lentamente sobre las figuras. Tsubui empezó a gemir con un horrible gorgoteo y Kasa se cubrió los oídos con las manos y se tiró al suelo.

–No voy a morir definitivamente, ¡no! –gritó ella–. Volveré, ¡oh, chacal sonriente, porque no se puede contradecir al Pergamino!

–¡Oh, si que se puede! –susurró él–. Anatema, Tbubui, anatema.

Se arrodilló y, tomando su cuchillo de marfil, lo deslizó con mucha suavidad sobre las tres blandas figuras de cera. Luego lo clavó con fuerza en el papiro, que se desgarró con un ruido inquietante. El príncipe cogió el cuenco donde le habían traído el agua y, después de vaciarlo y secarlo, introdujo en él los mutilados trozos de su obra, acercó la llama y una mecha y le prendió fuego a todo. El papiro se encendió de inmediato y la cera empezó a fundirse.

–Anatema –susurró por última vez.

Tbubui había empezado a aullar en voz alta e inhumana. Se la oía retorcerse ante la puerta, golpeándola salvajemente con los puños y los talones. La cera iba formando un charco en el fondo del cuenco y el papiro se consumió, ennegrecido, hasta reducirse a unas pocas cenizas. Ninguna de las estatuillas era ya reconocible.

Khaemuast se echó a llorar. "He tenido suerte", pensó, llorándole los ojos por el incienso y el acre humo del papiro quemado. "Mi encantamiento no ha fallado. Set se ha sometido a mi voluntad, pero vuelve ya a erguirse y me mira con su ojo negro, de lobo cruel. No creo que vuelva a apartarlo jamás de mí."

Poco a poco cobró conciencia de que reinaba una profunda paz en la habitación y, con ella, el tímido asomo de aurora. Se enjugó la cara con el lienzo y lo dejó caer, sustituyéndolo por la arrugada faldilla que llevaba puesta al principio. Alguien tenía que haber escuchado aquellos demenciales gritos. Pronto el pasillo estaría lleno de guardias que encontrarían... ¿qué cosa? Miró a su alrededor. El despacho estaba en desorden y hedía a incienso rancio, a sudor y a la mirra con que se había untando. En ese momento, la llama se apagó con un chisporroteo, pero Khaemuast podía ver todavía a su criado personal, pálido, recostado contra la pared.

–Abre la puerta, Kasa –ordenó.

El sirviente le miró fijamente.

–Alteza –susurró–, ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Qué has hecho?

–Me he liberado de un gran mal –explicó Khaemuast, fatigado– y ahora debo aprender a vivir con uno mayor. Más tarde hablaré ante todos los habitantes de la casa. Ahora, Kasa, abre la puerta.

El hombre obedeció, con pie inseguro, pero al tocar la cerradura se detuvo.

–Alteza –preguntó, sin volverse–, el nombre secreto de Set...

–Es el que he dicho –interrumpió Khaemuast–. Pero no se te ocurra utilizarlo, viejo amigo mío. Ni siquiera a los aprendices de magia se les revela algo semejante, en aras de su propia seguridad. Te felicito por tu coraje.

Kasa abrió la puerta. Tbubui yacía acurrucada, de cara a la habitación, con una mano apoyada contra la base de la puerta. Los dedos, las rodillas y los pies habían estallado, pero la carne que se veía era púrpura y seca y no había sangre en el suelo. El hedor de la putrefacción era tan intenso en el pasillo que Kasa sintió arcadas. Khaemuast, sin darle importancia, se arrodilló y le apartó el cabello del rostro. Los ojos estaban vftreos y sin expresión; los labios contraídos mostraban los pequeños dientes. Tuvo la impresión de que el cuerpo ya se estaba hinchando y comprendió que no tenía mucho tiempo. Los soldados se acercaban ya hacia él corriendo y en algún lugar de la casa se oían gritos. Se levantó. Los guardias se detuvieron a saludarle, atónitos, pero Khaemuast no deseaba dar explicaciones, todavía no.

"Me deja como legado algo más que mi condenación", pensó, contemplando aquellas caras, "pues la amo aún, todavía siento ansias de ella. Es un deseo antinatural, compulsivo y terrible. Ninguno de los poderes que conozco me librará nunca de esta carga".

–Llevadía al jardín –ordenó, secamente–. Amek, ¿estás ahí?

El capitán de la guardia se presentó con una reverenda.

–¿Sí, Alteza?

–Ve con seis hombres a la casa de Sisenet, en la orilla oriental. Allí encontraréis dos cadáveres, el de Sisenet y su hijo. Traedios aquí y preparad una pira. Luego, preséntate a mí.

Los hombres empezaron a murmurar algo, pero Amek se limitó a inclinarse. Luego impartió una brusca orden y se volvió en redondo.

Khaemuast echó una mirada más al cuerpo de Tbubui, mientras sus guardias se agachaban para levantarla tímidamente. Luego buscó el hombro de Kasa y, apoyándose en él, volvió a sus habitaciones. En el camino pasó junto a la nueva entrada que conducía a las bellas habitaciones edificadas para Tbubui y desvió la vista.

Ya en la seguridad de sus aposentos, indicó a Kasa que se retirara a descansar y se acercó a su diván. La copa de la que ella había bebido poco antes permanecía aún sobre la mesa. La recogió, el fondo parecía aceite. El diván aún tenía la marca de su cuerpo; la almohada estaba ahuecada en el sitio donde se había posado su cabeza. El príncipe se sentó pesadamente, sujetando la almohada entre los brazos, y permaneció así, meciéndose entre sollozos, mientras la luz cobraba fuerzas y calor, mientras los pájaros iniciaban sus gorjeos y sus riñas en los árboles, más allá de la ventana.

Tres horas después, Amek pidió permiso para presentarse. Khaemuast, aturdido por la fatiga mental, dejó la almohada a un lado y salió a recibir a su capitán.

–Misión cumplida –informó Amek–. Los cuerpos estaban allí, como habían dicho. El hombre Sisenet había caído en la mesa de su cuarto. Tenía un muñeco de maldición en la mano, Alteza, y en la otra un escorpión muerto. El muchacho Harmin murió en su diván.

Khaemuast hizo un ademán de asentimiento, pero Amek no había terminado todavía.

–He visto muchos muertos, Alteza –prosiguió, vacilando–, en mi carrera de soldado. Pero estas personas no parecían cadáveres frescos. Están hinchados y hieden, y, sin embargo, tienen los miembros rígidos. No lo comprendo.

–Yo si –dijo Khaemuast–. Es que murieron hace mucho tiempo, Amek. Ponlos en la pira y trata de no tocarlos demasiado.

–Pero Alteza –protestó Amek, horrorizado–, si los quemas y no dejas que los momifiquen, los dioses no podrán encontrarlos. Sólo sus nombres podrán asegurarles la inmortalidad. Y los nombres son unas claves muy endebles para los Divinos.

–Lo son, en efecto –asintió Khaemuast, con deseos de reír y de llorar al mismo tiempo–. Pero confía en mi, Amek. Lo que te ordeno hacer es cuestión de magia. No te preocupes.

El capitán hizo un silencioso gesto de obediencia y salió a cumplir sus órdenes. Khaemuast fue a las habitaciones de Sheritra y ahora no pidió permiso para entrar. Apartó a Bakmut de un empujón y cruzó a grandes pasos la antesala para entrar en la alcoba de su hija. Estaba despierta, pero aún no se había levantado. Las persianas seguían bajas. Ella parpadeó en la penumbra y por fin se incorporó con un movimiento brusco.

–No eres bien recibido aquí, papá –comenzó, fríamente.

Pero Khaemuast observó que le recorría con una mirada más detenida. Se vio con sus ojos: el cuerpo, cubierto de aceite, el cuello, manchado por el natrón que se había puesto tras las orejas, el pecho, desnudo y untado de unguento gris, las palmas, sucias y el copioso sudor empeorándolo todo. Sheritra bajó cautelosamente los pies al suelo.

–Has estado haciendo un conjuro –dijo–. ¡Oh, papá! ¿Qué ocurre?

–Hori ha muerto –respondió él, con un nudo en la garganta.

Ella asintió.

–Lo sé. ¿A qué viene tu sorpresa? –Su expresión se volvió hermética–. No quiero seguir hablando contigo de eso. Voy a empezar el duelo. Yo, al menos, le quería –le tembló la voz–. Si esa zorra finge un dolor que no siente, la mataré con mis propias manos.

Él le respondió tendiéndole el manto.

–Ponte esto, Sheritra, es una orden. Si te niegas, yo mismo te llevaré fuera. Te prometo que será la última vez, exceptuando los funerales de Hori, en que tendrás que ver mi cara.

Ella le miró con suspicacia y luego le arrancó el manto de las manos y se cubrió con él. Khaemuast la llevó al jardín, ya colmado con la luz temprana. No le ahorró el espectáculo que allí se ofrecía. Al contrario, se apartó al pasar por entre las columnas, para no estorbar su visión. Durante un momento fue evidente que ella no comprendía la escena. Khaemuast se limitó a pasear la mirada por el montón de leña seca y retorcida, coronada por tres cadáveres rígidos y desfigurados. Sheritra aspiró bruscamente y avanzó hacia ellos, como sonámbula. Su padre la siguió. La muchacha dio dos vueltas a la pira, deteniéndose tan sólo para contemplar el rostro amarillento y vacío de Merhu. Luego, se situó ante su padre.

–Esto es obra tuya –dijo.

–En efecto. Hori tenía razón desde el principio. Te ordeno que te quedes a ver cómo arden.

La expresión de Sheritra no había cambiado, seguía siendo dura e indiferente.

–Pues ya es demasiado tarde para Hori –replicó–. Si le hubieras creído, si hubieras hecho un conjuro para él, todavía estaría con vida.

–Si yo le hubiera creído, si no hubiera violado esa tumba, si no hubiera robado el objeto que no me pertenecía, si no hubiera buscado a la misteriosa Tsubui... –Hizo una señal a Amek–. Quémalos.

Khaemuast recibió con agrado la incómoda turbulencia de las crecientes llamas. El odio que sentía por sí mismo y por los dioses era demasiado intenso para permitirle pensar con coherencia. Los cuerpos chisporroteaban al ser alcanzados por las llamas, pero Sheritra se mantenía inmóvil y en silencio. Sólo una vez reaccionó, conteniendo el aliento. Fue cuando los viejos tendones empezaron a tensarse por el calor y los cuerpos se contorsionaron, uno tras otro, sentándose y recogiendo las rodillas en una grotesca parodia de vida. Los dos permanecieron allí hasta que la hoguera perdió fuerza y se apagó, hasta que sólo quedó un corazón de brasas en cuyo centro se acumulaban unos cuantos huesos ennegrecidos. Entonces, Sheritra se acercó a su padre.

–No olvides nunca que todo esto es una acción tuya –dijo, sin que sus ojos expresaran piedad ni acusación–. De ahora en adelante, respeta mi aislamiento, si no quieres que abandone esta casa. La elección te corresponde a ti, príncipe.

No aguardó la réplica. Se fue, caminando, digna e incluso majestuosamente, con la espalda erguida y el lienzo blanco flotando al viento: Khaemuast la siguió con la vista. Los sirvientes se habían reunido, asustados, en el otro extremo del jardín, olvidando sus ocupaciones. Pero el príncipe no podía enfrentarse a ellos, todavía no.

Se volvió hacia la casa, intensamente iluminada por el sol, y tuvo la certeza de que oía correr el Nilo con fuerza, palmoteando y gorgoteando de alegría al correr hacia el Delta. Había pensado arrojar el pergamino al fuego, pero sabía en el fondo que era un gesto inútil. Volvería a reaparecer en su arcón, ligero e inocuo.

"Soy, por fin, el orgulloso propietario del Pergamino de Thot", pensó con amargura, al pasar bajo la sombra de las columnas. "El sueño de mi juventud se ha hecho realidad. Estaba maldito desde el día de mi nacimiento y no lo sabía. Mi hijo ha muerto, mi esposa me ha abandonado y mi hija es prisionera de sí misma. ¿Qué haré en los largos años que se extienden adelante? ¿Cómo voy a llenar los implacables abismos del salón de recepciones, los pasillos desiertos a la luz de las antorchas, el blanco sepulcro de mi diván? ¿En qué pensaré cuando despierte en la noche, solo, y me encuentre insomne en el silencio, el silencio lúgubre y acusador?"

Hizo un gesto a Kasa y cruzó el umbral.

## EPILOGO

Alabado sea Thot...  
 el visir que juzga,  
 que derrota al delito,  
 que se acuerda de todo lo olvidado,  
 el que recuerda el tiempo y la eternidad...  
 cuya palabra permanece por siempre.

Volvió la cabeza con dificultad, buscando agua. Su cuarto estaba muy oscuro a excepción del resplandor leve que arrojaba la lámpara de noche, pero alguien respiraba con aspereza, de un modo irregular, con un ruido primitivo y atemorizador. Tardó un rato en caer en la cuenta de que el ruido procedía de él mismo. "Por supuesto", pensó, apaciblemente. "Al fin me estoy muriendo. Los pulmones se me han podrido de tanto inhalar aire viejo. Demasiadas tumbas abiertas en el entusiasmo de mis días juveniles, demasiados sarcófagos polvorientos abiertos. Pero hace veinte años que no violo el descanso de los muertos. Desde que... desde lo de aquella tumba de Saqqara."

Sintió que se le oprimía el pecho y luchó por respirar un momento, abriendo la boca y aferrándose el cuello con las manos. Luego la tensión se aflojó y su aliento volvió a estabilizarse. "¿Dónde están?", pensó, malhumorado. "Kasa, Nubnofret... Deberían estar aquí, con los sacerdotes, con agua y medicinas para calmarme. Pero el cuarto está oscuro, el cuarto está desierto. Me encuentro solo. A Nubnofret no le importo, desde luego, pero Kasa... es deber suyo ocuparse de mí."

—¡Kasa! —graznó—. ¡Necesito agua!

Nadie respondió. Sólo las sombras se movían, profundamente y lentamente, comodestellos del fondo de un río bajo el frío esplendor de la luna. "La luna", se dijo. "La luna, la luna. La luna pertenece a Thot, pero yo no. Desde hace mucho tiempo pertenezco a Set. ¿Y dónde está él, ahora que le necesito?"

Se concentró por un momento en el sonido de su respiración, que resonaba contra los muros invisibles y el techo estrellado, amortajado por la noche, pero pronto se interpusieron otros sonidos. Entonces, se olvidó de sus pulmones y contempló la oscuridad frunciendo el ceño. Fuera había formas, siluetas de animales, difusas y peludas, curvados lomos de animal.

De pronto la luz captó un ojo, redondo y estúpido, y cayó en la cuenta de que había unos mandriles en el cuarto, parlotando con suavidad. Por fin los vio, se rascaban como hacen los mandriles, estúpidamente y con seriedad, llevándose las manos a los genitales. Mientras se manoseaban, le miraban fijamente sin curiosidad. ¿Qué hacían aquellos mandriles en sus habitaciones?, se preguntó, con furia. ¿Por qué Kasa no los echaba de allí? Luego vio que tenían unas cadenas doradas en el cuello y que todas las cadenas, pardas y opacas bajo la luz escasa, conducían al mismo sitio.

De pronto Khaemuast sintió miedo. Perdió la respiración con un agudo silbido y manoteó en el aire buscando oxígeno.

—Son míos, Khaemuast —dijo una voz, en la oscuridad—. Ellos ayudan al sol a elevarse, anuncian la aurora. Pero para ti no habrá aurora. Esta noche morirás.

De pronto, logró respirar otra vez. Bebió a grandes tragos aquel aire bendito y vivificante, y se incorporó.

—¿Quién eres? —inquirió, ásperamente—. Muéstrate.

Pero una parte de sí mismo no quería ver al dueño de aquella voz sibilante y de algún modo inhumana. Esperó en tensión, mientras la oscuridad se movía y se hacía densa, hasta convertirse en la silueta de un hombre que surgió de las sombras y se acercó al diván. Khaemusat se echó hacia atrás con un grito, pues el hombre tenía el largo pico curvo y los diminutos ojos del ibis.

—Es hora de recordar, Khaemuast —dijo la silueta, el hombre, el dios, inclinándose hacia él—. Eso no significa que hayas olvidado, aunque lo intentaste. Set y yo hemos conversado mucho sobre ti. Hace bastante tiempo que eres su obediente siervo, y ahora me toca a mí el turno de reclamar tu lealtad.

—O sea, que no he sido perdonado —pronunció Khaemuast, con voz sorda—. Hace más de veinte años que me entregué a las manos de Set, aquel día horrible. Veinte años..., y Sheritra camina aún por la casa como un fantasma silencioso y tímido. Nubnofret se mueve en la maraña de sus funciones reales, tan rígidas y complejas que no puedo llegar a ella. Ha perdonado, pero no puede olvidar. Todos los veranos, en el Bello Festín del Valle, los tres hacemos ofrendas ante la tumba de Hori y recitamos las plegarias por los muertos, pero ni siquiera ese triste rito nos reúne.

Una oleada de vértigo le hizo cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos. Thot no se había movido, parecía estar esperando.

—En cuanto a mí —prosiguió el príncipe, con un ronco susurro—, soy desde hace años el mayor seguidor de Set. He vertido oro en sus cofres. Me he inclinado ante él todos los días, en señal de adoración. Le he ofrendado los oscuros sacrificios que más desea. Su presencia ha estado en mi comida, en mi nariz, en los pliegues de mis lienzos, como el sabor y el olor de una bestia podrida que yaciera entre los muros de mi casa, sin ser descubierta. No obstante, no me he quejado nunca. Mi adoración ha sido perfecta. Todos los días me preguntaba: "¿Estará saldada la deuda?". Y todos los días sabía, en el fondo de mi corazón, que no era así. —Miró el sereno rostro del dios—. ¿Se salda alguna vez una deuda semejante?

Una expresión de leve desencanto cruzó la cara de ibis Thot.

–¿Me estás preguntando si se te ha perdonado por convocar a Set, por robar el pergamino o por tomar tan terrible venganza sobre el príncipe mago y su familia?

–¡Por todo eso! –respondió Khaemuast, casi gritando. El esfuerzo disparó unos espasmos de fiero dolor a sus pulmones–. Convoqué a Set porque tú me habías traicionado. ¡Robé el pergamino por un poco de codicia y una monstruosa ignorancia de la que, sin duda, no soy responsable! Y mi venganza... mi venganza... –Se incorporó con esfuerzo–. ¿De qué sirvió esa venganza, si la lujuria que sentía por ella jamás murió? ¿Si todas las noches, aun sabiendo que había sido borrada de este mundo y del siguiente, como si nunca hubiera nacido, sudo y gimo y no puedo dormir, porque deseo el contacto de su piel en mis dedos, el roce de su pelo contra mi cara, el sonido de su risa al volverse hacia mí? Ésa es tu venganza, ¡oh, dios de la Sabiduría! ¡Te odio! –Tenía miedo, pero sentía también una extraordinaria furia–. Te he adorado y te he servido toda mi vida, y me recompensaste haciendo pedazos mi existencia y la de quienes me eran queridos. Hice lo que se debía hacer y no me avergüenzo de nada.

–Hablas de saldar deudas –replicó Thot, aparentemente impertérrito–. Lo que yo te debo por tus servicios, lo que tú debes a Set por liberarte de la maldición que yo había echado sobre ti. Pero, veo que todavía eres orgulloso, príncipe Khaemuast, no te arrepientes. Bajo todas esas cosas yace un pecado mayor, un pecado tuyo, y en todos estos años de sufrimiento aún no logras verlo ni te humillas por él. Hori fue sacrificado por él. Ahura, su esposo y su hijo fueron piezas sin importancia en él. –Se inclinó hacia Khaemuast y a su pesar, el príncipe experimentó un escalofrío de terror–. Si puedes identificarlo siquiera ahora, mago, podrías ser perdonado.

El dios se apartó hacia atrás y Khaemuast se concentró en su respiración. Aspirar, retener el aire, dejarlo escapar. Mientras tanto, los mandriles resoplaban y se movían con nerviosismo en la penumbra. El príncipe buscaba frenéticamente la respuesta que Thot esperaba. "¿Qué pecado? ¿Qué pecado? He prestado servicio", pensó con resentimiento, "he sufrido, ¿qué más se puede pedir de mí?"

–No puedo identificarlo –reconoció al fin–, pues no creo que exista. Cumplí con lo que los dioses exigían y traté de hacer el bien ante sus ojos. ¿Qué más se puede pedir?

Thot asintió, moviendo pensativamente su largo pico por encima del rostro de Khaemuast. Tras él, los mandriles parlotearon en un súbito arrebató de descontento, antes de sosegarse otra vez.

–Deudas y propiedades, servicios prestados y hechizos para obligar a los dioses –dijo el dios, suavemente–. Nada de eso toca el vasto y oscuro lago de orgullo espiritual que permanece inalterado en la esencia de tu ser. El deber no lo ha alcanzado.

Tus sufrimientos no han provocado siquiera una ondulación en su superficie. Crees aún que, mientras cumplas con tus obligaciones espirituales, deberías ser recompensado, o con la cancelación de una deuda o con el fin de un sufrimiento que aún consideras injusto. Los años no te han dejado nada más que resentimiento, príncipe.

Hubo un silencio. Khaemuast, todavía enojado, mantenía la vista perdida en la oscuridad. Luego el dios se movió.

–Dime, Khaemuast –dijo, con voz ligera–: si te ofreciera la oportunidad de deshacer todo el caos que causaste, de cambiar tus recuerdos, de borrar los hechos que ocurrieron en tu pasado, ¿la aceptarías? Piénsalo bien. ¿Aprenderás la lección o vas a despreciarla?

Khaemuast le miró. El dios esperaba con paciencia. Sus plumas blancas se estremecían con el aire de la noche y sus diminutos ojos negros, aunque alerta, estaban llenos de un humor extraño. El ofrecimiento no podía ser tan ingenuo como parecía. Había algo más en la serena mirada de Thot, algo sin misericordia. "Se ríe de mí", pensó Khaemuast, desesperado. "Aquí hay algo que yo debería adivinar, algo que me salvaría, pero no sé lo que es."

–Esto es otro tormento –replicó al cabo de un rato–. Me estás tendiendo otra trampa.

Pero se recostó y cerró los ojos. Ir hacia atrás... anular aquel momento en que sostuvo el cuchillo sobre el manuscrito cosido a aquella mano muerta y anónima. Borrar sus recuerdos y darles una nueva forma, para que Hori fuera ahora un príncipe poderoso, casado y satisfecho, ocupando el lugar que le correspondía por derecho junto a un Ramsés que envejecía sin morir; para que Sheritra hubiera hallado a un hombre que la amara y supiera apreciar sus cualidades inigualables; para que Nubnofret y él pudieran envejecer juntos con mutuo respeto... El pecho se le oprimió otra vez.

–Escucharé –dijo, con un gesto afirmativo.

Abrió los ojos. Thot le tendía ahora el pergamino, la maldición, aquel objeto maligno que permanecía desde hacia largos años en su arcón, sin tocar.

–Te daré fuerzas durante una hora –dijo el dios–. Lleva el pergamino, Khaemuast, hasta el momento en que tu yo más joven estaba en Pi–Ramsés, cenando en el gran salón del faraón, conversando con tu amigo Wennufer. Recuerdas todo eso, ¿verdad? Llévelo hacia atrás y veremos lo que ocurre. Yo te esperaré. No hay tiempo en la Sala del Juicio.

Khaemuast tomó el pergamino. Era la primera vez que lo tocaba desde hacía más de veinte años, pero lo sintió familiar, familiar y terrible. Los recuerdos acudieron a raudales a su mente, Tsubui, su lujuria, su ceguera, la desintegración de su integridad.

–No soy lo bastante fuerte –susurró–. Mi cuerpo...

Pero de inmediato oyó los gritos de los borrachos, los cantos, el estruendo de la música dominando el pandemonio del gran banquete en el salón de Pi–Ramsés. Su nariz se llenó con el olor del vino, de los cuerpos acalorados, de los gigantescos ramos de flores. Todo era muy lejano y muy débil, pero a medida que se concentraba, agarrándose a su vitalidad en aquellos últimos instantes, fue cobrando volumen, tomándose más cercano. De repente se



encontró a sí mismo, de pie ante una de las puertas del salón, con el pergamino sujeto en el cinturón de la faldilla. Una hora, había dicho el dios.

Paseó ansiosamente la mirada por entre los bailarines desnudos, los comensales que reían, los criados que se abrían paso entre la multitud, llevando en lo alto bandejas con la comida humeante. "¿Dónde estoy?", pensó. "¿Dónde estaba yo, haciendo qué?" En ese momento vio a Wennufer junto a la entrada opuesta, con una solemne expresión en la cara, algo pomposa. Conversaba seriamente con un hombre alto y apuesto, de buen físico y arrogante cara morena, muy pintado y centelleante de joyas. "¿Ese soy yo?", pensó, con asombro. "¿Tuve alguna vez esa imponente presencia, ese porte?"

Empezó a cruzar el salón. Nadie parecía reparar en él, aunque sólo vestía la faldilla y el cinturón. Enseguida llegó junto a aquel desconocido moreno y perfumado. Y en ese momento, cuando el hombre alargaba su copa con negligencia a un esclavo, para que la llenara otra vez y Khaemuast le tocaba el brazo, comprendió cuál era la trampa que el dios le habla tendido. Lo comprendió, horrorizado, pero su yo más joven se volvía ya hacia él y era demasiado tarde.

*SOLAPA*

Pauline Gedge nació en Auckland, Nueve Zelanda, y pasó parte de su niñez en Gran Bretaña. Más tarde su familia se trasladó a Canadá, país donde reside actualmente y del que adoptó su nacionalidad. Sus primeros pasos como escritora los dio a los nueve años, y a los once conoció la historia de Hatsepsut, la única mujer faraón de Egipto. Veinte años más tarde su sueño infantil se cumplió con la publicación de *La Dama del Nilo*, su primera novela histórica, que pronto se convirtió en best-seller en varios países. Gedge ha recibido, entre otros, el Premio Jean Boujassy en Francia, pero quizá más significativo sea el reconocimiento popular que obtuvo en Egipto, justo premio a su pasión por una cultura que conoce en profundidad.

*CONTRAPORTADA*

El poder sobre la vida y la muerte es atributo exclusivo de los Dioses, más de una vez cuando el hombre olvida su limitada naturaleza y, en un raptó de vanidad, osa ambicionar la inmortalidad, desafiando todo designio divino. Esta tentación tan humana –tema clásico de la literatura y la mitología– cobra especial intensidad en el antiguo Egipto, un mundo enigmático y remoto que Pauline Gedge nos acerca con su habitual maestría y sutileza.

La autora de *La Dama del Nilo* recrea aquí la vida del príncipe Khaemuast, cuarto hijo de Ramsés II y virtual gobernante del vasto imperio faraónico.

Para Khaemuast, hombre sabio y austero, el control de la administración y la vida cortesana no son sino arduas obligaciones a las que se ve arrastrado por causa de la incompetencia de su augusto padre, más interesado por la pompa y el boato que en el difícil ejercicio del poder. Por el contrario, la verdadera pasión del príncipe es la historia, la magia y la medicina, y el motivo oculto de sus desvelos es hallar el mítico Pergamino de Thot, <la fuente de la vida> para los antiguos egipcios.

Cuando, en una lóbrega tumba de la llanura de Saqqara, su sueño se hace por fin realidad, Khaemuast sucumbe a su propia arrogancia y desatiende las más elementales normas de cautela. El castigo, inmediato y fulminante, adopta la forma de una seductora mujer, y el príncipe comprende que el precio de la inmortalidad es demasiado alto para un humano.

"La Dama del Nilo, novela llena de suspense y sutileza, despierta un interés compulsivo."

The Wall Street Journal

"Un deslumbrante relato de la decadencia faraónica...expuesto en el tono reposado de una crónica intimista."

The New York Times (sobre El Faraón)

*GRANDES ÉXITOS DE LA NOVELA HISTÓRICA*

1. Memorias de Adriano. Marguerite Yourcenar
2. León el Africano. Amin Maalouf
3. Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros. John Steinbeck
4. La dama del Nilo. Pauline Gedge
5. Fuego del paraíso. Mary Renault
6. Alamnt. Vladimir Bartol
7. Esa dama. Kate O'Brien
8. El conde Belisario. El último general romano. Robert Graves
9. Espartaco. La rebelión de los gladiadores. Arthur Koestler
10. Juliano el Apóstata. Gore Vidal
11. Ciro, el Sol de Persia. Guy Rachet
12. Aníbal. (Primera parte). Gisbert Haefs
13. Aníbal. (Segunda parte). Gisbert Haefs
14. El faraón. Pauline Gedge
15. Tiberio. Alían Massie
16. Las memorias de lord Byron. Robert Nye
17. El muchacho persa. Mary Renault
18. Creación. (Primera parte). Gore Vidal
19. Creación. (Segunda parte). Gore Vidal
20. Yo, Claudio. Robert Graves
21. Urraca. Lourdes Ortiz
22. El puente de Alcántara. (Primera parte). Frank Baer
23. El puente de Alcántara. (Segunda parte). Frank Baer
24. La muerte de Atila. Cecelia Holland
25. El samurai. Shusaku Endo
26. El veflocino de oro. (Primera parte). Robert Graves
27. El veflocino de oro. (Segunda parte). Robert Graves
28. El papiro de Saqqara. Pauline Gedge